

A close-up, high-contrast photograph of a woman's face, focusing on her mouth and hand. She has bright red lipstick and is wearing a large, ornate ring with a central pink gemstone and surrounded by smaller multi-colored stones. Her hand is positioned near her lips, with her fingers slightly curled. The background is dark, making the subject stand out.

**PORQUE MIRAR
SIGUE SIENDO
EXCITANTE**

**BÉSAME PRINCESA
Y QUÉDATE CONMIGO**

MARTA LOBO

□□ BEsame Princesa
Y QuEdate conmigo

MARTA LOBO

Título Original: © Bésame Princesa
y Quédate Conmigo

© Marta Lobo

© Primera edición: Junio 2015,
Vitoria-Gasteiz

Diseño cubierta: Marta Lobo

**Todos los derechos reservados.
Queda rigurosamente prohibida, sin la
autorización escrita y legal de los
titulares del Copyright, bajo las
sanciones establecidas en las leyes, la
reproducción parcial o total de esta**

obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o prestamos públicos.

Copyright © 2015 Marta Lobo

All rights reserved

ISBN-10: 1503016927

ISBN-13: 978-1503016927

DEDICATORIA

*A ti, que sigues esta
historia.*

*“Solo las almas
gemelas se reconocen
en la distancia,
aún sin haberse visto
nunca.”*

Marta Lobo

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO LUCÍA

PRÓLOGO HANS

01.ACORDES Y
DESACUERDOS

02.AZUL OSCURO CASI
NEGRO

03.EL BUENO, EL FEO Y EL
MALO

04.TRAINSPOTTING

05.¿EN QUÉ PIENSAN LAS MUJERES?

06.DE AQUÍ A LA ETERNIDAD

07.SERENDIPITY

08.MENTIRAS ARRIESGADAS

09.AMOR A QUEMARROPA

10.PERDONA SI TE LLAMO AMOR

11.BAJO LA MISMA ESTRELLA

12.AMOR Y OTRAS DROGAS

13.LOVE STORY

14.MATCH POINT

15.UN CHIHUAHUA EN
BEVERLY HILLS

16.L.A. CONFIDENTIAL

17.AVATAR

18.TIENES UN E-MAIL

19.KISS KISS BANG BANG

20.BIENVENIDO A
HOLLYWOOD

21.ATRÁPAME SI PUEDES

22.AMIGOS DE MÁS

23. ARMAS DE MUJER

24. ACOSO

25. FAME

26. EN EL OJO DEL
HURACÁN

27. LA PEQUEÑA PÍCARA

28. LA CELESTINA

29. A POR TODAS

30. EL EQUIPO A

31. TRES METROS SOBRE
EL CIELO

32. EL SECRETO DE SUS
OJOS

33. EL CHICO IDEAL

34. LÍO EMBARAZOSO

35. ÚLTIMA LLAMADA

36. MÁS ALLÁ DE LA VIDA

37. GHOST

38. ENEMIGO PÚBLICO

39. UN VIAJE DE DIEZ

METROS

40. EL VIAJE MÁS LARGO

41. COME, REZA, AMA

42. QUÉ ESPERAR
CUANDO ESTÁS
ESPERANDO

43. PROCESO DE
ADMISIÓN

44. MADRES E HIJAS

45. HIJOS DE LOS
HOMBRES

46. CENA DE AMIGOS

47. UN LUGAR DONDE REFUGIARSE

48. AMERICAN PLAYBOY

49. A DIVINA QUIÉN

VIENE ESTA NOCHE

EPÍLOGO Y

EPÍLOGO X

HANNAH Y SUS

HERMANAS

SOBRE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

A mi chico. Gracias Dani, por dejar que mi locura volase tan alto como para poder conseguir esto.

A mis abuelos, que los dos me están guiando desde las estrellas más brillantes del cielo.

A mi familia, por apoyarme y sacarme los colores y carcajadas de sus opiniones del primer libro.

A MJota, Mariana, Andrea, Rocío, Vero y Aída, sois el mejor apoyo que cualquier tarada puede desear. Por qué las noches, tardes, madrugadas y deshoras, con conversaciones serias, monguers y locas, han hecho este camino mucho más fácil. Os adoro. LYD

A todas las personas que han creído en esta historia, leyeron Bésame Princesa y han esperado pacientemente a la publicación de esta segunda parte.

A David, por ser mi ángel de la guarda y salvarme el culo.

A mis lectoras cero, por darme su tiempo.

A mis amigas, aquellas que no han dejado de creer en mí desde el

primer momento. Gracias amores. Ya sabéis quienes sois. LYD

A todas esas personas que me mandan mensajes por Facebook, Twitter y demás redes sociales, mandándome su apoyo y su amistad. Gracias porque sin conoceros, me alegráis todos los días.

A todas las blogueras que siguen brindándome su gran apoyo.

A ti, que estás leyendo estas líneas.

A mi persona. Por estar, seguir y continuar. LYD.

Como siempre, a la música, que nos hace transportarnos a otros mundos.

PRÓLOGO LUCÍA

No podía respirar. No era capaz de tomar una maldita bocanada de aire que me llenase por completo los

pulmones. Aun estando en aquel acantilado, con el viento golpeándome en la cara sin piedad, era incapaz de respirar. Mis pulmones no eran capaces de llenarse por completo de oxígeno, la garganta estaba completamente cerrada, y mi cabeza estaba muy lejos de allí. Las lágrimas cubrían toda mi cara y mi cuerpo no dejaba de temblar. Esas palabras, sus últimas palabras seguían sonando atronadoras en mi cabeza. ¿Cómo podía haber reaccionado así? ¿Cómo había sido tan estúpida de creer que haciéndolo de aquella manera, todo tendría una mejor solución?

Era idiota. Me sentía como una completa idiota y aquel fuerte viento que

me golpeaba no era lo que me iba a ayudar. Me quedé mirando el horizonte y bajé la mirada por un momento, observando el mar. Estaba picado, parecía estar de la misma manera que estaba yo por dentro. Rota. Completa y absolutamente rota.

Mis piernas colgaban por el acantilado. Hacía dos horas que me había sentado por el saliente más lejano de la carretera, donde el viento golpeaba con más fuerza y pequeños trozos de la roca se desprendían hacia aquel pequeño abismo. Miré como caían golpeándose contra las rocas afiladas del acantilado y, dios mío. Yo en aquel momento era como aquellas pequeñas

piedras cayendo al vacío, sin encontrar nada dónde agarrarse, golpeándose brutalmente contra el agua. Así me sentía yo, con el corazón despedazado que se había arrojado a un precipicio del que no podía salir sola.

Aparté mi mano del suelo y vi la marca que me había dejado el anillo que me dio la abuela de Hans en uno de los dedos. Me lo debieron de quitar en el momento que les entregué el dinero, pero no lo recordaba. No recordaba con claridad lo que había sucedido horas antes. Desde el momento en que recibí la llamada de Pablo, todo pasó a cámara rápida por mi cabeza. Era como si estuviera en una película a toda

velocidad. El taxista negándose a entrar en aquel barrio de la ciudad, los ruidos de la calle detrás de mí cuando caminaba hacia aquella dirección, mis tacones resonando en aquel suelo lleno de cristales rotos, la luz tintineante de aquel callejón que estalló ante mi llegada, el tipo de la entrada, la pistola, los chicos aterrados, la droga encima de la mesa, los gritos de Hans, mis gritos y el sonido de aquella puerta cerrándose de un golpe.

Me tumbé en el suelo y noté como el aire me levantaba el vestido. Por primera vez la presión de mi pecho me dejó respirar. Respiré profundamente y me quedé observando las estrellas.

Sabía que en una de ellas mi padre me estaba vigilando y protegiendo, aunque aquella noche nadie pudiera haberlo hecho. Mi cabeza recordó sus palabras. “Siempre os estaré protegiendo y guiando.”

— Esta noche ni tu papá hubieras sido capaz de protegerme.

Cogí todo el aire que pude y lo contuve dentro de mí unos segundos. Hice lo mismo durante varios minutos, tratando de relajarme, de recomponerme y de intentar saber que iba a hacer con mi corazón después de aquella noche.

No sabía realmente cuánto tiempo había pasado, pero el sol comenzaba a salir por el horizonte y me

levanté, recogiendo los zapatos del suelo. Mi pie se resbaló hacia el precipicio y por unos segundos sentí que caería al agua. Contuve la respiración e hice un movimiento rápido metiéndome en tierra firme. Observé de nuevo aquellas rocas que se desprendían y el agua se había calmado. Era como si la tormenta de la noche anterior, la fiereza del agua golpeándolas se hubiera calmado. Ojalá fuera todo tan fácil. Negué con la cabeza mientras las lágrimas volvían a recorrer mis mejillas. Hacía años que no me permitía llorar de esa manera y aquella noche agoté todas mis reservas.

Me monté en el coche y busqué

en mi bolso. No había rastro ni de mis llaves ni de la cartera ni del móvil. Dios, mi tía y Pablo se estarían volviendo locos buscándome. Salí de allí casi derrapando con el coche y por la radio comenzó a sonar Stay With Me de Sam Smith. El mismo que hacía unas horas parecía dedicarme una preciosa canción, como si la estuviera cantando Hans, pasó a dedicarme unas amargas líneas, que me acompañaron en el camino a casa.

No quiero que te vayas, ¿vas a darme la mano? ¿No te quedarás conmigo? Porque eres todo lo que necesito. Esto no es amor, es fácil de ver pero cariño, quédate conmigo.

Ojalá aquellas palabras hubieran salido de la boca de Hans y no de una canción en la radio. Era una completa estúpida. “Estúpida, estúpida, estúpida.” Esas palabras en la voz de mi padrastro retumbaban en mi cabeza. “Nunca serás feliz. Nunca. Yo me encargaré de ello.” Parecía ser así. Aunque la única culpable era yo. Yo fui quien me encargué de ello. No podía culpar a nadie más.

Al llegar a casa, las luces de la policía me alertaron. “No dios mío. Algo les ha pasado.” Fue lo primero que se me pasó por la cabeza. Pasé el cordón de seguridad peleándome con un par de policías que me impedían el

acceso a casa. Entre gritos logré convencerles. Salí corriendo hacía dentro y me encontré a mi tía, a Hernando y a Pablo, sentados con varios policías alrededor. Eché a correr hasta donde ellos y mi tía al verme, se llevó la mano al pecho.

— Maitia. ¿Dónde estabas? Hemos estado llamándote toda la noche. — se lanzó a mis brazos y vi como su maquillaje estaba corrido, había estado llorando.

— Yo, lo siento tía. No quería que os preocupaseis pero... — no pude controlar de nuevo las lágrimas. — Lo siento tía. — la besé en la mejilla y la apreté fuertemente contra mí.

— Hemos llegado a casa, y la puerta estaba abierta. Han destrozado el piso, se han llevado algunas cosas y — Pablo se quedó callado y me agarró del brazo apartándome del resto — he encontrado una nota. Es para ti. — no podía entender que es lo que estaba sucediendo.

— No entiendo nada Pablo. — abrí la nota y no reconocí la letra.

“Muchas gracias por pagar las deudas de esa pequeña zorra. Todo está finiquitado. Gracias bombón.”

— Han estado aquí. Pero, ¿cómo
— Pablo me abrazó fuertemente. —
Siento muchísimo todo esto. Ha sido mi
culpa, si yo no hubiera ido allí. — le
corté.

— No Pablo. Nada de esto es tu
culpa. Quisiste salvar a Sharon y
acabamos metidos en el mismísimo
infierno. La única culpable de todo esto
soy yo. — le acaricié la cara y saqué
fuerzas para sonreír.

— No tenías que haberlo hecho.
Nosotros podíamos haberlo
solucionado.

— No Pablo, solo sois unos
críos y no sabéis lo que todo eso hubiera

hecho a su familia. Esas drogas no eran de Sharon. – noté como mi hermano se enfadaba por momentos.

— Ni tuyas Lucía. No tienes que cargar con todo tú. Has destrozado a Hans. Has destrozado la maravillosa relación que teníais, solo por querer ser una súper heroína. – resoplé fuertemente y mi hermano me agarró de los brazos. – Sharon va a hablar con Hans cuando se tranquilice.

— No Pablo, habla con ella y prométeme que nadie se lo va a contar. Que crea que son mías es la mejor solución a todo.

— No lo es.

— Si lo es, joder Pablo. Por una

maldita vez en tu vida hazme caso. –
pegué tal grito que todos se dieron la
vuelta. – Hazme caso y déjalo estar
joder. Joder. – me aparté de él
bruscamente.

Me metí en casa, sacando a un
policía de mi habitación y encerrándome
por dentro. Necesitaba meterme en la
ducha y olvidar aquel maldito día.
Olvidar todo lo que había pasado en las
últimas doce horas. Aunque sin saberlo,
olvidar todo no iba a ser tan fácil.

PRÓLOGO HANS

Destrocé cada centímetro de mi despacho. Cada figura, cada copa y

cada imagen que había encima de la mesa, habían quedado hechas añicos en cualquier rincón de aquella habitación. Me volví loco. Me volví loco al saber que esos últimos meses habían sido una gran mentira. Sus palabras, sus caricias y sobre todo sus te quiero, habían sido fruto de... no sabía ni como catalogarla. Una maldita yonqui que había entrado en mi vida para enamorarme y destrozarme cuando mejor le viniese.

No. Simplemente no lo había visto. Me sentía estúpido. No sabía cómo no me había dado cuenta de cada una de las señales. De cada una de sus extrañas formas de actuar en las

últimas semanas. Aquella forma que tenía de recuperarse milagrosamente después de horas de trabajo, de semanas llenas de baile y fiestas. No sabía cómo no me había dado cuenta antes. Me sentía como un jodido estúpido.

Me puse una copa de whisky y al darme la vuelta vi sus fotos. Esas fotos que colgadas en mi despacho no hacían más que recordarme su traición. Me empezó a quemar la garganta, era como si una gran bola de fuego quisiera salir por mi boca. Sentí un gran dolor en el pecho que me obligó a apoyarme en la mesa. Apoyé una mano en ella y la ira comenzó a recorrerme

de nuevo, como un escalofrío. Miré el fondo del vaso y a los pocos segundos, ese mismo vaso, estaba estallando en mil pedazos contra una de sus fotos. El whisky corría por la pared.

Los golpes alertaron a mis padres y a mi abuela, pero mis gritos les ahuyentaron de allí. Supuse que Sharon y Pablo ya les habrían contado todo lo que minutos antes había sucedido. Mi padre volvió a golpear fuertemente la puerta al escuchar el estallido del vaso, pero mi cabeza estaba lejos de allí.

Recordé como la primera vez mis ojos se posaron en los suyos. Aquella forma de desafiarme, me tenía

que haber avisado, que no era una apuesta segura. No tenía que haber caído en sus malditas garras. No tenía que haber sucumbido a sus vicios. Simplemente me tenía que haber alejado de ella. Pero mi cabeza no pudo. Caer en sus redes fue simple. Dos meneos de culo, dos caídas de ojos y tristemente me tenía en sus manos. Aprovechándose de... Dios santo. Estaba tan enfadado, tan decepcionado, tan jodidamente enamorado de aquella extraña en la que se había convertido.

Estaba defraudado, dolido y sobre todo asombrado de la forma que tenía de hacernos creer a todos, que su

vida era perfecta. Que su forma de ver la vida era la mejor. Pero ni siquiera ella misma sabía en la mierda que estaba metida. Perder a sus padres, tener aquel pasado, no podía tener un final feliz.

Joder, ni siquiera tenía la seguridad de que todo lo que me hubiese contado fuera verdad. Mierda. Si cuando dije en el pasado no volver a confiar en ninguna mujer, estaba en lo cierto. Ninguna se merecía esa confianza ciega que le había brindado a Lucía.

— *Mierda Lucía. Has destrozado todo lo que teníamos.*

Me faltó el aire al pronunciar su

nombre. No quería tenerla en mi boca, ni en mi cabeza y mucho menos en mi corazón. Pero no me podía controlar. Tenía la necesidad de gritar y salir de allí lo antes posible. No me lo pensé.

Cogí las llaves del coche y salí por la parte de atrás. Vi cómo Pablo hablaba con su tía, y ella simplemente negaba con la cabeza, como no creyendo lo que estaba oyendo. Llevándose una mano a la cara y la otra al pecho. Pobre familia. Lucía se encargaba de joder todo lo que tocaba. Y con ellos no podía ser menos.

Me monté en el coche y desaparecí. Desaparecí el resto de la noche tratando de olvidar sus besos,

sus caricias, sus abrazos y esos falsos te quiero.

Nunca más. Nunca más confiaría de nuevo en ella, ni en ninguna otra mujer. Bajé la guardia y el placaje que me hizo fue terrible. De la misma manera que me enamoré a la velocidad de un rayo de ella, consiguió que la odiase tanto, como para desearle que todo aquello cayera sobre su conciencia.

Paré en la playa un buen rato después y continué con mi única aliada de la noche. Aquella botella Vintage Balblair 1975. La noche era oscura y el alcohol ahogó mis penas y las últimas lágrimas que derramaría por ella.

Porque desde aquel momento, Lucía no existía para mí.

01. ACORDES Y DESACUERDOS

— Maitia, no puedes seguir así.

Tirada en la cama durante todo el día y aparecer por el salón como un murciélago por las noches para beber algo. – mi tía me acariciaba la cara. – Aún no entiendo porque has hecho eso.

— Nadie lo entiende. Os lo he explicado un millón de veces y... — mi tía me cortó.

— Y un millón de veces más te diré que eres tonta. Tonta de remate, por no llamarte otra cosa. Dejar que él crea todo lo que cree. Que te tratase como si fueras... – se quedó callada y me di de nuevo la vuelta en la cama para no mirarla y que me viera de nuevo llorando. – como si fueras una maldita drogadicta. No te conoce. No te conoce

nada.

— Tía, tan solo han sido un par de meses que nos conocemos a lo mucho. Todo era simplemente una ilusión. La ilusión de haber encontrado a alguien que no me señalaba por mis defectos. — llené mis pulmones con todo el aire de la habitación. — Que había encontrado eso que tienes tú con Hernando. — me senté de espaldas a ella en la cama. — Querer creer en el amor, no es lo mismo que querer.

— Maitia, no puedes ser tan dura contigo mismo. — se dio la vuelta y se sentó a mi lado agarrándome de la mano. — Llevas llorando una semana completa. No has salido de casa ni a que

te dé el aire. — levanté los hombros como excusándome y afirmando que no tenía ganas. — Rose ha venido cada día y ni siquiera la has querido ver a ella. — mierda Rose. Me estaba comportando con ella como la peor de las amigas.

— Lo sé. Estoy siendo una egoísta, pero no tengo fuerzas. No tengo ganas tía.

— No eres mi sobrina. No lo eres en este momento. — me levanté y miré por la ventana. — Mi sobrina es fuerte, decidida y nunca duda con lo que hace. Aunque la cague, apechuga con las consecuencias. — me di la vuelta y la miré. — Tienes que salir de aquí. Respirar fuera de estas cuatro paredes,

que es como una maldita leonera de circo. — sonreí. La primera vez que sonreía en una semana. — Yo sé lo que necesitas.

— No tía, no lo sabes.

— Si lo sé. — se levantó y me agarró de la cara obligándome a mirarla. — Necesitas bailar. Sacar toda esa rabia que tienes dentro, que tú solita te has creado.

— No me sigas machacando por favor tía. — agaché la mirada.

— Puedo comprender que no quieres que su familia sufra, pero si no era de ella la droga, no hubiera pasado nada. — resoplé.

— Tía, si me trató a mi así, sin

dudar que era mía, imagínate lo que hubiera hecho con su hermana. Eso les habría destrozado. No tuvo ningún tipo de duda en sacarme de allí a patadas y echarme de su vida, de su mundo. – negué con la cabeza fuertemente tratando de olvidarme de sus palabras. – Imagínate que hubiera pasado con Sharon. No la viste. Si conmigo estaba hecho una furia, con su hermana... simplemente la hubiera echado a los leones. Y no podía. Sabemos lo que es una familia destrozada. No quería eso para ellos. – mi tía me agarró de la mano. – Les has conocido, has tratado con ellos y son una gran familia. Se apoyan, se quieren y se aman. No quiero

que por una cosa que ni siquiera sucedió, acaben en una guerra familiar. Y que Sharon pudiera realmente acabar metida de nuevo con aquellos cabrones. — fruncí los labios como esperando una aprobación a mi comportamiento.

— Me he equivocado maitia. Sí que eres mi sobrina. Eres la misma Lucía que antepone el mundo a su corazón. Pero esta vez mi vida, creo que pagarás las consecuencias. Tu corazón no se recuperará nunca de esta pérdida. — me limpié los ojos.

— Los corazones se acaban recuperando de pérdidas como éstas. Simplemente hay que dejar paso a lo nuevo que tiene que venir. — ni yo misma

me creía mis propias palabras. Era un discurso para que mi tía se quedase tranquila, pero me conocía demasiado bien.

— Eso no te lo crees ni tú. Por mucho que te lo repitas, Hans ha sido el único hombre que ha entrado en tu corazón. — puso su mano en mi pecho. — Es más listo que tú, y no dejará tan fácilmente salir a Hans de él.

— No hay mal que cien años dure.

— Ni cuerpo que lo aguante. — negué con la cabeza. — ¿Seguro que estarás bien esta tarde? Hernando se ha empeñado en coger un coche y conducir por la costa para llevarme a cenar a un

bonito restaurante. — puse mi mano sobre la suya que aún estaba en mi pecho.

— Sí. Es más, he convencido yo a Hernando para que te lleve. Llevas toda la semana cuidándome, preocupándote por mí y necesitas descansar de esto.

— No necesito descansar de ti.

— Sí que lo necesitas. Hasta yo misma necesito descansar de mi misma. — me miró a los ojos y sabía que me iba a hacer prometerla algo.

— Si yo me voy, tú sales de casa. Vete a la academia, habla con Rose. Está muy preocupada por ti y no estás siendo buena amiga. Ha venido todos los días y no has querido verla.

No has querido ver a nadie. Ni siquiera Pablo ha entrado en la habitación. – suspiré al oír el nombre de mi hermano. – Se siente totalmente culpable de todo lo que ha pasado.

— No es su culpa. – me enfadé al saber eso.

— Ya se lo he dicho, pero necesita oírlo de su hermana. No de mí. – eché la cabeza hacia atrás. – Te vas a enfadar, pero ha cambiado la fecha de inicio de sus prácticas. Tenía la opción de hacerlas antes de agosto, o empezarlas en enero.

— ¿Es idiota? – grité al saberlo.

— No es idiota Lucía. Está preocupado por ti y hasta que no

solucione todo, no se va a ir de aquí. —
me fui al baño.

— ¿Dónde está? — encendí la
ducha.

— Está en Hollywood
Boulevard, me dijo que se iba a hacer
fotos.

— De acuerdo. — me metí en la
ducha y a los minutos estaba secándome
un poco el pelo y poniéndome las
mallas, una camiseta y las zapatillas.

— ¿Dónde vas? — me miró mi
tía extrañada.

— Este niño me va a oír.
Cambiar su vida por mí. ¿Está bobo?

— Lucía. Tú hiciste lo mismo.
Cambiaste tu vida, tu mundo solo por él.

– me agarró del brazo antes de salir por la puerta. — Está haciendo lo mismo por ti.

— Mierda. ¿Por qué habrá aprendido a hacer eso? – resoplé mientras iba a por el coche. – Le voy a matar. – abrí el coche con el mando y miré mi móvil. Ese móvil que mi tía se encargó de comprarme. Tenía al menos cincuenta llamadas perdidas, no sé cuántos mensajes y muchos emails. – Vuelta a la puta realidad.

Me senté en el coche y al arrancar e ir a incorporarme a la carretera, se me paralizó el cuerpo y pisé el pedal del freno. Escuché el bocinazo del coche que se quedó a

escasos centímetros. Tenía una sensación extraña recorriéndome todo el cuerpo. Que sensación rara ni que bicho muerto. Sabía exactamente lo que me pasaba. Me di cuenta de que era el primer día sin Hans realmente.

Los días anteriores habían sido un estado de letargo, de lloros y de dolor. Pero ese día la realidad podía golpearme en cualquier esquina y verle. Ver a Hans en cualquier momento podría ser totalmente destructivo para mí. Pánico. Pánico total sentía en aquel momento. Mis ojos se perdieron en el retrovisor. Saber que no volvería a besarle, que no me volvería a coger de la mano al pasear y que nunca me

perdonaría por lo que había hecho. O por lo que no había hecho. Noté como las lágrimas iban a empezar a caerme de los ojos y moví el retrovisor para mirarme. Dios mío. Las ojeras me llegan hasta las mejillas y mis ojos se veían más grandes de lo normal y mi boca. Mis labios cuarteados me mostraron el total descuido que había tenido durante no sé cuánto tiempo. Me había descuidado y estaba haciendo sufrir a las personas que no se habían apartado de mi lado.

Antes de arrancar llamé a Pablo, pero no daba señal. A los segundos simplemente comunicaba. Hollywood Boulevard. De acuerdo. Allí me dirigía

para encontrar al idiota de mi hermano, que había cambiado su vida por mí.

Una hora después estaba aparcando en el centro comercial Hollywood and Highland y salí corriendo por una de las puertas. Había muchísima gente y no podía casi andar. Trataba de comunicarme con Pablo, pero parecía una maldita misión imposible. Me lo iba a comer en cuanto me lo echase a la cara. Recorrí el paseo de la fama entero y no le vi. Crucé la carretera entre los coches que pasaban para poder mirar en la otra acera. Volví a coger el móvil pero de repente estaba apagado. Piensa Lucía, piensa. ¿Un amante de la fotografía en Hollywood?

Mi cabeza no daba para pensar, solamente había una cosa en mi cabeza. Mi hermano y su aplazamiento de la beca. Media hora pateando la calle después, me di por vencida y cuando iba a por el coche le vi. Estaba sentado en un banco mirando las fotos de su cámara con un gesto triste en su mirada. Crucé casi sin mirar y un coche estuvo a punto de atropellarme. Frenó a escasos centímetros de mis piernas y golpeé la parte delantera del coche gritando.

— ¡Qué estoy cruzando joder! — el conductor juró en hebreo y me esquivó para irse. Pablo se dio la vuelta ante mi grito.

— ¿Estás loca Lu? Casi te

atropellan. – se levantó de un salto del banco.

— El que está loco eres tú. ¿Qué es eso de un aplazamiento de la beca? ¿Eres tonto? – le pegué en el brazo.

— Joder, sí que has vuelto guerrera. – nos sentamos en el banco.

— No Pablo. Me preocupa que dejes todo solo por mí.

— Tú lo hiciste. Es la mejor manera con la que puedo devolvértelo. – le miré enfadada.

— No Pablo. La mejor manera es que sigas con tu vida. No se puede para el mundo por mí.

— Tu mundo se paró por mí. Déjame ayudarte Lu. Por favor. – me

agarró de las manos rogándome con sus ojos.

— Pablo...

— Por favor. Solo son unos meses. Cuando tú estés bien, cuando realmente estés bien, yo seguiré con mi vida. Pero no me puedo marchar ahora y abandonarte a tu suerte. — cerré los ojos. — No estás bien y esto no va a pasar en unos días. No te has roto una uña Lu. Has roto tu corazón y el de Hans. — resoplé al escuchar su nombre. — Deberías hablar con él y contarle toda la verdad. Entenderá porqué lo has hecho.

— No Pablo. Me echó de su vida. — traté de soltarme de sus manos pero las agarró más fuerte.

— Por una mentira. No sabe la verdad.

— Es mejor que no la sepa. Yo me puedo recuperar de esto, pero sé que él no lo haría si supiera realmente lo que pasó. Sharon no. — los ojos de mi hermano se cerraron al oír su nombre.

— No ha querido saber nada de mí desde aquella noche. — pasé mi mano por su hombro. — Se culpa tanto por lo que pasó, que verme le recuerda todo. Me ha dicho que no quiere volver a verme.

— ¿Cómo? Esa pequeña terrorista tiene que escucharme. No puede apartarte de su vida. — me fui a levantar del banco y mi hermano tiro

para atrás de mí, sentándome de nuevo.

— Tú lo has hecho con Hans. ¿Por qué no lo iba a hacer ella? — sus ojos azules, llenos de tristeza estaban fijos en los míos, como si yo tuviera la respuesta a todos nuestros males.

— Vaya mierda. — me recosté en el banco hacia atrás.

— Una mierda enorme hermanita. Una mierda enorme.

Nos quedamos unos minutos en silencio agarrados de la mano. Todo se había ido a la mierda en segundos y nos costaría demasiado recuperarnos de todo aquello.

Una media hora después le dije a Pablo que necesitaba volver a Santa

Mónica e ir a ver a Rose, pero él me dijo que volvería en autobús que quería hacer unas fotos al anochecer en las colinas.

El atasco de vuelta a esa hora era monumental. Tras más de una hora arranca, para, arranca, para, conseguí llegar a la academia. Seguro que Rose estaría dando alguna de sus últimas clases y decidí entrar en la cafetería de al lado para coger un par de Frapucchinos y dos bollos. Eso siempre la apaciguaba un poco. Al entrar solo vi luz en las dos últimas clases y cuando me acerqué, Rose estaba preparando una clase de zumba para el día siguiente. Una de mis clases.

— Hola Rose. Aquí la zorra mayor del reino viene a disculparse. — me miró enfadada. — Lo siento mucho yo...

— ¿Tú qué? — no me dejó terminar la frase. - ¿Te crees que es normal meterte en una puta burbuja y no dejar que nadie entre en ella? No es justo Lu, no lo es. — pasó a mi lado saliendo del aula.

— Sé que no es justo, pero necesitaba estar sola.

— No Lu. La amistad es para lo bueno y para lo malo. Después de todo lo que hemos pasado no pensaba que reaccionarías así. — se quitó la camiseta sudada para colocarse una sudadera.

— Lo sé, he sido una perra odiosa. Pero sé cómo soy estando así y no quería pagar mi error con alguien que no fuera yo. en un momento así puedo ser destructiva y no quería pagar mi dolor contigo. – entrecerré un poco los ojos.

— Joder Lu, deja de echarte tantas piedras en tu mochila y deja que alguien te ayude a sacarlas. – hacía años que no veía a Rose así de enfadada. – Ahora eres tú quien necesita ayuda, quien necesita las palabras y los abrazos.

— Rose, lo sé, pero nadie me puede ayudar. Nadie. – traté de acercarme a ella dejando los cafés y la

bolsa en una mesa. — Solo puedo salir de esto yo.

— ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué dejaste a Hans creer que esa droga era tuya? — pude ver en sus ojos una gran preocupación.

— Ya sabes porque lo hice. Sé que mi tía ha hablado contigo.

— Sí, lo ha hecho. Pero no lo puedo entender. Ni yo, ni ella, ni tu hermano, ni siquiera Glen lo entiende. — la miré asustada.

— ¿Glen también lo sabe? — afirmó con la cabeza resignada.

— Hans destrozó su despacho. Y le dio su versión a Glen. Cuando me lo contó, quise mandarle a la mierda,

pero parece que tiene más dedos de frente que él. Supo que todo aquello era mentira. – bajó su tono de voz.

— ¿Hans lo sabe? – me temblaba la voz al nombrarle.

— No. Él solo sabe tu mierda de versión. Si tú quieres alejarle de ti y que crea tu mentira, es tu problema. No el nuestro. – se dio la vuelta marchándose a los vestuarios.

Me quedé allí sola escuchando como Rose farfullaba mientras se metía a la ducha. Me senté en una silla con el café en las manos entre mis piernas, jugando con la pajita, sin realmente beber. Por unos segundos pensé que todo aquello estaba siendo una maldita

pesadilla y que Hans entraría por la puerta en cualquier momento. Justo se abrió y giré la cabeza, pero allí no estaba Hans. Era Glen que venía a buscar a Rose. Me miró unos segundos fijamente apretando su mandíbula. Negó varias veces y solo pude mirarle y levantar mis hombros como dejándome vencer por su mirada.

— Ven aquí. — tiró de mi mano y me pegó a su cuerpo cubriéndome por completo por sus brazos. — Eres idiota. Que lo sepas. — me besó en la cabeza.

— Parece el tema del día. Lucía la idiota. — sorbí por la nariz las lágrimas que comenzaban a caer.

— Puedo entender por qué lo

has hecho, pero no comparto la forma. No sabes cómo está... — me separé de él al notar que se callaba.

— Se le pasará. Es más fácil olvidar a un amor pasajero de unos días, que olvidar como tu hermana te ha fallado. Eso no se olvida tan fácilmente.

— ¿Crees que eres un amor pasajero? Ahora sí que definitivamente te has vuelto una idiota integral. — me agarró por los hombros y agachó su cabeza para que pudiera ver bien su cara.

— Sigue insultándome, tu novia aún no ha empezado y lo estoy esperando. — le miré a los ojos.

— Tú eres la que ha decidido

que todo acabé así. Eres la única que puede solucionarlo. Solo tú. – me dio en el pecho. – Porque sé que tu corazón está destrozado. Al igual que el de mi amigo. Completamente destrozado.

— Lo sé Glen y me arrepentiré siempre de hacerle pasar por esto. Pero sé que es lo mejor.

— ¿Lo mejor para quien Lu? – me di la vuelta y Rose salía del vestuario. – Porque para ti no es lo mejor. ¡No seas cabezota coño!

— Entiéndeme Rose. Sé lo que es destrozar a una familia y ellos están demasiado unidos como para que esto les destroce. Solo he pensado en ellos. – la cara de Rose cambió.

— Mierda Lu. Pensé que solo estabas tapando a Sharon y a lo que quisiera que pasase aquella noche. No que estuvieras protegiéndoles a todos. — me agarró del brazo. — Ahora lo entiendo. Tu tía no me lo contó todo por lo visto. Esa familia se ha metido tan dentro de ti, que no quieres que les pase lo mismo que a la tuya. Soy idiota. Perdón cariño. — me abrazó.

— No Rose, la única idiota soy yo. De verdad.

— No cariño. No. Tú estás haciendo todo esto por una familia. No por ti ni por ella. — me agarró de la cara. — Es admirable ver cómo te preocupas antes por ellos que por ti misma. Aunque

no sé de qué me sorprendo. Siempre lo has hecho y esta vez no iba a ser diferente. Es idiota pero admirable. — nos quedamos unos segundos mirándonos las dos y con la mirada ya nos estábamos diciendo lo que con palabras no éramos capaces de hacer. Terminó mostrándome una de sus preciosas y reconfortantes sonrisas.

— Vamos a comer algo chicas. — miramos las dos a Glen.

— Yo me voy a casa. Disfrutad de la cena. — tiré el vaso del Frapucchino a la basura.

— No. — Glen me agarró del brazo. — Te vienes con nosotros. Esas ojeras y esa pérdida repentina de peso

me dicen que llevas sin comer bien bastantes días.

— No soy buena compañía. De verdad.

— Cuando yo era la peor compañía estuviste a mi lado. Así que ni pio. – Rose tiró de mí.

— Pero...

— He dicho que ni pio. – me tapó la boca con la mano y me sacó de la academia.

— Vamos aquí al lado, que sé que las ensaladas de ahí te privan y las hamburguesas ni te cuento. – Glen estaba cerrando la academia y Rose no me soltaba el brazo ni un segundo.

— De acuerdo. Porque por

mucho que me niegue no me vais a dejar en paz.

Dicho y hecho. Me llevaron arrastras hasta el restaurante. Rose durante toda la cena estuvo dándome su punto de vista de todo lo que había sucedido. Glen estuvo muy pendiente del móvil mientras hablábamos y llegué a tal punto de agobio, que me excusé para ir al baño.

Allí dentro me sentí sola, realmente sola. Por primera vez había salido a la calle y no tener a Hans al lado, se estaba convirtiendo en mi realidad.

Cuando iba a ir hacia la mesa y vi a Rose con Glen, me quedé parada

observándoles. Como él la agarraba de la mejilla sonriéndola. Como acariciaba su nuca mientras la besaba la frente. Sus manos entrelazadas por debajo de la mesa, enseñándome su complicidad y su forma de quererse. En definitiva, lo que era el amor que se tenían. Suspiré fuertemente y de nuevo el dolor en el pecho se agudizó. Necesitaba salir de allí lo antes posible y solo se me ocurrió mentir. Mentirles a los dos para poder salir sin tener que dar demasiadas explicaciones.

— Chicos, me tengo que ir a recoger a Pablo a Hollywood. Ha perdido el último bus. Lo siento mucho. — recogí el móvil y las llaves de la

mesa.

— Ya. — Rose me miró sabiendo que estaba mintiendo pero no me dijo nada. Al mirarme a los ojos sabía exactamente lo que se me estaba pasando por la cabeza. — De acuerdo Lu, pero mañana te quiero ver en la academia, recuperando tu vida. Recuperando esa pasión que ahora mismo parece que has olvidado.

— Dame una tregua Rose.

— No, se acabó ya de pobrecita de mí. Lo has hecho. Y ahora es momento de continuar con tu vida. Con tus clases y con el baile. — les miré entristecida a los dos.

— Rose tiene razón Lucía. No

puedes quedarte en casa regodeándote en tu dolor. – aparté la mirada de ellos centrándola en el llavero de mi coche. La famosa galletita. – Mira hacia delante Lucía, demuéstranos quién eres.

— Disfrutad del resto de la noche.

Salí del restaurante y justo antes de girar la esquina de la academia, entré en el bar de al lado. Me senté en la barra y pedí una copa. Creo que era lo que necesitaba en aquel momento. Una copa. Dos y tres más. Al menos por unos segundos me olvidé todo. Cogí el móvil y justo entró una llamada.

— ¿Sí?

— Hola preciosa. ¿Cómo tienes

la noche? – reconocí la voz de Luke. – Voy a ir a una fiesta y he pensado que te apetecerá venir conmigo.

— Yo... — en ese momento me di cuenta de que no quería estar en ningún sitio sin Hans. Y otra vez la cruda realidad me abofeteó. Nunca iba a estar de nuevo con él.

— Luke, no voy a poder ir. Estoy ocupada. Hablamos otro día. — colgué de inmediato el teléfono.

Dejé el dinero en la barra y me fui directa a la academia. Necesitaba soltar lastre, soltar esas piedras que tenía encima y sabía exactamente lo que necesitaba.

Me quité la sudadera y las

zapatillas, cogiendo de mi taquilla unos calentadores y un short. Me lo puse sin mirarme en ningún momento al espejo. Si no me enfrentaba a la imagen de mi misma en aquel momento sería más fácil. Conecté el IPod con la canción de Sia y su Chandelier.

Las notas iniciales de la canción retumbaron dentro de mí y mi cuerpo comenzó a bailar. Me dejé llevar por aquella desgarradora realidad que cantaba Sia. Chica a la que llaman para divertirse. Esa parecía ser mi historia.

Voy a balancearme en la lámpara. Voy a vivir como si el mañana no existiera. Como si el mañana no existiera. Voy a volar como un pájaro toda la noche.

Siento mis lágrimas al secarse.

Giros, saltos torpes gracias a las tres copas que me había tomado. Me tropezaba. No sabía si por el alcohol o por el dolor que sentía. Mientras bailaba las lágrimas comenzaron a caer de nuevo. No quería pensar. Quería obligarme a dejar de sentir aquel dolor. Pero la canción no ayudaba. Cogí impulso para hacer una voltereta sin manos hacia delante pero al segundo de saltar caí de espaldas al suelo. Me dolía mucho la espalda por la caída, pero me volví a levantar. Sacudí unos segundos mis brazos y piernas, tratando de desentumecerlas. Escuché como la puerta de la sala se abría lentamente y

no sabía porque me quería encontrar a Hans allí mirándome, como otras tantas veces había hecho. Pero era Nicola, con cara de susto por el golpe que se había escuchado.

No le hice caso y di unos pasos para atrás. La música se repitió de nuevo. Varios giros, varios pasos por el suelo y volví a coger impulso. Corrí por la sala y salté. De nuevo me quedé corta y mi espalda acabó contra el suelo.

— ¿Quieres matarte loca? — Nicola vino corriendo a ayudarme.

— Suéltame. — arrastraba un poco las palabras.

— ¿Borracha y tratas de hacer una voltereta sin manos? — aparté su

mano de un golpe.

— Déjame en paz. — me levanté escuchando por tercera vez la canción.

— ¿Quieres hacerte realmente daño?

— Ya me lo he hecho. Un poco más no se notará.

— Sueltas la frustración con el baile. Eligiendo esta canción... Tienes que estar muy jodida. No creo que pienses de ti misma lo que estoy escuchando.

— Podría ser ahora mismo. — me aparté de él y comencé a bailar de nuevo.

Quería arrancarme el dolor allí mismo. Pero a cada nota, a cada paso, a

cada elevación de pierna, aún seguía allí. No desaparecía. Vi por el gran espejo como Nicola se quitaba también la sudadera al ver que de nuevo tomaba impulso.

— Déjame ayudarte. — negué con la cabeza. — Hay veces que una mano amiga, puede ayudar más de lo que pensamos.

No asentí, simplemente suspiré y tomé impulso. Justo antes de saltar el brazo de Nicola se puso en mi cintura y me dio el impulso necesario para poder hacer la voltereta sin caerme. Justo al caer y comenzar el estribillo, sus brazos me cogieron haciéndome girar por la sala. Dejándome en el suelo y siguiendo

mis pasos. Parecía que hubiéramos ensayado todo, pero simplemente llevaba mucho rato haciendo lo mismo. Repitiendo la misma rutina exacta en cada paso. Y él, aprendía rápido. Seguía mis pasos. Me sujetaba con firmeza la pierna y casi al finalizar la canción, sin saber muy bien porqué, atendí a una de sus señas que me decía que saltase a sus manos. Me elevó por encima de su cabeza, y después me deslizó por su pecho, hasta cogermme por las piernas y cintura, dejándome apoyada en su hombro. Nuestras respiraciones estaban alteradas. Mi cabeza estaba apoyada en su pecho y podía escuchar su corazón latiendo fuertemente. Fueron unos

segundos, tal vez unos minutos, pero aquel baile, la ayuda de Nicola, me curó por unos minutos. Me ayudó a entender que con el baile, podría cicatrizar las heridas de mi corazón.

— Necesitas ir a casa. — no se movió ni un centímetro.

— No me sueltes. Por favor. No lo hagas. — me acurruqué aún más.

— No lo voy a hacer. Tranquila. — me balanceaba muy despacio.

Tras estar allí con Nicola más de una hora, al final me fui a casa. Cuando llegué noté a Pablo muy intranquilo mirando el ordenador. Sabía que le pasaba algo más que lo de Sharon y su preocupación por mí. Pero según me

vio, se acercó, me besó y trató de que no se le notase nada. Decidí no preguntar hasta el día siguiente en el desayuno.

Aquella noche fue horrible. Recuerdos de Hans y mi padrastro se entremezclaron en mi cabeza durante toda la noche.

02. AZUL OSCURO CASI NEGRO

Tenía que tomar una decisión.

Eran las cuatro y media de la madrugada y no podía dormir. Mi cabeza le estaba exigiendo a mi corazón, que claudicase. Que apechugase con lo que había hecho y que tratase de recuperar la normalidad. Volver de nuevo a mi vida, a mi trabajo y dejar que el tiempo pasase lo antes posible.

Me levanté, me duché y fui a la cocina a preparar el desayuno. Cuando Pablo, la tía y Hernando se despertaron y aparecieron por allí no podían dar crédito al verme. Se miraban murmurando en bajo pero podía escucharles perfectamente.

— Os puedo oír. Sí, soy Lucía Medina. La misma que hasta esta noche

lloraba por las esquinas. La que se ha tirado toda la noche pensando en Hans. – se sentaron en los taburetes. – La misma que ha decidido no seguir fustigándose. Dos semanas llorando tirada en la cama ha sido suficiente. – mi tía negaba con la cabeza. – Sé que no me creéis. Como también sé que habrá días mejores y peores. Pero he sobrevivido a cosas peores que ésta. – respiré profundamente. – Al igual que cuando Pablo se vino a vivir conmigo, hoy empieza algo nuevo. Dolerá, sentiré la ausencia pero no me puedo tirar en la cama y marchitarme. – sonreí para que no siguieran incrédulos. – La vida es corta y quiero disfrutarla con vosotros.

Con mi familia. – les serví tortitas a los tres.

— No te creo Lu. – mi hermano era el más sorprendido.

— Hermanito, en esta vida hay que arriesgarse. Yo lo he hecho y salió mal. Pero tú, deberías hablar con una señorita. – respiré al acordarme de Sharon – Y obligarla a escucharte. Antes de que te alejes de ella, para siempre.

— Consejitos vendo, pero para mí no tengo. Hermanita, si yo hablo con Sharon, tú tendrás que hablar con Hans. – me llevé el café a la boca.

— Hoy es un nuevo inicio. No hay hueco para el pasado. – bebí un poco de café.

— Te arrepentirás de tus propias palabras maitia. ¿Pero es lo que realmente quieres? — afirmé mientras seguía bebiendo café, tratando de taparme lo máximo la cara. — Entonces de acuerdo. Es tu decisión y la respetaremos. Ojalá no te arrepientas. — sonó la puerta y nos miramos como diciendo que estábamos todos.

— Solo son las siete de la mañana. ¿Quién en su sano juicio toca a estas horas el timbre? — mi tía fue a abrir y cuando miré vi a Nicola en la puerta, con una caja en las manos. — ¿Y tú precioso eres?

— ¿Qué haces aquí Nicola? — me acerqué a la puerta.

— He pensado que después de lo de ayer, necesitarías una buena dosis de azúcar. — mi tía me miró como la Santa Inquisición. — Cuando bailamos y te elevé, noté tu considerable pérdida de peso. Por eso no te salían bien los giros. Tu punto de gravedad ha cambiado. — sonrió.

— Tú eres idiota. — me di la vuelta para volver a la cocina.

— Lu. — mi tía me dio un manotazo en el brazo. — ¿Así te hemos educado? Dile a Nicola que entre y se tome un café. Quiero saber más de él.

— No tía. Yo te resumo. Nicola, profesor nuevo de la academia, y... — hice una mueca como si estuviera

pensando. – Nada más.

— Me da igual. Este hombretón se va a tomar un café que amablemente le vas a poner. – me pegó un empujón y agarró a Nicola del brazo.

— Respira Lucía, respira. Hoy es el inicio de todo y no querrás que este imbécil te lo estropeeé. – me fui hasta la cocina tratando de montarme un momento zen en la cabeza.

— Con dos de azúcar y un chorrillo de leche por favor Lucía. – le dejé la taza en la encimera.

— Me voy a cambiar. Tengo clase a las nueve. Y quiero prepararla antes. Si me disculpáis. – me fui a la habitación y mi tía me siguió cerrando la

puerta tras de mí.

— ¿Qué pasa con Nicola?

— Es un entrometido. Ayer bebí un poco más de la cuenta y me encontré bailando en la academia. Me pilló en un momento de bajón y bueno... — me puse unos pantalones, una camiseta y las New Balance. — Debilidad que no volverá a suceder.

— Ser débil de vez en cuando no es malo. Si tienes al lado a quien te ayude a levantarte. — me dio la mano. — Yo, no estaré mucho más a tu lado maitia. — la miré y agarré de la cara.

— No se te ocurra volverme a decir eso.

— Es la verdad Lu. Y lo que

quiero es estar tranquila, saber que tendrás a personas a tu lado que se preocupen por ti. Saber qué vas a estar bien. — sabía que mi tía estaba demasiado preocupada por mí y eso no era bueno en su estado. — Cariño, deja que las personas que estamos a tu lado te ayudemos. ¿Quieres hacer borrón y cuenta nueva? Perfecto. Pero déjanos preocuparnos por ti. — me acarició la cara y me apoyé en su mano. — Te quiero mucho maitia. No quiero verte sufrir.

— Lo sé tía. Pero es la decisión que he tomado. La vida hay que vivirla y no preguntarnos porque las cosas no funcionan. Hay veces que queremos forzar todo. Y por querer creer en el

amor, tal vez no vi lo diferentes que somos Hans y yo. – al decir Hans un escalofrío recorrió mi cuerpo. – Tal vez yo no sepa amar.

— Si sabes amar. Sabes mucho más que amar. Te preocupas por cada persona que pasa por tu vida. Por poco que impacte en tu vida, tú haces que la vida de los demás sea mejor. Así que no quiero oírte nunca jamás decir, que no sabes amar. Porque amas sin condiciones. Quieres sin reparos. Y eso maitia, es el verdadero amor. Amar sin reservas ni condiciones. – mi tía era increíble.

— Te quiero tía. Nunca me abandones por favor.

— No lo haré. — me abrazó pegándome a su pecho. — Pero tampoco te abandones tú. Prométemelo. — me agarró de las mejillas obligándome a mirarla.

— Te lo prometo. — me besó la frente.

— Ahora vete a la academia y disfruta. Y no seas mala con Nicola. Solo parece querer ayudar. — la miré abriendo la puerta.

— Ya veremos tía. Ahí sí que no te prometo nada.

Quedar a desayunar con Glen, suponía implícito que Rose apareciera de su mano. Quise salir del bar antes de que me vieran pero Glen me echó

una mirada de cómo te escapes te reviento. Al llegar Rose me miró con mucho odio. Era yo el que estaba enfadado con... con, ¡joder!, no podía ni decir su nombre. Después de muchos días sacando su recuerdo de mi cabeza, la seguía viendo en cada esquina, en cada mujer que veía y en cada mano que tocaba. Sus besos, sus caricias, sus te quiero. Maldita sea Hans. Me la tenía que sacar de la cabeza como fuera o acabaría destrozado de nuevo.

— *Quita ya esa cara de victimismo Hans. No te pega nada. Y no tienes derecho a ponerla. – escuché a Rose y mi mirada se fijó enfurecida en ella.*

— Rose, no eres quién para hablar. — vi a Glen agarrándola de la mano tratando de controlar a la pequeña bestia.

— Mira Hans. No me gustas, no me caes bien. Has destrozado a mi amiga sin... — se quedó callada como si fuera a soltar alguna cosa inteligente por esa boca.

— ¿Sin qué Rose? Tú no eres quien para hablar. Te lo repito. Quédate en tu fantástica relación y a ti Glen, te aconsejaría que te alejases de ella. Puede destruir todo lo que toca. — ella se levantó y me pegó un empujón.

— Cállate la maldita boca. Eres un jodido estúpido. Ella es idiota,

pero tú... — negaba sonriendo irónicamente. — Te arrepentirás el resto de tu vida. — se dio la vuelta y se fue por la puerta.

— ¿Qué bicho le ha picado a tu novia?

— Eres idiota. Has perdido a Lucía y nos vas a perder al resto si te sigues comportando como un imbécil. — Glen parecía enfadado.

— ¿Vas a sacar la cara ahora a esas dos locas? — me fui a sentar en el taburete y Glen se levantó dándome un gran empujón.

— Ni se te ocurra hablar así de ninguna de ellas. Ojalá supieras todo lo que está pasando, pero mira, sigue

así, siendo un completo imbécil. Te quedarás solo Hans.

Dicho eso Glen salió por la puerta dando con ella en la pared. No entendía el comportamiento de ninguno de ellos dos. Bueno, de Rose sí. Quería proteger a su amiga, pero ¿Glen? Tan amigo mío que era y le sacaba la cara a esas dos taradas. Tal vez en la fiesta de la noche anterior, en la que veía a Lucía en cada esquina, fuera real la visión. Y Glen se follase a las dos y por eso las protegía.

Apreté fuertemente mis manos y pedí una copa de whisky. Me daba ya igual la hora que fuera. Era lo único que me ayudaba a dejar de verla en

todas partes. A tratar de mitigar mi dolor. Su cara me aparecía al tratar de dormir, al despertarme y mierda, joder, hasta cuando quería olvidarla, su maldita sonrisa se me aparecía. Encima Glen les sacaba la cara a las dos. Parecía estar compinchado con ellas para joderme. Lo que eran capaces de hacer las mujeres. Te lían para poder devorarte en sus redes.

No me pude despegar del culo a Nicola desde casa hasta la academia. Fui andando y él vino a mi lado todo el camino. Al llegar a mi sala para preparar la clase Nicola se interpuso entre la puerta y yo negándome la entrada.

— Vamos a ver, ¿te apartas? – traté de empujarle pero no le moví ni un triste centímetro. - Tengo que preparar la clase.

— No Lucía. Las clases de zumba de las nueve se han cambiado de hora. – le miré enfadada.

— ¿Me habéis quitado las clases? ¿Qué es lo siguiente despedirme? ROSEEEEE. – pegué un grito.

— No. Se ha cambiado de hora porque las alumnas querían apuntarse también a clases de hip hop que empezamos la semana pasada. – me crucé de brazos delante de él. – Rose me lo propuso y la clase se ha llenado.

Necesito ayuda.

— A mí no me mires, te juro que ese tipo de baile me saca de mis casillas. Tanto movimiento... — empecé a moverme bailando hip-hop. — Y movimiento de piernas, no es lo mío.

— Pues creo que lo haces de muerte. Solamente ensayando un poquito. — se acercó agarrándome de las caderas.

— Que te apartes. — le di un manotazo.

— Joder que carácter. Pues tu verás, porque Rose te quería decir algo cuando te incorporases a la academia. — salí de la sala pitando.

— Joder. Lo sabía. Dos semanas

sin venir y me quita las clases este bailarín exhibicionista. ROSE. – grité al sentarme en el sofá.

— ¿Dónde está el fuego cariño?
– entró de la mano de Glen.

— Pues en mi culo. Me he levantado tranquila y he tratado de que nada me ensuciase el día. Pero Nicola se ha encargado de... — respiré profundamente y alcé las manos en el aire mandando todo a la mierda. – Ya que no tengo clases me voy a hacer yoga. – entré en una sala vacía, me quité las zapatillas y puse música. – Necesito relajarme.

— Nena, pensaba que no vendrías a trabajar. – ya estaba en

posición flor de loto.

— Día cero Rose. Comenzamos de nuevo. — abrí un ojo y la miré. — Además ayer me dijiste que hoy venía sí o sí.

— Genial amor. Pues tengo que comentarte una cosa.

— Me vas a decir que me has quitado clases y que tengo que aprender a mover el culo al ritmo de hip-hop. Que se quede él con las clases. A mí me dejáis las mías y algún eventito que salga. Necesito recuperar el dinero... — respiré profundamente al recordad la noche de las bestias.

— Vamos a ver Lucía. Por el dinero no te preocupes. Además lo de

hip-hop, te quería comentar...

— Noto que vas a joderme el momento zen del día. – la miré.

— La semana que viene de lunes a domingo, la academia cierra y nos vamos a un pequeño congreso con masterclasses a Cabo San Lucas. – abrió mucho los brazos como si fuera la azafata del Precios Justo mostrándome el gran escaparate final. Le hice una pedorreta.

— Como que hay congresos de baile en esa zona. Aquello es pura fiesta y despiporre Rose.

— Que no. Que tengo hechas ya las inscripciones. Vienen los mejores bailarines de todo el mundo. – cambié

de postura sin tomármela en serio.

— Que no te creo Rose. Que lo que quieres es emborracharme y que me olvide de todo. – escuché como Rose salía pegando gritos de la sala y volvía con unos papeles en la mano.

— Mira. – me los tiró al suelo. – No es mentira Lucía. Nos vamos a ir, te guste o no. Hay que diversificar y darle a los clientes lo que quieren. ¿No quieres más pasta? Pues tendrás que mover el culo a ritmo de street dance y hip-hop.

— Vamos a ver. – me levanté del suelo y vi cómo entraba Glen a la sala.

— Ni vamos a ver ni nada. Tú

dices que hoy es el día cero. Pues comienza a lo grande. Cabo San Lucas. Baile por las mañanas, playa por las tardes y bonitos anocheceres. — resoplé cerrando los ojos.

— Lucía te vendrá bien. Además ya tenemos los billetes y las habitaciones cogidas. — les miré a los dos.

— ¿Tenemos?

— Si. No voy a dejar que Rose vaya a Cabo San Lucas sin vigilancia. Solo hace falta ver al Nicola ese. ¿Cómo demonios le contratasteis?

— A mí no me mires, que me gusta lo mismo que a ti. Menos que nada. ¿Por qué coño tengo que ir? Joder.

– trataba de tranquilizarme pero me iba a dar algo.

— Verás cómo al final los cuatro nos lo pasamos bien. – miré a Glen y quería matarle.

— Eso no te lo crees ni tú ni tu caballo. – salí a la calle a respirar. Simplemente era demasiado para ese día cero.

— Lucía, necesitas salir de aquí y sé que unos días alejada del imbécil de mi amigo te vendrán bien. – al levantar la vista vi a Glen.

— Quería ser fuerte, disimular que todo está superado, pero no es así. – me deslicé por la pared hasta el suelo y Glen se agachó.

— Lucía no va a ser nada fácil. Sé lo que es el dolor que ahora mismo estás sintiendo. — tiró de mi hombro pegándome a su pecho. — Pero necesito ver esa preciosa sonrisa en tu cara. Aquella sonrisa que me regalaste nada más escupirme cuando nos conocimos, aquella preciosa sonrisa cuando me dejaste a solas con Rose. Necesitamos a esa Lu de vuelta.

— Prometo volver, ¿pero tengo que hacerlo en Cabo San Lucas con vosotros dos metiéndoos mano y con Nicola? — nos reímos los dos.

— Puede que ese cambio de aires te venga bien. Tal vez hablar con alguien de fuera de tu entorno te ayude. —

me pasé la mano por la cara.

— ¿Con ese que viene a quitarme mi puesto y a dejarme sin trabajo?

— Rose nunca te abandonará. Nunca. Escúchame. — me agarró de la barbilla obligándome a mirarle. — Yo tampoco. Nena, eres especialista en meterte en el corazón de la gente y a mí me has calado hondo. — me mostró su preciosa sonrisa.

— ¿Aunque él sea tu mejor amigo?

— Cuando te equivocas, ni tu mejor amigo lo soluciona. Tú has hecho algo que no comparto, pero entiendo cuál es el fin de todo. Eres demasiado

buena, cariño. Pero estaremos a tu lado. Así que cuando nos montemos en el jet, olvídate de todo. Haz como si nada hubiera pasado y disfruta de tu pasión. Es la idea de esto. Rose se ha dejado el culo buscando que os incluyeran en las masterclasses.

— Y yo pasando de ella estas semanas. Soy lo peor. — apoyé mi cabeza en la pared.

— Eres lo peor del mundo Lu, pero te quiero tanto que si robases un banco, yo sería tu coartada sin pedírmelo. Vas a salir de esto y yo te ayudaré. — Rose se arrodilló delante de mí. — Eres mi hermana y eso no lo va a cambiar nada ni nadie. Te quiero.

— Te quiero mucho Rose. — me levanté para abrazarla y comencé a llorar. — Lo siento, lo siento mucho Rose. Quería solucionarlo pero...

— Pero no puedes tú sola. Juntas lo conseguiremos.

Nos quedamos allí un rato, llorando las dos a moco tendido. Si es que éramos iguales, paridas por diferentes madres, pero con los mismos sentimientos de amistad, amor y devoción por una hermana.

El resto de la semana pasó volando. Clases nuevas, amoldándome a la forma de trabajar de Nicola. Gritos en algunas preparaciones de las clases, diferentes puntos de vista y tirándonos

de los pelos al finalizar el día.

Mi tía veía el pequeño cambio que estaba dando. Cómo sonreía al acostarme aunque me doliera la espalda. Cómo canturreaba alguna canción por lo bajo cuando preparaba alguna cena. Cómo me recostaba con ella en el sofá viendo alguna película. Estaba dando pequeños pasitos para volver a ser yo misma.

Mi hermano seguía preocupándome pero cada vez que trataba de hablar con él, se salía con alguna otra cosa que me hacía despistarme. Siempre estaba pegado a su portátil, al móvil y con llamadas extrañas. ¿En qué demonios estaría

metido?

Por fin llegó el sábado y estábamos en la academia acabando una clase de hip-hop. Eran más de las ocho de la noche y allí seguíamos. Nicola se empeñó en que aprendiera algo antes de ir a Cabo. Estaba de menear el culo y las piernas hasta el mismísimo toto.

— Coño, que no puedo con ese movimiento Nico. De verdad.

— ¿Desde cuándo nos llamamos por diminutivos? — me agarró de las caderas enseñándome el paso.

— Desde que me tocas el culo cuando te apetece bailando. — pegué un salto en el aire, pero caí con los pies mal. — Mierda. — comencé a dar

pequeños botes impotente por la sala.

— Tranquilízate, no tienes que ir allí a dar las clases. Solo tienes que dejarte llevar. Tienes una habilidad natural para quedarte con las cosas. Lo sientes aunque creas que no lo haces bien. Así que... — le miraba jadeando por el espejo y justo sonó mi móvil.

— Tiempo muerto. — corrí hasta la bolsa y al sacar el móvil vi el nombre de Charlie en la pantalla. — Joder. — resoplé antes de contestar. — ¿Sí?

— Lucía, ¿cómo estás?

— Pues me pillas trabajando, no tengo mucho tiempo ahora. — me senté en el suelo a estirar.

— Necesito que vengas a

comisaría.

— Charlie, no puedo. Y tampoco me apetece de verdad.

— Lu cariño, tienes que venir. Siento ser yo el que te diga esto pero Pablo está aquí. Ha habido un percance en un bar y bueno, tienes que venir.

— Joder. – pegué un salto y me levanté del suelo. — ¿Qué ha pasado Charlie?

— Lucía, será mejor que vengas aquí, te aseguro que tú estás involucrada en lo que ha pasado. – recogí mi camiseta.

— Dame quince minutos y llego. – colgué el teléfono y sin pensar comencé a gritar.

— ¿Lucía todo bien?

— No, nada está bien. Parece una puta pesadilla que comienza una y otra vez. – noté como me empezaban a temblar las manos.

— Lucía, ¿puedo ayudarte con algo? – suspiré y le miré a través del espejo.

— ¿Has venido a trabajar en coche?

— No, he venido en la moto. ¿Te llevo a algún sitio? – le agarré de la mano y salimos corriendo de la academia.

— A la comisaría de Olympic Drive. – vi la moto y los dos cascos colgados.

— Eso está hecho. — me dio el casco y nos montamos a toda velocidad en la moto.

Me agarré fuertemente a su cintura y salimos casi disparados. Zigzagueaba entre los coches, casi saltándose los semáforos, girando la moto en algunos cambios de sentido, tumbando tanto que casi tocábamos con los chivatos el suelo. Dejé de respirar cuando me monté en la moto y volví a respirar cuando escuché la voz de Nicola avisándome de que ya habíamos llegado.

— Puedes dejar que mi sangre vuelva a circular. — abrí los ojos y mis manos estaban por dentro de su camiseta

agarrada simplemente a su piel.

— Perdón Nicola. Yo... — me bajé de la moto con las piernas temblando.

— Tranquila. Vamos. — me agarró fuertemente de la mano.

Salimos corriendo agarrados de la mano y justo cuando iba a subir las primeras escaleras de la comisaría noté unos ojos puestos en mí. Comenzó a temblarme el cuerpo y supe que era él. Esa sensación no era capaz de producírmela nadie más. Continué subiendo las escaleras y cuando llegué arriba, miré para atrás y le vi. Era Hans. Estaba allí de pie, con sus ojos puestos en mí. No, no, no. No podía ser. Fueron

segundos los que nuestras miradas se encontraron y mi respiración volvió desaparecer. Nicola abrió la puerta pensando que yo iba detrás pero cuando volví a girarme me pegué con todo el cuerpo contra el cristal, cayéndome de espaldas al suelo.

— Mierda. – tenía la cabeza apoyada en el suelo y volví a mirar a Hans. Estaba subiendo las escaleras de tres en tres.

— ¿Lucía estás bien? – Nicola me agarró de la mano y la cintura al levantarme. — ¿Estás bien? – me quitó el pelo de la cara.

— Si. – afirmaba tontamente con la cabeza.

— Parece que has visto... — no le dejé terminar la frase.

— Un fantasma. — giré la cabeza y Hans estaba parado en un escalón observándonos y negando con la cabeza. Giró el cuerpo sobre sí mismo y volvió a bajar a la altura del tipo con traje que estaba a su lado. — Vamos.

Joder. Menuda nochecita pasé. En aquel maldito calabozo con Pablo. Cuando conseguí que me sacasen de allí, me encontré de frente con Lucía. Por primera vez en varias semanas la vi. Y sí, aquella sí era ella. No era otro producto de mi imaginación, ni de la resaca. Era ella y estaba... simplemente preciosa. Pero iba de la

mano con aquel profesor de la academia. ¿Tan rápido había pasado página? Yo como un imbécil sin poder dejar de pensar en ella en cada fiesta, en cada mujer que se acercaba cada noche, la seguía viendo. Seguía viendo esa preciosa sonrisa, ese precioso pelo que le caía por la espalda, esas preciosas caderas moviéndose para mí... Mierda Hans. Ella ya había pasado página y tú deberías hacer lo mismo.

Ni siquiera comprendía como había acabado en la cárcel la noche anterior. Fue un momento de ira que no pude controlar. Saber que había estado en peligro y no me lo había contado.

Joder. ¿Cuántas veces me había mentido? ¿Cuántas veces me había ocultado las cosas?

Me despedí de Martins, mi abogado y fui a por mi coche. Justo antes de girar la esquina miré por última vez para arriba. Allí estaba Lucía abrazada a Charlie. A ese tío que se había follado tantas veces y al que seguro que se follaría para sacar a Pablo de allí. Joder. Joder. Joder. Cuando pensé que podía pasar de página, me la encontré y todo volvió a removerse.

— No entiendo nada Charlie. ¿Qué... qué hacía Hans... qué hacía Hans aquí? — mi garganta temblorosa no

era capaz de hacer frases completas.

— Vamos. — pasó su mano por mi espalda llevándome hasta su despacho.

— Lucía necesito ir a hacer unos recados. Me van a cerrar la tienda. — me di la vuelta.

— Sí, no te preocupes. Muchas gracias Nicola. Nos vemos el lunes para coger el avión. — me guiñó un ojo sonriendo y salió de allí. Nosotros entramos en su despacho.

— Lu, lo siento mucho. Siento que Pablo esté aquí.

— ¿Por qué me dijiste que yo estaba involucrada? — me crucé de brazos delante de él.

— ¿Por qué no me contaste lo de Brad? — me aparté de él. — ¿Por qué no me contaste que te intentó besar y te hizo daño? ¿Qué trato de...

— No pasó nada. Simplemente estaba borracho. Como siempre últimamente. — me alboroté el pelo. — ¿Es por eso por lo que Pablo está aquí?

— Sí. Pablo y Brad están abajo. Hans también se vio involucrado en la pelea.

— ¿Pero qué ha pasado?

— Será mejor que hables con Pablo. Él te lo podrá explicar mejor. Pero necesito que me digas si abuso de ti en aquel bar. — me recorrió un escalofrío por el cuerpo y las manos de

mi padrastro parecían estar recorriéndome.

— No Charlie. Se sobrepasó, pero no abuso de mí. El tío del bar se encargó de él. ¿Puedo ver a mi hermano?

Me llevó a la parte de abajo. Ya se me hacía familiar estar allí y que mi hermano estuviera al otro lado de aquel cristal. Según abrí la puerta y Pablo me vio vino corriendo a mis brazos. Solamente podía decir “perdóname Lu, perdóname”. Me limité a abrazarle y que sintiera que no estaba enfadada.

— Tranquilo Pablo. Tranquilo.

— Lo siento Lu. Yo no quería que tuvieras que venir aquí de nuevo,

pero es que cuando entró Brad y comenzó a hablar así de ti, no me pude controlar. — noté como sus puños se apretaban en mi espalda. — Esa forma tan despreciable de hablar de ti, me mató por dentro. Pensar que realmente te pudo hacer daño y que no me lo contases. — se separó de mí.

— ¿Nos puedes traer un par de cafés del Starbucks Charlie? Bien grandes. Necesito hablar con Pablo a solas. — le miré y pasó una mano por mi brazo.

— Sabes que no estaréis solos. Habrá un policía al otro lado.

— Da igual. Solo necesito hablar con él.

— De acuerdo. Ahora vengo. —
observé a Charlie marcharse y nos
sentamos en las sillas.

— ¿Pablo que hacía Hans
metido en todo esto?

— Mierda Lu, no tenías que
enterarte que había ido a hablar con él.

— ¿Qué pasa Pablo? Llevas
muchos días raro. Y yo he estado en otro
mundo, pero me he dado cuenta. Estás
pegado a tu ordenador, esperando un
mail que no llega. Has pospuesto tus
prácticas en Europa y sé que no es cierto
todo lo que me contaste.

— Me han quitado la beca. — me
levanté de la silla estampándola contra
la pared.

— ¿Cómo?

— Estoy intentando solucionarlo. Sé que fue Hans quien hizo la donación para ampliar las becas y supuse que...

— Ese cabronazo la ha pagado contigo, por eso fuiste a hablar con él. Mierda Pablo. ¿Por qué no me dijiste nada?

— Eso mismo pensé yo, que él simplemente habría dicho que retiraba su donación. Pero cuando hablé con él, simplemente lo negó. — le miré extrañada, no me cuadraba nada en aquella explicación. — Luego entró Brad al bar, nos estuvo un buen rato provocando y cuando empezó a hablar

de ti, no me pude controlar. Hans trató de separarnos y el final ya lo sabes. Acabamos aquí los tres. — se levantó acercándose a mí.

— Agradezco que no me quieras preocupar, pero esto me preocupa mucho más. — me acerqué a él.

— Sabía que no estabas bien y no quería darte más problemas. — elevó sus hombros pidiendo perdón y sus ojos se cerraron llenos de tristeza.

— Tú no eres ningún problema. Y siempre me preocuparé de ti, siempre. — le agarré de la cara. — Siempre.

— Pensé que podría arreglarlo sin que te enterases, sin que tuvieras que hacer más por mí. — me volvió a abrazar.

— Has perdido demasiado por mí y quería ser yo quien salvase esto. Quien nos salvase esta vez.

— Pablo yo soy tu hermana mayor. — vi como hacía un gesto de desaprobación a aquella frase.

— Y yo soy tu hermano. No pude hacer nada con lo de Hans, ni con lo de Sharon. Pensé que esta vez... — levantó los hombros en forma de derrota.

— Cariño, somos los dos demasiado súper héroes y hay veces que necesitamos a otras personas.

— Vaya dos. — entró Charlie con los cafés.

— ¿Cómo va la cosa?

— ¿Qué problemas vamos a tener? — suspiré esperando tener que llamar a nuestro abogado.

— Después de hablar con Brad, ha quitado todos los cargos. Ha dicho que se cayó en el bar y que cuando llegó la policía hubo un error con Pablo. Solo ha dejado los cargos contra Hans. — si no me odiaba ya lo suficiente, ahora ya era la última persona a la que querría volver a ver. — Él ya se ha encargado de llamar a su abogado.

— Como no. — mi hermano no pudo callarse.

— ¿Nos podemos marchar? — Charlie afirmó.

Salimos de la comisaría y

pedimos un taxi para ir a casa. Al llegar la tía y Hernando nos dejaron una nota diciendo que se iban a Napa a pasar el resto del fin de semana. Sonreí al saber que Hernando hacía tanto por la tía porque fuera feliz. Ojalá todos tuviéramos esa persona a nuestro lado.

03. EL BUENO, EL FEO Y EL MALO

Maldito cabrón. Cuando

escuché a Brad decir todo aquello, al igual que Pablo, no me pude controlar. Quería acabar con él. Nunca pensé que aun odiando a Lucía, quisiera protegerla. Era como si la sintiera aún parte de mí. Mierda. Había estado más de medio día en comisaría en una maldita celda al lado de Brad. Teniendo que escuchar sus burlas, sus ofensas continuas contra Lucía. Dios. Solamente esperaba que todo aquello fuera mentira. Que toda la mierda que salió de su boca no fuera verdad.

Aunque no quisiera seguía teniendo esa necesidad interior de protegerla. De que no le pasase nada. Y al verla de nuevo simplemente dejé de

lado todo mi odio. Era como la primera vez que la vi saliendo de los juzgados. Con la ropa sudada, el pelo cayéndole por la cara y esa manera tan suya de correr. Lo que no me esperaba era ver a Nicola de su mano. Un fuego interno me quemó. Pensar que ese tío pudiera estar ahora al lado de Lucía, agarrándole de la mano y apoyándola. Mierda.

Tiré la copa que tenía en la mano de la rabia. Estaba en mi casa y estaba tratando de localizar al decano de la Universidad. No entendí nada de lo que me contó Pablo. Por mucho que estuviera enfadado con su hermana, por mucho daño que me hubiera hecho,

no iba a pagar mi dolor con Pablo, jodiéndole el futuro. No sabía qué demonios había pasado con la beca. Yo hice el ingreso hacía tiempo en la Universidad y simplemente no hubo ningún problema.

Eran las nueve de la noche y el decano no contestaba a ninguna de mis llamadas. La imagen de Lucía volvía una y otra vez a mi cabeza. Llamaron a la puerta y al ir a abrir mis padres y mi abuela entraron en casa.

— *¿Qué ha pasado cariño? — mi abuela me abrazó.*

— *Un malentendido.*

— *Creo que por un malentendido no se acaba en la cárcel,*

ni un abogado tiene que ir a sacarte hijo. – mi padre estaba enfadado.

— Fue un malentendido en un bar. Ya está. – me di la vuelta y me fui a la cocina.

— ¿Cariño va todo bien? – mi madre me agarró de la mano.

— No mamá. He perdido al amor de mi vida y no puedo perdonarla. Por todas sus mentiras, por todo lo que nos ha hecho. – mi madre frunció la boca.

— Cariño, ¿por qué no hablas con ella? Como tú nos quieres hacer ver, en la vida hay malentendidos que te llevan a situaciones extremas.

— Aquello no fue un

malentendido. Ella me mintió. Me ha estado mintiendo mucho tiempo. Muchísimo. Me siento estúpido. – me senté en la mesa y al ir a echarme otra copa mi madre me quitó la botella.

— Esto no va a solucionar tus problemas. Solo puede empeorarlos cariño.

— No puede ir a peor. – apoyé la cabeza entre mis manos.

— Si hijo. – mi padre se sentó a mi lado poniendo su mano sobre mi hombro. – Siempre puede pasar algo que nos haga darnos cuenta de que la vida es demasiado corta como para quedarnos con dudas. ¿No tienes ninguna duda de lo que pasó aquella

noche? – miré a mi padre tratando de saber si él conocía algo que yo no.

— ¿A qué te refieres papá?

— Sé que nosotros conocemos muy poco a Lucía, pero... cómo te lo explico. No creo que ella esté metida en toda esa mierda. La noche de la fiesta estuvimos hablando con su tía.

— Ella también puede mentir por proteger a su sobrina. – estaba empezando a enfadarme por culpa de Lucía con mi propia familia.

— Hans, sé que soy demasiado vieja y hay veces que solo digo tonterías, pero escúchame por una vez en tu vida.

— Abuela, no quiero más

sermones. No quiero. – me levanté de la silla hecho una furia y el taburete se cayó al suelo haciendo mucho ruido.

— *Hijo tranquilízate. Por favor.*

— *Dejadme en paz. Joder. ¿Por qué todo el mundo se quiere meter en mi vida? DEJADME EN PAZ.*

Mi grito asustó a mi madre y a mi abuela. Mi padre trató de acercarse a mí, pero le aparté de un empujón. Joder. Necesitaba que todo el mundo me dejase en paz. Todos se ponían de parte de Lucía y eso no hacía otra cosa que aumentar el odio que sentía en aquel momento. Esa maldita tarada se había ganado hasta tal punto a mi

familia, que todos trataban de excusarla.

Tenía tanta rabia en mi interior que les acabé echando de allí. Entre gritos, eché a mi propia familia de mi casa. Al cerrar la puerta fui a recuperar la botella que mi madre me había quitado. Me tiré en el sofá y terminé la botella entera.

— ¿No le localizas? — negué con la cabeza llamando al decano por duodécima vez.

— Sábado a estas horas no creo que pueda localizarle.

— Sé que los domingos va a jugar a Los Ángeles Country Golf. — tiré el teléfono al sofá.

— De acuerdo, mañana me plantaré allí a esperar una explicación.

— Lucía, te conozco y no va a ser una visita de cortesía. — me tumbé en sus piernas.

— La Lucía malhablada la dejaré mañana en casa. — comenzó a acariciarme el pelo.

— No te lo crees ni tú. — cerré los ojos. — ¿Qué tal estás? De corazón.

— Jodida, pero bien. Supongo que el dolor pasa. ¿No? — abrí los ojos y me encontré con sus ojos azules mirándome.

— Me encantaría decirte que sí, que ese dolor que tienes se pasará mañana. Pero sabes que no es verdad.

Que cuando pierdes a alguien que quieres, no se pasa en dos semanas. Yo echo de menos a papá y a mamá todos los días. — cerró los ojos y se recostó en el sofá a mi lado abrazándome por detrás.

— La vida no es tan fácil como queremos, pero tenemos que aprender a vivirla. — me apretó fuertemente contra él.

— ¿Algún día nos despertaremos sonriendo? — me di la vuelta tumbada para mirarle de frente.

— Prométeme que por muy mal que puedan ir las cosas vas a sonreír al levantarte cada día. Cuando estés a miles de kilómetros de mí, prométeme

que vivirás la vida como si no acabase nunca y vivirás hoy como si el mañana no existiese. – metí mi cabeza entre su cuello. – Prométemelo hermanito.

— Lo mismo digo Lu. Hagas lo que hagas, sé feliz. – me besó la frente.
— Quiero encontrar a alguien como tú hermanita.

— Habla con Sharon. Es buena chica, aunque haya hecho idioteces. Todos las hemos cometido. – escuché como resoplaba. – No hagas eso, no lo des por perdido. Quiero que mañana la llames y hables con ella. Por favor. Quiero verte feliz. – enterré mi cabeza en su pecho.

— Yo también te quiero ver feliz

pero por mi culpa no lo eres. – saqué la cabeza para mirarle.

— No es culpa tuya. La única culpable soy yo. Soy tan estúpida que creí que llevarme los gritos era la solución. – resoplé fuertemente y apoyé la mano en mi frente. – Algún día Pablo, algún día volveré a sonreír. Te lo prometo.

Hablando nos quedamos dormidos en el sofá. Me sentía segura en los brazos de Pablo, aunque a media noche la imagen de Hans en la comisaría apareció en mis sueños. Aquellos preciosos ojos mirándome, realizándome un escáner para comprobar que era yo y que no era un

maldito espejismo. Yo también tuve que mirarle varias veces, para corroborar que mi mente no me estaba jugando una mala pasada. Estaba tan empanada al verle, que me di un ostiazo contra la puerta. Cuando noté una mano agarrándome, algo dentro de mí, una pequeña parte de mí, deseaba que fuera la mano de Hans. Pero sabía que no era. No me recorrió nada por el cuerpo, no se me revolvió nada dentro de mí. Él era el único hombre que había conseguido que todo mi cuerpo reaccionase cuando estaba cerca. Sería capaz de reconocerle en una sala llena de gente con los ojos cerrados. Cómo se me erizaba la piel cuando me miraba, cómo me temblaba el

cuerpo cuando me rozaba y cómo mi mente volaba cuando me besaba. Fue el único que lo había conseguido, por mucho que lo quisiera negar. Él había sido “mi único”.

Me desperté sobre las ocho de la mañana y dejé a Pablo durmiendo a pata suelta en el sofá. Me quedé varios minutos mirándole y dios, estaba tan orgullosa de él, cómo había madurado tanto en tan poco tiempo, cómo me protegía y cómo me quería, que suspiré tan fuerte que tuve que taparme la boca para no despertarle.

Me pegué una ducha y al vestirme, supe que ese día, tenía que sacar a relucir la Lucía más fina. Nada

de vaqueros y zapatillas. Me puse un bonito vestido negro, con un poco de vuelo y una cremallera delantera que lo recorría desde el bajo hasta el pecho. Iba a un club de pijos y necesitaba no dar el cante. Aunque luego le cantase la Traviatta al rector.

Al llegar allí silbé. Un chico vestido de blanco me abrió la puerta del coche, entregándome un pequeño llavero con un número. Pregunté en recepción por el señor Coleman, y la amable rubia pechugona de la entrada, me dijo que estaba empezando su partido. Así que salí a ver si podía encontrarle antes de que se montase en el carrito de golf y desapareciera de allí. El sol a las diez

de la mañana era casi cegador. No veía nada y un camarero que pasaba por allí me ofreció un zumo de naranja con champagne. Sí que sabían vivir bien los ricos, champagne a las diez de la mañana. Le pregunté por Coleman y parecía conocerle. Me indicó que me llevaría con él. Nos montamos en un carrito de minigolf y a lo que a mí me parecía velocidad supersónica, me llevó hasta donde él estaba.

Me bajé del carrito despidiéndome amablemente del camarero que se quedó más de la cuenta viendo como clavaba mis tacones en el césped. Cuando estuve lo suficientemente cerca pude escuchar su

conversación.

— No sé qué demonios ha pasado de verdad Reikson. Hemos tenido que denegar varias becas y es horrible eso. Dejar a esos chicos sin ese dinero, es como mandarles a la selva sin un cuchillo. — veía como el otro hombre con borlas en las medias sonreía fumándose un puro.

— Vamos Coleman, no te preocupes tanto por esos chicos. Sus familias les pueden ayudar a ir a Europa a vagar, que es lo que hacen siempre. — tuve que agarrar a la Lucía malhablada para que no saltase.

— No, los chicos que se han quedado sin beca no tienen familias que

les pueden ayudar. No lo entiendo. ¿Qué es lo que ha pasado? – no aguanté más.

— Eso me gustaría saber a mi rector. ¿Qué demonios ha pasado para que a mi hermano ahora le denieguen la beca que tanto se ha currado? – se dieron la vuelta los dos observándome.

— Señorita Medina, que alegría verla por aquí. – me acerqué más a ellos pero esos malditos tacones se clavaban todo el rato. Me agaché para quitármelos y con ellos en la mano continué con mis preguntas.

— ¿Cómo puede ser que a los niños ricos se les den becas y a los que realmente lo necesitan se las quiten? — mientras hablaba agitaba los tacones con

la mano. — No puedo entender como jugáis así con esos chicos. ¿Sabéis lo que pueden hacer sin esa beca? — me miraron los dos. — Nada, no pueden hacer nada. Aunque sus familias se partan el culo currando, no pueden hacer nada.

— Señorita Medina, ¿quién es usted? — el otro hombre me miraba de arriba abajo.

— Ella es Lucía, la hermana de Pablo Medina, uno de nuestros mejores estudiantes, de los cuales no podrán acceder a la beca, porque ese dinero simplemente se ha esfumado.

— Genial. ¿Quién donó la pasta se ha echado atrás? Puedo adivinar el

nombre del que ha sido. — me estaba cabreando por momentos y me estaba costando mucho controlarme.

— Lucía, estoy haciendo todo lo que está en mi mano para poder entregarle la beca a Pablo. Estoy moviendo mis hilos. — puso su mano en mi espalda apartándonos del otro cretino. — Tranquila, te aseguro que haré todo lo que esté en mi mano para que Pablo pueda ir a Europa. Sé lo importante que es para él y para ti.

— Es que no lo entiendo. No puedo entenderlo, ¿cómo pueden quitar una beca así porque sí? — nos sentamos en un carrito que había por allí.

— Yo tampoco Lucía, pero si

piensas que quien donó el dinero de ampliación de becas se ha echado atrás, no ha sido así. El señor Berg nos envió una carta de recomendación por el trabajo realizado por Pablo en la Fundación. Se ha deshecho en elogios. — su nombre retumbó en mi cabeza.

— ¿Tiene solución? Yo no puedo costear su estancia allí. Puedo pagar los gastos extras que tenga, algún material que lleva ya de aquí, pero poco más. Es muy importante esa beca. — me agarró dulcemente de la mano.

— Lucía, se lo duro que habéis luchado por esto. Yo me encargo de solucionarlo. Te lo prometo Lucía. — respiré un poco más tranquila.

— Por favor. No quiero sonar desesperada, pero realmente lo estoy. Quiero lo mejor para Pablo. — su sonrisa me tranquilizó. Era un hombre mayor, canoso y con una sonrisa sincera. Tendría que confiar en él.

— Voy a volver a lo que sea esto. Aguantar a Reikson es un suplicio, pero es una de las bazas para las becas. — le miramos los dos.

— Tiene pinta de engreído estúpido. — no puedo aguantarme.

— Es un capullo en toda regla, pero es uno de los donantes de la universidad. Así que le dejaré ganar el partido a ver si así se estira más que en la cama. — le miré y me guiñó un ojo.

— Gracias señor Coleman. — se levantó del banco.

— Martin, dejemos lo de señor Coleman para cuando me llame a la universidad. — le sonreí. — La semana que viene te llamo. A ver si tengo alguna novedad.

— Muchas gracias señor... — me miró de nuevo. — Martin. Muchas gracias.

— Nos vemos Lucía.

Se marchó meneando la cabeza y observando a aquel capullo fumándose el puro. Me levanté y caminé los metros que nos separaban del bar. Echando un vistazo a todo aquello, tenía que decir que era un auténtico paraíso de ricos y

petardos. Algunas de las personas que estaban jugando me miraban por ir con los zapatos en la mano. Justo cuando llegué a la terraza del bar, me agaché para ponérmelos y escuché unas voces familiares. Los padres de Hans y la abuela, estaban justo allí. Mierda. Tenía que salir de allí sin que me vieran. Aún no me sentía lo suficientemente fuerte como para verles.

— No lo entiendo de verdad. Es incomprensible. ¿Cómo puede cambiar todo en un momento? ¿Cómo demonios ha acabado Hans en la cárcel? — levanté la vista y la abuela me vio.

— Mierda.

— Lucía cariño. — sin

pensárselo se acercó a mí y me abrazó fuertemente. – Qué alegría verte cariño.

— Hola. Yo ya me iba. – nerviosa quería salir de allí lo más rápido que me permitiesen mis piernas. – Tengo que preparar la maleta.

— ¿Te vas de viaje? – me apartó el pelo de la cara con mucho cariño.

— Si, nos vamos a Cabo a un congreso de baile. Sé que suena a mentira, pero Rose me ha engañado para ir.

— Te vendrá bien salir unos días de la ciudad y pensar, relajarte y tratar de poner esa cabecita en orden. – me acarició la cabeza.

— No hay mucho que aclarar. –

los padres de Hans se acercaron lentamente.

— Mi nieto no actuó bien, pero sé que tú estás encubriendo a alguien. — se me atragantó mi propia saliva.

— No, hay veces que cometes errores en la vida, y es justo que los pague. — su padre me miró, agarrándome de la mano.

— No hay que cargar con la culpa de otras personas solo por querer protegerlas. — comencé a ponerme demasiado nerviosa.

— Cargo con mi culpa. — la madre me miró muy seria.

— Eso no es verdad, pero no podemos hacer nada por cambiar tu

forma de actuar. Solo espero que no te arrepientas en el futuro. – sus palabras eran las más duras de los tres. – Sé que mi hijo puede tener muchísimos defectos. Es maniático, impuntual, cabezota y un loco. Pero te quiere. Te quería y te querrá. Solo necesita un tiempo para recordarlo.

— Le he fallado y eso no se olvida, por mucho que quieras recordar lo bueno, las cosas malas que haces son las que se graban a fuego. Eso no se olvida. – noté como mis ojos comenzaban a mojarse. – Me encanta haberos visto, pero me tengo que marchar. Cuidaos.

— Cuídate cariño. – les sonreí y

antes de irme escuché a la madre.

— No te olvides de nosotros. —
me acerqué a ella.

— No podría. — le di un beso en
la mejilla. — Nunca.

— Solo espero que podáis
solucionarlo. Mi hijo está cayendo en
una espiral peligrosa. No quiero volver
a verle destrozado como hace años. — se
me encogió el corazón sabiendo que
Hans estaba sufriendo tanto por mi
culpa.

— Cuidad de él por favor. —
agarré la mano de la abuela. — Por favor.

Sonreí para que ellos no me
vieran sufrir, pero al llegar al coche ya
no pude aguantar más. Rompí a llorar.

No quería imaginarme a Hans destrozado y con una copa en la mano. Había sobrevivido a aquel infierno años atrás, y ser yo la culpable de que acabase así de nuevo me mataba. Cogí el móvil y busqué el nombre de Hans. Apareció su foto, con esa preciosa sonrisa y esos ojos que tanto me prometían. Pasé el dedo por encima casi pulsando el botón verde de llamada, pero segundos antes de pulsar, entró una llamada de Rose.

Respiré antes de descolgar y hablé con ella. Quería asegurarse de que no me echaba atrás con el maldito viaje a Cabo. Cuando la colgué tiré el móvil al asiento del copiloto, olvidándome de

llamar a Hans.

El resto del día lo pasé en casa, preparando las maletas y relajándome con un buen libro. Estaba con una gran lectura, que me estaba evadiendo de mi realidad. Una novela de Aida Cogollor, Shooter. Solo con esa portada ya me enamoré del libro. La historia de Maya y Alfonso, el motero. Motero. Esa simple palabra ya me hacía sonar como una moto. Me tenía loca en esa realidad paralela que me había montado en el salón. Estuve varias horas devorando y hasta me olvidé de comer. Deseaba ser yo quien montase esa moto y no Maya, agarrada de la cintura de Alfonso. Que me comprendiese y pudiera vivir

aquella gran aventura. Que hombre por dios. Tener esa historia tan trepidante de amor y tan llena de pasión y dulzura, me evadió de mis propios sentimientos gran parte de la tarde. A las seis Pablo llegó a casa hambriento.

— Déjame las llaves del Mini, me voy a por un par de Phily Cheese Steak con picante y unos aros de cebolla al Johnny Rockets. — se puso delante de mí.

— Ajam. — continué leyendo el libro y pegando pequeños suspiritos.

— ¿Quieres que te traiga un bocata o a un Alfonso con su pedazo de moto?

— Un Alfonso con mucho

picante. — me quitó el libro de las manos.

— Cuando te pones a leer estos libros te evades de cualquier realidad.

— Por eso lo hago. Yo quiero una historia así. — me llevé las manos al pecho. — Quiero conocer a un hombre que me haga perder la cabeza. — me tiró el libro a las piernas.

— En fin.

Me levanté con las piernas adormiladas y puse algo de música. Justo sonó por los altavoces What a Feeling de Irene Cara. Mi hermano me dio la mano y comenzó a bailar pegado a mí. Esa forma que tenía de abrazarme haciéndome cosquillas me hacía reír.

Era capaz de sacarme una sonrisa en cualquier momento.

Primero cuando no hay nada más que un sueño que lentamente resplandece, que tu temor parece esconderse muy profundo en tu mente. Muy sola he llorado lágrimas silenciosas, llena de orgullo en un mundo hecho de acero, hecho de piedra. Bien, escucho la música. Cierro mis ojos, siento el ritmo.

Cuando la música pasó a ser un poco más rápida comenzó a hacer unos pasos de baile imitándome en alguna de mis clases. Pegaba saltitos, rodaba por el suelo del salón, tiraba de mi mano para que le siguiera, pero no podía parar

de reír. Se miraba en el espejo, poniendo cara de interesante, haciéndose a sí mismo morritos y estiraba sus piernas en el aire.

Acabé echándole de casa para que fuera a por la cena. Era un payaso, pero era el payaso que me había tocado como hermano, y al que adoraba.

Puse la mesa y continué con mi lectura hasta que llegase la cena.

04. TRAINSPOTTING

Había pasado más de una hora desde que Pablo se marchó a por la

cena. Terminé de hacer la maleta y tras poner la mesa en la terraza, llamé a Pablo. Estaba volviendo, pero había parado a recoger el postre.

Entré en casa a por las servilletas y escuché como se caían unas sillas fuera. Pensé que alguno de los vecinos venía con alguna copa de más o que Pablo se había vuelto loco comprando y no podía con las bolsas. Escuché un quejido de mujer y al salir por la puerta me encontré con una Sharon casi irreconocible. Dio un paso al verme tratando de erguirse y se cayó sobre la mesa tirando los platos y copas. Salí corriendo hacia ella.

— Sharon, ¿estás bien? — la

agarré por la cintura tratando de levantarla.

— Perfectamente. He destrozado tu vida, la de tu hermano, la del mío y estoy camino de destrozarme la mía. ¿A que lo hago bien? – la agarré de la cintura fuertemente y la metí en casa.

— ¿Qué cojones crees que estás haciendo Sharon? – la senté en el sofá.

— Lo que mejor se me da. Destrozar todo lo que toco. – echó la cabeza para atrás. Noté en su tono de voz algo raro y al mirarle a los ojos, vi sus pupilas completamente dilatadas. Toqué su cara y estaba ardiendo.

— ¿Sharon qué has hecho? – la miré y su estado de alerta y absoluta

excitación la delataba. Puse mis dedos en su cuello y su pulso estaba demasiado alterado. – Mierda Sharon. ¿Qué coño te has metido?

— Nada. No necesito nada para estar así. – su estado cambió y pasó a estar eufórica dando paseos por el salón. – La vida es una mierda, pero lo mejor que puedo hacer es alejarme de todos y de todo. – se fue a sentar en un taburete y se cayó al suelo riéndose de manera exagerada.

— Levántate de ahí. – al ir a agarrar su mano me pegó fuertemente en la mía. – Joder. – tiré fuertemente de su mano levantándola. – No me toques los cojones Sharon. Puedo contigo y con

veinte como tú. – me pegó un empujón en el pecho.

— Déjame en paz. Quiero hablar con Pablo. Pablo. – se puso a gritar y a buscar a mi hermano por las habitaciones. – PABLO.

— Pablo no está aquí y no le gustaría verte en este estado. ¿Por qué has hecho esto Sharon? – me crucé de brazos delante de ella.

— Porque puedo. Mi familia está tan centrada en mi hermanito que no se dan cuenta de lo que hago o dejo de hacer. – se pasó la mano por la nariz y comenzó a sangrar. – Nadie sabe por lo que estoy pasando. – levantó los brazos como si sobre ella estuviese recayendo

todo el peso del mundo.

— Deja de comportarte como una niñata y simplemente sigue con tu vida. — estaba comenzando a perder los nervios con el comportamiento de Sharon.

— ¿Cómo voy a seguir con mi vida? He destrozado la vida de mi hermano y la tuya. — se acercó al sofá. — Necesito mi bolso. Si deajo de sentir, deajo de sufrir.

Al ir a agarrar su bolso se lo quitó de las manos rebuscando en él. Encontré varias bolsas pequeñas con una sustancia blanca, supuse que era cocaína. Mi respiración se aceleró tanto que me di miedo a mí misma de cómo

podría reaccionar. Tiré el bolso al suelo y fui directamente a por Sharon. La agarré del brazo y la llevé hasta la fregadera. Sus gritos podrían haberse oído a kilómetros, quejándose de que la estaba haciendo daño en el brazo. Agité las bolsitas ante sus ojos y las tiré por la trituradora, apreté el botón y sus ojos se dilataron aún más.

— ¿Qué coño haces? Joder. Me he gastado quinientos dólares. – trató de apartarse de mi pero la apreté mucho más fuerte el brazo obligándola a mirarme.

— Como si te has gastado un millón. No sabes lo que eso puede hacerte. ¿No has aprendido nada? Joder

Sharon. – se deshizo de mi mano.

— He aprendido que quitarme del medio sería lo mejor. – como siguiera diciendo cosas como esa, le iba a dar un tortazo que le pondría los ojos en la nuca.

— Tú eres idiota. – paseé por la cocina como un león enjaulado. Tenía que hacer algo pero no sabía el qué. – De acuerdo, nos vamos al hospital. Que te saquen toda esa mierda de alguna manera.

Dos minutos. Dos minutos fue lo que tardé en volver al salón tras recoger mi bolso y ponerme unas zapatillas. Me encontré a Sharon en el suelo desmayada. Restos de aquella sustancia

blanca en mí encimera, una tarjeta de crédito, un billete enrollado y un trozo sin esnifar de una raya. Corrí por el pequeño pasillo hasta arrodillarme donde estaba Sharon tirada. Agarré su brazo para darla la vuelta. Tenía sangre en la nariz, restos de cocaína o lo que demonios fuera aquello y no respondía. La pegué en la cara, agité su cuerpo, pero seguía sin responder. En ese momento, era yo la que quería gritar alto y fuerte.

— Mierda Sharon. No me hagas esto. — la puse sobre mi pecho. — Mierda Sharon. — no sabía qué hacer, no podía reaccionar ante aquella situación que se me estaba yendo de las manos. — Por

favor, reacciona joder. — comenzó a convulsionar y la puse en posición lateral. Me vomitó encima y me aterricé. Busqué con la mirada mi móvil y lo vi en la encimera de la entrada. Me fui a levantar para ir a por él y justo entró Pablo en casa.

— Joder hermanita, menudo desastre de mesa has puesto. Está todo... — miró mi cara y vio a Sharon en mis brazos en el suelo. Dejó caer todas las bolsas y se tiró a su nuestro lado. — ¿Qué coño ha pasado? Lucía. — sacó su móvil del bolsillo y lo dejó en mi mano. — Llama a emergencias. LUCÍA.

— Voy. Voy. — mis manos

temblaban mientras marcaba el 911. Mi voz entrecortada explicó todo lo que pudo y di todos los datos que me pidieron. Constantes, que droga había sido, cuanto tiempo llevaba inconsciente. Demasiadas preguntas y yo lo único que quería es que una maldita ambulancia fuera a casa.

Tras colgar no tardaron más de diez minutos en llegar. Los sanitarios entraron en el piso con la camilla y tras examinarla, tomarle una vía y colocarle algo en vena, salieron con ella de allí.

— ¿Cómo está? – Pablo no se separaba de Sharon.

— Estable, dentro de la gravedad, está estable. Tenemos que

hacerle más pruebas en el hospital para ver cuánto ha consumido y qué. Hacerle un lavado de estómago, si no es demasiado tarde. Nos tenemos que marchar ya. — salieron hacia la ambulancia. — ¿Seguro privado? — Pablo y yo nos miramos sin saber qué hacer. — Señorita. — me miraron esperando mi respuesta. — La llevamos a Santa Mónica Ucla Center o... — no le dejé terminar.

— Si, allí. Sin duda. — agarré fuertemente la mano de mi hermano y tras cerrar la puerta de casa nos montamos en el coche siguiendo a la ambulancia.

Pablo estaba centrado en la

ambulancia que seguíamos. Mi corazón latía a dos mil por hora. Creo que no vi ningún coche hasta que aparcamos en la puerta del hospital. Entramos corriendo en urgencias pero unos médicos nos pararon cuando quisimos pasar las puertas de uno de los boxes. Nos obligaron a esperar fuera y mi hermano se desesperó.

— ¿Cómo ha podido pasar esto Lucía? – me acerqué a él agarrándole de la mano.

— No lo sé Pablo, pero está en buenas manos. Voy a hacer una llamada. – tiró de mi brazo para abrazarme.

— Prométeme que todo va a salir bien. – le miré a los ojos y le

mentí. Simplemente mentí. No sabía lo que iba a suceder.

— Todo saldrá bien. Quedará en un susto que le hará ver la vida de otra manera. — al menos eso era lo que realmente yo esperaba. — Voy a la máquina a por un par de cafés y a hacer una llamada.

Antes de poder salir de aquella sala escuché “familiares de Sharon Berg”. Acudimos los dos al mostrador y rellené un montón de formularios con los datos que sabía de Sharon. Había preguntas tipo alergias, enfermedades, operaciones que ni siquiera sabía que contestar. Dejé el boli sobre el mostrador y marqué el número de Hans.

Cinco llamadas, cinco malditas llamadas después y no contestó ninguna de ellas. El mejor momento para que pasase de mis llamadas.

Aquella fiesta era el revulsivo que me hacía falta. Mario siempre había sabido organizar grandes fiestas con mejor compañía. Su casa en Malibu, a pie de playa era simplemente perfecta. Había un montón de preciosas mujeres que me iban a hacer olvidar por completo a Lucía. Había llamado a Glen para que me acompañase pero estaba demasiado ocupado con su novia. ¡Cómo había cambiado! Siempre habíamos ido juntos a este tipo de fiestas y ahora simplemente perdía el

culo por Rose.

— *Hola Hans. – al darme la vuelta vi a Mercedes a mi lado.*

— *Hola Mercedes. – le pegué otro trago a mi copa.*

— *¿Cómo así tú por aquí? ¿Dónde te has dejado a tu novia de mercadillo? – la miré queriendo contestarla pero el alcohol no me lo permitió.*

— *Desapareció de mi vida. Simplemente. – vi como Mercedes esbozaba una sonrisa.*

— *Tío, esta fiesta es una de las mejores que he organizado. – Mario se acercó a nosotros con una chica de cada brazo. – Hola Mercedes.*

— *Hola Mario. Qué raro veros a los dos juntos. Después del espectáculo de la última fiesta, sois las últimas personas que me imaginaria juntas. — noté como me vibraba el teléfono de nuevo y simplemente lo obvié.*

— *Hans ellas son Hayley y Monique. Nuestras chicas esta noche. — me levanté para besar a las dos y Monique se echó a mis brazos.*

— *Hans Berg, no sabes cómo me gustaba verte cuando jugabas. Soy tu fan número uno. — se mordió el labio mientras me acariciaba el brazo. — Déjame llevarte al cielo esta noche.*

— *Te dejaré llevarme hasta el*

mismísimo infierno. – la agarré de la cintura pegándola a mí.

— Vamos ángeles del infierno, tengo reservada una de las camas balinesas especiales. Especialmente preparada para nosotros. Seguro que nos lo pasamos muy bien los cinco. – sin saber cómo los cinco caminábamos entre sonrisas y miradas bajando por las escaleras hasta la playa.

Necesitaba desahogarme, sacar todas mis frustraciones fuera y olvidarme de una puta vez de Lucía. Con aquella preciosa rubia, iba a ser la mejor manera. Cuando nos tumbamos en la cama balinesa volvió a vibrarme el móvil. Fui a cogerlo pero

antes de ver la pantalla Monique me lo quitó de la mano.

— *Olvídate del mundo exterior y déjame hacerte disfrutar señor Berg.*

— *Hazme olvidar mi mundo. — se abalanzó sobre mi tirando el móvil a la cama balinesa.*

— Joder Hans. ¿Dónde coño estás? — me levanté del sillón enfurecida. — Joder.

— ¿Has podido localizar a alguien? — mi hermano me miraba preocupado.

— Hans no contesta a mis llamadas. No sé cuántas veces le he llamado ya. No quería llamar a sus padres. Pero no me queda otra opción.

Esto les va a matar. – me aparté el pelo de la cara.

— Sharon está en planta. No sé qué han hecho en urgencias, pero una enfermera me ha dicho que está dormida y descansando. – me levanté de la silla para ir a la habitación. – Después de verla les llamo. – pulsé el botón del ascensor y escuché a la chica del mostrador llamándome.

— Perdone, disculpe. Necesito que firme los formularios y deje su número de contacto. Es por seguridad. – firmé sin pensármelo. – Gracias.

Subimos a la habitación y al entrar vi como Pablo se quedaba en la puerta sin dar un paso. Estaba aterrado

por ver a Sharon en aquel estado. Sin maquillaje, con una vía en el brazo y con oxígeno en la nariz. La verdad es que estaba muy desmejorada. Me acerqué a ella y la agarré de la mano. Estaba tan tranquila, tan en paz, que no parecía la misma Sharon que hacía unas horas irrumpió en casa destrozándolo todo. Pablo se sentó a su lado acariciándole la mano y la cara. No dejó de mirarla en ningún momento.

Armándome de valor llamé a Lorel. Se me hizo durísimo contarle que su hija estaba en el hospital, pero no le dije cuál era el motivo. Sería asustarles demasiado por algo que ya estaba solucionado. Al entrar en la habitación

escuché a Pablo hablando con Sharon, que continuaba dormida. Me quedé unos segundos pero supe que era su momento. Cerré lentamente la puerta de la habitación y me fui hasta la máquina de café. Rebusqué unas monedas en mis vaqueros y cuando le fui a pegar un sorbo al café, escuché la voz de Lorel desde el fondo del pasillo diciendo mi nombre.

— Lucía, ¿dónde está Sharon? —
al llegar dónde mí me agarró de brazo.
— ¿Qué ha pasado?

— Tranquila, todo está bien.

— ¿Cómo va a estar bien si está ingresada en el hospital? — Steve tenía las manos apretadas a ambos lados de su

cuerpo.

— Está con Pablo en la habitación del fondo. Solo os quiero avisar de que está bien, ha sido un susto, pero creo que será mejor que ella os lo explique. — justo vi como Pablo salía de la habitación corriendo.

— Lucía, se ha despertado. — fuimos los cinco corriendo hasta la habitación. Al entrar Sharon nos miró a todos y comenzó a llorar.

— Lo siento. Lo siento mucho. — se llevó las manos a la cara y se asustó al verse la vía.

— Cariño. — los tres fueron hasta la cama y agarré de la mano a Pablo para salir de la habitación.

— Dejémosles solos. Tienen mucho de lo que hablar.

Salimos a una sala que estaba al lado y Pablo aprovechó para acurrucarse a mi lado, agarrándome fuertemente de la mano. Después del susto, se quedó adormilado apoyado en la silla. Supe por lo que estaban pasando en aquel momento los padres y la abuela. Al ver a mi hermano a mi lado, dulcemente dormido, pensé en el infierno que podríamos pasar. Pasó más de una hora y miré mi móvil para ver si Hans había contestado alguna de mis llamadas, pero no hubo suerte. Pablo abrió los ojos y sin mediar palabra se marchó al baño con la cabeza agachada

y frotándose la nuca.

— Lucía. — levanté la vista y me encontré a Victoria delante de mí. — Sharon nos ha contado lo que ha pasado esta noche. No sé cómo agradecerte lo que has hecho por ella.

— No he hecho nada Victoria. Me asusté tanto que no sabía lo que hacer. — me levanté.

— Nos ha contado todo. ¿Por qué has cargado con una culpa que no te correspondía? — abrí la boca sorprendida.

— No te entiendo.

— Nos ha contado lo que hiciste aquella noche. Ir hasta allí a por ellos, sacarles de aquel infierno y cargar tú

con una culpa que no te corresponde. — me pegó fuertemente en el brazo y acto seguido me abrazó. — No puedes seguir con esta carga cariño. Debes hablar con mi nieto. Tienes que hacerlo. — al separarse de mí vi las lágrimas en sus ojos.

— Lo hecho, hecho está
Victoria.

— No seas cabezota. No puedes dejar que lo que hizo mi nieta, destruya todo lo que conseguisteis. — agaché la cabeza.

— Le he llamado esta noche para avisarle y no me ha cogido. Ya lo dijo. Fuera de su vida.

— No Lucía, él te echó a la

Lucía metida en drogas, no a esta Lucía, la que ha tratado de proteger a mi estúpida nieta. — apretó fuertemente sus labios.

— No es estúpida. Se ha metido en problemas como hemos hecho todos.

— Es culpa nuestra. Nos hemos centrado en proteger a Hans y nos hemos olvidado de que quien realmente tiene problemas es ella. — se sentó en una silla. — Muchas gracias por lo que has hecho por ella. Si no llega a ir donde ti...

— Vino a casa buscando ayuda. Sin hacerlo, la estaba pidiendo a gritos. Necesita ayuda y ahora sois su mejor apoyo. — justo salió Steve de la

habitación frotándose los ojos, como hacía Hans cuando algo le atormentaba.

— Lucía, muchísimas gracias. No... — suspiró fuertemente. — Gracias por traerla aquí. — justo llegó Pablo del baño. — A ti Pablo, siento mucho que Sharon no te haya llamado en todo este tiempo. Yo le pedí que se alejase de ti, que se alejase de todo lo que le rodeaba y pensé que tú — se quedó callado — que tú podrías ser un problema para ella. Lo siento mucho hijo.

— No se preocupe. Es su hija y solo quiere lo mejor para ella. Pero yo también. Puede sonar a locura, pero quiero a su hija. Quiero que se recupere y tal vez tenga razón en que lo mejor es

que me aleje de ella. — sonrió tristemente.

— Ni se te ocurra. — la abuela se levantó rápidamente. — Da igual lo que dijera o pensase Steve en aquel momento. Sharon necesita a una persona como tú a su lado. Que le enseñe lo que puede perder si sigue por este camino. Y ahora voy a intentar localizar al imbécil de mi nieto.

— Nosotros — miré a Pablo y miré el gran reloj que colgaba de la pared de la sala. — Creo que lo mejor será que nos vayamos. Yo cojo un vuelo mañana temprano y tengo que terminar de hacer algunas cosas.

— Por favor, espera a que

llegue Hans. Tienes que hablar hoy sin falta con él.

— Steve, bastante tendrá con enterarse de que Sharon está hospitalizada como para que me vea aquí. Cuando vuelva de Cabo hablaré con él. Ahora tenéis que estar unidos por y para Sharon.

— Eres un ángel Lucía. — Steve me abrazó. — Pero prométeme que hablarás con él. Tiene que saber la verdad.

— No hay manera de que me coja el teléfono. — se notaba el cansancio en los ojos de Victoria y apartó a Steve para hablar.

— Esta mañana le escuché en la

Fundación. Iba a una fiesta a, mierda, no me acuerdo dónde, en Malibu. Pero no recuerdo dónde.

— En casa de Mario. — escuché la voz de Lorel sin entender lo que decía. — En casa de ese gilipollas.

— ¿Sabes la dirección cariño? — Steve se acercó a ella.

— Si.

— Voy a por él, aunque tenga que sacarle de allí de las orejas.

— Chicos yo me marchó. — Pablo se acercó a mí.

— ¿Te importa si me quedo con ellos?

— Claro que no cariño. Yo mañana me voy muy pronto. En realidad

en unas horas. – le acaricié la cara. – Te quiero mucho Pablo.

— Llámame cuando lleguéis y te pondré al día.

Cuando abrí los ojos estaba tumbado en aquella cama, en calzoncillos y con la rubia acostada a mi lado. Me iba a reventar la cabeza. No sabía cuánto tiempo había pasado y no había ni rastro de Mercedes o de Mario. Me llevé la mano a la cabeza, el dolor era insoportable. Me senté en la cama observando las olas rompiendo en las rocas cercanas. Busqué mi móvil por la cama pero no estaba. Miré a la rubia y simplemente no sentí nada. Ni deseo, ni excitación. Solo había sido un

polvo para olvidar. Y ni siquiera lo recordaba. No recordaba nada de lo que había pasado las horas anteriores.

Me vestí y quise salir de la fiesta sin que nadie me viera. Justo cuando fui a abrir el coche, se me cayeron las llaves al suelo y todo el alcohol hizo su efecto. Me caí de rodillas al suelo negando con la cabeza.

— No me lo puedo creer. ¿Ibas a conducir en ese estado hijo? — al girarme vi a mi padre allí.

— ¿Qué haces aquí?

— Salvarte. Parece que es la noche de salvemos a los hermanos Berg. — me agarró del brazo

levantándome y llevándome hasta su coche.

— *¿Qué estás diciendo?*

— *Tu hermana está hospitalizada por una sobredosis de cocaína y tú en una maldita fiesta ahogando tus penas. Creía que eras más fuerte que todo esto. Te hemos llamado una infinidad de veces, pero preferías seguir de fiesta a coger el puñetero teléfono. — la cabeza comenzó a darme vueltas.*

— *¿Sharon? ¿Hospitalizada? — me metió en su coche.*

— *Si hijo, menos mal que está bien. Si le llega a pasar algo.*

No pudo terminar la frase y

vomitó fuera del coche. Mi padre me sujetó la cabeza mientras mi cuerpo parecía querer despejarse de golpe. Notaba mi boca áspera y seca. Dios, no podía quitarme la imagen de Sharon de la cabeza. Obligué a mi padre a conducir lo antes posible hasta el hospital.

Media hora después, estaba sentado en la sala de espera mientras unos médicos estaban con Sharon. Mi padre me dio un café largo y un botellín de agua. Tuve que desabrocharme la camisa y quitarme la americana. Me miré en un espejo que tenía delante y mi cara estaba desencajada. Unas ojeras exageradas,

el pelo alborotado y marcas de maquillaje en mi camisa. Lancé la botella contra la pared y mi abuela se acercó a mí.

— No pagues tus frustraciones con esa botella de agua.

— ¿Qué demonios ha pasado con Sharon?

— Ha sido una sobredosis. Lo peor ha pasado. Si no la llegan a traer a tiempo, no sé qué hubiera sido de nuestra pequeña. — comenzó a llorar.

— Abuela, tranquila, lo vamos a solucionar. Lo verás. — la abracé.

— Dios, hueles como si te hubieras colado en una destilería de whisky.

— *Lo sé abuela.*

— *Mi vida, tienes que parar esta espiral autodestructiva en la que te has metido. — miré sus ojos llorosos y sus arrugas parecían haberse multiplicado en los últimos minutos. — No quiero tener que volver al hospital porque mi otro nieto, por el que daría la vida, está en una de esas habitaciones hecho una mierda. — señaló la habitación y justo salió Pablo de ella.*

— *¿Qué demonios haces tú aquí? — me levanté furioso y agarré a Pablo del cuello. — ¿En qué has metido a mi hermana? — le tenía contra la pared y de un empujón me apartó*

de él.

— *¿Y dónde estabas tú? Por tu olor en alguna fiesta disfrutando mientras tu hermana apareció drogada. Todo el mundo se ha centrado tanto en ti, que la habéis dejado de lado y mira cómo ha terminado. — su tono de voz se elevó y pude notar todos los ojos sobre nosotros dos.*

— *No se te ocurra hablarme así Pablo. No tienes ningún derecho.*

— *Sí, sí lo tengo. Yo he estado a su lado cuando ha perdido el conocimiento, cuando ha empezado a convulsionar en la habitación y cuando los médicos me han tenido que sacar a empujones porque nadie estaba a su*

lado. – su cara de furia mezclada con preocupación me hizo darme cuenta de que Pablo, no era ya aquel chaval que entró a cumplir condena en la Fundación. Era muchísimo más maduro. Mucho más maduro que yo en aquel momento. – Reacciona joder. Seguro que la tía con la que has follado esta noche podrá esperar a ver tus encantos. – negó con la cabeza y me empujó apartándome para salir de la sala.

Entré en la habitación una hora después, cuando los cafés me hicieron efecto. Mi hermana estaba dormida. Me senté a su lado en la cama y ella se movió pasando un brazo por mi pierna

abrazándome en sueños. Acaricié su precioso pelo moreno. Recordé aquellas tardes de domingo que nos tirábamos en el sofá de mis padres y ella se hacía una pequeña bola en mi pecho. Cuando mis padres la adoptaron, no tenía más de tres meses, y fue lo mejor que nos pudo pasar. Era mi hermana pequeña y había heredado mis problemas con las drogas. Me gustaba de ella lo que había heredado del resto de la familia. La fuerza de la abuela, la valentía de mi madre y el corazón de mi padre.

— *Es lo mejor que puedes heredar de ellos. La abuela es tan fuerte que podría mover una montaña*

ella sola. Mamá es valiente. Ha pasado por mucho por nuestra culpa y papá es el mejor hombre de este planeta. De mí solo has heredado mi mierda. – cerré los ojos.

— No Hans. Esto no es culpa tuya. – la miré y sus preciosos ojos me miraban con mucha vida. – Nada de esto es tu culpa. Soy la única culpable de haber terminado así.

— Si hubiera estado más pendiente de ti, preocupándome por tus problemas y menos compadeciéndome de mí. – se recostó en la cama y me levanté. — ¿Por qué ha pasado?

— Quería olvidar todo. Quería solucionar los problemas en los que os

*he metido a todos pero no he podido.
No soy tan fuerte.*

— *Sí que lo eres Sharon. — me
agarró de la mano.*

— *Gracias por estar aquí
Hans.*

— *¿En qué lugar estaría mejor
que a tu lado? En ninguno.*

— *Tengo que contarte algo
Hans.*

— *No, no tienes que contarme
nada. Tienes que descansar. Solamente
duerme y ya tendremos tiempo para
hablar cuando salgas de aquí. — le besé
en la frente.*

— *Pero Hans... — la corté.*

— *No. Debes descansar.*

Recuperarte para salir lo antes posible del hospital. – apreté fuertemente su mano y la besé en la frente. - Tengo que ir al mostrador a terminar de hacer unas gestiones. – miré el reloj y resoplé. – Aunque sean las seis de la mañana. ¿Cómo puede correr tanto el tiempo?

— A veces no lo suficiente.

Dejé a mi hermana descansando y me fui hasta el mostrador. No sé qué me había dicho mi padre de los papeles de ingreso, que faltaban cosas por rellenar. Ellos se habían bajado a la cafetería a comer algo. Llevaban allí muchas horas y yo me encargaría del resto. Me dejó un montón de papeles

encima del mostrador y fui revisándolos uno por uno. La letra de quien lo relleno era temblorosa, se salía de los márgenes marcados y las x estaban fuera de las casillas. Imaginé que fue Pablo con un ataque de pánico. Enfermedades, operaciones, alergias... Terminé de rellenar los formularios y cuando llegué a la última página se me paralizó el corazón. Su nombre. Su nombre aparecía en aquel papel. Lo arrugué con mi mano. Maldita sea. Por culpa de Lucía, mi hermana estaba ingresada por una sobredosis. No le bastó con llevar droga a la Fundación, le había metido mierda a mi hermana. Justo mis padres salieron del ascensor

y salí como un rayo de la planta. Tenía que darme la cara y tener la oportunidad de decirla cuatro cosas. Esta vez no se iba a escapar con unas lagrimitas. No. Mi hermana podía haber muerto por su culpa. Y cuando juré que no me volvería a hacer daño, incluía a mi familia en la promesa.

05. ¿EN QUÉ PIENSAN LAS MUJERES?

Cuando llegué a casa me

desplomé en el sofá. Todavía me temblaba todo el cuerpo. No se me había quitado el susto. Ver como estaba en el suelo desplomada y convulsionando me impactó tanto que me costó un tiempo reaccionar. Nunca me imaginé una situación así. Tener a Sharon en mis brazos y no saber qué hacer con ella.

Miré el reloj y eran ya las cinco de la mañana. Glen y Rose me venían a buscar a las seis y media. Revisé la maleta y abrí el armario para mirar que no se me hubiese olvidado nada. Vi los lazos de las puntas sobresaliendo por uno de los cajones. Las saqué, pasando mis dedos por ellas y sin saber por qué las metí en la maleta. La cerré y me

quedé unos instantes observando la habitación. Mis ojos se posaron en el Curve. Me acerqué lentamente y paseé mis dedos por la parte más alta de él. Tuve que cerrar los ojos porque se comenzaron a agolpar los recuerdos en mi cabeza. Como las manos de Hans acariciaban mi cuerpo, como su lengua recorría cada rincón y como sus labios se unían a los míos en aquellos besos tan pasionales, tan devastadores. Solté un resoplido fuerte y abrí los ojos. Aquel simple recuerdo me estremeció. Necesitaba salir de aquella habitación y alejarme de aquellos recuerdos. Me puse unos pantalones de deporte, las zapatillas de correr y cogí el iPod.

Cerré la puerta de casa y salí a caminar por el paseo. Calenté durante unos segundos las piernas y pulse el play. Papercut de Linkin Park comenzó a sonar y yo me metí en una carrera contra mí, contra mis recuerdos, contra mis miedos y en la que la única forma de escapar que tenía era seguir corriendo. Seguir corriendo hasta que mi cuerpo dijese basta. Mis pulsaciones se aceleraron tanto que mi corazón comenzó a bombear fuertemente avisándome de que tenía que parar. Me apoyé en uno muro tratando de recuperar la respiración. Miré mi reloj y joder, tenía que volver corriendo a casa. Estaban a punto de irme a recoger y aún

me tenía que pegar una ducha. Respiré varias veces para bajar el ritmo de mis pulsaciones y retomé de nuevo el camino de vuelta a casa. Al llegar me duché y a las seis y media en punto, me monté en el coche dirección al aeropuerto. Nos esperaba una semana dura, pero Rose y Glen estaban en otro mundo. Ellos iban de viaje de puro placer. Lo pudimos comprobar antes de que el jet despegase, viendo cómo se metían mano en los asientos. Nicola se puso a leer. Sorprendente que debajo de ese tupe y esos músculos hubiera un cerebro que pudiera procesar cualquier tipo de lectura. Yo me coloqué los cascos y cerré los ojos. Necesitaba

descansar.

Conduje lo más rápido que pude hasta casa de Lucía. Esa maldita, no sabía ni como denominarla, esa maldita tarada, no solo me había destrozado a mí, había destrozado a mi hermana y eso no se lo iba a perdonar. La estuve llamando al móvil desde que salí del hospital pero no obtuve ninguna respuesta.

Entré como un huracán en su casa, pero al aporrear la puerta, de nuevo, no obtuve ninguna respuesta.

— Lucía, Lucía, maldita sea, abre la puerta de una puta vez. Da la cara. – me dolía la mano de tanto golpearla. Me di la vuelta desesperado

y volví a llamarla por teléfono y sonó dentro. — Sé que estás ahí dentro, seguramente con un buen gramo de coca a tu lado. Abre de una maldita vez. — escuché algunos quejidos de los vecinos y al darme la vuelta vi varias luces encendidas y a uno de ellos salió por la puerta.

— Querido, no creo que sean horas para aporrear puertas en plan vikingo. — uno de sus amigos se acercó a mí.

— ¿Dónde demonios está Lucía? — me acerqué a él y le agarré por el cuello de la camiseta.

— Vamos a ver querido, primero tranquilízate y suéltame. —

quité las manos de su cuello. — Lo segundo, yo he llegado a casa hace media hora y me la he encontrado. Salía de viaje. No me ha dicho dónde y si lo supiera, tampoco te lo diría en tu estado. — me senté en una silla y él se agachó a mi lado. — No sé qué crees que ha pasado, pero lo primero de todo debes tranquilizarte. — puso su mano en mi hombro. — Todo lo que haya pasado entre vosotros, no se desvanece por arte de magia. Piensa bien todo lo que dices, todo lo que haces, porque puede que no haya marcha atrás.

— Ha mandado a mi hermana al hospital. Está ingresada por una sobredosis de cocaína por su culpa. —

se empezó a reír.

— *Mira que me digas que Lucía es adicta al trabajo, al baile, al café, al sexo y a ti, lo acepto. Pero no es adicta a ninguna droga. – le miré enfadado.*

— *Ella lo reconoció, me lo reconoció. – noté como suspiraba.*

— *Hay veces que reconocemos errores ajenos como nuestros para que la vida continúe. – no sabía a qué demonios se refería. – Pero bueno, llevo doce horas trabajando en el bar, tres espectáculos y dos altercados con borrachos. Ya no sé lo que digo. No hagas caso a esta vieja loca.*

— *¿Seguro que no sabes dónde*

iba?

— No. Solo sé que ese
hombretón de ojos como el cielo ha
venido a buscarla. Y uno se va a
dormir, que en cuatro horas tengo
manicura. — se fue hacia su
apartamento y antes de entrar se dio la
vuelta. — La mentira puede tener
muchas caras y solo una es la
verdadera. Conozco a Lucía y puede
hacer algo realmente estúpido por
salvar a alguien. Buenas noches Hans.
Buenos días mejor.

¿A qué demonios se refería?
¿Qué quería decir con eso de la
mentira y la verdad? Estaba agotado
física y mentalmente. Mi cabeza ya no

daba para más. Fui a casa a darme una ducha y de vuelta al hospital. Por el camino llamé a Glen, pero su móvil estaba apagado o fuera de cobertura. ¿Maldita sea? ¿Dónde demonios se habían metido esos dos?

Llegué al hospital y justo salía el médico de la habitación de mi hermana. Aproveché para hablar a parte con él.

— No se preocupe señor Berg. Su hermana está bien.

— ¿Cómo va a star bien? Está ingresada por una sobredosis.

— Tranquilícese por favor. Tras haberle realizado un examen exhaustivo, y haber pasado nuestra

psicóloga, hemos detectado una diferencia en ella.

— ¿Qué diferencia? — estaba demasiado nervioso.

— Su consumo es mínimo. Es muy raro que su cuerpo reaccionase así ante el poco consumo de cocaína. — no entendía nada. — No es una consumidora habitual. Según le ha dicho a la doctora Heinsfield, su consumo fue el de ayer. Nada más.

— ¿Cómo creerla?

— Por los exámenes. No mienten. No es una consumidora habitual. No sabemos exactamente la razón por la que hizo eso, pero creo que necesita ayuda. Ayuda de su

familia y ayuda experta. Está muy perdida y tiene una carga encima demasiado grande que le hace hacer lo que ha hecho. — puso su mano en mi hombro. — Le daremos el alta esta tarde, pero tiene que estar vigilada para que no acabe cayendo en tal infierno.

— ¿Está seguro doctor que solo ha sido ese consumo?

— Las pruebas no mienten. Si hubiera un consumo continuado, habría muchos signos que nos lo dirían. Simplemente es una niña perdida que se ha intentado refugiar en algo que podía haberla matado.

— No entiendo nada doctor.

— *Hable con ella. Tal vez si se quita ese peso, pueda salir adelante. — me entregó unos folletos sobre drogas.*

— *Miré doctor, tengo una Fundación en la que podemos ayudarla.*

— *Hágalo antes de que sea tarde. — me dio una palmada en la espalda y se marchó. Me quedé observando el teléfono en espera de una llamada de Glen, pero nada.*

— *¿Estás bien hijo? — tenía a mi padre delante con los ojos hinchados. Debía de haber estado llorando toda la noche.*

— *Sí, no, no sé ni cómo estoy papá. — comenzó a sonar mi móvil. —*

Un segundo. ¿Sí?

— *Hola cariño. ¿Qué tal estás? Siento haberme marchado ayer, pero tenía una sesión fotográfica hoy. – no sabía quién era.*

— *¿Quién eres?*

— *Que gracioso eres. Soy Monique. La chica de la fiesta. – joder. Otra gilipollez más a mi currículum de estupideces sublimes. ¿Cómo me podía haber acostado con ella? – ¿Te apetece quedar esta noche? Mercedes da una fiesta en su casa y bueno, pensé que te apetecería... – no quise terminar de escucharla.*

— *Mira Monique, siento sonar borde, pero no me interesa. No me*

interesas. No sé qué pasó anoche, pero no quiero repetirlo. — mi padre me miraba incrédulo. — Adiós Monique.

— Ya sabía yo que encontrarte en ese estado... ¿Por qué lo has hecho hijo?

— No lo sé. Buscaba un revulsivo a Lucía y ella se tiró en mis brazos.

— Solo espero que eso no te pase factura y... — se quedó callado frotándose la frente como si tuviera algo que decirme y no quisiera hacerlo. — Hijo, no hagas tonterías, por favor. Te arrepentirás, muchísimo.

— ¿Hay algo que quieras contarme? — le agarré del brazo pero

se separó de mí.

— *Tengo que ir a estar con tu hermana. ¿Puedes arreglar todo su traslado a casa?*

— *Sí. Va a ir a la Fundación. Llamaré al médico y que organice un equipo de enfermeras que estén las veinticuatro horas del día con ella.*

— *Quiero que esté en casa. — resopló como si fuera a llorar de nuevo.*

— *Yo también papá, pero en la Fundación va a estar vigilada. Tenemos todos los servicios y personas necesarias para su recuperación. Además allí hay personas que la pueden ayudar con sus experiencias.*

— *La última vez no funcionó. — me culparía siempre por ello.*

— *Lo sé, pero esta vez funcionará. Papá, no la vamos a perder. No vamos a perder a Sharon. Te lo prometo. — le abracé fuertemente. Quería que supiera que iba a luchar porque Sharon estuviera bien. Era mi hermana pequeña y no dejaría que nada ni nadie le hiciera daño.*

— *Tampoco te queremos perder a ti hijo. — se separó de mi frotándose los ojos. — Sé que no soy nadie para darte consejos, pero no dejes que el dolor te ciegue. Habla con Lucía. Habla con ella aunque no quieras. Ella es la que puede hacer desaparecer ese*

mismo dolor hijo. – otro miembro de mi familia pidiéndome lo mismo.

— *No os entiendo, Lucía es quien ha metido a Sharon en esto.*

— *No hijo, Lucía es quien la ha salvado. Y si eso no lo ves, estás cegado por el dolor. Y eso sí que te pasará factura.*

Mi padre entró de nuevo a la habitación y yo me quedé allí dándole vueltas a todo lo que me había dicho. ¿A qué demonios se refería?

06. DE AQUÍ A LA ETERNIDAD

Después del trayecto con los

mete manos llegamos a la salida del aeropuerto. Un gran coche nos estaba esperando para llevarnos al hotel. Un lujoso todo terreno. No cabía esperar otra cosa de Glen. Y al llegar al hotel, a cabo Villas Beach Resort, eso se leía en letras doradas en la entrada del hotel, flipé. Mi cara debía de ser del estilo de Lina Morgan la primera vez que fue a la gran ciudad. Miraba a todas partes, esa recepción blanca de mármol, esos camareros que se nos acercaron a entregarnos un cocktail con frutas y esos hombres que se encargaron de llevar todo nuestro equipaje a nuestra... ¿habitación? No, no. Aquello no era una simple habitación. Aquello era la Beach

House. Tuve que salir por la puerta que entramos para leerlo de nuevo. Era una puñetera villa para nosotros solos. Solté mi bolso y empecé a explorar. Tres habitaciones, cuatro baños, sala de televisión, comedor, cocina completa. Joder, si es que aquello era cinco veces mi piso. Negué con la cabeza cerrando los ojos y al salir a la terraza me quedé muerta. Piscina con jacuzzi.

Había una pequeña cuesta que llevaba a la parte de arriba. Entre unas preciosas plantas había una barandilla de madera que daba al mar. Me levanté las gafas de sol para poder ver bien aquellas vistas. Para quedarme con cada color, con cada olor y con cada vista.

Aquella arena blanca que veía desde lejos en la que quería enterrar mis pies e introducir mi cuerpo en aquel mar azul. Cerré los ojos y respiré. Una mezcla de flores y salitre que me recordó a España. Suspiré fuertemente y escuché a Rose detrás de mí.

— ¿Estás bien Lu? – me dio otro cocktail.

— Sí, solo estaba mirando todo esto. Glen se ha pasado. – brindamos con las copas.

— Todo es poco para vosotras. – nos dimos la vuelta y allí estaba Glen con su sempiterna sonrisa.

— ¿Has podido hablar con Steve? – me acerqué a él preocupada. –

No sé cómo me pude dejar el móvil en casa.

— Si, acabo de colgarle. Sharon está bien. – comenzó a contarme todo y pude respirar aliviada. Se me quitó un gran peso de encima al saber que todo había salido bien. – Se encargarán en la Fundación de cuidarla.

— ¿Hans? – se mordió los labios unos segundos y miré a Rose.

— Me ha llamado un par de veces. Un ciento de veces. Le he devuelto la llamada pero me ha cogido Lorel. Ha estado en tu casa pero al no encontrarte...

— ¿En mi casa? – no entendía nada y comencé a ponerme muy

nerviosa.

— Sí. Siento ser yo quien te lo diga pero piensa que tú metiste a Sharon en esa mierda. Fue a tu casa para enfrentarse a ti, pero creo que debéis hablar. — cerré los ojos tratando de tragar saliva.

— Lo sé. Sé que tengo que hablar con él y me da miedo. Miedo a que no me crea cuando le cuente la verdad. Miedo a que me siga odiando después. Miedo a perderle definitivamente. — levanté los hombros.

— ¿Miedo tú? No me jodas Lu. — miré a Rose sorprendida. — La Lucía que yo conozco no tiene miedo a nada. Ha saltado al vacío desde un puente sin

cuerda, solamente para sentir el aire en su cara y caer en un lago azul, solo por ver cómo estaba el agua. La Lu que yo conozco, viajó a Las Vegas para salvar a su amiga. Tú no sabes lo que es miedo. — me agarró de la mano. — No tengas miedo de lo que no sabes. Es peor sufrir por una pérdida real que por una imaginaria. Déjate de gilipollices y sé valiente. — tiró fuertemente de mi mano para que reaccionase.

— Chicos, la primera clase empieza después de comer. He encontrado un local en la playa que me ha recomendado la chica de recepción. ¿Vamos? — los tres miramos a Nicola.

Dejamos la conversación allí y

nos fuimos los cuatro a comer.

Los siguientes días fueron una especie de día de la marmota. Cuerpo destrozado, mañana y tardes de baile tras baile, tras baile. Noches en la playa cenando y acostándonos muertos. Odiando a ciertos profesores y a Rose en algunos momentos por haberme obligado a ir allí. Odiando a Nicola por esa vitalidad que tenía desde primera hora de la mañana despertándonos con música y bailando por toda la villa. Algunas noches me alejaba de ellos después de cenar y me iba a pasear por la playa. Aprovechando la brisa de la noche para pensar y tomar decisiones. Para hablar con mi tía y con Pablo. Para

respirar fuertemente y aclararme las ideas. Me ponía los cascos y hacía lo que siempre había hecho. Dejarme llevar por la música y dejando que mi cuerpo expresase lo que mi cabeza no podía. Bailaba o hacía yoga en la orilla del mar para tratar de recomponer poco a poco mi corazón.

Al llegar el jueves y saber que aquella tortura estaba finalizando, decidí que a la vuelta hablaría con Hans. No podía dejarme llevar por un miedo idiota. No me reconocía. Mientras me tomaba un zumo en la terraza decidí no ser la idiota que estaba siendo y coger el toro por los cuernos. Decidí volver a ser yo. La Lucía que disfrutaba de la vida y

no la que lloraba por las esquinas. Estaba decidido. Lucía Medina estaba de vuelta.

— Vámonos que hoy es la mejor clase. — miré a Nicola y bostecé.

— Vámonos antes de que me arrepienta.

Estaba harta de tanto hip-hop y funky. Mi cuerpo no estaba preparado para ese tipo de baile. Creía que había olvidado todo lo que sabía sobre baile en Cabo.

Ese día por la mañana fue el que más caña nos estaban dando. El profesor seguía ordenando pasos cuatro horas después de empezar y yo ya estaba tirada en el suelo gimiendo de dolor.

Nicola se lo estaba pasando bomba, él lo vivía y yo simplemente lo sufría.

— Venga nena, levanta el culo que está casi acabando la clase.

— Que se muera el profesor.

— Vamos a ver, la morenita que está tirada en el suelo. – escuché por su micrófono. – Levanta el culo ya, en mis clases no hay bajas.

— Que te den. – grité para que me oyese. Hubo un silencio y cerré los ojos. Pensé que ya había terminado el infierno. De repente una sombra me quitó la luz y al abrir los ojos vi a la máquina de sufrir encima de mí.

— Arriba, no hay bajas en mis clases y tú no vas a ser la primera. –

parecía un jodido sargento.

— Que te den. – me puse las manos en la frente.

— Levántate o te juro que te arrastro por el suelo hasta el escenario.

— Atrévete y te juro que te meto el micrófono del demonio por algún agujero. – noté como me agarraba del tobillo. – Ni se te ocurra. – me agarré a la pierna de Nicola.

— Vamos morenita, sé que puedes hacerlo pero ¿puede ser que ayer nos pasásemos con los margaritas? – le miré casi en el aire. – ¿O es que se te ha acabado la pasión por el baile? Te he visto en clases de Jazz y ahí si te vi mover ese precioso culo. – me soltó la

pierna y me levanté de un bote.

— ¿De qué vas?

— De aquí vas a salir bailado funky como me llamo Ricardo Ortega. Así que para mañana, con tu compañero, vais a presentarnos una rutina preciosa de funky, hip-hop con tu adorado ballet. — le miré extrañada. — Esa forma que tienes de poner los pies te delata. Aunque la forma que tienes de levantar la pierna también. — me miré los pies y estaban puestos en una de las posiciones iniciales de ballet. Los separé para que no tuviera motivos para seguir hablándome así.

— Lo que me faltaba. Deberes para mañana.

— Venga Lu, que seguro que tienes ganas de poder preparar una rutina de lo que te dé la gana. El otro día te vi bailando en la orilla de la playa con los cascos puestos. — miré con el mayor odio a Rose.

— Pues yo la he visto esta mañana mientras cogía la fruta del desayuno haciendo una elevación trasera con la pierna y los cascos puestos. — miré a Nicola igual que a Rose.

— ¿Por qué no os vais los tres a tomar unos tequilas y me dejáis en paz? — me fui recogiendo mi toalla del suelo y les di la espalda.

— ¿Eres una cobarde? — frené en seco al oír al profesor decirme

aquello. — Creo que sí, que Lucía Medina es una cobarde que huye. — me di la vuelta y todas las personas estaban mirándonos.

— Vete a la mierda. — le miré y negué con la cabeza. — ¿Te crees que voy a caer en ese juego?

— La estás mosqueando. — Nicola se puso la mano en la boca para que yo no le oyese.

— Es lo que pretendo. — su mirada era desafiante.

— De acuerdo. ¿Lo que yo quiera?

— Tiene que tener algo de funky. — me puse las manos en las caderas negando con la cabeza.

— De acuerdo maestro. — le hice una reverencia.

— Hemos terminado la clase. — aplaudió y el resto de las personas le siguieron.

— Será imbécil. — me fui refunfuñando hasta el bar que había en la playa. — Un batido de mango, fresa y leche de soja. Lo más grande que tengas. — me senté en un taburete y dejé caer mi cabeza contra la encimera. — Porque entraré en estos juegucitos. Odio Cabo.

— No lo odias. — escuché la voz de Glen.

— Sí, lo odio con todas mis ganas. Aquí se viene a emborracharse y dormir, pasear por la playa, ver

preciosos atardeceres y a follar como locos. En toda la semana, no he hecho nada de eso. – el camarero dejó el batido. – Solo he bailado y dormido. Bueno y llorado de dolor. Hacía años que no me dolían así las piernas y la espalda.

— Venga cariño. – Rose vino con Nicola al lado. – Seguro que mañana les dejás pasmados.

— No quiero. Quiero meterme en la cama y dormir. Descansar y volver a mi vida. – me miraron los tres.

— Lucía no voy a quedar mal mañana sin una rutina preparada. Así que... – me quitó el iPod del bolsillo. – Veamos qué escuchabas todas estas

mañanas. — se puso los cascos y traté de quitárselos pero puso su mano en mi cabeza y no me pude acercar más a él. — ¡Qué sorpresa! Sería una canción increíble. — comenzó a hacer unos pasos por allí.

— Para Nicola. Estate quieto. — al final no pude evitar sonreír. El tío tenía mucho rollo bailando.

— Coge ese batido y dos pajitas. Nos vamos a preparar lo de mañana.

Salimos corriendo de allí en dirección a la playa del amor. Sí, sí. La playa del amor. Que la rebautice como la playa de los pajaritos. Cada noche que había salido a correr por allí, me

había encontrado a varias parejas picoteándose y metiéndose mano. Pero apartaba la mirada de todos ellos. Aquel interés por mirar, aquella excitación que sentía, simplemente había desaparecido. Desapareció con Hans aquella noche. No era lo mismo sin él. No era lo mismo mirar y saber que Hans no vendría a buscarme para disfrutar los dos juntos. Para que los dos nos excitásemos. No había vuelto a sentir esa curiosidad. Sin él, no era lo mismo.

Nicola me arrastró hasta la parte sur de la playa, desde donde se podía ver el Arco. Una formación geológica impresionante, a la cual solo se podía acceder en lancha. Tenía pendiente

poder ir allí a ver un atardecer como aquel. El sol se colaba por los huecos que había erosionado el mar en las rocas y simplemente era precioso. Los tonos rojizos se veían en el agua y aquello era un disfrute para todos los sentidos. Me quedé observando aquel espectáculo varios minutos y comencé a escuchar la canción de David Guetta, Dangerous, por los altavoces del teléfono de Nicola. Me di la vuelta y le vi sin camiseta, remangándose los pantalones de chándal que llevaba y calentando.

El encendido de las luces. No puedo apagarlas. Ahora tú me debilitas. Pones mi mundo de cabeza. No hagas ruido. Háblame ahora. Déjame entrar

en tu cabeza. No sé qué estás pensando, pero ya lo presiento, puedo oír las sirenas sonar.

Esa letra, esa letra era perfecta. Era como si el señor Guetta se hubiera metido en mi cabeza y sacado de ella aquella canción.

— Venga morenita, vamos a enseñar a ese capullo que tú puedes hacer todo lo que te propongas. Confío en ti.

— No deberías. Soy como un juguete defectuoso. — me acerqué a él.

— No. Escúchame bien. — me agarró de las mejillas. — Confío en ti y eso para mí es muchísimo. No confío en la gente, pero tú, después de todo me has

demostrado que eres alguien en quien poder confiar. Así que empieza a confiar en ti misma. Vuelve a hacerlo.

— ¿Por qué eres bueno conmigo después de cómo te he tratado? — puse mis manos sobre las suyas.

— Porque sé que ese es tu escudo. También es el mío. Si nos ponemos barreras es más fácil que no nos hagan daño. Quienes hemos sufrido nos reconocemos.

— ¿Cuál es tu historia Nico? — quitó las manos de mis mejillas y se las pasó por el pelo.

— Si terminamos la rutina para mañana y me invitas a cenar unos buenos tacos con picante y unos tequilas, te lo

cuento. – sonreí.

— Trato hecho. Escondes mucho debajo de esa pinta de tipo duro.

— La misma pinta de tipa dura que tienes tú. – puso de nuevo la canción. – La idea es ésta. Ese tío pretende hacerte creer que no eres capaz de bailar funky o hip-hop. Vamos a enseñarle que mezclar funky con ballet puede ser increíble. He pensado empezar con un paso así – realizó un par de pasos – y luego mezclarlo con tus pasos.

— De acuerdo.

Comenzamos a preparar la rutina y la verdad es que en la arena era un poco difícil hacer pointe o cualquier

giro. Nicola fue hasta el bar y vino con un tablón de madera para poder practicarlos. Dos horas después, cuando el sol ya se estaba escondiendo, teníamos casi toda la rutina preparada. No era mucho tiempo, pero nuestros pasos y cuerpos, se adaptaban como si hubiéramos estado bailando juntos años.

Nicola quería terminar la canción con un par de saltos y giros en el aire, pero cada vez que lo intentábamos acabábamos en la arena tirados.

— No puedo saltar más alto Nico. De verdad. Me duele todo. Además no me agarras bien.

— ¿Qué no te agarro bien? – me miró abriendo mucho la boca. – Creo

que te agarro de cojones. Ven, tengo una idea. – se metió en el agua y negué con la cabeza. – Ven aquí.

— Y un huevo. – me crucé de brazos.

— Si quieres seguir comiendo arena, perfecto, pero en el agua será más fácil. Te lo aseguro. – me lo pensé unos segundos y accedí refunfuñando. – De acuerdo.

— ¿Qué hago?

— Déjate llevar. Simplemente déjate llevar.

Acepté y lo hice. Bailamos un par de pasos de funky en el agua, levantando la pierna, salpicándonos con el agua y cuando salté, me elevó por

encima de su cabeza, girando varias veces, hasta dejarme caer por su pecho, colocando una de sus manos en mi ingle y dejándome acariciar el agua con mi cara. No tenía miedo, sabía que no me dejaría caer. Eso era lo único que nos faltaba. Quitarme ese miedo y dejarme llevar de nuevo por la música y por sus manos. Me elevó de nuevo, girándome en el aire y dejándome caer lentamente por su pecho hasta que mis pies tocaron la arena de la orilla.

Nuestros ojos se encontraron y por primera vez en aquella semana sonreí. Cerré los ojos y sonreí. Noté su sonrisa y al abrir mis ojos, ladeó la cabeza en señal de victoria.

— Eres increíble. Sabía que podías hacerlo.

— Tú que me miras con buenos ojos.

— Con los que tengo Lucía. Suelo ver más allá de la gente. Tengo ese don y nunca me equivoco. — salimos del agua.

— Vamos a comer algo que me van a empezar a dar botes las tripas.

Nos sentamos en uno de los chiringuitos que había en la playa y nos dejamos llevar. Comimos tacos, enchiladas, nachos y hasta nos atrevimos con un par de chiles habaneros. Nos ardía la boca y le dimos más al tequila. Le dimos demasiado al tequila.

Al día siguiente al notar como la brisa me enfriaba el cuerpo traté de tirar de la manta para taparme, pero no la encontré y estaba recostada sobre algo realmente duro. Al girarme me caí de... Mierda, tenía arena por toda la cara. Abrí los ojos y vi que estaba en la playa.

— Joder, menudo ostión. – me puse de rodillas y al levantar la cabeza vi a Nicola desperezándose en una hamaca.

— ¿Estás bien corazón? – se levantó estirándose.

— No lo sé. – al levantarme me mareé por el tequila. – No, definitivamente no estoy bien. Joder con

el tequila.

— Nos dejamos llevar demasiado. — le miré y empecé a reírme.

— ¿Todas las imágenes que me están viniendo a la mente son reales? ¿O fruto de mi insana imaginación? — empezó a reírse.

— Barra, baile, limón, tequila, música. Eso es lo que se me pasa a mí por la cabeza. — se levantó de la hamaca y me tuve que llevar la mano a la frente porque el sol no me dejaba verle bien. — Vamos a desayunar que a las diez tenemos nuestra gran presentación. — canturreó las últimas palabras y me dio la mano para levantarme.

Fuimos hasta el bar del hotel,

cogimos una mesa y dos camareros perdieron el culo para servirnos. No me había acostumbrado a estar en un Resort como ese. Estaba claro que Glen había organizado todo. Clarísimo. Mientras esperábamos a que nos trajesen los cafés, mi mirada se fijó en la playa que se veía desde allí y el flashback de la noche anterior me vino como una película a la cabeza.

— **“Vamos Lu, desmelénate un poco. – me agarró de la cintura riéndose.**

— **Nico, soy peligrosa si me desmeleno. Además no tengo cuerpo para fiesta.**

— **Lu, sé que es difícil perder**

a alguien, pero en tu caso puedes recuperar lo que crees perdido. – le miré.

— Hay cosas que no se pueden recuperar.

— Yo no puedo recuperar a mi hija o a mi mujer. Eso es irrecuperable, pero tú puedes conseguirlo, solo tienes que contarle la verdad. – le observé y me enfadé.

— ¿Cómo sabes tú que ha pasado?

— Como tú no hablabas con Rose se tuvo que desahogar con alguien y yo estaba a su lado. – me cabreaba a cada palabra que decía.

— No te atrevas a darme

consejitos de niño bueno. No me conoces. – me fui a levantar y tiró de mi mano para sentarme. – Ni se te ocurra tratar de hacerme ver lo que yo ya veo Nicola. He sido una amiga de mierda. Me he alejado de todos, pero soy así. Me encierro en mi misma tratando de solucionar mis problemas.

— **Sola hay veces que las cosas no se solucionan. Tú tienes en tu mano recuperar lo que quieres.**

— **¿Quién demonios te crees que eres para decirme lo que tengo que hacer? Qué sabrás tú de perder a alguien. – le miré y sus ojos comenzaron a enrojecerse. – Conmigo no funciona ese truco.**

— Eres una maldita cabezota. Solo piensas en, pobrecita de mí, me han dejado el corazón roto y aparto a todo el mundo de mi lado. – abrí la boca para contestarle pero continuó poniéndome en mi sitio. – Soy más fuerte que todo el mundo y yo sola salgo de mis problemas. Prefiero joderme a mí misma y joder a los que tengo alrededor, sacrificando más de lo que tengo, para que nadie pueda meterse en un corazón que ha dejado de latir hace exactamente un par de semanas. – me estaba poniendo a caldo, pero no podía decirle nada. Era como si me hubiese quedado muda. – Lucía, si realmente le hubieras

perdido, para siempre, si hubiera muerto, entonces sí sería el final.

— Qué sabrás tú de perder a quien más amas. – estaba siendo una auténtica cabrona. – No sabes nada. – no pude contenerme y le grité levantándome de la mesa.

— Perdí a mi mujer y a mi hija de dos años hace un año, once meses, cinco días y dos horas. – mierda era una puñetera bocazas estúpida. – Eso no se puede recuperar, pero si tú eres tan imbécil de querer perder ese amor tan grande, ese amor que te hace sonreír por las mañanas, que te cura cada herida que tenías en tu corazón y esa pasión que hace que

quieras atravesar un océano por esa persona... Si eso lo quieres perder, eres una gran imbécil Lucía Medina.”

Me sentía como la mayor estúpida del mundo. Había juzgado a Nicola sin conocerle por el simple hecho de que me había pillado en una mala racha. Algo que juré no volver a hacer, lo hice con el primero que trato de tenderme una mano y de hacerme ver que era una imbécil. Me había comportado con Nicola como una idiota.

Al volver a aquella mesa, con Nicola mirándome mientras desayunaba, debía pedir perdón.

— Perdóname Nico por lo de ayer. Me acaba de venir una

conversación a la cabeza. Siento haberte mandado al infierno sin billete de vuelta. – le agarré de la mano. – No sé si ayer te lo dije, pero siento mucho lo que sufriste. Es muy duro. No he pasado por lo mismo pero si por algo similar.

— Tu padre y tu madre. Me lo contó Rose un día que te vimos llorar en la academia después de escuchar una canción que saltó en la minicadena. – cerré los ojos. – Mira cariño, sé que te conozco desde hace poco tiempo, pero eres de esas personas que cuando las conoces, aunque te manden a la mierda, como tú hiciste – me llevé la mano a la cara – te iluminan. Todos están muy preocupados por ti y quieren que seas

feliz.

— Mierda Nicola, ya no te puedo odiar. – fruncí los labios.

— ¿Ya me odiabas? – negué con la cabeza sonriendo.

— Bueno, un poco cuando me has quitado las clases de lunes por la mañana. – vi como sonreía. – De verdad siento haber sido tan estúpida contigo. Solo has querido ayudarme y yo simplemente te he mandado a la mierda. Lo siento Nico. – el camarero nos sirvió el café.

— No sientas nada. Yo cuando las perdí estuve en modo autodestructivo con todo el mundo. Lo que me salvó fue el baile. Y sabía que a ti también lo

haría. Lo haré. De nuevo.

Desayunamos hablando del pasado y tuve que admitirlo. Nicola era buena gente, pero de la buena de verdad. Sin darnos cuenta hablando nos dio la hora de la última masterclasses. Fuimos a nuestras habitaciones y me puse unas medias con un vestido y cogí las puntas. Al salir al pasillo Nicola salió de su habitación y me agarró fuertemente de la mano. “Saldrá bien, les vas a dejar pasmados.” Fueron sus palabras de ánimo y sonreí.

Cuando comenzó a sonar la música y vi las más de cien personas que estaban allí esperando a vernos bailar, se me revolvió el estómago. Esas

mariposas volvieron. Esas fabulosas mariposas que revoloteaban, eran maravillosas. Comencé con mi rutina de ballet clásico, movimientos suaves con las piernas y con todo mi cuerpo. Podía ver como el profesor me miraba diciendo, no vas a poder. Cuando comenzó a sonar el estribillo de la canción, cambié el ritmo de los pasos y en uno de los saltos Nicola me agarró girando por el escenario. En el segundo estribillo hicimos los pasos que él me había enseñado y fue cuando me relajé y comencé a pasármelo bien. Él con sus pasos de funky y yo con los míos de ballet, estábamos logrando que todo el mundo no nos quitase los ojos de

encima. En la parte instrumental unimos los dos bailes y fue increíble. Sinceramente me divertí. Al acabar la canción con el saltó que hicimos la noche anterior en el agua, todo el mundo rompió a aplaudir y pudimos oír los gritos de Rose y Glen desde uno de los laterales. Al bajarme por su pecho y tocar el suelo sonreí. No pude aguantarme y empecé a dar botes por el escenario y busqué al profesor.

— Chúpate esa Ricardo Ortega. — le miré y simplemente aplaudía sonriendo.

— Sabía que eras capaz de eso y mucho más. ¿Te crees que no te tenía vista en el club de Los Ángeles? Con tu

espectáculo de la tela. No soy tonto
Lucía.

— ¿Todo el mundo sabe de esa actuación? – miré a Rose y simplemente sonrió.

— A ver si así te enteras que vales más de lo que crees cariño.

Sin darnos casi cuenta estaba terminando la semana en Cabo. Esa tarde después de comer Glen se encargó de que los cuatro fuéramos en lancha hasta el Arco. Y si de lejos aquello era increíble, de cerca era espectacular, de verdad. Al poner los pies bajando de la lancha en aquella fina arena, con los últimos rayos del sol pasando por el arco de las rocas, simplemente me sentí

en el paraíso. Paseé por debajo del arco, acariciando la fría roca y me alejé un poco de los chicos. La marea estaba subiendo y el agua estaba fría pero era perfecta. Me senté y miré al horizonte. El agua seguía mojando mis pies y poco a poco me mojó el vestido, pero yo ya no estaba allí. Estaba en otro lugar.

Siempre había querido ir a Cabo, pero no de esa manera. No con el corazón destrozado. Toda la semana traté de quitarme a Hans de la cabeza. Poder recuperar mí forma de ver la vida, de atacar los problemas, pero era imposible. Cuando estaba con los chicos, siempre les sonreía. Prometí hacerlo aunque por dentro estuviera

llorando.

Escuché el tintineo de unas copas y me giré para ver a Rose y Glen brindando con champán. Glen sabía cómo tratar a Rose. Cómo llevarla y hacer que estuviera loquita por él. Nicola estaba al otro lado de la playa mirando al horizonte. Me sentía como una idiota por haberle tratado de aquella manera. Le cogí manía sin conocerle y la forma que tenía de comportarse, tenía una gran razón. La conversación que tuve con él la noche anterior me dejó shockeada. Perdió a su mujer y a su hija en un accidente. No me podía imaginar cómo debió de sentirse. Tenía que disculparme de nuevo con él. Apoyé las

manos en la arena para levantarme y me acerqué a la otra parte de la playa donde estaba él. Su mirada estaba fija en el horizonte, viendo como aquel sol se escondía, tintando el cielo de colores naranjas y morados. Era simplemente precioso.

— ¿Estás bien Nico? – me miró y vi tristeza en sus ojos.

— Si. No. – negó con la cabeza con una mezcla de sentimientos. – Mañana es el cumpleaños de mi hija. – instintivamente le agarré de la mano.

— Lo siento mucho Nico. Es duro perder a las personas que quieres y más siendo personas tan importantes en tu vida. No puedo decirte nada que te

pueda ayudar a superarlo. Solo decirte que el tiempo cura las heridas, pero su recuerdo siempre estará en ti. — me sonrió tristemente.

— Son estos días los que me hacen plantearme que he hecho en la vida para que aquello sucediera. Yo era quien tenía que haber estado con mi hija, pero mi mujer tenía que ir al trabajo y se llevó a la niña. Aquel maldito borracho se cruzó en su camino y...— respiró profundamente y me apretó más fuerte la mano. — Se las llevó por delante. Su coche acabó debajo de un camión de la basura. A él no le pasó nada pero ellas murieron en el acto. Mi hija solo era un bebé. Mi preciosa Danielle. Ella era la

que me daba fuerzas cada día y mi mujer, Christina, era una de las mejores personas que he conocido en toda mi vida. Dejó su trabajo de modelo para una conocida marca, solamente por mí. Por poder viajar a la otra punta del país para que yo continuase bailando. — no quería pararle, parecía que su corazón se había abierto y simplemente necesitaba que alguien le escuchase. — Si no nos hubiéramos ido a otra ciudad, tal vez ellas seguirían vivas.

— Nico, sé que es duro, pero el destino está escrito. Va a sonar fatal que diga esto y si te enfadas, mandándome a la mierda, lo entenderé. Pero ellas se fueron de tu lado para ser unas estrellas

brillantes que te guían en tu camino. Siempre van a estar a tu lado. – me miró enfadado. – Pero no podemos luchar con el destino. Es imposible. Todo sucede por alguna razón. Ellas no están aquí.

— Lu no sabes de lo que hablas.

— Sí, lo sé. Me he culpado demasiado tiempo por la muerte de mi madre. Por no poder haber hecho nada más, pero sé que ella, al igual que mi padre y ellas dos, nos guían cada día, para que nuestra vida sea la que es hoy. – trató de soltarme la mano.

— Sigo echándolas muchísimo de menos. – agarré sus manos fuertemente.

— Y lo seguirás haciendo. La vida puede ser... — me miró fijamente esperando la gran respuesta cuando un grito de Rose nos despistó.

Al mirar en su dirección la vimos dando vueltas agarrada del cuello de Glen en la orilla de la playa. Su sonrisa podía competir con aquel atardecer. Era brillante, sincera y llena de amor. Los dos nos quedamos mirándoles fijamente. Creo que podía hablar por los dos, cuando decía que les mirábamos muertos de envidia.

— Me alegro mucho de haber venido contigo esta semana. — Glen la miraba con un brillo más especial aún.

— Yo me alegro que estés aquí.

Esto es precioso y contigo es el paraíso en la tierra Glen. – se lanzó contra su boca fundiéndose en un beso que me hizo suspirar.

— Quería traerte aquí, porque es el lugar más bonito que conocía. – le miró Rose extrañada.

— ¿Conocías? – Glen afirmó sonriendo.

— Si. Porque ahora el lugar más bonito que conozco es a tu lado, en tus brazos, rodeado por tu cuerpo y cubierto por tus besos. Es el lugar donde deseo estar el resto de mi vida. A tu lado. – joder si hasta a mí se me estaban cayendo las bragas.

— Glen, eres increíble. Nunca

soñé aquella noche que estaríamos hoy aquí, viendo este atardecer y estar en tus brazos. — vimos como Glen se separaba de Rose y mientras buscaba algo en el bolsillo de sus bermudas blancas comenzó a arrodillarse en la orilla mientras las pequeñas olas rompían en sus piernas.

— ¡Oh dios mío Nico! Se lo va a pedir. — instintivamente agarré su mano.

— Rose, eres la persona más loca, con peor cabeza, la que provoca más desastres que he conocido jamás. Pero eres mi loca y mi desastre favorito. Quiero que el resto de mis días me regales esas preciosas sonrisas. — vi

como Rose se llevaba una mano a la boca. — Nos conocemos desde hace poco tiempo, pero es el tiempo suficiente para saber que eres con quien quiero estar el resto de mi vida. Rose Marlin, soy un hombre afortunado por haberme cruzado en tu camino. Me gustaría que nuestros caminos fueran en la misma dirección el resto de nuestras vidas. — sacó una cajita azul, sin duda alguna de Tiffany. — ¿Quieres darme la mano en ese camino el resto de tu vida?

Noté como todo el cuerpo de Rose comenzaba a temblar, pero era incapaz de pronunciar una sola palabra que se entendiese. Lo único que salía de su boca eran pequeños gemidos

acompañados de gritos y palabras incomprensibles. Negaba con la cabeza y observé a Glen, removiendo su rodilla hincada en la arena, nervioso. Dios mío, como le dijera que no, la mataba.

— Rose, o sueltas algo ya por esa boca, o soy yo quien agarra ese anillo y le besa. — miré a Nicola completamente boquiabierta. Esa era la misma frase que tenía yo casi saliendo de mi boca.

— Lagartas alejaos de mi futuro y fabuloso marido. — nos miró y volvió sus preciosos ojos azules a Glen. — Si Glen. Quiero darte la mano hasta el infinito y más allá. Quiero que me beses todas las mañanas y me comas todos los

mediodías. Que me abrace todas las tardes y me ame todas las noches. – se lanzó a los brazos de Glen, cayendo los dos a la arena. – No sé qué he hecho bien en este mundo para merecerte.

— Ser un ángel en la tierra Rose. Mi pequeño ángel descarado.

Se fundieron en un profundo beso con el agua paseando por sus cuerpos en la orilla, al más puro estilo de la película De aquí a la eternidad.

Nosotros no pudimos contenernos en silbar, aplaudir y gritar. Corrimos hasta ellos para felicitarles y sumarnos a su felicidad. Rose estaba feliz y Glen, no dejaba de mirarla y sonreír. De una mala cita, puede salir una gran pareja. Y

ellos eran la prueba perfecta.

07. SERENDIPITY

Sin darnos cuenta, con el cuerpo magullado y los músculos destrozados, estábamos de vuelta en Los Ángeles.

Todos los días había hablado con Pablo para saber cómo evolucionaba Sharon. Me comentó que ya estaba en la Fundación. Poco a poco se había abierto a él y Pablo volvía día tras día allí para estar con ella. Quería pasar todo el tiempo posible a su lado.

Al llegar a casa me encontré una nota de mi tía. Estaban en Nueva York pasando unos días. Joder con mi tía y Hernando, estaban viajando más que Willy Fog. Encontré mi móvil en la encimera de la cocina. Dios mío. Cincuenta llamadas perdidas, el email hasta arriba y no sé cuántos mensajes. Negué con la cabeza y volví a dejar el móvil en la encimera. Necesitaba el

resto del día para despejarme y descansar.

Eran las tres de la tarde del domingo. Deshice la maleta y sonó la puerta. Al abrirla me encontré a Lorel. Me quedé sorprendida. Era a la última persona a la que me imaginaba que esa tarde tocaría mi puerta.

— Hola Lorel.

— Hola Lucía. ¿Puedo pasar? — afirmé con la cabeza.

— ¿Nos tomamos un café en la terraza? — estaba asombrada por que estuviera en mi casa.

— Sí.

Preparé el café nerviosa por tener a la madre de Hans allí. En el

hospital era la única con la que no había hablado y me moría de miedo por saber que quería decirme. Saqué los cafés y me senté enfrente de ella.

— Supongo que estarás sorprendida por verme aquí. — afirmé llevándome el café a la boca. — Quiero darte las gracias. No tuve la oportunidad de hacerlo en el hospital. Tuve una crisis de ansiedad al ver a mi hija allí. Pero quiero agradecerte todo lo que has hecho por nosotros.

— No me tienes que agradecer nada. Es lo que haría cualquier persona. De verdad Lorel.

— No mi amor. Lo que tú has hecho no lo haría cualquiera.

Había estado toda la semana metido en la Fundación cuidando de mi hermana. Era lo mejor que podía hacer por ella. Tratar de hacerla ver dónde se podía meter. La psicóloga la visitaba todos los días dos horas. Después de las sesiones pasaba yo a estar con ella otras dos horas. Necesitaba soltar todo con alguien que no me juzgase. Y nuestra psicóloga era una de las mejores del país.

— *Hans, no puedes refugiarte en otras mujeres ni en el alcohol. Es un camino del que saliste ya hace mucho tiempo. Debes enfrentar tus miedos. No esconderte tras miles de mujeres.*

— *Hombre miles no doctora.*

— *Hans, que hasta a mí me has intentado echar el guante.*

— *Pero nunca me dejaste. — quitamos hierro al asunto.*

— *Te voy a decir algo que seguramente sacará tu ira ahora mismo. — sabía exactamente que me iba a decir. — Respóndeme con sinceridad. ¿Sigues enamorado de Lucía? ¿Sigues queriéndola?*

— *No quiero contestar a eso. — me levanté del sillón.*

— *Hans estamos aquí para solucionar tus problemas. No puedes refugiarte en cuidar a tu hermana para olvidar el mundo.*

— *Sí, la sigo queriendo. La*

quiero más de lo que he querido a nadie. Pero me decepcionó. Y no me vengas con habla con ella. Sé que debo hacerlo, debo cerrar esta etapa de mi vida para poder continuar. Pero no sé cómo hacerlo. – justo sonó mi móvil y vi el nombre de Glen en la pantalla. – Tengo que coger la llamada, es importante.

— *De acuerdo. Hemos terminado por hoy. Mañana misma hora.*

— *Mismo sitio. – le sonreí.*

— *Esas sonrisas conmigo no funcionan Hans, así que no lo intentes.*

— *No doctora. Ni me lo pienso. – salí de la consulta y me fui al*

jardín. – Buenos días Glen.

— *Hola. Siento no haberte contestado antes a las llamadas, pero quería dejar pasar un tiempo desde nuestra última discusión.*

— *Muchas gracias por darme ese tiempo. Siento haberme comportado como un gilipollas Glen. No estoy pasando por mi mejor momento. – me senté en uno de los bancos de piedra viendo el jardín de la Fundación.*

— *Un gilipollas integral Hans. Estás en modo autodestructivo y siento decírtelo, pero no quiero verlo. No quiero ser parte de ello.*

— *¿Cenamos juntos? – no*

respondía y supuse que tendría mejores planes que cenar con un idiota.

— *De acuerdo. Tengo que comentarte una cosa y quiero solucionar esto. No aguanto verte así. ¿Qué tal está Sharon?*

— *Bien. Mejorando poco a poco. Muchísimas gracias por haber estado tan pendiente toda la semana de ella. Mi padre me ha dicho que todos los días llamabas un par de veces.*

— *Aunque tú te comportes como un imbécil no quita para que me preocupe por tu hermana y por tu familia. Son como mi familia. Eres mi hermano Hans y espero que vuelva a ser así.*

— *Gracias por ser tú Glen.*

— *Quedamos en el Rivabella a las ocho. Quiero recuperar a mi hermano, no al imbécil en el que te has convertido. Iré con Rose y no acepto... — le corté la frase.*

— *Rose siempre será bienvenida. Siento mucho haberme comportado así con ella. Creo que debo pedir perdón a muchas personas. Entre ellas a Rose. Llevo unos días en terapia.*

— *Hans, tengo que dejarte. Voy a hablar con Mercedes y Rachel.*

— *¿Mercedes? — mierda, no dudaría en contarle a Glen lo de la fiesta. Tendría que apechugar con mis*

actos. – De acuerdo. Nos vemos luego.

— Adiós Hans. – colgué y por mi cabeza comenzaron a pasarme imágenes de aquella noche, eran demasiada borrosas y no las podía recordar bien.

Cuando Lorel se marchó recogí la casa y llamé a la tía. Lo estaban pasando en grande. Descubriendo su juventud, aquella juventud que no tuvo al tener que estar pendiente de nosotros. Recuperar una parte de su vida al lado de Hernando. Él era un ángel para ella y estaba haciendo que sus días fueran especiales.

Me senté en el sofá y cogí uno de los álbumes de cuando éramos

pequeños. Fotos con nuestros padres, en Deba, en Langre, en Málaga. Sonreí al ver la foto de Pablo y mía, pringados por toda la cara con un par de helados de chocolate rebozados en arena en la playa. Nuestro padre estaba justo detrás sonriendo. Esa misma sonrisa que había heredado Pablo. Acaricié su imagen, imaginando que acariciaba su cara. Esa barba suave que me hacía cosquillas cuando me besaba. En aquel momento hubiera deseado que estuviera a mi lado, dándome su mano y agarrándome fuertemente. Me acurruqué en el sofá y comenzó a sonar mi móvil. Al mirar la pantalla vi la cara de Rose con los ojos bizcos y sacando la lengua. Ya me había

cambiado la foto de nuevo.

— ¿Qué quieres petarda? Hace menos de cuatro horas que no nos vemos. ¿Ya me echas de menos?

— Me gusta. Lucía ha vuelto.

— Sí, he vuelto, así que dime que quieres que me voy a ir a comprar la cena al chiringuito de la esquina.

— Cambio de planes. Ponte un bonito vestido y nos vemos en el Rivabella.

— Si claro y dejo un riñón, parte de un pulmón y un ovario para pagar la cuenta.

— Pago yo.

— ¿Te ha tocado la lotería o le has robado la tarjeta platino a Glen?

— No se la he robado. Me la ha dado. Quiere que pasemos una noche juntas, las dos solas, que en Cabo no hemos podido estar a solas. — me olía raro.

— No te creo Rose. Estoy cansada y quiero esperar a Pablo. Llevo sin verle toda la semana y quiero hablar con él.

— ¡Anda ya! Necesitas salir de casa, una buena cena, un buen vino y una buena compañía. — me estiré tumbada en el sofá, sabía que no se iba a dar por vencida.

— ¿No vas a parar verdad?

— No. Ya lo sabes. No paro hasta conseguir lo que quiero. A ti te

quiero y te quiero ver salir del capullo en el que te has metido. Poder cenar, tomarnos una copa y disfrutar de buenas vistas en una buena discoteca. — cerré los ojos.

— ¿A qué hora?

— A las ocho y media. No llegues tarde y ponte un bonito vestido.

— Que sí pesada.

Colgué el teléfono y después de mirar el techo diez minutos me metí a la ducha. Al salir y mirar mi armario, encontré un vestido rojo de raso con un poco de vuelo que llevaba años sin ponerme. Lo acaricié y sonreí sin saber muy bien porqué. Me dejé el pelo suelto y llamé a Pablo mientras iba en el taxi.

Seguía en la Fundación con Sharon. Le noté diferente al teléfono, feliz. Muy diferente a semanas atrás. Ahora estaba al lado de Sharon ayudándola y eso le hacía feliz. Sonreí al colgar el teléfono. Miré la hora y llegaba tarde. Los coches a esa hora parecían haberse multiplicado y formado un atasco en esa parte de la ciudad.

“Llegas tarde. Se va a calentar el vino que he pedido.”

“Estoy en un atasco. No es culpa mía que

hayas decidido reservar en West Hollywood”.

“Pues enseñale las tetas al taxista para que lleguéis antes y se salte algún semáforo.”

“Vete pidiéndome algo de comer que tengo muchísimo hambre y te acabo comiendo a ti.”

“Seguro que hay mejores postres en la mesa para cuando llegues.”

No quise darle más vueltas a ese último mensaje de Rose. Le pregunté al taxista y me comentó que llegaríamos sobre las nueve.

Al llegar al restaurante Glen estaba en la barra tomándose una copa. Al verme se levantó y simplemente me abrazó. Tenía que pedirle perdón por tantas cosas que no sabía ni por dónde empezar. Pasamos a nuestra mesa y estaba al fondo del restaurante. Al llegar a la mesa me extrañé que estuviera montada para

cuatro, pero luego recordé que Rose también venía. Me olvidé del plato extra colocado.

— *¿Todo bien Glen? Te noto demasiado nervioso. ¿Bien tu reunión con Mercedes?*

— *No, ya sabes cómo puede ser de arpía, mentirosa y manipuladora. — el camarero nos trajo dos whiskys.*

— *¿Me puede traer una tónica por favor? — me miró Glen extrañado. — Estoy tratando de beber menos. Después de la última fiesta que no recuerdo nada. — nervioso jugueteé con las cubiertos.*

— *Si, algo me ha dicho*

Mercedes. ¿Qué pasó aquella noche Hans? – sabía que él me hacía una pregunta de la que ya conocía la respuesta.

— *Me acosté con una desconocida en una noche llena de lagunas oscuras. No recuerdo nada.*

— *Hans, no me sirve la excusa de, bebí demasiado y no lo recuerdo. – le miré a los ojos.*

— *Es la verdad. La cagué. Me acosté con una desconocida y Mercedes con Mario estaban allí. – agaché la mirada. – Cuando Lucía lo descubra...*

— *¿Lucía? Pensé que no querías saber nada más de ella.*

— Glen, estos días en terapia, no sé cómo decirlo. Sigo queriéndola, aunque me destrozasen sus mentiras. Necesito hablar con ella cara a cara, una última vez. Es la única manera que tengo para seguir adelante y no sentirme culpable cuando vea a otra mujer. — sonreí tristemente. — Aunque sus preciosos ojos están en cada una que veo. Sus labios se dibujan en esas caras de desconocidas.

— Sigues completamente enamorado de ella y ella... — se quedó callado mirando su móvil.

— ¿Ella? — necesitaba saber de ella. — Sé que habéis estado juntos esta semana. El día que cogisteis el

avión fui a su piso y la acababas de recoger.

— *Sí. Hemos estado en Cabo. — no entendía nada. — Deja de poner esa cara de higo pocho anda. Si no hubieras sido tan imbécil, hubieras podido estar allí con ella. Nicola ha sido un gran apoyo para ella estos días. Este último mes. — era escuchar su nombre y arderme la sangre.*

— *¿Nicola? Ya les vi el día de la comisaría. Ella bien abrazada a él en la moto. Él agarrándola de la cintura, él en mi sitio. En el sitio que debería estar yo. — apreté el puño fuertemente alrededor del vaso de tónica que dejó el camarero haciéndolo*

añicos encima de la mesa. – Joder.

Me miré la mano y tenía un par de cristales clavados y estaba comenzando a sangrar. Me fui directamente al baño a lavarme las manos y a parar aquella pequeña hemorragia que me había provocado.

Cuando dejé de sangrar, me miré al espejo. Escuchar su nombre me hizo perder los nervios. Saber que él estaba a su lado y yo, simplemente me había estado desahogando con el alcohol y con una desconocida. Me había follado a una desconocida y en lo único que podía pensar mientras la besaba era en Lucía. En su preciosa cara, en sus preciosos ojos y en ese

cuerpo que me hacía estremecer. No me perdonaba haberlo hecho. Simplemente no me lo perdonaba. Aunque la odiase a momentos y a momentos la echase de menos. Mi cabeza era un puto nudo de sentimientos entremezclados, que no podía separar. Era como esas malditas luces de navidad que al año siguiente sacabas y no era más que un amasijo. Un amasijo de recuerdos y dolor en mi corazón.

Me quedé unos segundos secándome las manos y respiré profundamente antes de salir. Miré de nuevo mi reflejo en el espejo por última vez antes volver a la mesa. Abrí la puerta y cuando doble la esquina para

regresar, se me puso un nudo en la garganta, mis piernas no podían dar un paso más. Allí estaba ella. Radiante, preciosa e innegablemente seguía teniendo aquella luz en su sonrisa. Tuve que apoyarme en la pared para no caerme al suelo. Lucía estaba en el restaurante y yo era un puto amasijo de nervios. Era el momento, el momento de decir nuestro último adiós.

08. MENTIRAS ARRIESGADAS

Al llegar al restaurante, el chico

de la entrada me acompañó hasta la mesa que Rose tenía reservada. Había un tío al lado de ella mientras cambiaban el mantel de nuestra mesa. ¿Ya la había liado con el vino? Cuando el tío se dio la vuelta para besarla vi que era Glen. Ya me había liado esta pequeña loca.

— Tortolitos, dejad algo para la luna de miel. — Glen me miró sorprendido de que estuviera allí. Asustado y sorprendido. — ¿Se me ha olvidado atarme la cremallera? — giré la cabeza y medio cuerpo tratando de verme la espalda y di un par de vueltas sobre mí misma.

— ¿Tú... que haces aquí? —

miré a Glen que tartamudeaba al hablar.

— ¿Te has vuelto idiota al comprometerte? Venga Glen. Sabía que esto era una encerrona para salir a cenar los... - no pude terminar mi frase.

Mis ojos se perdieron detrás de ellos. Justo detrás estaba él. Había sido una encerrona, pero más gorda de lo que me imaginaba. Hans estaba allí mirándome desde la distancia. No podía ser casualidad que los dos nos encontrásemos en el mismo restaurante. Todo lo de nuestro alrededor simplemente desapareció. Comenzó a acercarse lentamente. Llevaba una camisa negra, que se ajustaba a su cuerpo. Una barba de varios días cubría

su cara y sus ojos brillaban de una forma increíble. Me volví idiota al verle. Me olvidé de sus gritos y de los reproches para centrarme solamente en el hombre que se estaba acercando a mí. Quería moverme, quería gritar pero no podía. Estaba paralizada al tenerle tan cerca.

— ¿Qué has hecho Rose? — escuché la voz de Glen como si estuviera a kilómetros de allí.

— Hay veces que hay que dar un empujón.

— Esto es lanzarles al vacío, sin paracaídas Rose. — escuché sus reproches demasiado lejos.

— Sé lo que hago cariño. No te preocupes. Todo saldrá bien.

Dejé de escucharles y solo podía oír los latidos de mi corazón. Se acentuaban a cada paso que Hans daba en mi dirección. Me temblaban las piernas y manos. Cuando se paró delante de mí, su olor se introdujo en mí. Cerré instantáneamente los ojos y noté como los suyos acariciaban mi cara. Al abrirlos me encontré con su mirada. Ninguno de los dos podíamos hablar, no podíamos movernos. Por mi cabeza pasaron aquellos momentos de meses atrás. Nuestro primer beso, aquella cena en Somo, la fiesta romana, sus manos recorriendo mi cuerpo, su boca recorriendo mis labios. Aun queriendo olvidarlo todo, mi cabeza y mi corazón

no me lo permitían. Tenerle delante después de tanto tiempo y no poder lanzarme a sus brazos, era una puñetera tortura.

— Hola Lucía. – su voz sonaba más ronca y sexy que nunca.

— Hola Hans. – mi voz al contrario sonaba tonta y entrecortada.

— Es una sorpresa verte por aquí.

— Lo sé. Creo que alguien nos ha lanzado al vacío.

— Eso parece.

Nos quedamos mirándonos varios segundos, comprobando que éramos los mismos, que ninguno de los dos iba a salir corriendo de allí.

De repente la cabeza de Rose apareció entre nosotros sacándonos de aquel espacio solo para dos.

— ¿Nos sentamos a cenar? — la miré de reojo queriendo matarla.

— Sí, cenemos, será lo mejor. — agarré a Rose del brazo pellizcándola fuertemente.

— Te avisé de que habría mejores postres que elegir en la mesa.

— Te voy a matar y lo sabes. — nos sentamos las dos en la mesa.

— Solo te voy a decir una última cosa. Tú me obligaste a hablar con Glen cuando estaba totalmente aterrada y mira ahora. Me voy a casar con un hombre maravilloso, que me

quiere, me adora y conoce realmente como soy. No odia mis defectos, solamente los adora. — me agarró fuertemente de la mano por debajo de la mesa. — Tenía miedo del amor. Miedo a que no me quisiera. Tú tienes miedo a perderle, pero el camino que estás tomando te lleva directamente a hacerlo. — cerré los ojos ante esa verdad.

— Lo sé Rose pero la cagué.

— No la cagaste. Mentiste sobre algo que no es verdad por proteger a Sharon, por proteger a Hans. Se la Lucía que conocí hace años en aquella academia. Lucha por lo que deseas.

— Hay veces que... — me cortó.

— Tu mayor sueño es ser feliz, así que lucha por ello.

Nos quedamos los cuatro callados, solo hablando cuando pedimos la cena. Nos trajeron los primeros platos y ninguno hablaba. Rose y Glen no hacían más que mirarse y jugar con sus manos por encima de la mesa.

La tenía enfrente y no sabía cómo reaccionar. Por una parte seguía enfadado por sus mentiras, por otra parte quería besarla y por otra estaba muy cabreado conmigo mismo por lo de aquella rubia. Miré las manos de Rose y Glen agarradas por encima de la

mesa y un anillo con un gran brillante llamó mi atención. Rose pareció darse cuenta y puso su otra mano encima tapándolo.

— ¿Ese anillo? – miré a Glen y se dibujó una gran sonrisa en su cara.

— No era así como queríamos contártelo. Pero es que no queríamos romper la gran conversación que teníamos. – miré a Lucía y estaba sonriendo con la cabeza agachada.

— ¿Te hace algo gracia? – abrió sus grandes ojos mirándome desafiante.

— Perdón por sonreír. – negó con la cabeza y siguió centrada en su ensalada.

— La idea era contártelo tranquilamente en una cena entre los dos. — vi cómo miraba a Rose.

— Pero esa idea ha acabado reventada por tu prometida.

— Va a acabar reventada otra cosa. — vi como Rose entornaba los ojos. Era su señal de que iba a empezar a despotricar. Lucía sonrió de nuevo y me enfadé.

— ¿Te hago gracia?

— Pues mira, sí. Me hace mucha gracia esa cara que pones cuando las cosas se te escapan de las manos. Cómo comienzas a entornar los ojos y torcer la boca hacia la derecha. — levantó sus cejas de forma

desafiante.

— Claro, aquí la señorita controla todo y no me paso de la raya. Ah no, que de rayas ya te has pasado. — soltó el tenedor encima del plato haciendo ruido.

— El que se ha pasado de la raya eres tú. Crees que todo gira entorno a ti. Señor Berg, no es el ombligo del mundo. Empiece a olvidarse de ello.

— Se acaba de liar parda. — Rose miró a Glen.

— Chicos, sé que esta encerrona no ha estado bien pero creo que debemos tranquilizarnos. Todos hemos cometido errores en esta vida. A

veces por estupidez o a veces por no hacer daño a quienes queremos. A veces decimos una mentira o nos acostamos con alguien que no queremos. — me miró a mí y luego miró a Lucía pero ella estaba empezando a respirar fuertemente. Signo de que iba a empezar a soltar sapos y culebras por esa boca.

— Hay veces que cometemos errores por estúpidos. Por querer proteger a alguien que no mira más allá de su puto ombligo. — no dejaba de mirarme.

— Creo que no sabes bien de lo que hablas. Estás nerviosa y tus pupilas te delatan. ¿Cuánto te has

metido hoy? Ya no tienes a tu compañera de juergas a la que mandaste con una sobredosis al hospital. Es mi hermana joder. ¿Cómo puedes ser tan insensata?

— ¿Insensata? – las aletas de su nariz comenzaron a temblar. - Eres imbécil. – tiró su servilleta a mi cara y se levantó tirando la silla al suelo.

— Señores, necesito que bajen su tono de voz o me veré obligado a echarles del restaurante. – el señor de traje no tenía cara de muchos amigos.

— ¡Cállese! – dijimos Lucía y yo a la vez gritando.

— Muy bien. Fuera del restaurante y no se les ocurra volver. –

nos sacó a los dos a la calle ante la atenta mirada de todos los que estaban allí. Nos cerró la puerta delante de nuestras narices.

— *Genial. No podré volver a un restaurante pijo en West Hollywood. – se dio la vuelta negando con la cabeza con su ironía a tope..*

— *No será el primero del que te echan.*

— *A ti tampoco.*

— *Eres terca, cabezota y una maldita sabelotodo.*

— *Deja de insultarme que no respondo. – se dio la vuelta y empezó a darme golpecitos en el pecho con su dedo. – Tú eres imbécil, arrogante,*

estúpido y un maldito imbécil.

— *Has repetido imbécil. — hasta discutir con ella me recordaba momentos mejores entre nosotros.*

— *Es que eres doblemente imbécil, señor Berg. — se mordió la lengua.*

— *No soy yo la que ha jodido lo que teníamos.*

— *No. Fui yo. Fui la que jodió lo nuestro por protegerte. Por no querer que sufrieras. — se quedó callada con los labios apretados. — Fui yo la única culpable de todo, pero veo que tú ya has pasado página acostándote con otras. — apretó un puño al lado de su cintura.*

— Tú también has pasado página con Nicola.

— Me remito a mis propias palabras. Eres im-bé-cil. – me empujó con su mano y se dio la vuelta.

— No me vas a dejar con la palabra en la boca. Ni se te ocurra Lucía Medina. No lo vas a hacer. – salí detrás de ella.

— Déjame en paz. Me pediste que saliera de tu vida y es lo que he hecho. Si es que soy imbécil. Mi cuerpo aun responde al verle, temblando como la primera vez. Soy una estúpida por querer contarle la verdad. – comenzó a hablar en castellano pensando que no la oiría.

— ¿Qué verdad Lucía? ¿La tuya o la real? – agarré su mano tirando de ella y pegándola a mí.

Podía notar cómo su respiración se aceleraba al notar mi cuerpo pegado al de ella. Cómo su corazón latía más fuerte al notar mis brazos agarrando su cintura y cómo su boca se abría y cerraba tratando de coger todo el aire posible. Seguía siendo irresistible para mí. Cómo me miraba, cómo me desafiaba y cómo era capaz de hacerme odiarla y desearla en un solo segundo. Nuestros cuerpos seguían estremeciéndose al tocarnos.

— Te repito. ¿Qué verdad Lucía? – la agarré de la barbilla

obligando a que su mirada se posase en la mía. No la apartó, ni siquiera pestañeó.

Sus ojos me retaban y su boca parecía pedirme que la devorase. Me nublaba todos y cada uno de mis sentidos. Era la única mujer en la faz de la tierra capaz de hacerlo. Y la tenía delante de mí, retándome como siempre. Como la primera y última vez que la vi.

Nuestras respiraciones se acompasaron aún aceleradas. Trataba de soltar su mano de la mía pero no se lo permití. Quería saber cuál era aquella verdad universal que me quería contar.

El sonido de nuestros móviles nos sacó de aquel instante. Al mirar la pantalla vi que era de la Fundación y al mirar el móvil de Lucía de reojo vi el nombre de Pablo. Algo malo pasaba.

— *¿Sí?*

— *Hans, necesito que vengas ahora mismo a la Fundación. Es Sharon. – mientras escuché la conversación de Lucía.*

— *Pablo, tranquilízate por favor. Pablo. De acuerdo. Ahora mismo voy. Dame quince minutos y estoy allí. – colgamos los dos el teléfono y ella llamó a un taxi. Le quité el teléfono y el bolso andando hacía donde estaba aparcado mi coche. – Dame el maldito*

teléfono y el puñetero bolso ya. — abrí el coche y abrí la puerta del copiloto para que se montase. — ¿Qué coño crees que estás haciendo?

— Mete tu culo en el asiento y no me hagas meterte en el maletero. — no sé movió ni un ápice y se cruzó de brazos. - Lucía al maletero en tres, dos, uno. — señalé el asiento del copiloto pero no movió ni un solo músculo.

Le miré enfadada y sorprendida por esa forma de hablarme. Al negarme a montarme en su coche, me agarró de la cintura, alzándome en el aire y con su otra mano por debajo de mis piernas, me metió en el asiento. Pasó sus manos por delante de mí atando fuertemente el

cinturón. Dios, hasta en ese momento su olor me embriagó y tuve que cerrar los ojos para controlarme. Se montó en su Mercedes y lo arrancó pegando un acelerón. Soltó mi bolso y el móvil encima de mis piernas.

El camino hasta Bel-Air no le dirigí la palabra. Nada más llegar salté casi del coche en marcha y salí corriendo hasta la entrada principal. Me quité los tacones para poder correr más rápido, los tiré en alguna parte del jardín y entramos los dos patinando en la entrada. Pasamos por el gran hall de mármol y al girar en el salón vimos a Pablo y Sharon hablando en uno de los sofás.

Traté de recuperar mi respiración y fui hasta donde mi hermano.

— ¿Qué ha pasado Pablo? – mi tiré a sus brazos.

— Sharon, ¿estás bien? – vi a Hans abrazar a su hermana.

— Si Hans, estoy bien. – vi como Sharon miraba a Pablo.

— ¿Qué coño está pasando aquí? – miré a mi hermano y en su cara se dibujó una sonrisa que ya conocía. La de “te la he jugado hermanita y no la has visto venir”. – Pablo.

— Después de que os hayan echado del restaurante, me ha llamado Rose. Era la única manera de que vinierais los dos aquí. Habéis estado

escondiéndooos durante demasiado tiempo. Tenéis que hablar y parece que encerraros aquí, es la mejor manera de hacerlo. – les miré enfadada.

— No tengo nada que hablar con esta tarada. – Hans me señaló.

— Imbécil.

— Mentirosa.

— Capullo. – me encaré a él.

— Basta ya. – Sharon saltó del sofá. – No puedo más. No puedo avanzar sin que todo se sepa.

— *Sharon no. – Lucía cortó a mi hermana.*

— *Sí Lucía. – miré a mi hermana sin saber que estaba pasando. – No he podido agradecerte en persona*

lo que hiciste por mí aquella noche. Bueno, las dos noches. – Lucía seguía negando con la cabeza. – Mis padres y la abuela ya saben la verdad. Necesitaba contarlo para poder salir de esta mierda. Tengo que pedirte perdón. – mi hermana se acercó a Lucía y la agarró de las manos. – Por mi culpa te comiste un marrón que no era tuyo. Destrozaste el corazón de mi hermano por mi culpa, por no querer destrozarme a mi familia. Te destrozaste a ti. Estás sufriendo por mi culpa y no puedo seguir así. Necesito que me perdones. – no entendía porque le pedía perdón.

— ¿Qué coño haces Sharon?

— Cállate Hans joder y escucha bien. — me obligó a sentarme en una silla. — Escúchame bien. La droga de aquella noche no era de Lucía.

— ¿Vas a cubrirla tú también?

— Escúchala Hans, por tu bien. — Pablo se levantó al lado de Sharon y la agarró de la mano.

— Aquella noche en la fiesta Lucía dejó todo para ir a buscarnos al infierno y sacarnos de allí arriesgándolo todo. Pagó los 2.000 dólares que les debía, se arriesgó por sacarnos de allí, por ser unos idiotas, unos críos que pensaban que solos arreglaríamos un problema. — no podía

entender nada. — Le quitaron el móvil, entraron en su casa aquella noche buscando dinero, destrozándolo todo.

Sus palabras daban vueltas en mi cabeza. No podía dar crédito a todo aquello. Ni siquiera podía decir una sola palabra. Miré a Lucía y estaba con los dedos de los pies encogidos y negando continuamente con la cabeza.

— Cuando estuvimos allí le debieron de meter droga en el bolso. — negué con la cabeza. — Parece una historia policiaca pero es la realidad Hans. Cuando viste la droga ella simplemente admitió que era suya para que nuestra familia no sufriera. Cuando se ama se cometen errores.

Ella admitió que eran tuyas. El mayor de los sacrificios que podía haber hecho. — miré a Lucía pero su mirada estaba perdida. — Y lo del hospital, sí. Ella fue quien me llevó allí pero no de la forma que te imaginaste. Me salvó la vida dos veces y yo simplemente me callé. Pero necesitaba que lo supieras. Ella no es la culpable de lo que me ha pasado. La única culpable soy yo. — se arrodilló delante de mí. — Soy la única culpable de todo lo que ha pasado, de haberte destrozado el corazón y de haberos defraudado. No quiero seguir siendo esa Sharon. Necesitaba hacerlo para poder seguir adelante. — estaba procesando todo lo que había oído. Se

sacrificó por mi hermana, por mi familia, por mí. Puse mis codos en las rodillas y me perdí en aquel salón.

Hans no decía nada. Estaba allí apoyado en sus rodillas sin decir una sola palabra. Sharon se acercó a mí.

— Lo siento mucho Lucía. No pensé que mis actos tendrían estas consecuencias. Siento mucho que por mi culpa... — la corté.

— Sharon, yo lo único que quiero es que estés bien. Que salgas adelante y dejes toda esta mierda atrás. — se abrazó fuertemente a mí.

— Siento que os hayamos traído aquí a esta encerrona.

— De encerronas va la noche.

Primero Rose, después vosotros. Creo que a todos os une un afán de proteger y salvar. — sonrió al separarse de mí. Hans se levantó de la silla y salió del salón sin decir nada.

— Lo siento Lucía. Pensé que esto solucionaría los problemas. Pero tal vez la he cagado.

— No Sharon. No es culpa tuya. — recogí mi bolso que había dejado en una silla. — Chicos, me voy a casa. Necesito descansar. ¿Todo bien si me voy?

— Si Lu. Estamos bien. Luego me acerca uno de los chicos a casa.

— De acuerdo. — les besé a los dos. — Os quiero chicos.

— Adiós Lu.

Salí de allí por la puerta principal y busqué por el jardín mis zapatos. Casi no había luz y al fondo al lado de las escaleras los vi. Al recogerlos eché un vistazo alrededor y vi el lago. Bajé hasta él y paseé por la orilla. Después de que Sharon dijese toda la verdad, Hans simplemente se fue. Estaba segura de que todo se había acabado definitivamente entre nosotros. La historia, se repetía de nuevo.

09. AMOR A QUEMARROPA

Mi hermana había soltado la

bomba y no la había podido digerir. Lucía no era la culpable de todo. Yo que la había maldecido, que la había odiado, que la había echado de mi vida sin miramientos. Me había cegado el odio y eso me había llevado a engañarla. A lanzarme desesperado a los brazos de una rubia desconocida. Estaba sentado en unas rocas en el lago y al otro lado vi como Lucía caminaba con los zapatos en la mano, metiendo sus pies en él. La luna se reflejaba en el agua en la que tenía sumergidos sus pies y la iluminaba más aún. Me sentía roto por dentro por haberla engañado. Suspiré al verla acercándose. No había mucha luz allí

así que esperaba que no me viera. No podía enfrentarme a ella en aquel momento. Se paró un instante y se apartó el pelo de la cara, acariciándose el cuello mientras se lo quitaba. Era preciosa. Era la mujer más preciosa que jamás había tenido delante.

Me armé de valor y me acerqué a ella. No nos separaban más de cinco metros. Ella se dio la vuelta en otra dirección sin saber que yo estaba allí. La escuché hablar sola.

— *Despídete de esto Lucía. Todo ha terminado finalmente. No como esperabas. No como deseabas. Tal vez es como debía ser. Tu vida no es*

como un cuento de princesas Lucía. No hay un fueron felices y comieron perdices para ti. — me rompía el corazón escucharla decir aquello.

— Eso no es verdad Lucía.

— Joder.

Pegó un grito asustada al verme a su lado, se tambaleó y se cayó para atrás. Traté de agarrarla fuertemente de la mano pero tiró de mí y caímos los dos al agua. No había mucha profundidad, pero la suficiente para que mi cuerpo encima del suyo, la empujase hasta que su culo tocó el fondo de la orilla. Sacó fuerzas para empujarme a un lado y sacar la cabeza del agua.

— *Joder. — me arrodillé a su lado y al sacar sus manos las tenía llenas de barro. Me levanté para ayudarla tirando de ella, pero el fango resbalaba y volvimos a caer al agua. — Apártate de mí. Joder.*

— *Perdón. — me levanté alzando las manos en son de paz. Me quedé mirando cómo cada vez que trataba de levantarse, se resbalaba con el barro. — Lucía. — me miró con los ojos entornados y salí a la orilla esperándola.*

Aquel maldito barro me hundía cada vez más cuando intentaba salir. Pude ponerme de rodillas y reptar hasta salir de allí. Me levanté y tenía las

piernas cubiertas de barro. Notaba como me chorreaba desde la cintura hasta los pies. Me miré los brazos y estaba igual. Los sacudí y restos del barro le cayeron a Hans en la cara y otros restos en la mía.

— ¿Por qué me has tirado al lago? ¿Me estabas espiando?

— Si claro, mi clara intención era acabar pringado de este asqueroso barro. — se quitó su americana de marca enfadado por tenerla manchada.

— Una pena que tu camisa cara se haya manchado también. — me miró y bajó la vista tratando de ver si estaba manchada, pero solo estaba mojada.

— La camisa no se me ha

manchado. — posé mis manos en su pecho pringándole de barro.

— ¿Estás loca? — me aparté de él y sonreí.

— Sí, estoy loca. — se volvió a mirar la camisa y se dibujó una sonrisa que hacía semanas que no veía.

— ¿A esto jugamos?

En dos segundos le tenía pegado a mí, restregándome los restos de barro de mis brazos por el cuerpo. Pasaba sus manos por mi espalda recogiendo barro y restregándomelo por todo el cuerpo. Trataba de luchar contra él pero no pude evitar reírme. El Hans bien vestido y perfecto que había visto aquella noche se había convertido en un salvaje lleno

de barro. Mi cuerpo seguía reaccionando ante su tacto. Mi piel seguía erizándose a cada caricia que me regalaba y mi respiración se aceleraba de la misma manera. Comenzó a reírse mientras seguía pegado a mí y hasta su risa me estremecía. Hacía tanto que no la escuchaba que mi cerebro había olvidado lo que me producía. De repente se quedó quieto y me agarró de la cara. Notaba el barro secándose alrededor de sus manos y de mi cara. Tenía hasta en la boca. Con la única parte de su antebrazo que quedaba limpio trato de limpiarme pero a los segundos paró.

— No puedo Lucía. No puedo.

Aquella pequeña magia que se había formado se esfumó de un plumazo. Teníamos demasiadas cosas pendientes de las que hablar y aquella pequeña batalla en el barro, tan solo había sido un espejismo. Pero no me iba a quedar allí esperando. Salí detrás de él. Necesitaba saber qué pensaba, qué me tenía que decir.

— Hans, para, para por favor. — le alcancé agarrándole del brazo.

— No puedo Lucía.

— Deja de decir no puedo. — me miró tristemente a los ojos. — De acuerdo. Hay veces que confundimos el querer con el poder. — entonces me di cuenta. — No es que no puedas, es que

no quieres. No quieres, es eso. No... no quieres. – zas, bofetada de realidad. – Sé que te mentí, que te engañé. Pero fui una idiota. En mi cabeza aquel descabellado plan salía bien. Pero no me di cuenta de que te estaba decepcionando tanto como para que me odiases. – su boca se abría como para hablar pero no soltaba ni una palabra. – No quería que tu familia volviera a sufrir y simplemente hice aquella decepción mía. Perderte es lo más doloroso que he sufrido. Pero al menos sé que tu hermana está bien y que tu familia está más unida que nunca. – me pasé la mano por el pelo. Su negativa a hablar me dijo que tenía que marcharme

de allí. — Adiós Hans.

Me di la vuelta y las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas. Me estaban quemando, mi corazón destrozado que aún no se había recuperado, se destrozó más. Podía escuchar cómo se rompía en mil y un pedazos más. Traté de salir de allí lo más rápido posible pero al ser cuesta arriba, tener los pies mojados y con barro, me resbalaba a cada paso que daba. Cuando estaba casi donde las escaleras, recorriendo el último tramo, la mano de Hans tiró de mi brazo.

— ¿Por qué lo hiciste? ¿Porque destrozaste lo que teníamos?

— Porque te quería. Porque

pensé en que destrozaría a tu familia y no lo quería. Tenéis una gran familia y pensé que algo así os dejaría devastados. — puse temblorosa mis manos sobre su pecho. — Siento haberte destrozado, pero pensé que era lo mejor.

— ¿Pensaste que odiarte era lo mejor? ¿Qué me destrozases con mentiras era lo mejor? — sus ojos se llenaron de decepción y dolor. — ¿Pensaste que odiarte ayudaría a mi hermana? Que admitir que aquella droga era tuya era lo mejor. No puedo entender que se te paso por la puta cabeza. — me soltó y levantó las brazos para dejarlos caer como si estuviera cansado. — No

puedo entender que te llevó a hacer eso. Según tú porque me querías. Me querías de tal manera que hiciste el mayor de los sacrificios para que yo no sufriera. Admitiste algo como tuyo que... — suspiró fuertemente. — Tomaste la decisión errónea. No debiste hacerlo Lucía.

— Lo hice porque te quería. — ladeé la cabeza buscando sus ojos que había apartado de mí.

— ¿Crees que no he sufrido perdiéndote? ¿Obligándote a alejarte de mí? ¿Obligándome a odiarte? Cuando lo único que quería hacer era amarte. Solo quiero amarte. Es lo único que quiero. — sus ojos volvieron a fijarse en los míos.

– Te odio por haberme obligado a odiarte. – pasé la lengua por mis labios reseco.

— Lo siento Hans. Pensé que era la única salida.

— Fue algo que pocas personas harían. Lanzarte al infierno por mi hermana, por mi familia y por mí. Sin esperar que una mano te salvase. – puso sus manos a ambos lados de mi cara. – Eres un ángel Lucía. – mi corazón latía a mil por hora. Necesitaba volver a besar esos labios que tanto ansiaba. – Pero yo simplemente soy un ángel caído. Un maldito demonio. No puedo Lucía. – pasé mis ojos por su cara. Esos preciosos ojos, esa nariz perfilada y esa

boca abierta esperando decir algo más.
— Te sigo amando pero te he fallado. —
entrecerré un poco los ojos sin entender
que me estaba queriendo decir.

— Te repito, ¿no puedes o no
quieres? — esperé oír la verdad de sus
labios.

— No puedo. Te he engañado
Lucía. — eché mi cuerpo hacía atrás
apartándome de él.

— No. — negué con la cabeza.

— Lo siento, fue hace un par de
noches en una fiesta en casa de Mario,
yo... no sé lo que me pasó por la
cabeza. En cada mujer te veía a ti, en
cada cara te reconocía a ti pero...

— Pero te follaste a otra. —

dolía, dolía mucho saber que aun queriéndome como decía se había acostado con otra mujer.

— Si y no sabes cómo me pesa. Me duele haberte hecho daño y haberte herido. Yo perdono lo que hiciste pero no me puedo perdonar a mí mismo. — dio un par de pasos alejándose de mí. — Tú lo hiciste porque me querías, ahora no creo que me quieras después de saberlo. Yo no me puedo perdonar. — no podía creer lo que me decía. Tal vez era una artimaña para que le odiase y me fuese de allí. — No quiero seguir haciéndote daño Lucía. No me puedes seguir queriendo ahora. He hecho lo que prometí no hacerte a ti jamás. Adiós

Lucía.

Pasó su mano por mi mejilla por última vez y se alejó de mí lentamente. Como si fuera un espectro andando hacía la luz, desapareció de mi vista. Maldita sea. Había estado con otra mujer, pero me daba igual. No estábamos juntos y yo le lancé a los brazos de aquella malfollada. Bueno no, conociendo a Hans la habría dejado satisfecha de cojones.

Tardé unos segundos en reaccionar y salí corriendo. Escuché como arrancaba su Mercedes. Corrí por la gravilla y sin pensármelo me lancé al camino poniéndome delante del coche, que frenó a escasos centímetros de mis

piernas. La cara de susto de Hans era increíble. Salió del coche gritando.

— ¿Estás loca?

— Si Hans, loca por ti. Y me da igual si te has follado a la mitad de Hollywood estas semanas. – me acerqué a él. – Te quería aquella noche. – agachó la mirada y le agarré de la barbilla. – Y te sigo queriendo como una jodida loca ahora mismo.

Me lancé contra sus labios, devorándolo como hacía semanas que quería hacer. Nuestras lenguas se buscaron desesperadas y nuestros cuerpos se fundieron en uno solo. Sus brazos rodearon mi cintura, alzándome del suelo y dejándome suavemente

encima del capó delantero del coche. Se apartó de mí acariciándome la cara. Apoyé mi mejilla en su mano.

— Te quiero Hans. Te quise y siempre te querré. Siempre. — le sonreí y suspiró negando con la cabeza sonriendo.

— ¿Cuántas veces se puede tener esa primera vez que hace que te vuelvas loco y solamente quieras besar a una persona para el resto de tu vida? — abrí mucho los ojos sorprendida. — Porque contigo me sucede cada vez que te veo. Te quiero Lucía. — por fin pude respirar tranquila como hacía semanas que no hacía. Aquel dolor punzante que se había instalado en mi pecho de forma

permanente,
desvaneció.

simplemente,

se

10. PERDONA SI TE LLAMO AMOR

Hans llevaba mi mano agarrada

mientras conducía para salir de la Fundación. No la soltó ni un solo segundo. Yo podía respirar, podía sentir de nuevo que todo iba a salir bien. Que nada podría separarnos. Aunque en mi cabeza seguía su frase. “Te he engañado.” Retumbaba peligrosamente dentro de ella y sabía que no era nada bueno. No podía reprocharle nada. Yo había sido quien salió de allí corriendo dejándole creer que era la dueña de aquella droga, destrozándole tanto por dentro como para lanzarse a los brazos de cualquier zorra con ganas de mambo. Pero teníamos que hablar de ello, o nos terminaría afectando.

Su semblante era demasiado

serio. No dijo nada, simplemente conducía, y aquello me estaba empezando a dar miedo. Nunca habíamos estado más de dos minutos sin hablar, pero aquellos minutos se me estaban convirtiendo en una eternidad.

Cuando nos incorporamos a la autovía en dirección a Santa Mónica supe que íbamos a casa. Abrí la boca un par de veces para decir algo, pero las palabras no salían de ella. ¿Qué coño me estaba pasando? Se suponía que debía estar feliz, que por fin habíamos aclarado todo y tenía la sensación de que un tsunami de emociones nos iba a ahogar. Que todo no podía ser tan fácil.

Hans aparcó el coche enfrente de

casa y se bajó para abrirme la puerta. Me tendió su mano y al salir tiró de mi brazo fuertemente para que nuestros cuerpos se pegasen. Su boca atacó sin piedad la mía, recorriendo con su lengua cada labio, peleando con mi lengua, absolutamente feroz. Me agarró del culo y enrosqué mis piernas alrededor de su cintura. Sin dejar de besarme cerró el coche y se dirigió conmigo en brazos hasta la puerta de casa. Se las ingenió para rebuscar en mi bolso y abrir la puerta, cerrándola con una pierna detrás de nosotros. Solté el bolso en el suelo.

 Mi cuerpo necesitaba sentirle, mis manos pasaban por su espalda, por su cuello, agarrando su cara. Quería

más, siempre quería más de él. Habían sido muchos días sin tocarle, sin sentirle, sin besarle y parecía que mi cuerpo iba a explotar con la primera caricia que me regalase. Dios. Estaba tan caliente que podría haber fundido los polos solo con pensar en Alaska.

— Hans me vas a matar. — me aparté de su boca y noté como sus ojos recorrían mi cara lentamente.

— De la única manera que te voy a matar esta noche es de placer. Porque llevo deseando devorarte desde hace semanas. — me dio la vuelta y bajó la cremallera del vestido, recorriendo mi columna con su lengua. Un gemido salió de mi boca. — Voy a recorrer cada

centímetro de tu cuerpo, sin dejar un rincón que lamer. – agachado detrás de mí me bajó el vestido hasta los tobillos – Voy a hacer que tu cuerpo se estremezca y recuerde por siempre cada caricia. – comenzó a jugar con la goma de mi culotte. – Que cuando mañana estés en clase, en postura Bhujangasana, te excites tanto que tengas que ahogar un gemido. – comenzó a lamer mis piernas y con sus manos me las abrió lentamente mientras las acariciaba, comenzando un camino con su lengua por el interior de ellas. – Notarás como tu piel se eriza sin que yo esté a tu lado – a cada palabra que me decía, a cada caricia que me regalaba mi grado de excitación subía y

subía. – Tu espalda comenzará a arquearse – subió su mano hasta la parte inferior del culotte rozando levemente la tela que me cubría, jugueteando con ella e introduciendo sus dedos, acariciando mi clítoris. – Tendrás que controlar tu boca – introdujo dos dedos dentro de mí y gemí fuertemente arqueando la espalda, tensando los muslos y subiendo una de mis manos hasta mis pezones erectos. – No nena – me agarró de la mano antes de llegar a ellos — Tendrás que esperar a que nos volvamos a ver, en la academia, en el coche, en un bar o en la playa. No volveré a dejar que tus manos te den el placer que deseo darte yo. – giró mi cuerpo dejándome frente a

él.

Tenía la respiración entrecortada. Dejé de notar las manos de Hans sobre mi cuerpo y eché la cabeza para atrás cerrando los ojos tratando de que mi cuerpo dejase de reaccionar tan fácilmente. Se lo quería poner duro. Joder. Si es que mi cuerpo iba a su puta bola. “Lucía ponte dura.”

— Dios mío. Joder.

Abrí los ojos y al bajar la cabeza me encontré a Hans desnudo y lo que estaba duro no era yo. Tenía su polla pegada a mí. Grande, dura y lista para un asalto que parecía que iba a durar más de media noche.

— Deja de jurar y bésame.

Déjame hacerte todo lo que quiero. – se apretó fuertemente a mí y noté la electricidad por todo mi cuerpo. Ese hombre me provocaba lo que nadie había conseguido jamás.

Me agarré a su cuello y pegando un pequeño salto enrosqué de nuevo mis piernas en su cintura, rozándole con todo mi cuerpo, atacando su boca sin ningún tipo de piedad. Sin la piedad que él tampoco tenía conmigo. Lo necesitaba, necesitaba sentir. Dios, sin darme cuenta estaba sentada en la parte alta del Curve y se introdujo dentro de mi obligándome a gritar, avisando a los vecinos que la noche no acababa más que empezar.

Nuestros cuerpos eran una

maraña de brazos y manos buscándonos en aquel sillón. Cada movimiento certero que Hans hacía, cada curvatura del Curve, la aprovechamos para explotar en una mezcla de sexo frenético y pasión, que nos desbordó durante toda la noche.

Escuché ruido en la cocina y me levanté tambaleándome de la cama. Tenía la sensación de no haber dormido lo suficiente, así que supuse que aún era de noche. Con los ojos aún cerrados salí a la cocina pensando que era Hans el que estaba fuera.

— Vamos a ver hermanita, me parece genial que estés encantada con tu cuerpo, pero no me apetece verte

semidesnuda mientras me tomo el primer café de la mañana. – al abrir un ojo me encontré con mi hermano sentado en un taburete tapándose la cara con el portátil.

— Joder. – me puse una camiseta que había en uno de los taburetes. — ¿Has visto a Hans?

— ¿Lo habéis arreglado? – abrí mucho los ojos y me pasé la mano por la cara.

— Creo... creía que sí. – al no verle en la cama ni en casa, pensé que se había ido sin despedirse. – Nosotros ayer, después de salir del salón – se me pasó por la cabeza que tal vez el tema de la que se había follado le pesaba más

de lo que pensaba.

— ¿Qué pasa hermanita? No te veo lo contenta que deberías estar. — cerré los ojos y al segundo escuché la puerta abriéndose. Al mirar vi a Hans con las manos ocupadas con un par de cafés y una bolsa de algo dulce.

— Pensé que seguirías durmiendo. — dejó los café en la mesa y me besó, pero ni siquiera me inmuté. — ¿Estás bien nena?

— Sí... — no podía dejar de observarle, pensando que en cualquier momento simplemente desaparecería.

— Me he levantado con hambre y me ha sorprendido no encontrar nada, absolutamente nada en la nevera.

¿Cuánto llevas sin hacer la compra? – miré a Pablo y atacó la bolsa de los bollos.

— Mucho tiempo. Hasta ha dejado de cocinar. – miré a mi hermano queriendo matarle.

— ¿Y la última vez que comiste en condiciones? – me agarró de la camiseta, levantándola lentamente y mirándome el culo. – Porque me gustaban mucho más tus preciosas curvas.

— Es lo que tiene dejar de comer. – definitivamente iba a matar a mi hermano.

— ¿Tú no tienes que, no sé, irte a dar un paseo? – le arranqué el bollo de

las manos. — O irte un poquito a la mierda.

— Menudo humor Lu. — se levantó y me dio un beso. — Me voy a Venice a hacer unas fotos. Ya os dejo solos.

— ¿Pensabas que me había ido sin decir adiós? — se sentó en un taburete mirándome fijamente, sin pestañear.

— Sí. — levanté levemente los hombros.

— Me encanta tu sinceridad, la echaba tanto de menos. — seguía mirándome sin apartar sus ojos de los míos, buscando tal vez un signo de duda. — ¿En serio piensas que sería capaz de marcharme sin despedirme? ¿Huir como

un cobarde?

— *Mira Hans, no sé cómo te pesará haberte acostado con aquella mujer. — su tono de voz me pareció que cambiaba al ir avanzando con la frase. — Si en algún momento te dejará huella y querrás... — me levanté poniéndome a su lado y la agarré de la barbilla, obligando que sus preciosos ojos marrones mirasen los míos. Y esa mirada, fue como la primera mirada desafiante en el juzgado.*

— *¿A ti te pasará factura?— carraspeé. — ¿Crees que podrás olvidarlo?*

— *Sí. Vamos a ver, no puedo decirte que esté encantada que te hayas*

follado a una tía con tetas seguramente descomunales y cinturita de avispa. – frunció los labios con un mueca muy divertida. – No voy a decirte que no me joda, mucho, muchísimo. Pero yo misma casi te lancé a sus brazos, así que puedo sobrevivir a ello. Pero... – bajó su mano por mi tripa hasta agarrarme literalmente por las pelotas. – Como se te vuelva a pasar por la cabeza hacer algo así, te juro que lo que tengo entre manos, te lo corto y me hago una sopa de miso. – tuve que ahogar en mi boca un grito de dolor, porque me las tenía bien cogidas.

— *Joder Hans, que malo habrás hecho, porque la cara de mi*

hermana es de puro placer, pero la tuya es como si – bajó su mirada hasta la mano de mi hermana. – Dios, la llave Medina. Espero que no se le ocurra hacer el giro mortal ahora, porque acabarás de rodillas sin poder casi respirar.

— *Me lo merezco Pablo. – miré a Lucía y tenía una sonrisa de victoria en su cara increíble. – Me lo merezco. – bajé mi mano hasta encontrarme con la de Lucía y dejó de apretar.*

— *¿Desayunamos?*

— *Tú pones el revuelto de huevos Hans. – miré a Pablo que estaba muerto de risa recogiendo su*

equipo fotográfico.

— *Te iba a decir si te querías llevar mi coche, pasar por la Fundación y recoger a mi hermana. — Lucía me miro incrédula. — Iros a Venice los dos, comer en el restaurante Joe's, que justo había una reserva para uno de los Berg a la que no puede acudir. Pero no te preocupes, seguro que encuentro alguien que quiera ir. — me di la vuelta y pude ver sin mirar, la cabeza de Lucía negando y llamándome imbécil.*

— *Pablo, yo te dejo veinte dólares y la llevas al puesto de perritos de la playa, si te sirve. Qué coño. Uso yo esa reserva y me pido uno de sus*

mejores platos, sus raviolis de pollo y ricota. – me di la vuelta y tenía los ojos cerrados y se estaba frotando la tripa.

— ¿En serio que puedo salir con Sharon de la Fundación? – le miré y metí mi mano en los pantalones para sacar las llaves de mi coche.

— Le vendrá bien despejarse, salir de allí y disfrutar de una gran compañía. – le tiré las llaves y sonrió al cogerlas.

— Gracias Hans. – sin esperármelo se me lanzó a los brazos. – Gracias de verdad.

— De nada. Gracias a ti por todo lo que estás haciendo.

— Que monos sois de verdad. –

Lucía ya estaba comiéndose un bollo de la bolsa y tenía migas por la cara. — Me volvéis loca los dos, pero en el fondo os quiero.

— Hermanita. Como me alegro de verte comer algo. — le sacó la lengua y Pablo salió de casa con la mochila y la cámara en la mano, canturreando.

— ¿Esa reserva era para... — su mirada era inquisidora.

— Me he encontrado con el chef en la cafetería en la que he cogido los cafés, me había invitado a probar sus nuevas creaciones. Nos conocemos desde hace años y bueno, pensé que sería una bonita cita de reencuentro. —

levantó una ceja.

— *¿Y nuestros hermanitos se van a comer nuestra cita?*

— *Me han llamado de la Fundación. Tengo que pasar por allí, no me han querido decir nada más pero es algo relacionado con Hannah.*

Sin decir media palabra más, Lucía salió corriendo a su habitación y a los segundos salió con un pantalón corto en la mano y las zapatillas en la otra.

— *Vámonos Hans. – tiraba de mi mano.*

— *Tranquila Lu, de verdad.*

— *¿Y si Hannah se ha puesto enferma? – se puso los pantalones y me*

miraba como diciéndome que me diese prisa.

— *De acuerdo. Vámonos.*

Que Lucía condujese un coche de normal era como ir al lado de Pablo Montoya en su coche de Fórmula 1, pero conduciendo nerviosa por algo, era como si quisiera convertir su coche en un cohete. Al llegar a la Fundación, casi besé el suelo al bajarme del Mini. Dios santo.

11. BAJO LA MISMA ESTRELLA

Aparqué en la parte trasera de la

Fundación y creo que vi a Hans respirar, por primera vez desde que tomé una de las primeras curvas en la ciudad. Su cara de preocupación me decía que lo de Hannah, realmente era algo importante. No sabía por qué, pero aquella pequeña princesita me había robado el corazón desde el primer día que la conocí. Aquella vida en sus ojos, aquella gran sonrisa hacía que en cierta manera, recuperase la niña que tenía olvidada dentro de mí.

Entramos en la Fundación y pude ver en uno de los despachos a una enfermera, el médico y un par de asistentes que trabajaban allí. Hablaban muy bajito, como si no quisieran que

nadie se enterase de nada. Al mirar a uno de los jardines vi a Hannah jugando con un pequeño perro. Pude notar como a Hans le temblaban las manos.

— Voy a ver a Hannah, te dejo que entres allí. Pero por favor, dime que está pasando. — me miró, entrecerrando brevemente sus ojos y eso me hizo saber que era algo grave.

— Ahora mismo necesito entrar ahí. — resopló. — No sé por qué, pero presiento que algo malo ha sucedido. — le agarré de las manos.

— Tranquilo cariño. Sea lo que sea, podréis ayudarla. — le besé en los labios tratando de transmitirle mi apoyo. — Voy con ella. — vi como Hans entraba

en el despacho y cerraba la puerta tras de él. Respiré unos segundos y salí al jardín donde se encontraba Hannah. — Buenos días preciosa. — levantó sus preciosos ojos azules y me miró.

— Lucía. — saltó a mis brazos sin soltar la correa del perro.

— ¿Cómo estás princesa? — me senté con ella en el suelo.

— Bien. ¿Sabes si han venido ya mis padres? Tenían que haber venido ayer, pero se están retrasando. — al escucharle decir eso, un escalofrío me recorrió por el cuerpo.

— No cariño, no sé nada. Pero seguro que Hans cuando venga nos dirá algo. ¿Y este perrito? — cambié de tema.

— Se llama Rufus.

— ¿Rufus?

— Sí. Lo trajo Sharon un día, se lo había encontrado paseando por el jardín grande y estaba solito, así que pusimos unos anuncios pero al final nos lo quedamos. — hizo una mueca con la boca. — Pero te cuento un secreto, yo no quería que llamase nadie para que se fuese. Siempre he querido tener un perro, pero como estaba aquí. — continuó jugando con el perro. De repente se me tiró encima chupándome la cara.

— Muy cariñoso Rufus. — cuando me lo quité de encima vi a Hans bajando las escaleras, pasándose la mano por la nuca y negando con la

cabeza. Se acercó a nosotras y cuando vio a Hannah cambió la cara.

— Buenos días princesa. ¿Qué tal has dormido?

— Bien. Con ganas de ver a mis papis. – Hans suspiró.

— ¿Lucía, me acompañas a por unos zumos a la cocina?

— Claro. – me dio la mano para levantarme y Hannah se levantó para venir con nosotros.

— Cariño esperáanos aquí con Rufus, que ya sabes que en la cocina no puede estar. – Hannah afirmó con la cabeza y entramos dentro.

— ¿Qué pasa Hans?

— A ver, no sé por dónde

empezar. — nos sentamos en unos sillones. — No sé.

— Por el principio. Es lo más fácil. — le agarré sus manos temblorosas, poniéndolas encima de mis piernas.

— Han llamado del hospital. Van a operar a Hannah. Después de las pruebas, hay una operación experimental, con unos médicos que vienen de Alemania. — notaba como le costaba respirar.

— ¡Pero eso es bueno! Es una gran noticia. Podrán operarla y recuperar su vida. Podrá volver con sus padres. — me quedé callada y Hans me miró negando con la cabeza. — No Hans, no.

— Ayer en cuanto les llamaron para la operación, confirmándola por la mañana, les llamaron para que vinieran. — noté como se le comenzaban a encharcar los ojos. Su mirada se perdió en el suelo del salón. — Hubo un accidente en la autopista Ventura, un camión perdió el control y su coche no pudo frenar. — la voz comenzaba a temblarle.

— Hans no. — yo lo único que podía hacer era negar con la cabeza, sin poder creérmelo.

— El camión volcó dejando el coche de sus padres debajo de él. Los bomberos al llegar, trataron de sacarles. Su padre murió en el momento del

accidente. – comencé a llorar al mirar por una de las puertas acristaladas y ver a Hannah jugando con Rufus. – Su madre sobrevivió, pero no llegó al hospital. Murió por el camino.

— La vida no es justa. Le da la oportunidad de vivir, y le arranca a sus padres. La vida es una putada tras otra. – me levanté y comencé a andar.

— Es demasiado injusta. Ahora va a ir la psicóloga a hablar con ella.

— No. – me di la vuelta mirándole fijamente y negando. – No Hans. ¿Cuántas veces ha hablado con esa psicóloga?

— Creo que nunca. – me agaché entre sus rodillas y le obligué a

mirarme.

— No puede ser ella quien se lo diga. No. — me limpié las lágrimas de la cara con el reverso de mi mano. — En estos casos, es mejor que alguien que pasa contigo los días, que te quiere, te lo diga. No un maldito extraño, por muy psicóloga que sea. — Hans no podía hablar, tan solo veía como le caían lágrimas por la cara y negaba con la cabeza. — Hans, escúchame. — me miró a los ojos y vi miedo en ellos. — Hannah necesita hablar con alguien que la quiera, que la comprenda y que esté a su lado.

— Pero yo no puedo decirla que sus padres han muerto y que se

queda sola. No tiene a más familia.

— ¿A nadie? – Hans negó. –
Joder.

— ¿Cómo se lo voy a decir?

— ¿Y qué pasa con ella ahora?
¿Pasa a custodia del Estado? – solo
pensaba en Hannah y su bienestar.

— No, en principio nosotros al
tener en la Fundación niños huérfanos
podría quedarse aquí, pero pasaría a
listas para adopción. Y esas listas son
eternas. Es triste, pero nadie quiere
adoptar a una niña enferma. – me
levanté.

— Pero después de la
operación no estará enferma. – era como
si mi corazón tratase de convencer al

mundo sobre una adopción.

— Pero tendrá una convalecencia larga. Puede que más operaciones, si el doble trasplante no funciona, si rechaza su cuerpo los pulmones.

— ¿Y qué? Esa niña es puro amor. Cualquiera se enamoraría de su sonrisa, de su vitalidad, de su corazón y hasta de su alma. Es puro amor. — solté mis brazos a ambos lados de mi cuerpo en signo de derrota.

— Te has enamorado de esa niña. — Hans se levantó y me agarró de las manos.

— Sí, no sé. Hay veces en esta vida, que de repente algo te golpea

fuertemente y ella me dio. Hizo diana en mi corazón en dos segundos. – respiré hondo, como buscando dentro de mi valor. Cerré los ojos y solté el aire.

— Eres un ángel Lucía. ¿Cómo pude ser tan idiota de dejarte salir de mi vida hace un mes?

— Porque te engañé. – bajé la mirada. – Yo hablo con ella Hans. Dile a la comecocos que no se acerqué. Tal vez mis métodos no sean de manual, pero sé cómo decirle a Hannah todo. – me quedé unos segundos pensando. — ¿Tenéis Nutella en la cocina?

— ¿Nutella? – me miró extrañado.

— Sí, Nutella. – afirmó con la

cabeza. – De acuerdo. ¿Podemos usar la cocina?

— Claro que sí.

Respiré un par de veces, me quité los restos de lágrimas y salí al jardín. Hannah estaba sentada con Rufus al lado, tranquila mirando al lago. Joder, era más difícil de lo que quería. Noté la mano de Hans agarrando la mía.

— No te dejaré sola. Ni ahora, ni nunca. Te lo prometo. – me besó y fuimos donde Hannah.

— Cariño, se me ha ocurrido una cosa. ¿Te apetece ayudarme a hacer un postre para la comida?

— Siiiiiiii. – se levantó y me dio la mano mientras llevaba a Rufus en la

otra. Fuimos andando por el jardín hasta la puerta de la cocina. — ¿Qué vas a hacer?

— Algo muy muy rico. Verás cómo te gusta.

Entramos los tres en la cocina y Rufus quiso entrar con nosotros. La pelea de Hans con el perro parecía hacerle mucha gracia a Hannah. No paraba de reír. Rebusqué por aquella cocina industrial y encontré los ingredientes para hacer mis hojaldres de Nutella. Hannah tuvo que ir al final donde Rufus y obligarle a quedarse justo en la puerta. A ella sí que le hizo caso.

— Le hace caso a ella y a mí no. No tengo ningún poder en esta

Fundación, ni en ningún sitio. – hizo pucheros.

— Tienes el poder de curar Hans. No lo sabes, pero eres capaz de curar un corazón roto y con cicatrices profundas. Lo hiciste con el mío. Te quiero Hans. – me sonrió y me beso.

— Hacéis una pareja de película. ¿Os vais a casar? – abrí mucho los ojos – Sois como el príncipe y la princesa de un cuento de Disney. – se subió a un taburete acercándose a la isla central de la cocina. – Tú tienes los ojos grandes como Jasmine, la princesa de Aladdín. – se estiró para acariciarme el pelo mientras yo no dejaba de observarla. – Y Hans es como Kristoff.

– me llevé la mano a la boca para evitar una sonora carcajada, pero no me pude reprimir.

— Ay que me meo. Kristoff. – Hans nos miró y tenía cara de no saber de quién estaba hablando Hannah.

— ¿Kristoff? ¿Quién es ese?

— El de Frozen. – Hans abrió mucho los ojos.

— ¿El tipo del hielo? El tonto de la película. – Hannah le miró frunciendo los labios.

— No se dice tonto. Además es el mejor de la película. Es guapo, cabezota, encantador y muy muy dulce cuando le quitan esa coraza de leñador del monte. – Hannah me miró porque no

le dejé contestar a ella.

— Me recuerda mucho a ti Hans. Pero si no te gusta, ya no eres príncipe y habrá que buscarle otro a la princesa Lu. — me seguía mirando Hannah sonriendo pícaramente.

— Ah no. Nadie va a buscar a nadie. Encantado de ser Kristoff. — no pude evitar reírme cuando Hans se acercó por detrás de mí, besándome el cuello y dándome las gracias.

— Eres una auténtica princesa cariño. Lo haremos a tu manera.

— Gracias. — apoyé mi cabeza en su hombro.

— ¿Y qué hacemos con la Nutella?

— Vamos a hacer unos hojaldres con Nutella, que están súper buenos. — extendí las dos bases de hojaldre que encontré en la nevera y saqué una cuchara. — Ahora ponemos Nutella por encima de ésta. — Hannah seguía cada uno de mis pasos. — Echa sin miedo, que con más están mejor. — relleno la cuchara tanto que se manchó las manos enteras. Se quedó con una cuchara en la mano. — Ahora extendemos la otra masa de hojaldre por encima. — Hannah la extendió y observé a Hans cómo nos miraba. — Ahora pasamos un rodillo por encima con cuidado para que se extienda bien.

Hannah empezó a pasar el rodillo

pero apretó con tanta fuerza que la Nutella salió disparada a mi camiseta, pantalones y piernas. Hannah dejó el rodillo y trato de quitarme lo que se había caído en las piernas, pero lo esparció más. Agarré sus manos.

— No pasa nada, solo es Nutella. – me miró preocupada.

— ¿No te enfadas? – negué con la cabeza sonriendo.

— Nunca.

— ¿Y cómo has dicho que se llaman? – me estaba chupando los dedos que estaban pringados.

— Se llaman besos de Nutella. – le miré sonriendo.

— ¿Por qué se llaman así? –

Hans estaba más intrigado que Hannah por el nombre.

— Porque cuando te comes uno, la Nutella está tan blandita que se te queda en los labios. — chupé la cuchara con la que habíamos cocinado — Y cuando das un beso — le besé a Hannah en la nariz — dejas la marca de Nutella. — Hannah puso los ojos bizcos para poder verse la nariz.

— Me encanta. Eres genial Lu. Besos de Nutella. — se quedó mirándome. — ¿Puedo contarle a mamá como hacerlos? Para que cuando vuelva a casa podamos hacerlos juntas. — se me cayó el alma a los pies sabiendo lo que le tenía que contar.

— Los acabamos y después de que se hagan nos los tomamos con un vaso de leche o un batido y hablamos cariño.

— Vale.

Después de pasar bien el rodillo, cortamos en pequeñas tiras las masas y las enroscamos formando una especie de ensaimadas. Las pintamos con huevo y las metimos en la bandeja del horno. Hans mientras tanto preparó un par de batidos de fresa. Me temblaban las manos mientras ayudaba a Hannah a limpiarse en el fregadero. Hans salió a la terraza con Hannah y Rufus corriendo alrededor de ellos y justo entró la comecocos en la cocina.

— Hola Lucía. – la miré mientras me secaba las manos.

— Hola.

— ¿Le habéis contado a Hannah lo de sus padres? – la miré pensando lo fría que parecía.

— Aún no, ahora voy a hacerlo. En cuanto saqué del horno unos bollitos que hemos hecho.

— ¿Haces comida para dar malas noticias?

— Si, ¿va en contra de alguna norma de psicólogos? – dejé el trapo en la encimera y negué con la cabeza.

— No, pero no sé si sabrás como ayudar a esa niña.

— Tal vez mejor que tú. –

cuidado Lucía que se te empezaban a ver las uñas.

— ¿Puedo estar delante por si necesitáis ayuda?

— Como quieras, es tu trabajo. — salí a la terraza y observé a Hans que tenía a Hannah en sus rodillas. Hannah le estaba pasando la mano por el pelo y revolviéndoselo. Me quedé quieta unos segundos. Se le veía feliz con Hannah jugueteando. Esta le agarró de la mano y comenzó a trazar círculos en la palma.

— Hans adora a esa niña. Le encantan los niños. Algún día será un gran padre. Algún día. — sin decir nada más se acercó a ellos. Yo me quedé pensando que ese algún día, no podría

ser conmigo. Negué fuertemente con la cabeza quitándome esa mierda de la cabeza y me acerqué a ellos y escuché a la comecocos hablándole a Hannah como si fuera muy pequeña. — ¿Estás bien?

— Si, con Hans y Lu siempre estoy bien. — me senté y Hannah saltó de los brazos de Hans a mis piernas. — Me cuidan mucho siempre y Lu es una princesa. — escuché como carraspeaba.

— ¿Y te gusta estar aquí? ¿Con los demás niños y niñas?— miré a Hans y negué enfadada con la cabeza.

— ¿Por qué me habla como si tuviera dos años y me hace esas preguntas? — Hannah me miró y levanté

los hombros.

— Hans, ¿podemos hablar? — se levantaron los dos y se apartaron un poco. — No sé qué puede hacer Lucía para aliviar el dolor de Hannah cuando se lo contéis.

— *Te puedo asegurar que ella sabe por lo que va a pasar Hannah. Además puedo poner la mano en el fuego que va a ayudarnos mucho con ella. — las miré y Hannah estaba haciendo una trenza en el pelo de Lucía. — Tienen una conexión especial desde el primer día. Ella es capaz de llegar más allá que nadie.*

— *No entiendo cómo lo va a hacer. — justo escuché a Lucía*

hablando algo en castellano y no pude evitar reírme.

— *Pues porque yo no lo hablo como si fuera idiota. – la doctora no lo entendió y yo no se lo traduje.*

— *Hazme caso, ella puede hacerlo.*

— *¿Hans puedes sacar los besos? Ya estarán para comer. – las miré y parecía que se conocían de toda la vida. Como Lucía era capaz de calmarla o hacerla reír con besos y cosquillas.*

— *Ahora mismo. Doctora, de verdad. Yo luego si necesitamos ayuda te aviso, pero por ahora déjanos a nosotros.*

Me despedí de la doctora en la cocina. Las vi sentadas en el jardín, Hannah entre las piernas de Lucía que las tenía cruzadas y mirándose las dos. Dejé los besos en el suelo y me senté a su lado. Notaba el nerviosismo de Lucía, jugueteaba con aquellas pulseras que siempre iban con ellas, pulseras de cuero y cuentas en las que se leía dream, love, un infinito de plata, dos o tres de colores fuertes y una con una nota musical. Siempre iban con ella. Además llevaba la pulsera de gomas que Hannah le había hecho.

— *Cariño, tenemos que hablar de una cosa.*

— *¿Qué pasa? – la agarró*

dulcemente de las manos.

— *Antes me has preguntado por tus padres. — vi como Lucía respiraba profundamente.*

— *¿No van a venir? — Lucía frunció los labios.*

— *Cariño, han tenido un accidente.*

— *¿No voy a verles?*

— *No mi amor. No sé si vas a entender bien lo que te voy a contar. — Hannah agachó la cabeza unos segundos.*

— *¿Se han ido? — se me hizo un nudo en la garganta al ver la reacción de Hannah.*

— *Si cariño, se han ido y*

ahora mismo están en el cielo, bajo dos estrellas que siempre estarán brillando para protegerte. Siempre van a estar contigo, de una manera diferente y siempre les vas a recordar. – noté como a Lucía se le enrojecían los ojos.

— *Entonces al morir ellos, ¿han ido al cielo y están con mis abuelos? – no comprendía cómo con tan solo seis años podía comprender la muerte así.*

— *Si cariño, están con ellos. También están con mi madre y mi padre. – Hannah se acercó y puso su mano en la cara de Lucía, acariciándola lentamente y con mucho cariño.*

— ¿Tus padres también se murieron?

— Cuando era pequeña también. Y siempre los echaré de menos, siempre. Pero sé que están cuidándome desde allí arriba, al igual que los tuyos harán. — Hannah se abrazó a Lucía.

— Yo estaré contigo siempre para cuidarte Lu. Siempre. — Lucía me miró y comenzó a llorar abrazada a Hannah.

Me quedé observándolas y no había mucha diferencia entre ellas. Tal vez los años las diferenciaban, pero la vida les había golpeado desde muy pequeñas de la misma manera y sabía

que Lucía no dejaría que Hannah sufriera como ella. Verlas abrazadas, como Lucía la acariciaba y el dolor en su cara, me hacía saber que no era solo por la muerte de los padres de Hannah, había mucho más detrás de sus lágrimas.

Hannah se levantó llorando y se alejó lentamente de nosotros y se sentó a dos o tres metros en el suelo. Me fui a levantar para ir donde ella pero Lucía me agarró del brazo.

— *Déjala un momento sola. Necesita soltar la rabia, ira y dolor que lleva dentro. — pasé mi brazo por la cintura de Lucía pegándola a mí.*

— *No sé si eso es lo que*

necesita.

— *Hans lo que ella ahora mismo necesita es tratar de soltar lo que lleva dentro. Todo. Gritar, llorar y patalear. No tiene más que seis años, es demasiado pequeña para haberlo perdido todo. – vimos cómo Hannah metía su cabeza entre las piernas y comenzaba a decir que les quería: “os quiero papis aunque ya no estéis nunca más conmigo.” Se me partió el corazón.*

— *Es una mierda.*

— *Es una gran putada. – de repente Hannah se levantó del suelo, se dio la vuelta y se dirigió a nosotros limpiándose las lágrimas de la cara.*

— ¿Puedo comer uno? — Lucía le acercó la bandeja. — Hans, ¿podemos ir a ver una película?

— Claro que sí cariño, ¿qué quieres ver? — se sentó encima de Lucía.

— La Bella y la Bestia. Mamá me prometió que la veríamos esta tarde. Siempre la veía con ella antes de ir al hospital. Sé que mañana tengo que ir. Les he oído esta mañana en el desayuno. — Lucía y yo nos miramos.

— Por supuesto. Después de comer, la vemos en la sala. Que por cierto es la hora. — vi como Lucía miraba el reloj. — Vete al comedor que Lucía y yo recogemos esto. ¿Estás bien

cariño? ¿Quieres hablar con la doctora?

— No, no me gusta la doctora. Me habla como si tuviera dos años. — Lucía sonrió. — Me gusta más hablar con vosotros. No me tratáis como si fuera tonta. Tengo seis años, pero llevo mucho tiempo entre hospitales. Mis padres me hablaron de la muerte cuando los yayos se fueron. — no me podía creer que con seis años tuviera aquella fuerza. — Sé que aunque me digáis que están en una estrella, no volveré a verlos. Pero siempre estarán a mi lado. Aunque eso signifique que ya no tengo familia. ¿Qué va a pasar conmigo?

— Tú no te preocupes por nada cariño. La familia te la impone la sangre, pero eso no significa que estés en este mundo sola. Siempre me vas a tener a tu lado Hannah. — se dio la vuelta observando a Lucía minuciosamente. Recorrió con sus ojos la cara de Lucía y comenzó a acariciarle el brazo, hasta que se fundió con ella en un abrazo. No se soltó de ella en varios minutos y cuando vimos que todos estaban entrando ya en el comedor, Lucía se levantó con ella en brazos y entró dentro de la Fundación. — Después de comer vemos esa película. Prometido. — le dio un beso a Hannah y se fue

negando hacia mi despacho.

No era justo. Para nada aquella situación era justa. Comenzó a sonar mi móvil y sin responder supe que sería Rose reclamando mi culo en la academia.

— Rose perdón, me he liado en la Fundación.

— Por eso te llamaba. Me avisó Hans antes de que no llegarías a las clases. Por eso no te preocupes. – me desplomé en uno de los sofás del despacho. – Nicola se encargará de esas clases. No te preocupes.

— Gracias Rose.

Comencé a contarle lo que había pasado con Hans la noche anterior, todo

lo que habíamos hablado. Me vino bien hablar con ella. Sus carcajadas, su forma de decirme las cosas, sin tapujos, sin filtros, me hizo olvidarme por un momento de lo que estaba pasando. Hans entró en el despacho y sentarse en una de las sillas a hacer algunas gestiones, pero simplemente se quedó en silencio dejándome desahogarme con Rose. Ya me conocía lo suficiente como para saber que en esas conversaciones, no podíamos solucionar todos los problemas del mundo, pero arreglábamos el nuestro.

12. AMOR Y OTRAS DROGAS

Comimos unos sándwiches en su

despacho mientras Hans hablaba con el hospital para enterarse de toda la operación de Hannah. Yo no dejaba de pensar en cómo podría superar los siguientes días Hannah. Cuando les recordase, cuando quisiera hablar con ellos y realmente se diera cuenta de que no estaban ya con ella.

Salí al comedor pero una de las chicas me dijo que Hannah se había ido a la habitación. Pasé por allí y estaba llorando tristemente. Era algo que necesitaba hacer, llorar y soltar toda la rabia que tenía dentro. Estuve un rato con ella pero pensé que necesitaba estar sola. Justo antes de salir me llamó.

— Lu, ¿no te vas a marchar

verdad? – me senté a su lado en la cama.

— No cariño, no me voy a marchar hasta que me lo digas. Prometido. – le guiñé un ojo y volvió a abrazarme. Sus abrazos eran tiernos y muy sinceros. – Estaré en el despacho de Hans, cuando quieras ver la película, búscame. – la besé y salí de su habitación.

Antes de cerrar la puerta la observé mirando una foto de sus padres que tenía en el escritorio. Cómo acariciaba sus imágenes y cerraba los ojos, supuse que para recordar la última vez que les vio. Me recordó cuando perdí a mi padre y todo comenzó a ponerse cuesta arriba. Habían pasado

muchos años, pero al ver a Hannah, aquella sensación de tristeza me volvió a inundar. No poder volver a abrazar a mis padres, era algo a lo que cada día debía sobrevivir.

Volví al despacho de Hans y le encontré con la cabeza entre sus manos.

— ¿Todo bien Hans? – me senté en sus piernas.

— Sí, operan a Hannah a mitad de semana. Le harán un trasplante doble de pulmón. Han encontrado compatibilidad – se quedó en silencio unos segundos.

— ¿Qué ocurre? – le cogí de la barbilla para que me mirase.

— Quiero encargarme del

funeral de sus padres. Al no tener familia y sin seguro, se encargaría el Estado, así que sería demasiado frío. Pero al estar Hannah en el hospital, no quiero hacerlo sin ella. No sé si debería o no ir, o estar o contárselo.

— Hay que contarle todo. No hacerla a un lado de lo que está pasando.

— Menuda mierda. — me removí encima de sus piernas nerviosa.

— ¿Quiero hacerte una pregunta? ¿Una vez que Hannah sea operada que pasará con ella? — me levanté y me senté encima de la mesa.

— Mientras esté en recuperación estará en la Fundación y

después, durante el proceso de adopción, seguirá aquí. — carraspeé varias veces. - ¿Qué se está pasando por esa cabecita Lu?

— Nada.

— Creo que ya te conozco lo suficiente como para saber que cuando abres tanto los ojos, se te está pasando algo por la cabeza. Sé que estás preocupada por Hannah, pero hemos llevado unos cuantos procesos de adopción.

— ¿Comprobáis las familias? Es que adoptar a una niña que ha estado enferma, no quiero que sea como adoptar a un perro pero que cuando se van de vacaciones lo dejan en una

gasolinera. — me miró extrañado. — Ya sabes a lo que me refiero.

— Se hace un estudio muy profundo de esas familias. No te preocupes, todo saldrá bien. — se levantó y me abrazó fuertemente. — ¿Cómo has conseguido meterte tanto en el corazón de Hannah? — me miró pero no me dejó responder. — Qué digo, de la misma manera que te metiste en el mío. Arrasando y derribando barreras de la manera más inimaginable.

— Pues tal y como hiciste tú. Haciéndome volver a creer que la vida puede ponerte muchas barreras y obstáculos, pero con fe en el destino, todo puede suceder.

— ¿Algo más que se te esté pasando por la cabeza?

— ¿Podré estar con ella en el hospital? ¿O vuestra doctora avisará en el hospital que no me dejen entrar porque no tengo un graduado o master en conducta social? – me regaló aquella sonrisa tan demoledora que me hacía vibrar.

— Es buena gente y muy buena profesional. Pero claro que puedes estar en el hospital. Es más, creo que a Hannah le encantaría que estuvieras allí con ella. Se ha creado entre vosotras un vínculo muy especial.

— Es que es una niña para comérsela. Me recuerda mucho a mi

cuando era pequeña. Ojalá no tuviera que pasar por todo esto.

Nos quedamos el resto de la tarde en el despacho organizando el funeral de los padres de Hannah y cuando nos quisimos dar cuenta eran las nueve de la noche. Todos ya habían cenado y ella no había aparecido en el despacho. Supusimos que querría estar sola.

Pablo llegó con Sharon y cuando les contamos lo que había pasado, fue como si fuera algo que había ocurrido dentro de nuestras familias. Aquella pequeña princesita nos había robado el corazón a todos.

— Pobre Hannah. ¿Cómo está?

— En su habitación, no ha querido cenar. — yo estaba recogiendo unos papeles en los que había estado preparando unas rutinas para la academia.

— Voy a ir a verla antes de marcharnos. — justo sonaron unos golpecitos en la puerta y Sharon fue a abrir. Al darme la vuelta para ver quién era, me encontré con los grandes ojos azules de Hannah hinchados por llorar, agarrada a un pequeño oso de peluche al que le faltaba un ojo y en su lugar tenía cosido un botón, con una pequeña maleta de ruedas en su otra mano.

— Hola Hannah. — Sharon se agachó para darla un beso y vi como

sonreía un poquito.

— Hola Sharon. — vi cómo nos buscaba en el despacho.

— ¿Y esa maleta cariño? — Hans se acercó a ella y Hannah me miró.

— ¿Puedo dormir contigo Lucía? — me quedé sorprendida ante aquella pregunta. — No quiero estar sola. ¿Puedo? Por favor.

— Claro que sí cariño. — miré a Hans como preguntándole si podía ser.

— Claro que sí princesa. Nos vamos a casa y cenamos allí, que no has cenado aún. — Hans se agachó a la altura de la niña.

— ¿Vivís juntos?

— No, pero en mi casa hay sitio

para todos. Nos vamos los tres – escuché como mi hermano carraspeaba. – Cuatro. – Sharon también carraspeó. – Cinco. ¿Alguno más que se quiera unir?

— Rufus. No vamos a dejarle aquí, duerme conmigo todas las noches. – Hans se levantó casi de un salto.

— No podía dormir dentro de la casa.

— Ya pero es que como ha estado lloviendo y le tiene miedo a las tormentas, y yo también, le metí en la habitación. ¿Me he metido en problemas? – me crucé de brazos y miré divertida a Hans esperando ver cómo salía de aquella.

— No preciosa. Claro, nos

vamos todos a casa. Hannah tú vas con Sharon y Pablo en el coche de Lu, y nosotros pasamos a coger algo para cenar y nos vemos en casa en media hora. Voy a avisar que ninguna de las dos pasáis la noche aquí.

Hans se encargó de hablar con las personas de la Fundación mientras yo recogí varias cosas que me había pedido del despacho. Salí con su portátil, mi bolso, un montón de carpetas y mis papeles garabateados. Fui hasta el coche y esperé sentada en él a que llegase Hans. Al verle aparecer noté en su cara el cansancio y la preocupación. El brillo en sus ojos había desaparecido dejando paso a una mirada demasiado

triste. Se acercó a mí.

— Nena, he tenido que casi obligarles a creer que podíamos cuidar de ella esta noche. Se me ha echado encima la doctora. – no le dejé terminar.

— Me da igual el master o posgrado o la mierda que tenga colgada de su despacho esa doctora, esa niña necesita cariño y atención. Aquí lo hacéis muy bien, pero hay más personas de las que cuidar.

— ¿Vas a dejar tu vida de lado para cuidar de Hannah?

— Sí. Si es lo que necesita, sí.
– *afirmó con tanta decisión que fui incapaz de rebatirla.*

— *Gracias por aparecer en mi*

vida y hacerme creer que las personas buenas siguen existiendo. Que los ángeles andan por la tierra regalando sonrisas y un corazón lleno de amor. — acaricié su cara y puso su mejilla sobre mi mano. — ¿Nos vamos a por la cena? Vamos a Il Pastaio a coger algo y nos lo llevamos a casa. Mañana a las doce Hannah tiene que ir al hospital a hacerse unas pruebas. — nos montamos en el coche y vi como mandaba un mensaje a Rose supuse.

— Doy las clases de 8 a 11 y luego nos vamos con Hannah al hospital. — al salir a la carretera para ir a Beverly Hills la miré de reojo y su cara se reflejaba en la ventanilla. No

podía imaginar que era lo que se le estaba pasando por la cabeza. Sabía que su padre y su madre estaban con ella. Vi cómo marcaba un número en su teléfono y la escuché hablando con la tía Anita.

— *¿Dónde estáis? ¿Os he despertado? Perdón tía. No me he dado cuenta del cambio horario. Tenéis que estar quemando Nueva York. — sonrió solo como hacía cuando hablaba con su tía. — Sabía que te llamaría Pablo para contártelo. Yo también estoy muy contenta. Sí. — puso su mano sobre mi pierna y me miró sonriendo. — Sí, no te preocupes que cuando volváis cenamos juntos y lo ves con tus propios ojos. —*

aparqué enfrente del restaurante. – Yo también te quiero tía. Descansad. Adiós

Colgó el teléfono y tras pedir la cena nos fuimos a casa. Al llegar Hannah estaba jugueteando con Rufus en el jardín con nuestros hermanos. Preparamos la mesa y media hora después Hannah se estaba durmiendo encima de la mesa. Lucía la cogió en brazos y la llevó a una de las habitaciones de invitados que mi hermana había preparado antes de que llegásemos. Rufus la siguió sin hacerme caso de que no podía estar dentro de casa, pero desistí.

Sharon y Pablo se fueron a ver una película y yo me quedé recogiendo

la cocina. Lucía apareció frotándose los ojos. Tenía cara de cansancio y la obligué a irnos a la cama.

— *Estoy muerta.*

— *Demasiadas emociones en poco tiempo. – comenzó a desnudarse y se quedó con aquel minúsculo conjunto de ropa interior. Me quedé embobado recreándome en cada una de sus curvas.*

— *Voy a darme una ducha. Aún tengo Nutella por todas partes. – se quedó completamente desnuda y mi cabeza dejó de funcionar. Observé como se contoneaba hasta desaparecer por la puerta del baño. Me quedé unos segundos esperando a escuchar el*

agua.

Justo al entrar pude ver como el agua recorría su cuerpo y como pasaba su manos jabonándose. Me quedé apoyado en la puerta de la ducha y cuando nuestros ojos se encontraron, sonrió abriendo la puerta.

— *¿Me acompañas?*

— *Siempre.*

Mis manos recorrieron su cuerpo desnudo, recorriendo cada rincón debajo de la ducha. Nuestras bocas se encontraron desesperadas, entrando en una batalla por encontrar el placer que tanto ansiábamos. Sus manos bajaban por mi pecho, agarrándome la polla comenzando un

vaivén con sus manos, produciéndome uno de los placeres mayores que podía imaginar. Sus piernas se enroscaron en mi cintura y en dos movimientos hizo que mi polla se introdujese dentro de ella y su cadera comenzó a bailar, haciendo que me introdujese dentro de ella, hasta el fondo y de su boca comenzaron a salir gemidos que tuvo que ahogar en mi cuello para no despertar a nadie. Noté como se agarraba a la puerta de la ducha y agarré su mano para pegarla contra la pared. No quería que reventásemos otra ducha de nuevo.

Nuestros cuerpos se movían buscando el placer del otro, mientras

las lenguas recorrían cada parte de nuestras bocas, cuellos, pechos y... Dios mío. Iba a explotar y segundos antes de correrme, Lucía comenzó a gemir y cerró la boca tratando de ahogarlos, pero no pudo más y soltó un gemido desgarrador, llevándose la mano a la boca rápidamente. Menos mal que cuando salimos de la ducha nos dimos cuenta de que estaba cayendo una gran tormenta, con rayos y truenos.

Lucía se puso una camiseta mía con unos calzoncillos y se tumbó en la cama estirándose. Me tumbé a su lado y nos abrazamos. A los segundos escuchamos unos golpecitos en la

puerta y apareció Hannah con el pelo revuelto y una cara de terror que nos asustó. Cuando la habitación se alumbró con un relámpago, echó a correr a meterse entre las sábanas aferrándose a Lucía.

— No me gustan las tormentas.

— Lucía levantó un poco las sábanas para ver la preciosa cara de Hannah.

— No pasa nada cariño, solo es luz. Aunque la verdad es que sí que da un poco de miedo. — Lucía me miró sonriendo.

— ¿Puedo dormir aquí?

— Claro que sí. La verdad es que esta tormenta puede durar toda la noche y necesitas descansar. — de

repente la bola peluda saltó encima de la cama, metiendo la cabeza por la parte de abajo del edredón.

— Rufus, abajo. — traté de que el perro se bajase de la cama pero seguía pasando de mí. Hannah sacó la cabeza apoyándose en el pecho de Lucía.

— Rufus también le tiene miedo a las tormentas.

— Hans se puede quedar a dormir a nuestros pies. No molestará. — miré a Lucía negando y ella simplemente miró a Hannah y volvió a mirarme.

— De acuerdo. Pero en los pies. Nada de en la cama. — vi como

Lucía le guiñaba el ojo a Hannah.

— *Vamos Rufus, baja aquí. — y el perro simplemente bajó y se puso en el lateral al lado de Lucía.*

— *En fin. Ahora a dormir que mañana será un día muy largo en el hospital.*

— *¿Vais a venir conmigo?*

— *Claro que sí. Vamos a estar juntas mañana. Desayunaremos juntas, vendrás conmigo a mis clases y verás lo divertido que es mi trabajo y después nos iremos al hospital a hacer las pruebas. — Lucía acariciaba el pelo de la niña mientras Hannah no le quitaba ojo. — Después volveremos a la Fundación.*

— *No quiero estar allí sola. Los niños no quieren jugar conmigo porque estoy enferma. — Lucía me miró mordiéndose el labio.*

— *Veremos qué podemos hacer con eso. Ahora a dormir.*

— *Buenas noches Hans. — Hannah me dio un beso. — Buenas noches Rufus. — sacó su mano por las sábanas. — Buenas noches Lu. — le dio un beso.*

Me quedé unos segundos observándolas y supe porque estaba completa y absolutamente enamorado de ella. Porque era Lucía. Simplemente Lucía.

13. LOVE STORY

Cuando me desperté Hannah
estaba durmiendo con su cuerpo

completamente encima de mí, con una de sus piernas sobre el cuerpo de Hans, y en nuestros pies de la cama, Rufus, que se había subido y hecho una pelota con el edredón por encima de su cuerpo. Como se despertase Hans iba a poner el grito en el cielo. Salí de la cama sin hacer mucho ruido y me llevé a Rufus al jardín. Aquella bola de pelo de ojos negros podía robarte el corazón en unos segundos. Jugué un poco en el jardín con él mientras amanecía. Hice el desayuno y los jóvenes tortolitos aparecieron haciéndose carantoñas en la cocina.

— ¿Ni por la mañana podéis despegaros? — hice gesto de arcada.

— Habló la que sale en pelotas por casa. — Pablo se acercó y me besó. — ¿Qué tal está Hannah?

— Ha dormido con nosotros por la tormenta y no quiere volver a la Fundación. La operan el miércoles y no sé cómo nos vamos a organizar. — dejé una jarra de zumo de naranja recién exprimido encima de la mesa.

— ¿Por qué quieres hacerte cargo de ella? ¿Qué te ha hecho esa niña? — Sharon iba poniendo la mesa a mi lado.

— No lo sé. Supongo que me he visto reflejada en ella un poco. — levanté los hombros.

— Lo que le pasa a mi hermana

es que es tan adorable que quiere un mundo feliz para todos. Y no es capaz de dejar a una niña como Hannah sola. Y eso es por lo que estoy tan sumamente orgulloso de ella.

— Que no soy tan buena. Me ponéis todos la aureola en la cabeza, tengo muchos muchos fallos.

— Sí sí hermanita, en una de estas te llaman para canonizarte, o como se diga eso. — le pegué en el brazo.

— Terminad de poner la mesa que subo a despertar a los bellos durmientes.

Al abrir la puerta de la habitación me encontré a Hans observando a Hannah mientras se

desperezaba. Me quedé mirándoles un segundo y cuando Hannah se despertó comenzaron a hablar de sus padres.

— ¿Cuándo me voy a poder despedir de ellos?

— Después de la operación haremos el funeral aquí en Los Ángeles.

— ¿Hace frío dentro del ataúd? — vi como Hans ponía cara de trágame tierra.

— Buenos días. — me senté en la cama con ellos.

— ¿Hace frío en el ataúd Lu?

— No cariño, no hace frío. — se puso de rodillas en la cama.

— ¿Tus padres dónde están?

— En España. Mi padre —

tragué saliva para poder explicárselo de una manera que ella lo comprendiera sin sonar demasiado mal. — Plantamos un árbol y esparcimos sus cenizas en él. Así cada vez que voy a España, puedo sentarme debajo de él y hablar durante horas. Contarle mis secretos. — vi como Hans me miraba sonriendo y me agarró fuertemente la mano.

— ¿Y podemos hacer eso? A mi madre le gustaban mucho las rosas que teníamos plantadas en casa. Así podré hacer lo mismo que tú. Sentarme a su lado y hablar con ellos para poder despedirme. — Hans me miró.

— Sí, claro. Puedes decidirlo. Y ahora nos vamos a bajar a desayunar

que Pablo está haciendo tortitas con chocolate. Si no las quema. — Hannah saltó de la cama y salió de la habitación.

— Tengo que hablar con el abogado de la Fundación, no sé hasta qué punto una niña de seis años puede decidir sobre el entierro de sus padres.

— La tutela ahora mismo está en manos de la Fundación, ¿no es así?

— Sí.

— Pues entonces tú al ser el presidente de la Fundación, es como si estuviera bajo tu tutela. Así que tendrás que hacer lo mejor para ella.

— Tendremos. Somos dos. — me agarró de la mano tirando de mí hacia él. — Somos y seremos dos, siempre. Te

quiero preciosa.

— Vamos a desayunar antes de que nos dejen sin nada.

Desayunamos y sobre las siete y media estábamos ya en la academia. Cuando llegó Nicola se puso a bailar en mi misma sala y Hannah le seguía los pasos. Sonreía al verla distraerse de la operación y de lo de sus padres. Los niños podían no mostrar sus sentimientos hasta varios días después. Pero parecía que los padres de Hannah le habían hablado de la muerte, supuse que debido a su enfermedad, y quisieron explicarle que la muerte, tristemente, era una parte de la vida a la que teníamos que aprender a sobrevivir.

— Muy bien Hannah. Tienes madera de bailarina.

— Ya, pero con mi enfermedad, no puedo hacer muchos esfuerzos. – la miré a través del cristal.

— Pero seguro que después de la operación, después de recuperarte podrás hacer lo que quieras. – Nico se agachó a su lado. — ¿Qué te parece si grabamos en video a Lu en su clase, y luego le decimos cuando se ha equivocado?

— Serás mamón. – Nico le tapó los oídos a Hannah con sus manos.

— Controla esa lengua que hay niños delante.

— Hannah es más adulta que tú,

así que no se va a asustar.

— Además no creo que Lu se equivoque. — comenzaron a entrar las alumnas.

— Grabadme, pero tratar de que no salga mi culo gordo en primer plano. — empezamos a reírnos. — Buenos días chicas.

— Que sonrisa tienes Lu. ¿Ha vuelto la felicidad a tu paraíso?

— Más que eso Green. — una de las alumnas sabía la historia con Hans.

— Me alegro mucho, ese jardín tiene que estar bien regado. — Nico se llevó la mano a la cara y Hannah no entendía nada.

— ¿Qué jardín tiene que regar?

— Es que a Lu le gustan mucho las plantas y dedica tiempo a regarlas, a que les dé el sol y de vez en cuando deja que otro se las riegue. — empecé a reírme.

— Venga chicas, hoy no podemos fallar que tenemos visita y nos van a grabar en video. A lo mejor de aquí sale alguna nueva estrella. — cogí el mando de la minicadena y me puse delante de todas. — Aviso que hoy vengo con ganas y con una canción que me encanta. Así que a mover esos culos preciosas. — puse la música y comenzaron a sonar los primeros acordes de salsa de Piensas de Gente de Zona. — Comenzamos con seis pasos de

salsa al frente y seis pasos para atrás. Repetimos seis veces y punteamos en el suelo hasta que comience el estribillo. Allá vamos.

Piensas en mí, en mi amor y aunque querrás no puedes vivir. Nunca encontrarás nadie que te lo haga como yo. Dile la verdad, que yo te tengo loca, dile la verdad, soy el que te provoca, dile la verdad, dile la verdad. En la noche cuando haces el amor.

La hora siguiente de bailes latinos, Hannah seguía mirando todo lo que hacíamos y en la clase que dimos juntos Nico y yo, aplaudía a cada paso que dábamos. Estaba tan pendiente de ella, que en uno de los saltos que Nico

me iba a levantarme, me fijé que estaba buscando un inhalador en sus bolsillos y no salté con la fuerza suficiente y me caí de los brazos de Nico.

— Perdón, culpa mía. – me froté el brazo, sabiendo que en unas horas tendría un gran moratón negro. – Estaba despistada. - miré la hora y vi como en la puerta Rose hablaba con Hans y Glen. – ¿Te importa si acabas solo la clase? Tengo que salir un momento a hablar con Glen.

— Claro, sigo vigilando a Hannah. – cogí una toalla al lado de Hannah.

— Ahora mismo vengo cariño. – salí fuera y escuché parte de la

conversación.

— Sí, supongo que sería así Hans. Pero eso habría que mirarlo con los abogados.

— Hola chicos. Cariño. – Besé a Hans.

— ¿Y mi beso? – Glen puso la mejilla y le dí uno.

— Que celoso por dios. Dale más caña Rose que anda escaso de cariño al parecer.

— Lo que le pasa es que es un cerdo. Te ve con el canalillo ahí todo apretujado en el top ese mínimo que llevas, y se me pone becerro total. — Rose metió su dedo en mi canalillo.

— Guarra. – le di en la mano.

— Vaya dos. – Hans negó sonriendo.

— Como que tú no quieres meter la mano ahí. – Rose le retó con la mirada y Hans respondió.

— Ya se la metí ayer a la noche y hasta dentro.

— Señorito Berg, se ha vuelto demasiado tarado. Todo se pega. – nos empezamos a reír.

— Por cierto. – Rose agitó unos sobre plateados en la mano. – Tengo unas invitaciones para una fiesta en Palm Springs.

— De las que tanto nos gustan. – Rose se relamió.

— Operan a Hannah mañana y

tendrá que estar ingresada entre una semana y tres. — Hans me miró sorprendido. — Google responde cualquier duda.

— Y cuando salga del hospital volverá a la Fundación, donde estará atendida veinticuatro horas por enfermeras y médicos. La fiesta es dentro de un mes. Pero ya he confirmado que vamos los cuatro. — miré a Rose negando con la cabeza.

— ¿Para qué preguntas entonces?

— Yo no he preguntado, tan solo os he avisado. Tenemos que recuperar el tiempo perdido. Disfrutar y ser felices. — saqué una botella de agua

de la máquina. — Además, tenemos que organizar mi boda.

— Dios, eso será como morir e ir al purgatorio en busca de hueco en el infierno. — Rose me dio en el brazo.

— Imbécil. ¿Recuerdas a Sonia mi amiga de Nueva York de la academia? — afirmé mientras bebía agua. — Recordarás también a Mariola.

— Recuerdo a Alex. Dios el señor trajeado. Que hombre. — empezamos a reírnos.

— Pues trabaja en una empresa de eventos y como están por Los Ángeles, hemos quedado y será ella quién se encargue de organizar la boda. Es una de las mejores, por no decir la

mejor. Sonia me mandó unas fotos de la boda que organizó a una petarda en Nueva York, y te aseguro que eran flipantes. — vi como Rose cerraba los ojos y suspiraba. — Consiguió que el mismísimo Justin Timberlake cantase en esa boda.

— Madre mía, ¿desde qué te has comprometido eres una moñas más? — le di en el brazo.

— No lo sé. Ha sido ponerme este pedrusco y zas, quiero flores y corazones en mi boda. — me empecé a reír pero Rose seguía muy seria. — ¿Te ríes de mí?

— Dios me libre. Es que no te reconozco. ¿no queda nada de la Rose

anti boda? ¿De la Rose que lo único que quería en una boda era emborracharse y follarse a algún padrino? — Glen y Hans me miraron fijamente. — ¿Ahora que hay boda se acabaron las palabras fuera de lugar? Pues conmigo lo tenéis jodido.

— Es que si cambias, no serías tú Lu. — Rose me abrazó. — Cómo me alegro de que hayas vuelto. No me gustaba la Lu llorona y triste. Y todo por tu culpa. — sin verlo venir Rose le arreó a Hans un golpe en el brazo, tan fuerte que hizo que él tuviera que dar un paso atrás.

— Joder con tu chica Glen. Amplia el seguro de protección personal, en una de éstas te arranca un

miembro. — negué con la cabeza sabiendo que Rose iba a soltar una perla.

— El único miembro que le arrancaría sería su... — Glen le puso la mano en la boca cuando vio a Hannah a nuestro lado.

— ¿Nos vamos ya al médico? — podía ver la preocupación en sus preciosos ojos azules.

— Claro que sí cariño. Dame diez minutos que me ducho y nos vamos. ¿Te quedas con ellos? — les miró como si no se fiase completamente.

— ¿Puedo ir contigo? — se agarró fuertemente a mi mano.

— Claro que sí cariño.

Nos fuimos a los vestuarios y cuando me estaba vistiendo noté sus ojos clavados en mi espalda. Estaba observando el tatuaje. Estaba colocándome una camiseta que dejaba descubierta casi toda la espalda. Al agacharme para atarme las sandalias, noté sus pequeños dedos recorriendo los Fénix laterales.

— ¿Qué significa?

— Es una forma de recordar que aunque las cosas no salgan en esta vida como esperamos, podemos ser capaces de resurgir de nuestras propias cenizas. — me senté a su lado. — Sé que ahora no puedes comprender lo que está pasando y que te duele mucho. — vi

como agachaba su cabeza. – Pero, cualquier pregunta que tengas, lo que sea, a la hora que sea, me puedes preguntar o llamar.

— ¿Por qué eres tan buena conmigo? - me agarró de la mano.

— ¿Sabes lo que es un flechazo? – se rio unos segundos.

— Eso es de las pelis de mayores, pero es cuando un chico conoce a una chica. O al revés.

— Hay veces que se tiene un flechazo con una persona, con una personita tan adorable como tú. Tú eres mi flechazo. – la abracé.

— Gracias por querer cuidarme. – me dio un beso en el brazo.

— ¿Lista para el médico?

Salimos hacia el hospital y tras cuatro horas de pruebas, pinchazos, cambios de sala y más pruebas en las que no nos dejaron entrar, el médico salió para decirnos que después de comprobar que todo estuviese correctamente, Hannah sería intervenida al día siguiente a las ocho de la mañana. Nos dio las pautas antes de la operación y el tiempo medio que estaría en la UCI e ingresada en el hospital. Entre operación que podría durar unas doce horas, en la UCI dos o tres días, para comprobar y asegurarse de que su cuerpo no rechazaba los órganos y después hasta veintiún días ingresada.

Lo que recorrió mi cuerpo no fue otra palabra que, terror en estado puro.

La salida del hospital fue demasiado tensa. Hans estaba preocupado por Hannah, yo aterrada por la operación y Hannah dolorida de las pruebas. Fuimos a comer algo a un bar cercano, pero la verdad es que ninguno de los tres teníamos demasiada hambre.

— ¿Mañana vais a estar conmigo? — Hannah le agarró la mano a Hans.

— Si cariño, estaremos contigo todos los días que estés en el hospital.

— ¿Tú también? — me agarró de la mano.

— Si cariño.

— ¿Y tu trabajo? – me miró fijamente.

— Nos apañaremos. Si no estoy yo, estará Hans y si no Pablo o Sharon. Pero siempre habrá alguien contigo. – agachó la mirada fijándola en la mesa.

— No puedes dejar todo por mí. Estoy enferma y siempre lo estaré. Me he quedado sola y nadie va a quererme. – comenzó a llorar. – He visto a muchos niños que estaban como yo, sin padres en la casa, a los que se llevaban a casa padres nuevos. – comenzaron a temblarme las manos. – Pero también he visto que a los niños que estaban como yo, enfermos, nadie los quería, que al final han crecido y se han marchado.

— No vas a estar nunca sola Hannah. — Hans la sentó encima de sus rodillas. — No vas a estar sola. La Fundación es tu casa.

— Pero no quiero estar allí sola. Los niños no me dejan jugar por estar enferma, las enfermeras me tratan diferente. — se limpió las lágrimas con el reverso de su mano. — ¿Hay alguna forma de que me quede con vosotros? — levanté la mirada de la mesa y me encontré con los ojos de Hans.

— ¿A qué te refieres Hannah? — me miró y me agarró de la mano.

— ¿Puedo quedarme con vosotros esta noche también? Echo de menos mucho a mis padres, pero estando

con vosotros, me siento segura. No me siento sola. – Hans cogió su teléfono y dejó a Hannah en la silla. Supuse que iba a hacer unas llamadas para comprobar que no nos metíamos en ningún lío porque Hannah pasase otra noche en casa.

Estuve más de media hora hablando por teléfono con la doctora y el abogado de la Fundación. Quería saber qué era lo mejor para Hannah, pero ella, aun teniendo seis años, sabía que con nosotros estaba segura.

Al volver a mirar a la mesa no las vi allí sentadas, pero sus risas llamaron mi atención. Estaban en un puesto de pulseras callejero. Un

hombre las hacía en el suelo y mientras Hannah jugueteaba con el perro que estaba a su lado, Lucía compraba unas pulseras, que a mi parecer eran horrorosas, llenas de colores estridentes, hechas de cuero y cordones. Negué con la cabeza al verlas, porque parecían la misma persona en diferentes etapas de su vida.

— *Podemos irnos a casa a descansar si queréis.*

— *Vete con Hannah que necesita descansar. Yo voy a pasarme por la academia, tengo un par de clases a las que no puedo faltar hoy y a hablar con Nico y Rose sobre como*

apañar las clases del resto de la semana. — me colocó una de esas dichosas pulseras en la muñeca. — Quitá esa cara monito, a Hannah y a mí nos han encantado y las llevamos iguales. — me guiñó un ojo y la agarré por la cintura.

— Eres un ángel. Eres mi ángel. Cómo me alegro de que Pablo acabase en la Fundación. Si no hubiera sido por su rebeldía, no nos hubiésemos conocido. — me pegó suavemente en el brazo.

— ¿Te alegra que el antiguo criminal en potencia se liase a puñetazos en el Lure?

— Ya sé que suena muy mal,

pero sin él, no nos habiéramos conocido.

— *Miré señor Berg, estoy segura de que nos hubiésemos conocido. O en un restaurante o en una fiesta. Nuestros ojos se hubieran cruzado en algún momento y nos habrían dicho que éramos de lo que nos habíamos estado ocultando tanto tiempo. Porque las almas gemelas se reconocen en la distancia, aun sin haberse visto nunca. — me quedé unos segundos sin respiración ante sus palabras.*

— *Somos de lo que nos estábamos escondiendo. Tú no querías enamorarte y yo no quería confiar.*

— Y me enamoré perdida y peligrosamente de ti. – jugueteaba con mi nuca, pasando sus dedos lentamente por ella. Acercó sus labios a los míos.

— Y yo, después de muchos años, volví a confiar. Me hiciste confiar. Aunque me lo pusiste difícil. – vi cómo se mordía el labio y agachaba la cabeza. La agarré de la barbilla. – No galletita, no agaches la cabeza. No te estoy reprochando nada. Pero no eres una persona que pone las cosas fáciles. – me miró a los ojos. – Y eso nena, me encanta. – nuestros labios se buscaron en aquel puesto callejero, mientras mis manos recorría su espalda desnuda. Perdimos la noción

del lugar y del tiempo, hasta que escuchamos el carraspeo de Hannah.

— *¿Os parece bien hacer eso delante de una niña pequeña? – Lucía escondió su cara entre mi cuello y mi hombro.*

— *Perdón Hannah. – vi como empezaba a reírse.*

— *Me gusta veros así. A papá y a mamá hacía mucho tiempo que ya no les veía así. Desde que recuerdo, nunca se han dado besos. Por mi culpa. – levantó los hombros y volvió a perderse su mirada.*

— *No es culpa tuya cariño. Hay veces en la vida, que por causas ajenas a nosotros, olvidamos que el*

amor, puede con todo. Con todo lo malo, con toda la mierda de esta vida. – miré a Lucía por decir mierda.- Si Hannah, he dicho mierda. Perdón. Pero es que hay veces que esta malhablada, tiene la lengua demasiado rápida y no piensa lo que dice. – Hannah pasó su mano por la cara de Lu.

— *Me gustas. Me gustas mucho.*

Saltó a los brazos de Lucía y así se quedaron hasta que llegamos a la Academia. Ni siquiera incómodas en el coche de Lucía, sentadas atrás, Hannah quiso despegarse de sus brazos. Ni siquiera cuando entramos en la Academia. Allí estaban comiendo

Glen, Rose, Nicola y una de las profesoras de apoyo que tenían contratada. Estaban en el suelo comiendo y con un montón de papeles, que al echar un vistazo, supe que estaban reorganizando los horarios para que Lucía pudiera tener más horas libres.

— *Hola chicos. ¿Os he jodido demasiado?*

— *Lucía, esa boca. – miré a Hannah.*

— *Está dormida desde hace un rato. Al igual que mis brazos. – cogí a Hannah.*

— *¿Puedo llevarla al despacho Rose? Que descanse un rato en el sofá.*

— Claro. – dejé a Hannah en el sofá y al volver me encontré a Lucía en el suelo riéndose con Nicola. Esa complicidad me mataba.

— Venga, que adoras a mis chicas de oro. Se van a morir viéndote bailar bachata, con tu movimiento de cadera, se van a caer de culo. – vi como Nicola le pasaba el brazo por los hombros y la pegaba a él. Tuve que contenerme para no pegar cuatro gritos.

— Adoro más verte a ti moviendo el culo. – carraspeé, no aguantaba ese juegucito.

— ¿Todo bien Hans? – Glen me miró negando con la cabeza y

suspirando. Sabía tan bien como yo que nunca había tenido celos de nadie y era la primera vez en mi vida que los tenía.

— *Por cierto Lu de mi vida y de mi corazón. — Rose gateó hasta sentarse frente a Lucía.*

— *¿Qué coño me quieres pedir? Nunca me halagas tanto si no quieres conseguir alguna cosa.*

— *Eres tan guapa y tan buena... — vi como Lu entrecerraba los ojos.*

— *Déjate de chorradas y vete al grano. Que eso se te da muy bien. ¿A qué si Glen?*

— *Zorrón. — escuché como Lucía le lanzaba un beso.*

— ¿Recuerdas a Ricardo Ortega?

— *El imbécil de Cabo. Nunca pensé volver a oír su nombre.*

— *Pues ha venido esta mañana a la academia, buscándote. Bueno, buscándoos. A vosotros dos. – vi como señalaba a Nicola y a Lucía.*

— *¿Venga ya?*

— *Sí. Está en la ciudad y está organizando una fiesta y os quiere bailando en ella.*

— *Y un mojón que se coma. De la forma que me trató allí. Que no, que se la pique un pollo.*

— *Ha dicho que vais a bailar sí o sí. Que seguro que te convence.*

— *Pues en este momento como no venga con un buen cheque debajo del brazo, paso como de comer escorpiones. – vi como Rose la miraba.*

— *¿Tienes problemas de dinero Lucía? – no pude evitar hacer la pregunta y sabía que podía mandarme a la mierda.*

— *Problemas no, pero el tema de la beca no está solucionado y necesito dinero para Pablo. – se levantó del suelo ojeando los horarios y comiendo algo de una de las cajas. – ¿Entonces yo me encargo de qué clases? No veo mi nombre por ninguna parte.*

— *Eso es que no miras bien.*

Sigues teniendo tus clases de Zumba de primera hora. Además de la clase especial de pole dance que cuando tengamos a unas chicas más, será semanal los viernes a última hora. — noté una gran sonrisa en la cara de Lucía. Le encantaba su trabajo y esas semanas lo iba a dejar de lado.

— De acuerdo. — se quitó la chaqueta y llamó con el dedo a Nicola.

— ¿Preparamos lo de funky? Hay uno de los pasos que soy incapaz de hacer. ¿Tienes un momento?

— Lucía tenemos que llevar a Hannah a casa. — se acercó a mí y hasta yo notaba mi tono autoritario.

— ¿Te importa ir tú con ella?

Quiero dejar terminadas unas cuantas cosas del resto de la semana. En cuanto termine voy a casa. — me acarició la cara pero ni ese gesto bajó mi enfado. Me sentía celoso de Nicola, de un bailarín exhibicionista. Pero no se me ocurrió decir nada más.

— Genial. Me voy con Hannah a casa. — noté cómo su tono de voz cambiaba y se hacía mucho más serio y grave. Señal inequívoca de enfado. — Luego si quieres pasar la noche allí, vienes. — se fue al despacho de Rose y le agarré antes de entrar.

— ¿Qué te pasa Hans?

— Nada. Vete a bailar con Nicola. — se dio la vuelta entrando al

despacho y no entré. Porque sabía que soltaría algún sapo.

— ¿Qué le pica a éste ahora?

Madre mía, cambia de estado de ánimo en dos segundos. — noté el brazo de Glen agarrándome de la cintura.

— ¿Qué murmullas galletita?

— Ni se te ocurra volver a llamarme galletita, que sabes lo zorra que puedo ser. — noté como levantaba Glen una ceja.

— De acuerdo Lu, ¿qué murmura la princesa?

— Mira que lo estás arreglando. Hazme un favor y vete con tu amigo a casa. No sé qué coño se le ha pasado por la cabeza pero ahora parece

un perro enfadado. Así que trata de quitarle las pulgas, con algo de lo que hagáis los tíos. — le empujé a un lado. — Pero con cuidado que Hannah estará en casa.

— Zorrón, ¿qué hablas con mi churri?

— Nada que aquí al señor Berg le ha debido de picar algo.

— Lu, vamos a ensayar que enseguida tengo clase. — Nicola entró en una de las salas.

— Sí, le ha picado un bicho llamado Nicola. — Glen arrastró el nombre más de la cuenta.

— Bueno venga, ¿ahora me va a venir con celos idiotas? — miré como

Hans salía con Hannah en brazos.

— Nos vemos luego en casa, si quieres. — salió de la academia y Glen le siguió sin despedirse.

— Hombres, quien los entienda que los compre. — solté entre un bufido y un suspiro.

Hora y media después terminé de ensayar con Nico. Me fui hasta el piso para poder darme una ducha y recoger un poco de ropa para pasar la noche en casa de Hans. Aunque no sabía si era lo que él quería. ¿Cómo podía cambiar todo en un solo instante? De repente estás bien y de repente, zasca, todo a la mierda. Aunque a esas alturas de la vida, yo ya tenía que haberlo aprendido.

En esta vida el amor y los
tropezones con piedras, iban de la mano.

14. MATCH POINT

Salí con la bolsa de deporte y me di cuenta de que Hans se había llevado mi coche. Paré un taxi y cincuenta

dólares más tarde estaba en Beverly Hills. Vivía demasiado lejos para tener que ir en taxi. Llamé al timbre y se escuchó un grito de pasa y más gritos y gemidos. Al abrir la puerta, no sé qué se me pasó por la cabeza encontrarme. ¿Un aquelarre? ¿Una orgía? Al entrar en el salón lo vi. Nada de lo que me estaba imaginando. Glen y Hans a golpe limpio con unos mandos de videoconsola jugando al tenis. Solté la bolsa en el suelo y me crucé de brazos mirándoles. Parecían Sharapova y Djokovic con sus grititos. Dos o tres minutos después se dieron cuenta de que estaba en la misma habitación que ellos. Se quedaron quietos, jadeando por el esfuerzo y con

los brazos en alto. Negué varias veces con la cabeza, recogí la bolsa y me fui a la cocina. Vi como Hannah estaba jugando con el perro en el jardín.

— ¿Ya has terminado de preparar tus clases? – me di la vuelta y vi a Hans con la camiseta sudada y pegada al cuerpo.

— Sí. Ya te he dicho que sería solo un rato. – volví a girarme para prepararme un café bien cargado. No quería empezar a hablar porque sabía que iba a decir algo de lo que me arrepintiese.

— ¿Por qué no puedes practicar aquí en casa?

— Porque no tengo sitio.

Necesito espejos para poder ver cómo preparo la rutina, cómo se ven los giros, los pasos. Ya has visto mi piso. Unos espejos cubren la pared por completo. Por eso lo alquilamos. Aquí no tengo nada.

— ¿Ese es el problema? ¿Que cuando te quedas aquí no te sientes en casa? — apreté el botón para que comenzase a salir el café.

— No Hans, ese no es el problema. ¿Por qué te ha dado ese siroco antes?

— ¿Siroco? — me miró sin saber a qué me refería.

— Si coño, te ha cambiado el humor en un segundo. — se acercó a mí.

— Es que no sé qué me pasa con Nicola. Ha estado a tu lado, el día de la comisaría llegaste de su mano y me come por dentro saber que ha podido pasar algo entre vosotros.

— Vamos a ver Hans. Deja de pensar estupideces. No ha pasado nada con Nicola. Sí, en Cabo me ayudó mucho. Soy la primera que le criticó cuando le conocí pero hay veces que hay que dar segundas oportunidades. — me miró fijamente.

— ¿Cómo la que me has dado a mí?

— Te pesa tanto ese error, que a la primera de cambio has pensado que yo he podido hacer lo mismo. — estaba

empezando a enfadarme pero supe controlarme. – Mira Hans, sigue jugando con Glen, me voy a hablar con Hannah.

— Lu. Lo siento.

— Pedir perdón hay veces que no es suficiente. Hay que demostrarlo. – recogí el café y salí al jardín, me quedé unos minutos observando a Hannah jugando.

Hay que demostrarlo. Y lo único que le estaba demostrando es que me atormentaba aquella noche con aquella desconocida. Había momentos en que las imágenes de lo que sucedió en la playa se me aparecían en la cabeza. Mario, Mercedes y la otra chica, de la que ni siquiera recordaba la cara.

Mercedes. Sabía que tarde o temprano aquella bomba estallaría. ¿Pero realmente qué sucedió aquella noche?

Me quedé mirando por la ventana y vi como Lu cogía a Hannah en brazos y caminaban hasta una de las hamacas tumbándose las dos y hablando. Tenía tal conexión con ella, que parecía que habían estado toda la vida juntas.

— *¿Ya la has vuelto a cagar?*

— *¿Has hablado últimamente con Mercedes?*

— *¿Con mi ex? No por dios, lo último que sé de ella es que se ha llevado a la niña a DisneyWorld. Y sabía que quería llevarla yo. – vi como*

a Glen se le marcaba la mandíbula. — Es una maldita arpía. Está saliendo con Mario. — le miré sorprendido.

— ¿Con Mario? No pinta nada bien. Creo que... — empecé a tener una sensación extraña en mi interior. — Glen, tenemos que hablar. Lo que sucedió aquella noche, me va a traer muchos problemas.

— ¿A qué te refieres Hans? Me estás empezando a acojonar.

— Recuerdas que te dije que había una mujer que no conocía, pero en aquella fiesta también estaba Mario y Mercedes. — vi cómo le cambiaba el gesto a Glen. — Mercedes en la inauguración a la que fui con Lucía, la

trató como basura, quiso hacerla sentir lo peor de este mundo y por un momento lo consiguió. – me senté en una silla. – Me encaré a ellos dos y creo que eso traerá consecuencias.

— *Vamos a ver Hans, ¿qué coño me quieres decir? – iba a contarle todo a Glen cuando entró Lucía con Hannah.*

— *Tenemos hambre, así que habrá que decidir qué vamos a cenar. – notaba como la mirada de Lucía era demasiado triste.*

— *¿Podemos pedir unas hamburguesas? Es que es lo que tocaba hoy en la Fundación. – Hannah me agarró de la mano.*

— Claro que sí princesa. Lo que quieras.

Hora y media después Rose llegó a casa y pedimos la cena. Ellas estaban jugando en el salón mientras Glen y yo poníamos la mesa. No tuve el valor suficiente de volver a sacarle el tema a Glen. Llamaría a Mercedes para ver si en vez de la bruja que era, podía comportarse como una persona normal y contarme lo que sucedió aquella noche.

— *El viernes a las ocho quiere veros Ricardo en el Shatters on the Beach. – escuché como Rose hablaba con Lucía.*

— *En serio, ¿qué coño quiere?*

¿Y tiene tanta pasta como para alojarse en un hotel de quinientos dólares la noche? – tapó los oídos a Hannah. — ¿A quién se está follando? ¿A una Kardashian?

— Te he oído Lu. – vi cómo Hannah la miraba.

— Mi boca tiene vida propia, pero tú de lo que yo diga o haga, no aprendas nada. – nos acercamos a ellas.

— Pues quiero aprender a bailar como tú. ¿Crees que cuando me ponga buena, podré ir a clases?

— El proceso de recuperación puede ser más largo o más corto Hannah. – me senté de rodillas a su

lado y Hannah me miró muy atenta. — Pero los médicos nos han asegurado que podrás llevar una vida normal cuando todo se haya estabilizado. Podrás jugar, correr y bailar, si es lo que quieres.

— Quiero sonreír como hace Lu cuando baila. Es como esas princesas de Disney, que al final de la película se ponen un vestido largo — se levantó del suelo y comenzó a dar pequeños giros, levantándose un vestido imaginario — y bailan con un chico, que les hace sonreír y que suene una canción tan bonita que no pueda dejar de hacerlo. Olvidar lo malo que ha pasado. — nos hizo una especie de

reverencia.

— *Dios Lu, ya sé por qué dices que te has enamorado de esta enana. Es un amor. – Glen se agachó al lado de ella.*

— *Es una mini vosotras. – se abrazó a Rose.*

— *Voy al baño y aprovecho para hacer una llamada.*

Media hora después la cena llegó y Lucía aún no había bajado. Subí a buscarla y la encontré sentada en el suelo en la terraza de la habitación hablando por teléfono. Al escuchar un poco la conversación entendí que hablaba con su tía.

— *¿Seguro que está todo bien?*

Esas pruebas te las pueden hacer aquí y no recorreste un porrón de kilómetros. Pensé que os quedaríais aquí más tiempo. — se llevó la mano a la cara. — ¿No me estás mintiendo verdad tía? Me gustaría que te quedases aquí. Tengo que contarte muchas cosas. Sí, con Hans va todo bien, creo. — suspiró y se quedó en silencio unos segundos. — ¿Tres semanas? De acuerdo tía. ¿Pero por qué no podéis pasar por aquí para despedirnos? — estaba muy agobiada y preocupada y lo único que quería hacer era abrazarla y demostrarla que estaba por y para ella. — Tres semanas, ni un día más o me cruzo el océano para

buscarte. De acuerdo. Te quiero tía. Dale un beso enorme a Hernando. – dejó caer su brazo y el teléfono resbaló hasta el suelo. Respiró varias veces y soltó un gran grito. – Mierda, joder. – agarró el teléfono y lo lanzó por encima de la barandilla. Se levantó corriendo y se asomó a lo que la acompañé y vimos como caía en el bordillo de la piscina rompiéndose y cayendo destrozado al agua. – Genial. – se llevó las manos a la cabeza.

— ¿Qué pasa Lu?

— Pues que creo que mi tía me está mintiendo. De repente pierde el culo para volver a España. Y no pasa ni por aquí un día para despedirse. – se

desplomó de nuevo en el suelo.

— *Seguramente será porque tenga cita médica. No pienses más de la cuenta, que nos conocemos.*

— *¿Entonces si me conoces tan bien, porque piensas que eso no me va a preocupar? – me senté a su lado.*

— *Sé que te preocupas por tu tía, ¿pero por qué crees que te está mintiendo?*

— *Una corazonada. – se quedó callada unos minutos.*

— *Siento mucho lo que ha pasado en la academia. No era mi intención. – me miró abriendo mucho sus preciosos ojos marrones. Se veían mucho más brillantes que de*

costumbre.

— *No... no pasa nada. ¿Bajamos a cenar? Mañana hay que madrugar y necesitamos descansar.*

Sin darnos cuenta nos estábamos despidiendo de Hannah en la entrada de los quirófanos del Cedars Sinai en Beverly Hills. Era el hospital con el que teníamos concertadas las operaciones en la Fundación.

Fueron siete interminables horas de operación. Ningún médico nos había dicho aún nada, hasta que una de las enfermeras salió por aquella puerta automática deshaciéndose de la mascarilla que llevaba y con un gesto cansado en su cara. Lucía que estaba

jugueteando con sus pulseras nerviosa, pegó un salto del sofá y llegó hasta la enfermera corriendo.

— *¿Cómo está Hannah? – la enfermera sonrió y un suspiro salió de mi boca.*

— *Está bien. La acabamos de llevar a la UCI. Permanecerá allí unas horas antes de que suba a su habitación. La operación ha ido muy bien. Esa pequeña princesa es una luchadora nata. – Lucía saltó a los brazos de la enfermera y ésta sobresaltada terminó abrazándola.*

— *Dios, muchas, muchas gracias. – se despegó de ella. – De verdad.*

— De nada, madre mía que efusividad. — se rieron las dos.

— ¿Sigue dormida?

— Sí, estará unas horas en la UCI como les he dicho. Una vez que se despierte y comprobemos que todo está bien, en unos días pasará a planta. — Lucía seguía retorciéndose los dedos nerviosa.

— ¿Y cuantos días tendrá que estar aquí?

— La verdad, no lo sé. Pueden ser siete, quince o un mes. Dependerá de cómo su cuerpo reaccione y si se reabsorbe bien todo y no rechaza los órganos. El médico saldrá en un rato y les dará más detalles. Yo he salido

porque les había visto muy preocupados cuando hemos entrado. ¿Son sus padres? - nos miró a los dos.

— No. Sus padres acaban de morir. Yo soy el director de la Fundación Acosta.

— Solo pueden estar familiares con ella en la habitación durante su ingreso.

— No hay más familiares. La custodia ahora mismo la tiene la Fundación, temporalmente. — ya pensaba que Lucía se iba a poner a gritar.

— Lo siento, pero si piensa que no voy a estar en la habitación cuando Hannah se despierte lo lleva

claro. — se dio media vuelta y se sentó de nuevo en el sofá farfullando algo en español que no entendí bien.

— Tendrán que hablar con el departamento de asistentes sociales del hospital. Seguro que pueden llegar a algún tipo de acuerdo. La Fundación es muy importante y ya os conocéis. Se ha incorporado una directora nueva al departamento. — seguía escuchando a Lucía refunfuñando y entonces si escuché lo que decía. No pude evitar sonreír al escucharla.

— Muchas gracias. — la enfermera se marchó. — ¿Quieres cerrar esa boquita de piñón Lu? La has puesto a caer de un burro, como decís

en tu pueblo.

— *No me toques los cojones. De verdad. — se levantó del sofá. — Necesito un poco de aire fresco. Me voy a por unos cafés allí enfrente.*

— *Te acompaño. — la agarré de la cintura y me paró.*

— *Quédate aquí no vaya a ser que salga el doctor y no estemos. ¿Café? — me besó casi sin mirarme.*

— *Doble con caramelo.*

— *Sí. — se montó en el ascensor y antes de cerrarse las puertas me miró y ladeó unos segundos la cabeza y me lanzó un beso. Estaba en su mundo en aquel momento.*

Crucé la carretera corriendo

entre un par de coches y pedí nada más entrar en la cafetería. Tenía una pequeña cola por delante para recoger los cafés. Me senté en un pequeño murete y aproveché para mirar el teléfono. De repente el sonido de unos tacones comenzó a retumbar en la pequeña cafetería. Podría adivinar ese claqueteo en cualquier lugar. Zapatos de más de diez centímetros y más de quinientos dólares. Miré el suelo buscando la dueña de ese ruido y acerté. Unas sandalias abotinadas amarillas y negras, unas Jimmy Choo. No me equivoqué de claqueteo. Continué mirando mi móvil y justo dijeron mi nombre. Me acerqué a por los cafés y justo cuando iba a salir

por la puerta me tropecé con la dueña de esas sandalias, casi derramándome todo el café caliente encima.

— Joder. Perdón.

— ¿Tengo que toparme contigo en cualquier sitio? – al escuchar esa voz y levantar la vista, me dieron ganas de tirar los dos cafés encima de Mercedes. Esa misma Mercedes que tenía delante. – Casi me manchas el vestido.

— Y tú a mí la ropa. – me miró de arriba abajo.

— ¿Una camiseta sin mangas blancas, un vaquero y unas Converse viejas crees que es ropa? – resoplé un par de veces.

— Mercedes, quítate del medio

porque soy capaz de tirarte los dos cafés por encima. Así que apártate y déjame en paz. — hizo un chasquido con la lengua.

— A todo esto, ¿cómo esta Hans? ¿Habéis vuelto juntos? Porque después de lo de la fiesta en la playa... — yo que ya había dado cuatro o cinco pasos en dirección al hospital me giré.

— ¿Sabes una cosa Mercedes? Eres un jodido bicho. Pero de esos malos que te infectan con su pus. — vi como sonreía.

— Veo que sí has vuelto con él. A ver cuánto os dura la felicidad, porque viéndote no creo que seas capaz de llevar su ritmo de vida.

— Anda y que te follen Mercedes, de verdad.

Sin decir nada más volví al hospital. Al llegar a la planta casi le derramé el café a Hans cuando se lo lancé. Lo único que salió de mi boca fue un gruñido. Yo nunca había sido así. Malhablada siempre. Celosa nunca. Pero no eran celos normales. Era más una especie de coraza que me había puesto en cuanto la conocí. Era un puñetero bicho, toca pelotas y amarga personas. Y sabía que aquella no era su última lanzada de venenito.

— Señor Berg, la directora del departamento baja ahora mismo. Que acaba de llegar. — por mi cabeza pasó

una idea pero la deseché en un segundo.
No, no podía ser.

— De acuerdo.

Comenzó a sonar mi móvil y de repente, aquel claqueteo de tacones resonó por el pasillo. Comencé a negar con la cabeza y Hans me miraba fijamente.

— ¿Qué pasa Lucía?

— Es imposible. No puede ser verdad.

— ¿El qué? – levanté la vista y no me había equivocado con mi intuición.

— Eso. – señalé y Hans cuando se dio la vuelta casi se atragantó con el café.

— Joder.

Allí estaba Mercedes con una sonrisa casi victoriosa en su cara. Allí estaba la víbora Russel, acechando a su presa y esperando el momento exacto en que lanzar su venenosa mordedura. Noté cómo el cuerpo de Hans se tensaba, cómo las venas de sus brazos comenzaban a ser más notables y cómo negaba con la cabeza ante la imagen de Mercedes delante de nosotros.

15. UN CHIHUAHUA EN BEVERLY HILLS

Creo que a Hans se le paró el

corazón y el mío latía por los dos. Si mi cara era de “¿pero qué coño está pasando aquí?”, la de Hans era de “tierra trágame y escúpeme lo más lejos que puedas ahora mismo”. No entendía cómo no era capaz de decir nada. Así que tras morderme dos veces la lengua sin envenenarme, comencé a hablar, tratando de no montar un espectacular pollo en el hospital.

— Espera, que la bola de bruja de Rose me está mandando un mensaje. Tú eres la nueva directora de asistentes en el hospital. – me llevé una mano a la frente como si estuviera recibiendo alguna visión. – Espera, sí, me lo confirman. Los Ángeles es un pañuelo

lleno de mocos.

— No podías evitar sacar ese genio callejero.

— Mira, callejero las dos tortas que te metía. – dije en castellano muy bajito.

— Hola Hans. Que alegría volver a vernos. Me comentan algo de una niña de la Fundación. Ya sabes que si no son familiares directos, no pueden estar en las habitaciones. – vi como agarraba a Hans del brazo apartándole. — ¿Hablamos en mi despacho tomando un café?

— Lo que quieras comentarme, que esté Lucía delante. – se apartó de ella y fue a agarrarme del brazo pero me

aparté.

— No hace falta. Id al despacho. — miré el reloj. — Voy a bajarme a echarme un cigarro. — noté la mirada clavada de Hans.

— No fumas.

— Pues puede ser el día perfecto para empezar. Me voy a comprar regalices. Al menos me calmarán. — Hans se acercó a mí.

— Ven conmigo al despacho por favor.

— Mira Hans, como esté con ella en menos de veinte metros cuadrados, soy capaz de sacarle los ojos, metérselos en su bolso de marca y tirarlo a la autopista. No puedo. Y no

quiero que mi carácter afecte a Hannah de ninguna manera. ¿Qué no me dejan entrar en la habitación? Pues me quedaré fuera, pero no voy a perjudicar a la pequeña. — puse mis manos sobre el pecho de Hans. — No te preocupes. Habla con ella, convéncela de que la custodia contigo está bien. No hagas nada que pueda dañar a Hannah. Por favor.

— No haré nada ni que le dañe a ella, ni que te dañe a ti. No lo demostraré con palabras, serán con actos. — cerré momentáneamente los ojos y con sus dedos agarró mi barbilla, obligándome a mirarle y con su mano me acercó a él. Sentirle tan cerca,

aferrándome tan fuerte la cintura, haciendo que mi cuerpo se pegase a él porque necesitaba más, me mataba. Necesitaba siempre más y eso tal vez me estaba volviendo loca.

— No hagas caso a lo que te digo Hans. — traté de apartarme un poco pero me pegó a él susurrándome al oído.

— Siempre voy a hacerte caso y no se te ocurra apartarte nunca de mí. — me besó entre la oreja y el cuello y creí morir allí mismo con el calor que comenzó a recorrerme. Dios.

— Ahora mismo ya no sé si necesito tabaco, regalices o un buen vodka. Habla con ese chihuahua estirado y llega a un buen trato. — le besé y me

fui.

— *Es tan jodidamente sincera que no hay barreras que no sea capaz de derribar. – estaba hablando solo pensando que Mercedes no estaba allí.*

— *¿Vienes o te vas a quedar mirando a esa bailarina y sus vaqueros de mercadillo? – me di la vuelta ofendido por aquellas palabras pero cuando abrí la boca recordé las palabras de Lucía. No hacer nada que perjudique a Hannah.*

— *Cinco minutos. Ni uno más.*
— *la seguí y al fondo de uno de los pasillos nos metimos dentro de su despacho.*

— *Eso no es lo que me decías*

hace unos días. — se sentó encima de la mesa provocándome con su cruce de piernas.

— Mira Mercedes ni tú eres Catherine Tramell ni yo uno de los detectives. Así que déjate del jueguito de intento de seducción. — me crucé de brazos negando con la cabeza.

— Repito, eso no era lo que me decías aquella noche en la playa.

— Mercedes, estamos aquí para hablar de Hannah. Así que por favor, se rápida, y ve directa al grano. Y no se te ocurra hacer otro juego de palabras o salgo de aquí y la Fundación dejará de trabajar con el

Cedars.

— *Perderías más tú que nosotros. Tus críos son operados aquí. — al notar como despreciaba a los niños me vino a la mente Rachel.*

— *No sé cómo eres madre. No tienes ningún tipo de instinto. Es alucinante que seas la directora de este servicio del hospital. — cada vez me estaba enfadando más y más y sabía que en cualquier momento podía empezar a hacer un Lucía en aquel despacho.*

— *Soy madre por error.*

— *Dios da pan a quien no tiene dientes. — me apoyé en la pared. — Ahora dime que papeles necesitas para*

que podamos visitar a Hannah en el hospital. La niña está a cargo de la Fundación y como yo soy el director, está a mi cargo.

— *Pero no al de Lucía y con tan solo una firma mía, no le dejarán entrar.*

— *Mercedes – tuve que inspirar un par de veces y hacer un pequeño ejercicio de relajación. – Voy a salir de aquí, como si no hubiera escuchado nada. Dame los papeles que tenemos que traer, por favor, mándalos a mi casa con un mensajero hoy sin falta y mañana me encargaré de que los tengas. Pero como se te ocurra hacer algún comentario o anotación, de que*

Lucía no entre en la habitación, Glen se enterará de cómo eres.

— ¿Y le vas a contar que te has follado a su exmujer? Porque seguro que eso no lo has hecho. — mierda ¿aquello era realmente lo que había sucedido en la playa?

— Ya lo sabe. — me tiré un farol.

— Pero ella no. Si no seguro que no te perdonaba. No es de nuestra clase, pero no debe de ser tan idiota. — pegué un golpe con la mano en la mesa y grité.

— ¡Basta ya Mercedes! Ya está bien de menospreciar a Lucía. — dio un pequeño respingo en la mesa.

— Dios, me pone tan cachonda cuando eres agresivo. — puso su mano sobre mi cara y le agarré de la muñeca fuertemente.

— Déjame en paz Mercedes. No se te ocurra acercarte a mí. Con un error es suficiente. No sé cómo me he podido follar a una arpía como tú joder.

— Hans, no firmes tu sentencia de muerte. Aunque si me follas en este escritorio y me haces gemir tan fuerte como esa noche, seré una tumba. — solté su mano y se tambaleó apoyándose medio tumbada en la mesa.

— Eres increíble Mercedes. Por mujeres como tú dejé de creer.

Llegas a ser una zorra cuando te lo propones. – apreté fuertemente los puños controlándome. – No quiero volver a verte. Si te cruzas conmigo, ni me saludes. Haz como si estuviera muerto. Pero no se te ocurra acercarte a nosotros.

— *¿Crees que tu gran amigo, tu hermano, tu confidente seguirá a tu lado cuando sepa lo que hiciste? ¿Crees que vas a ser el que esté a su lado en el altar? O tomas mi trato o jugarás con mis normas. – se levantó de la mesa acercándose con una maldita gata en celo a mí.*

— *Nunca jugaré con tus normas.*

— Tú mismo Hans. Tú verás lo que quieres en tu vida y lo que no.

Salí del despacho con la sensación de chantaje de manual, pero no iba a ceder ni un milímetro. No recordaba nada de aquella noche, pero podía jurar que no había follado con ella. Pero tampoco pondría mi propia mano en el fuego. No lo recordaba y yo, en estado etílico, había cometido demasiados errores en mi vida. Podría haber sido uno más en mi vida. Pero no quería que fuera uno de mis errores que hiciera daño a Lucía. No se lo merecía.

Al volver a la sala me encontré a Lucía, con los pies encima del sofá,

jugueteando con un paquete de regalices en las manos y con la cabeza apoyada en la pared. Tenía los ojos cerrados. Como si tuviera tantas cosas en la cabeza que necesitase unos segundos para poder volver a respirar.

— *¿Todo bien Lu? – no abrió los ojos y no contestó. Supuse que estaba tratando de controlar alguna de sus frases. — ¿Lu?*

— *Dios, creo que me he quedado dormida un segundo.*

— *Necesitas descansar.*

— *Lo que necesito es saber cómo esta Hannah ya. – justo salió uno de los médicos.*

— *Hans, que alegría verte. –*

se estrecharon la mano y terminaron dándose una palmada en la espalda. Algo que en lenguaje de hombres era que se conocían desde hacía tiempo. — ¿Estáis con Hannah verdad?

— Sí. — salté del sofá.

— La operación ha salido muy bien, pero al ser tan pequeña tendrá que estar en la UCI unos cuantos días. No podrá recibir visitas, por tema de infecciones, bacterias y demás. — fruncí los labios decepcionada y el médico al verme puso una de sus manos en mi hombro. — Está bien, en muy buenas manos, mi equipo es uno de los mejores del país.

— No es eso. Es que le prometí

que estaríamos a su lado cuando despertase y no voy a cumplirlo. — cerré los ojos.

— ¿Es muy importante para ti...

— alargó la frase como esperando a que le dijese mi nombre para poder dirigirse a mí.

— Lucía.

— ¿Es muy importante para ti Lucía?

— Sí. Hannah acaba de perder a sus padres y que vea una cara amiga cuando despierte puede ser muy bueno para ella. Sé lo que es ver un montón de caras desconocidas cuando necesitas apoyo y no encontrarlas. No quiero que a la pequeña le pase eso. — notaba la

mirada de Hans, con los ojos entrecerrados, clavada en la mano del médico que aún tenía en mi hombro.

— Si tan importante es para ti, puedo hacer que estés ahí cuando despierte, pero solo podrá ser hoy. El resto de la semana no podrá recibir visitas de ningún tipo.

— ¿Ni un minuto? – comenzó a acariciarme el brazo.

— No Lucía. El postoperatorio es muy delicado.

— De acuerdo, doctor, ¿podemos pasar? – al decir la palabra doctor noté un tono raro, como si no le gustase aquella cercanía.

— Dadme cinco minutos. – se

marchó sonriéndonos.

— Que confianza se ha cogido el médico contigo.

— No digas tonterías Hans. — me abracé a su cintura. — Aunque me pusiera ojitos el mismísimo Brad Pitt, me gustas tú. Bueno, no me gustas. Me encantas. — le besé dulcemente en los labios.

— Seguro que si viene Brad Pitt no tendría nada que hacer contra él. — comenzó a esbozar una pequeña sonrisa.

— Lo tienes muy difícil, pero tú tienes algo que él no tiene. — levantó una ceja esperando una respuesta. — No me aguantaría ni dos segundos y tú sabes cómo llevarme.

— Aún no del todo, pero seguro que con el tiempo acabaré entendiéndote por completo. — no pude evitar soltar una pequeña carcajada. — ¿Y ahora de que te ríes?

— Que nunca terminarás por comprenderme. No lo hago ni yo. — se unió a mi risa.

— Pero me gusta el camino que hemos escogido para intentarlo. — me agarró de la nuca y me puse de puntillas para poder besarle, pero el médico nos interrumpió.

— Perdón. — le miramos los dos y Hans me agarró de la mano. — Hannah despertará en un ratito de la anestesia. Pasad por aquí, que os damos la ropa

necesaria y las mascarillas para entrar. Os tenéis que lavar bien las manos pero media hora podéis estar con ella.

— ¿Puedo mandar a una enfermera de la Fundación para que esté con ella? Nosotros no podemos, pero una enfermera que la conoce, ¿podría estar por aquí? — nos miró un par de segundos a los dos.

— Sí, no creo que me pusieran pegas porque una enfermera estuviese con ella.

— Así al menos no estaría sola y si pasa algo, ella está cualificada. — Hans me agarró más fuerte la mano como queriendo transmitirme tranquilidad.

— De acuerdo, la anotaré como parte de mi equipo y no habrá ningún problema. Esa princesita os ha robado algo más que el corazón. Aunque es normal. La conozco desde hace años, y en dos minutos te mete en el bolsillo. — me miró directamente a mí.

— ¿Podemos pasar?

— Vamos.

Después de lavarnos bien las manos y los brazos, tan bien, que parecía que éramos dos cirujanos a punto de entrar a operar, nos pusimos las batas, las calzas para los pies, unos gorros y las mascarillas. Entramos en la habitación de la UCI y ver a la pequeña con vías en los brazos, nos partía en

dos. Parecía mucho más pequeña en aquella gran cama, con su precioso pelo cayendo por uno de las laterales de ella y con los ojos cerrados. No hablamos. Nos sentamos cada uno a un lado de la cama en unas sillas y esperamos pacientemente a que se despertase.

Casi una hora después comenzó a emitir un pequeño sonido, como quejándose de que algo le dolía.

— Se está despertando Hans. — me apoyé en la cama y comenzó a abrir lentamente sus ojos.

— ¿Lu? — cuando los abrió por completo le sonreí.

— Hola princesa. ¿Cómo te encuentras? — me agarró de la mano.

— Estás aquí. — me miraba sorprendida.

— Claro que si cariño, te prometí que estaríamos aquí cuando despertases.

— Hola cariño. — giró la cabeza y vio a Hans.

— Hola. Pensé que no estaríais aquí.

— Cuando prometemos algo, lo cumplimos siempre. — noté como Hans por un segundo bajaba la mirada y me quedé observándole.

— Me duele un poco.

— Se te pasará en unos días. Verás como cuando salgas de aquí te encuentras mucho mejor.

— ¿Vais a estar conmigo hasta que salga? – la agarré de la mano.

— Cariño, esta semana vas a estar en esta habitación, pero no nos dejan estar contigo, porque necesitas ponerte fuerte. Pero ¿te acuerdas de Mary, la enfermera de la Fundación? – Hannah asintió con la cabeza. – Pues ella estará aquí contigo estos días. En cuanto subas a planta, a otra habitación, estaremos allí.

— ¿Es como cuando me hicieron la otra prueba que papá y mamá no podían entrar? – Hans afirmó con la cabeza. – Pero solo son unos días, ¿no?

— Sí cariño. Unos días que pasarán súper rápido. – vimos al médico

llamándonos desde fuera. — Nos tenemos que marchar princesa, pero prometo que en unos días nos vemos.

— Vale Lu. Muchas gracias. — me acerqué y a través de la mascarilla le besé en la frente.

— Nos vemos en unos días cariño. — Hans hizo lo mismo.

Fue duro salir de aquella habitación y saber que hasta dentro de unos días no podríamos volver a verla. Pero antes de salir, nos regaló una preciosa sonrisa, que si no nos había conquistado por completo, con ese simple gesto, lo hizo.

16. L.A.
CONFIDENTIAL

El resto del día no me pude

quedar tranquila. Pasamos por la academia y Nicola junto con Rose y un par de chicas más, se estaban encargando a la perfección de las clases. Los alumnos parecían estar encantados con ellos y me quedé observando en una esquina una clase de salsa. Si es que Nicola valía para un roto y para un descosido el jodido. Daba igual lo que le pusieras, todo, absolutamente todo lo hacía bien.

— Vamos chicas, que tan solo quedan unos minutos. Vamos a bailar una salsa que me encanta. Poneos por parejas. — miró por la sala — Sois pares, así que elegid pareja y enseñadme lo que habéis aprendido hasta ahora.

Guarda para esta noche, todos los besos que no nos hemos dado desde aquel día. Cuando la luna sale te lo prometo voy a pintar tu cuerpo con mis caricias.

Las parejas de aquella sala comenzaron a bailar y joder, parecían casi profesionales. No recordaba que en la última clase que les di, supieran moverse tan bien. Entré un poco más en la sala y dejé el bolso en el suelo. Podía ver movimientos mucho más limpios y no les veía contar con sus labios los pasos.

Por uno de los espejos Nico me vio y comenzó a bailar de espaldas a mí acercándose. Negué varias veces con la

cabeza y el afirmaba con la suya.

— Vamos Lu. – se dio la vuelta con uno de los pasos de salsa y se deslizó justo delante de mí.

— No Nico.

— Sí Lu. – tiró de mi mano.

— ¿Qué bien se te dan mis alumnas no? Parece que poco me necesitáis por aquí. – traté de resistirme al baile pero sin darme cuenta estábamos haciendo varios giros.

— Tan solo estás viendo los frutos de tus clases Lu. No seas idiota. Yo solo les he hecho practicar esos pasos. – entrecerré los ojos y alcé las cejas.

— A este paso me tengo que

buscar curro fuera de aquí.

— Puede que no te haga falta buscarlo y vengan directamente a por ti. — giró varias veces conmigo para terminar ladeándome.

— Claro, va a venir un súper caza estrellas que busqué a una bailarina de mis años, sin experiencia. — volvió a ponerme derecha y me alzó levemente del suelo para al girarme dejarme a su otro lado.

— Tenemos una reunión con Ricardo el viernes, tal vez nos ofrezca algo bueno. — comencé a reírme.

— No sé cómo vuelve a preguntar por mí después de la que lie en Cabo. No le mandé a la mierda de

milagro. — me pegó a él.

— Le mandaste a la mierda. Pero parece que le gustan las bordes y ariscas, con buen corazón.

— Que no me vas a camelar Nico, que no te voy a dejar que me robes a mis chicas.

Sin darme cuenta estábamos solos bailando en medio de la sala ante la atenta mirada de Hans. Había estado hablando con Rose y por teléfono y no sabía cuánto tiempo llevaba allí observándonos. Su gesto denotaba lo poco que le gustaba Nico. Las aletas de su nariz se hacían más grandes cuando respirada y se le tensaban los músculos de la mandíbula. Hasta sus ojos se veían

más verdes aún. Cruzado de brazos apoyado en el marco de la puerta, cuando las alumnas comenzaron a aplaudir al finalizar la clase, dejó de mirarnos y se marchó.

Recogí el bolso del suelo y fui donde él.

— Rose, ¿has visto a Hans?

— Está hablando fuera con Glen por teléfono. ¿Me acompañas de compras? — al mirarla estaba sonriendo.

— ¿Qué demonios quieres comprar?

— Pues quiero comprarle un regalo a Rachel. Va a pasar el fin de semana con nosotros y no sé qué hacer con ella. Ni como tratarla. No se me dan

bien los niños. – me até una coleta mientras la escuchaba.

— A ti se te dan mejor los padres. – me pegó un empujón.

— Idiota. – se pasaba las manos nerviosa por el bajo de su camiseta.

— Vamos a ver. Es una niña de que ¿seis años? – afirmó con la cabeza. – No le puedes comprar una muñeca y esperar a que juegue contigo al té. Es más fácil si vais al cine o preparas una salida a algún sitio. Podéis ir al acuario de Long Beach. Seguro que le encantará. O a los Universal Estudios o a cualquier parque temático. – me miró con los ojos muy abiertos.

— ¿Has pensado en todo eso

ahora mismo? ¿O son sitios a los que te gustaría ir con Hannah? – sonreí.

— No. Son sitios a los que me gustaría ir a mí para disfrutar como una enana.

— ¿Recuerdas cuando nos íbamos con unas hamburguesas y unos batidos y nos quedábamos en la terraza del Observatorio Griffith viendo el atardecer? – me agarró de la mano. – Cuando pedíamos deseos a estrellas fugaces observando la ciudad.

— Creo que aún puedo notar como el viento nos daba en la cara. Cómo nos reíamos de los problemas y apurábamos los batidos hasta el último sorbo. Prometiéndolo que haríamos lo

mismo con nuestras vidas. Apurar cada segundo al máximo. – le sonreí.

— Me acuerdo del deseo que pedí la última vez que estuvimos allí. – la miré intrigada porque fue el único que nunca me contó. – No me mires así, no te lo conté porque pensaba que si no lo hacía se cumpliría. – miró a la puerta y Glen y Hans seguían hablando. – Y ahí está el deseo concedido.

— Encontrar un gran empotrador que te quiera. – ladeé la cabeza.

— No. Poder seguir siendo feliz y encontrar a mi familia. Esa familia que nunca tuve. Formar mi propia familia con un adorable novio, un amigo un

poco capullo y que mi hermana siguiese a mi lado. – me agarró de la mano y acarició una de las pulseras, concretamente en la que se podía leer “dream”. – Porque los sueños se cumplen aunque tarden un poco más de la cuenta.

— No te reconozco Rose de verdad. Este Glen ha cambiado demasiado a mi amiga. – me pegó un pellizco en el brazo.

— Sigo siendo la misma, pero ahora sonrió más y no puedo cerrar las piernas de tanto follar. – miré al techo.

— Gracias dios, debajo de tanta empalagosidad, sigue estando mi Rose.

— ¿Aprovechamos para cenar

algo hoy en casa?

— Pregúntale a los chicos. Voy a recoger unas cosas que tengo en tu despacho. Ahora me cuentas.

Dentro del despacho escuché como Nico comenzaba a dar otra clase más y escuché su risa. Rebusqué entre los millones de papeles que Rose tenía desperdigados por encima de la mesa cuando me sorprendió lo que me encontré. Algo que juró y perjuró años atrás no mirar. Era como su kriptonita. Una revista de Bridal Guide, donde una sonriente modelo vestida impecablemente de blanco sujetaba un ramo de rosas rojas. En ella había un montón de páginas marcadas con post-its

de colores. Pasé mis dedos por ellos y la volví a dejar encima de la mesa. No me lo podía creer pero parece que el amor cambia y a Rose la había vuelto una fiel seguidora de Martha Stewart. Recogí unas carpetas que necesitaba y salí de allí riéndome sola.

— Vamos a pedir comida tailandesa.

— Picante y sabrosa.

— Como me gustan las mujeres. — me giré y observe la gran sonrisa de Hans. — Recuerdo como me lo dijiste aquella noche y no lo he olvidado. — me agarró por la cintura. — Hay cosas imposibles de olvidar.

— *¿No más malas caras?* —

torcí un poco el gesto cuando la escuché. – No me mires así. Te he visto cuando bailaba con Nico. ¿Confías en mí?

— Por supuesto.

— Pues deja de fruncir tanto el ceño, que se dejan de ver esos preciosos ojos verdes y te empiezan a salir arrugas aquí monito. – pasó sus dedos por mi entrecejo.

— De acuerdo galletita.

— ¿Podemos irnos tortolitos? – escuché a Rose y vi cómo en la cara de Lucía se dibujaba una sonrisa.

— Sí señorita Marlin, suscriptora número 314.728 de Bridal Guide. – sacó la lengua y vi cómo Rose

abría la boca.

— *Culpable, he caído en una espiral de vestidos de novia y centros de mesa llenos de flores horteras. Por dios, sácame de ahí. – Rose agarró a Lucía por los hombros agitándola como si fuera un batido.*

— *No puede ser tan malo cariño. – Glen se acercó a Rose, pero en los ojos de ésta parecieron dibujarse dos rayos que iban a fulminarle en dos segundos. – No he dicho nada. Pero no te agobies nena, contrataremos a la mejor planificadora de bodas, será ella la que haga todo.*

— *¿No te lo he dicho? Ya he quedado con ella. Trabaja en Nueva*

York, pero como es amiga de una amiga, nos lo hará. He quedado con ella el sábado por la noche en el Mar'sel en el Rancho Palos Verdes. — observé a Glen.

— *¿No podías haber quedado más cerca de aquí?*

— *Quise quedar yo allí. — fue tajante y miró a Lucía. — Tenemos reserva para seis. Así que poneos guapos que el sábado vamos a conocer un sitio precioso. Y ahora, ¿por qué no aprovechas a hacer una llamada al hospital Lu?*

— *¿Cómo?*

— *¿Crees que soy boba y no me he dado cuenta de que estás venga a*

mirar el móvil? Llama mientras yo le doy las llaves a Nico para que cierre la academia y nos podamos ir.

Dos horas después estábamos entrando en la casa de Glen de Palm Springs y tal y como me lo esperaba, la casa era como Glen. Sobria, grande y con muchos rincones que descubrir. Creo que se me quedó la boca abierta cuando cruce aquella gran puerta negra de la entrada que pesaba como un muerto y no la cerré hasta que salí a la terraza.

— Lu, cierra la boca, que te va a entrar alguna mosca. — escuchaba a Glen de fondo.

— O alguna polla. Según se

mire. — ahí estaba mi Rose.

— Glen la casa es increíble. No es como me la esperaba. — me senté en el bordillo de la piscina.

— ¿Qué esperabas? ¿Carteles luminosos de Las Vegas y posters de equipos de fútbol americano? ¿Con una barra de bar en el salón?

— Más o menos. — me quedé mirando la piscina y toqué el agua con mis dedos. Estaba perfecta. El día había sido demasiado caluroso. — ¿Te importa? — señalé el agua.

— Si me prometes meterte desnuda, no me importa.

— Prometido mío, ¿algún día dejarás de tontear con mi mejor amiga?

– Rose se cruzó de brazos cómica delante de él.

— Algún día. – le pegué en el brazo a Glen.

— Deja de molestar a mi hermana, o vas de cabeza a la piscina. – señalé el agua.

— Lu, yo te quiero mucho pero creo que no puedes con Glen. Es mucho más grande que tú.

— Mira monito, todos, absolutamente todos los hombres os arrodilláis cuando os tocan una parte del cuerpo, y no es el corazón precisamente. – me levanté poniéndome al lado de Glen.

— Cambiando de tema. Ya he

pedido la cena. En una hora nos la traen.
— miré a Hans y tenía una sonrisa burlona en la cara.

— Ni cambiando de tema ni leches. ¿Crees que no soy capaz — mientras estaba hablando me alejé un poco de Glen para poder coger impulso — de poder con Glen y que acabe en la piscina?

— Ni diez como tú podrán conmigo galletita porque...

Y sin dejar que acabase la frase Glen acabó en el fondo de la piscina. Le miré victoriosa desde el bordillo confiando aún más en mi propia fuerza. Pero lo que como idiota no vi venir, fueron sus manos agarrando mis tobillos

y lanzándome al agua. Tragué tanta agua que podía haberle dejado la piscina seca. Aunque traté de sumergirle, de ponerme encima de él para vencerle, tuve que admitir que era imposible. Con un solo brazo era capaz de levantarme y volver a tirarme al agua.

— ¿Han acabado de jugar los niños? – al mirar a nuestras respectivas parejas, les encontramos con los brazos cruzados como si fueran un matrimonio reprendiendo a sus hijos pequeños.

— Que caras por dios. – miré a Glen y con esa simple mirada me entendió. – Rose, ¿me echas una mano?

— ¿Qué harías sin mí Lu? Échame una mano, ayúdame con esto –

se acercó al bordillo y mientras estiraba su mano pude ver como su gesto cambiaba. — Cámbiame de turno para...

— Hans, échame a mí también una mano, tengo que cambiar la escalera, que el otro día se partió un escalón. — Hans también se acercó a la piscina.

— No deberíais fiaros tanto de nosotros.

Justo cuando tuvimos sus manos, nos apoyamos en el bordillo y cayeron al agua con nosotros. Parecíamos quinceañeros que se habían colado en una mansión para jugar en la piscina de un millorico. ¡Qué coño! Eso era lo que éramos, unos quinceañeros con las

hormonas alteradas.

Hans tenía una pelea por demostrar la hombría con Glen. Al final se acabarían haciendo daño, pero Rose se unió al bando de Glen, y trataron entre los dos de ahogar a Hans.

— Al final os vais a hacer daño los tres. — me miraron desafiantes y comencé a nadar para atrás para poder salir de la piscina antes de que me diesen caza. — Ni se os ocurra. — salí por las escaleras de piedra y me alejé del bordillo. — Joder estoy empapada.

— Mmm. Hacía tiempo que no te oía decir eso nena. — Rose sacó su lado masculino a relucir. Me saqué las zapatillas con los pies y comencé a

quitarme la ropa empapada. — Bonito espectáculo Lu. — pegó dos silbidos que avisaron a media urbanización de que me estaba desnudando.

— ¿Quieres cerrar esa boca Rose? — le recriminé desde fuera y los tres apoyaron sus brazos en el bordillo y se dedicaron a observarme fijamente.

— Queremos más ropa fuera. — ya estaba en bragas y sujetador. Nada que ninguno de los tres no hubieran visto antes.

— Bonitas bragas. ¿No tenías aquellas blancas tan bonitas de la fiesta romana? — miré a Glen matándole con mi mirada.

— No. Ya siento que mis bragas

de superman no te gusten. – me giré y les enseñé descaradamente el culo.

— Yo lo que odio son ese tipo de sujetadores deportivos. Son tan horrorosos. – miré a Hans y comenzó un ataque verbal a los sujetadores deportivos con Glen. Parecía que estuvieran haciendo una tesis.

— Ya tío, es que no se pueden ni desabrochar, no dejan imaginar nada, son anti morbo. – puse las manos sobre las caderas y les observé.

— Hay algunas otras cosas que vosotros lleváis anti morbo y nosotras no decimos nada. – Rose comenzó a salir de la piscina.

— ¿Cómo qué? – los dos se

sintieron ofendidos.

— Pues esas malditas camisetas tipo abanderado que usáis para hacer deporte. – comencé a reírme.

— Sí, sí. Esas que están tan recortadas las mangas que se os ven los pezones. – me dio un ataque de risa y me tuve que apoyar sobre mis rodillas.

— Pues son muy cómodas. – Glen y Hans me lanzaron agua.

— Camisetas pezoneras no. Camisetas pezoneras no. – Rose y yo comenzamos a canturrear alrededor de la piscina, agitando las manos como si llevásemos carteles en las manos en una manifestación. – Camisetas pezoneras no.

— Son bobas.

— Sí, pero las adoramos. ¿Qué le vamos a hacer? — Hans levantó los brazos dándose por vencido con nosotras. Justo sonó el timbre.

— La cena. ¿Podeís ir a buscarla? Hay dinero en la entrada. — entré con Rose dentro.

— Ya voy yo, no vaya a ser que el repartidor te quiera a ti de cena. — me dio una cachetada en el culo.

— A lo mejor te elige a ti. — estaba mirándome en un espejo tratando de controlar mis pelos atándome una coleta cuando escuché a Rose gruñir. Ella solo gruñía por dos cosas. Cuando alguien le robaba la comida y cuando

veía algo que no le gustaba. Asomé la cabeza por una de las esquinas y yo también gruñí. Allí estaba Mercedes con Rachel.

— ¿Está mi ex marido? – veía como Rose apretaba sus puños detrás de su cuerpo.

— No lo sé. ¿Para qué le necesitas? – trataba de ser educada porque la niña estaba delante.

— Este fin de semana le toca a la niña, y había pensado en traérsela ya hoy. Traía la cena. – mostró una bolsa de comida sin preparar.

— Está en la piscina. Hola Rachel. – la niña la miró tímidamente.

— Hola Rose. ¿Puedo ir a ver a

papá?

— Claro que sí. — Rose se hizo a un lado para que las dos entrasen y escuché como balbuceaba algo por lo bajo, entre lo que escuche zorra peliteñida y algo así como asquerosa. Me escondí en el salón buscando algo con lo que taparme, pero Glen no tenía por allí ni una maldita manta. Cuando pensé que Mercedes también habría salido a la piscina me la topé de frente mirándome.

— No podía ser de otra manera. ¿Engañando a Hans con mi marido?

— Ex marido. — maticé fuertemente la palabra ex. — Y no. Estábamos divirtiéndonos un rato. —

volvió a mirarme y se quedó observando las bragas.

— Si no tenías clase eligiendo vestidos, no podías tenerlo para escoger ropa interior decente. ¿De rebajas en alguna gasolinera? – me acerqué a ella.

— En la de tu... — justo entraron Glen y Hans y me quedé callada.

— ¿Qué haces aquí Mercedes?

— Pensé que querrías estar más tiempo con la niña.

— Seguro que tienes algún plan con Mario y la niña te estorba. – Hans contestó.

— Pues sí, el mismo que aquella noche en la playa. ¿Lo recuerdas

Hans? — me quedé esperando una reacción de Hans a aquella pregunta, pero no dijo nada. Negó con la cabeza y se marchó. — Hans, un segundo, así puedo aprovechar para hablar del tema de la niña esa.

— Hannah. — Hans se dio la vuelta y pude ver cómo su mirada se volvía enfurecida hacia ella. — Se llama Hannah y aunque a ti te importe una mierda, para nosotros es muy importante. Así que ni se te ocurra volver a tratarla de esa manera. — Hans levantó su mano como mandándome estarme quieta. Pero no le hice caso y tuve ganas de saltar al cuello de Mercedes y arrancarle aquellas malditas

extensiones.

— Será... — Glen que había entrado en el salón me agarró de la cintura sacándome por una de las grandes cristaleras a otro cuarto.

— No Lu. No lo hagas o podrías perjudicar a Hannah. Sé que mi ex mujer es una maldita víbora, pero no caigas en su juego. En ninguno de sus juegos. — me zafé de los brazos de Glen.

— ¿Cómo pudiste estar casado con esa zorra?

— Era idiota. Me dejé llevar por un sentimiento que creí que era real. Pero sus besos, sus caricias y sus te quiero eran más falsos que su corazón. — bajó la mirada tristemente. — Cuando

quieres a alguien con todo tu corazón y lo único que recibes son desprecios, engaños y mentiras, dejas de creer que el amor es para ti. – se sentó en la cama que había en el centro de la habitación.

— Glen, cuando queremos sin medida, nos dejamos llevar. Hay veces que nos cegamos por algo. – me puse de rodillas entre sus piernas. – Pero nunca hay que perder la fe. La vida nos pone muchas pruebas – le agarré de la barbilla y me miró fijamente a los ojos – demasiadas veces. Puede ser dura y cruel. Perder lo que pensabas que nunca perderías, te marca, te deja cicatrices tan profundas que piensas que jamás curarán.

— Lu. – pasó su mano por mi cara.

— Pero un día, aparece en tu vida alguien que te hace creer en cuentos de hadas y finales felices. – ladeé la cabeza y sonreí. – A veces en modo de amiga revienta citas, la cual tenía escrito en su destino que te conocería y te haría creer que merece la pena volver a confiar. – me mostró una de sus sonrisas tan devastadoras.

— Y a veces, en modo atropella perros en un juzgado. – le sonreí.

— Y de un camino entre dos personas que ya estaba marcado, nacen dos historias diferentes pero con mucho puntos en común. La amistad y el amor.

– acaricié su cara. – No dejes que esa zorra te recuerde lo malo y mira a Rose e imagina todo lo que está por llegar.

— Lo mejor siempre está por llegar. – nos miramos sonriendo.

— Eso dicen. ¿Lo descubrimos?
— le ofrecí mi mano para levantarnos los dos.

— ¿Después de todo lo que has pasado, cómo sigues teniendo tanta fuerza Lu? – nos pusimos los dos de pie.

— Porque en este mundo hay demasiadas cosas buenas como para perderselas cerrando los ojos y no viendo más allá. – le sonreí. – Y porque tengo los ovarios muy bien puestos para acabar con todo lo malo que nos pueda

rodear.

— Eres única Lu.

— Y menos mal. ¿te imaginas a otra como yo por ahí suelta volviendo loco al mundo? Mejor que no Glen. Vamos anda. — le agarré del brazo.

— ¿Sabes que sigues medio en pelotas verdad? — me miré.

— Lo sé, pero no he tenido tiempo. Además no es nada que no hayas visto ya. No es nuevo. — pasé por delante de él.

— Ahora entiendo mejor tu tatuaje. Cada Ave Fénix es uno de tus padres y de sus cenizas has resurgido tú. — me di la vuelta con los ojos muy abiertos. — El cielo es tu familia, la

tierra lo que amas y el fuego es tu corazón.

— Nadie había descrito mi tatuaje así nunca.

— Es fascinante. – puso su mano en mi espalda. – Ahora vamos a ver si Rose ha matado ya a Mercedes.

Cuando salimos al salón no había rastro de Mercedes. Rachel estaba jugando en el bordillo de la piscina con Rose y tampoco veía a Hans por ninguna parte.

Mercedes podía ser el peor bicho del mundo. Siempre que aparecía era para joder, su único cometido en el mundo. Me metí en una de las habitaciones y me quedé sentado en

una de las hamacas que estaban en la parte de la terraza que daba al baño. Me atormentaba no recordar lo que pasó aquella noche, poder joder mi amistad con Glen por culpa de mi puta cabeza y hacer mucho daño a Lucía.

A los dos o tres minutos entró Lucía en la habitación tarareando alguna canción en castellano que no podía reconocer y fue al baño. Traía en la mano una camiseta de los 49ers, que supuse que le había dejado Glen. No se percató que yo estaba allí sentado. Estaba anocheciendo ya y el cielo comenzaba a teñirse de azules oscuros. Lucía encendió el grifo de la ducha y a través de aquellas grandes cristaleras

transparentes podía ver todo lo que hacía. Se miró en el espejo y se soltó aquella coleta deshecha que llevaba y el pelo le cayó por los hombros y por la espalda. Se deshizo de aquel horrible sujetador deportivo y de las bragas de superman, dejándolas en el suelo y apartándolas con uno de sus pies. Observé cómo se miraba en el espejo, cómo pasaba sus manos por su cuerpo, cómo si echase de menos algo de la Lucía de meses anteriores. Tal vez su cuerpo se viera más delgado, tal vez sus curvas ya no eran las de semanas atrás, pero seguía siendo la mujer más preciosa que había visto en mi vida. Hizo un gesto en su cara cómo si no

aprobase aquella falta de curvas. Levantó los hombros y se metió debajo del agua.

Entré en el baño y me quedé quieto en la entrada de aquella amplia ducha. Cuando abrió los ojos buscando el jabón que estaba en una pequeña repisa de piedra se encontró con mi mirada.

— *¿Disfrutando del espectáculo monito? – ladeó levemente su cabeza y en su rostro se dibujó una preciosa sonrisa. Me invitó con uno de sus dedos a acompañarla en aquel baño. No dudé ni un segundo en meterme debajo del agua con ella.*

— *Siempre disfrutaré*

mirándote. – la agarré de la cintura, aferrándola fuertemente a mí. – Lo que ha dicho Mercedes... — puso uno de sus dedos en mi boca.

— Da igual lo que diga esa zorra engreída. Da igual Hans. – pegó aún más su cuerpo al mío. Podía notar con su pecho subía y bajaba y comenzaba a descontrolarse.

— No puedo controlarme ni un segundo más.

Mi lengua se introdujo dentro de su boca y exploró por ella hasta encontrarme con la suya. No sabía que tenían las duchas, pero era ver una y nos descontrolábamos por completo. Las manos exploraban nuestros

cuerpos, buscando nuestros puntos de más placer. Las bocas recorrían labios, cuellos, pecho y zonas erógenas que tan solo ella había sido capaz de encontrar. Cómo mientras con su boca lamía desde la base hasta la punta de mi polla, con su mano acariciaba mi perineo. Apoyé cada una de las manos en la cristalera y pared. Dios, era única haciéndome poner a cien en dos segundos. Me aparté obligándola a sacársela de la boca y puso los ojos en blanco. Me reí y comencé de nuevo mi ataque a su boca. Sus besos, dulces, salvajes y llenos de pasión me volvían loco. Sus caricias, suaves y exactas, me hacían estremecer. Su cuerpo, caliente

y listo para mí me hacía desearla más y más siempre. Bajé mi mano hasta llegar a su humedecido... Joder. No sabía cómo se las había ingeniado pero estaba dentro de ella. Sus piernas bien abiertas y el vaivén de sus caderas comenzaron a llevarme hasta el mismísimo cielo. Sus gemidos se ahogaban debajo del agua que nos bañaba y los míos retumbaban por aquella habitación. Apoyé su cuerpo contra la cristalera más grande y el vapor del agua y el calor de nuestros cuerpos hicieron que la condensación comenzase a cubrir todo.

Comenzaba a faltarme el aire, su cuerpo no dejaba de sacudirme

embestidas duras y muy precisas. Mis manos se deslizaban por la cristalera, tratando de aferrarme a algo y comencé a notar como mi cuerpo empezaba a ponerse rígido y un calor me recorría por completo. Dos, seis, nueve y perdí la noción del tiempo y el espacio. Mis gemidos podían escucharse en todo el baño. Me temblaban las piernas, los brazos y hasta las pestañas. Cada encuentro que disfrutábamos era mejor que el anterior. Era como si nuestros cuerpos estuviesen predestinados a ser uno solo. Al mirarnos comenzamos a reírnos y nos duchamos como personas civilizadas. Aunque no pudimos quitarnos las manos de encima dos

veces más.

Cuando salimos de la ducha, me coloqué la camiseta y unos pantalones cortos que me había dejado Glen, pero eran demasiado grandes, así que como la camiseta tapaba lo necesario, rebusqué en mi bolso y encontré unas pequeñas mallas de yoga y le cedí el pantalón a Hans. Justo al salir sonó el timbre y la cena tailandesa ya estaba en casa.

En el salón sentadas en el sofá, trasteando con el mando estaban Rachel y Rose. Esta última me miró y sonrió al verme los ojos. Nunca nos habíamos podido ocultar nada.

17. AVATAR

— ¿Qué estáis haciendo? — me

senté a su lado.

— Elegir una película para ver mientras cenamos. — Rachel estaba pasando el puntero del mando por todas las películas. — ¿Papi de verdad puedo elegir cualquiera?

— Si cariño, la que más te guste. Por dios que no sea de nuevo Frozen. Me tiene loco con esa película. — susurró por lo bajo.

— ¿Rose tú cual elegirías? — vi cómo Rose jugueteaba nerviosa con sus manos.

— ¿Sabes cuál le gusta mucho a Rose?

— ¿Cuál?

— La de los bichos estos

azules. – trataba de llevar a Rachel al terreno de Rose. – Que viven en un planeta muy lejano, que son muy grandes...

— ¿Avatar? – vi cómo Glen se daba la vuelta sorprendido.

— Sí. – Rachel miró a Rose con los ojos muy abiertos.

— Me encanta Avatar. Lo sé, soy muy friki, pero me parece una película súper chula. – la miré sonriendo.

— Lo que te pone burra a ti es el bicharraco azul prota. – lo dije en castellano y las pocas cosas que Rose sabía en ese idioma eran poner y burra. Me miró sonriendo. – Aunque a mí

también. Es normal que un bicho azul me haga ponerme... — me di cuenta de que Rachel me estaba mirando y que ya no estaba hablando en castellano. — ¿Me haga ponerme tierna y cariñosa? ¿Es tan raro?

— ¿El bicho azul? — Glen y Hans dijeron al unísono mirándonos.

— Somos culpables. — Rachel nos miraba sin entendernos muy bien.

— Vamos a poner aquí la mesa para que podáis “poneros” cómodas con los avatares. — nos levantamos para ayudarles y Hans aprovechó para susurrarme al oído.

— Me encanta que te pongas tierna y cariñosa. — justo antes de

soltarme susurró aún de manera más sexy. – Aunque me pone muchísimo más verte gemir y gritar mi nombre a los cuatro vientos. – comenzamos a poner los platos en la mesa baja en frente de la pantalla de 70”.

— ¿Bien la duchita? – Rose me susurró al oído.

— Dios, ¿se nos ha oído?

— No, pero casi os pilla Rachel, ha salido corriendo y he oído un joder de los tuyos y la he agarrado al vuelo. – me mordí el labio mirándola.

— Perdón. Vamos a tener que controlarnos un pelín cuando haya niños delante.

Comenzamos a cenar y nos

pusimos las botas con el Nam Prik Pao, Kaeng Kari Kai y Nevayum. Nos ardía la boca con el picante Sriracha extra con el que aderezamos todo y nos bebimos creo que más de tres botellas de Sato. Poco a poco nos acomodamos en los sofás para continuar viendo Avatar. Cuando terminó Glen llevó a Rachel a dormir y nosotros nos quedamos un rato en el salón charlando. Rose seguía muy agobiada con Rachel y a Hans le pasaba algo, porque cada vez que se nombraba a Mercedes, se removía en el sofá como si tuviera metidas agujas afiladas en el culo. Supuse que era porque dependía de ella que Hannah no pasase a ser tutelada por el Estado. Me recosté entre

el sofá y Hans. Debí de quedarme dormida, al igual que Rose, porque comencé a escucharles decir que nos iban a llevar a la cama. Rose de repente pegó un salto del sofá y comenzó a dar pequeñas vueltecitas alrededor de la mesa gritando “atrápame si puedes”. Abrí un poco los ojos, resoplé y me di la vuelta para volver a dormir.

— Rose cállate. — antes de poder seguir hablando Hans me cogió en brazos y me llevó a la habitación.

— Descansa preciosa. Ha sido un día muy largo.

— Creo que los próximos — bostecé — van a ser demasiado largos. Viernes reunión con el súper capullo y

sábado cena en Palos Verdes. Sin poder ver a Hannah. – volví a bostezar. – Con las clases... la fund...

— *Descansa princesa. – me quedé observándola unos minutos mientras se quedaba dormida sobre mi pecho.*

Acaricié su precioso pelo y comencé a pensar en todo lo que se nos venía encima. Yo con la Fundación, continuando con mis terapias con la psicóloga, con mi hermana, con un par de reuniones con futuros benefactores para ampliar un par de zonas de la Fundación y una reunión que tenía con el director de la Universidad de Pablo. Aún no habíamos tenido ninguna

respuesta sobre su beca y eso sabía que tenía a Lucía más preocupada de lo normal. Ella con las clases, con toda la preocupación del post operatorio de Hannah, el viaje de vuelta a España de la tía, sin haber podido despedirse de ellos. Demasiadas preocupaciones que continuaron revoloteando por la habitación durante el resto de la noche.

18. TIENES UN E-MAIL

Me despertó una llamada de nuestra enfermera. Hannah había pasado una buena noche aunque tenía

bastantes dolores con las cicatrices. Sabía que estaba en muy buenas manos. Esa enfermera había estado trabajando en la Fundación durante muchos años y se llevaba muy bien con la niña. Ya que nosotros no podíamos estar con allí, ella era nuestra mejor opción para poder estar más tranquilos. Le comenté que le llamaría de nuevo más tarde para que Lucía pudiese hablar con Hannah. Dejé a Lucía durmiendo. No eran más de las siete de la mañana y sabía que hasta las diez no tenía la primera de sus clases. Fui a la cocina y comencé a preparar café mientras revisaba los e-mails. Spam, basura, banco, banco,

Sharon, Andy, apertura nuevo local en Venice, spam... Mientras colocaba un poco de café en la cafetera continué moviendo mi dedo sobre los email hasta que se me quedó la mirada fija en uno de ellos. Remitente Mercedes. Me temblaron los dedos antes de pulsar para ver su contenido.

Buenos días Hans.

Tengo todos los papeles de Hannah preparados, para que los veas y los firmes. Debes cumplir con todas las peticiones adjuntadas en ellos o

*no será posible que la
niña se quedé en tu
Fundación. Yo puedo
mover algunos hilos,
pero claro, todo en esta
vida tiene un precio.*

*Yo tengo algo que tú
quieres y tú tienes algo
que yo quiero. Una sola
noche. Una sola noche
en la fiesta de este mes,
a la que sé que los
cuatro estáis invitados.*

*Esas noche lo
pasaremos muy muy
pero que muy bien.*

*Para que no digas ni
una sola palabra de
más, te adjunto un
recuerdo de la última
noche.*

Nos vemos allí.

Besitos Hans.

*Cuando abrí el maldito archivo
me encontré una foto de los cuatro
tumbados en una de las hamacas,
piernas entrelazadas, botellas de
alcohol a nuestro alrededor y... cerré*

el mensaje rápidamente. Apoyé mis manos sobre la encimera apretando tan fuerte que si me lo hubiera propuesto, hubiera partido la misma. Respiré profundamente un par de veces y miré por la ventana. Estaba amaneciendo y el sonido del café listo me hizo girarme. A los segundos escuché un bostezo de Lucía. Se estaba estirando delante de mí y su camiseta se había subido por encima de su cintura.

— *Buenos días guapo. – se acercó a mí y me besó.*

— *Buenos días preciosa. ¿Café? – se sentó en la isla, como siempre en un sitio que no correspondía a su culo.*

— *Por favor. Cargado y muy caliente. – tenía los ojos cerrados y cómicamente abrió uno y me miró. Le dejé una taza entre las piernas.*

— *Cargado y calentito.*

— *¿Hablamos solo del café? – sacó el café de entre sus piernas y con ellas me acercó a la mesa. – ¿Has dormido bien? – pasó dulcemente sus dedos por mi cara. – No tienes cara de haber descansado mucho.*

— *Estoy bien. – mentira Hans. – Solo que queda una semana muy larga y dura. – sin mediar palabra metió su mano por dentro del pantalón.*

— *Ya veo que no hablamos solo de la semana. – comenzó uno de*

sus ataques letales a mi boca.

— *Buenos días guarretes. – Rose pasó por mi lado y sin verlo venir me pegó en el culo una sonora cachetada.*

— *Joder, me la he llevado calentita y gratis. – Lucía se quedó con la boca semiabierta y como pensando en algo.*

— *¿Qué nos echaron ayer en la comida? Porque yo de normal estoy salida, pero lo de hoy se lleva el premio gordo.*

— *¿Gordo como qué? – contestó Rose sonriendo.*

— *En serio, voy a dejar de sacar cosas por esta boca.*

— *Mejor meterlas. – Rose seguía con su cachondeo.*

— *Me voy a la ducha. – Lu se bajó de la isla.*

— *Hans, acompáñala, que creo que se siente sola en esa gran ducha. – Lu agarró la taza de café y se marchó negando con la cabeza. Saludó a Glen mientras se iba.*

— *¿Qué le pasa? Parece una loca hablando en castellano por lo bajo. – serví dos cafés más.*

— *Que se ha levantado con la lengua guarra hoy y hasta ella se ha asustado.*

— *Y tú tampoco ayudas mucho Rose. – le dejé la taza de café y la besé*

en la cabeza ya que se había sentado en una silla atacando la bolsa de magdalenas.

— *Y lo que te gusta monito. — agarré la taza y se la quité.*

— *Te quedaste sin café. — extendí hacia arriba lo más que pude el brazo y Rose no llegaba.*

— *Monito, devuélveme el café. Puedo ser peor que tu novia sin uno de esos por la mañana. — comencé a vacilarla.*

— *Sí, ya recuerdo tu cara en Las Vegas. Callaos que me explota la cabeza. — miré a Glen por encima de Rose y me siguió el juego.*

— *Recuerdo el rímel corrido,*

el corpiño cutre de gasolinera y aquella voz de Manolo. — Rose se dio la vuelta con las manos en las caderas.

— ¿A que os reviento a tortazos a los dos? Seré pequeña pero hago que os dobléis los dos con una mano. — nos miró a los dos desafiantes.

— Dale el café o comenzará a hincharse la vena de su cuello y no veas el mal rollo que da. La ves palpitando. — se llevó la mano al cuello con cara de susto.

— Pues sé yo de una vena que no se va a hinchar en una temporada. Buenos días. — salió de la cocina desafiándonos poniéndose dos dedos en los ojos y lanzándonoslos.

— Creo que la hemos cabreado. – Glen cogió una de las tazas.

— Se le pasa en dos minutos. No se puede enfadar.

— Lu tampoco. Pero creo que se puede enfadar mucho cuando se entere de algo. – Glen me miró mientras bebía café. – Y puede que no sea la única.

— ¿Qué pasa Hans? Porque a Rose se le hincha la vena cuando se mosquea, pero tú mi querido amigo, sacas las tabas de tus nudillos cuando algo te preocupa y mucho. – dejé las manos encima de la isla. – Son muchos años ya. ¿Qué ocurre?

— *Vamos a ver.* — apareció Lucía con una pequeña toalla alrededor de la parte delantera de su cuerpo, con la cabeza llena de jabón y ojos de loca. — *Me parece muy gracioso que vaciléis a Rose, pero si le quitáis el café, os mato.* — nos señaló a los dos. — *Se ha metido en la ducha.* — la miramos sin entenderla. — *En la que yo me estaba duchando, diciendo que tanto al monito como al de la vena, os va a encerrar.* — agarró una de las tazas sobrantes de café. — *Con nosotras no se juega con el café.* — soltó un pequeño bufido y no pude evitar reírme. — *No juegues Hans. Es peligrosa y va armada con el jabón. Mamones.* — se

marchó y dejó un reguero de jabón y agua por el suelo.

— *Están jodidamente locas.*

Las dos. – levanté los hombros y negué con la cabeza.

— *Y nosotros por ellas.*

— *Brindo por eso. – chocamos las tazas. – ¿Me vas a contar que te ronda la cabeza? – miré el reloj de la cocina y justo cuando iba a empezar a hablar con Glen, apareció Rachel preparada para ir al cole.*

— *Buenos días preciosa. – la cogí en brazos y senté en una silla.*

— *Hola tío.*

— *¿Cariño tienes todo listo para clase? – la niña cogió una*

magdalena y comenzó a jugar con ella como si también tuviera algo importante que decir.

— *Sí, pero no he traído la raqueta de tenis.*

— *No hay problema por eso cariño. Tengo aquí un par de ellas tuyas. – la niña resopló levemente.*

— *No quiero ir a tenis. Soy malísima y me aburro un montón. – se llevó las manos a las mejillas apoyando los codos en la mesa.*

— *Yo pensaba que te gustaba. Tu madre me dijo...*

— *Claro, ella lo que quiere es ligar con mi profesor. – se me atragantó el café. – Yo quiero hacer*

otras cosas. – Glen se sentó al lado de su hija.

*— ¿Qué quieres hacer cariño?
– le dejó un tazón con leche caliente al lado.*

— Yo quiero... – seguía jugueteando con la magdalena y la metió dentro de la leche. – Lo que yo quiero no le va a gustar a mamá.

— Bueno cariño, tienes que hacer lo que te guste a ti. No lo que le guste a tu madre o a mí. – le acarició el pelo.

— Yo quiero bailar. Bueno, aprender a bailar. Unas chicas de clase van por las tardes a una academia y les gusta mucho. Cuando hay algo en el

cole de bailar, yo no puedo presentarme porque no sé. – no pude evitar reírme y pensar en la cara de muerta viviente que pondría Mercedes cuando se enterase.

— *¿Y le has dicho algo a tu madre? – la niña se mordió el labio y negó como si tuviese miedo. – Bueno, tengo una idea. ¿Qué te parece si hoy a la tarde, después de clase, pasamos por la academia de Rose y entras en una de sus clases?*

— *¿Puedo?*

— *Claro, seguro que cuando le preguntemos a Rose, estará encantada de que estés con ella. – Rachel continuó jugando con la leche.*

— ¿Preguntarme el qué? —
Glen se quedó mirando a Rose y podía ver aquel brillo que les inundaba a los dos los ojos cuando se encontraban en cualquier lugar. El mismo brillo que no había desaparecido desde la primera vez que les vi juntos.

— Rachel quiere ir a clases de baile y habíamos pensado en que esta tarde al salir del cole, pasásemos por allí, a ver si le gustaba. — Rose se quedó mirando a Rachel con el más puro de los miedos en los ojos.

— Cla...claro que sí. Seguro que esta tarde hay alguna clase que te guste. — se sentó en una silla resoplando casi sin que se le notase.

— *Voy a coger la mochila. ¿Me llevas a clase papi?*

— *Claro que si mi amor. Ahora nos vamos. – Rachel se fue pegando saltitos de alegría.*

— *¿Le habéis contado que os casáis? – Glen me miró directamente.*

— *No. Queríamos hacerlo este fin de semana, pero el sábado tenemos la cena en Palos Verdes. Se lo tenemos que contar y no sé cómo se lo puede tomar. – escuchaba el chirrido de las gomas de las zapatillas de Rose contra el suelo.*

— *¿Y si no le gusto? ¿Y si le caigo mal? Joder, no tengo mano natural con los niños. – Lu apareció*

por detrás de ella y la abrazó.

— *Solo debes de ser tú. La Rose que adoro, la dulce, preciosa y cariñosa Rose. Con que te cortes a la hora de hablar un poco, perfecto. Ya tendrá edad de ser tan malhablada como nosotras. – le dio un beso y Rose simplemente se tranquilizó.*

— *¿Cómo eres tan jodidamente buena tranquilizándome? – miró a Lu.*

— *Porque ya son muchos años, y somos como dos partes separadas al nacer. Que nos hemos estado buscando hasta que plof – hizo un gesto con las manos – un día nos encontramos para complementarnos. – le guiñó el ojo abriendo un poco la boca.*

— Porque me gustan demasiado los rabos, pero contigo, siempre haré una excepción. Eres mi excepción Lu.

— Y esto es lo que no debes decir delante de Rachel. — Glen no pudo evitar sonreír al escuchar a su futura mujer sobre sus gustos rabiles. — Me llevo al cole a Rachel y luego tengo un par de reuniones. ¿Nos vemos a la hora de comer?

— Tengo una clase a las dos, pero si comemos un poco más tarde, acepto la invitación. — vi cómo Lu me miraba.

— Lo siento cariño, pero tengo también un par de reuniones

ineludibles y el tema de la tutela de Hannah.

— *¿Puedo ayudarte con alguna cosa? No sé de tema legal, pero si hay que llamar a alguna puerta, tengo los nudillos preparados. — me quedé embobado escuchándola y como sus labios se abrían y cerraban al igual que sus grandes ojos. — Hans. Hans. HANS. — tuvo que pegarme un grito.*

— *Tranquila, yo me encargo de todo. De verdad. Tú si quieres, esta tarde pásate por el hospital. Creo que vamos a tener un ratito para ver a Hannah. Aunque nos hayan dicho que no, creo que sé la manera de que nos dejen. — se lanzó a mis brazos,*

desestabilizándome un poco y tuve que agarrarla del culo para no caernos.

— *Si es que te como. Te como con queso. – me dejó un reguero de besos por la cara, terminando con uno dulce y precioso en los labios.*

Glen se fue con Rachel y Rose al colegio y yo acerqué a Lu hasta la academia. Al llegar ya había alguien allí y entré con ella. Cómo no mister musculitos guion bailarín perfecto, ya estaba allí sin camiseta y preparando bailes imposibles. Nada más entrar saludo a Lu guiñándole un ojo. No sabía por qué, pero esa relación tan íntima que parecían mantener desde su viaje a Cabo, me seguía sacando de

quicio.

— *Lu, ¿puedo pasarme por tus clases de aero-yoga de las diez? Me apetece saber cuál es la sensación de estar colgado de unas telas. – ella ya se estaba quitando la chaqueta.*

— *Claro, ya sabes que siempre eres bienvenido en mis clases, mientras no me robes a más alumnos. – conexión especial entre ellos iniciándose.*

— *No te he robado a ningún alumno. – le puso la mano en el hombro.*

— *Más te vale, porque si no esas cuerdas en vez de alrededor de ese cuerpo fibrado, acabarán alrededor de tu cuello. – Lu puso sus dos manos en*

el cuello de Nicola simulando que le ahogaba.

— *Entendido. – se rieron y me sentí fuera de aquella conexión.*

— *Bueno Lu, me marchó a la Fundación. ¿Tienes libre a partir de las cinco no? – afirmó con la cabeza. – Te recojo y nos pasamos por el hospital. Seguro que a Hannah le hace ilusión verte. – me acerqué a ella y mientras la besaba en la mejilla no quité los ojos de Nicola. Él se quedó unos segundos mirándonos y acto seguido apartó la vista.*

— *De acuerdo cariño. Luego nos vemos.*

— *Adiós Nicola.*

— Adiós Hans. — pude ver por el espejo que Hans se iba mirando a Nicola.

— ¿Qué le pica a tu novio conmigo?

— Nada, ¿por qué?

— Porque le ha faltado mearte alrededor para asegurarse que pillaba lo de que eres suya.

— No soy de nadie para empezar. Y para terminar, deja de decir gilipolleces y vete a clase, que te llegan enseguida.

— Sí, sí. Que yo soy tío y reconozco esas miradas de como te acerques a ella te arranco los ojos y me hago una tapa con ellos. — le pegué un

empujón.

— Claro que sí Nico. Lo que tú digas.

— Me ofendes. — se llevó cómicamente las manos al pecho. — Como a los locos, me das la razón como a los que van con camisa de fuerza.

— Venga vete que voy a preparar la clase de las diez. Allí te veo.

Me fui hasta el aula y puse algo de música y comprobé que todas las telas estaban bien y que los enganches del techo estuvieran perfectos. Tras revisarlos todos me senté en una de las telas a practicar unos ejercicios y a la media hora o así comencé a escuchar

cómo vibraba mi móvil. Juraría haberlo puesto con sonido. Al mirarlo sonreí. Era la tía Anita.

— Buenos días maitia.

— Hola tía. ¿Qué tal el viaje?

— Largo y tedioso. Ya sabes lo que odio volar en avión. – carraspeé. – Siento mucho cariño no haberme pasado por allí para despedirme, pero no te preocupes que nos volveremos a ver muy pronto. Quiero que me cuentes todo con pelos y señales, que ha pasado con Hans, con Hannah, con la academia y con todo. – me balanceaba en la tela mientras la escuchaba. – Sí, Pablo me ha puesto un poco al día.

— Entonces poco más tendré

que explicarte. – no quería demostrarlo pero estaba enfadada y preocupada por su forma de volver a España.

— Maitia, no quiero que te preocupes. Estoy bien, solamente son las pruebas rutinarias. – cada vez que escuchaba rutinarias de su boca sabía que era mentira.

— No quiero que me mientas tía. No soy una niña ya. – me miré al espejo.

— Pero quiero protegerte el mayor tiempo posible cariño. Sé que no eres una niña, pero por una vez quiero protegerte. Te aseguro que si sale algo mal, que si en las pruebas me dicen algo, serás la primera persona a la que

llame. – notaba como se iba ahogando mientras hablaba.

— Por favor tía. No me dejes más tiempo fuera de esto. Me lo has ocultado demasiado tiempo y no me perdonaría si no pudiera volver a abrazarte y a decirte en persona que te quiero. – miré el reloj y estaban a punto de dar las diez. – Joder cómo corre el tiempo. ¿Puedo llamarte esta noche? Hoy dormiré en casa y te hacemos Pablo y yo una de Skype. ¿Te parece?

— Claro que sí mi vida. Ahora nos vamos a dormir. Te quiero cariño.

— Te quiero tía. – le mandé un sonoro beso. – Ciao. – colgué el teléfono y las alumnas comenzaron a

entrar. – Buenos días. Id preparándoos que hoy tenemos a Nico con nosotras.

— Dios mío. ¿El profesor macizo y buenorro? – miré a unas de las chicas.

— El mismo. Vais a tenerle aquí colgado delante de vosotras. Ha querido estar hoy en la clase.

— Dios, lo que le haría yo a ese hombre en una de estas telas. Mmmm. – vi cómo babeaba literalmente. – Lu, me he comprado una de éstas. – tiró de la tela. – La he puesto en mi habitación y estoy esperando a que un macho castigador me dé lo mío sobre ella.

— Seguro que aquí nuestra preciosa profesora nos podría dar otro

tipo de clases. – comenzaron a rodearme cuatro de ellas.

— ¿Quién pensáis que soy yo?
– tuve que morderme el labio para no reírme.

— Vamos, que yo te vi en aquella discoteca descolgándote por aquella tela a más de seis metros del suelo. ¿Me estás diciendo, que no se puede hacer nada aquí? – dio un par de golpes en la base de una de las telas.

— ¿Me viste? Joder, yo pensé que no se me reconocería. – me llevé la mano a la cara.

— No nena. – me apartó las manos de la cara. – Si yo pudiera hacer eso, lo avisaría a los cuatro vientos. Así

que nada de volver a esconderte y ya nos puedes avisar la próxima vez que lo hagas. Cuando les enseñé el video a las chicas, quisieron más. Y además... — se miraron entre ellas y me hicieron un corro mucho más pequeño. — Esas clases con barra, ¿podemos apuntarnos?

— Claro que sí. Luego me decís quienes, y vemos como cuadrar las clases con vuestros horarios. — de repente se quedaron mirando la entrada y sabía que Nico ya nos acompañaba. — De acuerdo chicas. Empezamos. Nico, la tela del medio es la tuya.

— ¿En primera fila? — se situó cerca de mí.

— ¿Pánico escénico?

— Nunca nena.

— Empezamos. Como siempre primero hacemos ejercicios sin la música y después ya ponemos algo. Vamos chicas, enseñémosle a Nico lo que se pueden hacer con las telas. – una vez estuvieron todos sentados comencé. – Balanceo suave lateral, lentamente. Delante, atrás. Aprovechad para calentar las piernas y los brazos. – miré a Nico y no me quitaba ojo a través del espejo. – Vamos chicas. ¿Listas?

— Sí. – escuché al unísono y me reí.

— Vamos. Apoyamos bien por debajo del culo, levantamos las piernas del suelo, nos agarramos con fuerza a

las telas con los brazos y hacemos un par de elevaciones.

— Joder, parecía más simple cuando os veía. – Nico no hacía más que quejarse.

— ¿Para qué son esos músculos que supuestamente tienes si no sabes usarlos?

— Puedo con esto y mucho más.

— Veremos cuando acabe la clase. – le guiñé un ojo. – Muy bien chicas, bajamos hasta la tela el culo, nos agarramos bien y elevamos las piernas para agarrarnos con los pies a la tela y ponemos las manos en el suelo, pequeños vaivenes de cadera. Despacio chicas que no quiero mareos.

— Dios, lo que me imagino con esta postura Lu. — una de las alumnas habló y se escuchó una carcajada general.

— Kittie céntrate.

— Si centrada estoy y como cierre los ojos... — soltó un pequeño gemido. Miré a Nico y estaba riéndose con los ojos cerrados.

— Nico ábrelos, es mejor y ten un punto fijo o te marearás.

— ¿Cómo lo haces tan fácil?

— Son muchos meses ya. Creo que mucho tiempo como para no marearme. Cambiamos de posición. Soltar con cuidado los pies y girar en la tela con las manos apoyadas en el suelo.

Vamos chatas, que esos culos se muevan. Y Kittie no hagas ningún comentario o no te dejes entrar en las otras clases.

— Yo que tenía ya colocada mi cadera. – se reía.

— Cuidado con las manos. No quiero más quemaduras.

Continuamos con los ejercicios y media hora después a menos de veinte minutos de finalizar la clase puse la música. No hacía falta decir nada. Tenían todo muy bien aprendido, incluso Nico parecía que se había adaptado muy bien a la clase. Cuando empezó a sonar la última canción Nico se extrañó que no fuera la típica canción de yoga o de pilates. Los primeros acordes de piano

acompañaban a nuestros cuerpos meciéndose lentamente. Elevando las piernas para agarrarnos a las telas, trepando lentamente por ellas, para poder estirar en paralelo las mismas y acabar con las manos en el suelo y desenredarnos de las telas.

Estas heridas no parecerán sanar. Este dolor es simplemente demasiado real. Hay tanto que el tiempo no puede borrar. Cuando tú llorabas yo secaba tus lágrimas. Cuando gritabas yo luchaba contra todos tus miedos. Tomé tu mano a través de todos estos años. Pero tú tienes todavía, todo de mí.

Vi por el espejo como Nico

negaba con la cabeza y se desenredaba de las telas, para salir de clase frotándose la cara. Antes de cerrar la puerta sin hacer demasiado ruido, pude ver como sus ojos brillaban más de la cuenta. Me bajé de la tela y le dije a una de las alumnas que más aventajada iba en clase que la continuase si hubiese algún problema y que si no volvía cuando terminase la canción, que podían recoger.

Salí corriendo de clase buscando a Nico y no le vi por ninguna de las otras aulas, ni en el despacho ni en recepción. Miré en la calle pero tampoco le vi. ¿Dónde demonios se habría metido? Iba a volver a clase y la

puerta que daba a un pequeño patio interior que teníamos detrás de la academia estaba medio abierta. La abrí y allí estaba sentado en el suelo con las manos en la cara.

— Nico, ¿todo bien?

— Sí, Lu siento haber salido así de clase, pero es que esa canción sigue sonando demasiado dolorosa. — me senté en el suelo a su lado.

— Dios, lo siento mucho Nico. No me di cuenta de que la última canción sería esa.

— No sé si solo me pasa a mí, pero una canción puede traerme recuerdos. Recuerdos dulces y amargos.

— Una canción puede ser una

persona. Un recuerdo. Dolor. — le agarré de la mano. — Te recuerda a tu mujer y a tu hija. — afirmó sin contestar.

— Demasiado. Aunque pasen los días, hay momentos que sigo viendo sus caras, sus sonrisas y cada día que pasa las veo un poco más lejanas, como si se esfumasen delante de mí. Como si llegase un día que no las recordase y se borrasen de mi cabeza. — sus palabras me recordaban tanto a mí.

— Nunca las olvidarás. Puede que parezca que desaparecen de tu cabeza, pero nunca desaparecerán de tu corazón Nico. Te lo aseguro.

— ¿Tú sigues recordando a tus padres?

— Cada día. Recuerdo la sonrisa de mi padre cuando me vio bailar por primera vez, cuando era un moco de cuatro años y no hacía más que caerme en clase de ballet. — sonreí recordándole. — Y a mi madre cuando me leía cuentos antes de dormir. Mi corazón ha dejado fuera los malos momentos, para dejar lugar solo a los buenos.

— Ojalá algún día me suceda eso a mí. — apreté fuertemente su mano. — ¿Cuándo dejan de doler las canciones?

— Nunca. Siento decírtelo así, pero nunca. Yo he tenido que esperar muchos, muchos años para poder

escuchar la canción de mi padre. Pero la bailé. Bailé su recuerdo y fue especial. Curó un poco mi corazón. – me miró fijamente. – La música y el baile son una gran cura.

— ¿Puedes hacerme un favor? – me giré para verle bien.

— Siempre.

— ¿Bailas conmigo esa canción de My Immortal de Evanescence? – puso sus manos alrededor de las mías.

— Claro que sí.

— ¿Puedes esta tarde cuando cierre la academia? Necesito saber si puedo enfrentarme a ello.

— Por supuesto. Tengo que ir al hospital, pero te aviso cuando salga y

vengo a la academia.

— Gracias. — pasé mis manos por su cara limpiando las lágrimas que le habían caído.

— Ahora a mover el culo, que aunque se esté demasiado bien aquí, como nos pille Rose escaqueándonos de las clases nos mata.

Después del intenso día en la academia salí volando hacia el hospital. Cuando llegué Hans ya estaba allí acompañado de Sharon y mi hermano. Me sorprendí al verles allí, juntos y hablando como si todo se hubiera solucionado entre ellos. Hans era reticente a su relación, pero poco a poco, vio que Pablo era una muy buena

compañía para su hermana y quién era él para poner trabas a su relación. El tiempo nos diría si se quedaba en una relación entre casi adolescentes o perduraba más en el tiempo.

— Sí. Ha pasado una buena noche y no sé cómo hoy ya se puede levantar y caminar. — escuché a Hans hablando con ellos dos.

— Hola chicos. — los besé a los tres.

— Hannah está hecha una campeona. Creo que hasta los médicos se están asombrando.

— Dicen que los niños se curan antes que los mayores. — Hans me miró el brazo y vio un pequeño rasponazo.

— ¿Qué te ha pasado?

— Nada. – pasé mi mano por la quemadura. – Me he quemado con las telas de aero-yoga. Nada que no se cure.

— Acostúmbrate a sus moratones. Al principio, cuando empecé con Rose, pensé que se mataban a palos en las clases. – empezó a reírse y le di un golpe en el brazo.

— Bobo.

— ¿Cuándo podemos ver a Hannah? – Sharon le preguntó a la enfermera cuando salió.

— Ya sabéis que solo puede pasar una persona. Aunque creo que podéis pasar dos. – nos miró dulcemente y vi como Pablo miraba a través del

cristal.

— ¿Queréis entrar vosotros? —
Pablo y Sharon se me quedaron mirando.

— ¿No quieres entrar tú? —
Sharon me agarró de la mano.

— Estuvimos ayer con ella,
seguro que se alegra mucho de veros.

— ¿Seguro hermanita? — afirmé
con la cabeza.

— Pero dadle un beso enorme a
la enana.

— Gracias.

Nos quedamos observándoles a través de la cristalera que nos separaba de Hannah. Cuando les vio a los dos su cara se iluminó. Pablo y Sharon se deshicieron en besos con ella. La niña

sonreía y daba palmaditas. De vez en cuando se ponía la mano en el cuerpo, como si le molestasen los puntos. Pablo nos señaló y le ayudó a levantarse de la cama, para acercarse a nosotros. La levantó para ponerla de pie en una silla, para que estuviera más o menos a nuestra altura. Puse la mano en el cristal y al instante ella la puso a la misma altura que la mía. Ladeó su cabeza y me regaló una sonrisa tan preciosa, tan sincera que un escalofrío recorrió mi cuerpo. Nunca antes, nadie en el mundo, me había provocado lo que ella había hecho. No sabía si llamarlo instinto de protección, reflejo de mí en ella o simplemente que aquella pequeña

princesa, se había ganado un gran hueco en mi corazón. En el mío y en el de Hans. De reojo vi cómo la observaba sonriendo y como al poner su mano en el cristal, Hannah hizo lo mismo.

Una hora y pico después tuvimos que marcharnos de allí, ya que le iban a hacer una cura de los puntos. Cada día era más duro irnos de allí sin poder estar con ella.

19. KISS KISS BANG BANG

Hans no hizo ningún tipo de

comentario cuando le dije que volvía a la academia, pero cuando vio a Nico en la puerta hablando por teléfono cambió el gesto de su cara. Sabía que no le gustaba Nico, pero si le diera una oportunidad, tal y como yo había hecho, sabría que era buena gente, de la de verdad.

— ¿Y vais a estar solos?

— No. Están Rose y Glen con Rachel dentro. Es la última clase de hoy y tal y como hablaron iban a venir. — aparcó el coche en el callejón trasero de la academia.

— ¿Por qué tienes esa relación tan estrecha con Nico? ¿Qué pasó en Cabo? — paró el motor del coche y me

miró fijamente.

— Porque no es lo que parece. Dentro de esa fachada hay un gran corazón. — resopló y negó con la cabeza.

— Claro. Corazón. — empezó a soltar lo que llevaba días guardando.

— Pues sí Hans y si dejases de lado ese tema de meo a tu alrededor para marcarte, lo podrías descubrir. — me miró sin saber a lo que me refería. — No me mires así. Me lo dijo Nico, pero no le hice caso. Pero las caras que pones cuando le ves... ¿No confías en mí?

— En ti sí, pero en él no. — me bajé del coche y al cerrar la puerta me asomé por la ventanilla.

— De acuerdo. Ven conmigo.

Ven a ver lo que vamos a hacer.

— ¿Para qué? – su respuesta borde sacó a mi borde interior.

— Para que veas que te estás comportando como un gilipollas. – di un pequeño golpe en el marco de la ventanilla y me fui.

— *Dios Hans, eres imbécil.*

Salí del coche y al cerrarlo me quedé unos segundos viendo como Lu giraba la esquina dirigiéndose a la academia. Me estaba comportando como un auténtico gilipollas y tal vez, solo tal vez, Nicola no sería un prepotente robanovias. Al girar la calle, les vi hablando y supe que lo que

sentía era miedo. Miedo a perderla y yo con un comportamiento así, lo que podía hacer es mandarla directa a sus brazos. Mierda. Por eso y por lo que pasó aquella noche. Necesitaba hablarlo con ella y poner aquellas cartas sobre la mesa. Una mentira así podía crecer más y más cada día, hasta hacerse una gran bola de fuego que nos quemase a los dos. Cuando levanté de nuevo la vista, ya no estaban allí. Entré en la academia y en la primera sala estaba Rose dando unas clases de baile para niños pequeños, una especie de iniciación al baile y Rachel estaba allí observando y moviendo los pies, medio escondida detrás de su padre.

— *Vamos Rachel. Es súper divertido. – Glen trataba de hacer que Rachel bailase con los demás niños pero parecía darle vergüenza.*

— *Es que no se papi. – vi como Rose no les quitaba ojo de encima.*

— *Verás cómo lo pasamos bien.*

Glen se puso a bailar en medio de la sala sin ningún tipo de vergüenza. Movía los brazos y las piernas como si no hubiese mañana. El hombre que no se movía de la barra en las discotecas por pánico escénico, que nunca había sabido bailar, estaba allí en medio cual Fred Astaire, con mucho menos arte, dejándose llevar de la mano de Rose.

Absolutamente sorprendido. Les observé unos minutos más y noté como Lucía pasaba por detrás de mí sin ni siquiera mirarme y se dirigía ya vestida con poca ropa. Unos simples pantalones cortos muy pegados, una especie de calentadores que le cubrían la parte de debajo de las piernas, sus zapatillas y otro de esos horrorosos sujetadores deportivos. Su gesto serio cambió en el momento que entró en la sala. Sacó una de sus sonrisas e hizo un gesto con la cabeza, que me dijo que Nicola ya estaba dentro de esa misma sala.

— ¿Estás preparado? — les escuché hablar antes de entrar.

— *Pues no lo sé. No sé si esto funcionará.*

— *Confía en mí. La música es medicina y el baile ayuda en la cura. — entré en la sala y los dos se quedaron mirándome.*

— *¿Va a estar aquí? — Lu suspiró un segundo.*

— *¿Te importa? No sé qué tiene en la cabeza y quiero que vea que no tiene que marcarme a hierro fundido en el culo.*

— *¿Es idiota? Creer que entre nosotros puede haber algo. — escuché como hablaban y como Nicola se reía. — Si no nos aguantamos ni dos segundos. Ni hablemos de follar.*

— ¿Empezamos?

— Por supuesto.

Me senté en una esquina quitándome la cazadora y viendo como comenzaban a calentar cada uno por separado. Diez minutos después Lu se acercó a la mini cadena y comenzó a sonar My Immortal de Evanescence. Lu comenzó a dar pequeños pasos de ballet, moviendo sus brazos y piernas, flotando por la sala. Nicola la observaba desde el medio. Comenzó también a bailar, siguiendo los pasos que ella le marcaba. Era como si lo tuvieran ensayado. Se unían con las manos, él elevaba a Lu por encima de su cintura. Se separaban de nuevo,

como si sus cuerpos estuvieran atraídos por alguna extraña fuerza que no les dejaba estar unidos. Aquel baile, aquella forma de abrazarse, de separarse... Me dejó boquiabierto. Se compenetraban a la perfección, pero no veía en ellos atracción, pero si deseo. El deseo que ambos mantenían con el baile. Mostraban su ser con aquellos pasos y yo simplemente había sido un gilipollas por haber creído que pudieran tener algo más que su relación laboral. ¿Miedo? ¿Celos? Culpable. Totalmente culpable de tener miedo a perderla de nuevo.

Lu corrió hacia él pero Nicola no la agarró a tiempo y los dos se

fueron al suelo y Nicola puso su cuerpo por medio para que Lu no se hiciera daño. Me levanté corriendo, pero ellos riéndose se pusieron de pie. Volví a sentarme. Estaba disfrutando de aquella escena. Lu de nuevo dio unos pasos para atrás y justo cuando la batería y la guitarra eléctrica rompían en la canción saltó y Nicola la elevó por encima de su cabeza. Ella abrió los brazos para después caer en los de él, apoyarse en el suelo, hacer los dos varios saltos en el aire, deslizándose por la sala, para terminar la canción abrazados y en el suelo Nico casi encima de Lu. Se quedaron unos segundos mirándose a los ojos y pude

ver como Lu abría mucho los ojos y Nicola afirmaba con la cabeza. Flexionó levemente sus brazos y antes de levantarse le dio un beso en la frente. Lu inevitablemente le abrazó y Nicola se cayó encima, rodando de nuevo por el suelo para no hacerla daño.

No era mi momento de estar allí con ellos, así que me levanté, recogí mi chaqueta del suelo y salí de la sala haciendo el menor de los ruidos. Antes de cerrar la puerta les miré un momento. Esbocé una pequeña sonrisa y fui hasta la máquina de refrescos para sacar una botella de zumo. Salí a la parte trasera y volví a sentarme en

el suelo. Comenzaron a entrarme varios mensajes de Mercedes, que ni siquiera abrí. Tenía que reunir el valor necesario para poder hablar tanto con Lu como con Glen. Alguien salió por la puerta pero el sol que estaba cayendo me cegaba. Al escuchar su voz reconocí a Nicola.

— *¿Todo bien Hans? – se sentó a mi lado.*

— *Sí.*

— *¿Seguro? Porque tus caras denotan algo que no es así.*

— *Ya.*

— *Mira, la cuestión es la siguiente. No te gusto. Algo que acepto. No suelo gustarle a la gente de*

primeras y menos si no me dan la oportunidad de conocerme. – carraspeé. – A Lu tampoco le gustaba al principio y ahora, no nos matamos.

— Esa puede ser la razón de mis celos. – no pude evitar callármelo.

— Infundados. – joder, parecía que todos alrededor de aquella academia habíamos aprendido a hablar sin ningún tipo de filtros. Me quedé mirándole fijamente. – Son infundados. Mira, no sé qué mierdas te pasa con Lucía, pero el rollo marcarla, tío, eso puede hacer que la alejes de ti.

— ¿De nuevo? – bebí un poco de zumo.

— Si no la perdonas por lo que

hizo, vuestra historia se estancará y no podréis avanzar.

— *No me has entendido. Está más que perdonada. Lo que hizo, fue... — me quedé unos segundos mirando la botella de zumo. — Nunca antes en mi vida, habían antepuesto su corazón a mí. Me refiero a que lo que ella hizo, no me lo esperaba. No esperaba que porque yo no sufriera, se lanzase al vacío.*

— *Pues eso te tendría que decir lo mucho que te quiere esa loca. — me giré al escucharle decir loca. - Y loca en el mejor sentido de la palabra. ¿Sabes por qué estamos hoy aquí? ¿Por qué he bailado una canción que tanto*

me duele?

— *Porque la música y el baile curan.*

— *Exacto. No necesito darte explicaciones, pero para mí, lo que ella ha hecho por mí esta tarde, no tiene precio. Esa canción me recuerda a mi mujer y a mi hija, que murieron hace un tiempo. – me quedé frío al escuchar a Nicola y toda su historia.*

Le escuché atentamente durante diez minutos. Diez minutos en los que aquel completo desconocido que era Nicola para mí, se abrió, enseñándome a que esta vida son dos segundos. Dos pequeños segundos que se pueden esfumar sin quererlo, sin esperarlo.

Su historia, la historia que nos podría pasar a cualquiera. Un destino truncado en un accidente. Perder al amor de tu vida te destroza y mis celos, me habían cegado tanto, que no podía ver que donde yo veía tonto, Lucía mostraba corazón. Aquel gran corazón que tenía dentro y que yo podía partir en cualquier momento.

— *Así que Hans, no la cagues. Intenta no cagarla. Sé que es muy difícil, pero te arrepentirás después de todo. — se levantó del suelo y me miró antes de salir. — Habla con ella, no desperdices ni un solo segundo. La vida es demasiado corta.*

Y con esas cinco palabras me

dejó allí solo pensando en todo. No quería perder a Lucía pero decirle que había una ínfima posibilidad de que me hubiera acostado con Mercedes podría hacerla mucho daño. Aunque yo no lo recordase. Eso ante un corazón destrozado, no servía.

Entré de nuevo en la academia y en la sala, Lu estaba en el suelo estirando, tumbada boca arriba y mirando el techo. Supe que más que estirar estaba dándole vueltas a algo en su cabecita.

— Lu, ¿nos vamos a casa? — se apoyó sobre sus codos.

— ¿Seguro?

— Más que nunca. — me

agaché a su lado. – Siento mucho haber parecido un perro marcando su territorio, pero...

— *No me valen más peros Hans. ¿Confías en mí?*

— *Ciegamente. – no me tuve que pensar la respuesta. Era lo que sentía en aquel momento.*

— *A mí me sirve. – y me sonrió. Como tantas veces me había hecho. Con una simple sonrisa, todo lo que temía desapareció. – Y ahora, si puedo levantarme de aquí, nos vamos a ir a casa, a preparar una buena cena y a hablar con mi tía.*

— *¿Puedo encargarme yo de la cena? – se quedó mirándome y pude*

ver cómo le empezaba a temblar la mandíbula. Sabía que se estaba conteniendo para soltar una carcajada. – Sé cocinar. – no pudo reprimirse más y comenzó a reírse.

— Hacer cuatro agujeritos en el plástico de un plato de comida preparada y meterla en el microondas, no es cocinar. – siguió con su risa y acabó contagiándome. – Que aún recuerdo los cereales rancios de tu casa. – me quedé mirando cada arruguita que se le hacía alrededor de los ojos cuando sonreía, como se formaba un pequeño hoyuelo en la mejilla izquierda cuando su boca se ladeaba y aquel brillo que iluminaba

sus ojos.

— *¿Confías en mí?*

— *Ciegamente. — puso su mano sobre la mía. — Pero antes pasamos por una farmacia para comprar antiácidos, por favor.*

— *Serás... — dio un salto poniéndose de pie.*

— *Bruja. Un poco, pero en el fondo me adoras. — me levanté agarrándola de la mano y estrechándola entre mis brazos.*

— *Desde el primer momento que te vi, con aquellos pantalones cortos, la camiseta sudada y aquella cara de mala ostia cuando casi te atropello. Sin saberlo, sabía que*

estaría contigo. Que disfrutaría contigo y que me enamoraría como un jodido loco de ti. Lucía Medina, has cambiado mi mundo.

— *Te quiero Hans. – me besó lenta y demoleedoramente.*

Recogimos un poco la academia y cuando Rose terminó su clase cerramos.

— Lu, tenemos que mirar para ampliar personal. No damos abasto. No sé qué les ha picado con la academia, pero no hago más que recibir llamadas preguntando por clases y por más clases. – comenzamos a andar. – He pensado hasta en ampliar la academia, el edificio de al lado lleva mucho tiempo en

alquiler. — miramos por las ventanas y justo había dentro unas personas mirándolo. — ¿Entramos?

Entramos los cinco y el dueño del edificio nos lo enseñó. La verdad es que ampliar la academia sería genial, pero no sabía hasta qué punto nuestra ahogada economía podría sufragar aquello.

Invité a Rose, Glen y Rachel a cenar a casa. Cuando llegamos Hans nos obligó a quedarnos en la terraza con unas cervezas y un zumo, mientras él se encargaba de preparar la cena.

— Hans, creo que el seguro de hogar no me cubre un incendio. — antes de cerrarme la puerta en las narices me

dio un beso. – Genial, si me quema la casa, ¿me acoges en la nueva academia? – nos sentamos en una mesa.

— Si pudiera ampliar sería una muy buena noticia para nosotras. Más trabajo, más alumnos, más personal. – Rose parecía preocupada.

— ¿Tanta carga de trabajo tenéis ahora? – Glen hablaba con nosotras pero estaba pendiente de su móvil.

— Sí, desde que hicimos aquella fiesta, ha sido como un boom. Además somos la única academia que da tantas clases diferentes en la zona. La gente no quiere desplazarse hasta Los Ángeles para poder ir a bailar o

practicar pilates. — Glen seguía pendiente del móvil.

— Parece que después de todo, la academia funciona a pleno rendimiento. Han sido muchas noches sin dormir, partiéndonos el culo currando... — notamos las dos como Rachel nos miraba sin quitarnos ojo y hasta Glen, sumergido en su móvil, se dio cuenta.

— Cariño, ¿quieres entrar en casa de Lucía y echarle un ojo al tío Hans? No queremos que deje a Lucía sin casa. — Rachel entró en casa sin decir nada pero pude verla sonreír al cerrar la puerta.

— ¿Cuándo necesitarías la

ampliación?

— ¿Ya? Cuantos más alumnos, más beneficios. — Rose levantó las manos como diciendo “está claro”.

— ¿Y si te digo que el edificio de al lado está disponible y que podrías empezar mañana mismo la ampliación?

— Pues que o bien el jodido Donald Trump me ha hecho una cuantiosa donación, o lo veo imposible. — le pegó un trago a la cerveza tan grande que se la acabó.

— Donald Trump no sé cómo andará ahora con el tema de donaciones, pero te he conseguido el edificio. Es tuyo. — abrí los ojos esperando la reacción de Rose. Se iba a enfadar en

tres, dos, uno...

— ¿Tú eres idiota? – le pegó en el brazo.

— Esperaba algo más que una ostia en el brazo. – Rose se levantó de la silla y se fue a la calle. — ¿Pero qué le pasa?

— ¿No lo entiendes? No puedes llegar con tus millones y solucionarle la vida sin preguntar. – Glen tenía cara de no entender nada.

— Lo siento, no me estoy enterando. – negó con la cabeza.

— A ver Glen, te voy a explicar una cosita de Rose. Con el tema dinero es un poco... cómo decirlo sin que suene raro. A ver. – resopló un par de

veces. — No puedes llegar y decirle, te he comprado un edificio para ti sola. A lo mejor a cualquier otra mujer se le caen las bragas con eso. A Rose se le cae el mundo. Porque ahora mismo está pensando que ella no es capaz de hacer las cosas por si misma. Joder, si cuando tuvo la casa infestada de cucarachas tuve que arrastrarla a vivir conmigo. — comenzó a poner cara de profunda preocupación. — Contéstame. ¿A cuántos restaurantes caros y pijos habéis ido a cenar?

— A ninguno.

— ¿Cuántas joyas le has regalado? — se pasó la mano por su incipiente barba.

— Solo una. El anillo de compromiso y lo compré en una tienda de antigüedades, porque fue verlo y pensar en ella.

— ¿Entonces? – pasó su gran mano por su cara.

— Mierda, la he cagado. – hice un gesto de un poquito con los dedos. – Tengo que hablar con ella.

— Ya vuelve.

— Rose yo... — Glen se levantó y Rose comenzó su alegato de yo no necesito tu dinero pero vio mi cara y comenzó a bajar su tono.

— Glen, no necesito que llegues a salvarme del mundo. Llevo muchos años salvando mi propio culo. No

quiero que puedas llegar a pensar que...
— Rose se quedó callada unos segundos. — Glen, no quiero que un día puedas pensar que estoy contigo por tu dinero.

— Nunca lo haré nena. — Glen se acercó a agarrarla de la mano y Rose primero dudo, pero al segundo se dejó sujetar por él. — Nunca pensaré eso de ti. Sé que lo que menos te gusta de mi es mi dinero. Me has dejado siempre claro que eso no te importa. Que aunque viviera debajo de un puente, tú me querrías igual. — estaba delante de lo que parecía el final feliz de una película de Hollywood y solo me faltaban las palomitas. No me moví ni un ápice.

— Aunque fueras más pobre que una cucaracha te seguiría queriendo igual. — se agarraron fuertemente de las manos.

— Siento haber comprado el edificio sin consultártelo, pero lo único que quiero es que seas feliz, que tus sueños se hagan realidad y si yo puedo contribuir aunque sea solo un poco... Quiero hacerlo. — creo que solté un o enorme porque los dos me miraron de reojo.

— Perdón, yo me voy también a vigilar a Hans. — me fui sin hacer mucho ruido hacia la puerta pero no me quería quedar sin ver los créditos de la película romántica.

— Sé que quieres hacerme feliz, pero con que estés a mi lado y me quieras como lo haces, es suficiente.

— Qué suerte he tenido Rose.

— Fue increíble joderle la cita a Lu. – se rieron los dos.

— Ahora mismo llamo al dueño y...

— Bueno, he tenido una idea. Para que yo no me sienta tan mal por eso, si tú fueras socio de la academia, sería como una donación a la sociedad y no un regalo. – negué con la cabeza. Lo que le costaba decir gracias. De repente sonó en mi cabeza una voz. Dios, parecía como si mi conciencia hubiera regresado de un gran letargo. Me la

quité de la cabeza de un plumazo.

— Así que sería socio de la academia. Me parece una gran idea.

— Pero serías el segundo socio. — ¿segundo? Rose era la única dueña. — Primero quiero que Lucía sea también socia.

— Yo no tengo ni un duro. — me miró Rose.

— ¿Crees que a ti también te quiero por tu dinero?

— Pues lo llevas jodido, porque estoy tiesa. — comencé a reírme.

— Quiero que seas mi socia. En papeles. — fui donde ellos y aparté a Glen casi de un empujón.

— Te adoro jodida loca. — nos

abrazamos y empezamos a pegar unos pequeños saltitos.

— ¿Cucarachas de nuevo? — al girarnos vimos a Pablo con Rufus.

— No. Ampliamos academia hermanito.

— Vamos a ser la polla con ajo. — lo dijo en castellano y la miramos todos a Rose extrañados.

— ¿Cómo?

— Joder con los dichos en castellano. Tantos años escuchando a Lu y no me los sé. — me miró.

— La polla con cebolla. — chasqueó la lengua.

— Vamos, que va a ser la ostia. — nos reímos.

— La cena está lista. — Hans salió y de casa salía un rico olor. — No me mires extrañada galletita.

Al entrar en el piso vimos la mesa baja del salón puesta. Cada plato de un color, cada cubierto de una forma y cada vaso de una marca diferente. Unas pequeñas velas iluminadas y una fuente de macarrones con queso humeantes en el centro. Rachel estaba acabando de colocar servilletas encima de los platos. Moví la cabeza afirmando.

— ¿Sorprendida? — me agarró por detrás de la espalda la cintura.

— Sí. Pero me encanta que me sorprendan.

Nos sentamos a cenar y fue

divertido. Ver como los seis podíamos comer, hablar y divertirnos juntos. Al final, éramos una familia. A las diez y media recibimos la llamada de la tía Anita. Estuvimos hablando con ella pero pude ver como su cara, aunque hubiera tratado de maquillarla, no era buena. Tenía muchas ojeras y le costaba mucho respirar cuando hablaba. No quise decir nada pero Hans me lo notó. Pablo sonreía cuando hablaba con ella y la tía también se dio cuenta de mi cara de preocupación. Cuando terminó de hablar con él, me llevé el portátil a mi habitación. Cerré bien la puerta cerciorándome de que no pudiera entrar nadie.

Traté de sonsacarle que le habían dicho los médicos pero no me quiso decir nada. No quería enfadarme con ella, pero mi grado de preocupación aumentaba por momentos. Sabía que su salud era demasiado delicada, pero tendría que averiguarlo de otra manera. Llamaría a Hernando para saber la verdad. Me despedí de ella y salí al salón como si no hubiera pasado nada.

Todos se marcharon y cuando nos acostamos me quedé en vela media noche. Cuando me quedé dormida, imágenes de mi padrastro aparecieron en mis sueños.

“Cuando todo te vaya bien en la vida, cuando consigas ser feliz por

completo, acabarás jodiéndolo todo. Maldita zorra malcriada. Tenía que haber hecho esto contigo hace muchísimo tiempo.”

Notaba como sus manos recorrían mi cuello y lo apretaba. Lo hacía con tanta fuerza que me estaba dejando sin respiración. Trataba de zafarme de su cuerpo encima del mío, empujarle con mis manos, pero mis fuerzas flaqueaban por momentos. No podía respirar, ni siquiera podía tragar saliva y comenzó a nublarse mi vista. Todo empezó a dar vueltas a mi alrededor y una sensación de mareo me invadió. Peleaba, peleaba por tratar de quitármelo de encima.

Los gritos de Lucía me despertaron. Estaba dormida gritando y moviéndose muy agitada. Pataleaba con todas sus fuerzas, sus manos y brazos se movían tan rápido y con tanta fuerza que era casi incapaz de despertarla. “Déjame en paz. Me estás ahogando. Por favor, para. Para por favor.” Aún dormida, su cara se llenó de lágrimas. Amargas lágrimas que le estaban trayendo los peores de sus recuerdos a aquella habitación.

— Lucía, Lucía, es tan solo una pesadilla. – trataba de despertarla pero su agitado cuerpo me lo impedía. – Shhh. Lucía.

Ahogó un grito en su boca y

abrió los ojos. Estaba aterrada, completamente muerta de miedo. Serpenteó rápidamente en la cama y se levantó pegándose a la pared. Me quedé de rodillas en la cama, ya que cada vez que intentaba acercarme a ella, me alejaba con sus brazos. Tenía la respiración totalmente agitada, su cuerpo temblaba y no dejaba de llorar. De nuevo me sentí fuera de lugar, sin saber qué hacer por ella. Sin saber cómo ayudarla o tratar de calmarla.

A oscuras en la habitación, con el brillo de la luna que entraba por la ventana, podía ver cómo no dejaba de llorar, cómo no dejaba de temblar. Cuando traté de levantarme de la

cama, giró su cuerpo y se metió en el baño. Podía escuchar sus sollozos, su llanto descontrolado. Me mataba verla así y no saber qué hacer.

Le di un pequeño tiempo necesario para que se calmase y comencé a escuchar el ruido de la ducha. Abrí muy despacio la puerta y la vi observando como el agua golpeaba contra el suelo. Estaba con la mirada fija en los pequeños azulejos azules y blancos de suelo, sin mover nada de su cuerpo. Me acerqué a ella y notó mi presencia en el baño. Se giró temblorosa y se lanzó contra mi cuerpo. Me abrazó con tanta fuerza, que pensé que traspasaría mi cuerpo

con sus brazos.

— *Nena, estás ardiendo. — puse mis labios sobre su frente y quemaba. — Nos vamos a la ducha. — solamente asentía con la cabeza y seguía con la mirada perdida.*

Le quité aquella camiseta larga de los Ramones con la que solía dormir. Me quité los pantalones cortos y la cogí en brazos. Con el brazo libre metí la mano debajo del agua para asegurarme de la temperatura. Estaba helada. Ajusté el agua desde el mando y cuando estuvo bien, comencé poco a poco a meterme debajo del agua. No estaba conmigo, Lucía estaba muy lejos de mí, tal vez muchos kilómetros o

muchos años atrás. Sin soltarla ni un momento, pasé su cuerpo por el agua. Cerró los ojos y no dijo nada. Apoyó su cabeza en mi pecho.

— Lo siento mucho. — me miró con aquellos preciosos y enormes ojos marrones que ya no tenían tanto brillo.

— No pasa nada cariño. Solo quiero que estés bien. Solo quiero eso. — me dio un beso en el pecho.

Cuando noté que se había tranquilizado un poco, cerré el grifo del agua y la dejé encima de la pequeña alfombrilla de colores del suelo. Cogí dos toallas del armario. Me enrollé una alrededor de la cintura y con la otra comencé a secarla. Pasé

por cada rincón de su cuerpo quitando el agua restante que quedaba. Me miraba fijamente mientras se mordía el labio. Tras pasar la toalla comencé a dejarle un reguero de besos por el estómago, las piernas, las rodillas, hasta llegar al pie. Volví a ponerle la camiseta y le di la mano esperando a que estuviera lista para meterse en la cama.

Al meternos en la cama se apoyó en mi pecho, jugueteando con sus dedos sobre él.

— *Lo siento Hans, hacía tiempo que no tenía una pesadilla así.*

— *¿Era tu padrastro? – afirmó con la cabeza. — ¿Malos recuerdos?*

— *No. No era real. Nada que me pasó con él. – se apoyó en un brazo mirándome. – Era una versión nueva de aquellos abusos. No era real. No pasó así.*

— *¿Entonces?*

— *Es mi subconsciente. Cuando pasa algo malo o algo va a suceder, es como si mi pepito grillo interior me pusiera en alerta. – soltó un gran suspiro.*

— *La tía.*

— *Sí, sé que algo no va bien. Que algo va jodidamente mal y no nos lo quiere decir. Es como si se le estuvieran acabando los días. Como si un puto reloj de arena, se hubiera*

abierto más de la cuenta y todo fuera más rápido. Y está tan lejos, que si sucede algo... — echó su cabeza para atrás — no me lo podría perdonar si no la abrazo una vez más. Si no la digo que la quiero. Si no me da uno de sus consejos. — la voz empezó a temblarle de nuevo. — No puedo perderla. Junto con Pablo es la única familia que me queda. Después, estaríamos solos.

— Nunca estarás sola. Me tienes a mí. Tienes a Rose, a Glen, a mi familia. A todos. Tienes aquí una familia que te quiere. Y nunca volverás a estar sola. — agarré su barbilla. — Nunca más Lucía Medina.

— Te quiero Hans. Gracias por

estar a mi lado.

Me besó y se apoyó de nuevo sobre mi pecho. Su respiración comenzó a relajarse y mientras mis dedos recorrían su espalda, se quedó dormida. El resto de la noche me quedé despierto, protegiéndola, velando porque nada perturbase sus sueños.

20. BIENVENIDO A HOLLYWOOD

Viernes. Por fin. Había sido una

semana demasiado intensa. Cuando me desperté Hans no estaba en la cama. Al mirar el reloj vi que tan solo eran las seis de la mañana. Fui a la cocina y Rufus no estaba durmiendo en la manta que le habíamos preparado. Pablo lo tendría en su habitación. Le dije que le dejase en la cocina, pero no. Claro que no. Él siempre hacía lo que le daba la gana. Abrí su puerta y su cama ya estaba hecha y la persiana a medio levantar. ¿Dónde demonios se habían metido esos dos?

Escuché ruido fuera y al salir mis vecinos estaban llegando a casa de fiesta. Tras darme unos cuantos besos impregnados de restos de alcohol, se

fueron a su piso. Me senté en el bordillo de la piscina con las piernas metidas en el agua. Miré mi reloj y comencé a echar cuentas de qué hora sería en España. Pillaría a Hernando despierto. Diez minutos después Rufus entró corriendo por la puerta y se lanzó a la piscina con las cuatro patas abiertas. Me empapó por completo.

— ¿Qué coño haces Rufus? — el perro nadaba hacia mí. Salió por las escaleras y se sacudió para quitarse los restos de agua.

— Joder cómo corre el perro. — Hans y Pablo entraron corriendo por la puerta. Levanté los brazos preguntando qué pasaba.

— Buenos días cariño. ¿Qué tal estás? – Hans se agachó para besarme.

— Con olor a perro mojado. ¿Dónde estábais?

— Me fui a por el desayuno y me encontré a Pablo corriendo con Rufus por el paseo.

— No podíamos dormir. – Pablo se sentó a mi lado. – Te escuché ayer gritando. ¿Qué ha pasado?

— Recuerdos. Pero ya estoy bien. – Pablo me abrazó.

— No me gusta que esos recuerdos te hagan gritar y llorar. Sabes que pase lo que pase siempre estaré a tu lado hermanita. Aquí o a miles de kilómetros. Aunque me estoy planteando

el tema de la beca. — le miré enfadada.

— Ni se te ocurra decirme que te vas a quedar aquí por mí. Porque no te voy a dejar.

— No hemos tenido respuesta y he estado buscando prácticas por aquí. He mandado cartas a varias agencias y bueno, no quiero hacerlas en una agencia de modelos. He hablado con Hans y ... — le miró y me sonrieron los dos. Entrecerré los ojos esperando su respuesta.

— Sus prácticas son muy importantes para que apruebe. Tengo varios contactos por la ciudad que estarían encantados de tener un talento como él en sus equipos. Desde agencias

de modelos hasta empresas de nuevas tecnologías en Silicon Valley. Revistas, equipos deportivos...

— O en la Fundación. – les miré a los dos sorprendida.

— ¿En la Fundación?

— Sí. Quiero que se conozca todo lo que en ella hacemos. Queremos ampliar los servicios, hacer otras Fundaciones en otras ciudades del país.

— Hemos estado hablado y podría encargarme de las fotografías y el diseño de la nueva página web. El curso aquel que hice de programación, aquel verano en el que estaba tan insoportable, me encantó y creo que podría hacer un gran trabajo. – me

levanté de la piscina.

— ¿Y Milán? ¿Las modelos, las fiestas, la buena vida? – mi hermano sonrió negando con la cabeza.

— No soy el mismo Pablo. He visto que todo eso no tiene sentido. Tal vez hace unos meses es lo que deseaba, pero ahora mismo lo que quiero hacer es otra cosa. Quiero poner mi granito de arena para que este mundo sea un poco mejor. – le abracé.

— Que orgullosa estoy de ti Pablo. Eres increíble.

— He aprendido de los mejores. – me abrazó mucho más fuerte y comenzó a sonar mi móvil.

— Yo lo cojo Lu. – Hans cogió

mi teléfono. – Hola Rose. No, no la tengo amordazada a la cama. No, tampoco hemos partido otra mampara. No Rose, tampoco. – se llevó la mano a la cara sonriendo. – De acuerdo. Lu, la loca de Rose.

— Dime Rose. Sí. – mire el reloj. – Puedo estar ahí en media hora, pero llévame café y un buen bollo. Vale. – colgué el teléfono.

Media hora después estábamos viendo el edificio de al lado de la academia. Glen se había encargado de llevar a un arquitecto, un capataz de obra y un decorador. Allí estábamos todos observando cada rincón del edificio. Rose estaba muy callada,

mirando todo y sabía que por dentro de su cabeza se estaba comenzando a dibujar un plano, con todas las salas, con todas las ideas muy claras. Me agarró de la mano y subimos al cuarto piso. Allí había una sala diáfana, que ocupaba de lado a lado del edificio, con un par de columnas y al final una cristalera que daba a un pequeño jardín en la azotea. Al salir se podía ver el DownTown de Santa Mónica, la calle peatonal y los pequeños puestos que estaban saliendo ya a la calle. Rose me agarró de la mano.

— Es perfecto cariño.

— ¿Tú crees?— apreté fuertemente su mano entre las mías.

— Si cariño. Es perfecto. Además parece que Glen tiene mucho interés en que se empiece ya. Y sé que en tu cabeza ya tienes todo listo. La academia se está quedando pequeña. Además la semana que viene está cerrada por esa semana de vacaciones de los alumnos. ¿No crees que es una señal?

— ¿Divina? – nos reímos.

— No sé si divina o del divino de tu futuro marido. Pero es una gran señal y una gran oportunidad. Así que ahora a mover el culo porque hay que cuadrar todo y empezar a buscar profesores. Hacer una lista con las clases que quieres ampliar, con lo que

siempre quisiste enseñar en la academia, pero por tiempo y espacio no se podía.

— Parece que tú también le has dado vueltas. — salieron Hans y Glen. — Unas pocas.

— ¿Y bien? — Rose se dio la vuelta.

— Sí Glen, vamos con todo.

El resto del día nos lo pasamos entre clases, llamadas al hospital para conocer el estado de Hannah, que se estaba recuperando muy bien de la operación, más clases, comiendo en media hora mientras hacíamos carteles y preparábamos entrevistas para futuros profesores y profesoras para la academia, una recepcionista, repartir el

espacio del edificio para las clases, un par de cafés de más, más clases y mucho estrés. Fue una buena manera de olvidarme por un rato de lo malo.

— Yo me encargo de todo. Dame esos planos que habéis hecho en esas servilletas de la cafetería y en dos semanas todo estará listo.

— ¿Dos semanas? – Rose se extrañó.

— Te prometo que en dos semanas tendréis todo listo. Con una gran fiesta de inauguración. Como te mereces cariño. – Glen abrazó a Rose.

— Lucía, ¿a qué hora tenemos la cena con Ricardo?

— A las ocho. – continué en el

ordenador haciendo unas cosas.

— Pues o quieres ir con esa pinta de loca o tendrás que irte a casa ya a prepararte. Son las siete.

— Mierda. — cerré el ordenador y antes de salir corriendo pregunté. — ¿Vosotros os venís?

— Sí, quiero saber que le ofrece ese Ricardo a mi socia.

— De acuerdo. Llamad a Hans y quedamos en casa en media hora. Que de ahí tenemos nada al bar.

— De acuerdo.

En menos de veinte minutos estaba sentada en el sofá vestida con un vestido granate y blanco, atándome las sandalias doradas. Hans entró en el piso

y se quedó observándome.

— Estás preciosa galletita.

— Se hace lo que se puede.

— ¿Tan elegante para ver a ese tal Ricardo?

— Es un lugar bonito y luego había pensado en que nos podíamos quedar a cenar allí. No me dejarían entrar en zapatillas y vaqueros. Cuestión de etiqueta. — le sonreí. — ¿Nos vamos?

— Sí, el resto ya están fuera esperándonos.

Estaba atardeciendo y al llegar al Shutters On the Beach me quedé mirando el atardecer cuando entramos en la terraza que daba a la playa. Podía competir con los atardeceres de España,

pero no tenían los mismos colores ni los mismos olores que me hacían estar en casa.

Al girarme vi a Ricardo apoyado en la barra del bar. Al ver que estábamos todos se quedó sorprendido.

— Buenas tardes Lucía. ¿Has traído refuerzos por si te obligo de nuevo a sacar tu talento?

— Me los he traído por tu bien. En Cabo te mandé al carajo, espero no tener que hacerlo de nuevo hoy. — noté cómo Rose me daba un pequeño golpecito en la espalda.

— Veo que tu genio no se quedó en Cabo.

— Lo llevo siempre conmigo,

no lo olvides.

— ¿Podemos hablar los tres? — puso una de sus manos como para que pasásemos a una de las mesas Nico y yo.

— Claro. — Nico me miró tratando de calmarme. — Ahora nos vemos. — besé a Hans y ellos se fueron a otra mesa a tomar algo. Al sentarnos traté de comportarme. — Bueno, ¿qué nos ha traído aquí?

— La buena comida, la buena bebida y unas vistas increíbles. — levanté la ceja. Ya volvía a ser aquel arrogante de Cabo.

— ¿Nada más? Tengo mejores cosas que hacer que estar admirándote.

— ¿Me admiras? — apoyó sus

antebrazos en la mesa acercándose a mí.

— Es una forma de hablar, bonito. — me apoyé en la silla con los brazos cruzados. — Tienes cinco minutos. Después me iré realmente a disfrutar de la noche.

— Cinco minutos y seréis míos. — solté una carcajada y Nico me miró muy serio.

— Perdón. Me ha sonado a compra de camellos en el desierto.

— ¿No te callas nunca? Joder. — Nico negaba con la cabeza.

— Cinco minutos callada, prometido. — hice un gesto de ponerme una cremallera en la boca.

— Quería quedar con vosotros.

Como supongo que sabréis soy coreógrafo, de grandes estrellas, de grandes fiestas y de vez en cuando de películas. — resoplé y me miró. Levanté los brazos diciendo que no estaba hablando. — Quiero que forméis parte de mi equipo. Los dos. Lo que me mostrasteis en Cabo, fue alucinante. Y os aseguro de que no utilizo mucho alucinante en mi vocabulario diario.

— ¿A qué te refieres Ricardo? Ya sabes que nosotros trabajamos en una academia. — Nico por debajo de la mesa me agarró de la mano para que me tranquilizase.

— No quiero que dejéis vuestro trabajo, pero quiero que vayáis más allá.

En unas semanas tengo una fiesta aquí en Los Ángeles, la inauguración de un nuevo local y me han contratado para hacer un buen espectáculo. Os quiero conmigo. — Ricardo se me quedó mirando fijamente y extendió su mano cediéndome la palabra.

— ¿Por qué? — apoyé mis antebrazos en la mesa, al igual que él.

— Porque me gustáis por separado, pero sobre todo, me gustáis juntos. Comienza a aceptar los halagos señorita Medina. — chasquéé mi lengua.

— No lo entiendo. Solamente somos dos bailarines que dan clases en una academia. — no entendía qué quería de nosotros.

— Vosotros dos, tenéis algo que hoy en día mucha gente ha perdido. Bailáis con el alma. Ponéis corazón en cada baile. Pensáis que no se os nota, pero en tan solo una rutina para impresionar a un capullo como yo, todos lo pudimos ver. — sonreí soltando aire por repetir mi frase de impresionar a un capullo. — Sí Lucía, te escuché. Quiero alma en mi equipo. Alma y corazón. Y vosotros dos, tenéis mucho de eso. Tal vez por lo duro que habéis tenido que trabajar o por lo que habéis sobrevivido en vuestras vidas.

— El baile sana el alma. — Nico apretó mucho más fuerte mi mano bajo la mesa.

Nos sentamos un poco alejados de ellos, pero no pude quitar la vista de ellos. Vi cómo Lucía se ponía a la defensiva, cómo se tranquilizaba y cómo Nico le agarraba la mano. Pero no vi pasión, ni nada por el estilo. Tan solo cariño. El mismo cariño que ponía con cada persona especial que conocía. Me centré en la conversación de nuestra mesa. Rose había sacado una agenda en cuya portada se podía leer **“Hoy pueden pasar un millón de cosas buenas”** de Mr. Wonderful. Tan solo ellas serían capaces de tener una agenda así y llena de pegatinas, marcadores y cintas de colores separando las hojas.

— *A ver, tenemos estas ideas para la separación de clases. Tenemos tres plantas.*

— *Cuatro. – corrigió Glen.*

— *Tres útiles. La última planta sería para nosotras. Es amplia, colocando grandes espejos alrededor de las dos paredes laterales, podría ser nuestra mejor sala para practicar. Además queremos montar un pequeño despacho allí para nosotras. – Rose estaba completamente involucrada. – Pero no me ha gustado ese decorador que has traído.*

— *Yo tengo un amigo, que estaría encantado de ayudaros. – busqué en mi móvil el teléfono. – Nos*

ayuda en la Fundación. Y tiene un estudio de decoración en Hollywood. Creo que os encantaría. Tiene la misma visión loca de la vida que vosotras. — le apunté el número en la agenda. — Llámale ahora y mañana estará en la academia.

— Perfecto.

— Yo creo que las separaciones de las salas habría que aislarlas bien, para que no nos molestemos. Es mucho trabajo. — trastabilló al hablar. — No...no sé sí...

— Tranquila nena. Déjame todas las ideas y te aseguro que en dos semanas estará más que listo.

Rose hizo unos bocetos simples

en unos folios y Glen lo vio a la primera. Qué era lo que tenía su futura mujer en la cabeza.

Media hora después vimos como Nicola y Lucía se despedían de Ricardo. La sonrisa que se dibujó en su cara al darle la mano a Lucía me dejó intrigado. ¿Qué les había ofrecido? ¿Para qué había sido aquella reunión?

— *Una ronda de mojitos por favor. Me he tenido que comportar pidiendo una tónica con limón, pero le faltaba algo de ginebra. – se sentó a mi lado besándome.*

— *Chicos, pasadlo muy bien. Yo me voy a casa.*

— *No Nico. – acerqué otra*

silla a la mesa. – Quédate con nosotros y tómate algo. – noté la mirada de Lucía intrigada fija en mi nuca. – Prometo comportarme con un ser civilizado.

— *Lo dudo mucho. – Glen había cogido la manía de Rose y Lucía de decir lo primero que se le pasaba por la cabeza. Nico se sentó.*

— *¿Qué os ha ofrecido el gran dios del baile Ricardo Ortega?*

— *Trabajo. Nos ha ofrecido trabajo y unas audiciones para unas cosas que está preparando en la ciudad. Un par de fiestas, algo de un videoclip. Nada en concreto. Divaga demasiado para mi gusto. Y es un*

chulo, un prepotente... — nos dejaron los mojitos en la mesa y Lucía casi lo sorbió por completo de un trago.

— Parece que me describes a mí antes de conocerme. — Nicola guiñó un ojo a Lucía.

— Aún me pareces un poco chulo. — Lucía miró a Rose. — Quita esa cara nena, no me voy a ir a ningún sitio. Un par de fiestas, si es que pasamos las audiciones. No he pasado una en mi vida. Si antes era demasiado mayor, ahora imagínate. ¿Glen al final Pablo se ha quedado con Rachel?

— Sí, no sé qué tiene tu hermano, pero la tiene encandilada.

— Porque es guapo, tiene unos

ojos azules de muerte y una sonrisa de escándalo. Así se gana a todo el mundo. Así me ganó a mí el día que nació. — cerró los ojos por un instante y sonrió.

— ¿Cenamos algo? Tengo un hambre que me podría comer un elefante ahora mismo.

Pedimos algo de cenar y estuvimos riéndonos mucho durante toda la noche. Comencé a ver lo que Lu veía en Nicola. Era sincero y bastante buena gente. Encima después de que me hubiera contado su pasado, no podía seguir celoso de su relación. Tenía que aprender a controlarme. Aprovechamos para disfrutar de una

pequeña fiesta que había en la playa. Un chiringuito, música latina y muchas, muchas risas. Me fui al baño y cuando volví no encontré a Lu en la barra con el resto. Al lado de Glen en la silla, estaban colgadas las sandalias doradas de Lucía. Miré alrededor, Rose estaba bailando con un chico y en el centro de la pista, con gente haciendo un corro a su alrededor, estaba Lu. Siempre trataba de pasar desapercibida, pero con la forma que tenía de moverse, la manera en que sus manos recorrían su cuerpo mientras bailaba, era imposible no fijarse en ella. Lo mejor de todo era que lo hacía sin darse cuenta. Era de esa clase de

mujeres que son sexys, pero sin saber hasta qué punto lo son.

Sonó la campana y el fin de semana se deja ver, vestido de traje, lujuria salvaje bajo mi piel. Si Dios puso la manzana fue para morder, ay Dioooooos, pequemo' abrazaito' hasta el amanecer.

Llego la fiesta, pa' tu boquita, toda la noche, todito el día. Vamo' a bañarnos en la orillita, que la marea esta picaíta'.

Verla mover de aquella manera las caderas al ritmo de aquel sonido tan... ¿sexual? No sabía muy bien si era por el calor que hacía aquella noche, por el baile de Lucía o por lo

que se respiraba en aquella playa, pero aquella canción me parecía puro sexo. Me moví entre la gente que bailaba para poder ver a Lucía bailar. Al mirar bien vi que su acompañante era Nicola. Movía sus manos por los brazos de Lucía, pegándola a ella, metiendo su pierna entre las de ella y con un simple gesto de cadera, hacerse con ella bailando. Ella movía las caderas y su culo con tanta sensualidad, que ya pillé a más de uno literalmente babeando. Carraspeaba cuando les veía mientras pasaba por su lado. Quería ser sutil, pero yo no sabía lo que era eso. Simplemente se me notaba cuando quería algo y lo quería para ya.

Aquella canción me parecía eterna mientras les observaba mover sus cuerpos al mismo son. Lucía estaba tan metida en la música que no se daba cuenta de que era el centro de atención de todos, pero mis ojos se cruzaron con los de Nicola y me hizo un gesto sutil para que me acercase a ellos y tras dos vueltas, Lucía bailaba entre mis brazos. Abrió los ojos y soltó un pequeño gemido al notar mi erección entre sus piernas. Bajó los ojos y se dibujó en su cara una sonrisa pícaro. Puse mi mano en su espalda y metí una pierna entre las suyas. Comenzamos a movernos, dejándonos llevar por aquellos sonidos, tan tribales, tan

sensuales y tan llenos de pasión.

Le di la vuelta con unos pasos de salsa que les había visto ya practicar y su risa se podía oír casi por encima de la canción.

— *Aprende usted muy rápido señor Berg. — pegó su culo y mi erección ya estaba a puntito de hacer saltar los botones.*

Déjame morderte, estoy vampiro bien demente. Déjame morderte, te lo juro y sin la gente. Déjame morderte, te necesito locamente. Déjame morderte, amarraito' bien demente.

No me pude controlar y le di un pequeño mordisco en el cuello, subiendo mi lengua hasta la oreja y le

susurré.

— *Aprendo con una gran maestra. Y a mí me da igual con o sin gente. – apoyó su cabeza en mi hombro y no veía el momento de devorar su boca.*

Se apartó de mi cuerpo agarrando mi mano, se mordió el labio, pasando sus dedos por el cuello y bajando hasta su pecho, lentamente. Continuó bailando tirando un poco de su vestido hacia arriba, enseñándome sus preciosas piernas y parando justo antes de que le pudiera ver más. Soltó muy despacio su mano de la mía acariciándome la palma de la mano, sabiendo que aquello me excitaba

muchísimo. Se metió entre la gente que continuaba bailando y giró su cabeza, invitándome con un dedo a seguirla. Se llevó ese mismo dedo a los labios y se lo mordió provocándome. Bajó a la arena y comencé a seguirla. Comenzó a correr y en menos de cuatro metros la alcancé, sujetándola fuertemente contra mi cuerpo.

Solamente quería recorrer todo su cuerpo durante toda la noche bajo aquel cielo estrellado.

21. ATRÁPAME SI PUEDES

El juego de atrápame si puedes, duro menos de lo que me hubiera gustado. Sus largas piernas me dieron caza en menos de diez segundos. Al pegar su cuerpo al mío pude notar que su erección no había disminuido ni un milímetro. Puso su mano alrededor de mi cintura y me levantó del suelo para darme uno de sus besos que tanto me gustaban. Sin dejarme tocar con los pies la arena, caminó hasta unas rocas que teníamos a unos metros. Justo dentro de ellas había un pequeño hueco de arena y dejó mi cuerpo sobre ella.

El aire cálido rozaba nuestros cuerpo ya desnudos. Hans tenía las manos hábiles y rápidas para deshacerse

de nuestra ropa. Recorría cada rincón con su lengua, con sus dedos y con su cuerpo. Escuchábamos la música y a la gente hablar cerca, pero nos centramos en nosotros. Nos daba igual lo que pasase alrededor. Habíamos vuelto a descubrir las miradas, las pasiones y los besos desgarradores. De esos de los que siempre quieres más, de los que nunca teníamos suficiente. Con sus dedos dentro de mí, escuché a una pareja cerca de nosotros y abrí mucho los ojos. Sí. Me di cuenta en aquel momento. Lo había recuperado, pero solamente podía ser con él. Porque mirar y que nos pudieran ver seguía siendo muy excitante.

Las voces se alejaban y acercaban pero nosotros estábamos en un clímax muy lejos de ellos. Cuando quise gemir Hans me besó y se ahogaron dentro de su boca los dos orgasmos. Cerré los ojos y dejé caer mi cuerpo encima del suyo.

— ¿Y cuándo se lo vamos a decir Rachel? – miré a Hans y tuve que reprimir una gran carcajada. Me puso su mano en la boca.

— No lo sé Rose. Mañana tenemos la cena y quería hacerlo en un lugar especial. – rebuscaba alrededor de nuestros cuerpos desnudos la ropa antes de que aquellos dos se dieran la vuelta. Levanté un poco la cabeza y estaban de espaldas a nosotros sentados en las

rocas.

— ¿No tenían más rocas? —
susurré a Hans.

— Calla y busca la ropa.

— ¿Dónde coño la has
mandado? — gateé detrás de las rocas y
encontré mi vestido a un par de metros,
cerca de la orilla. — Te mato Hans. —
saqué de nuevo la cabeza y no creía que
me vieran. Miré a ambos lados y no
había nadie cerca. Así que me levanté en
silencio, clavándome las piedras en las
manos y pies, fui muy muy despacio a
por el vestido y justo escuché otra voz.

— Las bebidas. Allí ahora hay
muchísimo ruido. — levanté la cabeza, vi
que era Nico y pude ver como

entrecerraba los ojos y adelantaba un poco la cabeza. - ¿Lu?

— Mierda. – cogí el vestido y me lo puse para que me tapase algo. –
Hola. Se ha quedado buena noche.

— ¿Qué demonios haces desnuda? – justo se levantó Hans y le lancé con el pie su calzoncillo y como medio kilo de arena a la cara.

— Joder galletita. Creo que ya tenía suficiente arena metida en el culo, como para tener más en la cara.

— Oh dios. – Nico se dio la vuelta y pude ver cómo Rose se levantaba un poco mirando a Hans.

— Lo que no sé es como no has llegado al centro de la tierra con lo que

tienes entre las piernas monito. ¿De ahí viene el mote Lu? – Glen que se estaba riendo casi se atragantó.

— ¡Rose! – Glen la regañó y me empecé a reír.

— Perdón Nico, es que somos un poco exhibicionistas. No hay excusas para esto. Perdón. – fui hasta las rocas y dándome la vuelta me vestí.

— Vosotros como que no estáis demasiado asombrados. – Nico miró a Rose y Glen.

— Ya. Bueno, son cosas que pasan. – Rose levantó los hombros.

— Ya. – miró el reloj. – Es muy tarde. Mañana tengo clase a primera hora. – se despidió con la mano y se fue

por la playa rascándose la cabeza. Me coloqué bien el vestido y corrí hacia él.

— Nico, lo siento. No esperaba que nos viera nadie. – achiné los ojos.

— ¿Seguro? – dudé con la cabeza. – No pasa nada Lu. No es algo que me asuste, pero es que no me lo esperaba en medio de la playa. No os juzgo, ni mucho menos. Nosotros también teníamos momentos raros.

— No es nada raro. Solamente es explorar y mirar, excitarte si te pillan. Pero no es raro.

— Ya sabes a lo que me refiero. – me agarró del hombro. - ¿Nos vemos mañana en la academia?

— ¿Vas a seguir mirándome así

de raro? – quitó la cara de susto y sonrió.

— No sé si te reconoceré vestida. – me dio un beso en la mejilla y se marchó.

Nos marchamos todos a casa después de tomar otro par de copas. Al día siguiente cuando entramos en la academia fuimos directos a la sala del fondo y llamamos al hospital. Pudimos estar hablando un rato con Hannah. Cada día la echaba de menos y nos preocupaba cómo estaba. Hans no me había dicho aún nada de su pequeña reunión con Mercedes. Supuse que estaría tratando de reunir los papeles. Pero sabía que algo le preocupaba.

— Hans, ¿estás bien? — le notaba distraído.

— Sí, pensando en Hannah. — comencé a escuchar música demasiado alta de una de las salas.

— Nico está sordo. — abrí la puerta y empecé a reírme.

— ¿De qué te ríes? — señalé a la sala diciéndole que escuchase la letra.

Estoy mirando, te estoy observando. Un voyeur desde un punto de vista diferente. Los ojos solitarios que he estado revisando. Comprometido con las viejas costumbres a la nueva conexión.

— ¡Será mamonazo! — Hans se

reía y salimos los dos hacia la sala. — Nos ha quedado claro el mensaje Nico. No hace falta que la pongas más alta.

— ¿Por qué dices eso Lu? Solamente estaba escuchándola para una clase.

— No te lo crees ni tú Nicola. Pero creo que nos lo merecemos. — me miró Hans.

— Y un huevo. No voy a dejar de hacerlo, aunque me pongas doscientas canciones. Ya puedes ir buscando más Nico.

Como de costumbre cuando nos dimos cuenta teníamos que irnos a prepararnos para bajar hasta Palos Verdes a cenar en el Mar'sel. Cuando

llegamos aún Mariola y Alex, no habían llegado. Rose comentó que venían de camino, que se habían perdido un poco. Cuando nos sentaron en nuestra mesa, solté un wow al ver las vistas. El lugar era simplemente espectacular. Teníamos una pequeña zona reservada solo para nosotros al fondo de la terraza, justo encima de uno de los salientes del acantilado. Una pequeña barandilla con cristal nos separaba de un mar azul, tranquilo, olas que se mecían sobre las rocas. Me asomé por aquella barandilla y respiré. La última vez que estuve en un acantilado no estaba bien, mi corazón se había roto y en aquel momento Hans puso sus manos en la barandilla,

encerrándome entre sus brazos y besándome el cuello.

— ¿Sabes que esto me recuerda... - no me dejó continuar con la frase.

— Te recuerda a Langre. - meneé la cabeza lentamente. - ¿No?

— No. Me recuerda al día que salí de la Fundación. Aquella maldita noche. No sé cómo, pero acabé sentada en un acantilado viendo como el mar picado rompía contra las rocas. - me di la vuelta para poder mirarle. - Era como si mi vida se hubiera acabado aquella noche.

— ¿Pensaste en... - tragó saliva y sabía perfectamente lo que se le estaba

pasando por la cabeza.

— No. No, de ninguna manera. Pero necesitaba respirar, quería poder respirar y no pude hacerlo hasta que hablé contigo. — le acaricié la cara. — Sé que no hice bien, sé que puede que mi reacción fuera extraña, pero lo hice porque te quería.

— Y lo volverías a hacer. Volverías a protegerme con tu corazón. — afirmé con la cabeza. - ¿Cómo no te voy a querer Lu? - nos besamos y escuchamos al camarero que nos traía una botella de champagne Perrier Jouët.

— ¿Quién la ha pedido? — Rose se quedó mirando al camarero sorprendida.

— La pareja que falta nos ha llamado y nos han comentado que les saquemos la botella hasta que lleguen. — nos sirvió y nos miramos Rose y yo.

— Joder que estilazo tiene la neoyorquina. — Rose se bebió de trago la copa. — Joder, pues sí que está bueno. ¿Por qué no bebemos más de esto? — me miró y levanté las manos. — Claro, que necesitamos los riñones para sobrevivir. — soltamos una carcajada.

— Voy un segundo al baño chicos. Ahora vengo.

Cuando salí del baño aproveché para llamar a Hernando, pero después de cinco llamadas sin contestar cesé en mi empeño. Escuchaba como los tacones

de mis sandalias sonaban en el suelo del baño. Me preocupaba mucho más que no me quisieran coger el teléfono y me contasen lo que realmente estaban pasando. Al salir me choqué contra un hombre bastante más alto que yo. Al levantar la vista vi que era Glen.

— Joder, perdón Glen, no te había visto.

— ¿Perdón? – me miraba extrañado.

— ¿Has venido con traje?
Joder, no me había dado cuenta.

— Creo que... - no le dejé terminar.

— Sí, sí, a mear rapidito que estarán a punto de llegar. – le di unos

golpecitos en el brazo.

Volví a la mesa y cuando vi a Glen al lado de Rose sentado, me quedé mirando al fondo del salón aquel.

— ¿Tú no has ido al baño?

— No me he movido de aquí

Lu. – volví a mirar hacia el baño.

— Lu, ¿te acuerdas de Mariola?

– me giré y le di dos besos.

— Hola Mariola. Encantada de verte de nuevo.

— Sentimos llegar tarde, pero es que entre alquilar el coche y que aquí el señor trajeado se ha equivocado de salida y no ha querido preguntar cómo llegar, pues tarde. – Mariola se sentó en la mesa. – Y ahora está en el baño. Se le

habrá movido la corbata. — hizo una mueca con la boca y me reí. — Me sorprendió cuando me dijo Sonia que querías que me encargase de la boda.

— Sí, lo sé. — Rose se llevó la mano a la cara.

— La que juró y perjuró no casarse nunca. Pero parece que cuando aparece Don Perfecto, todo eso se te quita de la cabeza. — Mariola sonrió y negó con la cabeza.

— Eso creo que nos puede pasar a todas. Yo también juré y perjuré no enamorarme, y está a punto de llegar el trajeado que me ha vuelto loca. El que se ha recorrido el país detrás de mí. — negó con la cabeza y se sirvió una copa

de champagne.

— Otros se van hasta Las Vegas para buscar a una jodida tarada que huye arrastrando a su mejor amiga. — Hans me miró como echándome la bronca por mi boca.

— No la mires así, es de las mías. — Mariola chocó su mano con la mía.

— Buenas noches. Perdón por la tardanza.

Cuando miramos al señor trajeado, nosotros cuatro nos quedamos muertos. Era normal que le hubiera confundido con Glen. Eran simplemente iguales. Buenos, con ciertas diferencias, pero muy, muy parecidos. Altos,

morenos, ojos azules y muy guapos. Jodidas. Ninguna de las dos tenían mal gusto.

Pedimos la cena y pudimos comprobar que Mariola podría organizarle una boda a Rose y Glen especial. Tenía un pequeño don reconociendo a las personas y justo después del segundo plato, antes de que llegase el postre, nos levantamos las tres y nos alejamos de los chicos.

— Dime en una palabra cómo quieres que sea tu boda.

— Inolvidable. Especial. Única. Un momento irremplazable. – las palabras brotaban de la boca de Rose a lo loco. Mariola y yo nos reímos.

— Bueno, aunque te haya pedido solamente una, creo que sé a lo que te refieres. — vimos como miraba a la mesa. - ¿Es el primero? — la miramos Rose y yo sin saber bien a lo que se refería.

— ¿El primero? — Mariola se rio y justo un camarero nos dejó otras tres copas y otra botella de champagne. Nos sentamos en unos sofás alrededor de una pequeña hoguera entre unas piedras.

— El primero con el que te piensas en serio casarte.

— Es que no me lo he pensado. Fue a buscarme a Las Vegas en un ataque de pánico que me dio. Sabe cómo

llevarme y me aguanta todo. No señala mis defectos, simplemente los adora. — se tocaba el anillo que llevaba en el dedo. — Es el primero y único.

— Perfecto. Con eso ya sé lo que quieres. Un momento mágico, único y especial. Como si fuera algo improvisado, algo que se haga sin mucho lujo, sin tonterías de niñas pijas. — nos sirvió champagne.

— Hombre, un poco de esto no me importaría. — levantó la copa para brindar. — Ya me dijo Sonia que eras perfecta organizando bodas, pero lo que no me avisó es que calabas tan pronto a las personas.

— Bueno, pareces una de esas

personas especiales y únicas.

— Menos mal que no hay más como nosotras. – volvió a brindar con las dos.

— Dame locas a las que se nos ve venir, que pijas relamidas que te joden en cualquier momento. – no pude evitar soltarlo.

— Dios Lucía, si te oyera Alex, pensaría que lo he dicho yo. La verdad es que este sitio tiene mucho encanto. – se levantó y miró justo unas escaleras que bajaban a la playa. - ¿Esto se podrá alquilar completo?

— El dinero lo compra casi todo. – señaló la playa.

— Tu entrada bajando estas

escaleras y una pequeña ceremonia allí abajo. – quitó el cordel que cerraba el paso a las escaleras. – Que te traiga hasta aquí el padrino, y con una bonita música en directo, bajéis por las escaleras, mientras Glen, el potente de Glen, te espera abajo con un pequeño camino de flores por la arena... - seguía hablando mientras bajaba las escaleras. Agarré de la mano a Rose, la botella y la seguimos. – Al atardecer, mientras el horizonte se tiñe de morados y ocres.

— Joder nena, ¿todo eso solo al ver esto? – se descalzó y metió los pies en el agua.

— Coño, que fría está. – salió corriendo. – Son mucho años ya y con

pocas personas puedo hacer lo que me gustaría. Todo son, pues quiero peonías, quiero la mejor orquesta del país, bla bla bla.

— Pues a mí me lo has vendido. Bueno, no había pensado en cómo hacerlo, pero he podido ver lo que me has dicho y me encanta.

Las chicas desaparecieron de la terraza y cuando vimos el cordón que cerraba el acceso a la playa suelto y escuchamos unas risas abajo, supimos que allí estaban ellas. Pedimos que nos bajasen el postre a la playa, y aunque el camarero al principio se negó, Alex, tras hablar con él, aceptó.

— *Que poder de convicción.*

— He tenido que aprender y aceptar que cuando Mariola quiere algo, lo consigue sí o sí. Así que ya no me preocupo de estas cosas. Con una propina, aceptan todos. Triste, pero cierto. — levantó los hombros.

— Me ha hablado Rose de ella. Dice que es la mejor de Nueva York. — comenzamos a andar hacia la playa.

— Puede que haya alguna otra empresa que pueda organizaros la boda, pero lo que le he visto yo conseguir, no le he visto a nadie. Y eso que en mi hotel hemos organizado bodas, eventos y demás fiestas, pero lo que ella consigue es, simplemente mágico. Convierte un lugar mundano en

un cuento de hadas. – nos asomamos por la barandilla y allí abajo estaban las tres, planeando algo. – Dónde no hay nada, ella ve magia. – las sonrisas de ellas tres podían competir con la luz de la luna aquella noche.

— Lo que Rose quiera.

— Joder Glen, de verdad, lo que te ha cambiado esa pequeña bruja. – Glen me dio una colleja. – Bruja en el mejor de los sentidos.

— Ya claro, como que aquí al súper deportista, yo no quiero a nadie, y a todas al día siguiente no las llamo, no le han cambiado.

— No. Soy una versión mejorada. – le guiñé un ojo de forma

chulesca.

— Dios, que idiota puedes llegar a ser cuando quieres. — Alex nos miraba sonriendo y apoyado en la barandilla negando con la cabeza.

— Si cierro los ojos podría ser una conversación con mi mejor amigo o mi hermano. Igualito.

Bajamos las escaleras y el camarero nos dejó una pequeña fondue en una pequeña mesa que bajó consigo y otro camarero nos dejó fruta fresca. Los dos se marcharon negando con la cabeza.

Mariola convenció a Glen que le dejase en sus manos toda la organización. No tendrían que

preocuparse de nada. Solamente tenían que decirle la fecha y ella sería la que se encargaría de todo, aunque estuviese en la otra punta del país. No sabría decir lo que vi en la cara de Lucía. No se despegó de aquella sonrisa en toda la noche. No sabía si era por el aire fresco que trajeron los neoyorkinos, la felicidad de Rose o pensar en una boda. Nunca habíamos hablado de ello, tal vez ella también quería recorrer un camino de flores hasta un altar improvisado.

— *Chicos, ¿qué os parece si nos vamos a Long Beach?- Mariola se levantó de la arena, sacudiendo la americana de Alex.*

— *¿Cómo demonios conoces tú por aquí locales?*

— *Jus me lo ha recomendado. Una vez que vinieron aquí acabaron... - Alex le dio un beso cortándola.*

— *No quiero saber más de Jus y sus escapadas.*

— *Me encanta ese lugar. - Rose dio palmaditas y entonces supe que al día siguiente tendríamos una resaca de pelotas.*

Cogimos los coches y nada más entrar en el local, lo latino se apoderó de todos nosotros. Supiéramos o no bailar, aquello fue una noche de bailes, mojitos, más bailes, risas y mucha complicidad. Las chicas bailaban

juntas, nosotros en una de las mesas las observábamos. Miradas furtivas desde la pista, sonrisas entre nosotros y vino a mi cabeza el recuerdo de las discotecas de Santander. Cómo aquella noche supe que estaba enamorado de ella. Cómo me miraba, cómo me vacilaba y cómo el tonteo que tenía con Fernando me mataba por dentro.

Comencé a escuchar un sonido de guitarra y Lucía me invitó a bailar con ella desde el centro de la pista. Dejé mi copa y me acerqué a ella. No reconocía la canción, era en español.

*— ¿Estás divirtiéndote? —
Lucía me tenía agarrado por una mano y con su otra mano en mi espalda*

guiaba mis pasos.

— *Está siendo una noche divertida. — tarareaba la canción.*

— *Esta canción es preciosa. Escucha bien la letra. Es de Café Quijano.*

El tiempo vuela y no se frena. Y se va y se va, y no hay manera de robar un instante, que me pueda permitir estar más tiempo así. Jugando a conquistarnos y abrazado a ti, jugando a no dormir, viéndote mirar a tantos cielos, que se pueden ver si miras desde aquí. Despierto y no sé cómo robarle tiempo al tiempo, cada día cada noche es un momento. Se escapa y no le robo tiempo al tiempo. Solo sé

que es infinito lo que siento y doy gracias por tenerte.

Es lo que me gustaría hacer con Lucía. Robarle tiempo al tiempo y poder pararlo por unos segundos, respirar, observarla detenidamente y captar cada gesto, cada sonrisa y guardarlo muy dentro de mí, para no poder olvidar nada nunca.

— *Preciosa. Una letra preciosa. Infinito. – acaricié la pulsera que llevaba con un infinito en ella.*

Y así fue el resto de la noche. Bailando, riendo y disfrutando. Disfrutando de los pequeños placeres de estar con amigos y no pensar en nada más. Solamente dar las gracias

por haber encontrado a personas tan locas como tú, para pasar los mejores momentos.

22. AMIGOS DE MÁS

Lo supe. Lo supe nada más llegar

la noche anterior al Mar'sel. La resaca iba a ser apoteósica. Me avisó Rose de cómo se las gastaba Mariola, pero joder, era como hacer una mezcla con nitroglicerina y esperar a ver cómo explotaba aquello. Me llevé la mano a la cabeza y abrí un ojo. Lo último que recordaba era pedir una habitación en un motel cercano. No fuimos capaces de llegar a un hotel medianamente decente. Hans estaba tirado a mi lado, aún vestido y como si le hubiera pasado una apisonadora por encima. Mi móvil comenzó a sonar. Lo cogí de debajo de mi bolso y salí a la calle.

— ¿Sí?

— Dios mío Lulu, tienes una

voz de Manolo que no puedes con ella. ¿Qué has hecho esta noche?- era Evi.

— No lo sé. Lo último que recuerdo fue beber un chupito de algo que brillaba. Madre mía que pelotazo tengo. — vi justo un carrito con café al lado, cogí el termo y entré en la habitación.

— ¿Y dónde demonios está ese precioso culo ya californiano?

— Pues en Long Beach. Ayer al final nos liamos. ¿A qué vienen tantas preguntas Evi? Porque creo que ya no podré responder más.

— Pues menos mal que tu querido hermano estaba ayer en casa, porque si no tres de tus amigos estarían

mal durmiendo en algún motel. – cogí uno de los vasos del baño y me serví café.

— ¿De qué me hablas?

— Mueve tu culo y vuelve a casa morenita. – me colgó.

— ¿Qué coño...

— Buenos días. – Hans se levantó con el pelo completamente revuelto, con los ojos rojos y con restos de maquillaje por el cuello.

— ¿Ayer llevaba los labios tan rojos? Joder. – le limpié el cuello.

— ¿Con quién hablabas?

— Evi, pero no sé qué me estaba diciendo. – miré el reloj. – Dios, si tenemos que irnos a la academia. –

cogí el teléfono para llamar a Rose y entró como un huracán en la habitación.

— Has sido tú la que nos ha robado el café. — se me tiró encima.

— Si nena. Lo necesito. — le di mi vaso.

— ¿Qué hicimos ayer? — nos miramos los tres y sonreímos. — Tan solo espero no encontrarme un tatuaje en el culo con una palmera o algo peor.

— ¿Nos vamos chicos? — apareció Glen con una cara increíble, con su sonrisa increíble y sin nuestra resaca increíble.

— Jodido mamonazo. No tiene nada de resaca.

— Es lo que tiene no beber

nada que brille en la oscuridad. — le miré y acto seguido le lancé una almohada. — Vamos resacosos, que tenemos que ir a la academia, tú Hans tienes reunión en la Fundación con tus padres y yo tengo que ir a recoger a Rachel.

— ¿Academia? Si es domingo.

— Ya pero mañana a las siete de la mañana están allí los obreros y seguro que queréis recoger unas cuantas cosas para que no se llenen de polvo con la obra.

— ¿Quién te ha llamado Lu? — Hans estaba metido debajo de una almohada refunfuñando.

— Evi, no sé muy bien lo que

me ha dicho. No sé qué de mi hermano. Llamarían a casa y hablaría con él. ¿No te lo había dicho ya?

— No lo sé.

Nos montamos en el coche de Glen y sin pasar por casa, nos dejó en la academia para recoger. Sabía muy bien que si nos dejaba en casa, nos moriríamos en la cama y no nos levantaríamos en todo el día. Recogimos las telas de aero-yoga, esterillas, steps, minicadenas, altavoces y lo metimos todo en cajas que él mismo se había encargado de dejarnos en el despacho. Para amenizarnos un poco la mañana, nos pusimos un poco de música. Parecía que nos estaba

ayudando bastante, porque se nos pasó la resaca y pudimos recoger todo un poco más rápido. A media mañana terminamos y nos fuimos a la cafetería de al lado a tomarnos un par de cafés cargaditos. Nuestras pintas eran lo peor. Moño desecho en la cabeza, los vestidos de la noche anterior, zapatillas deportivas y grandes gafas de sol.

— Dios, me quiero morir. Yo creo que aún me sale alcohol por los poros. — me olí los brazos. — De hecho, es que huelo a ginebra.

— Madre del amor hermoso. Lo que se acerca por la acera o es un espejismo o me cambio de religión. Sí señor. Adoro los hombres con tatuajes,

me parecen tan... tan... - la miré y estaba babeando por un desconocido.

— ¿Qué demonios has visto para que...

Giré mi cabeza hacia donde estaba mirando y tuve que bajarme un poco las gafas y enfocar bien mi mirada. No, tenía que ser un simple espejismo debido al alcohol que se me había subido al cerebro de golpe. Pero aquella imagen de hombre con los brazos tatuados, camiseta blanca y vaqueros, se acercaba cada vez más a nosotras y no se desvanecía, se hacía más y más real. Se plantó delante de nosotras y tanto Rose como yo, estábamos flipando pepinillos.

— ¿No te vas a levantar para saludarme? – Rose me miró y al verme que no reaccionaba se lanzó a los brazos de Fernando. Sí, sí, Fernando. Tuve que mirarle tres veces seguidas para poder entender que sí, que era él y estaba en Santa Mónica. – Dios mío, hola.

— Perdón. Perdón. – Rose se soltó. - ¿Conoces a este pedazo de semental? – afirmé con la cabeza. - ¿Y me vas a decir quié... DIOS MÍO. Fernando. ¿Éste es Fernando? – volví a afirmar como una idiota con la cabeza. – Joder nena. Lo tuyo es puro vicio.

— Estoy buscando a Lucía Medina. Es más o menos de esta altura. – puso la mano en el aire. – Morena, con

flequillo, ojos grandes marrones, sonrisa increíble y una boca rápida. La boca más rápida al este de Langre.

— Imbécil. — instintivamente salté a sus brazos.

— Ésta es la Lucía que estaba buscando. — giró conmigo un poco en el aire.

— ¿Qué demonios haces aquí Fernando?

— Me dijiste que siempre tendrías un hueco para mí en tu casa. — me dejó en el suelo y me agarró de la cara. — Estás preciosa como siempre, pero demasiado delgada. ¿Todo bien por aquí?

— Ahora sí. Después de unas

semanas bastante jodida, todo se solucionó. ¿Por qué no me avisaste que venías? – me sonrió.

— Porque entonces no sería una sorpresa. Además, no he venido solo. – escuché los gritos de dos locas justo detrás de mí.

— ¡No!

— Sí, lo siento, pero las han dejado pasar en la aduana y no veas la que han estado montando allí.

Me solté de Fernando y eché a correr por la calle hasta donde estaba Ceci y Evi. Es que no me podía creer que estuviesen allí. Era una gran sorpresa. Eran las últimas personas que me imaginaba encontrarme ese día.

Dios, claro. Eso era lo que me había dicho Evi a la mañana. Pero no pude procesarlo. Parecía que habían buscado la mejor semana para ir, cuando teníamos la academia cerrada. Me olía a que mi tía les había engañado para ir y mi hermano tenía algo que ver con ello.

Nos tomamos algo en un bar cercano y empezamos a tomar cervezas y acabamos con chupitos de tequila. Cuando Hans me llamó, no podía articular una palabra del ataque de risa que teníamos.

— ¿Dónde estáis? — salí fuera del bar.

— En un bar cerca de la academia.

— ¿Habéis seguido bebiendo?

— No, sí. Es que se ha complicado un poco la mañana Hans. — caminaba por la acera.

— ¿Cómo que complicado? Estoy saliendo de la Fundación, te paso a recoger.

— De eso tenemos que hablar. No estoy sola.

— Con Rose. Cojo el coche, nos vemos en cinco minutos. ¿Qué bar?

— El de la calle paralela de la academia, el del cartel azul.

— Ahora nos vemos nena.

— Pero... - sin dejarme avisarle de que teníamos visita me colgó.

Al entrar de nuevo en el bar Ceci y Evi se lo estaban pasando en grande en la barra con un par de tíos, y Rose estaba hablando encantada de la vida con Fernando. No le iba a gustar nada a Hans la visita. Nada de nada. Me aparté de ellos y volví a llamarle, pero no había buena cobertura en el local. Fui al baño y cuando salí, Ceci y Evi estaba medio subidas encima de Hans dándole la bienvenida. Hans estaba sonriendo muy sorprendido. Definitivamente no había visto a Fernando. Me miró y levantó las manos cómo diciéndome, “mira lo que nos ha traído la marea”. Resoplé varias veces porque sabía que... Ahí llegaba el tsunami. Giró la

cabeza y en tres, dos, uno... Su gesto cambió y me miró, ya no sorprendido, me miró enfadado. Levanté las manos sin saber qué decir. Se separó de las chicas y llegó hasta donde yo estaba en tres zancadas.

— Lo de las chicas genial, pero ¿qué hace tu ex aquí?

— No lo sé. Estoy tan sorprendida como tú. – resoplé.

— Bueno, supongo que habrán venido a verte. Después de todo, sabrán lo que pasó y estarían preocupados.

— Supongo. – tragué saliva y me costaba bastante pensar. – Necesito dormir. Irme a casa y meterme en la cama hasta mañana.

— ¿Y cómo la vas a hacer?

— Pues mira. – le agarré del cuello, ronroneándole en el oído. – Primero me voy a deshacer de este maldito vestido, después de este sujetador de encaje que me está matando y después tiraré... – le dí un mordisco en el lóbulo de la oreja.

— No... me... re... – noté como su cuerpo se movía por un escalofrío. – No me refería a eso. No vas a dejar que se vayan a un hotel y va a sonar celoso, pero no quiero que duermas bajo el mismo techo que Fernando. – le miré negando con la cabeza. – No me mires así Lucía. ¿Sabes lo que he recordado nada más verle?

— ¿El qué?

— Cómo te devoraba bajo aquella noche, en aquella maldita piedra, en Langre. – pensé en aquella noche. – Sí, os vi. Y aunque me pareciera jodidamente excitante, no quiero imaginar sus manos sobre ninguna parte de tu cuerpo. Ni siquiera en la cintura para apartarte cuando vaya a coger café. – puso su mano en mi espalda y me pegó a él. – Me niego.

— Hans.

— Lo siento pero no. – podía ver cómo le seguían saliendo arrugas en la frente por fruncir tanto el ceño.

— De acuerdo. Mmm. – pensé durante unos segundos. – Joder, creo que

me dejé las neuronas en el motel de Long Beach.

— Yo tengo una idea. Fernando se puede quedar con tu hermano y las chicas en tu habitación.

— Y yo duermo en el sofá. No es mala idea.

— No nena. – me agarró de la cara con sus dos manos. - Tú te vienes a casa. Necesitas descansar y sé que con las locas no vas a poder. Además, quiero enseñarte algo que hay en casa. – empezó a sonar mi móvil.

— Dios, aparato infernal. – miré y no reconocí el número. - ¿Sí?

— Hola morenita.

— Deja de llamarme eso por

dios Ricardo.

— Vale, señorita Medina, ¿mejor así? – bufé, bufé tan alto que todos se me quedaron mirando. – Por el resoplido no sé yo si acierto contigo. Bueno, que el mes que viene hay una fiesta y quiero veros allí. Te mando por correo lo que quiero y necesitaré veros el miércoles. Además hay un videoclip, que supongo que habrás visto ya, y hará un concierto especial. Me encargo de la coreografía y quiero que vosotros la reproduzcáis mientras él da el concierto. Así que vais a tener trabajo para unos cuantos días.

— Pues la academia está cerrada.

— Me da igual, seguro que te las ingenias. Tienes pinta de solucionar problemas. Revisa el correo y verás las rutinas y lo que quiero. Lo de la fiesta os dejo a vuestra elección. Te he adjuntado las canciones que serán, así que a mover el culo.

— Muy amable.

— Siempre. – colgué.

— Es gilipollas. – me acerqué a las chicas. – Nenas, a ver. Tengo que trabajar. Me encanta que estéis aquí, pero tengo que preparar una fiesta y un concierto y no sé qué más mierdas que el señor Ortega me ha mandado.

— No nena. ¿No puedes hacer que otro se encargue de ello? – negué

con la cabeza.

— Así que, uno, necesito dormir algo.

— Aquí nuestro semental, ¿no te deja dormir bien? – Evi se me tiró encima.

— Anoche fue una cosa rara. – agité la cabeza. – Dos, tengo que trabajar y preparar unas cosillas para la semana que viene.

— ¿No se supone que cierra la academia? – Ceci trasteaba con el móvil mientras hablábamos.

— Pablo no ha podido cerrar el pico. Sí, está cerrada pero tengo unas cosas que preparar. Así que vosotros os quedáis en mi piso, os amoldáis como

queráis y yo me voy a casa de Hans. — Evi y Ceci miraron a Hans y acto seguido a Fernando.

— Claro, tú te vas a una súper mansión en las colinas y nosotros nos quedamos en tu piso. — las miré mal, muy mal a las dos y empezaron a reírse. — Nos encanta tu piso. Es tan tú, tan coqueto, tan mono y tan lleno de arte, que es como si estuvieras allí todo el rato. Con tus velas, tu incienso, tus sujetadores colgados de los pomos de las puertas. Recordando viejos tiempos.

— Yo si es mucha molestia miré un hotel. - Fernando me miró y de reojo miré a Hans.

— Ninguna molestia. En el piso

de Lucía estaréis muy bien. – giré la cabeza descaradamente mirando a Hans y levanté una ceja.

— Seguro que estamos genial. – Ceci me miró.

— Vamos a casa, recojo algo de ropa y esta noche cenamos en casa de Hans. – sonreí mientras iba terminando la frase y noté los ojos de Hans en mi nuca. - ¿Nos vamos?

Recogimos un poco de ropa, música, unas carpetas, la agenda, mi portátil y nos fuimos a casa de Hans. Por el camino no dijo ni una sola palabra y en mi cara se podía ver una sonrisa victoriosa de nuestra pequeña guerra. Entramos en casa y me quité las

zapatillas. Necesitaba pegarme una buena ducha y descansar un poco antes de abrir el correo de Ricardo.

La verdad es que no me podía enfadar con Lucía. Me había portado como un celoso de pelotas y su forma de vengarse fue invitarles a cenar a casa. Nada más entrar se descalzó y se quitó el vestido. No me había mentido con su descripción del precioso conjunto de encaje que llevaba. Comenzó una serie de estiramientos con los brazos, agachando su cuerpo hasta tocar el suelo con las manos. Aquella forma en que aquel encaje de sus bragas se pegaba a su cuerpo, cómo movía la cadera buscando una

mejor posición, cómo pasaba sus manos por la espalda y se soltaba el pelo, que le caía formando ondas por la misma, cubriendo su precioso tatuaje. Verla seguía siendo el espectáculo más increíble que me podía imaginar. Me acerqué lentamente a ella y la observé detenidamente. Tenía varios moratones en las piernas, de alguna rutina seguramente, una piel que se erizó al notar mi presencia detrás de ella.

— Me encanta cómo tu cuerpo responde ante el mío, solo con notar que estoy cerca. — comencé a pasar mis dedos por su cuello, apartando el pelo de su espalda. — Cómo tu espalda se

curva si paso los dedos por ella. – los deslicé según hablaba. – Cómo se abre tu boca cuando lo hago tratando de coger más aire, y cómo cierras los ojos y pegas tu cuerpo al mío.

— *Madre mía monito.*

¿Siempre tienes que usar este don?

— *¿Cuál? – susurré en su oído mientras dibujaba círculos con mis dedos en su estómago.*

— *El de ponerme cachonda con dos palabritas. – trató de darse la vuelta pero no se lo permití.*

— *Me encanta notar cómo tu cuerpo responde a mí, y sobre todo, cuando solo es con palabras. Aún recuerdo cuando fui a la academia,*

después de que me dejarás atado a aquella cama redonda, cómo tus pezones – metí mi mano dentro del sujetador y tiré de uno de ellos – me prestaban solamente atención a mí. Cómo tu boca jadeaba y se abría pidiéndome más a gritos silenciosos. – pasé mis dedos por sus labios y apreté su culo contra mí. – Notar cómo cerrabas las piernas, negándote la excitación que te estaba provocando. – bajé los dedos por su estómago hasta introducirlo dentro de sus bragas. – Porque sabías al igual que yo, que acabaríamos follando, antes o después. Si te dejabas de resistir. – paseé mis dedos por encima de su clítoris. –

Porque estabas igual de excitada que ahora. – saqué mis dedos y me aparté de ella.

— Joder, qué bien me vendría ahora un cigarro. Dios mío monito. – se dio la vuelta y pude ver el deseo en sus ojos, pero tendría que esperar un poco a que le enseñase la sorpresa.

— Ven, quiero enseñarte una cosa.

— Dime que es lo que tienes en los pantalones, y hazme la mujer más feliz del mundo. – se mordió el labio inferior.

— Tendrás que esperar un poco. Vamos.

La agarré de la mano y bajamos

a la parte de abajo de la casa. La obligué a cerrar los ojos y tuve que terminar poniendo mi mano en ellos porque los abría cada dos por tres.

— *Eres una tramposa.*

— *Es que me muero de la curiosidad. – me puse detrás de ella y la guie hasta el centro.*

— *Puedes abrir los ojos nena.*

Comenzó a observar todo. El suelo nuevo de madera de sequoia, que me aseguraron que era perfecta para una sala de baile. Giró su cuerpo lentamente para ver todos los espejos colocados en las paredes. Gracias a ellos pude ver una enorme sonrisa que se estaba dibujando en su cara. Se

acercó a la barra de ballet instalada en uno de los laterales, pasando suavemente su mano por ella, levantándola como si no se creyese que estuviera instalada. Quitó su sonrisa y me miró. Abrió la boca para hablar pero al segundo la cerró. Suspiró y levantó las dos cejas sorprendida.

— Dime algo nena. – se quedó en el centro de la sala quieta, en silencio. – Por favor.

— ¿Todo esto es para mí? – levantó los brazos abarcando la sala.

— Sí cariño. – se comenzó a dibujar una sonrisa en su cara.

— ¿Por qué?

— Porque te quiero. Porque te

lo mereces. — se llevó una mano a la boca.

— ¿Dónde están tus cosas? Todo lo que tenías aquí, las máquinas, tu pequeño gimnasio. — caminé hasta el centro de la sala.

— Me he dado cuenta de que no necesito tantas cosas, mientras a ti te vea sonreír de esta manera. — acaricié su cara y apoyó su mejilla en mi mano. — Solo quiero hacerte feliz. ¿Lo estoy consiguiendo?

— Me hiciste feliz hace tiempo Hans.

Pasó sus manos por mi cara y acercó su boca a la mía. Recorrió con su lengua mis labios y la introdujo

lentamente, cómo si no quisiera que ese beso terminase nunca. Sus dedos se deshicieron en un segundo de mi ropa. De repente vi cómo su mirada se perdía detrás de mí y se pasó la lengua por los labios. Me extrañaba que no lo hubiese visto antes. Un sillón Curve, hecho especialmente para ella. Una suave tela roja lo cubría y ella, tal y como siempre había hecho, lo recorrió con sus dedos, aunque yo deseaba recorrerlo con su cuerpo de nuevo.

Me hizo un gesto con los dedos y me acerqué lentamente, como si fuera un león a punto de atacar a una solitaria gacela. Pero cuando vi sus ojos supe que los papeles habían

cambiado.

Nuestros cuerpos se unieron y podían haber empañado todos los cristales de la sala. Nuestras respiraciones descompasadas recorrían cada rincón de los cuerpos. Mis manos se introducían entre sus piernas, sus dedos se deslizaban por mi abdomen y comenzamos un juego de seducción que no podríamos continuar por mucho más tiempo.

Dios, entre su mitin orgásmico y sus dedos introduciéndose dentro de mí, no creo que aguantase mucho más tiempo sin correrme. Me aparté de él y le tumbé sobre el Curve. Dios, es que adoraba aquel sillón. Aquella suave tela

que rozaba nuestros cuerpos, aquella forma diseñada para el máximo de los placeres. Tumbé a Hans sobre el arco central, apoyando mi mano sobre su pecho, avisándole de que no se moviera. De que iba a ser yo quien llevase las riendas.

— No monito. No te vas a mover de aquí en un buen rato, así que ponte cómodo.

— ¿Qué estás haciendo conmigo?

— Hacerte gozar, nada malo. — me puse dos dedos en los labios jurándolo. — Ahora déjate llevar. — recorrí su duro abdomen con la lengua hasta llegar a su polla. Dios mío.

La recorrí varias veces con mi lengua, desde su base hasta la punta, introduciéndomela lentamente en la boca y escuchando pequeños gemidos que salían de la boca de Hans.

Le separé un poco las piernas y mientras mi mano seguía sobre ella, me tumbé de espaldas sobre él sin llegar a tocarle. Doblé las piernas y apoyé los pies en el arco inferior del sillón. Con el cuerpo en el aire y con la ayuda de mi mano y un golpe de cadera de Hans, se introdujo dentro de mí. Puso su mano sobre mi cintura y comenzamos un pequeño vaivén de caderas. Bajó su mano hasta mi clítoris y al girar la cara pude ver nuestros cuerpos acompasados

en el espejo. En cualquier lugar que miraba había espejos y cuando miré al techo, más espejos. Pude ver la sonrisa de Hans al notar que no me había dado cuenta de ello aún, hasta paré de mover mis caderas y aprovechó para introducirse hasta el fondo haciéndome gemir de placer. Ninguno de los dos cerramos los ojos y pudimos vernos gemir cuando nuestros orgasmos nos destrozaron por dentro.

No sabía si era la excitación de poder vernos desde cualquier ángulo o que hubiera hecho todo aquello por mí, pero fue uno de los polvos más épicos sobre el Curve. Y me prometió no parar en un buen rato. Se nos olvidó hasta

comer. Cuando nos quisimos dar cuenta ya era de noche.

23. ARMAS DE MUJER

Estábamos tumbados en Curve, desnudos y medio dormidos cuando escuchamos voces en casa. Me levanté

corriendo y al mirar el reloj vi que eran los nueve de la noche.

— Joder Hans. Levanta. – le di un pequeño golpe en el brazo.

— ¿Qué pasa?

— Pues que oigo voces.

— Nena, estás muy cansada, vuelve a la cama a dormir. – tiró de mi brazo.

— Eso sería genial si estuviéramos en la cama, pero estamos en pelotas en medio de esta sala y hemos quedado para cenar. – Hans abrió los ojos y me miró sonriendo. – Tú sigue sonriendo que a quien le van a pillar es a ti. – se levantó rápidamente y me agarró de la cintura, y tuve que

agarrarme a su cuello y enroscarme con las piernas porque estuve a punto de caerme.

— Yo prefiero verte desnuda siempre. — me quedé en silencio escuchando.

— Pues Glen, Rose, Ceci, Evi y... - le miré a los ojos. — No me hagas tirar de lo malo...

— Fernando. Ya le he oído.

— Hans, Lucía, ¿dónde os habéis metido? — les escuchamos cada vez más cerca.

— Salimos por esa puerta que da a las escaleras del jardín y entramos por el salón.

Subimos y pasamos por la casa

como si fuéramos ladrones buscando un botín. Rose subió corriendo a la habitación y menos mal que fuimos rápidos poniéndonos algo de ropa. Nos miró varias veces a cada uno, observó la habitación, frunció los labios y bajó gritando.

— Empezar a pensar qué queréis cenar, porque se les ha ido la mano y no han cocinado nada. — dejamos de oír sus pasos por las escaleras. — Al menos nada que podamos comer nosotros. Ellos si se han calentado. — escuchamos cómo se reía. — Y ya se han puesto las botas. — sacó la cabeza de nuevo por la puerta de la habitación. — ¿No habéis dejado nada para mí no? —

agarré lo primero que encontré y le lancé un cojín de encima de la cama. — No, vale.

Bajamos al salón y allí estaban todos sentados ya en el sofá. Fernando estaba en el jardín mirando las vistas. Pude ver como hacía un gesto con la cabeza y sonreí. Sabía exactamente lo que estaba pensando. Les dejé mi móvil para que buscasen lo que querían cenar y fui a la cocina a por unas cervezas. Las dejé en el salón y tras darle un beso a Hans, salí con dos a la terraza.

— Hola. — le entregué una de las cervezas.

— Lu. — pasó un brazo por mis hombros y me dio un beso en la frente. —

Menudas vistas nena.

— Abrumadoras al principio.

— ¿Solo al principio? – le miré y estaba sonriendo.

— Siguen siendo abrumadoras.

– apoyé mi cabeza en su hombro y estuvimos unos segundos en silencio.

— ¿Me vas a contar que tal está todo? Porque de lo último que me enteré fue que no estabais juntos. ¿Qué pasó? ¿Tengo que matarle? – sonreí negando con la cabeza.

— No.

— Cuando me lo contó Evi, reconozco que no me sorprendió que lo hicieras. Sé que fui yo el que te dije que fueras feliz, porque veía que él tenía

algo especial cuando te miraba. – se puso delante de mí y miró dentro de la casa. – Ahora mismo no le está gustando que estemos hablando.

— No es que no le guste, es que es su cara de “está hablando con el que se folló hace unos meses en el pueblo. Los de la roca.” – me miró sorprendido. – Sí, parece que eso de mirar nos ha unido más de la cuenta.

— Solo quiero que seas feliz. – me abrazó.

— Y lo soy. Poco a poco. Todo es nuevo para mí. Si mi relación – hice un gesto de comillas – más larga ha sido contigo.

— Si hubiera sido diferente, si

no te hubieras ido del pueblo.

— Nunca lo sabremos. Pero ahora somos felices. – levantó las cejas. – Poco a poco. ¿Quién va a resistirse a esa sonrisa y a ese gran corazón debajo de tus excitantes tatuajes? – le guiñó un ojo.

— Tú.

— Tal vez aquí encuentres a alguien. – no apartaba sus ojos de los míos.

— ¿Eres feliz?

— Sí. – no dude ni un segundo al contestar.

— Entonces me sirve. Siempre te voy a querer Lucía. Siempre serás mi chica. – me abrazó.

— Sí, me lo prometiste cuando teníamos qué ¿seis años?

— Sí. Menudo verano. – nos reímos.

— Vamos a ver que han pedido de cena. Que tengo que mirar un email que me han mandado. – entramos y Hans me miró guiñándome un ojo sonriendo. Me acerqué a él. - ¿Todo bien?

— Perfecto nena. – me besó.

— Hemos pedido pizzas, ensaladas y pasta. – Ceci y Evi me miraban fijamente mientras Rose hablaba.

— ¿Qué os pica a vosotras dos? – me senté encima de Evi.

— ¿No nos vas a dar un tour

por la mansión del tío Gilito? – se empezaron a reír.

— Vamos, qué más que un tour creo que me vais a hacer una encuesta de satisfacción.

— Cómo lo sabes nena.

Comencé a enseñarles la casa a las chicas y entre sus suspiros y sus “joder cómo vive el nene”, acabamos en la terraza de la habitación de Hans. Las tres apoyadas en la barandilla mirando las luces de la ciudad.

— ¿Qué hacéis aquí? No es que no me alegre de vuestra visita.

— Nena, nos dijiste que viniéramos a verte y es lo que hemos hecho. – se miraron las dos.

— ¿Qué me estáis escondiendo?

— escuchamos el timbre.

— Nada Lulu. De verdad. — las miré a las dos y pude ver cómo escondían algo.

— Vamos a dejarnos de tonterías. ¿Qué pasa? Porque como no me lo digáis, puedo empezar a imaginar e imaginar, y pensar que un dragón ha aparecido en Langre sacándoos de allí. — noté como Ceci se mordían el labio. Su señal de que tenía algo que decir y no quería hacerlo. - ¿Voy a necesitar algo duro para escucharlo?

— ¿Podemos hablarlo después de cenar? — Ceci me agarró de las manos. — Por favor. Después lo

hablamos. No quiero que se estropee la cena. — las dos me miraban demasiado tiernas, con demasiado cariño en sus ojos.

— Me estáis asustando.

— Tranquila, la tía Anita está bien. — sabía que era algo malo, pero saber que no era sobre la tía, me quitó un peso de encima.

— De acuerdo.

Bajamos con el resto y mientras cenábamos, las chicas nos contaban sus últimas locuras, nosotras explicamos nuestros próximos trabajos y disfrutamos mucho del momento. Era todo un soplo de aire fresco que estuvieran allí, uniéndose a mi pequeña

familia californiana. Mientras ellos continuaron hablando aproveché un momento para ir a la cocina y revisar mis emails. Allí estaba el de Ricardo, con las fiestas que nos había prometido. Llamé a Nico para poder hablar con él. Al no tener la academia disponible, prepararíamos todo en casa de Hans. Intercambiamos unas cuantas ideas sobre las canciones y nos quedamos un poco asustados con algunas de ellas. Pero si era lo que el rey Ricardo Ortega quería, sería lo que tendríamos que hacer.

— En serio, no sé qué manía tiene todo el mundo en pesar que siendo española, sé bailar sevillanas o rumba o

flamenco.

— ¿No sabes?

— Sé bailar rumba a mi estilo.

— Ya veremos lo que hacemos.

— Te mando la dirección por mensaje y mañana a las diez empezamos a prepararlo. Rose se encargará de ir a la academia y nosotros aprovecharemos la mañana. A la tarde creo que quería hacer algunas entrevistas para profesores nuevos.

— De acuerdo Lu. Mañana nos vemos.

— Hasta mañana Nico. – colgué el teléfono y me quedé pensando unos segundos hasta que llegó Rose.

— Nena, nosotros nos vamos.

Mañana a la tarde he quedado con un par de chicas. Había pensado en venir aquí a hacer las entrevistas. — la miré sorprendida. — ¿Quién crees que le ha ayudado a elegir materiales para esa pedazo de sala que te ha montado?

— Quién si no. — la abracé. — A la mañana viene Nico a preparar algunas cosas. ¿Nos vemos sobre las cuatro?

— Perfecto. Disfruta mucho con tu amigos. Están locos, pero se nota que te quieren.

— Todos mis amigos están locos.

— ¿Por qué será? — puso sus manos sobre sus caderas cómicamente.

— ¿Me estás diciendo que la

tarada soy yo? – afirmó con la cabeza y se acercó para besarme.

— La tarada mayor del reino, pero por eso te quiero. – me besó en la frente. – Hasta mañana loca.

Nos despedimos de ellos y entre Hans y Fernando recogieron la cena. Nosotras no decíamos nada, solamente les observábamos a ver cuál de los dos saltaba primero. Les seguimos con la mirada cada paso y la cordialidad parecía reinar entre ellos. Les vimos hablar en la cocina, sin poder escuchar lo que decían. Hans afirmó con la cabeza y comenzaron a preparar unos gin tonics. Fernando nos los dejó en la mesa y Hans llegó con cinco vasos

pequeños y una botella de tequila.

— Ahora llegan las malas noticias. — Hans se sentó a mi lado y teníamos enfrente a Ceci, Evi y Fernando. Se miraron entre ellos y fue Fernando quien comenzó a hablar.

Fernando antes de comenzar a hablar, me había apartado de ellas para comentarme el verdadero motivo por el que estaban en Los Ángeles. Agarré la mano de Lucía, porque sabía que iba a ser un mazazo terrible y ella sin saberlo, ya lo había presentido. Aquella pesadilla con su padrastro, le puso en alerta. Algo malo estaba a punto de pasar y ella ya lo sabía.

— No queríamos que te

enterases por otras personas, por alguien que no fuéramos nosotros, que al fin y al cabo somos tu familia. — notaba cómo los pies de Lu comenzaban a bailar contra el suelo.

— Me estáis asustando. — Ceci se sentó a su lado y le agarró de la otra mano.

— Nunca he sabido dar rodeos para dar una noticia. Es Antonio. — puede llegar a escuchar como el corazón de Lucía se paraba, cómo dejaba de palpar y como su cuerpo se volvía frío.

— ¿An.. — tragó saliva cerrando los ojos — Antonio?

— Si cariño. Ha salido de la

cárcel. Le han dejado salir por buen comportamiento. Ha cumplido la mitad de su pena y bueno, con tan mala suerte que han revisado su caso, y encontraron algunos archivos policiales que no estaba bien realizados, y por eso y su supuesta buena conducta, ha vuelto a Langre. — les miraba a todos fijamente sin poder comprender lo que le estaban diciendo. Tardó unos segundos en reaccionar.

— ¿Buena conducta? Y una puta mierda. — soltó fuertemente nuestras manos y se levantó tropezándose con la mesa. — No puede ser. Debería pudrirse en la cárcel. Debería morir allí por lo que hizo. Por

lo que nos hizo, joder. – se llevó las manos a la cabeza y echando la cabeza para atrás soltó un grito desgarrador que nos asustó a todos. Me levanté corriendo para abrazarla pero me apartó con una mano.

— Lucía tranquila. – se dio la vuelta para mirarme.

— ¿Cómo quieres que esté tranquila? El hombre que mató a mi madre, que pegó a mi hermano y abusó de mi está en la calle. El hombre que nos destrozó la vida. JODER.

Lanzó otro grito y salió al jardín cerrando la puerta corredera de un golpe. Me quedé petrificado ante su reacción. No sabía que podía hacer

para ayudarla, para tratar de calmarla. Me sentía de nuevo muy lejos de ella, sin poder tenderle una mano para sacarla de aquella pesadilla que volvía a golpearla. Me di la vuelta y miré directamente a Fernando.

— *¿Qué podemos hacer por ella? Tiene que haber algo.*

— *Teníamos que contarle la verdad. Ocultárselo solo podría hacerle daño.*

— *Tú podrás hacer algo. Eres policía joder.*

— *No Hans, ni yo puedo hacer nada. Lo he intentado. He hablado con mis compañeros, con compañeros de otros cuerpos, hasta con abogados.*

Pero no hay nada que hacer.

— *¿No podemos recurrir esa decisión? – mi cabeza iba a mil por hora, en lo único que pensaba era en proteger a Lucía.*

— *Hans, no se puede hacer nada. – Evi se levantó y se puso a mi lado. – Él está en España y Lucía aquí. Les separan miles de kilómetros. Solo podemos protegerles.*

— *No lo entiendo. ¿Qué ley ampara a un asesino maltratador y violador? – me separé de ellos sin quitar ojo de Lucía. – No lo puedo entender.*

— *De lo único que me he podido encargar es de que le quiten el*

pasaporte y no pueda salir del país. — miré a Fernando dudoso. — Tiene que comparecer todas las semanas en la comisaría de Santander. Con tan solo una semana que no aparezca, volverá a la cárcel.

— ¿Pablo lo sabe? — nos dimos todos la vuelta y miramos a Lucía que tenía los ojos hinchados y llorosos.

— Sí. Esta misma mañana hemos hablado con él. — Ceci se acercó a ella. — No me mires así, ya no es un niño al que tienes que proteger. Sabe todo lo que pasó, todo lo que no le quisiste contar.

— ¿Sois idiotas? ¿Por qué le habéis contado nada? Joder, no se lo

tendríais que haber dicho. – las miró con muchísimo dolor.

— Lucía, tenía que saberlo.

— Mierda Ceci. No.

Comprendí que Lucía había seguido protegiendo a Pablo durante todos aquellos años. No le había contado nada del abuso y esa noticia seguramente habría destrozado a Pablo. Me aparté unos segundos de ellos y le llamé.

— ¿Pablo?

— Hola Hans. – se le notaba el dolor en la voz.

— ¿Dónde estás?

— Salgo ahora mismo de la Fundación. He estado hablando con la

psicóloga. Espero que no te moleste. Ya te pagaré lo que sea la consulta, pero es que no sabía muy bien donde quien ir para soltar mierda.

— *No te preocupes Pablo. ¿Puedes venir a casa, a mi casa? Pide a alguien que te acerque.*

— *¿Mi hermana está bien? — les miré y no sabía muy bien que contestarle.*

— *Ven por favor.*

En menos de veinte minutos Pablo estaba entrando en el salón buscando a su hermana, que se había vuelto a refugiarse en la terraza, tapada con una manta y mirando las estrellas. Salió con ella y cerró lentamente la

puerta, dejándonos a todos observándoles.

— Hola Lu. – giré la cabeza y vi a mi hermano pero no contesté. – Lu por favor, háblame. – se situó entre mis piernas, delante de mí y me agarró de la cara. - ¿Por qué nunca me contaste nada?

— ¿Qué querías saber? ¿Qué tuve que abortar? Recordar de nuevo aquella horrible experiencia, hacerte sufrir a ti. No cariño. No. – cerré los ojos y mi hermano me limpió las lágrimas y me abrazó fuertemente.

— Si lo tuviera delante lo mataría. Después de todo el daño que nos ha hecho, que te ha hecho, está libre.

— No nos puede hacer daño

Pablo. Está en España. – respiré profundamente y saqué fuerzas de dónde no me imaginaba. – No dejaré que te haga daño. No sería capaz de enfrentarse a mí. Tal vez en aquel tiempo fuera débil, una niña, pero que no se le ocurra poner un pie aquí, porque me encargaré de acabar con él.

— Nunca os hará daño. – nos dimos la vuelta y Hans estaba detrás de nosotros. – Os lo prometo. A los dos.

— ¿Y si... - no le dejó terminar la frase a Pablo.

— Nunca habrá un y si. – apoyó su mano en mi espalda. – Vamos dentro, está comenzando a refrescar. – nos levantamos y Hans nos guio hasta el

salón.

— Chicas, siento mucho haberme enfadado. Lo siento. — se sentó entre ellas y se abrazaron.

— No pasa nada cariño. Pero hay veces que no se pueden ocultar ciertas cosas mucho más tiempo. — Hans que estaba bebiendo escupió.

— Perdón. — se limpió la boca. Le miré extrañada. — Me he atragantado.

— ¿Pablo estás bien? — Fernando se acercó a él y por primera vez vi cómo Hans no le miraba ni con odio sino con condescendencia.

— Necesito descansar. He estado varias horas con la psicóloga de la Fundación. — me levanté de un brinco

del sofá.

— ¿Cómo? – aquella matasanos seguro que le había metido alguna cosa rara en la cabeza.

— Sí, necesitaba hablar con alguien y la verdad es que sienta bien que puedas soltar todo. – me miró. – Tenía que hablar con alguien que no fueras tú Lu. Solo quería encontrar respuestas.

— ¿A qué?

— A él. A cómo una persona puede llegar a joder la vida a todos los que le rodeaban. – escuché cómo las chicas se movían por el salón y cuando me quise dar cuenta estaban hablando con Hans en la puerta.

— Nos vamos a casa Lulu. Necesitáis hablar y es mejor que estéis solos. Hablad con vuestra tía. Mañana estamos. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes mi número nena. — Evi me dio un beso.

Cuando se marcharon Pablo y yo nos sentamos en el sofá y fui al despacho de Hans a por el portátil. Tras unos segundos tratando de conectarse, la cara de la tía apareció en la pantalla. Estaba desmaquillada, con un tono de piel muy pálido y unas bolsas moradas debajo de sus ojos. Se pasó las manos por el pelo tratando de peinarse. Noté cómo la cara de mi hermano cambió y me agarró fuertemente de la mano.

— Hola niños. — esbozó una pequeña sonrisa.

— Hola tía. ¿Cómo estás?

— Cansada. Me han hecho muchas pruebas hoy y bueno, acabó de despertarme. Por eso me pilláis con estos pelos. — negué con la cabeza.

— Estás preciosa como siempre tía. — me aclaré la garganta.

— Me llamáis por lo de Antonio ¿verdad? — cerró unos segundos los ojos y apretó sus labios. — Ese maldito cabrón ha salido de la cárcel y ya me han dicho que está en Langre. No sé qué está buscando allí. — comenzó a toser y se puso un pañuelo en la boca. Al retirarlo creí haber visto restos de

sangre en él. No quise decirle nada estando Pablo delante. — Maldito catarro. — trató de disimular y me levanté.

— ¿Qué hace en Langre? — Pablo estaba demasiado alterado.

— No lo sé maitia. No lo sé. Pero no os preocupéis, porque nunca sabrá dónde estáis. Nadie en el pueblo lo sabe. Los únicos son Fernando, Ceci y Evi, que ya están allí con vosotros. — mientras ellos hablaban yo estaba paseando detrás del sofá y Hans no hacía más que mirarme sin saber cómo actuar. Me acerqué a él.

— La tía no está bien y no nos lo quiere decir.

— ¿Por qué dices eso cariño? —
me agarró de la cara.

— He visto restos de sangre en
su pañuelo. Esa forma tan repentina de
irse a España. No sé, pero creo que algo
no va bien.

— ¿Has podido hablar con
Hernando? — negué con la cabeza. — No
te preocupes, averiguaremos que está
pasando. Tranquila. — y sin decir nada
más me cubrió con sus brazos,
apretándome fuertemente contra él,
tratando en balde de tranquilizarme. —
Vuelve a sentarte en el sofá, no quiero
que tu tía se preocupe. Voy a hacer unos
chocolates calientes. — le miré
sorpresa. — Siempre has dicho que

los malos momentos con algo bueno, son menos malos. — me besó en la frente.

— Gracias Hans.

Volví a sentarme al lado de mi hermano y tras media hora hablando con ella, nos despedimos tristemente. Pablo se recostó en el sofá y me apoyé sobre su pecho. Pasaba sus dedos por mi pelo y Hans nos dio los chocolates. Nos quedamos los tres en silencio y a media noche Pablo subió a una de las habitaciones. Hans me obligó a subir con él.

Me mataba verla así, sin tener ninguna opción a consolarla, a cuidarla. No estaba siendo fácil para ninguno de nosotros. Saber que su

padraastro estaba en la calle y que aun impidiéndole salir del país, pudiera llegar a Los Ángeles y hacerle daño a Lucía... Aquello me estaba matando. Pensar en que le pudiera hacer más daño, en que sufriera más. Tuve que tranquilizarme y dejar de moverme en la cama para que Lucía pudiera descansar. Llevaba muchas horas sin dormir y necesitaba hacerlo. Aunque sabía que las pesadillas aquella noche volverían a azotar sus sueños.

24. ACOSO

Me despertó el sonido de mi teléfono. La noche anterior debí de dejármelo en alguna parte de abajo.

Bajé corriendo las escaleras rezando por llegar antes de que Pablo o Lucía se despertasen. Miré el reloj de la cocina y no eran más de las siete de la mañana. Al mirar la pantalla vi el nombre del Sinai. Rápidamente cogí el teléfono.

— *¿Si?*

— *Bueno días Hans.*

— *¿Qué le ha pasado a Hannah? – dios mío, otra mala noticia y acabaría con nosotros.*

— *Tranquilo Hans. Te llamo para decirte que los médicos han decidido pasarla ya a una habitación en planta. Está teniendo una recuperación, según los médicos,*

milagrosa. — me llevé una mano al pecho respirando profundamente.

— ¿Milagrosa? — su voz sonaba optimista al otro lado del teléfono.

— Sí, ya sabes que los médicos no la usan con demasiada frecuencia. Pero esta pequeña está siendo todo un milagro. Los resultados de las pruebas son muy buenas. Su cuerpo está aceptando muy bien los órganos. — me senté en una silla alta de la cocina y me pasé la mano por la nuca sonriendo.

— No sabes lo que me alegra escuchar eso Mary. Es un soplo de aire fresco ahora mismo.

— *Hannah se acuesta todas las noches preguntando por vosotros. Tiene muchísimas ganas de veros.*

— *Y nosotros a ella. – escuché unos pasos bajando por las escaleras y un bostezo. Lucía se había despertado con la llamada. - ¿Cuándo podemos ir a verla?*

— *Cuando queráis. La bajan a planta en una hora.*

— *De acuerdo. – vi a Lucía entrar en la cocina y desplomarse sobre una silla apoyando los brazos en la isla y encima su cabeza. – Nos vemos enseguida. Muchas gracias por llamar. – colgué el teléfono y me acerqué a Lucía. Comencé a recorrer su brazo*

con mis dedos hasta llegar a su nuca.

— *Buenos días Hans. – no levantó la cabeza.*

— *Buenos días princesa. Sé que no has dormido bien, pero tengo una noticia que seguro que te alegra el día.*

— *Como no sea que has inventado una máquina del tiempo y se pueda echar el tiempo atrás. – hizo un extraño ruido con su boca que hasta en momentos así me hizo sonreír.*

— *Bueno. Hay una pequeña princesita – jugueteaba con el pelo de su despeinada coleta – que ha preguntado por ti y quiere saber cuándo vas a ir a verla a su nueva*

habitación en planta en el hospital. — puso sus manos en la isla levantando rápidamente la cabeza.

— ¿Cómo? — abrió los ojos el máximo posible.

— Me acaba de llamar Mary. — saltó de la silla acercándose a mí, agarrándome fuertemente de los hombros. — La pasan a planta en una hora y quiere saber cuándo vamos a ir a verla. — se llevó la mano a la boca y pude ver cómo se le iluminaban los ojos. Tal y como siempre le brillaban cuando algo le ilusionaba o sorprendía gratamente.

— ¿En serio? — afirmé con la cabeza y saltó a mis brazos gritando. -

Dios mío Hans. ¡Qué gran noticia! Siempre sale el sol después de una tormenta ¿no? Eso es lo que suelen decir. – me besó y saltó al suelo de nuevo. – Voy a despertar a Pablo y nos vamos al hospital. – salió corriendo de la cocina y volvió a los segundos. – Muévete monito. – una gran sonrisa iluminó su cara.

Veinte minutos después estábamos saliendo de casa los tres corriendo. Lucía ya estaba montada en su coche, pitando para que nos diésemos prisa. Aparcamos frente al hospital y después de recoger unos cafés, subimos a la habitación que nos dijeron en recepción. Tocamos la

puerta y la primera en entrar fue Lucía. Pude ver la cara de sorpresa que puso Hannah. Sus ojazos azules se iluminaron y sonrió, de una manera tan abierta, tan sincera que nos obligó a sonreír a todos los que estábamos en la habitación, sólo por ella. Lucía fue muy despacio hasta la cama, y Hannah que estaba desayunando la miró frunciendo el ceño.

— *¿No me vas a dar un beso?*
— *soltó la galleta que tenía en la mano.*

— *Claro que sí cariño. – fue a darle un beso y Hannah se abrazó a ella. Escuché una especie de ronroneo, de manera doble. Las dos estaban haciendo el mismo sonido al abrazarse.*

Lucía al separarse de ella la acarició la frente, apartándola el pelo de la cara. - ¿Qué tal estás cariño?

— *Ahora que puedo veros mejor. - Pablo y yo nos acercamos también a la cama y una de las enfermeras junto con Mary salieron de la habitación.*

— *Hola princesita. - la di un beso y vi cómo miraba a Pablo.*

— *Hola Pablo.*

— *Hola mi amor. ¿Cómo está la niña más bonita del mundo? - frunció los labios de una forma muy cómica y soltó por su boca.*

— *Jolines que pelota. ¿Siempre es así Lu? - Lucía se estaba*

riendo.

— *Pablo nunca miente. Siempre dice la verdad. – nos miró y cogió una de las galletas y se la enseñó a Pablo.*

— *Dime que no sabe a cartón. – Pablo la cogió, la probó y casi la escupió.*

— *Esto es peor que chupar cartón mojado. Es peor que esos cereales de palitos sin sabor. – nos reímos.*

— *Pues díselo a la enfermera que se lo he dicho y me dice que me la coma. – vi cómo Lucía cogía un trozo de galleta y se la llevaba a la boca.*

— *Dios, es peor que los*

cereales de Hans. – la miré y vi cómo le guiñaba un ojo a Hannah. – Pero, ahora mismo es la comida que tenemos, así que te las tendrás que comer. Te tienes que poner fuerte y con estas galletas, por ahora, nos tendremos que conformar.

— *Vale. Pero me gustan más tus besos de Nutella. – Lucía la ayudó a acercarse la bandeja del desayuno.*

— *Volveremos a hacerlos. Prometido. – se sentó en la cama a su lado.*

— *Estás triste Lu. – Hannah puso su pequeña mano sobre la de Lucía.*

— *No cariño, al contrario.*

Estoy muy, pero que muy contenta de verte, de ver que estás mejorando. – la niña puso cara de no terminar de creérselo.

— *Tienes la misma cara que tenía mi madre siempre que me ingresaban en el hospital. Estaba contenta pero por una parte la notaba triste. – se quedó mirando a Lucía fijamente.*

— *Estoy bien cariño. Ahora lo importante es que tú te mejores y que te pongas buena, para que podamos salir de aquí.*

Después de estar con ella una hora, dejamos a Pablo en la habitación y fuimos a hablar con el médico. Nos

aseguraba que no se lo creía, que en estos casos, muy pocas veces, se notaban los resultados tan pronto. Eso no significaba que estuviese fuera de peligro, pero sí que había pasado las horas más críticas tras la operación. No solté la mano temblorosa de Lucía en todo el rato que estuvimos hablando con el médico. Cuando nos dejó solos pudo respirar tranquila. Aunque aún pudiera haber alguna pequeña complicación, lo peor ya había pasado. Me soltó la mano y salió corriendo tras el doctor. Durante un par de minutos estuvo hablando con él. Veía como gesticulaba y cómo el médico terminaba sonriendo al verla marchar.

— *¿Qué le has preguntado?*

— *Una duda que tenía.*

— *¿Solucionada? – afirmó con la cabeza.*

— *¿Solucínaste los papeles que te pidió Úrsula? – la miré sin saber a lo que se refería ni a quién. – Sí, Úrsula, la bruja del mar. La que tiene tantos tentáculos que seguro que en alguno tiene veneno, o gonorrea o alguna cosa asquerosa. – pillé su metáfora de la bruja.*

— *Me mandó los papeles por email y estoy esperando a unos papeles de la funeraria y del Estado. Los necesito para la custodia. – levantó una ceja y negó con la cabeza.*

— *Ahí viene con sus tentáculos de Louboutin. – entró en la habitación y podía escucharla ponerla a parir en castellano.*

— *Buenos días Hans.*

— *Mercedes. – trataba de sonar cordial después de su amenaza.*

— *¿Pensaste sobre mi mensaje?*

— *No he tenido tiempo. – se acercó poniendo su mano sobre mi brazo y me susurró al oído.*

— *Busca tiempo. Tic tac Hans. Puede ser el sonido de un reloj o el sonido de una bomba. En tu mano está la opción. – pasó sus dedos por mi brazo y me produjo tal asco que menos*

mal que salió Pablo, si no, no sabría muy bien como hubiera reaccionado.

— *Convence a mi hermana de que tiene que irse. Tiene el día lleno de cosas y no quiere salir de la habitación. Yo me quedo con Hannah el resto del día. Había quedado con Sharon pero le llamo para quedar otro día. – debió de notar algo raro en mi cara. – Habíamos quedado para ir a la playa a hacer unas fotos. Nada raro.*

— *No Pablo, no tienes que darme explicaciones. Mi hermana está avanzando mucho y sé que todo te lo tengo que agradecer a ti. No hay día que no estés con ella, no hay charla que no estés agarrándola de la mano,*

no hay momento duro que no estés con ella. – puse mi mano sobre su hombro. - ¿Has decidido lo de tus prácticas? No puedes posponerlo más tiempo Pablo.

— Lo sé, y he enviado a todos los contactos que me sugeriste. Ahora solo queda esperar a que quieran a un chaval como yo.

— ¿Cómo tú? Luchador, constante, centrado, trabajador, ayudando siempre, con un instinto para la fotografía increíble... - silbé. – No, creo que no son cosas que quieran las empresas para que un joven trabaje gratis para ellos. – Pablo sonrió.

— Gracias por todo Hans. Creo que no te he dado las gracias en

condiciones.

— *Cuando te llamen de todas las empresas y tengas la elegir en la que quieras estar, ya me las darás.*

— *Por primera vez en mi vida, sé dónde quiero estar. — cómo había cambiado Pablo en pocos meses. — Ahora saca a mi hermana de ahí, si eres capaz de despegarla de Hannah.*

Refunfuñando conseguí que Lucía saliera del hospital. Refunfuñando logré que pasásemos a recoger algo para desayunar y sin que me hablase llegamos a casa. Nicola estaba con los cascos puestos y bailando en la entrada del garaje. Y aquella imagen me recordó la vuelta de

Santander a Somo, cuando la pillé bailando en medio del jardín, levantando de aquella forma tan exquisita la pierna, sonriendo y liberándose del peso del mundo que siempre llevaba encima. Antes de salir del coche, respiró profundamente, como si estuviera guardando bajo llave todo lo malo y quisiera dejarlo ahí durante unas horas. Aunque debajo de aquella capa de puedo con todo, se siguiera escondiendo una niña muerta de miedo. Tenía que hacer unas cuantas llamadas y hablar con Fernando. Aunque me recorriese por dentro un ardor cada vez que lo veía, necesitaba su ayuda.

— *Vamos a la sala Nico, que tengo unas cuántas dudas de las canciones. Yo no sé si nos está vacilando o es verdad. – entramos en casa y bajamos los tres abajo. Lucía se me quedó mirando porque había algo nuevo en la sala.*

— *¿Cuándo demonios has puesto las telas, la cafetera, la nevera y la mesa?*

— *Glen se ha encargado. Faltaban algunas cosas y aún queda algo que no has visto, pero no lo tengo todavía. – comenzó a sonar mi móvil. – Os dejo tranquilos para que podáis trabajar. Me voy ahora a la Fundación. Estáis en vuestra casa.*

— ¿Muchas reuniones? —
afirmé con la cabeza.

— Tengo dos hoy, tres mañana
y creo que me tendré que ir a Miami en
unos días. — se dio la vuelta extrañada.

— ¿Miami?

— Sí, la abuela al final ha
encontrado a alguien interesado en
abrir allí una Fundación y quiere que
vaya con ella a supervisar la firma y a
ver un edificio.

— Cómo me alegro cariño,
¿pero no me habías dicho nada verdad?
— se quedó pensando.

— Ha sido una sorpresa
también para mí. Se ha encargado la
abuela de todo. Así que recojo unas

cosas y luego nos vemos para comer. He quedado con Glen y traeremos la comida que a las cinco empezáis con audiciones. – la besé y me acerqué a Nicola para estrecharle la mano.

— No me la canses mucho.

— Seguro que me mata ella antes. – escuchamos un resoplido de Lucía.

— Seguro. – dijimos los dos a la vez.

— Sois idiotas, los dos. – nos señaló.

— Me voy. – volvió a pitar mi móvil y cuando lo miré saltó un nuevo mensaje de Mercedes.

Tic-tac Hans. Por si no

*lo has pensado aún,
Mario me ha pasado
unas preciosas fotos de
aquella noche. Te tengo
agarrado por los
huevos y dentro de
poco te tendré agarrado
por mis piernas.*

*Volverás a hacerme
gemir como tan solo tú
sabes hacer.*

*Traté de que no se me notase el
absoluto enfado que tenía en aquel
momento. Salí de la sala cerrando la*

puerta y cuando después de recoger varias cosas me monté en el coche, le dediqué varios de los insultos en castellano que Lucía me había enseñado.

Cuando abrimos el email de Ricardo y comenzamos a leer varias de las canciones que pretendía que preparásemos me eché a reír. Nico no entendía mi reacción.

— No te entiendo Lucía.

— Vamos a ver. Una de las fiestas es latina. Nos toca restregar cebolleta y mover culo con las mejores versiones de artistas latinos. Bachata, merengue, reggaetón y alguna cosa más. ¿Pero ésta canción? – puse mi dedo en

la pantalla del portátil y Nico leyó.

— Caballito de palo. – se me quedó mirando sin saber que era.

— No me jodas. Que eso lo bailaba en las verbenas en el pueblo y no es que tenga una coreografía de lo más estudiada. – me levanté y le hice el baile. Unos pasos girando sobre mí misma como si llevase un caballo de palo entre las piernas y dos pasos laterales medio saltando. Nico comenzó a reírse. – No lo entiendo.

— Viendo como le contestaste en Cabo, me parece que te está tomando el pelo con esa canción. – me senté de nuevo en el suelo.

— Bueno, luego tenemos un

concierto de Ed Sheeran y quiere unos bailarines por detrás. Esto puedo decir que me encanta. Desde que vi el video de Thinking Out Loud, me enamoré. Pero esa es una audición que nos tenemos que preparar. Vamos que no nos da trabajo, que nos da paso a audiciones. — refunfuñé.

— Pues vamos a empezar a trabajar. — cogí el teléfono. - ¿Qué haces?

— Llamar a Ricardo. Que me diga si es verdad. Porque también ha añadido una fiesta con telas y algo del estilo que hicimos en Cabo.

— ¿Sí?

— Vamos a ver mister Ortega.

¿Qué demonios nos has mandado? Dime si vamos a hacer las fiestas o no. Porque no me voy a partir el culo con la tela, para que me digas luego que no. – no le dejaba hablar. – Tengo muchas cosas que hacer y no quiero preparar rutinas para que luego me digas que no.

— ¿Me dejas hablar morenita? – me quedé callada unos segundos. – Todas las fiestas son vuestras menos la de Ed. Esa, tenéis que pasar una audición, porque aunque sea su coreógrafo, quiere decidir la pareja que esté con él.

— ¿Caballito de palo? – escuché como empezó a reírse.

— Dios, lo siento, pero es que

me hubiera encantado verte bailarla. Pero no, esa no tenéis que prepararla. Te he mandado un enlace a Spotify con las canciones – le indiqué a Nico que abriera el email y se conectase a Spotify.

— ¿Qué perra tienes con que baile rumba? Todos los españoles no sabemos.

— Lo siento reina, pero es el aniversario de una sala latina y es un remember de varios años. No voy a hacer ningún tipo de concesiones. Además, quiero ver lo que tengáis preparado para el fin de semana. Y el domingo a las ocho de la tarde en el Four Seasons, audición para Ed. No

tenéis más tiempo y ahora si me disculpas, a mover el culo que me voy a ir a hacer un poco de surf.

— Serás mamón. — me colgó. — Bueno. Domingo ocho de la tarde tenemos lo de Ed. Las demás fiestas son nuestras, pero quiere verlo todo para el domingo. Así que me parece que vamos a tener que meter muchas horas. Para una semanita que teníamos más tranquila.

Decidimos preparar los bailes latinos y menos mal que los dos nos acoplábamos a la perfección en las rutinas. Porque no teníamos demasiado tiempo para discutir por nuestros diferentes puntos de vista.

Aquella tarde hicimos unas audiciones en casa y tras ver a un montón de profesores y profesoras de diferentes clases que Rose quería ampliar, Nico y yo volvimos a practicar. Cuando dieron las diez de la noche Nico se fue a casa y yo me fui a la cocina a preparar algo para cenar. Hans no había llegado aún a casa. Supuse que estaría muy ocupado con todas las reuniones, así que cogí mi coche y bajé hasta un pequeño supermercado que había cerca e hice algo de compra. Al ir a pagar vi arándanos y cogí un par de cestitas.

Llegué a casa y me puse algo de música, subí a cambiarme de ropa y comencé a hacer la cena. Preparé unos

pequeños volovanes de setas Portobello, con queso de cabra y espárragos trigueros salteados, acompañándolo de una ensalada de frutos rojos. Llamé a Hans.

— Hola. ¿Vas a tardar mucho en llegar a casa?

— No, salgo de la Fundación y voy para casa.

— ¿Tienes algo de vino? – iba abriendo armarios buscando algo de vino.

— Comida faltará pero la bodega está llena. Vete a mi despacho. Me llegaron hace poco unas cajas de vino de una bodega de un amigo de Napa. Que ya que no voy a verle, me las

mandó para catarlas.

— Ok. Te espero en casa, voy a seguir preparando la cena. — escuché cómo se montaba en el coche.

— ¿Qué hay de postre?

— ¿No te interesa nada más que el postre? — escuché una sonora risa y me imaginé cómo se le dibujaba en la cara y echaba la cabeza para atrás apoyándola en el reposacabezas de su coche.

— Con que podamos tumbarnos en el sofá tranquilamente con un vino, me sirve. — saqué una botella de vino y volví a la cocina.

— Acepto la proposición.

— Nos vemos ahora Lu. —

colgué el teléfono

Comencé a preparar la masa de unas galletas. Había pensado en llevárselas a Hannah y tras preguntarle al médico y darme el visto bueno, decidí hacerle mis galletas especiales. Lentamente mezclé los ingredientes al son de la música de Ed Sheeran. Conecté a los altavoces el teléfono y Give Me Love comenzó a sonar. Era tan relajante escucharle mientras cocinaba, que me dejé llevar bailando y cantando mientras hacía las galletas.

Dame un poco de tiempo, vamos a solucionar esto. Vamos a jugar al escondite, a darle la vuelta a esto. Todo lo que quiero es el sabor de tus

labios.

Metí el coche en el garaje subterráneo y al abrir la puerta que daba a la casa, el olor de lo que Lucía estaba preparando junto con su voz me dieron la bienvenida a casa. Sonreí, sonreí como un jodido idiota. Nunca antes nadie me había cocinado, nunca antes nadie me había hecho sentir tan bien en casa, con ganas de terminar de trabajar y correr con ella para simplemente tirarnos abrazados en el sofá viendo la tele o charlando hasta entrada la madrugada. Solamente quería hacerlo con Lucía. Dejé las llaves en la entrada y caminé hasta la cocina. Allí estaba ella, la única que

conseguía sacarme una sonrisa después de un día de mierda. Estaba cantando, bailando y mezclando ingredientes en un bol. Vi cómo echaba muy despacio unos arándanos y ese gesto me transportó a la cocina de su tía en Langre. La primera vez que la vi cocinar y me permitió entrar en su pequeño paraíso. Cómo me enseñó a remover la masa lentamente para que los arándanos no se rompiesen. Recordé que aquella tarde me di cuenta de que era a la única que quería besar, solamente a ella, a nadie más.

Me apoyé en el marco de la puerta y recorrí su cuerpo con mis ojos. Cómo aquella camiseta mía vieja

de Guns N' Roses bailaba alrededor de su cintura mientras removía la masa lentamente. Cómo se quitaba el pelo de la coleta que le caía en la cara y se dejaba un rastro de harina en la mejilla. Cómo cerraba los ojos y cantaba unas líneas de la canción y sonreía bailando con el bol entre los brazos. Observé su reacción al abrir los ojos y encontrarme en la cocina. Se quedaba siempre quieta, como si le diese vergüenza de que la observase en silencio. Me acerqué lentamente y pasé mis dedos por su mejilla quitándole los restos de harina. Le miré a los ojos y metí el dedo dentro del bol, cogiendo un poco de la masa y llevándomela a la

boca. Entrecerró los ojos y cuando fui a coger algo más de aquella deliciosa masa, apartó el bol sonriendo.

— *Como ya te dije una vez, tendrás que esperar a que se hagan las galletas para comer más. – ella también se había transportado a aquella tarde en Langre. Cogió mi dedo y se lo metió en la boca, pasando su lengua por él, quitando los restos de masa que quedaban. Ese simple e inocente gesto, me excitó.*

— *¿Y tendré que esperar para comerme a la galletita más deliciosa y sabrosa? – dejó el bol en la mesa y apoyó el culo sobre la isla.*

— *Bueno, el pescado se está*

haciendo a fuego muy lento. – se subió en la isla y comenzó a abrir las piernas, mostrándome que debajo de mi camiseta no llevaba nada más que unas pequeñas bragas negras. – La ensalada está en la mesa y la masa tiene que reposar. – cogió un arándano y se lo llevo a la boca. Juguetecía con su lengua dentro de la boca sin comérselo. – Puedes empezar por el postre. Si quieres.

Abrió más sus piernas, una clara invitación a que me acercase a ella. Situé mi cuerpo entre ellas y enroscó sus piernas en mi cintura pegándome a ella. Juguetegó unos segundos con sus dedos en la cinturilla de mi vaquero y

me quitó la camiseta muy despacio, dejando un reguero de besos por mi pecho y cuello, hasta atacar mi boca sin piedad. Sabía a arándanos y a azúcar. Una mezcla que con su propio sabor, era exquisito. Le quité la camiseta y apoyándome sobre su cuerpo, la obligué a tumbarse en la encimera. No llevaba nada más que aquellas preciosa y minúsculas bragas negras. Metí mis dedos en el bol de la masa de galletas e hice un círculo alrededor de su ombligo, y notaba como arqueaba la espalda, y emitía dulces gemidos. Comencé a pasar mi lengua por su ombligo y con mis manos recorría el interior de sus piernas.

Paré un instante para poder observarla, allí quieta, con sus muslos tensos, con los pezones erectos y con el pecho subiendo y bajando excitada. Abrió los ojos y sonrió sabiendo que aquellas galletas tardarían más de la cuenta en hacerse.

Nuestros cuerpos excitados acabaron mezclados con harina y chocolate encima de aquella isla. Cocinar nunca me había parecido tan sexy y placentero.

25. FAME

Al día siguiente cuando metí las galletas en una pequeña caja que había

comprado para llevárselas a Hannah me reía. Cuando Hans bajó a desayunar y me vio riéndome, se acercó a mí y me besó en el cuello.

— No sé yo si esas galletas son demasiado adecuadas para Hannah. — continué metiéndolas en la cajita.

— Sí, que se lo pregunté al médico y lo único que me dijo es que tuviera cuidado con las cantidades de azúcar y he usado harina especial. — noté su mirada fija en mí y una sonrisa burlona en su cara. - ¿Qué?

— Me encanta lo ingenua que eres de vez en cuando. — entonces comprendí lo que había dicho.

— Dios, se ve que los polvos

de anoche mezclados con el vino ese me han dejado sin neuronas.

— *Se ve, se ve. – empezó a sonar el móvil de Lucía. – Ya voy a por él. – miré en la pantalla y no reconocía el número. Al descolgar solo escuchaba la respiración de alguien al otro lado de la línea. Tras preguntar varias veces colgué. Presentí que quien estaba al otro lado no quería hablar conmigo, esperaba la voz de Lucía.*

— *¿Quién era? – ella seguía en la cocina y apunté en mi móvil el número.*

— *Se han equivocado. Algo de un seguro de motos. – metí el móvil en su bolso de nuevo. - ¿Nos vamos a ver a*

Hannah?

— *Por supuesto.*

Cuando llegamos al hospital y Hannah olió las galletas de Lucía, pegó un bote en la cama. Estuvimos con ella media mañana y nos hizo varias preguntas a las que yo mismo no sabía qué responderle sobre sus padres. Pero Lucía se armó de valor y paciencia y le contestó a todas y cada una de ellas. Era la mejor persona que podía haberlo hecho. Ella había pasado por lo mismo y tenía los mismos sentimientos que Hannah. Además, era la única que conseguía calmarla cuando se ponía a llorar o cuando le dolía algo. Hasta las enfermeras y los

médicos que la visitaban lo comentaban. Todos los días íbamos a verla por las mañanas y cuando buscábamos cualquier hueco a lo largo del día. Un día de esa semana hablé con el médico para saber cómo iba su recuperación.

— Siendo sincero, es un milagro cómo se está recuperando. Esa niña tiene mucha fuerza interior y cuando la visita Lucía, resplandece. Parece tener una conexión muy especial con ella. Sabes que ha pasado uno de nuestros psicólogos por su cuadro de pérdida de sus padres, y no deja de hablar de vosotros.

— ¿Cuándo cree que podrá

tener el alta? – le pregunté observándolas dentro de la habitación mientras jugaban con unas cartas.

— No te puedo dar una fecha exacta, pero yo creo que en dos o tres semanas podrá regresar a la Fundación, con un cuidado seguimiento médico, podrá realizar una vida medianamente normal. Pero las pruebas médicas, ya sabes que no cesaran. Hay que estar muy pendiente de su salud. Tiene que estar muy vigilada durante el próximo año.

— Entiendo. – no podía dejar de mirar como sonreían cuando estaban juntas.

— Sé que en la Fundación

estará vigilada y muy bien atendida, pero en caso de que haya una adopción, tienen que tener muy claro los padres adoptivos que el proceso será largo. Y tenerlo muy claro también vosotros.

— *Será muy difícil separarlas cuando llegue el momento. – el médico puso una mano sobre mi hombro.*

— *Siempre hay otras alternativas. – le miré sabiendo lo que quería decir con esa afirmación.*

— *Es algo demasiado complicado.*

— *Míralas. Por unas sonrisas así, no hay nada imposible en este mundo Hans.*

Allí me dejó el médico dándole vueltas de nuevo a algo que llevaba rondándome en la cabeza varios días. Vi cómo Lucía se despedía de Hannah. Era domingo y tenían la audición a las ocho de la tarde. Le costaba cada día más dejar allí a Hannah.

Cada día era mucho más duro, muchísimo más difícil salir de aquella habitación y dejarla en el hospital. Había sido una semana muy dura. Pude al fin hablar con Hernando y me confirmó que estaban haciéndole más pruebas a la tía. No se lo había contado a nadie. Estaba tratando de organizarme un poco para poder ir a visitarles con Pablo. Además Hans había estaba

teniendo demasiadas reuniones y demasiadas llamadas a deshoras.

Cuando llegué al Four Seasons había un montón de parejas calentando en una de las salas. Me sentí de nuevo como la niña con gafas que acudía a clases de ballet en Deba, con todas las demás niñas mirándome y señalándome. Respiré profundamente y entré con paso firme. Al fondo estaba Nico, apoyado en la pared y hablando con una bailarina que estaba formando un gran charco en el suelo.

— Vamos gigoló. Seguro que Ricardo nos está esperando.

— No Lu, somos los últimos. Quedan aún cuatro parejas por delante.

– me entregó unos pequeños dorsales y me quedé mirándole.

— ¿En serio?

— Sí. – su cara era de déjame un ratito en paz que estoy ligando.

— Me voy a calentar un poco.

Me puse los cascos y calenté en el suelo. Mientras escuchaba música comencé a estirar las piernas, bajando mi cuerpo hasta tocar el suelo con el pecho. Pasaron las siguientes parejas y cuando miré el reloj eran más de las nueve de la noche. No podía entender porqué nos había dejado los últimos.

Me levanté y miré por la ventana de la puerta. Pude ver dos parejas que bailaban de una forma increíble.

Ricardo ovacionaba cada salto, cada movimiento y vi cómo apuntaba algo en un cuaderno. Me vio cotilleando por la ventana y negó con la cabeza. Me quité de la puerta y me volví a sentar en el suelo para colocarme las puntas. No tenía muy claro que lo fuéramos a conseguir, sobre todo porque habíamos cambiado alguno de los pasos de la rutina que había creado Ricardo para el video. No sabía si conseguiríamos pasar la audición, pero seguro que al menos Ricardo vería que la morenita, seguía teniendo las cosas claras.

— ¿Lista? – salió una chica con gafas y una carpeta.

— Sí. Nico ¿listo? – afirmó con

la cabeza. – Allá vamos.

Entramos y aquella sala era demasiado grande. Desde fuera no se veían tan enorme. Ellos estaban sentados en una mesa de madera alargada delante del improvisado escenario. Aquello me recordaba a una película. Nico me quitó la bolsa del hombro y dejó nuestras cosas en un lateral de la sala. Se quitó la camiseta y se quedó solamente con unos pantalones de yoga. Me quité la sudadera quedándome con una camiseta de tirantes, las mallas y las puntas. Me recogí el pelo en un moño no demasiado tirante pero al ir a atármelo, cambié de opinión. Pensé que el movimiento del pelo también podía ayudar en la rutina.

¿Una tontería? Podía ser, pero bueno, de tonterías estaban llenos mis días. Nos situamos en el centro de la sala y repasé sus caras. Estaba Ricardo, Ed Sheeran, una chica rubia y la chica de gafas que salió a buscarnos.

— Sois los últimos. Hemos visto a grandes bailarines esta tarde. No sé si nos podréis sorprender con algo. — Ricardo y su gran boca que no pudo mantener cerrada. Abrí la boca para contestarle y Nico puso su mano en mi cintura, avisándome del primer paso y tratando de que no dijese nada.

— Solamente lo hace para molestarte. Ya lo sabes. — les miré de nuevo y no pude reprimirme.

— No sé si os sorprenderemos, lo que tengo claro es que os haremos sentir la pasión y la ternura de la canción. – noté la sonrisa de Ed Sheeran y se la devolví levantando los hombros.

— ¿Listos? – la chica de las gafas nos miró y al afirmar con la cabeza le dio al play.

Cuando tus piernas no funcionen como solían hacerlo antes, y yo no pueda ya volverte loca...

Lo hicimos tal y como lo habíamos ensayado. En algún paso nos equivocamos pero tuvimos tanta compenetración que no se notó. Quisimos seguir el video con su baile, pero algunos pasos los cambiamos por

elevaciones y saltos. Podía escuchar los susurros mientras realizábamos nuestra rutina. Nos dejamos llevar por la letra. Cerré los ojos y simplemente dejé que mi cuerpo expresase lo que aquella maravillosa canción decía.

Justo antes de finalizar la canción di unos pasos para atrás y cogí impulso para acabar en los brazos de Nico girando y terminando en el suelo, en la misma posición que habíamos empezado. Nos quedamos quietos y la canción se repitió de nuevo. Estiré mis pies poniéndome sobre las puntas y Nico al notar que me quejaba de la espalda me agarró por la cintura para que pudiera estirarme sin que se notase

mi dolor. Ninguno de los cuatro decían nada así que recogimos nuestras cosas, suponiendo que ya nos dirían algo. Me coloqué la sudadera y antes de que me subiera la cremallera, escuché la voz de Ricardo.

— ¿A dónde creéis que vais? - nos dimos los dos la vuelta.

— Como no nos habéis dicho nada hemos supuesto que ya nos avisaríais.

— No. Acercaos por favor. - Ricardo nos reclamó en el centro de la sala de nuevo. - No habéis seguido por completo la rutina del video.

— No. - Nico me dio un pequeño golpe en la cintura.

— ¿Quién ha decidido esos cambios? – la rubia nos miraba con cara de desdén.

— Yo. Supuse que todos los bailarines iban a copiar el video y pensé que podíamos adaptarlo. – se miraron entre ellos y susurraron algo.

— ¿Puedes repetir – buscó en los papeles mi nombre – Lucía el salto ese en el aire con las piernas en paralelo y la voltereta sin manos? – Ed Sheeran señaló en el aire.

— Sí.

— ¿Con una canción que no sea esa? Improvisar algo. – les miré a los cuatro sorprendida.

— Claro.

— Pero con una pareja que no sea la habitual. ¿Un reto para ti?

— ¿Improvisación? Claro, ningún problema.

Ed cogió una guitarra que estaba en la parte de atrás y se sentó sobre la mesa. Ricardo se acercó al centro y se quitó el jersey. Le miré negando con la cabeza y entrecerrando los ojos. Comencé a escuchar I'm a Mess en acústico y simplemente me dejé llevar de nuevo. Ricardo simplemente se quedó en el centro por si necesitaba apoyo en alguno de los saltos. Así que baile a su alrededor.

Soy un desastre ahora mismo, por dentro y por fuera. Buscando una

dulce redención, pero este no es el final. No sé cómo arreglarlo. ¿Cómo? Yendo a través de las señales. Yendo a través de nosotros. A pesar de que lo he sabido durante mucho tiempo y toda mi esperanza, todas mis palabras están todas escritas en los carteles, pero tú eres mi camino guiándome hacia casa.

Hice el salto que me pidió, giros, pasos por el suelo y todo lo que la canción me transmitía. Y cuando finalizó de cantar le hice la voltereta sin apoyar en el suelo como me había pedido. Jadeando me quedé en el centro, al lado de Ricardo con el pelo casi tapando mi cara y mi corazón a punto de salir

corriendo de mi pecho de la presión. Él miró al resto y simplemente afirmaron con la cabeza.

— Ya me había dicho Ricardo que me sorprenderían los últimos bailarines, pero no tanto. — se acercó a mí a estrecharme mi mano. — Enhorabuena. Sois mis bailarines para el show. No pensaba incluir esta canción con baile, pero después de haberte visto y el video que me enseñó Ricardo sobre aquella tela, creo que vais a tener mucho trabajo que realizar. Quiero todo en el show. Es un concierto muy especial y quiero que sea aún más especial. Enhorabuena. — fue a estrechar mi mano y directamente me lancé a sus

brazos. Me aparté al segundo.

— Perdón. Lo siento. Es que me he emocionado.

— Tranquila. Es lo que me ha gustado. Se te veía, se os veía derrochando pasión al bailar. Es lo mismo que siento yo cuando me siento con la guitarra a componer. Es lo que quiero en el escenario. Pasión. Mucha pasión de la que llevas dentro.

— Gracias. — estrechó la mano de Nico y cuando se dieron la vuelta Ricardo se acercó a nosotros.

— ¿Siempre necesitas retos para dar la mejor versión de ti?

— No Ricardo, lo que pasa es que no quería cambiar por completo tu

coreografía, porque sé que eso te puede molestar.

— ¿Has pensado en mis sentimientos?

— No, solamente respeto tu trabajo. Como me gusta que respeten el mío.

— No me equivocaba con vosotros. Lo mejor siempre se deja para el final. – comenzó a sonarme el móvil. Vi el nombre de Rose. – Os podéis marchar. La semana que viene vuelvo a Los Ángeles. ¿Podemos quedar para ver los trabajos?

— Genial.

Salimos del hotel y pasamos por un bar en el que estaban todos tomando

algo. Miré y no vi ni a Fernando ni a Hans. Le pregunté a las chicas y me comentaron que estaban en alguna parte hablando de algo. ¿De qué demonios estarían hablando esos dos? Del tiempo fijo que no. No tenían nada en común, absolutamente nada.

No me gustaba nada tener que pedirle un favor a Fernando, pero en aquel caso y debido a su trabajo pensé que era el idóneo.

— *¿Pero no hay nada que hacer? Lucía recibió una llamada que cogí yo y bueno... Solamente había una respiración al otro lado del teléfono respirando muy fuerte y con alguna dificultad.*

— ¿Piensas que ha sido Antonio? – levanté los hombros.

— ¿Hay alguien en el pueblo con el que ella siga manteniendo algún tipo de contacto a parte de vosotros? ¿Alguien que pueda decirle a él algo? – Fernando se quedó pensando.

— No, eso ya lo pensé yo cuando nos enteramos de que había salido de la cárcel. Pero no sé aún porqué regresó a Langre. Ellos vivían en Deba. Y no creo que haya ido a expiar sus pecados.

— ¿Estás seguro de que no puede salir del país?

— Le han retirado el pasaporte. Y no sabe dónde vive. Nadie

lo sabe. Saben que vive en Estados Unidos, pero no en que ciudad.

— *¿Podría encontrarles? — pensar en que ese hijo de puta pudiera hacerles daño, que apareciera para joderle de nuevo la vida a Lucía, me daba pánico.*

— *Me parece imposible. Ni siquiera nosotros hemos dicho dónde nos íbamos. Simplemente hemos dicho que nos íbamos de viaje. Lo veo casi imposible.*

— *Casi, no totalmente.*

— *¿Qué quieres de mí? — le entregué el número de teléfono que había llamado a Lucía.*

— *Haz magia de esa tuya.*

Averigua quién la ha llamado y ayúdame a protegerla. Sé que la quieres, que aún puede ser que estés enamorado de ella. – apreté mis puños sobre las rodillas. – Si es así, ayúdame a que no le pase nada malo, por favor.

— Sé que no te caigo bien, que no te gusta ni que esté a menos de dos metros de ella, por eso sé que te está costando muchísimo pedirme este favor. – cogió el papel. – Sí, la quiero. Y sí, creo que siempre estaré enamorado de ella. Siempre. Fue mi primer amor, y ese nunca se olvida. Pase el tiempo que pase. – respiré profundamente. – Pero si la quieres proteger, nunca la mientas, nunca la

hagas sufrir y nunca la hagas daño. Porque entonces seré yo el que acabaré con lo que le hace sufrir. Acabaré contigo. Y no es una amenaza.

— *No hace falta que me amenaces. Nunca la haría daño.*

— *Más te vale.*

— *Hola chicos. ¿Reunión de rabos mayores? – la cara de Lucía no tenía precio. Nos observaba a los dos sorprendida de que estuviéramos hablando sin destrozarnos a puñetazos.*

— *Tu chico me estaba diciendo dónde podíamos ir de fiesta y conocer a chicas.*

— *¿En busca de flora y fauna local? – se apoyó con la mano en su*

hombro.

— *Ya sabes lo que me gusta nena. – dios otro comentario así y no aguantaría sin decir nada.*

— *Coño, la fiesta. – me miró con los ojos muy abiertos como si hubiera descubierto una solución.*

— *¿Qué fiesta?*

— *La de la inauguración. Ricardo nos ha contratado a Nico y a mí para bailar en ella, pero es a la que nos había invitado Glen, que tenía las invitaciones.*

— *¿La fiesta? – la miré sin saber muy bien si recordaba que tipo de fiesta era.*

— *Ay Hans, no me mires así. Ya*

saben dónde van a ir en cuanto les diga de que va la fiesta. Estarán encantados los tres. Te lo aseguro. Somos una pandilla de viciosos. – Fernando sonrió entendiéndola perfectamente. – Yo me encargo de conseguir más invitaciones. No habrá problema. Y ahora si no os importa que me vaya a casa. - resopló. - Tengo los muslos más tensos que el tanga de una stripper.

— *¿Os han dado todas las fiestas? – afirmó con la cabeza. - ¿Y el concierto?*

— *Le he dado en todos los morros al señor Ortega. Qué a gusto me he quedado de verdad.*

— *Enhorabuena cariño. – la*

besé.

— *Si es que vales mucho Lu. — Fernando la abrazó y tuve que desviar mi mirada a otro punto del local. Justo vi a Mercedes allí hablando con Glen sin apartar su vista de mí.*

— *¿Qué hace Mercedes aquí? — nos giramos los tres para mirarles y vimos como Glen gesticulaba mucho y se pasaba la mano por la frente.*

— *Nada bueno, seguro que nada bueno.*

No me acerqué a ellos pero sabía que en cuanto dejase de hablar con Glen recibiría un mensaje en mi móvil. Estuve esperando pero no lo recibí. Nos sentamos con el resto en la

mesa y me disculpé un segundo para ir al baño. Justo cuando iba a salir me encontré con Mercedes que me empujó contra la puerta. No dijo nada, tan solo se limitó a recorrerme la cara con sus ojos y una terrorífica sonrisa se dibujó en su cara. Pasó los dedos por mis labios y noté unos ojos clavados en nosotros. Al girarme vi a Rose alucinando. Negó con la cabeza y salió por el pequeño pasillo. Corrí tras ella y la agarré del brazo.

— Rose, no es lo que parece. — se giró para mirarme.

— ¿Y que se supone que no me debe parecer haber visto? Te juro que como estés engañando a Lu con esa

puta zorra, no vas a tener ciudad para correr. – se soltó con un manotazo de mi mano.

— Rose, no es nada de lo que estás pensando. Te lo aseguro.

— ¿Y qué coño está pasando Hans? – se cruzó de brazos delante de mí.

— Mierda Rose, no pasa nada. – noté como mi tono de voz se elevaba y como Mercedes nos observaba.

— Tú, aléjate de Glen, de Hans, de Lucía y de mí. No se te ocurra que por poner esos ojitos de perra descarriada vas a conseguir algo. – Rose me apartó y se enfrentó a Mercedes. – Te juro que como te

acerques a ellos más de la cuenta, te arranco los ojos.

— *¿Tú y cuantas más? No eres más que una pequeña zorra que ha conseguido atrapar con sus redes de barriobajera a un millonario. Cuando le saques todo el dinero le dejarás tirado en cualquier cuneta. — Mercedes empujó a Rose y ésta sin cortarse un pelo la abofeteó duramente.*

— *Me basto yo sola para acabar con un maldito bicho como tú. — Mercedes se pasó la mano por la boca y se vio la sangre que el anillo de compromiso de Rose le había dejado en el labio.*

— *No sabes lo que has hecho.*

Acabaré con todos vosotros, y el primero vas a ser tú Hans. – nos miró a los dos. – No sabéis lo que habéis hecho.

Mercedes caminó por el pasillo, recorrió el bar sin mirar a nadie y salió por la puerta del bar colocándose las gafas. Me acerqué a Rose y estaba con los brazos pegados a su cuerpo con los puños apretados. Puse mi mano sobre su hombro y me lanzó una mirada tan dura, tan llena de odio que por primera vez desde que la conocí me dio miedo.

— ¿Qué has hecho Hans?

Respiré profundamente y de nuevo puse mi mano sobre su hombro y

*la guie hasta la parte de atrás del bar
para poder contarle toda la mierda
que tenía que soltar.*

26. EN EL OJO DEL HURACÁN

Pedí dos copas y las llevé a la

mesa. Una mesa en la parte más oscura del bar, donde no nos podía molestar nadie y podía sincerarme con Rose. Después de lo que había visto y lo que Mercedes había soltado por su boca, necesitaba contárselo a alguien y no había reunido el valor suficiente de contárselo a Lucía o a Glen.

— ¿Qué está pasando Hans? – le dio un gran trago a su copa.

— Tal y como Lucía te habrá contado, una noche acabé... - tuve que parar un segundo y cerré los ojos.

— Sí, te follaste a otra en una fiesta. – directa al grano como siempre. – Te follaste a otra.

— Sí. Pero no recuerdo nada.

No recuerdo su cara, no recuerdo quién estaba allí. – dio un golpe en la mesa.

— Joder Hans, no me vale la excusa de bebí demasiado y no lo recuerdo. ¿Qué pinta la zorra de Mercedes en todo esto?

— Estaba en esa fiesta. Ella y Mario. – centró su mirada en la mesa y levantó sus ojos.

— ¿Fue Mercedes? – levanté los hombros a modo de afirmación. – No me jodas Hans. Mira que hay mujeres en Los Ángeles para follarte y tienes que acabar con la ex de tu mejor amigo. Con la mujer que trató... - resopló – la mujer que hizo que Lucía se sintiera como una mierda.

— *Ella me dice que hay fotos y que si no me vuelvo a acostar con ella en la fiesta a la que estamos invitados, le enseñará todo a Lucía.*

— *No me lo creo. – comenzó a sonreír. – Si esa zorra tuviera algo que lo demostrase, hubiese perdido su culo operado para enseñárselo y joder lo vuestro.*

— *¿Y si no es así? – tenía mi mano encima de la mesa y Rose puso la suya encima.*

— *Vamos a ver Hans. Es una zorra de manual. Ya se lo hubiese enseñado. ¿Y si es todo una estrategia? Lleva detrás de ti años, por lo que me ha contado Glen. – buscó mi mirada*

con sus ojos. - ¿Por qué no se lo has contado a Lucía?

— *No quiero defraudarla, no quiero hacerla daño.*

— *Mierda Hans. ¿Por qué me lo has tenido que contar? Es mejor que se lo cuentes. Que le digas todo lo que está pasando. Que paséis por esto juntos o te aseguro que le dolerá más que se lo ocultes. – apoyé mi cabeza en la pared.*

— *¿Y si no me cree? ¿Y si la pierdo?*

— *Mira Hans. Lucía ha pasado por muchas cosas, la conozco desde hace muchos años. Hemos pasado por situaciones que ni siquiera*

te las imaginarias. – se sentó a mi lado. – Pero nunca, nunca jamás la había visto así. Tan feliz, tan increíblemente feliz. Podéis pasar por un infierno, pero tengo claro que te creerá. Confía en ti. Y que Lucía Medina confíe en ti, es lo máximo.

— No quiero que sufra.

— Sufrirá más si es Mercedes la que mete mierda. Tienes que hablar con ella, con los dos. – se acercó y me dio un beso en la mejilla. – Estás en medio de una tormenta. A un lado tienes un cielo azul, precioso y tranquilo. – miró a Lucía que estaba hablando con Glen animadamente en la barra. – Al otro lado tienes un cielo

negro, con rayos, con una gran tormenta eléctrica. Decide qué camino tomar Hans.

— *Qué suerte ha tenido Glen contigo.*

— *La verdad es que sí. – nos reímos. - Haz que yo pueda decir lo mismo Hans. Yo confío en ti y aunque aquellos dos cabezotas puedan parecer tan duros, en el fondo son dos muffins de chocolate rellenos de dulce de leche.*

Rose se fue con ellos y me quedé unos segundos allí observando. Miré solamente a Lucía. Cómo acariciaba a Glen el brazo cuando hablaba con él, cómo se pasaba la mano por el pelo metiéndoselo detrás de la oreja, cómo

se llevaba la mano a la boca antes de soltar una carcajada. Su forma de escuchar atentamente todo, aunque la conversación no le interesase o la sutil manera que tenía de alejarse cuando quería estar tranquila. Caminaba por el bar buscándome con su mirada. Su preciosa sonrisa se dibujó al verme y se quedó escuchando la canción que sonaba en aquel momento. Me invitó con un dedo a que fuera hasta el centro del bar con ella. Me levanté caminando lentamente hasta ella.

— *¿Me concedes este baile monito?*

— *Siempre.*

Nos pusimos a bailar en medio

del bar. No había bailando nadie y pude notar cómo todos nos observaban.

— *Déjate llevar monito. No hay nadie mirándonos.*

— *Está todo el bar haciéndolo. ¿No lo notas? – puso sus manos sobre mi nuca y jugueteó con sus dedos entre mi pelo.*

— *No hay nadie mirando. Tan solo estamos tú y yo, disfrutando de una preciosa canción. Como si todo el mundo hubiera desaparecido. Solamente tú y yo. – de repente lo que me estaba diciendo se hizo realidad y no vi a nadie más. Solo estaba ella, mirándome con sus preciosos ojos marrones y con su sincera sonrisa.*

— ¿Cómo lo consigues? –
apreté su cintura contra mí cuerpo.

— ¿El qué? – ahí estaba de
nuevo su tierna inocencia que de vez en
cuando salía a relucir.

— Conseguir que no vea a
nadie más que a ti. Lo hiciste el día de
la fiesta en tu piso, cuando me
desafiaste, cuando estábamos en Las
Vegas, cuando te vi en aquella fiesta
romana. Solamente pude verte a ti. – se
acercó y me susurró.

— Eso es porque te estabas
enamorando de mí y aún no te habías
dado cuenta. – se mordió el labio
inferior levantando las cejas, muy
segura de sí misma.

— *¿Y tú cuando te enamoraste de mí?*

— *¿La verdad?*

— *Siempre. – se quedó unos segundos en silencio pensando.*

— *En Langre. En el momento exacto que dijiste que no me preocupase. Que todo saldría bien. Cuando preparamos la cena. – suspiró sonriendo. – Aquellas palabras que me sonaron más sinceras que nunca, me avisaron que me había enamorado de ti. En tus brazos me sentía protegida.*

— *¿Y me hiciste sufrir hasta Las Vegas?*

— *Quería saber si funcionaríamos juntos y me arrepiento*

de no haberte besado antes. – acercó sus labios a mí.

— ¿Cuándo fue eso? – se pasó la lengua por los labios.

— El día que me devolviste las llaves del Mini. Tuve que resistirme bastante cuando me apoyé en aquella silla y tenía delante de mí esos labios tan irresistible y esos ojos desafiándome. – sonreí y me acerqué para besarla y se apartó. - ¿Y tú?

— Mientras comías regaliz. – frunció el ceño sin recordarlo. – En la autopista.

— ¡Solo me habías visto cinco minutos! – parecía sorprendida.

— Pero supe que aquella loca

tarada con la boca más rápida de la costa oeste, me volvería tan loco como para volar hasta Las Vegas a recuperarla.

— *Eres para comerte monito.*

Su lengua comenzó a explorar entre mis labios y nos besamos como si nadie más hubiese en el mundo, hasta que comenzamos a escuchar unos silbidos en el bar. Al girarnos vimos a Ceci y Evi silbando junto con Rose con cara de tienes que hablar con ella.

Después de tomarnos unas copas, dejamos a los chicos cenando en un local de Santa Mónica y nos marchamos a casa. Estaba destrozada. Me dolían todos y cada uno de los músculos de las

piernas. Tenía los pies machacados de las puntas. Seguía sintiendo aquel dolor cada segundo, años después, solamente al ponérmelas. Cada salto, cada pointe, cada giro, cada dedo roto, cada esguince y cada rutina que debía repetir en la academia de pequeña. Era ponerme las puntas y volver a sentir el dolor y a la vez el placer de poder volar, de poder sorprender y de poder sentir en cada poro de mi piel la pasión por el baile.

Estaba en la cama sentada frotándome mis doloridos pies, tratando de estirarlos y recuperar su forma natural, no la forma de garras de aguilucho que tenían en aquel momento.

— Que dolor por dios. — entró

Hans en la habitación.

— ¿Ha merecido la pena?

— Sí. — sonreí.

— Túmbate cariño. — le observé unos segundos.

— Directo al grano, sin rodeos. — le agarré de la camiseta y me soltó la mano.

— Eso después. Voy a darte un masaje que casi no te has podido sentar en la cama.

— ¿Me has estado espiando?

— Siempre que puedo.

— Vicioso.

Me quité la ropa y me tumbé en el centro de la cama. Hans cogió un poco de aceite y comenzó a masajearme

la espalda y continuó por las piernas. Me parecía que me hablaba pero mi cuerpo se relajó tanto que me quedé medio dormida.

Comencé a hablar con ella y emitía sonidos como si me estuviera escuchando. Decidí que era el momento de contarle todo.

— Tenemos que hablar. Sé que te va a doler, que no lo esperas, pero si sigo callándome, va a estallar. Lucía, nunca he querido hacerte daño, nunca quise que sufrieras pero aquella fatídica noche, no tengo excusas. — no decía absolutamente nada y lo normal es que ya se hubiera dado la vuelta - ¿Lucía? — me apoyé en la cama y vi

cómo dormía. – Descansa princesa. Mañana hablamos.

Le tapé con una manta y bajé a preparar unos informes que me había pedido mi abuela. Aproveché para hablar con Sharon un rato. Me puso al día con su terapia, con su vida en la Fundación y traté de escucharla atentamente cuando me contó sobre su relación con Pablo. Ella seguía siendo mi hermana pequeña y se me hacía muy cuesta arriba pensar en que ya era una mujer y... “Joder Hans, no. Quitate esa imagen de la cabeza. Ella no es como tú.” Mi cabeza repetía y repetía aquella frase, pero sabía que sí, que era como yo y que ya tenía veintiún

años. ¿Habrían tenido mis padres la charla de sexo con ella? Ojalá, porque yo no sería capaz de hablar de eso con mi hermana. Daba igual cuantos años pasasen, para mí seguiría siendo la niña que correteaba entre mis piernas.

Me metí en la cama y Lucía rodó por ella, hasta apoyarse sobre mi pecho y respirar profundamente. Musitó algo que no pude entender y continuó durmiendo.

27. LA PEQUEÑA PÍCARA

Me desperté como nueva. Hans

seguía durmiendo a mi lado y bajé a la cocina a preparar el desayuno. Mientras me preparaba un café cogí el teléfono y recibí varios mensajes de Ceci, Evi y Fernando haciendo el bobo en varias discotecas. Se estaban pegando unas vacaciones a lo grande. Solo les faltaba acabar en Las Vegas y ya serían unas vacaciones inolvidables. Mejor no les decía nada, que seguro que pillaban un coche y se plantaban allí. Estaba preparando un zumo y empezó a vibrar mi móvil. Al mirar la pantalla venía un número secreto y al descolgar no se oía nada, así que simplemente colgué. A los cinco segundos comenzó a vibrar de nuevo.

— ¿Sí?

— Buenos días cariño.

— Dios Rose, ¿qué pasa? – me senté en la terraza.

— ¿Por qué me tiene que pasar algo?

— Estás demasiado cariñosa y no me digas que es porque ha salido el sol y los pajarillos cantan. – carraspeó.

— De verdad, una no puede ser cariñosa porque sí. – se empezó a reír. – Voy ahora para la academia a ver cómo van las obras, ¿te vienes y desayunamos luego juntas y nos vamos de compras?

— Puedo quedar dentro de dos horas o así. Me pego una ducha y me voy a ver a Hannah, que pasan los

médicos en un rato y quiero hablar con ellos.

— ¿Puedo acompañarte?

— Claro que sí. Quedamos en el hospital en media hora.

— De acuerdo. Le digo a Glen que me acerque. — notaba algo extraño en su voz.

— ¿Todo bien Rose?

— Sí. ¿Todo bien Lu?

— En serio, lo de la boda te está dejando más boba que de costumbre.

— Pues no sabes lo que nos queda amor. No lo sabes bien.

Subí a la habitación y tras prepararme le dejé una nota a Hans en la

almohada. Seguía durmiendo. Supuse que se había quedado hasta tarde trabajando. Le di un beso y me marché.

Cuando llegué al hospital Glen y Rose ya estaban allí. Subimos a la habitación y a Hannah la estaban visitando unos médicos. No nos dejaron entrar hasta que terminasen las pruebas. Nos saludó desde la cama sonriendo en cuanto nos vio. Comenzaba a tener mejor cara y le habían quitado las vías del brazo. Cuando salieron los médicos se pararon a hablar con nosotros.

— Lo siento, pero no me dejan darla más información. Tenemos orden de solo hablar con el señor Berg. — cerré los ojos y supe perfectamente que

había sido Mercedes la que dio esa maldita orden. – Pero la he visto aquí todos los días, preocupada por ella. Me meteré en un problema con ella, pero Hannah está respondiendo perfectamente y creo que en un par de semanas podrá salir de aquí. Pero yo no he dicho nada. – nos sonrió y se fue.

— Maldita zorra. – Glen me miró fijamente. – Perdón.

— No, la verdad es que es una zorra, pero no sé por qué está haciendo todo esto.

— Pues porque lleva detrás del rabo de Hans demasiado tiempo y cree que Lu es una diana fácil de acertar. – Rose explotó. – Mira, siento mucho que

sea tu ex. Entiendo que la tengas un respeto por ser la madre de tu hija, pero es una jodida asquerosa que no va a parar hasta que explote algo. – estaba demasiado enfadada cómo para ser simplemente que no le dejase a los médicos hablar conmigo.

— ¿Rose que sucede? – Glen la agarró de las manos.

— Nada, pero me jode que esa tipeja sea como es. Que lo único que quiere es joder. Y hará lo que sea posible. No me fío de ella. Ten cuidado. No creas nada de lo que te pueda llegar a decir. – sabía que escondía algo en sus palabras, no había secretos para nosotras y su forma de estirarse de los

dedos me decía que sabía más de la cuenta.

— Me tengo que ir a trabajar. Tengo que pasarme por la Fundación para una charla. ¿Nos vemos para comer? — besó a Rose — Y no me líes mucho a los obreros que están trabajando.

— Prometido.

Glen se marchó y nosotras entramos en la habitación con Hannah. Aprovechamos unos juegos que le había dejado Pablo allí y cuando nos dimos cuenta casi eran la hora de comer. Pablo y Sharon llegaron para estar con ella el resto de la tarde. Me despedí de ella con una sonrisa y al montarme en el coche

tuve que respirar un par de veces.

— Cada vez se te hace más duro.

— Sí. Mucho.

— ¿Qué pasará cuando salga del hospital? – me incorporé a la carretera.

— Pues volverá a la Fundación. Haremos el funeral de sus padres y empezará su proceso de adopción. – paramos en un semáforo y noté como la mirada de Rose estaba fija en mí.

— ¿Y no se te ha pasado por la cabeza adoptarla? – la miré y un escalofrío me recorrió por el cuerpo.

— Es imposible. Nunca me darían la adopción a mí. No soy estable,

no tengo dinero para poder mantenerla.
– me pegó en el brazo enfadada. – Joder.
Estás como una puta cabra.

— Tú eres idiota. No todo se basa en el dinero.

— Ya claro, como en este país los colegios, la sanidad y todo es taaaaannn barato. – mi ironía comenzó a salir a relucir.

— Pero estás con Hans. – me giré para mirarla completamente flipada.

— ¿Y? Bueno, estamos tratando de recuperarnos de lo que acabamos de pasar, tratando de ser una pareja normal.

— Siento decírtelo, pero nunca vais a ser una pareja normal. – empezó a reírse tratando de poner un poco de

humor.

— Para poder adoptar a un niño, tiene que ser una pareja estable, casada, con nivel adquisitivo alto, con una casa donde pueda estar, con todo lo necesario para que pueda vivir bien.

— Mira, lo que más falta le hace a un niño cuando se le adopta, es amor. Amor del bueno, amor con mayúsculas, amor como el que tú le estás dando a esa pequeña. Y si un juez o un asistente social no ve eso, es que es jodidamente idiota. – sonreí mirándola. Parecía estar en un alegato en un juicio. – Y punto pelota. – empezaron a pitarnos y Rose sacó medio cuerpo por la ventanilla. - ¡Qué ya vamos coño!

— Mete ese culo aquí dentro

Rose.

Cuando vimos la academia, destrozada por dentro, sin paredes, sin suelos, sin techos, solamente con los pilares y lleno de escombros, se nos cayó la boca al suelo. Pensábamos que aquello iría mucho más rápido y al menos podríamos ver algo más, pero aquella obra no iba tan adelantada como nos hubiese gustado.

Y así fueron nuestros siguientes días. Hans trabajando, yo trabajando, visitas al hospital, visitas furtivas a la academia, compras con Rose, cenas con los chicos que cada día me sorprendían con los lugares que encontraban en la

ciudad y Hans cada día más raro. Pero no teníamos ni un triste segundo para estar a solas. O bien estábamos con los chicos, o bien con nuestros hermanos o bien con Glen y con Rose planeando la boda. A parte de sus viajes a Miami durante un par de días a la semana. Sí, cuando él estaba en Miami hacíamos llamadas por Skype y algunas veces acabábamos manteniendo sexo virtual. Era excitante, era algo nuevo pero no era lo mismo. Necesitaba sentirle, necesitaba besarle y que me abrazase tal y como él solamente sabía hacer.

Hablaba cada día con mi tía. Había días que tenía mejor cara y días que me mataba no poder estar a su lado.

Cada vez que bajaba la tapa del portátil lloraba desconsolada y no tenía a Hans cerca para poder limpiar mis lágrimas. Fueron dos semanas demasiado duras.

Aquella noche le necesitaba más que nunca y estaba a miles de kilómetros. Mientras terminaba de perfeccionar las rutinas de la fiesta de ese fin de semana, esa fiesta que llevábamos tanto tiempo deseando, mi cuerpo parecía no reaccionar. A cada paso me tropezaba, me desequilibraba al levantar la pierna, me caía cada dos por tres.

— Mierda. — lancé las zapatillas al suelo enfurecida.

— ¿No te puedes concentrar

galletita?

Mi cuerpo se paralizó por completo. Pensé que mi cabeza me estaba jugando una mala pasada. Que me estaba imaginando que Hans estaba allí conmigo. No me di la vuelta simplemente me abracé y fui a apagar la minicadena. Me recorrió un escalofrío por el cuerpo, el mismo que sentí cuando le vi aparecer en la fiesta cuando apareció con mi hermano, el mismo que me paralizó al verle en la puerta del hotel de Las Vegas, con aquellos preciosos ojos verdes recorriendo mi cuerpo.

— ¿Así me recibes después de casi cuatro días? – me dí la vuelta y no

era un producto de mi imaginación, allí estaba. Corrí hasta lanzarme a sus brazos y simplemente me puse a llorar.

— ¿Qué pasa nena? – me abrazó fuertemente. – Shhh, ya estoy aquí cariño. Estoy contigo. – me aparté de él.

— Cómo necesitaba abrazarte. – le besé y continué llorando.

— *¿Ha pasado algo cariño? ¿La tía está bien? ¿Hannah? – me mataba verla llorar. Habían sido muy pocas las veces que se había descubierto así ante mí. La cogí entre mis brazos y la subí al salón. – Nena, me estás asustando.*

— *No pasa nada cariño. Es*

que te he echado tanto de menos... - se limpió las lágrimas con el anverso de su mano. – Hannah está bien, está muy bien. Creo que el lunes le darán ya el alta y seguro que se alegra mucho de verte. Me ha preguntado cada día por ti. – sonrió al hablar de ella. Se le iluminaba la cara cuando estaba con ella o cuando aparecía su nombre en cualquier conversación.

— Qué alegría cariño. – se apoyó en mi hombro.

— La tía sigue mal. Espero que pasen estas fiestas y el concierto para poder escaparme para verla. Los chicos vuelven en dos semanas a España y quiero irme con ellos. –

mientras me hablaba recordé la forma que tenía su tía de tranquilizarla y traté de hacer lo mismo, pero no tenía la misma maña.

— *Claro que sí. Nos vamos para allá y estamos con ella. – se limpió las lágrimas y se levantó del sofá.*

— *Vienen Pablo y Sharon a cenar. – miró el reloj. – Vienen en media hora. Voy a ver si preparo algo. – fue a la cocina y cogí el móvil para pedir algo cuando comenzó a sacar cosas de los armarios. Me acerqué y vi por primera vez en muchos años los armarios llenos de cosas. Abrí cada armario observando todo.*

— ¿Has hecho compra?

— Hombre, lo de comer y cenar de papelitos todos los días cansa. Además ya sabes que me encanta cocinar. — empezó a pelar unas patatas.

— ¿Qué vas a hacer?

— Una buena tortilla de patatas. Que aquí mucha comida de grandes cocineros, pero lo que viene siendo una tortilla de patatas, como que no tenéis ni idea. — me señaló con el cuchillo en la mano y levanté las manos en son de paz.

— ¿Puedo pegarme una ducha? El vuelo me ha dejado medio muerto. — me acerqué a ella. — Si te

*apetece acompañarme te espero arriba.
– la besé en el cuello.*

*— Dame diez minutos. – me
besó y subí a la habitación.*

Cuando entré me encontré sus cosas desperdigadas por el baño. Miles de botes de cremas, peines, pinzas, gomas y demás cosas sobre la encimera del lavabo. En el armario su ropa colgada y sobre la cama papeles llenos de garabatos de rutinas y el IPod con los cascos. Sonreí al encontrar cada cosa. Me gustaba tenerla en casa y que sus cosas invadieran el espacio que meses atrás era tan solo mío.

Me metí en la ducha y hasta las toallas estaban dobladas de una

manera especial. Escuchaba la música desde el baño y cuando bajé estaba montando la mesa en el jardín. Mientras colocaba las cosas movía las caderas y la cabeza al son de la música.

— *Te he apagado el IPod. Estaba encendido.*

— *Dios, perdona. Pensaba que llegarías mañana y tengo que recoger todo.*

— *No pasa nada. La verdad es que me encanta encontrarme tus cosas por casa. Me podría acostumbrar a ello. – la acompañé a la cocina. – Esta casa es demasiado grande para mí solo y bueno... Me gusta que estés por aquí.*

— Seguro que mi hermano estará encantado. Los días que los chicos han salido de viaje, habrá estado de lujo. Él sí que se podría acostumbrar a tener el piso para él. — negó con la cabeza. — Por cierto, creo que ya le han contestado de una empresa para hacer las prácticas.

— ¿Sí? — traté de coger un poco de queso que había cortado y me dio en la mano.

— Chst. Quieto. — apartó el plato. — No me ha querido decir nada. Por eso venían a cenar hoy.

— Me sigue costando verles juntos. — me miró levantando una ceja. — No, no, no. — supe lo primero que

había pensado. – No es eso. De verdad. Pero es que para mí Sharon siempre será mi hermana pequeña. – se empezó a reír.

— Mira Hans, lo que te voy a decir no te va a gustar. – se puso delante de mí con las manos en el pecho. – Pero esos dos, ya han follado y muchas veces. Deja de verla como una niña pequeña.

— ¿Cómo me dices eso?

— Porque es la verdad joder. ¿Crees que se dan de la mano y ya?

— Sí. – no pudo reprimir la risa.

— ¿Tú a su edad que hacías?

— Es diferente. – carraspeó y

se cruzó de brazos.

— *Como me digas que es diferente porque ella es una chica, te juro que te doy. – no sabía cómo salir de aquello.*

— *No... sí... no. Dios, que complicado es. Es que es mi hermana.*

— *Y él mi hermano. Están empezando a explorar su relación. Es normal que follen. Follar. Follar. – repitió varias veces la palabra. – Creo que si la oyes más veces, te acostumbrarás.*

— *Pero...*

— *Que no Hans. Son adultos, entre comillas. Saben lo que hacen y si se tienen que equivocar, que lo hagan*

ellos. Mi hermano es súper responsable, siempre que sale de casa le obligo a llevar condones. – a cada palabra que decía más lo empeoraba y por su cara lo sabía y lo estaba haciendo a posta.

— Dios Lu, no eres demasiado buena tranquilizando.

— Sí lo soy, pero me encanta ponerte nervioso. De todas las maneras imaginables. – metió su mano por debajo de mi camiseta y pasó sus uñas por mi pecho, bajando por el abdomen e introduciéndose dentro de mis pantalones. – De todas.

— Eres un bicho. Y me encanta. – sacó las manos.

— *Habla con Pablo si quieres. Una charla entre hombres, tal vez te ayude a asumir que no son unos niños. – levanté una ceja. – Sí, sé que nos han dado varios disgustos, pero hay que creer en ellos. De verdad. Tú hablas con él y yo con tu hermana.*

— *¿Con mi hermana? A ver qué le dices, que conociéndote acaba en una fiesta en la playa. – y zas, la que había estado esperando acabó en mi brazo.*

— *Termina de poner la mesa.*

Cuando llegaron Romeo y Julieta empezamos a cenar. La verdad es que después de lo que me dijo Lucía, traté de verles como una pareja

normal, no como a nuestros hermanos. Pablo estaba nervioso y parecía no encontrar el momento de contarnos algo.

— *Dispara Pablo, que ya te has comido todo el queso y el pan.*

— *Sí. – jugaba nervioso con la servilleta y miró a su hermana.*

— *Venga Pablete, ¿qué pasa?*

— *Bueno, pues me han dado ya la contestación de las cartas que envié hace unas semanas. – sacó el móvil y buscó algo en él. – Tengo varias respuestas y ahora tengo que elegir.*

— *¿Y qué problema hay?*

— *No, no hay ningún problema. Bueno, empiezo por el*

principio. El otro día me llamó el señor Coleman. El tema de la beca, está solucionado. Me la han concedido. — Lucía saltó de la silla para abrazarle.

— Que bien cariño. De verdad.

— Sí. Pero bueno, que tengo tres empresas aquí que me quieren. Dos son empresas de nuevas tecnologías, para hacer prácticas en el departamento de marketing.

— Eso es genial.

— Sí bueno, para hacer fotocopias y demás. — agachó la cabeza.

— ¿El tema de Milán seguiría en pie en caso de que fueras no? — noté cómo mi hermana agachaba también la

cabeza y se dieron la mano bajo la mesa.

— *Creo que sí. – Pablo no quería salir de la ciudad, estaba claro.*

— *¿Y la otra empresa?*

— *Es una editorial con diferentes empresas dentro de ella. Tienen revistas, libros, publicaciones online y en esa estaría de becario adjunto del director de comunicación.*
– *Lucía se quedó mirando a su hermano y luego a mi hermana.*

— *Es tu decisión cariño, aquí en Milán o en China, lo que decidas será lo mejor. Voy a por el postre. – se fue a la cocina y mi hermana se levantó detrás de ella con el resto de los platos.*

Pablo estaba demasiado pensativo.

— *Pablo, ¿has tomado ya tu decisión?*

— *Es demasiado difícil. – se levantó y fue andando hasta la parte final del jardín. Me acerqué a él con un par de cervezas. Se la di.*

— *Sé que puede parecer difícil tomar una decisión que pueda afectar a todo tu futuro, pero tienes que hacerlo con el corazón en la mano.*

— *Lo sé, pero son demasiadas cosas. Mi hermana ha luchado mucho porque me pueda ir a Milán a hacer las prácticas que tanto deseaba. – se sentó en el suelo.*

— *¿Ya no quieres ir?*

— *No. No quiero irme de aquí. No quiero dejar todo lo que tengo aquí por unos meses fotografiando a súper modelos. No quiero dejar a mi hermana, ni a la Fundación y mucho menos a Sharon. No quiero. – negó con la cabeza.*

— *Tu hermana estará bien, contenta porque estés realizando tu sueño. La Fundación seguirá aquí cuando vuelvas. – me miró.*

— *¿Y tu hermana? – miramos los dos a la cocina y Sharon y Lucía estaba preparando los cafés.*

— *Mi hermana también seguirá aquí.*

— *Pero es que no quiero estar*

lejos de ella. Estos meses han sido duros, han sido muy difíciles, pero ahora que está mejorando y estamos empezando a disfrutar, no quiero tirarlo todo por la borda por un simple capricho que tenía hace meses. No quiero estar en ningún otro sitio que no sea a su lado.

Y tal y como era capaz de hacer desvanecer todas mis dudas su hermana, Pablo lo había hecho. No tenía ninguna duda de que él, era el mejor para estar al lado de mi hermana.

— ¿Crees que Pablo está dudando por mí? – Sharon revoloteaba a mi alrededor.

— Es una de las opciones. Sí. —
me di la vuelta para mirarla y la agarré
de las manos. — Tú mi niña, creo que
eres el mayor hándicap que tiene ahora
mismo.

— No quiero que por mi culpa
deje de hacer lo que quiere.

— No Sharon. Si se va, dejaría
lo que quiere. — su mirada era una
mezcla de miedo y satisfacción por mi
respuesta.

— Pero no quiero que en un
futuro, si lo hay, me lo pueda echar en
cara. — se sentó en una silla.

— Mira Sharon, hay veces en
esta vida que hay que saltar sin esperar
lo que haya debajo. Ahora mismo puede

que solo veas lo malo, pero te aseguro que si mi hermano decide quedarse aquí, es porque te quiere.

— ¿Te lo ha dicho? – se levantó sorprendida.

— No, pero le conozco muy bien. Nunca le había visto así de entregado con nadie. Ha tenido amigas, follamigas, pero no lo que tiene contigo. ¿Sabes esas veces que cuando conoces a alguien, tienes la absoluta certeza de que acabarás con él? – miré por la ventana y observé a los dos hombres de mi vida. – Que pase lo que pase, serás feliz a su lado. Aunque haya días de mierda, aunque haya momentos que se te pase por la cabeza tirar la toalla, sabes que

no hay mejor lugar en el mundo que a su lado. — noté la mano de Sharon agarrando la mía. — ¿Fue así cuando conociste a mi hermano? — afirmó medio avergonzada. — No Sharon, no te avergüences. Es lo más bonito que se puede sentir.

— ¿Él sentirá lo mismo?

— Tendrás que hablar con él. ¿Les llevamos el postre? Me da miedo la conversación que Hans pueda estar con él. — Sharon me miró, le hice un gesto y al entenderlo se empezó a reír.

— Mi hermano y su sobreprotección.

Salimos al jardín y Sharon se acercó a Pablo. Hans se levantó y vino

sonriendo. Cogió la bandeja con las tazas de café y me besó.

— Tu hermano es increíble. —
suspiré.

— Solo espero que tome la decisión con el corazón, no por lo que piensa que deja aquí.

— Esperaré a que te diga él cuál es su decisión, pero seguro que estás aún más orgullosa de él. — les miramos.

— Espero que no le haga daño a tu hermana.

— No lo hará. — diez minutos después pudimos ver como se besaban y abrazaban. Se levantaron del suelo y vinieron a la mesa.

— Bueno, ya sé lo que voy a hacer. — se acercó a mi arrodillándose en el suelo. — Lu, no quiero que te enfades conmigo.

— No lo haré cariño.

— Sé que has luchado porque tenga lo mejor. La mejor universidad, las mejores cámaras posibles y la mejor educación. — me cogió de las manos. — Quieres lo mejor para mí, y no está en Milán. Está aquí en California.

— Pero Pablo...

— No hay peros Lu. Ninguno. Quiero estar aquí, hacer mis prácticas en esa editorial, poder seguir colaborando con la Fundación, estar con mi hermana y — se levantó para agarrar a Sharon de

la mano. – poder continuar con nuestra historia. – besó la mano de Sharon.

— No quiero que te arrepientas de tu decisión. – miró a Sharon para tranquilizarla.

— Solo me arrepentiría si me fuese. Aquí tengo todo lo que puedo desear. Mi familia – me miró – buenos amigos – miró a Hans – y a mi chica. – agarró a Sharon de la cara. – No hay mejor sitio en el mundo que aquí, a vuestro lado. – la besó y vi como Sharon me miraba sonriendo cuando se separaron. - ¿Qué pasa?

— Son las mismas palabras que ha usado tu hermana.

— Es de lo poco que recuerdo

que nos decía nuestro padre. Cuando dormíamos a la luz de las estrellas en el acantilado de Langre donde está ahora su árbol, siempre antes de dormirnos, nos besaba y nos decía – dijimos a la vez. – No hay mejor lugar en el mundo que a vuestro lado. – cerré los ojos pensando en lo orgulloso que estaría nuestro padre.

— Ojalá hubiéramos podido conocerle. Parecía una gran persona.

— Era la mejor persona del mundo. – Hans me abrazó.

— Estaría muy orgulloso de vosotros. De los dos.

Pusimos algo de música y Pablo nos empezó a contar como serían sus

prácticas. Las empezaría en un mes y estaba entusiasmado. También nos enseñó lo que tenía en mente para la Fundación. Nos mostró las fotos que había estado realizando. Había fotografiado todo, las actividades, las charlas, los ejercicios de meditación, al equipo al completo y en alguna salíamos nosotros con Hannah y Rufus jugando en el jardín. Mi hermano me miró al saltar esa fotografía y me hizo un gesto con la cabeza y le sonreí. Fue una gran noche en familia.

28. LA CELESTINA

Llegó el día de la gran fiesta. Había estado practicando noche y día con Nico, en casa, en la playa, en aquel

local que alquilamos para poder practicar con las telas. A Nico se le había ocurrido que dentro de una de las canciones, podríamos actuar los dos con las telas. Fue duro, moratones y quemaduras en los brazos, algún pequeño esguince de muñeca, pero había merecido la pena. Hans seguía estando demasiado raro, pero es que seguíamos sin tener un triste minuto para estar tranquilos. Así que decidí que en cuanto acabase la actuación de la fiesta, hablaría con él. No sabía si le preocupaba algo o era cosa mía, pero no me quería quedar con la mosca detrás de la oreja, que me conocía y me podía montar demasiadas cosas en la cabeza.

Cuando llegamos al escenario que nos habían preparado, pudimos ver todo nuestro vestuario. Como se notaba donde había pasta.

— ¿Nerviosa?

— No. Deseando actuar.

— Empezamos a las ocho. — miró su móvil. — Tenemos un par de horas para prepararnos y bailar todo por última vez. Por si tenemos que corregir algo.

— ¿Qué vamos a corregir si somos la bomba juntos? — choqué su mano.

— Si me llegas a decir eso hace unos meses, me quedo muerto. — sonreí.

— Pero pasa el tiempo, conoces

a las personas y algunas se hacen querer.
— le di con la cadera. - ¿Pillamos un par de cafés y tratamos de no matarnos con las telas?

— Eres una adicta al café.

— Entre otras muchas cosas.

— Esta noche lo pasarás bien. —

una sonrisa maliciosa se dibujó en su cara.

— Dios, no lo sabes tú bien.

Entre el trabajo, la Fundación, el hospital, acompañar a Rose a buscar cosas para la boda, los viajes de Hans, no nos ha dejado tiempo para estar juntos.

— ¿Así que aprovecharás

cualquier rincón esta noche?

— Tu deberías hacer lo mismo.

— me miró sonriendo.

— Yo soy más de mirar que de que me miren. Además ya se me ha olvidado lo que es ligar.

— Pues deja que te ligen. Te aseguro que con ese cuerpazo, esos ojos y esa sonrisa, bajas bragas sin proponértelo. Que eres un moja bragas profesional. Solo tienes que acercarte lo justo — me acerqué a él — tontear un poco, una mirada y tendrás a quien quieras. Luego ya te conocerán y caerán a tus pies.

— Me miras con buenos ojos.

— Te aseguro que si hubiera sido de otra manera, no te habrías

escapado nene. – le di un azote en el culo riéndome.

— Seguro que hubiésemos disfrutado. – el tonto amistoso que teníamos dejó a una chica que había por allí mirándonos. La miré y estaba embobada con Nico.

— Mira, sin hacer nada ya tienes una admiradora. – miramos a la chica y estaba medio escondida entre unas columnas. Era rubia, con gafitas y una coleta. – Hola. – la saludé y salió tímidamente de las columnas.

— Perdón. No quería molestar.

— No molestas. – empujé a Nico para que se acercase.

— No me hagas de celestina.

— Lo siento. No es muy normal que aparezca una loca detrás de una columna observándoos.

— Es más normal de lo que piensas. — me empecé a reír. — Creo que me he dejado algo en el coche.

— Hemos venido en taxi. — me dijo Nico entre dientes.

— Ella no lo sabe. Venga Nico, date una oportunidad. Nunca sabes lo que te espera, esta noche puede ser increíble.

Me fui por uno de los laterales y me quedé mirándoles. No me podía creer que con la labia que tenía Nico para ciertas cosas, estuviera chocholo perdido. No daba pie con bola, se le

trababan las palabras y no dejaba de frotarse la frente. Al volver Nico se marchó.

— Lo siento mucho. Me llamo Samantha, pero puedes llamarme Sam.

— Encantada, soy Lucía. — estreché su mano.

— No quería estar mirando, pero he llegado antes de tiempo, soy una de las extras de la fiesta de esta noche. He escuchado música y me ha entrado curiosidad. — subió al escenario y acarició las telas. - ¿Os subís aquí?

— Sí. — me crucé de brazos sonriendo.

— ¿Es difícil?

— Bueno, es cuestión de

práctica, como todo al final.

— Siempre me ha llamado la atención, la forma en que os subís por ellas, como os deslizáis sin que parezca difícil. – suspiró.

— En la academia damos clases de aero yoga, si quieres apuntarte, eres bienvenida. – saqué una tarjeta de la bolsa. – En breve abriremos y haremos una fiesta de inauguración. Por ahora seguimos trabajando en unas pequeñas aulas, pero seguro que te encanta.

— Muchas gracias Lucía. ¿Nico trabaja también allí? – sonrió tímidamente.

— Sí. – se mordió los labios.

— Me voy a cambiar, como me

pille el jefe remoloneando por aquí, será la última fiesta en la que trabaje. Luego nos vemos. – se fue agitando la tarjeta.

Nos preparamos y a las ocho comenzamos a escuchar el revuelo de gente fuera. Aparecieron los nervios típicos en mi estómago y en los de Nico.

Llegamos todos a la fiesta y nos sorprendimos del tema de la noche. El circo había llegado a la ciudad. Camareras paseando entre los invitados semi desnudas, camareros con tan solo unos pequeños pantalones, equilibristas por el aire, camareros en grandes zancos y mucha, mucha gente comenzando a divertirse. Había fuego, colores y en el escenario se podían ver

ya las telas y un gran aro plateado atado al techo. Supuse que sería alguna actuación nueva.

Nos entregaron unas copas y nos mezclamos entre la gente. Busqué a Lucía y no la vi por ninguna parte, así que me fui a la parte de atrás. Estaba preparándose en un camerino. Tan solo llevaba un conjunto plateado, dejando todo su tatuaje a la vista.

— Hola preciosa. — se estaba colocando unas largas pestañas postizas plateadas.

— Hola. Malditas pestañas. No hay manera que se peguen. — se levantó para besarme.

— Bonito conjunto.

— Escaso diría yo. Pero bueno.

— Yo te veo espectacular.- se pasó una mano por el sujetador.

— Mientras no se me salga ninguna teta vamos bien. – metí un dedo dentro de una de las copas, la estiré y miré dentro.

— A mí ya me apetece verlas. Creo que se me han olvidado como son. – se apartó de mí y de reojo echó un vistazo al reloj. Pasó sus manos por las tiras traseras del sujetador y las soltó, dejando caer el sujetador al suelo.

— Problema solucionado. – me miró. - ¿Te vas a quedar ahí? En diez minutos tengo que salir al escenario y

en cinco aparecerá Nico por esa puerta.

No le dejé más tiempo para hablar y agarré su culo para poder disfrutar de su boca, de sus tetas y de su cuerpo. Fue rápido, intenso y voraz. Nico comenzó a aporrear la puerta y de la boca de Lucía salieron varios gritos y dejamos de escucharle. Nuestras respiraciones y corazones se oían en la habitación y sin verlo venir nuestros orgasmos eclosionaron en uno solo, agitando nuestros cuerpos. La despedida fue igual, rápida y muy intensa. Se colocó el sujetador, se retocó el maquillaje y salió como un suspiro por la puerta. Tardé unos

segundos en recuperarme y me uní de nuevo a los chicos. Rose me miró, miró al escenario ya que Nico y Lu estaban en él, y se empezó a reír.

— *Creo que no es tu tono monito. – me quitó restos de maquillaje plateado de la cara. - ¿Aplacando los nervios de Lucía?*

— *Si, bueno. – me volví a limpiar la cara.*

— *¿Has hablado ya con ella?*

— *No, en cuanto termine la actuación lo haré.*

— *Espero que no sea tarde. De todas maneras la amenaza de Mercedes parece que no se va a cumplir. No la he visto por aquí. – Glen se acercó a*

nosotros.

— *Vamos a primera fila, que seguro que no nos decepciona la actuación.*

Se apagaron las luces y comenzaron a sonar los sílbidos tan inconfundibles de Wind of Change de Scorpions. No podía ser de otra manera. Cada canción que elegía, tenía mucho detrás, más de lo que ella creía en aquella ocasión.

Escuchando el viento de cambio, una noche de verano en agosto. Soldados que pasan, escuchando el viento de cambio. El mundo acercándose. Pensaste alguna vez que podríamos estar tan juntos.

Comenzaron con su rutina, primero en el suelo, bailando juntos, creando la magia que siempre creaban cuando se movían al mismo son. En una de las partes de la canción Lucía se enganchaba de la tela y se elevaba unos centímetros de suelo volando. Volaba por el escenario y se podía ver su sonrisa. Nico mientras tanto continuaba moviéndose por todo el escenario y Lucía comenzó a trepar hasta varios metros de la tela. Y tal y como hizo la primera vez que la vi, se desenredó por ella, esta vez cayendo a los brazos de Nico y haciendo varios giros con ella, hasta dejarla sobre al lado de la otra tela. Se miraron y

comenzaron a trepar los dos, como si fuera una cuenta atrás y cuando estaban a media altura, sujetaron bien sus brazos y tras balancearse unos segundos se agarraron de la mano, y las telas empezaron a girar con ellos en el aire. Y cuando ya pensábamos que no nos podrían sorprender más, se miraron, pude ver como Nico afirmaba con la cabeza y Lucía balanceándose saltó a la tela de Nico. Mi corazón se paralizó. Estaba como una maldita cabra. Rose me agarró de la mano tranquilizándome.

— *No te preocupes, lo habían ensayado mil veces.*

— *¿Y si se llega a caer? – mi*

corazón no respondía.

— *Nico no iba a dejarla caer, además si te has dado cuenta, tiene parte de la otra tela agarrada en forma de seguridad. Tranquilo.*

Terminaron deslizándose abrazados por la tela y cayendo al suelo justo con el final de la canción. Toda la sala rompió en aplausos y mi corazón volvió a reaccionar. Esa mujer me mataría algún día de un susto. Una hora después, y cuatro rutinas más tarde se bajaron del escenario para poder empezar a disfrutar de la fiesta.

Cuando por fin me quité aquel maquillaje plateado, o al menos traté de eliminar la mayor parte posible, salí ya

vestida a la fiesta. La mayor parte de los invitados habían salido al jardín y busqué entre ellos a alguno de los chicos. Pero o habían desaparecido o habían empezado la noche sin mí.

29. A POR TODAS

Nos habíamos desperdigado todos. Me había acercado a una de las barras a por un par de copas cuando

unas manos se situaron en mi espalda, recorriéndola de arriba abajo, acabando en mi cintura. Puse mis manos sobre ellas pero al notar unas uñas muy largas las aparté. Al girarme vi a Mercedes delante de mí.

— *Me encanta que lo decidieras así. No sabes lo que vamos a disfrutar. Además Lucía si quiere que nos mire y vea lo que se está perdiendo. — la agarré del brazo y me la llevé hacia una zona apartada donde casi no había nadie. — Si Hans, ya sabes que lo que me gusta es fuerte y duro.*

— *Cállate Mercedes. ¡Cállate joder! — un camarero que pasaba por allí nos miró unos segundos debido a*

mis gritos y se marchó sin dejar de observarnos.

— *Sigue así y harás que me corra sin tocarme. – solté su brazo.*

— *Vete a la mierda. No te voy a tocar jamás.*

— *Si lo harás o esa pequeña bailarina sufrirá. – la agarré fuertemente del brazo empujándola hasta una pared cercana.*

— *Como te atrevas a hacerla daño, acabo contigo Mercedes.*

— *Cumple nuestro trato y nunca se enterará Lucía. – en su cara apareció una temible sonrisa.*

— *¿Enterarme de qué? – solté a Mercedes y al darme la vuelta Lucía*

estaba justo detrás de nosotros. Su cara estaba blanca y su cabeza se movía nerviosa. Mis manos comenzaron a temblar y mi corazón empezó a latir sin control.

— *Hola Lucía. – la voz de Mercedes, dura, con segundas interrumpió el tenso momento.*

— *¿Qué trato? O empezáis a hablar o juro que me lio a ostias hasta sacar la maldita verdad. – sus manos temblaban y su cuerpo comenzaba a tensarse.*

— *No es lo que parece Lucía. Simplemente estábamos hablando de... - no sabía ni por dónde salir para primero no mentirla y segundo no*

hacerla daño.

— *Pues a mí me parece que entre vosotros está pasando algo, de lo que no queréis que me entere, pero yo no soy una tontita más Hans. – negaba con la cabeza apretando sus brazos fuertemente contra su cuerpo. - ¿Qué coño está pasando?*

— *Hans, es hora de que tu bailarina se entere de la verdad. No la quieras tener en una caja de música dando vueltas sin que se entere de lo que está pasando. – el pecho de Lucía comenzó a subir y bajar descontrolado, apretando su mandíbula y pude escuchar su respiración.*

— *Lucía vamos a hablar. –*

traté de acercarme a ella y como si fuera una corriente eléctrica se apartó de mí.

— *No pienso moverme de aquí Hans. Vuelvo a repetir si no lo habéis escuchado bien. – se tomó unos segundos para tranquilizarse pero no lo consiguió y gritó muy alto. - ¿QUÉ COJONES ESTÁ PASANDO AQUÍ?*

— *Lucía por favor.*

— *Ni Lucía ni ostias. – echó levemente su cabeza hacia atrás y sonrió irónicamente. – Claro, tantas llamadas, tantos viajesitos, tantas cosas raras... - negó cruzándose de brazos. - ¿Cómo no lo he podido ver? ¿Cuándo empezó? ¿En su despacho en*

el hospital? ¿Habéis estado follando mientras os reíais de mí? ¿O no os ha dado tiempo a reiros?

— No Lucía, de verdad que no es eso.

— ¿Entonces qué es? – soltó sus brazos poniéndolos en su cintura.

— Soy con la que folló cuando tú te fuiste con tus drogas y tu vida de puta a otra parte. – tuve que parar a Lucía porque se acercó como un tren sin frenos a machacar a Mercedes.

— Quieta Lucía. – se removía entre mis brazos y tuve que agarrarla de la cintura para sacarla de allí.

— Suéltame maldito mentiroso. – la dejé en el suelo en un lugar

apartado de Mercedes.

— *Lucía escúchame, por favor. — andaba en círculos por el jardín musitando cosas en castellano que no lograba entender. — Lucía.*

— *¿QUÉ? — me pegó tal grito y vi tanta ira en su mirada, que por primera vez, me dio miedo acercarme a ella.*

— *Tendría que habértelo contado hace tiempo, pero no he tenido las narices de hacerlo.*

— *Lo que no tienes son huevos Hans. Y los que tienes los dejas en habitaciones de zorras. — me acerqué a ella pero se apartaba de mí. Al menos había conseguido que no saliera*

corriendo.

— *Lucía, por favor, escúchame un segundo. Si después no me crees, puedes irte y seguir insultándome.*

— *Tienes diez segundos. – se cruzó de brazos sentándose en un muro.*

— *¿Recuerdas la fiesta?*

— *Sí, en la que te follaste a Mercedes por lo visto.*

— *Por lo visto. – me acerqué a ella. – Sabes que te conté que no lo recordaba. – mientras yo hablaba ella seguía haciendo comentarios. – Sé que no sirve lo de bebí más de la cuenta. Sí, recuerdo que Mercedes y Mario estaban en aquella fiesta.*

— *Mira la mierda y la*

porquería juntitos. — se mordió la lengua y levantó una mano como dejándome seguir hablando.

— No puedo recordar con quién me acosté, ni lo que hice, pero Mercedes me asegura que fue con ella. Que el alcohol...

— Ya está Hans. Sabíamos los dos, que esto acabaría explotando por alguna parte. Que a uno de los dos le pesaría el engaño. Pero lo que no me imaginaba es que la zorra de Mercedes sería la que nos hundiese en la mierda.

— Pero Lucía. — le corté, ya no podía seguir escuchándole. Había pasado el tiempo suficiente como para que se hubiese sincerado. Para que me

hubiera dicho que tenía sospechas o que Mercedes era con quien se había acostado.

— No hay más peros posibles. No estábamos juntos cuando lo hiciste, pero mientras supuestamente habéis tenido ese trato del que no me tenía que enterar, sí me has engañado. De la peor manera posible Hans. Confío... - carraspeé – confiaba en ti y me has engañado.

— No Lucía, pensaba que lo podría solucionar sin... - volví a cortarle. Estaba demasiado enfadada como para seguir escuchándole.

— ¿Sin qué? ¿Sin contarme lo que estaba pasando? Ocultándome que

Mercedes te estaba chantajeando. Que por su culpa no me dejan casi ver a Hannah, que no me pueden decir nada los médicos. ¿O tú ya sabías eso? – su cara se desfiguraba por momentos. No era capaz de decirme nada. – Perfecto Hans. Hay veces que no decir nada, es la mejor afirmación a las cosas.

— Lucía. – me agarró la mano y sin saber cómo, le pegué una sonora bofetada, dejándole los dedos marcados en su cara.

— Vete a la mierda.

Salí de aquella parte del jardín corriendo y pasando entre la gente, acabé en la otra punta de la fiesta. Gritando y llorando como hacía tiempo

que no hacía. Ya no era simplemente el dolor que me invadía por dentro, era la total y absoluta decepción. Me había decepcionado, me había engañado y había... Comenzó a apretarme el vestido alrededor de mi pecho. Traté de respirar pero no podía. Aquello era un ataque de pánico en toda regla. Traté de respirar dos, cuatro, siete veces, pero no era capaz. Apoyé mis manos sobre mis rodillas intentando hacer algún tipo de respiración para relajarme pero solamente me venía la imagen de Mercedes follando como una jodida posesa en brazos de Hans y riéndose de mí. Maldita zorra.

— ¿Una copa? – me di la vuelta

y allí había un camarero con una bandeja llena de copas de champagne.

— Gracias. — cogí dos y me las bebí de trago. Al dejarlas en la bandeja vacías, agarré del brazo al camarero para que no se fuera. Me bebí tres copas más. — Muchas gracias.

— De nada señorita. — me miró extrañado y se fue por donde había venido.

El alcohol me subió de golpe a la cabeza y me mareé. Tuve que sentarme en un banco que había por allí y comencé a escuchar unos gemidos cerca de mí. Perfecto. La fiesta había comenzado y yo estaba destrozada al haber sabido la verdad. Maldito Hans.

Maldita Mercedes. Maldita la noche en que follaron.

— ¿Lucía? – levanté la cara llena de lágrimas y Rose estaba allí. - ¿Qué pasa cariño?

— Hans es un hijo de puta. Y lo siento por su madre que pariese a un cabrón así. – notaba cómo se me comenzaban a trabar las palabras.

— ¿Te lo ha contado? – me giré absolutamente encolerizada.

— ¿YA LO SABÍAS? Dios, no me lo puedo creer. No. – me levanté tambaleándome y Rose trató de agarrarme.

— Mierda Lu.

— Ni Lu ni perro que me ladre.

Joder Rose, eres mi amiga. Eres mi hermana y me has ocultado lo que estaba pasando. — Rose se acercaba a mí y yo me alejaba de ella, o trataba de hacerlo.

— Lo siento Lu, pero hablé con él el otro día.

— ¿El otro día? Joder Rose, te estás coronando cada vez que dices algo más. — me fui y Rose me agarró fuertemente del brazo.

— Dios Lucía. Escúchame, joder. — me di la vuelta mirándola y negué con la cabeza.

— Pensaba que esto me podría pasar con cualquier persona, menos contigo. Eres mi hermana, hemos pasado por mucho juntas y te has unido al

cabrón del siglo y a la zorra del milenio. Joder, que es la ex de tu futuro marido. — elevé tanto el tono de voz que una de las parejas que estaba a nuestro lado desnudos se levantaron.

— ¿Podéis ir a gritar a otro lugar? Nos estáis cortando el rollo.

— Para lo que tienes entre las piernas, seguro que son los mejores gritos que vas a escuchar esta noche. — se nos quedaron mirando los dos.

— Búscate a otro mejor.

— Serás zorra. — el tío se me encaró y Rose saltó por encima de mi empujándole.

— A mi hermana ni se te ocurra llamarla zorra. — Rose empezó a atizarle

con las manos y el tío se la intentaba quitar de encima.

— Dos zorras a punto de caramelo. — me tiré encima de él también.

Terminamos encima de él, atizándole con lo primero que encontramos. La chica simplemente recogió su ropa pensando que aquello era un trío loco. Pero después de un buen rato, el tío se deshizo de nosotras y jurando en hebreo se marchó de allí buscando su ropa. Estábamos las dos en el suelo, con el pelo alborotado y los vestidos medio hechos jirones. Nos quedamos unos segundos riéndonos hasta el punto que nos dolía la barriga.

— Lo siento Lu. Te lo tenía que haber contado, pero me aseguré que lo haría él. Además es que le creí.

— ¿Creer a un mentiroso? Se te ha estropeado el radar de cabrones, justo en el mismo momento en que se escacharró el mío.

— ¿Chicas? – delante teníamos a Glen con los brazos en las caderas asombrado de vernos en el suelo.

— Hola Glen.

— ¿Pero qué os ha pasado? – nos ayudó a levantarnos. – Lucía, Hans te está buscando.

— Pues que siga haciéndolo. Le voy a dar de su propia medicina. – estaba tan, tan, tan enfadada que pensé

en pagarle con la misma moneda y sabía que hacerlo con Fernando sería lo que más le dolería.

— ¿Qué pasa Lucía? – no le contesté y miró a su prometida. - ¿Rose?

— Mira Glen, tendría que haber sido Hans quien te lo contase pero supuestamente a la que se folló en aquella fiesta fue a Mercedes. – Glen no movió ni un ápice la cara.

— ¿Mercedes? ¿Qué Merce... - mientras iba preguntando se dio cuenta. - ¿Mi ex mujer?- frunció el ceño.

— Sí, la zorra de tu ex. Mira que hay mujeres para follarse en la ciudad y tiene que acabar con Úrsula, joder.

— Vamos a tranquilizarnos un segundo Lucía. — Glen estaba de lo más tranquilo, parecía que en su cabeza no había pasado nada. Que no le había sorprendido la noticia.

— No quiero. No quiero tranquilizarme. — el alcohol estaba comenzando a hacerme ver las cosas borrosas y había pasado a modo enfurecida con el mundo y a punto de cagarme en los muertos de Mercedes.

— Dame un segundo por favor. Escúchame. — me agarró de los brazos tratando de equilibrarme. - ¿Cómo lo sabes?

— Ella misma me lo ha dicho. Ella y Hans tenían un trato. — nos

sentamos en un banco y yo movía nerviosa las piernas. Tenía una sensación de dolor y desolación en mi interior que no podía ver más allá de aquellas palabras.

— No me lo creo.

— Genial, otro igual. – fui a levantarme y Glen me sentó de nuevo.

— No Lucía. ¿Tú crees que si ella tuviera pruebas, no nos las habría enseñado ya? Destrozaría vuestra relación y mi amistad con él.

— Habrá esperado al mejor momento. Nos habrá estado observando y agazapada esperando al momento justo para soltar la bomba. – por un momento se me pasó esa idea por la cabeza pero a

los segundos la desestimé.

— No es tan lista para hacer eso.

— Es demasiado lista Lucía. Te lo puedo asegurar. – Glen me agarró de la mano. – Engañó a un juez para quedarse con la custodia de la niña. Su relación con Mario es de hace muchos años. Es más, creo que cuando estábamos casados me engañaba con él. Si tuviera esas pruebas en su poder, las habríamos visto ya.

— No Glen. No trates de sacarle la cara. – de lejos vimos a Hans buscándome en medio de la fiesta. Daba la vuelta a cada mujer morena que veía bailando. Se paró en medio de la pista

de baile y se pasó las manos por el pelo desesperado. Por un instante se me pasó de nuevo por la cabeza creerle.

Me puse en la piel de la zorra de Mercedes. Si yo quisiera joderle la vida a alguien y tuviera esas pruebas en mi poder, perdería el culo por enseñarlas. Comencé a pensar, lo más rápido y claro que el alcohol me dejaba en aquel momento y me levanté del banco sin decir nada.

— ¿A dónde vas Lu?

— A descubrir la verdad. Puede que me dé una ostia contra dicha verdad o lo descubramos. Necesito vuestra ayuda. – miré en la fiesta y en un lateral vi a Mercedes y cuando giré la cabeza,

al otro lado de la pista vi a Mario. —
Tengo una idea.

— ¿Qué coño se te ha ocurrido?
— me limpié las lágrimas de la cara.

Cuando comencé a contarles mi pequeño plan, Glen se quedó blanco. Me aseguraba que estaba jugando con fuego, que podría salir mal, pero Rose me dio un par de ideas más y el plan se fraguó entre palmeras, parejas besándose y más copas de champagne.

30. EL EQUIPO A

No sabía dónde se había metido Lucía. No podía perderla, no podía perderla de nuevo por ser un gilipollas.

Por haberle ocultado aquello. Por haberme enredado en las cuerdas y ser una maldita marioneta en las manos de Mercedes. Me sentía estúpido. Si se lo hubiera dicho, la primera vez que ella me mandó un mensaje, nada de eso hubiera pasado. Tal vez le hubiese dolido unos días, pero no tanto como en aquel momento.

Cuando Glen apareció agarrándome fuertemente del brazo, sacándome del centro de la pista, supe que mis problemas no acababan más que empezar. Casi arrastrándome nos apartamos detrás de la zona de camareros, justo a la salida de la cocina. Glen se cruzó de brazos

enfadado. Podía notar en su mirada la traición y más decepción. No podía decepcionar a nadie más aquella noche. La había cagado de tal manera que la mierda me llegaba al cuello.

— Lo siento Glen.

— Me parece increíble que no me lo hayas contado. Pensaba que éramos amigos, bueno más que eso. He estado contigo a las buenas, a las malas y a las muy jodidas. Nos hemos contado siempre todo. TODO. — alzaba los brazos tratando de abarcar lo máximo posible con ellos.

— No puedo hacer otra cosa que no sea pedir perdón. Yo...

— Tú eres idiota. — me dio un

golpe en el pecho. — Pero de esos idiotas que están tan cegados que no ven las mentiras en sus narices. — me quedé mirando su cara. Negaba continuamente y levantó las cejas asombrado. — ¿Aún no te has dado cuenta?

— ¿Darme cuenta de qué? ¿De qué soy imbécil y por tratar de ocultar algo para no hacer daño a Lucía, al final la he destrozado? No hace falta que me lo digas, no soy tan imbécil. — me aparté de él y de nuevo me agarró fuertemente del brazo zarandeándome.

— Sí, definitivamente eres un imbécil integral.

— Me merezco todos y cada

uno de los insultos. – me di la vuelta destrozado. Sabiendo que en alguna parte de la fiesta Lucía estaría llorando por mi culpa. Prometí no hacerla daño, no mentirla y en cuanto tuve la oportunidad, me olvidé de mis promesas.

— *Vamos a ver. Te lo voy a explicar como si fueras tonto, así, despacito. – giré mi cuerpo apoyándome en una columna, mientras la gente seguía pasando a nuestro alrededor. – Uno, no te puedes fiar de nada de lo que te diga mi ex mujer.*

— *Tiene pruebas.*

— *¿Y después de tanto tiempo no se lo ha enseñado a Lucía? –*

resoplé fuertemente.

— *Ha esperado a que estemos bien para hacerlo.*

— *A ver, más despacio. Más para tontos. Mi ex mujer es una bruja, pero ahora mismo no tiene un estatus demasiado bollante. ¿No crees que si las tuviera te habría sacado algo de dinero? – vi a Rose acercándose como una moto a nosotros. Se podían ver en sus ojos las ostias que me iba a dar.*

— *Mira, no lo sé. No soy capaz de pensar con claridad. – Rose se puso al lado de Glen y éste negó con la cabeza.*

— *¿Aún no le has dicho nada? Vamos a ver monito. La has liado. Sí.*

Pero hay una pequeña solución. Yo no creo a la Úrsula esta. Creo que lo único que quiere es joder, y de cualquiera de las maneras posibles.

— *Rose no te entiendo. Quiero salir de aquí. – me agarró del brazo.*

— *A ver gilipollas, como salgas de aquí, entonces sí que vas a perder a Lucía. Hay una pequeña opción de que la verdad salga a la luz. – comenzó a contarme la idea pero no podía entender nada.*

— *Coño Hans, que no te enteras. Mercedes está con Mario, y por mucho que él se folle a la mitad de la costa californiana, como se entere de que Mercedes le ha engañado, le va*

a dar tal patada, que va a acabar en Japón. — Rose estaba tan alterada que aquella vena del famoso café, salió a relucir en su cuello y frente.

— ¿Cómo demonios te has enterado de eso? — no podía entender nada de nada. Parecía estar en otro mundo y lo que estaba sucediendo aquella noche fuera simplemente algo demasiado grande para mí.

— Ven conmigo y tal vez, se pueda solucionar todo.

No me podía creer lo que le estaba diciendo a Fernando. Su cara era un poema, negaba con la cabeza, simplemente no me quería hacer caso. Por más que le rogaba su última palabra

siempre era no.

— Por favor Fernando. Por favor.

— Nunca me has suplicado nada, pero no creo que sea lo mejor ahora mismo. Estás dolida con Hans y si haces eso, puede ser aún peor.

— Me da igual. – cogí su cara entre mis manos y me acerqué lentamente a él. – Por favor Fernando.

— Si sabes que me encantaría, pero no es lo que quieres. – eché la cabeza para atrás y Fernando me agarró de la barbilla, puso su mano en mi cintura, pegándome a él. Con su dedo recorrió mis labios y cerré los ojos y me dejé llevar.

— Sí que has perdido mucho el tiempo Lucía, tirándote a los brazos de otro. Uno más de tu estilo, más de la calle, como tú. — me di la vuelta y me encontré a Mercedes con una sonrisa victoriosa y hasta juraría haberla visto ondeando una bandera y buscando un hueco para plantarla.

— Mercedes ya me has jodido la vida. Déjame en paz. — su sonrisa se amplió muchísimo más. - ¿Feliz de haberlo visto? Porque a lo mejor te quieres meter también entre nosotros y comerle la polla. — mi altanería se estaba multiplicando por veinte.

— Maldita malhablada, te has cavado tu propia tumba. — me señaló

detrás de mí y al girarme vi a Hans con la cara desencajada, negando con la cabeza y respirando con dificultad.

— No has tardado ni diez minutos Lucía en tirarte en los brazos de tu ex.

— Tú no tardaste ni un día en follarte a esa guarra. – nos acercamos los dos y la chispa no había hecho más que saltar, hasta que la bomba nos explotase a todos.

— Tú me engañaste. – empezó a alzar la voz.

— Eres un cabrón utilizando de nuevo esa baza. ¿Cuánto tiempo llevas así? – los chicos nos empezaron a rodear y aún faltaban Ceci y Evi por

aparecer con las palomitas para ver el espectáculo.

— No me puedo creer que haya sido tan gilipollas. No eres más que una... - no le dejé terminar y le solté la segunda de la noche. Aquella me dolió mucho más a mí.

— Hans, no merece la pena. Vámonos de aquí juntos y rememoremos lo bien que lo pasamos aquella noche. — alargaba las palabras para causarme el mayor dolor posible. De reojo vi a Ceci y a Evi muy bien acompañadas.

— Sí Hans, vete con ella y hazla gemir igual que la noche de la fiesta en casa de Mario. — alargué al igual que ella hizo. — Hazla gemir hasta

que todos la oigan, de nuevo. — sin poder evitarlo se esbozó una sonrisa victoriosa en mi cara.

— ¿De qué te ríes bailarina?

— De lo que está a puntito de suceder. — señalé justo detrás de ella, de la misma manera que Mercedes me había anunciado la llegada de Hans.

— No me lo puedo creer Mercedes. ¿Te has follado a Hans? - dios, pagaba por poder ver la cara de higo pocho que se le habría quedado a Mercedes. Solamente balbuceaba y se giró un par de veces mirándonos a todos.

— No... yo... Mario. — no pude guardar más tiempo dentro mí a la zorra

malhablada que llevaba escondiendo un buen rato.

— Mario, mira te cuento. En la fiesta de tu casa, bueno, pues que tu novia se folló a Hans, o Hans a ella, no me ha quedado muy claro. — les señalé.

— ¡Cállate maldita sea! — me pegó un empujón.

— Ni se te ocurra engañarme Mercedes. — Mario se puso entre ella y yo. — Ya sabes cuál es nuestro trato. Vives en una bonita casa, que la estoy pagando yo, has conseguido el mejor puesto de asistente social en el Sinai, gracias a mis contactos, llevas ropa bastante cara, gracias a mis tarjetas y tan solo tenías una condición. No follarte a

nadie. – Mercedes me miró enfadada, creo que le empezó a salir hasta humo de la cabeza, algún cortocircuito en el cerebro sabiendo lo que estaba a puntito de perder.

— No te he engañado. Mario por favor, no te he engañado. Sé lo que me jugaba si lo hacía. Eres el único hombre con el que he estado. – le di un golpecito en el hombro y me puse delante de ella con los brazos cruzados.

— ¿Puedes repetir eso? Es que no me ha quedado muy claro. – alzó su brazo para pegarme y Hans la agarró antes de que me tocase un solo pelo.

— Ni se te ocurra. - la empujó apartándola de mí.

Mercedes se quedó en medio de nosotros sin saber qué hacer. La mentira había caído por su boca. Había tratado de jodernos, pero la que había salido jodida fue ella, y no precisamente de la manera que había planeado. Se acercó a Mario y este, simplemente se la quitó de encima. Me dio hasta un poco de pena en el momento que comenzó a suplicarle perdón agarrándole las manos de rodillas en el suelo.

— Mercedes un poquito de dignidad, anda. Que ninguna mujer se debería arrastrar por un hombre. — Rose estaba encantada con la situación. — Aunque tú siendo una víbora, estarás acostumbrada.

— Mercedes olvídate de mí, de esa casa y de ese puesto de trabajo.

— No por favor, Mario. Todo ha sido mentira, no me he acostado con Hans.

— ¿Y las pruebas? – me miró queriendo fulminarme cual rayo del cielo y le miró de nuevo.

— Es todo mentira. No hay fotos, no hay nada. Lo que recibió fue un simple montaje. Quería joderles, a todos. Porque desde que la conocí quise joderla. Simplemente. – su dedo me señalaba como si me quisiera atravesar con él.

— ¿Por qué? – Hans se adelantó.

— ¿Qué por qué? – negó con la cabeza. – Porque pude ver como esta pequeña zorra tonteaba con Mario, con mi Mario en aquella fiesta. No iba a consentir que me lo quitase como hizo contigo. – observé como la cara de Mario iba cambiando de color y de forma. No estaba nada contento con las alegaciones de su supuesta novia.

— Vamos, no me acuesto con ese imbécil ni por todo el oro del mundo. Por favor. – mi cara de asco hizo que Ceci, Evi y Rose estallasen en una carcajada.

— Más te gustaría.

— Más te gustaría a ti ser la mitad de persona que Lucía. Con solo un

pequeño trozo de su corazón, serías buena gente. Pero no, lo tuyo consiste en joder lo que no puedes tener. — Rose se situó delante de ella y comenzó a pegarle pequeños empujones en el pecho. — Porque no eres más que una zorra, malfollada, eso está más que claro - desvió por un segundo su mirada a Mario — que quiere lo que no es suyo. Una niñata malcriada que se ha quedado sin nada. Y te aseguro que te quedarás hasta sin Rachel. — Glen dio un paso al frente y le paré obligándole a escuchar la respuesta de su ex.

— ¿Rachel? Mi hija no es más que un seguro de que reciba cada mes los miles de dólares que paga Glen por

ella. No es más que una moneda de cambio que... - sin dejarla terminar Rose le dio una bofetada y pude ver como su anillo de prometida le rasgaba un poco el labio, haciendo correr la sangre por la barbilla.

— Rachel no es una moneda de cambio. Me da pena que no puedas saborear cada segundo con ella, cómo mira, cómo observa todo y cómo tiene una sana curiosidad por cada cosa. — Mercedes levantó su mano para pegarla y un furioso Glen apareció entre ellas.

— Es lo último que dices de mi hija. Te aseguro que no la volverás a ver en tu vida. Engañaste al juez hace años, pero te aseguro por mi vida, que nunca

jamás, podrás hablar así de ella.

Se hizo un silencio entre nosotros. Nadie decía nada, tan solo observábamos boquiabiertos aquella reacción de Mercedes. Como su perversa mente había tratado de orquestar aquello, para destruirnos a varios de nosotros. Mi cabeza no daba para más y me alejé de todos ellos, creyendo que nadie me había visto marcharme. Bajé unas escaleras que daban a una zona aún más tranquila. Me quité los tacones y metí mis pies dentro de una fuente que allí había. No sabía que sentimiento afluía más en mí, si el alivio por saber que nada de aquello era verdad, o la decepción de que Hans me

hubiera estando engañando todas esas semanas.

— Lucía. — la voz de Hans irrumpió en mis pensamientos.

— ¿Qué quieres Hans? — estaba cansada, aturdida por el alcohol y mi tono de voz me delataba.

— Lo siento. Siento mucho haberte ocultado lo que estaba pasando, pero necesitaba solucionarlo por mí mismo. Si no, no confiarías en mí. — me giré para poder mirarle en la cara y ver si lo que me estaba diciendo era verdad. Sus ojos nunca me habían mentido.

— ¿Creías que confiaría en ti engañándome? Hablando con Mercedes y llegar a un trato con ella. — resoplé

tratando de controlar a mi Lucía malhablada. – Por su culpa, solo por su culpa, casi no puedo ver a Hannah a solas, siempre hay una enfermera cerca.

— Lo siento mucho Lucía. De verdad.

— Hay veces que sentirlo, no es suficiente. Joder Hans. – me levanté alzando los brazos y llevándomelos a la cabeza. – Es que aún no me puedo creer que lo haya hecho. Que haya hecho todo, que haya perdido todo solo para acabar con lo nuestro. Es que no lo puedo entender. ¿Qué gana ella? – *me acerqué a ella en silencio, muy despacio, para que no se pudiera separar de mí al segundo de tocarla.*

— *No sé qué hay en su cabeza.*

— *salió un gran gruñido de su boca.*

— *Yo sí, está muy jodida.*

Tendría que estar con una camisa blanca con las mangas atadas a la espalda. Maldita sea Hans. — me miró y pude ver la decepción en sus ojos y aquello me mataba más que su enfado. — ¿Por qué no me lo contaste cuando pasó?

— *Porque quería protegerte.*

Justo te lo acababa de decir y tú dijiste que te daba igual. Pero si te hubiera dicho que había la mínima posibilidad de que esa mujer fuera Mercedes, no sé qué hubiera pasado.

— *Pues que habría ido, le*

habría partido esos morros asquerosamente siliconados, hubiera barrido el suelo de Bel-Air con su culo respingón y la hubiera atado al palo más alto del muelle, para que le comiesen los ojos las gaviotas. – soltó todo el aire que tenía dentro y no pude evitar sonreír al escucharla. Siempre era demoledoramente sincera. – No me hagas eso Hans.

— ¿El qué?

— Sonreírme. Me desmorono cada vez que lo haces. – se mordió el labio inferior y miró al cielo. – Me gustaría ser inmune. Inmune a tu sonrisa, a esas miradas que me lanzas cada vez que nos vemos, a esos te

quieros, a esas caricias, me gustaría en este momento.

— *No nena. – traté de agarrar sus manos pero se apartó.*

— *No puedo ahora mismo. No puedo Hans. – puso una de sus manos en mi pecho y me dio un beso en la mejilla. – Necesito pensar y estar sola. Lo... lo siento. – su boca parecía decir una cosa y su cuerpo otra.*

— *Lucía. – se me rompió el corazón al ver cómo sus ojos comenzaban a enrojecerse aún más y cómo levantaba la vista para que no le viera una lágrima recorriendo sus mejillas. Me atormentaba saber que era yo, quién le hacía derramar esas*

lágrimas.

Me quedé quieto, aceptando su decisión de estar sola. Vi cómo se alejaba de mí apretando ambas manos contra su cuerpo. Pude ver cómo se llevaba una mano a la mejilla. Sabía exactamente que se estaba limpiando las mejillas por mi culpa.

Busqué a Rose en la fiesta y estaba con el resto. Me vio por un lateral y se acercó a mi sin decirle nada a los demás.

— ¿Qué tal estás Lu?

— Jodida. — levanté los hombros.

— Ha salido bien, tu plan ha salido bien. Ha dicho la verdad y

encima le has jodido a Mario. – volví de nuevo a levantar los hombros.

— Me da igual ahora mismo. ¿Puedes dejarme las llaves del coche? Hemos venido en un taxi y necesito salir de aquí. – buscó en su bolso.

— Le digo a Glen y...

— No, no. – la agarré del brazo impidiendo que se fuese. - Que yo me quiera marchar no significa que la fiesta se haya acabado. No les digas nada a los demás. Me voy a casa y descanso. – Rose me abrazó cómo tan solo ella sabía hacer.

— Lu, ha salido bien.

— Pero estoy decepcionada. Si no me ha contado esto, ¿qué más puede

ocultar? Necesito darme una ducha, quitarme los restos de maquillaje que tengo por el cuerpo, desenredarme el pelo y lamirme alguna herida. – sonreí.

— ¿Cómo puedes bromear? – me pasó una mano por la cara.

— Porque soy así de idiota, ya lo sabes. – traté de quitarle hierro al asunto y que Rose se quedase tranquila en la fiesta. Pero sabía que no lo iba a hacer. – Me voy, pero no les digas que me he ido. – la besé. – Y no le rompas los labios a nadie más esta noche.

— No sabes que subidón de adrenalina. Si la primera vez que la pegué, me quedé a gusto. – la miré sin entender a qué se refería. – Esta segunda

vez, me ha puesto a cien. Dios, si me llega a decir algo más te juro que no se si hubiese podido parar.

— Al menos una de las dos se ha desahogado. — la acaricié.- Te quiero Rose. Muchas gracias.

— Te quiero ¿maitia? ¿Lo he dicho bien? — sonreí sorprendida de que me lo dijese así.

— Perfectamente.

Encaminé mi cuerpo hacia la salida, mis piernas iban por inercia. De repente todo el cansancio se apoderó de mí y me costó un buen rato llegar hasta el aparcacoches. Mientras esperaba a que me trajesen el coche de Glen, escuché las voces de Hans y del dueño

del coche que estaba esperando. Me agaché en unos setos para que no me viesen. Sí, parecía una estupidez, pero no quería que me viera nadie marchándome de la fiesta, con los ojos encharcados, los tacones en la mano y un lío en la cabeza terrible.

31. TRES METROS SOBRE EL CIELO

— *No puedo entenderlo Glen.*

Al final se ha descubierto la verdad. - había dejado irse a Lucía y me había quedado como un imbécil viéndola alejarse. Tardé unos segundos en salir detrás de ella y no la encontré.

— *Vamos a ver Hans, ¿no has visto lo que le ha dolido? – su tono de voz estaba siendo duro y sabía que era por haberle ocultado a él también todo.*

— *Joder Glen, lo siento. Pensé que podría solucionarlo.*

— *Pero que Mercedes es una bruja, ¿o aún no lo sabías? Joder, pareces tonto. ¿Cómo pretendías que... - respiró un par de veces apretando su mandíbula - ¿Cómo pretendías que esa mala pécora no acabase jodiéndote?*

Coño, parece que no la conoces. – me pegó un empujón.

— Lo sé Glen, os he fallado a los dos. Os he decepcionado. Entiendo que estés enfadados conmigo.

— ¿Enfadado? Dios, te pegaría tal puñetazo que te quitaría todas las tonterías de la cabeza. – puse mi cara cerrando los ojos esperando un puñetazo que me tirase al suelo, pero unos segundos después abrí un ojo y me encontré a Glen medio sonriendo. – Sí que estás imbécil perdido.

— Lo siento. De verdad. Pero puedo imaginar lo que se le ha pasado a Lucía por la cabeza. Cuando la he visto abrazada a Fernando, a punto de

besarle – solté un grito.

— *Era mentira Hans. Tan solo estaba provocando a Mercedes. ¿No creerías que sería capaz? Porque tu nivel de gilipollez va en aumento según sigues hablando.*

— *Pero se ha ido diciéndome que necesitaba estar sola. ¿Y sí se lo piensa mejor? – sin verlo venir me encontré la mano de Glen estampada en mi cara. Joder, si hasta se me movieron algunos empastes. – No la he visto venir.*

— *Voy a por mí prometida, me la voy a llevar a mi casa y voy a disfrutar de ella durante toda la noche. Tú haz lo que quieras. – vi como Glen*

perdía su mirada en la carreta. – Genial. Lucía se ha llevado mi coche.

— ¿Cómo lo sabes? – vi como su dedo apuntaba a la carretera y escuchamos un derrape en una de las curvas. – Genial. No creo que vaya a casa. Voy a por el coche, os acerco a casa. – justo detrás de nosotros aparecieron los chicos.

— ¿Habéis visto a Lu? – Ceci preguntó preocupada.

— Se acaba de ir. - agarré a Fernando del brazo y le aparté del resto. - ¿Has podido mirar lo que te pasé?

— No hay forma de localizarlo. Es un número de un móvil

de prepago. En España se supone que se deben de dar todos los datos al adquirirlos, pero hay lugares donde se pueden comprar sin hacerlo. – su cara denotaba una mezcla de preocupación y de enfado. – Te avisé que no la hicieras daño.

— Lo sé. Quise solucionar las cosas sin provocar más problemas.

— Porque soy yo y conozco cada una de sus caras, cada una de sus caricias y sabía que era mentira. Pero como sigas así, te aseguro que si hay una próxima vez, no le diré que no. – se soltó de mi brazo con un golpe. – Solo aviso una vez.

— ¿Crees que te voy a dejar el

camino libre? – me enfadé con Fernando. Aquella soberbia, aquella confianza en que en un caso dado le elegiría a él. – Puede que la haya cagado, pero lucharé por Lucía, porque es la mujer de mi vida. Me da igual cuantos Fernandos se pongan en medio. – levanté la mano y al segundo la bajé. No. No estaba enfadado con él. Estaba enfadado conmigo mismo. – Lucharé con todos los medios que tenga, porque si no estoy con Lucía, me arrepentiré el resto de mi vida por perderla. – la cara de Fernando cambió y se empezó a dibujar una pequeña sonrisa en su cara.

— *Ya era hora de que sacases*

algo de coraje Hans. Si la quieres, lucha, lucha como si el mundo se acabase mañana, como si no hubiera segundas oportunidades, porque hay veces, que no hay más. Que si pierdes esa última oportunidad, la vida acaba destrozándote. Y aunque me parezcas un capullo de vez en cuando, sé que quieres a Lucía y sé que ella te quiere. Tienes mucha suerte. — puso su brazo sobre mi hombro apretando un poco más de la cuenta. — Te quiere como nunca ha querido a nadie. Y no me preguntes cómo lo sé.

— Porque la conoces más que yo.

— No, la conozco desde hace

más tiempo. Pero tú conoces todos y cada uno de sus secretos. Se abrió a ti sin esperarlo. Se enamoró de ti sin darse cuenta. Aquel viaje que hicisteis a Langre, os cambió la vida y ninguno de los dos os distéis cuenta. Así que vete a buscarla, no te quedes aquí como un pasmarote. Cuando encuentras a la persona que – hizo una parada negando con la cabeza - va a sonar cursi. Cuando encuentras a esa persona que te complementa, con la que no imaginas despertar sin ella cada día, hay que luchar. – se quedó callado y comenzó a dejar de ejercer presión en mi hombro. – Luchar por ella será lo mejor que hagas en tu vida.

— *Gracias Fernando. Gracias por querer tanto y de esa manera a Lucía. — le tendí mi mano en el aire y él se quedó observándola. — Gracias por todo.*

— *Vete a por ella, antes de que me arrepienta y te la robe. — le miré y sus ojos estaban clavados en mí. — Es broma. — estrechó mi mano. — Corre tío. No quiero que sufra más.*

El coche de Glen tomaba las curvas demasiado rápido, o tal vez era mi pie que no se quería apartar del acelerador para salir de aquella fiesta lo antes posible. Mi cabeza era una coctelera de sentimientos. Estaba aliviada al saber que todo era una

maldita artimaña de Mercedes, para no sé, follarse a Hans o jodernos a todos. Pero también estaba enfadada, muy enfadada al saber que por culpa de esa maldita arpía, no había podido estar con Hannah todo el tiempo que me hubiese gustado. Incluso sí... me quité aquella idea de la cabeza. Era algo imposible que nunca podría llegar a pasar. Mi situación no era la óptima para adoptar a nadie.

Cuando me di cuenta, como siempre que algo pasaba, estaba frente a la academia. Las obras habían tardado un poco más, pero parecía que aquello estaba terminado. Al menos eso parecía por fuera. Nos habíamos estado

apañando entre las salas de la antigua academia y las terminadas en la parte de abajo. Rebusqué en mi bolso y encontré el llavero con las llaves de la academia. Al sacarlo, me quedé observándolo. Era el llavero de la galleta con purpurina, el mismo por el que Hans me empezó a llamar galletita. Lo acaricié y como siempre, me dejó purpurina en las manos. Sonreí, recordando aquel momento. Cada momento que me intentaba mosquear al llamarme galletita y que después de tanto tiempo, había acabado acostumbrándome y echándolo de menos. Era nuestra forma de provocarnos. Monito y galletita.

Me bajé del coche y con mucho

cuidado abrí la puerta. Aún tenía puesto un papel ocultando el interior, para que no se pudiera ver lo de dentro y comencé a escuchar un pitido constante y pasó a ser muy seguido.

— Mierda, mierda. ¿Qué demonios es eso? — miré a todas partes y al otro lado de la puerta había una alarma. - ¿Una jodida alarma? — fui corriendo. — Mierda para mí. ¿Cuál es la contraseña? A ver. — comencé a pulsar números. — El cumpleaños de Rose. — incorrecta y comenzó a pitar más fuerte. — Mierda. El cumpleaños de Glen. ¿Cuándo coño es? No, no. — me quedé pensando unos segundos y pulse cuatro números y dejó de sonar aquel pitido,

pero a los segundos sonó una alarma como si estuviera llegando a la ciudad una bomba nuclear.

Salí corriendo a la calle y a los diez segundos estaba contra la pared, con las manos en la espalda, la cara contra los ladrillos de la fachada y una pierna introduciéndose dentro de las mías separándomelas. En cualquier otro momento, aquella situación me parecería de lo más excitante, pero cuando escuché “Policía, arriba las manos” supe que no iba a ser una fantasía excitante.

— En el bolso tengo mi documentación. Soy socia de esta academia. Pero han instalado una jodida

alarma y no me han dicho la puñetera contraseña.

— ¡Controle esa boca señorita!
— apretaba más fuerte mi cuerpo contra la pared. Escuché como un zumbido y me puse a rogar.

— No por dios, el taser no, el taser nooooooooo. — mi voz resonaba por toda la calle y comencé a escuchar al policía hablando con alguien. Poco a poco el policía soltó mis manos pero yo seguía sin darme la vuelta esperando que me recorriese el cuerpo una descarga de un millón de voltios. Y no llegó. Me di la vuelta lentamente y me encontré cuatro policías mirándome y desde la acera de enfrente unas cuantas

personas observándonos. - ¿No hay taser?

— No señorita, no hay taser. Pero asegúrese de saber el código de la alarma antes de volver a entrar. – me entregó mi teléfono y podía escuchar a Rose meándose de la risa al otro lado.

— Sí. – mi cara debía de ser de puro terror porque uno de los policías se me acercó.

— Siento mucho haberte empotrado contra la pared, pero en estos casos... - levantó los hombros como pidiéndome perdón. – Lo siento.

— No... Yo... Gracias por velar por la seguridad de la academia. Creo. – recogí mi bolso de las manos de

uno de ellos y contesté a Rose. — Maldita arpía. ¿Cómo no me avisaste que había alarma? Joder, casi me fríen el cerebro. — podía escuchar como ella y Glen se reían. — Dejad de reiros malditos cabrones.

— Lo siento cariño, pero es que la han puesto esta mañana y se me ha ido la pinza. Lo siento. ¿Qué haces en la academia? — resoplé al entrar dentro y apoyarme en la puerta escuchando el crujido del papel tras mi espalda.

— Lo de siempre. ¿Huir? — cerré los ojos llevándome la mano a la frente.

— Respuesta incorrecta. Acudes a la academia a recordar.

Recordar que los buenos momentos superan los malos. Escuchar una canción, subir a la parte de arriba, a esa maravillosa terraza, ponerte cómoda y esperar a ver las estrellas fugaces de esta noche. — comencé a escuchar el pitido de nuevo de la alarma.

— Genial, la han vuelto a conectar. ¿Cuál es el código? — me acerqué nerviosa a la caja de la alarma y paseé los dedos por encima de los números esperando. — ROSE. — le grité.

— El día de la experiencia más loca de nuestras vidas. — seguía paseando mis dedos en el aire.

— Joder Rose, qué difícil me lo pones para elegir. Ha habido

muchísimos. – carraspeó.

— Te metí en un avión camino... - sin que acabase la frase puse la fecha de nuestro viaje a Las Vegas. – El viaje que me cambió la vida, que cambió la vida a mi hermana. El viaje de nuestras vidas.

— Como para olvidarlo. – el olor a pintura aún estaba muy presente y había algunas cosas que retocar, pero la academia estaba casi terminada.

— No uses el ascensor. Aún tienen que revisarlo. – escuché el rugido de mis tripas.

— De acuerdo. Voy a por comida china y me voy a ver nuestra terraza.

— ¿Vas a estar toda la noche ahí? – cerré la puerta y crucé la calle.

— No lo sé. Disfrutad de la fiesta. - escuché como Glen hablaba por detrás. – Mañana nos vemos.

Al entrar en el restaurante chino pedí unas cuantas cosas y antes de que pudiese leer una revista de cotilleos que tenían por allí, estaba saliendo con una bolsa repleta de comida. Cuando descubrí nuestra planta silbé. Aquello era más de lo que me había imaginado. Espejos completos cubrían las paredes, había una barra de ballet, alguna tela colgada en el techo, que al agarrarla pude ver que se podían mover por unas barras del techo, una barras de pole

dance y un pequeño despacho con una gran mesa, unas butacas y unos cuadros preciosos colgando de una parte de la pared. Puse algo de música para relajarme y comenzó a sonar Ella Henderson. Beautifully Unfinished. Me quedé unos segundos escuchando aquella letra.

Porque cada vez que estoy contigo, de alguna manera, olvido como respirar. Me tienes como a una marioneta bailando en tu cuerda. Pero tal vez, todo lo que estábamos destinados a ser, está bellamente inacabado.

Salí a la terraza y me senté en un pequeño banco blanco que estaba sujeto al techo. Me quedé descalza y subí los

pies. Continué escuchando la canción y observé el cielo. Rose tenía razón, era noche de posibles estrellas fugaces y pasó una justo por delante de mis ojos. Sonreí recordando como nuestro padre nos decía que nunca había que desperdiciar la oportunidad de pedir un deseo al ver una. Cerré fuertemente los ojos y le hice caso. ¿Se me concedería el deseo? Abrí un ojo y suspiré negando con la cabeza. Cogí las cajas de comida, los palillos y comencé mi ataque a la pequeña China. Tenía el Chow Mein inundándome la boca y un mordisco de un rollito de primavera.

—*¿Cuándo vas a aprender a cerrar la puerta de los sitios en los que*

entras? Esto no es una granja perdida en Langre.

Escupió todo lo que tenía en la boca y comenzó a toser. Se me había ido de las manos el susto. Se limpió la boca con la mano y me miró con un rollito de primavera en la mano y a los dos segundos estaba estampándose contra mi cara.

— *Joder. Lo siento Lu. No pensaba que te asustarías. – se levantó y pude ver como aún en su cara había rastros del maquillaje plateado de la actuación.*

— *No, si quieres te aplaudo con las orejas después de matarme del susto. Joder Hans. ¿En qué pensabas? -*

cogió una servilleta para recoger la comida que había en el suelo. La tiró a la papelera que estaba dentro y al pasar por mi lado rozó con su brazo el mío, sintiendo nuestra electricidad recorriéndome el cuerpo. - ¿En qué pensabas en general?

Se volvió a sentar en el banco con sus pies debajo de su cuerpo, cogiendo una caja de comida y metiendo dentro los palillos. Comía como si yo no estuviera allí. Por su cara no podía distinguir si estaba enfadada conmigo o simplemente decepcionada. Y eso último me dolía más que si simplemente tuviese un cabreo monumental conmigo.

— *¿Puedo sentarme? – pasó la mano por encima del banco.*

— *Está libre. – me senté y tras diez segundos de silencio me ofreció la caja de comida. – No la he envenenado. Puedes estar tranquilo. – cogí unos palillos y comencé a comer.*

— *Si quisieras hacerme daño, lo harías de una manera más sutil. – me quedé observándola un instante y pude ver cómo me miraba de reojo. – Tal vez con un poco de laxante en un café o unas plantas en la cama que me diesen urticaria. – vi cómo se le dibuja una pequeña sonrisa que pasó a convertirse en una de esas que me hacía sonreír a mí.*

— Seguramente te metería crema depilatoria en el champú y te daría hormonas para un cambio de sexo. — giré la cabeza para poder ver la expresión de su cara y ella simplemente levantó los hombros y continuó comiendo.

— Me lo merezco. — le quité lo que tenía entre las manos, dejándolo en el suelo y busqué su mirada con la mía. — Lu. — lentamente acerqué mis manos a las suyas, esperando que no las rechazase. Y no lo hizo. Pude estrecharlas entre las mías y me las llevé a la boca besándolas. — Siento mucho no haberte contado lo que Mercedes planeaba.

— No vuelvas a nombrarla o no respondo de todo lo que pueda salir por mi boca. No respondo Hans. — la solté. — ¿Sabes que es lo que más me ha dolido? Que no haya podido pasar tanto tiempo con Hannah y me haya sentido como una ladrona cada vez que entraba en su habitación. Todos los días una enfermera trataba de echarme. — le miré sorprendido. No sabía nada de aquello. — No me mires así.

— No vi nada de eso cuando íbamos juntos.

— Claro que no Hans. Tu cara y tu nombre abren muchas puertas, pero esa zorra me las cerró cuando iba sola.

— *¿Por qué no me lo contaste?*

— *negó levemente con la cabeza.*

— *Lo único que me importaba era estar con ella. Dos segundos, dos minutos o dos horas. Pero si me hubiese planteado... - se quedó callada y se levantó, andando por la terraza.*

— *¿Si te hubieras planteado el qué?*

— *Es una tontería. Sería imposible. - se apoyó en la barandilla mirando al cielo.*

— *No hay imposibles en esta vida. ¿Te habías planteado la adopción? - se dio la vuelta como si le hubiera pillado robando caramelos. - Te lo has planteado. - me acerqué a*

ella lentamente.

— *Es una locura Hans. Para empezar ni siquiera se plantearían mi petición. — se dejó caer en el suelo agotada.*

— *¿Te lo habías planteado tú sola?*

— *No, pero tampoco lo habíamos hablado. No sabía qué podrías pensar o si te parecería una locura. — me senté a su lado. — Hemos retomado lo nuestro hace poco y no sé hasta qué punto estamos.*

— *¿Dudas de lo nuestro? — contestó rápidamente sin dudarlo.*

— *No, no dudo de lo nuestro. Pero todo comenzaba a funcionar de*

nuevo. Volvíamos a ser nosotros, a poder avanzar sin echarnos nada en cara, sin reproches. Estábamos bien. — suspiró.

— ¿Estábamos? — me daba miedo conocer su respuesta.

— Estamos bien. — apoyó su cabeza en mi hombro. — Pero nunca hemos hablado de planes.

— Pensaba que no te gustaba hacer planes de futuro.

— Bueno, nunca me han gustado, pero contigo he aprendido a hacer excepciones. — me miró entrecerrando un poco sus ojos. - Eres la excepción de la que me he enamorado Hans.

— *¿Aunque sea un estúpido cabezota? – metió su cara en mi cuello.*

— *Aunque seas un maldito cabezota. Me gustan los retos. – pasó su nariz por mi cuello.*

— *¿Así que yo soy un reto?*

— *El más grande al que me he enfrentado en mi vida. – al hablar me hacía cosquillas. – Hans, apareciste un día sin esperarte y no hay momento que pase que no agradezca aquel instante en el que te vi. En el que casi me atropellaste.*

— *Frené a tiempo. – levantó la cabeza y me agarró de la barbilla obligándome a mirarla.*

— *Noté la frenada a mi lado.*

Agradezco el momento en que te vi en la fiesta con aquella camisa y aquella cara de perdonavidas. – me encantaba los momentos en que peleábamos verbalmente por tener la razón.

— *Tú eras la que me perdonaste la vida al entrar. – entornó lo ojos poniéndolos en blanco.*

— *El momento en que saltaste el muro de la playa preocupándome por mí, aunque no lo quisieras reconocer y el momento en el que apareciste en la habitación del hotel en Las Vegas, tirándome a la piscina y montándome en tu hombro al más puro estilo neandertal. – se acercó lentamente a mi boca, paseando por ella sus dedos,*

tirando del labio inferior con sus yemas. – Gracias por aparecer en mi vida Hans. – me acerqué para besarla pero puso una mano en mi pecho separándonos. – Pero nunca jamás me ocultes nada, nunca. Nada. Sea lo que sea, siempre cuéntamelo. No puedo con los secretos.

— *Tú también... - me quedé callado. No me podía creer que estuviera haciéndolo.*

— *Lo sé, yo también te oculté lo de Sharon, y no sabes las veces que me he podido arrepentir. Pero no hay más. Nada más que ocultar. – se acercó a pocos centímetros de mi boca y antes de besarme susurró dulcemente. - Nada*

más, por favor.

— *Nunca.*

Y allí bajo la luz de las estrellas y con alguna fugaz por el cielo me devoró la boca con pura necesidad. Sus manos se introdujeron dentro de mi camiseta, rasgándola y deshaciéndose de ella. Las mías se metieron debajo de su vestido y recorrí su cuerpo con mis manos, todo lo que más tarde recorrí con mi lengua. Era la mejor manera que teníamos de demostrarnos que nada se interpondría entre nosotros. Ni el ruido de la ciudad pudo sacarnos de nuestro pequeño paraíso de aquella noche.

32. EL SECRETO DE SUS OJOS

Estábamos tumbados en la terraza y se escuchaba el gentío paseando por

Downtown. Me apoyé sobre Hans para llegar a mi móvil que estaba en el suelo. Eran más de las dos de la mañana y la calle parecía un hervidero. Escuchábamos la música de los bares.

— ¿Qué le has pedido a las estrellas fugaces? – le miré a los ojos que tenía cerrados.

— Tiempo. – abrió sus ojos mirándome sin pestañear. – Tiempo para disfrutar de ti y de todo lo que esté por llegar.

— Te quiero Hans. – se dibujó una pequeña sonrisa ladeada en su cara. - ¿Sorprendido?

— No, tan solo lo echaba de menos. No me gusta haberte

decepcionado. – le besé.

— Olvidado Hans.

— Pero... - le volví a besar. -
¿Vas a besarme cada vez que diga algo?

— Sí. – le besé de nuevo. –
Pues no dejaré de hablar nunca. Tus
besos son adictivos.

— Señor Berg, es usted un
liante que lo único que quiere es
beneficiarse de mis besos.

— No es lo único de lo que me
quiero beneficiar. – alzó su cadera
pegándome su erección entre las
piernas.

— Monito eres insaciable.

— Con un manjar como tú, es
imposible saciarse galletita. – se mordió

el labio.

— No hagas eso Hans, que te juro que no respondo.

— Pues no respondas.

Pegó su cuerpo al mío y me hizo rodar por el suelo, hasta conseguir ponerse encima de mí. Sus caricias conseguían hacerme tocar el cielo con los dedos. Ponía en mí la misma pasión cada día, cada momento y eso me hacía sentir especial. Todas y cada una de las veces era especial.

El sonido de mi móvil nos sacó de nuestro segundo asalto. Estiré la mano mientras Hans seguía regocijándose entre mis piernas.

— ¿Sí? — tenía que

concentrarme muy bien para no soltar ningún gemido.

— ¿Estás bien? – las llamadas de Rose tan inesperadas.

— Siii. – hasta yo me notaba la voz jadeante.

— No me ha saltado que se haya conectado de nuevo la alarma. ¿Aún estás en la academia?

— Siiiiiii. – traté de mover las caderas para sacar a Hans de entre ellas, pero estaba pegado como una jodida lapa.

— ¿Qué demonios estás haciendo? Estamos muy cerca, ¿quieres que nos pasemos?

— Noooooooooooooo. – agarré a

Hans del pelo y le aparté la cara. – O paras o te mato.

— Suele ser al revés siempre que lo dices. – tiré más de su pelo y soltó un quejido por su boca. – De acuerdo, pero suéltame el pelo. – trataba de susurrar pero su voz llegó a Rose.

— Vale Lu, ya oigo que estás con Hans. ¿Suena a polvo de reconciliación?

— Cállate Rose por dios.

— Ya oigo que estás fenomenal. Comentarte que mañana vamos a comer con Rachel, Glen va a hablar con sus abogados por el tema de la custodia. Tenemos que contarle lo de la boda y ver cómo hacemos lo de la zorra de su

madre. — me deslicé debajo del cuerpo de Hans y llegué hasta mi vestido.

— ¿Eso le vas a decir? ¿Qué su madre es una zorra?

— Lo debería saber ya, pero filtraré. ¿Nos acompañáis? — podía verla suplicando con los ojos y las manos entrelazadas en mi cabeza.

— Hans comida mañana con los tortolitos y Rachel.

— Mañana hemos quedado a comer con mi familia. — levanté la ceja pensando que no lo recordaba. — Sí, era una sorpresa. La abuela nos quiere contar algo.

— Por favor Lu. — continuaba rogándome y me levanté para vestirme.

— ¿Qué hago Rose, desdoblarme? – me senté en el banco.

— Tengo una idea. Vamos los cinco con mi familia. No les importará. Además Rachel se lleva genial con mis padres. Será más fácil también para ellos.

— Gracias monito. – Rose pegó tal grito que tuve que apartarme el teléfono.

— Hasta mañana Rose.

Colgué el teléfono y vi unos mensajes de Fernando y las chicas. Les contesté diciéndoles que estaba bien y que disfrutasen de sus últimos días en la ciudad. En poco tiempo volverían a España. Me quedé mirando el teléfono y

echando cuentas de cuando era el concierto y la fiesta para la que nos había contratado Ricardo. Estaba contando con los dedos de las manos y al levantar la vista me topé con los ojos preocupados de Hans.

— ¿Qué estás contando?

— Los días.

— ¿Cuándo es el concierto? — se sentó a mi lado.

— El concierto no es hasta dentro de unas semanas.

— Pues vámonos a España. Vamos a ver a la tía. Cierro unas cosas de la Fundación, solucionamos el alta de Hannah del lunes... - él seguía hablando y yo le miré sorprendida.

— Para el carro Manolo que te lo roban. – le agarré de la barbilla apretándole tanto la cara que se le desfiguraba un poco. - ¿Alta?

— Sri... Lre... - no podía hablar con mi presión en su cara y me quitó la mano. – Era otra sorpresa. Le dan el lunes. Quería que cuando fuésemos al hospital, te llevases la sorpresa de que podía salir de allí con nosotros. – me lancé a sus brazos y tuvo que hacer fuerza con sus piernas para no caer los dos del banco. - ¿Estás enfadada por no habértelo dicho?

— No Hans. Sorpresas así me alegran el día. – le llené toda la cara de besos. – Siempre puedes sorprenderme

así. — pasé mi dedo por su nariz. —
¿Sabes lo que le había pedido a la
primera estrella fugaz?

— ¿El qué? — recorrió mi brazo
desnudo con su dedo.

— Justo antes de que llegases.
Verte aparecer por esa puerta y que todo
fuera igual. Que me volvieras a mirar
con esos preciosos ojos, que me
mostrases esa preciosa sonrisa y que me
dieras uno de tus perfectos besos. ¡Y
mira! Aquí estamos. — me apoyé en su
pecho.

— ¿Crees en el destino? —
comenzó a acariciarme el pelo.

— ¿En sí todo está escrito de
alguna manera? — respiró

profundamente.

— Sí, más o menos.

— Bueno. Creo que todo en la vida tiene un porqué. Hay veces que no lo entendemos, hay muchas veces que nos enfadamos por cómo suceden las cosas. Aún no entiendo porque mi padre nos dejó o mi madre. Y no entiendo tampoco lo de mi tía. Si hay alguien escribiendo nuestros destinos, se le debe ir la pinza de vez en cuando. — me besó en la frente.

— ¿Y crees que si tu hermano no se hubiera metido en aquellos problemas nos hubiésemos conocido?

— Creo que ya te respondí a eso. — le miré sonriendo.

— Pero me gusta escucharlo.

— Si hay un destino escrito para nosotros, creo que estamos en el mejor camino para conseguir ese punto final. – me abracé a su cintura. – Aunque las historias de amor nunca tienen final.

— Tengo mucha suerte. – le miré fijamente a los ojos y pude ver como sonreían.

— Tenemos suerte. Podrían haber escrito una historia peor para nosotros. Te podría haber tocado una maldita pirada que te arrastrase a cualquier sitio. – me miró en plan “claro tú eres la mayor cuerda del universo”.

— No me jodas Lu, que tú no es que se diga que eres la personas más

sana mentalmente hablando del planeta. Me fui contigo a Langre y me monté en un jet para ir a Las Vegas. – me pasé la lengua por los labios y me los mordí.

— Eso es porque ya me querías. Me querías antes de conocerme, pero no te habías dado cuenta. – le sonreí.

— Sería un idiota si no me hubiera dado cuenta a tiempo. Te quiero galletita.

— Me encanta.

Me quedé mirándole unos segundos y se me pasaron muchas de nuestras imágenes por la cabeza. Como si quisiera grabarlas tan a fuego, por si al destino se le ocurría hacer una de las tuyas. Sus ojos clavados en mí la noche

del Divinity, o su cuerpo pegado al mío en la playa de Somo, o la noche en que cambió sus planes para venir conmigo a Langre, sin apenas conocerme, sin apenas haber cruzado más de diez palabras. Quería guardarme todo dentro de mí y tirar de ello cuando algo malo nos pudiera suceder.

— Lu, tierra llamando a Lu. — agité la cabeza un poco.

— Perdón. Dime.

— Que antes odiabas lo de galletita.

— No lo odiaba. Pero me gusta ponerte al límite monito. — me tumbó en sus piernas.

— Nunca dejes de hacerlo.

Nunca Lucía Medina.

Y me besó de la única manera que él sabía hacer. Con sus manos en mi cuello, acariciándome la nuca muy despacio, muy sutilmente. Introduciendo su lengua en mi boca en busca de la mía. Sabiendo diferenciar cuando necesitaba un beso desgarrador o un beso que me curase el alma. Sabía diferenciar cada momento, cada segundo que teníamos juntos y él sabía tocarme cada punto, cada fibra de mi cuerpo, haciéndome sentir especial, única para él en todo el mundo. Haciéndome sentir parte de su vida. Y eso, me enamoraba a cada segundo.

Cuando salimos de la academia

me preguntó a dónde quería ir y al decirle que a casa, supo perfectamente dónde quería ir. A casa, a su casa junto a él. Comimos algo y al acostarnos nos quedamos hablando hasta dormir. Me estuvo hablando de su época en el 49ers. Parecía echar de menos aquellos años, sin la mierda que se metía, pero se notaba un punto de nostalgia en su tono de voz. Tenía que hablar con Glen para algo que se me había ocurrido. Seguro que podríamos organizar algo.

Al despertarme fui a la terraza a hacer un poco de yoga. La fiesta me había dejado el cuerpo hecho polvo. Me dolía cada músculo. El tema de subir por la tela hasta varios metros del suelo

machacó mis brazos hasta límites insospechados. Tiré una esterilla en el suelo y comencé a estirar en el suelo. Estaba amaneciendo y ver la ciudad de Los Ángeles desde la terraza, sin tener que escuchar el ruido de los coches y de la gente era un placer. Estiré bien mi cuerpo y me levanté del suelo. Fijé mi punto de visión en el horizonte y levanté mi pierna izquierda hacia atrás, agarrando el tobillo con mi mano, elevé mi brazo y lo estiré hacia delante. Controlé el equilibrio para poder hacer bien la postura de la danza. Cerré los ojos y respiré profundamente. Comencé a notar la mirada de Hans fija en mí unos minutos después.

— Buenos días. – no abrí los ojos.

— ¿Te parece correcto hacer yoga en ropa interior?

— Sí, no tengo nada más en casa. Solo tengo vaqueros y te aseguro que con eso, no se puede. – dejó una taza de café en la esterilla y abrí un ojo. – Qué bien huele.

— ¿Qué te parecería traer más ropa aquí?

— Pues que tendría la mitad de mis cosas aquí y la mitad en casa, y siempre que necesitaría algo estaría en la casa equivocada. – apareció la cabeza de Hans justo encima del café.

— ¿Y si te traes todo aquí? –

me desestabilicé y me agarró de la cintura.

— Pues que viviría aquí. — me agaché para coger el café.

— ¿Y? — su cara de no me estás entendiendo era muy clara.

— ¿Quieres que me mude aquí? — abrió mucho los ojos y pude ver el brillo en ellos.

— Ayer cuando dijiste llévame a casa, no dude un segundo cual era tu casa. Quiero que vivas conmigo Lucía. Sé que puede parecer una locura, pero me gusta que estés en casa. Despertarme contigo, con tus charlas adormilada a primera hora de la mañana, con tu mala leche si no tomas el primer café, con tus

posturas de yoga en la terraza con el conjunto de ropa interior más sexy, con tu sonrisa por cada esquina. – me agarró por la cintura pegándome a su cuerpo. – Sin ti, la casa está vacía, yo estoy vacío. – dibujaba círculos en mi espalda con su mano libre.

— ¿No crees que es demasiado pronto? – quería gritar a las colinas de Bel-Air que sí, pero quería estar segura de que no era un arrebatado de Hans.

— Contigo nunca es demasiado pronto Lucía. – se acercó a mis labios y sin besarme volvió a preguntarme. - ¿Quieres vivir conmigo?

— Siempre.

Y así, sin preverlo, sin estar

escrito en ninguna galleta china de consejos, dije que sí. Sin pensármelo dos veces, dejándome llevar por el momento. Tal y como siempre había hecho en mi vida. Y disfrutaba pudiendo hacer lo mismo con Hans.

33. EL CHICO IDEAL

Hans me metió prisa para poder llegar a la comida a tiempo. Me había tirado más de media hora mirando el

armario, decidiendo que ponerme. Hans tenía razón, no era lógico tener ropa en las dos casas. No tenía nada decente para una comida así. Me puse un vestido colorido con manga larga y espalda descubierta, de una tela muy finita. No me dio tiempo a peinarme bien, así que salí al garaje con los zapatos en la mano, el bolso y un peine para poder adecentarme en el coche.

— Estás preciosa nena.

— Tú siempre me ves bien, aunque esté con pantalones de yoga y sujetadores deportivos.

— Me vuelven loco esos pantaloncitos. Tan ajustados, tan pegados a tu piel. — se mordió el labio y

agarró mi mano poniéndola sobre su paquete. – Solo de pensarlo se me pone dura.

— Arranca el coche o te juro que no respondo. – apreté fuertemente mi mano. – No nene, con esto entre las piernas no respondo. Arranca.

Con una gran sonrisa en su cara y mi mano durante unos minutos más sobre su erección nos encaminamos hasta Laguna Beach. Habíamos quedado en el K'ya Bistro Bar, en la terraza con vistas al océano. Era el restaurante favorito de Rachel, así que la abuela de Hans movió la reserva. Pablo me llamó cuando estábamos ya de camino. La noche anterior había estado hablando con la tía

y la notó muy desmejorada. Hans me agarró de la mano tratando de animarme y saqué fuerzas para tranquilizar a mi hermano. Al colgarle me quedé mirando por la ventanilla.

— Prepara las maletas que nos vamos a España. Cuando mañana dejemos a Hannah en la Fundación, cogemos un vuelo. Seguro que la abuela puede terminar las cosas que tengo pendientes.

— Después lo hablamos, ¿vale? Ahora vamos a centrarnos en la comida, la familia y a disfrutar del momento. Después tendré tiempo suficiente para agobiarme, pero no quiero fastidiar la comida. — se llevó mi mano a su boca

para besarla.

— Claro que sí cariño.

Cuando llegamos al restaurante fuimos los primeros. Nos sentaron en una mesa apartada, en la esquina más cerca del océano. Un camarero nos dejó unas copas de vino y me quedé disfrutando de las vistas. Podía ver a Hans por el rabillo del ojo pendiente del móvil y contestando agobiado a mensajes y emails. No apartó su vista de él ni un solo segundo. Cogí mi móvil y escribí.

“ Me iré a vivir contigo si sueltas ese maldito trasto de una

vez. Pero tienes que dejarlo ahora mismo o dejo mis bragas encima de la mesa.”

Se escuchó el sonido de mi móvil cayendo encima del plato. La miré y pude ver su sonrisa junto a sus ojos entornados detrás de las gafas de sol. Seguía siendo la descarada de siempre, sin haber cambiado ni un ápice de su forma de ser desde que la conocí.

— ¿Te parece bonito no cumplir esas amenazas? — metí mi mano debajo de la mesa y recorrí su pierna desnuda.

— *No soltabas ese maldito cacharro infernal. Voy un segundo al baño, creo que se me ha metido algo en el ojo. — la perdí de vista unos segundos y justo escuché a mis padres hablando acercándose a la mesa.*

— *¿Ves? Llegamos tarde. — mi padre venía negando con la cabeza.*

— *Dios Steve, ellos han llegado antes. Seguro que Lucía le ha metido prisa. — mi madre me dio un beso. — Hola hijo.*

— *Mamá.*

— *Pero si te has cambiado seis veces de ropa. — mi padre seguía metiéndose con ella.*

— *Steve te juro que un día te*

lanzo por el muelle y no miro atrás. — mi abuela se acercó a mí y me susurró.

— Llevan casados treinta y cinco años y siguen discutiendo como el primer día. Eso es amor.

— Y del bueno. — vi como mi padre besaba a mi madre tratando de calmarla.

— Ahora me das besos. — podía ver en mi padre usando las mismas tácticas que yo. No podía negarse que éramos padre e hijo.

— Te encanta. — mi madre sonreía y parecían una pareja que se acababan de conocer.

— Tus padres son adorables. — Lucía estaba detrás de mi

susurrándome y metiendo algo dentro del bolsillo interior de mi americana. — Nunca digo algo sin hacerlo. — puso su mano encima del bolsillo dándole unos pequeños toquécitos.

— *¿Cómo? — al mirar dentro de mi americana pude ver uno de sus tangas, uno rojo con lazos a los lados.*

— *Hola Victoria. — besó a mi abuela y a mis padres.*

— *Estás preciosa cariño. — mi padre le apartó la silla para sentarse a mi lado.*

— *Gracias.*

— *¿Cómo va la academia? Ya he visto que la obra está terminada. — se le iluminaba la cara cada vez que*

hablaba de algo relacionado con el baile.

— *Sí, dentro de poco haremos una fiesta de inauguración. Hemos ampliado salas, clases, profesores... Una locura.*

— *Podéis con eso y con todo lo que queráis. Ya nos contó Hans que vas a bailar en un concierto y te han contratado para unas cuantas fiestas. — sonrió tímidamente. Cuando alguien la halagaba era la única vez que podía ver su timidez. Un rasgo que me encantaba de ella.*

— *Gracias.*

— *¿Qué tal está tu tía cariño? — mi abuela la agarró de la mano y*

pude ver a Lucía agachar la cabeza.

— *Poco a poco.*

— *Por ahí vienen Pablo y Sharon. — gracias a dios que aparecieron y Lucía pudo evitar tener que dar explicaciones doloras.*

Nos sentamos todos en la mesa esperando a los prometidos y a Rachel, pero parecía que iban a tardar un poco más en llegar según el mensaje que recibió Lucía de Rose. Algo había pasado en casa de Mercedes cuando fueron a recoger a la niña. A la media hora llegaron pero Rachel parecía enfadada con ellos dos y con el mundo. No habló ni siquiera cuando le preguntábamos las cosas. Se limitaba a

jugar con el tenedor en la comida, cosa que a su padre le sacaba de sus casillas y sabía que Glen explotaría en cualquier momento.

— *Rachel, ¿te apetece un helado enorme de chocolate con menta y tortitas? – me miró y levantó sus hombros sin muchas ganas.*

— *Tienes que terminarte la carne para poder comer el postre.*

— *¿Siempre vas a decirme lo que tengo que hacer? – toda la mesa se quedó callada ante la contestación de Rachel. Nunca se había comportado así. Tiró el tenedor al plato.*

— *Rachel Marie.*

— *A tomar por culo. – escuché*

a Rose diciéndolo muy bajito y llevándose una mano a la cara.

— *Recoge ese tenedor y acábate el plato.*

— *No me lo voy a comer, como no voy a ir a vuestra boda. – saltó de la silla y salió corriendo por las escaleras que llevaban a la playa.*

— *Rachel. – pegó un grito y fue a salir detrás de ella cuando mi padre le paró.*

— *Glen, te aseguro que verte hecho un obús, no te va a ayudar. Está en un momento de rebeldía. Te aseguro que yo pasé por varios de esos. – nos miró a mi hermana y a mí.*

— *Pero... - se llevó las manos*

a la cabeza sin saber qué hacer. Rose se levantó para hablar con ella.

— *Quieta Rose, que con tu tacto acabas ahogando a la niña con tus tacos. – Lucía se levantó de la mesa con un par de paquetes de grissinis en la mano. – Ahora vengo.*

— *Lu. – se acercó a Glen.*

— *Vamos a ver, tú me ayudas, yo te ayudo. – veía con Glen negaba con la cabeza. – Venga terco cabezota. – le acarició la cara y simplemente Glen se tranquilizó. Cualquiera que les mirase en ese momento podía pensar que eran la pareja perfecta. – Eres mi amigo, podría decir que uno de mis mejores amigos, así que déjame a mí.*

– le guiñó un ojo y le besó en la mejilla.

— Si no supiera que me voy a casar con él, te diría que hacen muy buena pareja. – Rose comenzó a reírse y terminó contagiando al resto de la mesa.

Pasé por la barra del bar y le pedí un batido de chocolate con extra de nata. Bajé las escaleras y al llegar a la arena busqué a Rachel. La vi debajo del muelle acurrucada. Me quité los zapatos y me senté a su lado sin decir nada. Dejé el batido en la arena y abrí uno de los paquetes de grissinis y me comí uno. Podía ver a Rachel mirándome. Le ofrecí uno pero no lo aceptó. Introduce

el que tenía en la mano en la nata del batido y me lo llevé a la boca. Acercó su mano al paquete, cogió uno e hizo lo mismo que yo.

— Parecía más asqueroso, pero está bueno.

— Hay cosas que al principio al verlas puede que no nos gusten, pero al probarlas, puede ser mejor de lo que pensábamos. — jugueteó con la nata. — ¿Qué ha pasado ahí arriba?

— Nada.

— De acuerdo.

— Es que mi madre ha dicho cosas muy malas de Rose y de papá. — tuve que contenerme para no soltar nada de Úrsula. — Me ha dicho que si me voy

con ellos nunca más la volveré a ver. Y que solo la quieren hacer daño.

— Eso no es verdad cariño. Hay veces que los mayores decimos cosas que no sabemos. — cogió el batido y le dio un gran trago.

— Mi madre puede que no haya sido la mejor madre del mundo, nunca ha estado en casa, nunca estaba conmigo para hacer los deberes, siempre me llevaba la chica que me cuidaba al colegio y cuando venía a casa con su novio, me obligaba a estar encerrada en mi habitación. — estaba respirando tan fuerte que noté como Rachel se iba callando.

— Cariño, mira. — respiré de

nuevo para tranquilizarme. – La familia no siempre es la de la misma sangre que corre por tus venas. Hay veces que en esta vida, aparecen personas y son tu familia. Aunque no tengáis la misma sangre. – me miraba como si no me pudiera entender. – Vale. ¿Tienes alguna amiga en el colegio, de esas de verdad?

— Sí, Daniela. Es como la hermana que no he tenido. Nos conocemos desde la guardería. – le miré sonriendo.

— Y ella no lleva tu sangre, pero la quieres igual. – afirmó con la cabeza. – Hay que darle la oportunidad a las personas en esta vida.

— Si Rose me gusta, es muy

divertida, pero no me gusta lo que mamá ha dicho. Estaba enfadada con ella y lo he pagado con papá. – agachó la cabeza. – Y con Rose. ¿Crees que si hablo con ellos me perdonarán?

— Sí. Aunque tu padre te haya llamado por el nombre completo. – le pasé el brazo por los hombros acercándola a mí. – Dale una oportunidad a tu padre, no sabe muy bien cómo lidiar con el tema de la boda y tu reacción.

— Si es el mejor padre. – suspiró. - ¿Seguro que me perdonarán?

— Claro que sí, ¿vamos?

Me dio la mano y subía temblorosa las escaleras. Cuando nos

acercamos a la mesa Rose estaba tranquilizando aún a Glen. Al vernos a las dos con los zapatos en las manos y llenas de arena, negó con la cabeza.

— Tengo aquí a alguien que quiere hablar con vosotros. – tiré de la mano de Rachel. Le guiñé un ojo a Glen, tratando de que se tranquilizase. Era muy fácil perder los nervios por culpa de su ex.

— Papá. – se soltó de mi mano y se fue donde él. Todos en la mesa estábamos mirándoles, pero a la niña le dio igual. – Siento haberte contestado así. Rose me cae muy bien y me alegro que os vayáis a casar. Si te hace feliz, a mí me hace feliz. – me senté en mi silla

y Hans me agarró de la mano.

— Tienes muy buena mano con los niños Lucía, serás una gran madre algún día. – la abuela me agarró de la mano. – Hannah, ahora Rachel... - cerré un segundo los ojos.

— Algún día Victoria.

Glen, Rose y la niña se apartaron un poco de los demás sentándose en una mesa un poco más alejada. Nosotros continuamos hablando pero ninguno les quitamos ojo. Pablo comenzó a contarles a los padres de Hans y Sharon sus prácticas. Steve tenía un amigo también en aquella empresa y Victoria se alegró mucho de que colaborase con la Fundación, que siguiera al lado de su

nieta. El móvil de Victoria comenzó a sonar y se disculpó educadamente de nosotros apartándose.

— ¿Y tú Sharon, que tal estás? — su madre seguía pareciendo nerviosa al hablar con su hija.

— Muy bien mamá. He estado mirando unas universidades y quiero matricularme en Psicología, especializada en ayuda a la mujer. — agarró la mano de Pablo. — Cuando esté bien quiero poder ayudar a las personas que necesiten tratamientos, ayuda y que les escuchen. Quiero poder ser útil dentro de la Fundación. Si os parece bien. — se quedaron unos segundos en silencio sus padres mirándola. — Sí, ya

sabía que era una tontería.

— No mi vida. — Steve se levantó para poder abrazarla y besarla. — No es ninguna tontería, solo que nos ha pillado desprevenidos. No sabíamos nada.

— Estoy muy orgullosa de ti cariño. — Lorel también se acercó a ella pero Hans no decía nada. Tenía su mirada fija en su hermana pequeña. Sharon miraba a su hermano esperando la respuesta que más le importaba.

— ¿Hans?

— Tu hermano es idiota. — le pegué en el brazo pero no reaccionó. — Es una gran noticia Sharon. — me levanté y ella hizo lo mismo. La abracé

fuertemente. – Dale unos segundos, le suele costar reaccionar ante las cosas que no puede controlar.

— Lo sé. Gracias Lucía.

— Lo que necesites, ya sabes dónde estoy. – le di un beso y noté la mano de Hans apartándome de su hermana.

— Sharon.

— Hans. – todos les estábamos mirando. Mi querido novio no era de demostrar mucho sus sentimientos por la familia en público, cosa en la que estábamos trabajando.

— Estoy muy orgulloso de todo lo que estás consiguiendo. Eres increíble. – la abrazó y por fin Sharon

pudo respirar tranquila.

La comida estaba sorprendiéndonos a todos y no paró ahí. Cuando Victoria se acercó nos contó la última novedad de Miami. El martes tenían la última reunión para cerrar el contrato. Varios empresarios de la zona habían decidido ser los que construyesen todo el recinto desde cero. Sí, sonaba a desgravación fiscal, pero el comité de la nueva Fundación sería cosa de Victoria, Hans, Lorel y Steve. Nadie más de fuera de la familia sería parte de él. Así que Hans tendría que viajar el mismo lunes a Miami. Tras convencerle después de la comida, pospusimos unos días el viaje a España.

Aquella noche cenamos en mi piso con los chicos para despedirnos. al final habían adelantado su viaje al lunes por la tarde, para poder pasar en Nueva York cuatro días y hacer turismo.

— Que rabia no poder ir al aeropuerto. – me recosté en el sofá entre Ceci y Evi.

— Tú mañana tienes algo más importante que hacer. Tu niña sale del hospital. – Evi me agarró de la mano.

— No es mi niña. – la miré mientras el resto charlaban.

— Lo será. Te lo aseguro. Estás hecha para ser madre, para no cometer los errores que la tuya cometió con vosotros. – tuve que tragar saliva. - No

pienses por un segundo eso. Te conozco muy bien chocho.

— Ya sabes que no puedo ser madre Evi.

— No es madre quien te paré, es madre quien te cría, quien te cuida y quien te ama. Además no es al 100%. Los milagros ocurren. – me levanté del sofá y tiró de mi brazo, lanzándome contra ella al sofá.

— Dios Evi, que voy sin bragas. – junté las piernas.

— ¿Y dónde demonios están tus bragas guarra?

— En la americana del monito. – le di un beso y me levanté riéndome. Al ir a coger unas cervezas vi a Hans y a

Fernando en la piscina hablando y riendo. - ¿Perdón? - asombrada-asustada-estupefacta me acerqué a ellos lentamente, tratando de escuchar algo de su conversación sin que se enterasen que estaba poniendo la oreja.

— *Si, de verdad. - los dos vimos como Lucía se acercaba sigilosamente. - Yo creo que sería una buena opción.*

— *No me disgusta el plan de quedarme por aquí una temporada. - vimos a través de la ventana de una de las casas su reflejo y hasta podíamos ver su cara de “¿qué coño está pasando aquí?”. - Sí, podríamos turnarnos. Lunes, miércoles y viernes*

uno, martes, jueves y sábado otro. Los domingos le damos descanso.

— *Creo que a Lucía le encantará ese trato. Nos tendrá a los dos para ella. – no pudimos reprimir más tiempo la risa pero nos dio unas collejas bien merecidas.*

— *Gilipollas. Los dos. Tú te quedas sin follar y tú sin mi despedida. – fue a marcharse pero Fernando le agarró de la mano. – No sé si prefiero cuando os matabais.*

— *Hemos tenido nuestras diferencias, pero hemos comprendido, que tenemos que entendernos. – puso su mano sobre mi hombro. – Es un buen tío y te hace feliz. Tú con él sonríes,*

como hacía muchos años que no veía, así que yo soy feliz.

— *Genial, pero esta bromita, os saldrá cara. ¿Os creéis que me podéis tomar así el pelo? ¿Qué soy tonta? — estaba realmente enfadada con nosotros y nos fue empujando lentamente a cada uno. — Jugar así conmigo.*

— *Lu por favor.*

— *Ni Lu, ni nada. Os he avisado que lo pagaríais.*

Nos puso las manos en el pecho y dándonos un gran empujón, nos lanzó a los dos a la piscina. Tragué tanta agua que no podía parar de toser. Lucía nos miraba victoriosa. Se dio la

vuelta y volvió a entrar en el piso cerrando la puerta. Segundos después entramos nosotros empapados y chorreando agua por el suelo. Ceci, Evi, Pablo y Sharon se nos quedaron mirando.

— *Te avisé en el pueblo monito. No juegues nunca con ella, siempre encontrará la manera de vengarse.*

— *Y yo no sé cómo no me lo he imaginado después de tantos años. — nos miramos los dos. — Perdón Lucía.*

La verdad es que me sorprendió que me vacilasen, bueno, que se unieran para vacilarme y me alegré que después de todo se llevaran medio bien. Pero se

habían ganado a pulso que les tirase a la piscina. Par de capullos.

En el momento que me despedí de los chicos se me partió un poquito el corazón. Les iba a echar mucho de menos pero en unos días les vería por España. Me hicieron prometerles que les avisaría a todos en cuanto supiese algo de la tía. Y ahí estaba el tema de la sangre de lo que había hablado con Rachel. La familia te la imponen, los amigos los eliges y son tu mejor elección.

34. LÍO EMBARAZOSO

Dios. Me dolían muchísimo los

brazos. Concretamente el brazo derecho y la muñeca. Casi no la podía ni mover. Cuando me levanté y fui al baño, vi unos cuantos moratones en las zonas donde me enganché a las telas y la muñeca muy hinchada. Después de ducharme busqué el botiquín por el baño pero no lo vi. Pensé que Hans tal vez lo hubiera dejado en el estudio que me había hecho. Él seguía durmiendo en la cama y al acercarme vi el iPad encima de su estómago. Se había quedado dormido trabajando en algo. Cuando lo cogí para ponerlo a cargar, lo debí de encender sin querer y pude ver su última visita en internet. Una página de adopciones. Los requisitos que debería cumplir una

pareja para poder ser aptos para una adopción de un niño pequeño.

Hans hizo un ruido y dejé el iPad en la mesilla, como si no hubiera visto nada. Me quedé observándole y me acerqué para besarle.

— Buenos días guapo. – se removió como un niño pequeño en la cama, tapándose la cara con la sábana. – Arriba, qué tenemos que ir al hospital. Hannah está esperando ver tus ojazos, y para eso tienes que salir de debajo de las sábanas.

— Estoy cansado. – me senté en la cama y me metí debajo de las sábanas.

— Pues te espera una semana

larga cariño.

— Lo sé. — resopló y se le formó una arruga en la parte de arriba de la nariz. Con el pelo completamente despeinado, los ojos semi abiertos y esa arruguita, me parecía más adorable de lo normal.

— Había pensado, que tal vez el fin de semana, que los chicos se han marchado, podríamos irnos a la playa, hacer acampada y dormir bajo las estrellas. — apoyé mi barbilla sobre su pecho y me miró.

— Eso lo podemos hacer aquí en casa. — le recorrí el pecho con los dedos.

— Pero no podremos bañarnos

desnudos en la playa y que puedan aparecer unos policías a sacarnos.

— ¿Sabes que aquí si te pillan es multa y noche en la cárcel? – agarró mis dedos.

— Bueno, tú ya tienes experiencia en pasar noches en la cárcel. – entrecerró los ojos.

— Y tú experiencia en sacar a gente de la cárcel. – hice una gran o con mi boca a modo de ofensa.

— Has aprendido rápidamente a seguir el juego de la ironía y las pullitas. – me acerqué a su boca.

— Tengo una gran maestra, en todos los aspectos. – apoyé mi muñeca para besarle y me recorrió una corriente

por todo el brazo.

— Joder. – di un bote levantándome de la cama.

— ¿Estás bien? – se levantó corriendo y me agarró del brazo. Vio los moratones. - ¿Cómo se os ocurrió lo de los giros conjuntos?

— Algo nuevo. ¿El botiquín?

— Está en el baño de abajo. Pero eso te lo va a mirar un médico. Tenemos que ir al hospital, así que pasamos por trauma y que te lo miren. – fui a abrir la boca. – Y ni se te ocurra rechistarme, porque vamos a hacer lo que yo diga. Aunque solo sea por esta vez. – levanté una ceja y alcé mis manos en son de paz. - ¿No vas a decir que no?

– negué con la cabeza.

— Te espero abajo con unos cafés para llevar. – al darme la vuelta le dí un azote en el culo. – Buenos días señor Berg.

— ¿Dónde está mi novia y qué has hecho con ella?

— Hoy es un gran día. Hannah salé del hospital y podremos disfrutar de ella todo el día.

— Hasta que yo me vaya al aeropuerto. Cogemos el último vuelo de la noche a Miami. – le abracé.

— Pues hasta que te vayas estaremos con ella. Seguro que es una gran tarde. – le besé y me fui a la cocina a preparar los cafés.

Salí de la consulta del médico de trauma con la muñeca vendada. Esguince leve de la muñeca derecha. Debí hacérmelo en alguno de los giros en el aire, en el que la tela estaba demasiado tensa alrededor de mi muñeca.

Antes de entrar a la habitación de Hannah hablamos con el médico y el nuevo jefe de servicios sociales del hospital. Nada más verle sonreí sabiendo que el culo de Mercedes había salido disparado del hospital. Hans me apretó la cintura para que no mostrase tanta alegría al conocerle. Nos dieron unos seguimientos para hacerle mientras las cicatrices terminaban de curarse. Cómo hacerle las curas diarias y las

cosas que teníamos que vigilar por si algo no iba bien. Escuché atentamente todas y cada una de sus palabras.

Al entrar en la habitación Hannah ya estaba vestida y con su pequeña maleta de ruedas de Frozen lista para salir de allí. En cuanto nos vio fue corriendo hasta nosotros. Se abrazó a nuestras piernas sonriendo y diciendo que ya no tenía que volver a comer aquellas galletas sin sabor de los desayunos.

Ver a Hannah sonriendo mientras hablaba con Lucía era la mejor manera de empezar el día y me encantaría poder empezar así todos y cada uno de los días. Con las dos

mujeres que me habían robado el corazón. La noche anterior me había quedado hasta tarde buscando información en internet sobre adopciones. En la Fundación estábamos acostumbrados a hacerlo, pero nunca me había parado a ver detalladamente que pasos había que seguir. Yo siempre me encargaba de las entrevistas con los padres de adopción. La verdad es que había que cumplir muchos requisitos para ser los adecuados.

— *¿Nos vamos ya? – vi a Hannah y a Lucía mirándome como si me hubieran estado hablando durante un buen rato y no les hubiera hecho*

caso. - ¿Qué si nos vamos ya Hans?

— Sí cariño. Vamos. – Hannah se agarró a nuestras manos y recogí su maletita. – Nos vamos a la Fundación. – escuché como sacaba aire por la nariz y agachaba la cabeza. Miré a Lucía.

— ¿Qué pasa cariño?

— Pues que no quiero volver a la Fundación hoy. Sería como volver a estar en el hospital. – levantó sus pequeños hombros y nos miró con sus grandes ojos azules. – Me gustó mucho cuando me quedé en casa.

— No hay más que decir. Te quedas hoy en casa. – Lucía me miró sorprendida.

— *Pero tú te vas de viaje a la noche cariño. – dijo bajito.*

— *Aprovecha y disfruta de ella. Puede ser un buen momento para conoceros mejor. – se acercó a mí y me besó en la mejilla susurrándome.*

— *Sé lo que pretendes monito.*

— *¿Yo? Dios me libre. – al mirar para abajo vimos a Hannah observándonos muy atenta.*

— *Me gustáis mucho. Pero mucho de los muchos.*

— *Vamos princesa. – tiró de mi brazo parándome.*

— *Princesita, la princesa es Lu. – Lucía se agachó para comérsela a besos.*

— Si es que te como Hannah. Un día te como y desapareces del planeta. Solo para mí. — la niña sonreía mientras Lucía le regalaba besos por toda la cara.

Pasamos por la farmacia para comprar algunos analgésicos que le habían recetado a Lucía y a hacer la compra en el supermercado. Yo me sentía perdido en esa macro superficie, pero como siempre Lucía me sorprendía. Elegía con sumo cuidado la carne, el pescado y todo lo que caía en sus manos. Hannah iba subida en la parte de atrás del carro mientras yo empujaba haciendo carreras por los pasillos.

Tras salir del supermercado fuimos al Farmer's Market. Su obsesión por la fruta y verdura fresca llevó a Hannah a hacer lo mismo que ella en cada puesto. Lucía cogía una uva y la probaba, la niña hacía lo mismo. Si se llevaba una cesta de frutos rojos a la nariz, se las dejaba a Hannah para que las oliera.

— *¿Quieres conocer a un amigo mío? – me miraron y Lucía cogió a Hannah en sus brazos y se acercaron al puesto indio del final de la calle.*

Las observé fijamente y cada día estaba más convencido de tratar de conseguir la adopción de Hannah. Sabía que Lucía también lo había

pensado y era algo que le rondaba la cabeza, aunque según ella no era la persona más indicada para hacerlo. Volvieron las dos con un par de cajas que les habían dado. Nos costó más de una hora salir del mercado porque se paraban en cada puesto de pulsera, collares, fotos y demás cosas.

Cuando me quise dar cuenta eran ya las siete de la tarde, y en menos de media hora mi abuela me vendría a buscar para irnos al aeropuerto. Estaba preparando la maleta con Hannah y Lucía sobre la cama tumbadas leyendo.

— *¿Y cuándo vuelves? — Hannah bajaba el libro que leían para*

mirarme.

— *A final de semana. Pero espero poder volver antes. – mientras me miraba jugueteaba con el pelo de Lucía.*

— *¿Y mientras tanto me puedo quedar en casa con Lu? – me miraron las dos y aquella imagen de ellas tumbadas, me enterneció.*

— *Esta semana sí. Pero la semana que viene tendrás que volver a la Fundación.*

— *Oh, guay. – se removió y cogió la muñeca vendada de Lucía. – Es que Lu necesita que la cuiden. Está con la mano malita. Y si tú no estás para cuidarla, tengo que hacerlo yo.*

— ¿Con quién estaría en mejores manos? – la besó. – Con nadie. Con nadie podría estar mejor.

— ¿Y qué vais a hacer mientras yo no estoy? – se miraron las dos cómplices y se rieron.

— Pues cosas de chicas. Cremas, potingues en la cara, fiestas de pijamas, batidos, galletas... - Lucía se quedó callada mientras Hannah la miraba embobada.

— Cosas de chicas Hans. – soltó la enana mirándome.

— Cosas de chicas. Entendido. – negué con la cabeza cerrando la maleta.

— Te libras de que te hagamos

peinados en la cabeza y que te pintemos los labios de rojo, las uñas de rosa y te echemos colorete en la cara. — Lucía se divertía al decírmelo.

— Pero cuando vuelvas lo haremos. — la pequeña se había vuelto una Lucía en miniatura.

— Me dais miedo juntas. Pero estáis preciosas. — las miraba y parecían llevar juntas años. — Voy a haceros una foto. — justo cuando iba a sacarla recibí una llamada de mi abuela. — Hola. Ahora mismo salgo. — colgué. — Bueno, la foto tendrá que esperar a la vuelta. — bajamos los tres a la entrada.

— Buen viaje cariño. — Lucía

me abrazó y me besó.

— *¿Vas a volver verdad? – me agaché para ver a Hannah.*

— *Claro que sí Hannah. Voy a volver. – podía ver preocupación en sus ojos. – ¿Dónde voy a estar mejor que aquí, con vosotras?*

— *Pero prométeme que vas a volver. Que no te va a pasar nada. Como a papá y mamá. – se abrazó fuertemente a mi cuello y me levanté con ella en brazos.*

— *Te prometo que voy a volver. – al mirar a Lucía pude ver como se mordía el labio tratando de controlar sus lágrimas. – Ven aquí. – abracé a las dos y me sentí feliz. Feliz de tener a*

Lucía y a Hannah entre mis brazos, sabiendo que podía protegerlas y hacerlas felices.

Al montarme en el coche me quedé en silencio algunos minutos. Mi abuela se dio cuenta y en el camino al aeropuerto comenzó su interrogatorio.

— *¿Todo bien cariño? – puso su mano sobre la mía y me distrajo de mi mirada perdida por la ventanilla.*

— *Sí. Estoy bien. – le sonreí.*

— *¿Te ha costado mucho dejarlas en casa?*

— *Muchísimo. Más de lo que jamás hubiese imaginado.*

Me quedé con Hannah en la puerta mirando cómo se alejaba el coche

de Hans. Hannah se agarró fuertemente a mi mano. Sabía que por su cabeza se estaban pasando sus padres. Había hablado algo con Hans y habíamos decidido esperar a que volviera de Miami, para poder hacer una pequeña misa y esparcir las cenizas de sus padres.

Entramos para hacer algo de cenar y nos pusimos a ver unas películas.

— Vamos a hacernos una foto para mandarle a Hans cariño. — se tiró encima de mí casi reventándome la muñeca.

— Perdón Lu. — me cogió la muñeca y me la besó. — Con un beso las

cosas siempre se curan antes.

— Gracias cariño. — cogí el móvil, saqué la foto y al mirar la pantalla, no pude evitar echarme a reír. — Miranos. ¿Hacemos sesión de fotos con caras y la última se la mandamos guapas?

— Guay.

Pues dicho y hecho, nos hicimos como diez fotos con los dedos en la cara, tapándonos los ojos, metiéndonos los dedos en la boca, poniendo nariz de cerdo y varias más, hasta que la última nos pilló desprevenidas al ponerle el temporizador sin querer. Se las envié todas a Hans antes de marcharnos a la cama. Hannah se quedó dormida a los

pocos minutos y yo me quedé observándola. Retirándole el largo pelo de la cara, comprobando simplemente que respiraba. Me quedé dormida tras tomarme las pastillas.

Llegamos al hotel a las seis de la mañana hora de Miami. Iba a ser un día demasiado largo. Teníamos la primera reunión a las diez de la mañana, lo que me dejaba el tiempo justo para darme una ducha, deshacer la maleta, tirarme a dormirar media hora en el sofá y comer algo. ¿Por qué tendríamos que haber cogido el último vuelo del día?

— *Quita esa cara. Si llegamos a coger otro vuelo, no hubieras podido*

estar con la niña. Por eso hemos cogido ese avión. – miré a mi abuela sorprendido. – Esa es la cara de mi nieto de “joder, esto es peor que una mala resaca en Las Vegas.” Que nos conocemos cariño. – se me había olvidado encender el móvil y al hacerlo, comenzó a pitar con mensajes, emails y mensajes.

— Dios. – me llevé la mano a la cara y comencé a reírme.

— ¿Qué pasa Hans? – le enseñé a mi abuela el móvil, se puso las gafas y comenzó a pasar las fotos. – Están preciosas, locas pero preciosas.

— Sí. – volví a ver todas las fotos y paré justo en la última, en la

que estaban mirándose sonriendo. Pulsé la pantalla y la puse de fondo. Pasé mis dedos acariciándolas y no pude evitar sonreír.

— *El cielo está horrible. – mi abuela miraba por la ventanilla y al hacerlo pude ver unos nubarrones negros sobre la costa.*

— *Simplemente será una pequeña tormenta. Ya sabes cómo es esta temporada en Miami. Lluvias, rayos y algún vientecillo.*

— *Seguro que sí. – a mi abuela al igual que a Hannah y a Rufus, le aterraban las tormentas.*

Mi mañana fue tal y como me la había imaginado. Llegar a la

habitación, bajar a desayunar y reunión tras reunión tras reunión. Con el cambio horario estaba esperando para poder llamar a las chicas. Las chicas. Suspiraba cada vez que lo pensaba o lo decía.

Nos levantamos y como cada día, la mañana empezaba con unos cafés para llevar e ir a la academia. Hannah estaba en proceso de recuperación, pero pensé que estar en casa metida todo el día tampoco sería bueno para ella, así que como me había liberado de muchas de las clases con los nuevos profesores, pasar la mañana con Hannah en la academia, sería divertido. Rose y Glen ya habían llegado y noté a Rose más

nerviosa de lo normal. Pero supuse que era por los nervios de la boda, acostumbrarse a su nueva vida con Rachel en casa y la nueva academia. Glen se quedó más de lo normal, pero como se quedó cuidando de Hannah, no le di mayor importancia.

Estaba cambiándome de ropa y entró el huracán Rose en el vestuario.

— ¿Qué crees que estás haciendo? — me miré las zapatillas.

— Atarme las zapatillas. No me apetece caerme de morros de nuevo en una de las clases por tenerlas mal atadas.

— ¿Crees que te voy a dejar que te jodas más la muñeca?

— Tengo yoga y pilates ahora. No necesito la muñeca para nada. — negaba con la cabeza.

— Claro, para esas posturitas tuyas en la esterilla no la necesitas. No vas a dar esas clases hasta que te recuperes. Y me da igual lo que me digas.

— Dios, ¿no te ha dado mambo esta noche el señor de ojos azules? Porque parece que estás demasiado estresada.

— ¿A ti no te ha puesto mirando a Japón el monito? — se puso las manos en la cintura y pude ver cómo se empezaba a poner roja.

— Joder Rose, estás de peor

humor que nunca. ¿Qué coño te pasa? – se llevó la mano a la boca y pude comprobar cómo le entraban varias arcadas y salió corriendo al baño. - ¡Oh dios mío!

Fui corriendo detrás de ella al baño y me la encontré con la cabeza metida en el váter, llorando a moco tendido y musitando palabras que no podía entender. Me agaché a su lado entre la pared y el váter. Le acaricié la cabeza esperando a que me mostrase su cara. La levantó lentamente y cuando me miró, tenía la cara hinchada de llorar y los ojos rojos.

— Rose. – le limpié las lágrimas con mi mano.

— Dios Lu. ¿Qué voy a hacer?

— se levantó tropezándose con sus pies.

— Vamos a ver, ¿estás embarazada? — afirmaba y negaba con la cabeza. - ¿Te has hecho alguna prueba o ido al médico? — negó. — Pues antes de empezar a agobiarte, ¿por qué no vas ahí la lado y pillas unos de esos test, meas en el palito y esperas a ver lo que sale?

— No puedo.

— ¿Glen sabe algo? — volvió a negar. — ¿Si voy yo a comprarlo te lo harás?

— Sí. — se limpió los mocos con la manga de la sudadera.

— Joder, que guarra eres. — le tiré papel higiénico.

— ¿Y si sale que sí?

— Ya nos preocuparemos de eso después. Quédate aquí y ahora vengo. Me encargo de que Glen no entre. — se sentó en el suelo y salí a por mi bolso.

— ¿Dónde vas? — Glen me miró.

— A la tienda a por unas cosas para el despacho. Nos hace falta folios, rotuladores y mierdas de esas.

— Hay arriba ya. — entrecerró los ojos.

— Pero no de los que nos gustan. Ya sabes que somos raras.

Salí de allí corriendo y a los veinte minutos llegué con un par de

bolsas con cosas para el despacho. Al entrar en el baño, Rose estaba que se subía por las paredes.

— ¿Qué demonios has comprado? – empecé a rebuscar en las bolsas.

— Coño, le he dicho a Glen que iba a comprar rotuladores y demás. – le entregué el test. – Mea un poquito y saldremos de dudas.

— Pero...

— Ni peros ni ostias Rose. Sé valiente. – le lancé un rotulador. – Mea, ¡ya! – se metió dentro del baño sin cerrar la puerta y al salir me entregó el test. – Genial. – puse cara de asco y lo dejé en el suelo, sentándonos alrededor.

Hicimos unos ejercicios de respiración, hasta que Rose pudo quedarse un rato con los ojos cerrados. Yo miraba aquel pequeño trozo de plástico hasta que comencé a ver como se ponía la primera raya rosa, pero rosa rosa. Ahogué un pequeño grito para no sobresaltar a Rose, pero no pude aguantar más tiempo. Antes de que Rose lo mirase puse la mano encima.

— ¿Estás preparada?

— No. — le comenzó a temblar todo el cuerpo.

— ¿Qué es lo que quieres que salga? — levantó sus hombros y pude ver lo perdida que estaba.

— No lo sé. Si estoy

embarazada, será un gran lío, un cambio enorme, una locura total – mientras iba hablando se le dibujaba una sonrisa en la cara. No hacía falta que me convenciese – nos cambiaría demasiado la vida. No sé si estamos preparados.

— Bueno. Pues enhorabuena, no estás embarazada. – soltó el aire de sus pulmones y vi la decepción en su cara.

— Genial. Sí... No era lo que mejor nos venía ahora. Con el tema de Rachel y... Sí. Genial. – volvió a suspirar y juraba que iba a empezar a llorar. Levanté la mano del test y la miré indicándole que lo echase un vistazo, con los ojos.

— ¿Dos rayas? – le entregué el

prospecto. – Aquí dice que dos rayas es que estoy embarazada.

— ¿Ah sí? Joder, pues lo he entendido mal. – me mordí los labios.

— Serás zorra. – se tiró encima de mí, cayendo de espaldas al suelo del baño. - ¿Lo has hecho aposta?

— Coño, era una forma de hacerte ver si lo querías o no. Y lo quieres. – estaba dándome golpecitos en el cuerpo con sus manos.

— Pero... - al levantar un poco la vista vi las piernas de Glen, dadas la vuelta debido a mi posición en el suelo y su cara girada observándonos.

— ¿Qué cojones estáis haciendo en el suelo? – miré el test y

con el pie metí debajo de mi otra pierna la caja y lo escondí entre mi cuerpo y el de Rose.

— Teníamos dudas de una RCP. – Rose se levantó de encima de mí. – Lu tenía razón. – se metió el test en el bolsillo de la sudadera.

— Vale. Hannah tiene un poco de hambre. Me la voy a llevar a comer algo. – nos miraba extrañado. - ¿No te vas a levantar del suelo Lu?

— No. Voy a quedarme un rato estirando la espalda. – Rose me miró tratando de no reírse.

— ¿Nos traes unas galletas de chocolate blanco?

— Claro. – Glen negó con la

cabeza. – Levántate del suelo Lu, estás en el baño.

— Pero está super limpio.

— En fin, estáis como jodidas cabras. Las dos. – nos señaló y se fue.

— Tendrás que contárselo. – me levanté y recogí las cosas del suelo.

— ¿Cómo? – sonreí y saqué un par de bodys.

— Estaban justo en la parte de bebés. – los vio y se puso a llorar.

— ¿Y si no quiere?

— Las hormonas te están agilipollando. Glen ve un bebé y se le cae la baba y más si es suyo. Verás cómo flipa un poco al principio y luego, flipa otro poco y después te come a

besos.

El resto de la mañana la pasamos entre las clases que me dejaban dar, jugando con Hannah en la terraza y pendiente del móvil para que me llamase Hans. Rose estuvo muy rara con Glen y quiso saber que le pasaba. Pude tranquilizarle y decirle que entre la boda, la academia y demás estaba estresada. Esperaba que la cita médica fuera pronto y se lo contase lo antes posible. Así se quitaría ese peso de encima.

Llegamos a casa antes de comer y Pablo apareció por allí, con alguna de mis maletas. Estaba deseando que me mudase y quedarse el solo con el piso.

Las subió a mi habitación y me quedé en la terraza tomando un batido con Hannah. Me levanté para abrir una de las sombrillas con el batido en la mano, pero de repente comenzó a faltarme el aire, el corazón dejó de latirme por un segundo y tuve la sensación de que daba un vuelco en mi pecho. Se me resbaló el vaso, cayendo al suelo y haciéndose añicos alrededor de mis pies. Cerré los ojos intentando respirar pero me era imposible. Era como si tuviera un millón de alfileres clavándose a la vez en mi corazón. Mi cuerpo parecía no reaccionar y un terrible escalofrió me recorrió el cuerpo entero. Tenía un mal presentimiento, un presentimiento

terrible.

Me di la vuelta y vi a mi hermano con la cara blanca, mi móvil en la mano y los ojos encharcados. Sabía que de su boca no iba a salir ninguna buena noticia. Y todo comenzó a pasar a cámara lenta. Cómo Hannah se levantó asustada para venir donde mí, cómo mi hermano se acercó con paso firme hasta nosotras y cómo comenzó a decir palabras que no podía entender, que mi cerebro no quería procesar. No, simplemente no me lo quería creer.

35. ÚLTIMA LLAMADA

Estábamos en la reunión en el Beaux Arts de Miami y podíamos escuchar el viento golpeando contra

los ventanales. El cielo seguía teñido de colores grises y negros. La tormenta estaba acercándose a Miami. La reunión estaba siendo perfecta, parecía que nos entendíamos después de cuatro horas de medio discusiones y puntos de vistas diferentes. Pero mi abuela era capaz de convencer a cualquiera. De repente sonó la puerta de la suite dónde estábamos reunidos.

— Perdón por la interrupción, pero tenemos una gran tormenta acercándose a la ciudad y tenemos que bajar a la parte de abajo del hotel por seguridad. — dios, casi pude escuchar el corazón de mi abuela paralizándose.

— Victoria, no pasa nada.

Estas tormentas son muy normales aquí en esta época. No pasa nada. – una de las mujeres de la reunión trató de tranquilizar a mi abuela, pero se agarró tan fuerte a mi mano, que casi se me puso morada.

— *Tranquila abuela. – me llevé su mano a la boca para besarla. – Todo irá bien. – de repente la rama suelta de una palmera golpeó una de las ventanas asustándonos a todos.*

— *Señores, tenemos que bajar. – tratamos de llegar al ascensor pero los habían bloqueado por seguridad. Aquello me dio a entender que la palabra tormenta, no era la misma en la costa Este. – Tendremos que bajar*

por las escaleras hasta la zona segura del hotel. Solo por precaución.

Bajar los doce pisos fue una pequeña odisea. Muchos clientes estaban haciendo lo mismo que nosotros y se notaba la tensión en sus palabras y en algunos gritos. Traté de tranquilizarme para que mi abuela no se preocupase aún más. Pero empecé a preocuparme por los golpes del viento que se escuchaban a través de las escaleras.

Nos refugiamos en el bar de la parte inferior del hotel, alejados de ventanas y demás objetos que nos pudieran hacer daño. Mi abuela estaba aterrada y traté de tranquilizarla.

— *Abuela, tranquila. Solo es una tormenta. – empezamos a escuchar los silbidos que el viento provocaba al colarse por algunos huecos y realmente sonaban atronadores. – No pasa nada.*

Justo al terminar mi frase las luces comenzaron a tintinear, intermitentemente, hasta que se apagaron por completo y saltaron las luces de seguridad. Respiré varias veces y pude escuchar los gritos de varios de los clientes. Mi abuela se apretó más fuerte a mí y yo empecé a notar que aquella tormenta iba a ser peor de lo que me había imaginado.

Seguía de pie al lado de la sombrilla, sin moverme y sin llegar a

entender lo que Pablo me decía. Me agarró de la barbilla para que le mirase y lo único que podía hacer era mirar a Hannah. Su carita estaba blanca, se había asustado con mi reacción, así que traté de tranquilizarla.

— Ven cariño, vamos dentro que te puedes cortar. — la cogí en brazos y la dejé en el sofá con una serie de dibujos. — Ahora mismo vengo, tengo que hablar con Pablo. — me costaba hasta pronunciar las palabras y tratar de parecer que todo estaba bien delante de la niña.

— ¿Estás bien? — afirmé ahogando interiormente mis lágrimas.

— Ahora vengo preciosa. — le

besé en la frente. Con paso firme salí a la terraza, cerrando la puerta tras de mí para que Hannah no nos escuchase. Mi hermano estaba de pie, mirando al horizonte y al darse la vuelta pude ver sus ojos llenos de lágrimas.

— No puede ser Lu. No. — me acerqué a él.

— ¿Qué... qué ha pasado Pablo? — le agarré de las manos.

— Estaba en la habitación dejándote las maletas y comenzó a sonar tu móvil. Simplemente lo cogí sin mirar la pantalla. Yo... — se dejó caer en el suelo y me agaché a su lado.

— Pablo. — empezó a faltarme de nuevo el aire.

— Era Hernando. La tía... - casi no podía respirar. - Está ingresada por un fallo respiratorio. Estaban en Barcelona haciendo unas pruebas y el chequeo, pero comenzó a ponerse mal, a no poder respirar y... - su pecho comenzó a subir y bajar rápidamente. Puse mis manos sobre él para tratar de tranquilizarle. - Se desmayó y está ingresada por un fallo multiorgánico. La tía se está muriendo Lu. Se está muriendo. - no pude controlar más mis lágrimas y me abracé a mi hermano. - No es justo, no lo es Lu. ¿Por qué está pasando esto?

— No lo sé Pablo, no lo sé. - me guardé todas las lágrimas para mí.

Tenía que ser su hermana mayor, consolarle y decirle que todo iba a salir bien. Aunque sabía que aquello era una absurda mentira.

Nos quedamos unos minutos en el suelo abrazados, sin hablar. Simplemente abrazados tratando de tranquilizarnos mutuamente. Al levantar la vista pude ver a Hannah apoyada en el respaldo del sofá observándonos con cara de preocupación. Cerré los ojos y a los segundos Hannah estaba a nuestro lado. No dijo nada y simplemente se unió a nuestro abrazo. Pasaba sus manos por nuestras espaldas y nos daba besos para consolarnos. Miré a Pablo y me entendió sin decir nada. Nos limpiamos

las lágrimas y nos levantamos del suelo.

— Lo siento. – mire a Hannah.

— ¿Qué sientes cariño?

— No sé lo que ha pasado, pero si estáis llorando, sé que no es nada bueno. – se agarró de nuestras manos.

— Es la tía Anita, está malita. – me mordí los labios para no volver a llorar delante de ella.

— ¿Y se va a poner bien? – negué con la cabeza tristemente. – ¿Vamos a verla?

— Sí cariño. Pero tú no puedes venir. Está en España y un vuelo de tantas horas no es recomendable para ti. – hizo una mueca de tristeza con su boca. – Me encantaría que vinieses,

pero no es bueno para ti, te estás recuperando y quiero que te pongas buena.

— Lo sé, pero me gustaría estar contigo.

— No quiero que sufras más Hannah. — nos sentamos en el sofá y se sentó en mis piernas.

— Yo no quiero que sufras tú. Estás triste y me gustaría estar contigo para que estés menos triste. — me acariciaba la cara mientras hablaba.

— Lu, voy a llamar a Sharon. Esta tarde había quedado con ella. Glen y Rose están de camino. Ya les he llamado. — me di la vuelta y pude ver cómo Pablo había tomado las riendas.

— Gracias Pablo. – se acercó para besarme.

— Esta vez no estás sola. Te quiero Lu.

— Te quiero Pablo. – me quedé en silencio unos segundos. – Hans, tengo que llamarle. – conté las horas y pensé que estarían reunidos, pero necesitaba hablar con él. Marqué su número pero daba comunicando continuamente. Marqué el de Victoria, pero más de lo mismo. – No me coge ninguno de los dos.

— Llama al hotel. – justo llamaron a la puerta y Pablo fue a abrir. Llamé al hotel pero también comunicaba.

— Lu. – Rose llegó al salón corriendo y tirando sus cosas al suelo para abrazarme. – Lo siento muchísimo. ¿Qué necesitas? – negué con la cabeza levantando los hombros completamente perdida. – Cariño, no puedo verte así.

— Necesito ir a España. Está en Barcelona, en la Teknon. Su revisión no salió bien. No sé cuál es su estado, ni cuánto tiempo le queda. Si no me puedo despedir de ella... - las lágrimas se amontonaron en mis ojos, notando como iban a caer. – Otra vez no, no puedo perder a mi tía sin poder despedirme. Ya nos pasó con mi padre y con mi madre. No es justo.

— No puedo localizar a Hans. –

Glen se acercó a nosotros con su móvil.

— Yo tampoco. Ni en el hotel. Está comunicando continuamente.

— He llamado a sus padres. Me dicen que hay una tormenta en Miami y puede que se hayan caído todas las redes de comunicación. — seguía con el móvil sacando humo. Me levanté dejando a Hannah sentada con Rose y fui a la cocina temblando a por un café. Glen vino detrás de mí, dejó mi taza en la encimera y tirando de mi muñeca izquierda me pegó a su pecho, abarcando mi cuerpo con sus brazos. No pude controlarme y rompí a llorar. — Lloro lo que necesites nena, pero en dos horas volamos a Barcelona. He

preparado el jet para marcharnos. Y no voy a tolerar que me digas que no. – no podía casi no hablar.

— Pero... - me mandó callar con un shhh.

— Estamos aquí y no nos vamos a mover. Eres nuestra familia. La tía tarada que tiene que haber en todas las familias. – me apartó de su pecho y poniendo sus grandes manos en mis mejillas me levantó la cara. – Eres mi hermana, nunca he tenido una y me hubiera gustado que fuese como tú. Así que no me voy a apartar ni un segundo de ti, y menos Rose. Ya se ha encargado de la academia. Nico podrá con todo.

— Pero Rose no puede... - me

quedé callada sin saber si Glen sabía que iba a ser padre de nuevo.

— Sí Lu. Rose me ha dicho que vamos a ser padres. – sonreí feliz por ellos. – Puede volar, no hay ningún problema.

— Papi Glen. – me lancé a su cuello para besarle. – No sabes lo feliz que estoy por vosotros. Es una gran noticia, que al menos alivia un poco el día. – me dio un pequeño beso en los labios.

— Lagarta suelta a mi hombre. – Rose entró en la cocina sonriendo.

— Ven aquí mami. – nos abrazó a las dos.

— Estoy tan feliz por vosotros.

– les acaricié la cara. – Dios, tengo que llevar a Hannah a la Fundación. – me separé de ellos y Rose me agarró de la mano.

— No, se viene con nosotros.

— Pero...

— Mira, está muy preocupada y creo que si se queda aquí va a estar peor. No sé qué demonios le has hecho a esa pequeña, pero no se quiere separar de ti. He llamado a su médico, todo va a ir bien. Confía en mi Lu.

Preparé una pequeña maleta con un poco de ropa y traté de nuevo de localizar a Hans, a su abuela o a alguien que me diera respuestas pero era misión imposible. Pablo entró en la habitación

y negué con la cabeza. Me abrazó suspirando y recogiendo la maleta.

En una hora estábamos entrando en el aeropuerto para coger el jet de Glen. Cuál fue mi sorpresa, que al entrar en el avión, los padres y la hermana de Hans estaban ya allí sentados. Se levantaron nada más vernos y me dieron uno de esos abrazos que curan. Debieron de ver mi cara de sorpresa al verles allí.

— Somos una familia. Para lo bueno y para lo malo. — no pude reprimir de nuevo, las lágrimas. — No cariño, no llores.

— Shhh cariño. Sé que no has tenido una familia “normal”, nosotros tampoco lo somos, pero somos tu

familia. – suspiré. - ¿Has podido hablar con Hans? – negué. – No te preocupes, lo seguiremos intentando. La tormenta les habrá dejado incomunicados por un rato. Pero estará a tu lado.

— Señores despegamos el cinco minutos. – el comandante nos avisó para sentarnos.

Senté a Hannah en un asiento, atándole bien el cinturón y me puse cómoda a su lado. No habíamos despegado y ya tenía su pequeña mano agarrada a la mía. Y fue así el resto del viaje. No me soltó la mano ni un segundo, ni cuando se quedó dormida después de nuestra para en Nueva York para repostar. Fue un vuelo llenó de

recuerdos y amargos sentimientos.

36. MÁS ALLÁ DE LA VIDA

No dormí ni un solo minuto en

los vuelos. No era capaz de cerrar los ojos y no imaginarme a la tía Anita sufriendo en la cama. Durante todo el trayecto traté de comunicarme con Hans, pero ya simplemente no comunicaba, daba apagado o fuera de cobertura. Necesitaba escuchar su voz, que me agarrase la mano y me prometiera que todo iba a salir bien, aunque supiera que no iba a ser así.

Hannah estaba apoyada en mi pecho durmiendo. Al menos la tenía a ella a mi lado, y al resto de la loca familia que había cambiado por completo sus planes para estar a nuestro lado. Me levanté dejando a Hannah tumbada en los asientos y me fui a la

parte de atrás. Había una pequeña cocina, bueno, una pequeña nevera vertical con un microondas y unos armarios. Rebusqué algo para beber y me asustó la voz de Steve.

— ¿Buscando algo para sobrellevar el vuelo?

— Buscando algo para sobrellevar todo. – Steve abrió uno de los armarios y encontró una botella de whisky. Le miré muy extrañada.

— La última vez que viajamos con Glen, encontré el escondite del alcohol. Una copa y todo se tranquiliza por un rato. Además todos están durmiendo. – miramos por el pasillo y el único que estaba despierto era Glen, que

vino directo cuando nos pilló con la botella en la mano.

— Al menos me pondréis una a mí. — sacamos tres copas y Steve las rellenó.

— Por los nuevos papis. — choqué mi copa.

— Por la familia. — nos los bebimos de trago.

— Dios, siempre he odiado el whisky. — me miraron los dos extrañados. — Me tomo una copa y siempre quiero más. — escuché como Hannah se movía pegando pequeños gritos en el asiento. — Mierda. — cogí un caramelo y salí corriendo metiéndomelo en la boca. — Hannah, estoy aquí. — se

abrazó fuertemente a mí.

— He soñado que no estabas, que volvía a la Fundación y no os volvía a ver nunca. — se abrazó tan fuerte a mi cuello que me cortó la respiración.

— Siempre estaré maitia. Siempre. — me miró extrañada sin saber que era esa palabra.

— ¿Mai.. qué? — le sonreí.

— Maitia es cariño en euskera. El idioma que se habla donde nací.

— Es bonito.

— Tú sí que eres bonita. — escuchamos al comandante.

— En media hora aterrizaremos en el aeropuerto de Barcelona. — até a Hannah.

— Ya llegamos. — me quedé mirando por la ventanilla y poco a poco comenzó a verse la ciudad.

Seguíamos metidos en aquella habitación. Los móviles dejaron de funcionar en cuanto la tormenta comenzó. Pero estaba preocupado. Sin saber muy bien porqué. Las tormentas nunca me habían dado miedo, pero era como si un nubarrón negro, lleno de rayos y truenos, estuviera descargando encima de mí. Recordaba aquella sensación. Era exactamente la misma que tuve meses atrás cuando tuve que ir a la academia porque sabía que a Lucía le sucedía algo. Le pedí el móvil a mi abuela pero tampoco funcionaba.

Me acerqué a un trabajador del hotel.

— *¿Hay algún teléfono que pueda usar? Mi móvil no funciona.*

— *No señor. Las líneas están cortadas. Debido a la tormenta, algo ha debido de cortar las comunicaciones.*

— *Mierda. – mi abuela se acercó preocupada.*

— *¿Va todo bien Hans?*

— *Creo que no. Tengo una sensación muy extraña y sé que está relacionado con Lucía. – lo primero que pensé fue en Hannah, pero mi corazón me dijo que no era ella, que la tía Anita era lo que me preocupaba. - ¿Vamos a tardar mucho en salir de*

aquí?

— *No. Me comentan que la tormenta está remitiendo. No creo que estemos más de media hora aquí dentro. Pero es todo por su propia seguridad.*

— *Muchas gracias. – me senté con mi abuela en unos sillones pendiente del móvil, rezando por recuperar la cobertura lo antes posible y saber cuál era el foco de mi preocupación.*

Al aterrizar en Barcelona y bajar las escaleras del jet, tuve que tomarme unos segundos para poder respirar. Todos me miraban desde abajo y les sonreí para que estuvieran más

tranquilos. Nos montamos en un par de furgonetas que Glen se había encargado de contratar y cuarenta minutos después estábamos en la entrada del hospital Quirón Teknon de Barcelona. No pude dar un paso para subir las escaleras de la entrada, mi cuerpo se convirtió en pura piedra y no podía moverme.

— Lu. — mi hermano me agarró de la mano. — Tenemos que ser fuertes. — respiré un par de veces y encaminé mi cuerpo hacia aquella entrada. Temblorosa pregunté en la recepción. — Hola. Somos familiares de Anita... — cerré los ojos negando con la cabeza. — Ana Medina.

— Buenas tardes. Sí.

Habitación 205. – me di la vuelta.

— ¿Por qué no vais a comer?
El vuelo ha sido muy largo y bueno,
necesitáis comer algo y descansar.
Mierda. El hotel. Ni siquiera he mirado.
– giré lentamente la cabeza para mirar a
Glen. – Te has encargado tú.

— Sí, tenemos en el W, la suite
no sé qué Wow. Creo que nos podremos
apañar ahí. Es para seis personas, pero
nos lo van a adecuar a nosotros. Así que
vosotros subid a ver a vuestra tía, yo me
encargo de todo. Hannah necesita
descansar, Rose comer algo y el resto –
nos giramos para mirarles y estaban
muertos en vida – del resto mejor no
hablamos.

— Gracias Glen. — me abrazó y me encaminé con mi hermano hasta los ascensores. Los dos íbamos temblando, pero al menos estábamos juntos.

El ascensor nos avisó de que habíamos llegado al segundo piso y al salir de él, giramos a la derecha buscando la habitación. Vimos a Hernando apoyado en la puerta de la habitación que estaba cerrada. Tenía unas terribles ojeras, cara de no haber dormido nada y se frotaba la frente. Lo primero que pensé es que llegábamos tarde. Salimos corriendo hacia él y al vernos, cambio el gesto, tratando de consolarnos.

— Hernando. — nos abrazó de

tal manera, que sus manos podían atravesarnos la ropa.

— Chicos. – nos acarició a los dos las caras. – ¿Qué hacéis tan pronto aquí?

— Hemos venido lo más rápido que hemos podido. La tía... - no podía ni pronunciar aquellas jodidas palabras.

— No cariño. Los médicos están dentro. Ha pasado una noche mala, pero ahora está un poco mejor. – era lo que me temía. En su estado, las palabras “está mejor” tenían un significado. Pero no era en lo que quería pensar en aquel momento. A los minutos salieron de dentro doctores y un par de enfermeros.

— Doctora Suarez, ellos son

los sobrinos de Ana.

— ¿Cómo se encuentra? — cerró la carpeta del informe y suspiró.

— Me encantaría poder dar buenas noticias, pero hemos seguido su enfermedad a lo largo de estos años. Pensábamos que habíamos encontrado un tratamiento que estaba funcionando. — hizo una pausa y sabíamos que llegaba la peor parte. — Pero su cuerpo ha empezado a fallar. Han sido los pulmones los que nos han avisado, pero tiene fallo renal. — Pablo negaba con la cabeza.

— ¿Habrá algo que podamos hacer? Otro tratamiento, un trasplante o lo que sea necesario. No puede morir.

No. – estaba zarandeando a la médica por el brazo.

— Pablo. – Hernando le agarró de la mano y mi hermano se tiró a sus brazos.

— No es justo Hernando. Todo es una mierda.

— Sé por lo que estáis pasando, pero solo os puedo dar un consejo. Pasad el mayor tiempo posible con ella. No sabemos cuándo tendrá un fallo cardiaco y ahí, poco podremos hacer por ella. Ha estado preguntando por sus niños, y sé que veros, le va a sacar muchas sonrisas.

— ¿Está despierta? – la doctora me miró afirmando. – Pablo, Hernando

entrad dentro. Ahora mismo voy.

— ¿Tú?

— Yo ahora mismo entro.

Dadme cinco minutos, por favor. —
entraron los dos y cerré la puerta. —
Doctora Suarez. ¿Cuánto tiempo le
queda?

— No lo sé, pueden ser días.
Pero no mucho. Su corazón es el que
más está sufriendo. Sabía las
consecuencias de este último
tratamiento.

— A mí me dijo que ya no
estaba con nada. Que no quería seguir
sufriendo con las consecuencias. — la
doctora se me quedó mirando fijamente.

— Nunca ha dejado el

tratamiento. Era muy duro, con consecuencias para su cuerpo que podían ser devastadoras, pero nunca tiró la toalla. Había vuelto a Barcelona a por la tercera tanda del tratamiento. – ella seguía hablando y yo solo veía la lucha que mi tía tenía con el puto cáncer y que no iba a ser capaz de ganar. – Así que entra dentro, disfruta de ella el tiempo que puedas.

— En caso de que le falle el corazón... - no podía simplemente decirlo. - ¿Si fuera un familiar suyo?

— Te hablo desde la propia experiencia. Hace un año perdí a mi madre con el mismo cáncer que Ana. Si le falla el corazón, no quiere

reanimación. Quiere que le dejemos ir. Lo ha firmado, y no podemos hacer otra cosa. Además – puso su mano en mi hombro – ella sufriría muchísimo, su cuerpo está fallando y reanimarla, solo podría perjudicarla.

— ¿Y tengo que dejarla morir?

— Es su decisión.

— Pues su decisión es una mierda.- me acarició la espalda.

— Entra con ella y aprovecha. Yo no pude hacerlo con mi madre.

Cerré los ojos, respiré y puse mi mano temblorosa sobre la manilla de la puerta y tuve que esperar unos segundos a recomponerme. Cuando estuve lista entré y mi tía giró la cabeza para

mirarme. Estaba desmaquillada completamente, las arrugas se dibujan alrededor de sus ojos, con unas ojeras moradas aposentadas bajo ellos. Tenía un tubo de oxígeno en la nariz y en su boca se dibujó una sonrisa al verme. Como aquellas grandes sonrisas que nos regalaba cada vez que íbamos a verla a Langre cuando éramos pequeños. Tuve que pellizcarme el interior del brazo para sentir dolor y no llorar, pero iba a ser algo demasiado difícil. No poder explotar delante de ella y pedirle que por favor no se fuera de nuestro lado.

— Mi niña preciosa. — estiró su mano para agarrar la mía y miró mi muñeca vendada. - ¿Qué te ha pasado?

— Nada, un pequeño esguince, pero estoy bien. — tiró de la muñeca dulcemente para llevársela a los labios y besarla, de la misma manera que ella nos curaba siempre.

— Si estuvieses bien, no la llevarías vendada. — notaba como le costaba respirar, como emitía un pequeño pitido al tratar de coger aire. Pero no cambió su sonrisa. Era demasiado fuerte como para mostrarse vulnerable delante de nosotros.

— Una fiesta. Subimos a las telas Nico y yo, y con lo que pesa él, debí fastidiármela.

— Me tienes que contar muchísimas cosas. — miró a Pablo. — Y

tú también. ¿Dónde vas a hacer tus prácticas?

Pude notar la pena en la mirada de mi hermano, pero al mirarme le negué con la cabeza como diciéndole que debía sacar fuerzas y hacerle ver a mi tía que todo iba a salir bien, aunque fuese mentira. Sabíamos que final iba a tener aquello, pero teníamos que disfrutar del poco tiempo que nos quedaba.

Pablo comenzó a contarle todo lo de sus prácticas, todo lo que había pasado en Los Ángeles y cómo iba su relación con Sharon. Mi tía se sentía muy orgullosa de su sobrino y yo tuve que disculparme para salir de la

habitación, con la excusa de que iba a por un café. Rompí a llorar nada más cerrar la puerta. Me estaba superando y cogí el teléfono tratando de ponerme en contacto con Hans, pero aquella vez tampoco hubo suerte. Mi corazón comenzó a preocuparse por ellos. Tal vez la tormenta había provocado un accidente o... Dios, no podía con todo. Mis sollozos alertaron a unas enfermeras que fueron corriendo donde mí para poder tranquilizarme.

Dos horas metidos en aquella habitación y el director del hotel apareció para decirnos que ya era posible salir de allí, que todo había pasado pero que las comunicaciones

tardarían en restablecerse un poco más, pero que si necesitábamos hacer alguna llamada o conectarnos a internet, tenían la sala de seguridad trabajando lo más rápido posible para que pudiéramos usar sus comunicaciones.

Subimos Victoria y yo a la sala. El director amablemente nos dejó conectarnos. Diez minutos después las conexiones de los móviles se reestablecieron y comenzaron a entrarme mensajes y emails, como si se hubiera acabado el mundo. Tenía que llamar a Lucía porque seguro que había escuchado por las noticias lo de la tormenta y estaría preocupada. Mi

buzón de voz me avisó de que estaba lleno de mensajes, así que antes de llamarla los empecé a escuchar. Los últimos eran de una Lucía llorando y sin comprender muy bien lo que decía. El corazón se me paralizó. Sabía que algo no iba bien y estaba a punto de descubrirlo. Dejé de escuchar y la llamé, pero su móvil no daba señal. Comunicaba continuamente. Así que llamé a Glen. Si algo había pasado, él estaría a su lado. A los segundos contestó.

— *Dios Hans, ¿cómo estás? Hemos oído lo de la tormenta.*

— *Bien, ha sido una pesadilla estar horas metidos en una sala pero ya*

ha pasado lo peor. ¿Qué ha pasado Glen? – resopló y escuché como se cerraba una puerta. – Glen.

— Hans, estamos en España. – comenzó a temblarme todo el cuerpo. Casi no podía sujetar el móvil con la mano. – La tía Anita está ingresada y no creo que pueda superar más de dos días por lo que le está contando Lu a Rose ahora mismo.

— Dios mío. No puede ser. ¿Cómo está Lucía?

— Destrozada. Está completamente desolada. Está en el hospital y no quiere salir de allí. No quiere separarse de ella. No ha bajado a comer nada. Se está manteniendo a

base de cafés de máquina. Yo ahora iré al hospital, Rose necesita descansar y está cuidando de Hannah.

— *¿Hannah está con vosotros?*
— *la niña no debería haber viajado.*

— *No se ha querido separar de Lucía desde ayer. Hablamos con su médico y nos dijo que podía viajar. — me costaba respirar y la abuela se acercó al verme la cara.*

— *Tengo que hablar con Lucía. Voy al aeropuerto ahora mismo. Espero que puedan salir los aviones. Cuando sepa algo más te aviso.*

— *De acuerdo hermano.*

— *Glen. Cuida de Lucía por favor.*

— *Es lo que estamos haciendo todos. Toda tu familia está aquí con ella. — suspiré aliviado.*

— *Gracias Glen.*

Colgué el teléfono y me quedé pensando unos segundos. Recordé la primera vez que vi a la tía Anita, sus consejos en Langre y su forma de transmitirme la seguridad que tenía de que Lucia y yo acabaríamos juntos, aunque ninguno de los dos lo hubiésemos querido ver.

— *¿Hans? — al levantar la vista mi abuela estaba justo delante de mí.*

— *La tía Anita. Está ingresada en el hospital, muy grave.- se llevó la*

mano a la boca y me abrazó.

— *Cariño, Lucía tiene que estar destrozada. Y tú por no estar a su lado. – solo podía afirmar, no dejaba de pensar como estaría Lucía. – Vamos.*

Mi abuela pidió que nos bajasen las maletas de la habitación y en quince minutos estábamos dirigiéndonos al aeropuerto. No sabíamos si podríamos conseguir salir de Miami por la tormenta. No dejé de llamar al teléfono de Lucía, pero comunicaba continuamente y el de Pablo no daba señal. En el stand del aeropuerto la gente se pegaba por conseguir unos asientos en cualquier vuelo de los que se veían en las

pantallas, pero todos estaban retrasado por la tormenta.

Estaba desesperado, quería estar con Lucía o al menos hablar con ella, poder decirla que en unas horas estaría a su lado para besarla, abrazarla y apoyarla. Continué llamándola pero no hubo suerte para contactar con ella.

— Cariño, salimos en quince minutos. — miré sorprendido a mi abuela. — La tormenta se dirige al interior, así que los únicos vuelos que despegan son los transoceánicos a Europa. Vuelo directo a Barcelona. Estaremos allí a las nueve de la mañana hora española. — suspiré

aliviado, en unas horas estaríamos con ellos.

— *Voy a comprar a la tienda de informática una batería externa y un cargador. No sé dónde lo tengo y no me quiero quedar sin batería. – me di la vuelta y al segundo me volví a girar. - ¿Está bien que nos vayamos? No hemos terminado la reunión...*

— *Cariño, la familia siempre será lo primero. Siempre. Ella es tu familia.*

— *Lo sé, pero la Fundación...*

— *Cariño, ellos seguirán interesados la semana que viene. ¿Qué ejemplo de dedicación y preocupación por nuestros chicos les estaríamos*

dando, si cuando nuestra propia familia tiene un problema, no acudimos?

— Sí. — le sonreí amargamente. Ojalá no tuviéramos que hacer ese vuelo, porque significaría que no habría pasado nada.

El vuelo fue horrible. Las turbulencias nos acompañaron las primeras horas. Las siguientes horas mi preocupación por Lucía me encogía el corazón a cada segundo. Estaba siendo un vuelo infernal. Traté de enviar mensajes, pero no los recibía. No sabía cuál era el motivo, pero parecía que el destino, quería que la primera palabra que escuchase Lucía

fuera de mi propia boca.

Pude sacar a Hernando y a Pablo de la habitación a la tarde. Me quedaría yo con ella. Aunque refunfuñaron mucho, lo conseguí media hora después de empezar a discutir. Mi hermano necesitaba dormir algo y Hernando también. No se había despegado de ella en todos los días que llevaba ingresada.

— Vete tú también a casa maitia.

— No, me quedaré esta noche contigo, además tengo que terminar de contarte muchas cosas. Hay mucho cotilleos nuevos que no sabes. — la sonreí. — Noche de chicas. — sonó un golpecito en la puerta y al abrirse vi a

Rose con Glen y Hannah.

— ¿Podemos pasar?

— Adelante. – la tía trató de subir su cuerpo y colocarse bien en la cama. - ¿Es Hannah? – me miró y afirmé con la cabeza, ayudándola a ponerse más cómoda.

— Hola tía. – Rose fue a besarla y la tía le abrazó.

— Hola cariño. – Hannah se escondía nerviosa detrás de Glen aferrada a su mano.

— ¿Puedo acercarme? – le preguntó a Glen.

— Claro que sí. Llevas todo el día preguntando por ellas. – vino hasta donde mi para darme un beso y la subí

encima de una silla.

— Hannah, ella es mi tía Anita.
— le acercó su mano.

— Encantada. — mi tía la miró guiñando un ojo.

— ¿Y no me vas a dar un beso?
— la niña me miró y afirmé. — Encantada Hannah. — la besó en la mejilla. — Por cierto chicos, enhorabuena. Lu me lo ha contado. Qué feliz me hacéis.

— Muchas gracias tía. Ahora vengo. — se llevó la mano a la boca y salió corriendo buscando un baño.

— ¿Te vas a poner bien? — las preguntas de Hannah siempre eran inesperadas y no sabía muy bien cómo lidiar con ellas.

— Con vosotros aquí estoy mucho mejor.

Se quedaron un rato en la habitación hasta que una de las enfermeras nos dijo que solo me podía quedar yo. Se despidieron de mi tía y se fueron. Hannah antes de marcharse me abrazó y me susurró al oído.

— Si me necesitas, llámame. Bueno al teléfono de Rose. Duermo con ellos.

— Claro que sí cariño. Mañana por la mañana nos vemos en el hotel. Pablo vendrá a las siete y yo me voy al hotel a despertarte. Desayunamos juntas y luego vuelvo aquí.

— Vale.

Cuando me dí la vuelta la tía me estaba mirando sonriendo. Fui a coger algo a una de las máquinas para cenar y volví rápidamente . Mi tía estaba mirando por la ventana, por la que se veía anochecer en la ciudad de Barcelona.

— ¿Estás bien tía? – se giró para poder mirarme.

— Muy orgullosa. Me siento muy orgullosa de ti. De cómo has salvado a esa niña. De cómo has conseguido salir de todo lo que esta vida te ha puesto por el camino. – me agarró de la mano.

— Pero no estoy preparada para perderte. No puedo tía. No estoy

lista. – noté cómo la garganta volvía a cerrarse y cómo las lágrimas furtivas iban a comenzar a caer.

— Sí estás lista. Será duro al principio, pero eres mucho más fuerte de lo que todos pensamos.

— No lo soy. – negué con la cabeza.

— Lo eres y sé que saldrás de ésta. Formarás una gran familia, querrás mucho a esa pequeña princesa y serás muy feliz el resto de tu vida con Hans. Con tu amor. – respiré al no saber nada de él aún. – Estará bien, te lo aseguro. Seguro que ha cogido ya un avión para venir a estar contigo mañana.

— No puedo vivir sin ti, sin tus

consejos, sin tus palabras y sin tus te quiero. No puedo. – me senté en la silla y apoyé mi cabeza en su pecho. – No puedo y no quiero.

— Podrás cariño. Superaste lo de tus padres, al igual que superarás esto. Y te hará mucho más fuerte. – comenzó a pasar su mano por mi pelo y volví a escuchar aquel pitido que salía de su pecho.

— Tienes que descansar tía. Lo necesitas.

— Lo que necesito es estar contigo, que me cuentes todo y poder darte mis últimos consejos.

— No hables así tía, me matas cuando lo haces. – levanté la vista y

seguía con aquella sonrisa en su cara. La misma sonrisa que siempre la había acompañado.

— Disfruta del momento maitia.

Nunca sabemos cuándo será el último.

— No me dejes por favor. No lo hagas.

Me obligó a contarle cómo había sucedido todo con Hans. Ya lo sabía, pero quería volver a escucharlo. Y cuando le conté cómo desenmascaramos a Mercedes, ella me dio alguna idea nueva de lo que podría haber hecho. La verdad es que al menos me reí, en un momento realmente terrible fue capaz de sacarme una carcajada. A media noche se quedó dormida con los medicamentos

que le pusieron. Aproveché para observarla unos minutos, acariciarla y besarla, susurrándole al oído “no te vayas, no me dejes sola”. Estuve toda la noche pendiente de sus contantes, de la máquina a la que estaba enchufada, de que el oxígeno estuviera bien y controlando los ruidos que emitía.

Durante toda la noche me volvieron a la mente nuestros veranos, nuestras conversaciones y sus sabios consejos. Cuando quise darme cuenta la luz entraba por la ventana y mi hermano llegó antes de lo previsto. Me obligó a marcharme al hotel.

Al llegar no sabía bien ni dónde estaba mi maleta, ni dónde tenía que

ducharme, así que entré habitación por habitación hasta encontrar mi maleta en la de Glen, Rose y Hannah. Los tres dormían, así que aproveché para prepararme.

Cuando salí del baño vestida secándome el pelo con una toalla, Sharon ya estaba levantada preparando la mesa con el desayuno para todos.

— Buenos días Sharon.

— Lu. — se acercó para abrazarme. - ¿Qué tal has pasado la noche?

— Jodida.

— Pablo ha pasado toda la noche con pesadillas. Tan solo decía un nombre. Antonio. — me resigné al pensar

que él tenía mis mismas pesadillas.

— Es nuestro padrastro. Ya sabes que ha salido de la cárcel.

— Lo sé. No sé cómo ayudarle. — le agarré de las manos.

— Estando a su lado, pase lo que pase. Por muchos momentos malos que puedan llegaros a pasar, siempre te necesitaré, hasta cuando quiera apartarte de él.

— Nunca le dejaré. Nunca.

— Gracias cariño. — volví a abrazarla.

— Buenos días. — Hannah se levantó con el pelo completamente alborotado, los ojos hinchados y estirándose. - ¡Estás aquí!

— Claro. Te dije que vendría. —
la senté en la mesa. — Vete desayunando
que voy a poner a cargar el móvil.
Murió anoche en el hospital.

El resto se fue levantando poco a poco. Todos querían ir al hospital, pero no podíamos pasar a la vez. Así que decidimos que iríamos todos, pero subiríamos poco a poco. La tía tampoco necesitaba que le estresásemos con las visitas. Me desplomé en una silla del salón frotándome los ojos. No habría dormida más de media hora y se me estaba haciendo cuesta arriba la mañana.

— ¿Alguien ha podido hablar con Hans? — ni siquiera me percaté que todos se callaron mirándose los unos a

los otros.

— No, sabemos que están bien porque hemos hablado con el hotel, pero no hemos podido ponernos en contacto con ellos. — noté un gesto extraño en la cara de Rose.

— ¿Todo bien Rose?

— Sí. Estoy un poco rara. — le quité el bollo relleno de chocolate de la mano y le planté un poco de fruta.

— A comer más fruta, verás cómo te sienta mejor que el chocolate.

A las nueve y algo de la mañana estábamos saliendo corriendo por las llegadas internacionales del aeropuerto de Barcelona. Cogimos un taxi directo al hospital y al llegar a la

planta, Pablo estaba fuera esperando. Su cara estaba desencajada. Sus ojos hinchados y su mirada perdida en algún punto de la pared.

— Pablo. – al verme a su lado se abrazó a mí con todas sus fuerzas. – Tranquilo Pablo.

— ¿Sabe mi hermana que estás en Barcelona?

— No, no he podido hablar con ella. Su móvil está apagado. – suspiró.

— Necesita que estés a su lado. Se ha quedado toda la noche aquí y como siempre se está tragando sus sentimientos para no preocuparnos a los demás. Pero sé que en cuanto te vea se va a desmoronar.

— ¿Dónde está? – miró su reloj.

— Estará a punto de llegar. Me ha dicho tu hermana que salían hace un rato del hotel. – vimos como salían los médicos y por sus caras, no eran buenas noticias. Nos acercamos los dos.

— Pablo, el ritmo de su corazón es muy débil. No creemos que pueda superar el día de hoy. – Pablo se desmoronó de nuevo en mis brazos. No había palabras o gestos que pudieran consolarle.

Los médicos se marcharon y tras diez minutos intentando tranquilizar a Pablo, pudo dejar de llorar. Le

acompañé al baño para que se lavase la cara. La tía no podía verle así. Sabiendo cómo era, seguro que el dolor que estaba causando a sus sobrinos era lo que peor le hacía sentir. Dejé a Pablo con mi abuela en la sala de espera y entré solo en la habitación.

Le costaba respirar, de su garganta salía un sonido agudo. Sus pulmones estaban dejando de funcionar y ella lo sabía. Antes de mirarme, pude notar como se limpiaba las lágrimas de la cara. Al verme sonrió. Una sonrisa que reconocía, que la había visto un millón de veces en Lucía.

— Hola Hans. – me acerqué a su cama. - ¿Mi sobrina sabe que estás

aquí? Ha pasado una noche terrible pensando en que no podía localizarte, que no sabía nada de ti. – le besé en la mejilla.

— No lo sabe. No he podido hablar con ella. – se puso a toser y le acerqué unos pañuelos que tenía en la mesita. Al terminar de toser pude comprobar que en ellos había restos de sangre. Ella misma se dio cuenta.

— Parece que se me acaba el tiempo. – echó su cabeza hacia atrás, cerrando los ojos y apoyándose sobre la almohada.

— No digas eso por favor. – me agarró la mano abriendo los ojos.

— Si Hans, se me acaba el

tiempo y no sé si he hecho todo lo que tenía que hacer en esta vida. Dejar a Pablo y a Lucía sin familia me mata. Soy lo único que les queda. – me senté en una silla a su lado.

— *No les dejas sin familia. Nosotros estaremos siempre con ellos.*

— *Lo sé Hans, pero me duele mucho. Me duele mucho abandonarles de esta manera. – comenzó a llorar. – Siento que me quedan muchas cosas que mostrarles, que enseñarles. Protegerles del dolor.*

— *Tía, no puedes llegar a saber todo lo que les has enseñado, cómo viven sus vidas, es gracias a ti. Tu sobrina es como es, en parte,*

gracias a ti. Es luchadora gracias a ti. Es fuerte, dulce, adorable y cariñosa, gracias a ti. – me acariciaba la mano controlando sus lágrimas. – Además, no estarán nunca solos. Estoy yo. Son mi familia y nunca dejaré que les suceda nada malo. Les quiero. Siempre les protegeré. Te lo prometo.

— *Gracias Hans. – notaba como le faltaba el aire al respirar y le costaba mucho articular las palabras. – Yo... Quiero que sean felices y sé que les dolerá siempre, pero... - respiró profundamente.*

— *Anita, no tienes que decirme nada. Debes descansar.*

— *Ya descansaré cuando me*

muera Hans. — tomó una gran bocanada de aire. — Quiere siempre a mi sobrina, necesito saber que ella será feliz. Es mi vida, los dos son mi vida. — comenzó a toser de nuevo y llamé a las enfermeras. Me obligaron a salir de la habitación.

— ¿Qué pasa Hans?

— No lo sé, comenzó a toser y llamé a las enfermeras. — Pablo paseaba nervioso por el pasillo a la espera de nuevas noticias.

La abuela trataba de que no perdiera los nervios, pero nadie podía hacerlo. Hasta que llegó mi hermana y se fundió en un abrazo con ella. Ella sí que sabía calmarle. Busqué entre ellos

a Lucía pero no la vi. Me acerqué a Glen.

— *¿Lucía?*

— *Se ha quedado en la entrada. Nos ha dicho que necesitaba unos minutos a solas.*

— *Hola Hans. – Hannah corrió a mí y la cogí en brazos.*

— *Hola princesita. ¿Cómo estás? –ladeó levemente su cabeza.*

— *Yo bien, pero Lucía necesita un abrazo y un beso tuyo. Está muy triste. Me quería quedar con ella, pero me ha dicho que quería estar sola. ¿Está enfadada conmigo?*

— *No preciosa. Hay veces que los mayores necesitamos unos segundos*

a solas para poder respirar, solamente es eso. – torció la boca sin estar muy convencida.

Necesitaba respirar. Un gran nudo se me puso en la garganta justo antes de entrar en el hospital. Mis piernas se negaron a moverse de la primera escalera de nuevo. Les pedí a todos que subieran y me dejara unos minutos a solas. Me senté en la escalera, llevándome las manos a la cabeza y tratando de respirar. Saqué el móvil y los cascos y busqué algo de música que me calmase. Hice unos ejercicios de respiración, durante varios minutos pero era imposible. No era capaz de tranquilizarme por mi misma. Not Ready

To Make Nice de las Dixie Chicks comenzó a sonar en el reproductor.

Perdonar, suena bien. Olvidar, no creo que pueda. Dicen que el tiempo cura todo, pero aún estoy esperando. He terminado con la duda, no queda nada que me quede por averiguar. He pagado un precio y voy a seguir pagando.

Apoyé los codos en unas escaleras más altas y miré al cielo. El sol era cegador a esa hora de la mañana y me obligó a cerrar los ojos. Aun teniéndolos cerrados parecía abrazarme. Sentía dolor, rabia, miedo y mucha tristeza. Unos sentimientos que me había obligado a enterrar años atrás, y que no

pensé tener que desenterrarlos tan pronto. Y mucho menos que perderíamos a nuestra tía tan pronto.

Había agotado mis reservas de lágrimas, amargas y abrasadoras, para dejar paso a un estado de completa desolación. No sabía cómo iba a poder sobrevivir a aquello. De dónde sacaría las fuerzas para seguir adelante sin uno de los pilares más fuertes de nuestra vida. No estaba preparada para decirle adiós a mi tía. No sabía si iba a ser capaz de hacerlo.

Una sombra tapó el sol que me estaba dando en la cara y al abrir los ojos me encontré con la mirada preocupada de Hans. Entonces sí que se

me paralizó el corazón solo para volver a latir cuando salté a sus brazos. Le acaricié la cara, pensando en que era una maldita visión, que no estaba allí.

— Estoy aquí Lu. Estoy aquí y no me voy a mover. Ni ahora, ni nunca.

— Hans. – no había agotado mis reservas. Comencé a llorar y a balbucear palabras que ni siquiera yo era capaz de entender.

— Siento muchísimo no haberme podido poner en contacto contigo antes. – me quitó los cascos metiéndomelos en la goma de las mallas. – Siento no haber estado a tu lado para consolarte, para besarte y abrazarte. Siento no poder hacer nada.

— Estás aquí, estás bien. — puse mis manos en sus mejillas. — Llegué a pensar que también te perdía a ti.

— No me vas a perder nunca. Nunca Lu. Vas a cansarte de tenerme cerca. — le besé.

— Gracias Hans. Gracias por estar aquí. — me limpió la cara y pude ver en su mirada más preocupación de la normal. - ¿Qué pasa Hans?

— Tu tía acaba de tener una crisis. He bajado para que subas a estar con ella. — me dejó en el suelo y subimos hasta el segundo piso por las escaleras. Al llegar jadeando Pablo se acercó a mí.

— Lo ha superado. Ha superado

la pequeña crisis. Está mejor. – yo negaba con la cabeza sabiendo que lo peor estaba por llegar.

Pablo, Hernando, Hans y yo entramos en la habitación para estar con ella. Estaba dormida, tratando de descansar, pero su pecho cada vez se movía menos. Estaba perdiendo la batalla poco a poco y lo único que no quería es que siguiera sufriendo, que siguiera sintiendo dolor. Los médicos nos aconsejaron que si pasaba ese día y sus dolores aumentaban, teníamos la opción de la sedación. Para que dejase de sufrir. Pero mi tía se negó. Se negó en rotundo.

El día fue muy largo. Muchos

médicos pasaron por la habitación a lo largo de toda la mañana y más de media tarde. Tuve que obligar a todos a marcharse al hotel y a Pablo y a Hans a llevarse a Hernando también. Entró a despedirse de mi tía y tras media hora, supe que se había despedido por última vez del amor de su vida. Antes de que se fueran, le pedí a Pablo que entrase a hablar con la tía. Tenía un mal presentimiento y casi nunca me equivocaba.

Salió devastado. Se guardó las lágrimas dentro mientras hablaba con la tía, pero una vez cerrada la puerta, estalló. Hernando se lo llevó y le pedí a Hans que me dejarán a solas con ella.

Que se fueran al hotel prometiéndole que si había cualquier cambio le avisaría. Cuando les vi entrar en el ascensor, me limpié la cara y entré con mi tía.

— Maitia, vete a descansar.

Vete al hotel.

— No voy a dejarte sola tía. No se te ocurra pedirme que te deje sola. — no quería enfadarme con ella.

— Maitia, me estoy muriendo, lo sé. Los médicos ya me han dicho que sería un milagro sobrevivir a esta noche. — sus palabras sonaban demasiado duras para escucharlas.

— Ni se te ocurra pensar que te voy a dejar sola. Estaré aquí a tu lado

hasta el último momento, agarrándote la mano. – miré hacia arriba para ocultar mis lágrimas.

— No quiero que tu último recuerdo mío sea tumbada en una camilla de hospital, agotando cada segundo de mi vida. – negué fuertemente.

— ¿Sabes lo que recordaré de ti tía? Todos los consejos que me has dado, la forma en que me has enseñado a vivir, a sentir y a amar. Mi pasión por la comida, por el baile y por la India, me viene de ti. – vi como sonreía. – Recuerdo cuando tenía cuatro años creo, que me subiste en una banqueta y me enseñaste a hacer Pollo Tikka Masala,

mientras en el toca discos sonaba la banda sonora de Flashdance. Cuando cenamos viendo la película. Ahí descubrí que yo quería hacer aquello y cuando volví a casa, le pedí a papá unas mallas y un body negro para saltar.

— Recuerdo perfectamente aquella noche. Eras una niña muy especial. — una pequeña lágrima comenzó a recorrer su mejilla. — Siempre supe qué harías algo grande con tu vida, pero no que te convertirías en una persona con un alma y un corazón tan impresionante. No cambies nunca maitia. Nunca.

— No tía. - apreté fuertemente su mano al empezar a notar como se

ahogaba. – Nunca. Te quiero, te quiero muchísimo tía.

— Te quiero Lucía. Siempre estaré con vosotros. – se estaba apagando lentamente.

Quería respetar sus deseos, su no reanimación, pero me parecía muy duro dejarla morir sin más. Llamé a las enfermeras y comencé a escucharlas correr por el pasillo. Entraron en la habitación para tomarle las constantes pero aquella maldita máquina comenzó a emitir un pitido insoportable. Un pitido que me estaba comunicando que la vida de mi tía se estaba acabando. Grité. Grité exigiendo que la salvarsen, que hicieran todo lo posible por salvar su

vida, pero me sacaron de la habitación sin hacerme caso. Casi tuvieron que llamar a seguridad porque no paraba de gritar y patear en brazos de un enfermero. Fuera de la habitación trató de calmarme, asegurándome que en aquel estado no me dejarían entrar de nuevo en la habitación. Respiró conmigo varias veces, tuvo muchísima paciencia después de soltarle un par de improperios made in Lucía Medina.

Respiré aceleradamente tres veces más antes de entrar y las enfermeras me hicieron un pequeño pasillo para llegar a la cama. Mi tía respiraba con mayor dificultad, pero seguía teniendo aquella preciosa sonrisa

en su cara. Agarré su mano, no quería que estuviera sola.

— Te quiero mucho tía. Siempre. — con lo último que quedaba en sus dañados pulmones y con el último latido de su corazón pudo decirme sus últimas palabras.

— Te... quiero Lu... cía. Dile... a Pa...blo que le quie...ro.

Y aquel pitido de la habitación se hizo fijo, lineal y constante. Mi corazón por unos segundos se paró con el suyo. No me lo podía creer, no me podía creer que mi tía nos hubiese dejado. Un grito completamente desgarrador salió de mi garganta dejando la habitación en silencio. Ninguno de los que allí estaban

conmigo quisieron acercarse. Uno a uno fueron saliendo y me dejaron con ella. Me pareció escuchar la voz de uno de los médicos, pero no le hice caso.

Me tumbé a su lado en la cama, apoyándome en su pecho y pasando uno de sus brazos ya inerte por encima de mí. Mi llanto no cesaba y deseaba poder notar como su mano me acariciaba la espalda, como su corazón volvía a latir, pero tras diez minutos allí tumbada a su lado, no fue así.

Me levanté temblorosa, con el corazón destrozado y la miré por última vez. No quería recordarla así, tumbada en una cama, con los ojos cerrados. Así que en mi mente grabé a fuego su

sonrisa. Aquella sonrisa que me había dedicado minutos antes, con la que se despidió de mí. Con la misma sonrisa que me había acompañado durante toda mi vida y que a partir de aquel duro momento tendría que guardar bien dentro de mi corazón, para que me siguiese acompañando el resto de mi vida.

Y todo de nuevo comenzó a pasar a cámara lenta. Uno de los médicos sacándome de la habitación, preguntándome a quien teníamos que llamar que ellos se encargaban de todo. Me sentó en un sillón que había cerca de la habitación y me perdí en aquel caos. No escuchaba nada, no veía nada. Solo pensaba en cómo llamar a Pablo y a

Hernando y contárselo.

Dejé a los dos en el hotel y cogí un taxi de vuelta al hospital. Ni loco la dejaba sola ante aquello. Pasé por un restaurante cercano y cogí algo para que comiese. Llevaba sin probar bocado desde el café de las tres de la tarde. Subí en el ascensor y cuando se abrieron las puertas noté el revuelo en la planta. Caminé por el pasillo y al girar la esquina vi a Lucía sentada en un sillón con la mirada perdida y completamente blanca. Su cara y ojos estaban hinchados, sus brazos caían al lado de sus piernas y creía que ni siquiera estaba respirando. Se me cayó la bolsa que traía con la comida al

suelo y salí corriendo hasta donde ella. Me tropecé con varias personas que estaban en el pasillo y llegué a su lado, agachándome a su altura. La hablaba pero ella no estaba conmigo, estaba muy, muy lejos de allí.

37. GHOST

El sonido de la voz de Hans, alejada de mí en aquel momento, comenzó poco a poco a hacerse más

cercana. Ni siquiera podía ver su imagen delante de mí. Cuando pude enfocar mis ojos, sus palabras no tenían sentido, no entendía qué me estaba diciendo.

— Lucía, me estás asustando. — reaccioné al notar su tacto sobre mi cara.

— La tía Anita ha muerto. Acaba de morir. - pude ver como se le desencajaba la cara.

— Mi niña. — tiró fuertemente de mi muñeca buena cubriéndome con sus brazos, encontrando un poco de paz pegada a su pecho, escuchando como su corazón latía rápidamente. — Estoy contigo princesa. Siempre contigo. No

lo olvides.

No me lo podía creer. Hacía tan solo media hora que nos habíamos despedido de la tía. Tuve que notar en sus palabras que se estaba despidiendo, que ella misma sabía que su vida estaba llegando a su punto final. Prometí cuidar de sus sobrinos y de querer a Lucía por encima de todo. Y es lo que iba a hacer. No me moví de su lado en más de media hora, procurando que su cuerpo dejase de temblar, que recuperase una respiración normal. No se separó ni un segundo de mi pecho. Los médicos se nos acercaban pero yo con un gesto de cabeza les pedía un poco más de

tiempo. Levantó su cabeza para mirarme y vi el dolor, la tristeza y la preocupación en sus ojos.

— Tengo que avisar a Pablo y a Hernando. No sé cómo se lo voy a decir.

— Tranquila. Yo me encargo.

— No Hans. — se limpió las lágrimas y noté como se quejaba de su muñeca herida. — Tengo que ser yo quien les llame.

— De acuerdo maitia. — me miró soltando pequeños suspiros. Sabía que aquello le recordaba a su tía. — Perdón, no quería provocarte más dolor.

— No Hans. No quiero olvidar

como nos llamaba ella. Es una forma muy especial para mí. No dejes nunca de hacerlo. Por favor. — frunció sus labios y no pudo guardar de nuevo más lágrimas. Me mataba verla tan triste y no poder hacer nada por ella.

Ella cogió su teléfono y se apartó un poco. Cogió varias bocanadas de aire y se enfrentó a la peor noticia que podría dar en su vida. Pude escuchar un poco de su conversación, pero la dejé a solas unos segundos para avisar a mi familia. Querían venir todos al hospital pero no era lo mejor en aquel momento.

— Sí mamá. No te preocupes. Yo me encargaré de todo. Sí, díselo a

todos. Nos van a necesitar más que nunca. – Lucía se acercó arrastrando sus pies por el pasillo. – Luego hablamos mamá. Te quiero. – colgué el teléfono.

— No sé qué es lo que hay que hacer. No sé cómo encargarme de todo. A quién tengo que llamar, a quién... - se desplomó en el sillón de nuevo.

— Tú no te preocupes por nada. – se acercó un médico.

— Señorita Medina. ¿Quiere que los servicios se lleven ya a su tía?

— Pueden esperar un poco. Mi hermano y Hernando están viniendo. Se querrán despedir de ella.

— De acuerdo, usted no se

preocupe por nada. El hospital se encarga de hacer todo. Su tía firmó un seguro adicional, para que ustedes no se tuvieran que hacer cargo de nada.

Quince minutos después Pablo y Hernando entraron destrozados en la habitación. Pero me sorprendió la fortaleza que mostró Pablo al ver a su hermana. La abrazó y sin moverse un ápice, la consoló de una manera excepcional.

Fue muy duro ver a los tres llorando y no pude evitar unirme a su llanto. No quería que me viera Lucía, nunca me había visto llorar y le había prometido a la tía ser fuerte por todos, pero aquella situación me estaba

desbordando.

Ver a Hernando despedirse de ella, de nuevo, fue horroroso. Cómo la seguía acariciando, como la besó justo antes de que se llevasen el cuerpo y cómo me abrazó, asegurándome que nuestra tía estaba muy orgullosa de nosotros. Me di la vuelta para recoger mi móvil del sillón y vi a Hans destrozado. Nunca le había visto llorar y aquello me destrozó un poco más. Tenía un corazón tan grande que se había tratado de esconder para que no le viésemos.

— Hans. — al acercarme cambió su gesto limpiándose las lágrimas.

— Perdona, no quería...

— ¿No querías qué? ¿No ver como sufres por vernos sufrir? Hans, te quiero. Te quiero por cuidarme, te quiero por consolarme y te quiero por ver tus sentimientos tan claros. — le acaricié la cara y por primera vez desde hacía unas horas sonreí.

— Gracias por enseñarme esa preciosa sonrisa.

— Eres tú el que me la provocas. Solo tú. — me besó dulcemente.

La doctora Suarez se acercó a nosotros, dándonos el pésame y asegurándonos que ellos se encargaban de todo.

— Váyanse a descansar.

Mañana será un día muy largo. Su tía dejó todo por escrito, todos sus deseos, así que descansen. Y... - tragó saliva y soltó el aire. Parece que hasta a ella le estaba afectando aquella situación. — Ana me pidió que les entregásemos esto cuando ella falleciese. — le entregó a Hernando un sobre blanco grande. — De nuevo, lo siento mucho.

— Muchas gracias doctora. — nos dejó a los cuatro mirando el sobre.

— Es un DVD. — Hernando lo sacó. — No me lo puedo creer.

— ¿Qué ocurre? — mi hermano se puso a mi lado agarrándome de la mano.

— Me pidió un portátil y que la

dejase sola un rato. Pensé que estaba buscando algo de información o escribiendo una carta, pero ha hecho lo que le ha dado la gana. – solté una risa mezclada con llanto.

— Como ha hecho toda su vida. – nos miramos los tres y sonreímos a la vez.

— Chicos, ¿nos vamos al hotel? Mañana será un día muy largo y necesitáis descansar algo, aunque no queráis.

El camino al hotel en el taxi lo hicimos en silencio. Sabía que por cada cabeza estaba pasando una historia con la tía. Recordando sus mejores momentos, para poder llevarnos el

mejor de los recuerdos. Miré el reloj de recepción al entrar en el hotel y me di cuenta de que eran más de las doce de la noche. Supuse que todos estarían ya acostados pero cuando abrimos la puerta de la suite, todos nos estaban esperando despiertos. Sus caras demostraban que estaban igual de tristes que nosotros, que nuestro dolor era su dolor.

Uno a uno nos fuimos abrazando y me alejé de ellos para ir a ver a Hannah a la habitación. Estaba durmiendo y me quedé mirándola unos minutos. Estaba preciosa, tan dulce y frágil. Me acerqué a ella y aspiré su olor. Era una tontería, pero su olor me transmitía paz. La paz que necesitaba en

aquel momento. Salí al salón y Hernando estaba metiendo el DVD en el reproductor.

— Nosotros nos vamos a dormir.

— No, quedaos. Conociendo a Ana, habrá un mensaje para todos los que estáis en esta habitación. — Hernando les invitó a sentarse mientras él se sentaba en el sillón más cercano a la televisión.

— Por favor. — todos se sentaron demasiado intrigados y yo hice lo mismo al lado de Hernando. Pasé mi brazo por encima de sus hombros y tiró de mí para sentarme a su lado, abrazándome.

– ¿Preparada?

– No. ¿Tú?

– Nunca he estado preparado para perderla. – pulsó el play y en la pantalla apareció la imagen de mi tía. Me impactó muchísimo verla. Me aferré fuertemente a la mano de Hernando.

– Hola chicos. Si estáis viendo este video... - pudimos observar cómo se aclaraba la garganta y tragaba con dificultad – bueno. Si estáis viendo este video, ya no estoy con vosotros. Pero no estoy en cuerpo, porque mi alma y mi corazón siempre seguirá a vuestro lado. En cada paso que deis en vuestras vidas, siempre estaré con vosotros. – comenzaron a temblarme las manos y

Hernando las agarró fuertemente. — Serán unos días o meses muy duros, pero mi camino ha terminado. Demasiado pronto, demasiado rápido. No es nada fácil despedirme de vosotros, pero sé que estaréis bien. Que seréis felices. Maitia, quita esa cara de no me creo una mierda lo que estás diciendo. — noté cómo me miraban todos. — Y ahora estarás tapándote la cara y negando.

— Joder, cómo me conoce.

— Esa boca. — sonreí sorprendida. — Sé que estaréis acompañados por Hans y su familia, por Rose y Glen. Muchísimas gracias por estar a su lado en un momento así.

Prometédme que les cuidaréis ahora y siempre. – comenzó a toser y dolía demasiado seguir viéndola, sabiendo que sería la última vez. – Hernando, te he echado de la habitación para grabar este video. Siento mucho marcharme de esta manera. Ojalá hubiésemos tenido un poco más de tiempo, unos años más para poder disfrutar de tu incondicional amor. – Hernando se levantó y se acercó a la pantalla de televisión que estaba colgada de la pared. – Nos ha faltado tiempo, pero nunca me ha faltado amor, comprensión y cariño. Gracias. Gracias mi amor por hacer que estos años hayan sido inolvidables. Siempre serás el amor de mi vida. – Hernando pasó su

mano por la pantalla, como acariciando la mejilla de mi tía. Le temblaron los hombros y me acerqué para abrazarle. Al girarse vi lágrimas en sus ojos.

– Hernando.

– Ojalá hubiera sido yo y no ella. Sé la falta que os hace. – le abracé.

– Hubiera sido igual de doloroso perderte a ti. – me agarró las mejillas para besarme en la frente y continuamos escuchando a la tía.

– Pablo. Mi niño precioso. Te has convertido en un gran hombre. Has superado los malos momentos y has dejado paso a todo lo bueno. Aún recuerdo el día que te dejé en el aeropuerto, al despedirme de ti. Sabía

que era lo mejor y mira ahora. Estáis más unidos que nunca, has encontrado a una preciosa chica que está a tu lado. — Sharon agarró la mano de mi hermano. — Cuida ese amor, es una flor delicada, que necesita cuidados todos los días. Quiérela por las mañanas y siempre por las noches. — miré de reojo a los padres de Hans y a él, mi tía les estaba dando su bendición. — Ama siempre por completo, nunca a medias. Ama sin condiciones. Siempre estaré a tu lado cariño. Siempre. — me acerqué a Pablo.

— Voy a echarla muchísimo de menos. — sonrió al mirar la pantalla. — Pero tan solo ella podría haber hecho algo así. Era y será única.

– Siempre. – me fui a la cocina a por un poco de agua.

– A vosotros, su familia. Esa gran y excepcional familia que nunca tuvo. Habéis sido un gran apoyo para ella casi sin conocerla, pero bueno, es muy fácil enamorarse de ella. El día que nació recuerdo que en cuanto la tuve en mis brazos, supe que era el primer amor de mi vida y cuando Pablo nació fue igual. Mis grandes amores. Pero aquella enana, con los ojos más grandes que había visto en mi vida, cabezota que tardó más de diez horas en nacer y lo hizo de madrugada.- negué con la cabeza sonriendo conteniendo mis lágrimas. – Y me sonrió, se agarró a mi dedo y me

sonrió. Supe que era una niña especial, que se ha convertido en una mujer especial. Así que cuidadla por mí. — tuve que apoyar las manos sobre una encimera de la pequeña cocina porque sabía que en cualquier momento me podía desmoronar. — Hans, ámala hasta el final, bésala hasta los últimos días y quiérela como si el mañana no existiese. Recuerda lo que te dije en Langre. ¿Lo recuerdas?

— Claro que sí, jamás lo olvidaré. — escuché a Hans contestar.

— Gracias por salvar a mi sobrina. — me di la vuelta extrañada. — Sí Lucía, Hans salvó tu corazón y tú, salvaste el suyo. Os salvasteis y espero

que sea así para siempre. Además tenéis una preciosa princesita que os necesita. – noté la mirada de todos clavada en Hans y al segundo en mí.

– ¿Tenéis algo que contarnos?
– negué con la cabeza.

– No ahora, no mañana pero sé que un día formaréis una preciosa familia y siento mucho no poder estar a vuestro lado. – cerró unos segundos los ojos y le dio un trago a un vaso de agua. – Cuidaos mucho. – me acerqué a la tele pensando en que no se despedía de mí, pero ya lo hizo en el hospital ella misma.- Os estaré guiando siempre. Os quiero mucho, mucho más de lo que me imaginé querer a alguien jamás. Habéis

sido mi vida y agradezco haber podido disfrutarla a vuestro lado. – comenzó a toser y suspiró fuertemente. Me senté en un sillón alejada del resto. No quería sentirme de aquella manera, no quería sentirme de nuevo débil, vulnerable y destrozada. – Gracias por formar parte de ella. Algunos no el tiempo que me hubiera gustado, pero muchas, muchísimas gracias. – todo el salón se quedó en silencio y supuse que el video ya se había cortado. Nadie emitió ni un solo sonido, tan solo se escuchaban nuestras respiraciones. Respiré profundamente aún de espaldas a todos y me levanté para irme al baño, y llorar lo que me quedaba dentro. – Maitia, ¿crees

que no me voy a despedir de ti? – me recorrió un gran escalofrío desde los pies a la punta de los dedos de las manos, obligándome a darme la vuelta temblando y mirando fijamente la pantalla. – Sé que te he dicho todo lo que te tenía que decir en el hospital, sé que habrás echado a todo el mundo para que nadie sufriese viéndome marchar. Sé que me has cogido la mano hasta el final, que te habrás negado a seguir mis instrucciones. – pude ver como sonreía amargamente. – Que habrás mandado a la mierda a alguno de los médicos. – sonreí llorando al saber que era la persona que mejor me conocía en el mundo. – Que habrás sufrido tú sola, por

evitar que nadie más sufriera. Que has sido demasiado fuerte y ahora necesitas que te cuiden a ti. Solo te pido una cosa. Un último favor, deja que te cuiden, deja que te amen. No metas más piedras en tu mochila que las justas. Ya sabes dónde estaré siempre, al lado de tu padre, el mejor lugar del amor eterno. - aquellas últimas palabras me dejaron intrigada. Amor eterno. – Os quiero muchísimo. – sus labios empezaron a temblar y sus ojos se volvieron vidriosos. Los tres nos acercamos a la pantalla. Mi tía puso su mano sobre la suya y nosotros tres, pusimos las nuestras encima. – Os quiero. Prometedme que aunque sea difícil, os apoyaréis y lo haréis juntos. –

Hernando que estaba en medio de nosotros, pasó sus brazos por nuestros hombros.

— Te lo prometo mi amor. Te lo prometo. — sus manos temblaban en nuestras espaldas que dejó caer lentamente. Cerró los ojos y suspiró amargamente justo antes de salir a la terraza cerrando la puerta tras de él. Entonces sí que el video se terminó y se quedó congelada la imagen de nuestra tía.

Esa sería la última vez que escucharía su voz, que vería su imagen en movimiento, aunque siempre me acompañaría, nos acompañaría todos y cada uno de los días.

Todo se levantaron sin hacer ruido y pude ver como se marchaban a sus habitaciones. Hans se quedó observándome unos segundos y tras abrazarme con Pablo, se marchó con Sharon a su habitación. Hans se acercó lentamente a mí.

— ¿Cómo estás cariño? — levanté los hombros sin saber muy bien que contestar. — Soy idiota por preguntar. Estás destrozada.

— *Sí, bueno no. — me mataba verla así. — Estoy tranquila porque sé que ya no está sufriendo. Que se ha ido rodeada de las personas que la quieren, que la adoran. Me preocupa más Hernando. Estos últimos años su vida*

han sido la tía. – miramos a la terraza y estaba allí sentado, con un cigarro y mirando por la terraza del último piso en el que estábamos. – No sé cómo va a superar perder al amor de su vida.

— *Si yo te perdiera, me moriría. He vivido demasiados años sin ti, como para no pasar el resto de mi vida a tu lado. Me he acostumbrado a tu risa, a tu piel y a tu corazón. – se abrazó fuertemente a mí. – Voy a cuidar de ti Lucía. No voy a romper la promesa que le he hecho a la tía. Nunca dejaré de cuidarte y amarte. – nuestros labios se rozaron para besarse pero escuchamos un bostezo detrás nuestro.*

— *Me duele la barriga.* —

Lucía me miró preocupada y se agachó al lado de la niña.

— *¿Qué has cenado cariño?* —

le pasó la mano haciendo círculos por debajo de la camiseta.

— *Una hamburguesa.* — *Lucía*

resopló.

— *Mañana recuérdame que le*

pegue a Pablo, que seguro que ha sido idea suya. — se mordió el labio y se agachó. — Hans en mi maleta hay un saquito de semillas, rojo. Caliéntaselo y ahora le pedimos a recepción que suban una manzanilla.

— *Vete a hablar con*

Hernando. - cogí a la niña en brazos y

me fui al cuarto con ella.

— *¿Está muy triste? – Hannah pasaba sus dedos desde mi frente hasta mi nariz, jugando después con mi barba.*

— *Un poco cariño. – pasaba sus dedos por los laterales de la cara siguiendo el rastro de la barba hasta llegar al mentón.*

— *¿Puedo hacer algo para que esté menos triste?*

— *Darle muchos besos y muchos abrazos. – la senté en la cama para llamar a recepción.*

— *¿Cómo hizo ella cuando mis papis se fueron?*

— *Eso es.*

— *Pues cuando vuelva le voy a dar un montonazo de besos y si me dejas, duermo con ella. — la miré divertido.*

— *¿Y yo?*

— *Tú duermes con ella siempre. Déjame a mí un poco. — abrió la boca e hizo un gesto que me provocó una carcajada.*

— *Así que me toca el sofá. — señalé la puerta.*

— *No, en la cama entramos los tres. Es muy grande. — le revolví el pelo.*

— *Aprendes demasiado rápido. Ahora vengo preciosa. Voy a llamar a recepción desde el salón. — al salir y*

mirar a la terraza vi a Lucía y a Hernando sentados en el suelo sin hablar. Simplemente ella estaba apoyada con la cabeza en el hombro de él. Hernando pasó su brazo por el hombro de Lucía y la pegó a él.

Cuando salí a la terraza me encontré a Hernando sollozando. Estaba hablando y no pude comprender muy bien lo que decía. Al darse cuenta de mi presencia a su lado, se limpió las lágrimas y me invitó a sentarme a su lado. No dijimos nada y simplemente nos quedamos en silencio. Empezó a soplar un viento más frío y fuerte.

— Vamos dentro cariño. — nos levantamos los dos y entramos en el

salón. Me abracé a él y pude respirar su olor, que por un momento me recordó al de mi padre. Aspiré lo más que pude, queriendo recordarlo para siempre.

— ¿Cómo vamos a hacer para... - mi voz se rompió y no me dejó terminar la frase.

— No lo sé cariño, no lo sé. Pero lo superaremos. - me besó en la frente y vi cómo se iba a otra habitación.

Me quedé unos segundos observándole antes de que desapareciese por la puerta. Estaba muy preocupada por él. Tal vez lo mejor era que se viniera con nosotros a Los Ángeles. Al menos allí no estaría solo. Tendría que hablarlo con Hans. Entré en

la habitación y estaban los dos tumbados en la cama completamente dormidos. Hannah estaba sobre el pecho de Hans y éste le estaba abrazando por la espalda. Me quité las zapatillas y me tumbé a su lado. Ni siquiera me metí en la cama. Hannah debió de notar mi peso en la cama y se giró para poder verme. No me dijo nada. Me pasó su suave y pequeña mano por la cara, consolándome a su manera. Le sonreí y ella tiró del edredón para taparme. Se apoyó sobre mí y me dio besos por la cara.

— Buenas noche Lu.

— Buenas noches maitia. — olía tan bien que no pude evitar enterrar mi nariz en su pelo.

Aquel olor fue mi tranquilizante para aquella noche. Pude dormir un par de horas seguidas sin tener ni pesadillas, ni lágrimas.

38. ENEMIGO PÚBLICO

Me desperté muy temprano, aún estaba amaneciendo. Me levanté de la cama lentamente para no despertar a los

bellos durmientes, que seguían a pata ancha en la cama los dos. Al salir al salón, había un camarero poniendo la mesa del desayuno.

— Buenos días. — me froté los ojos.

— Perdone señorita, espero no haberla despertado. El señor Hernando nos dio aviso de que preparase el desayuno. — miré el reloj.

— Con el cambio horario no sé muy bien ni qué hora es.

— Son las siete de la mañana. — resoplé y el olor de café recién hecho se me metió dentro del cuerpo.

— Tome. — me ofreció una taza de humeante café.

— ¿Tanto se me notaba que necesitaba uno?

— Su cara no es de haber dormido demasiado esta noche. — entorné los ojos.

— No. — me senté en una silla.

— El señor Hernando me ha dejado aviso para que les diga que ha ido ya al hospital, que se tenía que encargar de unas cosas del servicio funerario. Estará en el tanatorio Sancho de Ávila. — me tapé la cara con la mano. — Siento mucho su pérdida. Si necesitan cualquier cosa más, lo que sea, avísenos y haremos todo lo posible.

— Muchísimas gracias. — de una de las habitaciones salió Lorel

pensando que no habría nadie despierto.
– Buenos días Lorel. – se llevó la mano al pecho asustada.

— Joder, pensaba que estaríais todos durmiendo.

— No. – se acercó y me dio un beso.

— ¿Cómo has dormido?

— Poco y mal.

— Ahora mismo subo el resto de comida. – miramos la mesa que estaba llena de fruta, cereales, jamón y demás. – Queda la bollería recién hecha. – se marchó sin hacer ruido.

— ¿Café? – afirmó sentándose a mi lado y le di una taza.

— ¿Cómo estás cariño? – me

agarró la mano acariciándola.

— Bien y mal. La voy a echar mucho de menos, pero sé que ya no está sufriendo. Puede parecer raro que lo diga, pero estoy aliviada por ello.

— No es raro. Es humano. Nadie quiere que una persona que queremos sufra y ella estaba sufriendo. — se quedó unos segundos en silencio y pude ver en su cara la misma que ponía Hans cuando se le pasaba algo por la cabeza y no sabía si decirlo.

— Suéltalo Lorel. No quiero úlceras en la familia.

— Fue muy valiente lo que hiciste. Quedarte con ella en sus últimos momentos. — me vino a la mente el

momento exacto en que me tumbé con su cuerpo ya inerte.

— No sé si fue egoísta, pero era un momento demasiado duro. No quería que Hernando o Pablo tuvieran ese último recuerdo. – Hannah se levantó corriendo al salón.

— Buenos días. – se lanzó a darme besos.

— Buenos días cariño. – la senté en mis piernas. - ¿Qué tal tu tripa?

— Bien, ya estoy buena. Me duele un poco la cicatriz. – le levanté la camiseta y comprobé que todo estuviese bien. - ¿A ti también te dolían las de la espalda? – Lorel me miró extrañada y miró aquellas cicatrices que trataron de

cubrir mi tatuaje. – ¿Cómo te las hiciste?

— Hace muchos años, pero se curaron y no hay rastro de ellas.

— Hijo de puta. – miramos las dos a Lorel boquiabiertas. – Perdón, Sharon me lo contó pero nunca me había parado a mirarlos.

— ¿Ha dicho... - Lorel le tapó los oídos a la niña.

— Tarde. – me eché a reír.

— Lo siento, no quería pero es que ese cabrón anda suelto ahora. – llamaron a la puerta.

— Voy a abrir.

Al abrir la puerta tres cuerpos se abalanzaron sobre mí. Ceci, Evi y Fernando estaba allí para

acompañarnos. Tenerlos allí, era increíble. Ellos querían mucho a la tía y no me pude contener. Mi garganta se cerró y comencé a sollozar entre sus brazos. No me soltaron en diez minutos y sus palabras me consolaron muchísimo. Todos comenzaron a salir de sus habitaciones, debido a mi llanto y nuestras altas palabras. Pasamos al salón y nos sentamos todos para desayunar. Evi no pudo evitar soltar una de las suyas que hizo que todos olvidáramos por un momento porque estábamos allí.

— Cómo se nota que estáis saliendo con muchiricos. Joder que suite.

— Todo ha sido obra de aquí el muchirico Glen.

— Lo siento, pero era lo único que conocía de Barcelona. No me dio tiempo a más, y era el único sitio que tenía tantas habitaciones en una misma suite. — le miramos todos. — Coño, no está tan mal.

— No Glen, es perfecto. Podemos estar todos juntos. — me levanté para besarle.

— Al final voy a ponerme celosa de vosotros dos y con mis hormonas de embarazada, puedo coger el cuchillo de mantequilla y empezar a cortar. — la miramos y empezamos a reírnos.

Desayunamos todos juntos tratando de poner un poco de paz y de sonrisas. Las chicas se encargaron de hacerlo. Por un segundo nos olvidamos del motivo de aquella precipitada reunión. Miré el reloj y me fui a la ducha. Tenía que ir al tanatorio, Hernando se estaba encargando de todo y no quería dejarle solo. Hans entró justo detrás de mí.

— ¿Vamos al tanatorio? — encendí el grifo de la ducha.

— Sí, Hernando está solo, queriendo solucionar todo. Quería hablar contigo de una cosa. — le agarré de la camiseta para acercarle a mí.

— Que se venga con nosotros a

Los Ángeles. — levanté la ceja impresionada porque lo supiera sin decírselo. — La casa es muy grande y puede estar con nosotros. No quiero que esté solo. Sé que he hablado poco con él, pero no quiero que pase por esto sin nadie a su lado.

— Sé que su hermana vive en Alicante. Tal vez quiera irse con ella unos días.

— Hablaré con él. Déjamelos a mí princesa. — le sonreí. - ¿Te duchas conmigo?

— Siempre.

Nos metimos en la ducha y no pude evitar lanzarme a sus brazos. Necesitaba su cariño, su amor y su

pasión. Pero sin darnos cuenta escuchamos abrirse la puerta y al segundo Hannah estaba sentada en el baño.

— ¡Hannah!

— Perdón, me estaba haciendo pis. – no pude evitar reírme a carcajada limpia. - ¿Qué hacéis los dos en la ducha?

— Ahorramos agua. – Hans divertido torció la boca.

— Ah, vale, pues ahora le digo a Pablo que me ha preguntado dónde estabais. – tiró de la cadena y un chorro de agua fría cayó sobre nosotros.

— Dios, ya me he despertado. – me pegué a Hans y su sonrisa iluminó el

baño. – Ahora mismo salimos cariño. ¿Te vas vistiendo? Creo que tienes unos vaqueros en la maleta. Ponte lo que quieras.

— Os espero fuera. – escuchamos como se cerraba la puerta.

— Nos tendremos que acostumbrar, ¿no? – pasó su nariz por la mía.

— Algún día.

Al salir ya preparados al salón, todos estaba esperándonos. Hannah estaba sentada en el sofá con el iPad de Hans trasteando. Cuando me acerqué lo tapó, ocultándome lo que estaba haciendo. Supuse que estaría jugando a algo y no le di mayor importancia.

Cuando llegamos al tanatorio, Hernando ya se había encargado de todo. La tía había dejado las instrucciones muy claras. No quería un velatorio, no quería que viéramos su cuerpo inerte, sin vida, metido en un cajón de madera, tal como siempre había dicho ella. Habían incinerado ya su cuerpo.

— ¿Por qué no me has avisado para estar contigo Hernando?

— Tu tía no quería que sufrierais con ello. Ya sabes cómo era, había que respetar sus deseos. Tengo sus cenizas.

— Y ha dejado claro dónde quiere estar. — puse mi mano sobre la de

él.

— Lo sabes. Langre.

— Y en el lugar del amor eterno. — le seguía dando vueltas a aquellas palabras.

— Sí, pero eso solo lo puedes hacer tú.

Tuvimos que pasar a una sala donde nos estaba esperando un abogado que había contratado la tía. Nos explicó amablemente todas sus últimas voluntades. Ella quería estar al lado de mi padre, lo que supimos al momento que era en Langre, en el árbol del acantilado. Al lado de Hernando siempre y otra vez salía lo del amor eterno. Le comencé a dar vueltas y dejé

de escuchar. Dejé de escuchar todo lo que estaba diciendo el abogado. Mi cabeza trataba de comprender aquellas palabras, pero no era capaz de sacar nada en claro.

— ¿Lucía? – giré mi cabeza y mi hermano me estaba mirando fijamente.

— Sí.

— ¿Sí qué? – todos me estaban mirando.

— Perdón, se me ha ido la cabeza.

— ¿Tienen todo claro? – miré al abogado y asentí simplemente. – Entonces hemos terminado. Les acompaño en el sentimiento.

— Gracias por su amabilidad.

En recepción nos dieron tres pequeñas urnas, en los que estaban depositadas las cenizas de mi tía. Lo primero que pensé fue, en que poco nos quedamos al morir, en un montón de cenizas esperando a que nuestros seres queridos nos dejen ir, aunque se les rompa el corazón.

Fuimos al jardín donde nos estaba esperando todos. Hernando fue el primero en hablar.

— Tenemos que ir a Langre. Ya he llamado hace un par de horas y el funeral se celebrará esta tarde. Glen se ha ocupado de preparar el jet. — seguía encargándose de nosotros, de todos

nosotros.

— Está listo para llevarnos a Santander. — vi a Hans estrechando la mano de Glen.

— Gracias por encargarte de todo. Eres un buen hermano.

— Siempre estaré a vuestro lado. El destino quiso que nos conociéramos hace muchísimos años y ahora estamos comenzando a formar una gran familia, con dos mujeres que nos han hecho volver a sonreír. Así que hagamos esto. Por ella, por todos. — se abrazaron.

— Gracias por estar a nuestro lado.

— Cuando murió mi madre, tú

estuviste allí. Nunca te lo agradecí lo suficiente. Gracias hermano. – todos les estábamos mirando y Rose comenzó a llorar, parecía que había abierto las compuertas y no podía parar.

— Jodidas hormonas. ¿Voy a estar así siempre? – Victoria se acercó a ella.

— Si cariño, pero verás cómo habrá momentos increíbles que te seguirán haciendo llorar de alegría.

Tres horas después estábamos bajando de las furgonetas. Iba a ser muy difícil volver a Langre después de aquella tarde. Volver a recorrer las calles del pueblo, volver a entrar en la casa sin recordar a la tía. Cada rincón

olía a ella, cada mueble, cada fotografía tenía su esencia. Y entonces me di cuenta de sus palabras. Amor eterno. ¿Aquella foto había estado allí siempre? Un impresionante Taj Mahal colgado en la pared me dio la respuesta. Era el castillo construido como la mayor declaración de amor.

— Amor eterno. — solté el aire que tenía en mis pulmones y por fin lo comprendí.

La India, su cultura y aquel impresionante monumento siempre habían acompañado a mi tía. Sabía entonces muy bien lo que ella quería que hiciese. Hernando entró al salón y me vio observando aquella fotografía.

— ¿La has puesto tu ahí? — se acercó extrañado a la dichosa fotografía.

— ¿Yo? No. Nunca me había fijado que estaba aquí colgada. Es de un viaje suyo hace como un millón de años.

— Juraría que siempre estuvo en su habitación, tal vez la cambió antes de viajar a Los Ángeles. — entonces lo comprendí. Ella ya lo tenía todo planeado.

— ¿Sabía que no le quedaba mucho cuando viajó a Los Ángeles? ¿Cuando os volvisteis a España de aquella manera tan precipitada? ¿Sabía que iba a morir? — tristemente afirmó con la cabeza. — Maldita sea.

— Quería que este recuerdo no

os persiguiese allí. Siento no habéroslo contado, pero me hizo prometerlo. No te enfades conmigo.

— Claro que no Hernando. — le besé. — ¿Nos vamos? Están sonando las campanas. Malditas costumbres de pueblo.

— Será algo sencillo.

Bajamos la pequeña cuesta que llevaba al centro del pueblo. Todos, absolutamente todos los vecinos del pueblo estaban en la iglesia cuando entramos. Sus caras reflejaban el dolor y la compasión por nosotros. En aquel pequeño pueblo algunos parecían conocer nuestra historia. La misa fue sencilla y llena de guiños hacia nuestra

tía. El cura la conocía desde hacía muchos años y aunque no comulgaba cada domingo, ya que ella tenía una visión diferente de la iglesia, el cura fue un gran amigo suyo.

Al salir de la iglesia uno a uno vinieron a darnos el pésame y tuve que disculparme para alejarme un poco de todos y poder respirar, coger un poco de aire y volver con la mejor cara posible. Caminé unos metros por la calle empedrada que salía de la plaza, hasta desaparecer unos metros más adelante. Aquellas casas, aquellos carteles me recordaban a nuestros veranos. La casa del médico. Recordaba cuando de pequeños nos colábamos de noche en

ella y jugábamos en el jardín. La pequeña valla blanca estaba abierta y me metí dentro. Estaba abandonada. Hacía unos años que construyeron una casa nueva más arriba.

De repente comencé a notar algo demasiado raro. Un sentimiento comenzó a apoderarse de mí, era como si mi cuerpo no pudiera moverse, como si me hubiera quedado pegada en el suelo y mi cabeza se hubiera ido de allí, lejos, muy lejos. Entonces comencé a escuchar una respiración que se iba acercando cada vez más y más. Aquella respiración, aquella mezcla de olores, de alcohol y tabaco. Volví a tener dieciséis años, en aquel cuarto oscuro,

pegada al suelo y con su cuerpo encima del mío. Dejé de respirar, dejé de sentir.

— Hola Lucía. Han pasado muchos años.

Volví mi cuerpo lentamente, con la respiración agitada, con el cuerpo tembloroso, deseando que aquello no fuera más que un producto de mi imaginación. Pero no era así. Mi padrastro estaba delante de mí.

— ¿Qué... qué coño haces aquí? – su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo, como si estuviera recordando cada parte de él, cada parte de mí.

— Tu tía ha muerto.

— ¿Qué has venido a bailar

sobre su tumba? – oculté mi miedo, mi terror por volverle a tener delante de mí. No era aquella niña asustada.

— Vengo a presentar mis condolencias a la familia. – una temible sonrisa se le dibujo en la cara. – A ti y a tu hermano. – apreté mis puños al lado de mis caderas y noté como se tensaban los músculos de todo mi cuerpo. Comenzó a dar pequeños pasos que resonaban en las baldosas, acercándose a mí con odio en su mirada. El odio que había guardado dentro de él, todos aquellos años en la cárcel.

– *¿Dónde está tu hermana?*

– *No sé. – nos giramos los dos. – Habrá ido a tomar el aire. Es un*

poco abrumador.

– *Hans. – Fernando se acercó a nosotros – Sobre lo de Antonio. Su última ubicación según mis compañeros de Madrid ha sido en el mismo Madrid. – me alivió saber que estaba lejos de ellos. – Pero ayer compró un billete de tren en Atocha. Está aquí. – comencé a dar vueltas entre la gente buscando a Lucía.*

– *Mierda, no veo a Lucía. Joder.*

– *Tranquilo. Seguro que Lucía está por aquí cerca. No creo que se le ocurra aparecer por aquí. Estará agazapado mirando desde lejos.*

– *Fernando, mató a su madre,*

la violó y acaba de salir de la cárcel. ¿En serio te crees tus propias palabras? – mi corazón me decía que estaba en peligro, sabía que no estaba bien.

– Soy idiota. – salimos de entre la gente que estaba allí y Pablo al vernos se asustó.

– ¿Qué pasa?

– Antonio está aquí. – pude ver como sus ojos se abrieron y de su boca salió un gran grito.

– ¿Dónde está mi hermana? – negué sin saber.

Corrí fuera de aquella plaza buscando a Lucía, pero no estaba en ninguna de las calles cercanas. Estaba

corriendo sin saber muy bien a dónde ir. Me comenzó a recorrer el miedo por todo el cuerpo. Me paralicé en medio de aquellas casas sin saber porque callejón salir. Apoyé las manos en mis rodillas para recuperar un poco el aliento.

Le pegué un empujón que le hizo caer al suelo y salí corriendo de allí. Los tacones se clavaban en medio de los adoquines de piedra pulida y me resbalaba debido a la pequeña tormenta que había caído mientras estábamos en la iglesia. No había demasiada distancia hasta la plaza pero cuando iba a cruzar una de las calles, las ásperas manos de mi padrastro agarraron mi cintura,

parando mi cuerpo y pegándolo contra la pared de una de las casas. El pelo cubría mi cara y sus asquerosos dedos comenzaron a pasar por ella. Moví fuertemente mi cuerpo para deshacerme de él, pero parecía que estar en la cárcel le había dado más fuerza de la que recordaba. Pegó su cuerpo al mío, oliendo mi pelo y apretando mis brazos contra las piedras de la pared.

— Echaba de menos tu exquisito olor. En la cárcel he echado de menos mucho estas curvas. — sus manos trataban de recorrer mi pecho.

— Suéltame. ¡Suéltame! Joder. — mis gritos pretendían alertar a alguien en aquella parte del pueblo, pero

parecía que todos estaban en la iglesia.

— Me mandaste a la cárcel. Tú y tu jodido hermano me mandasteis a la cárcel. — sujetó con extrema fuerza mi cara y con la otra mano apretó mi cuello dejándome casi sin respiración.

— ¡Mataste a nuestra madre! — me costaba cada vez más respirar y comencé a ver borroso todo.

— Y lo volvería a hacer. Si no era mía, no sería de nadie. Y tú volverás a ser mía. — trató de meter su mano por debajo de mi vestido pero tuve las fuerzas suficientes para cerrar las piernas. — No te resistas o lo harás más doloroso. — no podía respirar y comencé a notar como mi cuerpo empezaba a

dejar de oponer resistencia.

Corrí por otras dos calles, tratando de acercarme al centro del pueblo cuando escuché un grito de Lucía. Corrí, corrí como nunca lo había hecho. Dejé de escuchar esos gritos y se me pasaron mil imágenes por la cabeza. Al girar en la última calle vi a Antonio encima de Lucía, agarrándola del pelo y tirándola al suelo. Casi no se movía, sus ojos estaba casi cerrados y al llegar hasta donde ellos, me lancé sobre él y comencé a golpearle. Mis gritos debieron de alertar a Fernando y a Pablo que aparecieron por el final de aquella calle.

— *Hans suéltale, le vas a matar. – Fernando me levantó del suelo y vi la sangre en mis nudillos. Pablo se agachó para ayudar a su hermana.*

— *Lucía, Lucía. – abrió los ojos y gritó.*

— *Suéltame. Suéltame. – se removió en los brazos de su hermano hasta que vio que era él. Me miró y vio sangre en mis manos. – Hans. – Fernando levantó a Antonio del suelo, agarrándole fuertemente para que no se escapase e hizo una llamada con su teléfono.*

— *Acabaré con vosotros. – trató de soltarse de Fernando.*

— *Lo que vas a acabar es en la*

puta cárcel. He leído la sentencia para que salieses y tenías una orden de alejamiento de ellos dos. La has incumplido a las semanas de salir. ¿Crees que un juez no va a poner tu culo de nuevo entre rejas? Me encargaré personalmente de bajarte a Madrid y que cumplas condena por los años que te mereces. – Lucía se levantó tambaleándose del suelo y se acercó a mí, agarrándome las manos. Aún le costaba respirar con normalidad y tenía heridas en los brazos, piernas y cara.

— ¿Estás bien princesa? – le aparté el pelo alborotado de la cara, descubriendo que tenía alguna herida

más.

— *Sí. Estoy bien. – giró su cabeza para mirar a Antonio. – Me ha pillado desprevenida.*

— *Nunca más volverá a hacerlo. Te lo aseguro Lu.*

— *Maldita zorra asquerosa. Eres igual que tu madre. – no pude contener a Lucía y saltó sobre Antonio pegándole un puñetazo que casi le saca los dientes. La agarré a tiempo.*

— *Hijo de puta.*

— *Tranquila Lucía. No volverá a hacernos nunca más daño. – Pablo se acercó a él lentamente, sin que le temblasen las manos y se plantó delante de él. – Acabarás tu vida donde*

te mereces. No mereces ni que te pegue, ni que te insulte. Un cabrón como tú, tan solo merece morir solo. ¿Has visto toda la gente que ha venido a despedir a nuestra tía? – señaló tristemente la plaza. – A tu funeral no irán ni los gusanos a comerse tu cuerpo. No irá nadie, porque nadie te quiere.

— Pablo. – él se dio la vuelta y sonrió a su hermana.

— No Lu, esta vez me toca a mí. – miró a su padrastro. – Nunca has sabido amar, y morirás solo, sin nadie que se preocupe por ti.

— ¿Qué sabrás lo que es amor? No eres más que un niño.

— Sé lo que es amar

incondicionalmente. Tú me robaste el amor de mi madre, pero nunca pudiste quitarme el de mi hermana. Y si alguna vez se te ocurre volver a hacerla daño, te juro que te mataré con mis propias manos. – se acercó a él mientras Fernando aun le tenía agarrado por las muñecas. – Lo juro.

Mi hermano había sacado toda su rabia pero de la manera más elegante que me hubiera podido imaginar. Yo simplemente hubiera seguido pegándole hasta arrancarle todos los dientes, pero él, acabó con Antonio con una gran amenaza. Fernando al final se lo llevó cuando apareció una de las patrullas de la Guardia Civil del pueblo más

cercano.

Sin pasar por la plaza fuimos a casa. Teníamos que curarnos las heridas. Pablo fue con el resto de la familia para no preocuparles y Fernando se fue con la patrulla. Entramos en casa y subí al baño a por el botiquín. Al bajar me encontré a Hans sentado en el sofá. Su mirada estaba perdida en algún lugar de aquel salón. Me senté en la mesita enfrente de él y le cogí las manos. Tenía los nudillos desgarrados y volvió a mí en el momento que el agua oxigenada tocó su piel.

— Lo siento. — sus preciosos ojos verdes se fijaron en los míos. — Siento mucho que hayas tenido que

hacerlo.

— Lo volvería a hacer una y mil veces. Nunca dejaré que nadie te haga daño y te prometo, que yo no te lo haré jamás.

— Gracias. — puse mi mano sobre su cara. — Por ser, estar, seguir y continuar.

— Siempre. — se acercó a mi boca. — Siempre estaré a tu lado. Te quiero Lucía.

— Te quiero Hans. He tenido muchísima suerte contigo. Que no hayas salido corriendo por toda mi historia. Al encontrarte metido en todo esto. — terminé de limpiarle los nudillos y le eché un poco de Betadine.

— Si tuviera que elegir, sin conocerte, elegiría la misma historia. Todo por lo que hemos pasado. No borraría nada. — cogió un algodón y comenzó a curarme mis heridas.

— ¿Nada?

— Ni lo malo. Porque gracias a ello me he dado cuenta de que te necesito en mi vida. Necesito tus besos, tus abrazos, tus sonrisas y tu corazón. Así que no cambiaría nada. — me curó las heridas.

Nos sentamos en el jardín y nos quedamos en silencio viendo el pueblo. Un pueblo al que me costaría mucho volver. Me traía demasiados recuerdos, amargos y dulces a la vez.

39. UN VIAJE DE DIEZ METROS

Pablo se encargó de tranquilizar a todos antes de llegar a casa, porque cuando lo hicieron ninguno dijo nada.

Nos abrazaron como si hiciese años que no nos veían. Ceci y Evi venían con unas cervezas en la mano y unas botellas de vino. Se sentaron a mi lado y de sus bocas salieron un montón de adjetivos y ninguno bonito dedicado a Antonio. Evi quería haber sido la que le hubiese dado la paliza. Si lo llega a pillar, ella sí que lo mata. Al final terminamos riéndonos, como siempre hacíamos cuando algo malo nos sucedía. El humor era lo único que no nos podían quitar.

No era demasiado tarde y Victoria no hacía más que coger llamadas insistentes en su móvil. Daba vueltas por el jardín, alzando los brazos a cada momento. Negaba con la cabeza,

parecía que estaba librando una pequeña batalla.

— Tengo hambre. – Pablo estaba sentado con Hannah en uno de los sofás.

— ¿Cuándo no tienes hambre Pablo? Porque recuerdo las listas de la compra de hace unos años. Desvalijabas la nevera en cero coma. – le revolví el pelo.

— Estaba en edad de crecer.

— Ahora solo crecerás para los lados. – Evi se sentó encima de él.

— Oh, qué forma de atacarme.

— Aunque siempre estarás para comerte. – Ceci se sentó en su otra pierna y vi como Sharon torcía el gesto.

— El sueño de cualquier hombre. — abrazó a las dos por la cintura.

— Sí, pero a mí no me metes en el armario otra vez ni de coña. — Evi se empezó a reír.

— ¿Cuándo coño has estado tú en el armario? — Evi se levantó divertida.

— Crecer contigo ha sido un suplicio y de los gordos. — pasó a mi lado y me azotó.

— Quita esa cara Sharon. A Evi le gustas más tú que tu novio y Ceci está colada con August. — vi a Glen en la cocina mirando por la ventana preocupado. — Ahora vengo.

Demasiados frentes abiertos ahora mismo. – me acerqué a Glen por detrás y le abracé. - ¿Qué te pasa? – se dio la vuelta y no le solté.

— Nada, estaba pensando en Rachel. – apoyé mi barbilla en su pecho, debido a la diferencia de altura y estar sin los tacones, me quedaba pequeña a su lado.

— Si estás pensando en tu hija, no es nada. Es mucho. ¿Se quedó con sus abuelos no?

— Sí, pero me han llamado. Está demasiado rebelde con ellos. Hacía años que no les veía. Mercedes no tenía relación casi con sus padres y lo han hecho como un favor hacia mí.

Pero en dos días les ha vuelto locos. Solo quiere que vuelva. — pasó sus dedos por mi flequillo despeinado.

— Pues volved. Volved a casa. Aquí ya no podéis hacer nada más. — me abrazó mucho más fuerte.

— Estar a tu lado.

— No Glen. Habéis hecho lo que jamás me imaginé que alguien haría por mí. Te has encargado de todo, absolutamente de todo. Nunca pensé tener la suerte de conocer a alguien, que tras restregar mi culo por su ventana, llegase para salvarme. — escuchamos unos carraspeos detrás de nosotros y sin dejar de abrazarnos nos giramos. Rose y Hans estaban con los brazos cruzados

mirándonos.

— ¿En serio? – Rose trataba de poner cara de enfadada pero no podía ocultar su sonrisa. – Podéis separaros ya.

— No quiero. – me abracé más fuerte a Glen. – No.

— Aparta las garras de mi hombre zorrasca. – metió su brazo entre nosotros pero en vez de abrazarse a su prometido, me abrazó a mi fuertemente. – Estaba aterrada cuando Pablo me ha dicho que estabas con Antonio. Si te llega a pasar algo me muero. Eres mi hermana, y eso significa que nunca jamás me puedes abandonar. No me puedes dejar sola otra vez.

— ¿Otra vez? – al mirarla estaba llorando y limpié sus lágrimas con mi mano.

— Cuando te encerraste en ti después de tu jodida mentira, pensé que te perdería para siempre. No sé si son las hormonas, o por todo lo que estamos pasando ahora mismo, pero me he dado cuenta de que te quiero muchísimo. Que sin ti, no sería quien soy ahora. Sin ti, no estaría embarazada. – me eché a reír tratando de sacarle una sonrisa.

— En eso yo no tuve nada que ver.

— Si tuviste. Cuando en aquel bar te robé la cita. – miré a Glen.

— Te conocía bien, te conozco

a la perfección. Y aquel brillo en tus ojos era demasiado especial y me hice a un lado. Te quiero mucho Rose y siempre siempre estaré a tu lado. Y si Glen me deja el día que empujes, ahí estaré. — sonrió. — Aunque no prometo nada. Seguro que me desmayo.

— Gracias moitia. — se me quedó mirando esperando saber si lo había dicho bien.

— Poco a poco. Acabarás diciéndolo bien. Unas veces sí y otras no.

— *¿Sabéis que es un gusto veros así a las dos? — Glen y yo sonreímos. Teníamos dos tesoros con nosotros.*

— Aunque os llaméis de vez en cuando zorrascas.

— Bueno, eso son cosas nuestras. Realmente adoro cuando me lo llama, porque sé que es ella. Que es mi Rose. – Lucía le limpió el resto de lágrimas y luego la besó.

— Yo adoro que me ponga firme y me mande a tomar por culo o algo peor. Porque sé que es mi Lucía y no se me ha convertido en una pijasquera. – se echaron a reír las dos abrazándose.

— ¿Podremos cenar algo en el pueblo hoy? El jet-lag está matando a la familia. – Lucía se limpió unas lagrimillas que había tratado de

ocultar.

— *Estará todo cerrado, pero podemos comprar algo y hacer la cena.*

— *No nena, no vas a cocinar hoy.*

— *¿Por qué no? La última noche que estuvimos aquí, nos despedimos con una cena. Quiero hacerlo esta noche. Mañana se irán todos. Quiero pasar una última noche aquí feliz, con mi familia. — si es que me la podría haber comido a besos.*

— *Pero tú no vas a ir a comprar. Necesitas descansar.*

— *Claro y va tu padre a buscar la tienda al pueblo de al lado. Hans, que puede acabar en Zaragoza si se lo*

propone. Es más fácil, rápido y seguro si voy yo. – me miró convenciéndome.

— Te acompaño. – me tocó las manos.

— ¿Seguro que no prefieres descansar?

— Eso otro día.

— Hans, necesito hablar un momento contigo. – Lucía aprovechó para coger el bolso que estaba en el salón y agarrar a su hermano.

— Ahora volvemos.

— Tramposa.

— Yo también te quiero. – me lanzó un beso desde la puerta.

— Será petarda. – mi abuela me sacó al jardín.

— Cariño, hay problemas en el edificio de Miami. La licencia de obras ha sido denegada y van a paralizarlo todo, y como no vayamos a solucionarlo, la paralizarán por meses. — no podía entender nada. Miami medio arrasado por una tormenta y nos tenían que joder a nosotros.

— No puedo dejar a Lucía sola ahora. Tendrá que hacer por aquí cosas y me necesita.

— Lo sé cariño, pero nosotros nos tenemos que marchar. Mañana cogeremos un vuelo.- miré a Glen que estaba preparando un poco de brasa en la barbacoa del otro lado del jardín.

— Glen. — se dio la vuelta

como si le hubiese pillado robando algo.

— *Me acaba de llamar Lucía. Ha dicho que barbacoa.*

— *¿Pero porque te llama a... - vaya dos. - Bueno da igual. Me ha parecido oír que estabas planteándote volar mañana a casa.*

— *Sí, Rachel esta con papitis crónica. No quise que volase por no tener problemas con su madre antes del juicio y me estoy arrepintiendo.*

— *Mis padres y la abuela tienen que ir a Miami. Problemas con la Fundación.*

— *No hay problema. Pasamos por Miami, repostamos y nosotros nos*

vamos a casa. Además desde aquí ganamos horas de vuelo.

Media hora después llegaron los hermanos Medina con un montón de bolsas en las manos, más las que dejaron en una de las furgonetas. Entre todos pusimos la mesa y ayudamos en lo que pudimos. Pablo puso algo de música y nos relajamos. Por primera vez en horas e incluso días, nos dimos la oportunidad de relajarnos. Glen estaba con la carne, Rose preparaba mojitos en una mesa, mis padres hablaban con Pablo y Sharon, Hannah correteaba entre todos y Hernando ayudaba a Lucía en la cocina y aproveché para hablar con ellos.

— *Hernando, ¿por qué no te vienes con nosotros a Los Ángeles? - Lu no se pudo esperar a que hablase con él.*

— *No cariño, me iré a pasar un tiempo a Alicante con mi hermana. Hace tiempo que no la veo. Me vendrá bien estar con ellos.*

— *Pero no te olvides de nosotros. - abrazó dulcemente a Lucía.*

— *No te lo crees ni tú. En cuanto pueda me escapo para veros allí.*

— *Más te vale o vendré a buscarte y te llevaré de las orejas. - le besó.*

Salimos fuera y tras dejar las

patatas y demás picoteo sobre la mesa, cogí una cerveza y me senté en el murete. Observé todo. La casa por partes, la piedra oscura de la fachada, el jardín por donde corríamos, la parte donde nos tumbábamos a ver las estrellas, las marcas de la pared donde nuestra tía nos medía cada verano que pasábamos allí. Todo quería guardarlo en una parte de mi cerebro para regresar allí cuando la nostalgia me golpease. Mi hermano lo debió notar porque se acercó a mí con otra cerveza.

— ¿Grabándote todo? – afirmé chocando mi cerveza con él.

— Sí, no me quiero olvidar jamás de nada de lo que hemos vivido

aquí.

— ¿Volveremos alguna vez?

— Sí, pero no sé si seré capaz de volver a esta casa. Siempre regresaremos. Papá está en el acantilado y la tía mañana estará junto a él. Pero volver a aquí será muy doloroso. Demasiado.

— Lo sé, pero cada vez que vengamos, lo haremos juntos. — me dio la mano y pasó la otra por las heridas de mi mejilla. — ¿Te duelen?

— No, porque sé que nunca más nos podrá hacer daño. Nunca más volverá a aparecer en nuestras pesadillas. Se acabó Pablo. Se acabó.

— Primera tanda de barbacoa

lista. — nos bajamos de allí acercándonos. Cuando todos estuvimos juntos me aclaré la garganta.

— Quiero daros las gracias a todos por estar aquí con nosotros. Estoy muy contenta de que en un momento así estemos todos juntos. Todos vosotros sois muy importantes en nuestras vidas. Gracias por formar parte de ellas. Nunca olvidaré todo lo que habéis hecho estos días, vuestro apoyo y vuestro amor. Sé que la tía está ahí arriba mirándonos y sonriendo agarrada de las manos de papá y mamá. — resoplé sonriendo. — Siempre es más difícil decirlo en alto.

— Estarán muy orgullosos de

vosotros.

— Lo sé. — levanté los hombros diciendo “claro”. — Somos la ostia. Hannah no aprendas estas palabras por favor o en la Fundación me mandarán a ver a la psicóloga. — ella se agarró de mi mano. - La tía, dijo que quería estar siempre con nosotros. Con Hernando, con Pablo y conmigo. Sé dónde tiene cada uno que esparcir sus cenizas. Pablo las esparcirá mañana al amanecer junto a nuestro padre, Hernando seguro que las esparce en un lugar muy especial y a mí me dejó un mensaje encriptado. — miré al cielo. — Me costó un poco adivinarlo tía. Siempre te gustó ponerme a prueba. — comenzó a temblarme la

voz. – Ella solo dijo amor eterno y me dejó una gran pista en casa. Su amor por la India y por sus tradiciones, me las pasó también a mí. Esparciré esas cenizas en el Taj Mahal. – pude ver cómo todos me miraban asombrados. – Es el lugar del amor eterno por excelencia y si es su deseo, haré un último viaje a su lado. – Hans se quedó impactado, bueno, al igual que el resto.

— ¿La India? – afirmé a Pablo.

— Nuestro último viaje. Pero merecerá la pena. – tuve que cambiar de tema radicalmente. – Ahora a cenar, que se enfría todo.

El resto de la noche disfrutamos, disfrutamos mucho. Recordando buenos

momentos, anécdotas y las cosas más especiales. Era la mejor manera de honrar su memoria. Cuando nos quisimos dar cuenta eran más de las cinco de la mañana y en menos de un par de horas amanecería.

— Id a dormir.

— Ya dormiremos mañana en el jet. Son unas horitas de vuelo. — Steve recogió algunas botellas de la mesa. — Un poco de café y nos vamos a ver ese precioso amanecer del que tanto me ha hablado mi hijo.

Y así lo hicimos. Justo antes de amanecer, subimos hasta la zona del acantilado andando. Era un paseo que con las primeras luces saliendo por el

horizonte, hacían de aquello un espectáculo maravilloso.

Al llegar arriba mi hermano, antes de esparcir sus cenizas, quiso dedicarle unas palabras.

— Tía, sé que te hice sufrir, que te hice pasar muy malos momentos, pero me alegro mucho de que se me haya concedido un poco más de tiempo para que vieras en quién me he convertido. Gracias a ti, a tu paciencia y a tu amor incondicional soy quien soy hoy en día. Gracias por obligarme a volar a California. Sabías que allí encauzaría mi vida. Gracias por tu amor. — comenzó a esparcir lentamente las cenizas al lado del árbol.- Gracias por tu cariño. —

continuó esparciendo. – Gracias por quererme, por querernos de una manera tan especial. Siempre te querré tía.

Ninguno de nosotros pudimos decir nada. Mi hermano era capaz de dejarnos sin habla cuando se lo proponía. Me aferré a su mano y durante unos minutos nos quedamos en silencio.

Sabía que los dos necesitaban estar un rato a solas con su padre también, así que le dije a Lucía que estaríamos en casa recogiendo antes de que se fueran todos. Yo decidí viajar con Lucía a la India, no quería que estuviese sola. Era un viaje demasiado largo para que no estuviese acompañada. Así que reservé un par de

billetes en el vuelo del día siguiente. Tuve que convencer a Hannah que tenía que viajar a California con Glen y Rose. No quería separarse de nuestro lado y eso, en confesión, me encantaba.

Una hora más tarde entraron los dos en casa con una gran sonrisa. No sabía que es lo que había sucedido allí arriba, pero viéndoles sonreír, sabía que había sido bueno.

40. EL VIAJE MÁS LARGO

Cuando le comenté a Lucía que

había cogido un vuelo a India para el día siguiente, negó con la cabeza. Trató de convencerme que tenía que ir ella sola, que era algo que tenía que hacer por sí misma.

— *No quiero discutir contigo Hans. Puede que no lo entiendas, pero tengo que hacerlo sola. Te lo agradezco, pero por favor, compréndelo.*

— *No lo entiendo, lo siento cariño. — no quería enfadarme con ella.*

— *Sé que no lo entiendes, no espero que lo hagas. Solo espero que lo respetes. — bostezó unos segundos.*

— *Ve a dormir. Han sido días duros.*

— *No, os marcháis hoy todos.*

— *puse dos tazas de café.*

— *Mira Lu, respetaré tu decisión, aunque no me guste la idea, pero no me voy a mover de aquí hasta que salga tu vuelo. – torció los labios desaprobando mi decisión. – Me da igual lo que me digas. No te voy a hacer caso. Igual que haces tú. – frunció sus labios. – Aunque me pongas labios de pato. Me da igual. – le di un beso. – Y ahora vete a despertar a Hannah. Yo preparo el desayuno.*

— *Pero...*

— *Arriba. – la dejé justo en las escaleras de subida y noté como mientras las subía me miraba de reojo*

extrañada.

— *Glen. – estaba sentado en el sofá con el portátil. - ¿Crees que será viable lo que te he dicho?*

— *Sí, he hablado con Hernando y cree que sí.*

— *Genial. – respiré unos segundos. - ¿Crees que le gustará?*

— *Seguro, así se sentirá completamente en casa. ¿Por qué ya vivís juntos no?*

— *Sí, no... bueno. Con todo lo que ha pasado, mi viaje relámpago y tormentoso a Miami, no. Sé que Pablo llevó algunas de sus cosas, pero necesita un toque femenino aquella casa.*

— *Lo que necesitas es ponerle un poco de color y quitar tanta testosterona del ambiente. – Rose se sentó con nosotros con un bote de helado y la miramos los dos. – Sobró de ayer, le he echado un poco de chocolate caliente.*

— *¿Me podrías hacer un favor Rose?*

— *Mientras no incluya sangre, asesinato y una tumba, acepto. Esas tres peticiones solo se las aceptaría a Lucía.*

— *¿Matarías por ella y por mí no? – Glen se ofendió.*

— *Cuando pasemos por tantas cosas como he pasado con mi hermana,*

te ganarás ser el segundo por el que lo haría. – le besó tirándose encima de él.

A media tarde viajamos hasta el aeropuerto de Santander. No pude convencer a Hans de que se fuera con ellos, pero al menos Hannah volvía a casa. Se quedaría con Rose y Glen hasta que regresásemos los dos y la llevásemos a la Fundación. Al despedirme de ella, mi corazón me pegó un pinchazo. Un aviso. Aquella pequeña no se había separado de mí en los últimos dos días, me arropaba al dormirme en el sofá, me miraba fijamente cuando le hablaba, como si todo lo que le decía fuese importante, como si le importase hasta la receta de

bizcocho de chocolate. Su manera especial de clavar sus preciosos ojos azules en mí cuando entraba en su habitación y salía corriendo para abrazarme. Quería a esa niña, la adoraba y se me pasaron por la cabeza las palabras de Hans. ¿Y si fuésemos nosotros los que pidiésemos su custodia?

— Volverás pronto, ¿no?

— Si cariño. Cuando quieras darte cuenta estaré allí. — la abracé y besé. — Hans mañana vuela para allí para estar contigo en casa. Podrás jugar a cosas de chicas con él. — le miramos y su cara era un cuadro.

— En fin. Llámanos cuando

aterricéis. – besó a Hannah.

— Prometido. – volvimos a la terminal y me fijé que Hans llevaba un billete en la mano.

— ¿Ese billete?

— Cambié los dos por éste. No había vuelos mañana, así que saldrás en un rato hacia Madrid, conexión con Dubai y finalmente Bombay. – pude notar en su tono de voz cierto enfado.

— ¿Pero las cosas que hay que hacer?

— Nos encargamos Hernando y yo. No te preocupes por nada. Por una vez, deja que yo sea el que cuide de ti. – iba a protestar, pero no pude. Prometí dejar que me cuidasen y él era el que

mejor lo podía hacer.

— De acuerdo.

— Mierda, se me ha olvidado meter tu maleta. – miró su reloj. – Creo que me da tiempo a ir a casa y volver a tiempo. – Cogí el pasaporte y la urna, pero no lo demás.

— No te preocupes. Ya me compraré algo en un mercado. No voy a estar allí mucho tiempo. – me senté en uno de los bancos.

— ¿Por estar sola?

— No, porque quiero volver a casa. Estar contigo, recuperar la vida normal y poder seguir adelante. Estar contigo y con Hannah. Ver cómo le crece la barriga a Rose, ver los amaneceres

desde la cama contigo, ver cómo crece la academia, poder pasear por el muelle con un granizado. – casi se me acababa el aire al decir todo lo que deseaba hacer. - Dios, hace muchísimo que no voy a ver aquellos atardeceres. - sentí nostalgia de hacer las cosas que hacía antes de conocer a Hans. – Poder seguir adelante.

— Pronto estarás en casa. – me agarró de la mano.

— En nuestra casa. – Hans comenzó a sonreír y escuchamos el aviso de embarque del vuelo a Madrid.

— Ese es tu vuelo. – me acompañó hasta la puerta de embarque.

— Nos vemos en unos días. –

comenzó a acariciarme la cara y puse mi mano sobre su mejilla.

— ¿Estarás bien? – comencé a dudar de si ir sola, era la mejor opción y creo que Hans pudo notarlo.

— Sí. Es... estaré bien. – saqué una de mis sonrisas ensayadas para que no se preocupase más de la cuenta. Mentira, mentira, mentira.

— Si me necesitas, llámame y me planto en India en nada. – le acaricié la cara.

— No te preocupes cariño, estaré bien. – me abrazó.

— Tal vez si lo sigues diciendo te acabarás convenciendo de que será así. Te quiero Lu. – le besé.

— Voy a echarte de menos, aunque sean solo unos días.

Suspiré y encaminé mi cuerpo hacia la entrada de embarques. Tenía muchas horas por delante así que me pasé por una de las tiendas y compré unas cuantas revistas, un libro y unos cuantos paquetes de regalices. Al mirar la pantalla y buscar la puerta de embarque vi que el vuelo estaba retrasado. Creo que el que escuchamos no era mi vuelo. La gente se agolpaba en la puerta de embarque pidiendo explicaciones y escuché que había un par de horas de retraso. En el aeropuerto de Madrid había habido una avería de un avión y no se podía aterrizar. Volví a

la tienda para comprar más regalices. Me puse cómoda en unos asientos y empecé a abrir emails. Ricardo me preguntaba dónde demonios estaba, que se había pasado por la academia y Nico le dijo que había tenido que salir del país. A eso le siguieron un montón de tacos, más de los que yo era capaz de decir en una misma frase. Cogí el teléfono para llamarle y a los tres tonos contestó.

— Señor Ricardo, no vuelva a mandarme un email tan ofensivo o voy a la policía. – una señora que estaba a mi lado me miró muy extrañada, casi sin entender lo que decía.

— Dios Lucía, lo siento.

Después de que te mandase el email Nico me contó lo que había pasado. Siento mucho lo de tu tía. De verdad. Perdóname por ser tan capullo. – me extrañó su calmado tono de voz.

— Muchas gracias pero respondiendo a tu email, mi culo estará meneándose en el concierto y en la fiesta que queda. No te voy a dejar tirado. – me metí un regaliz en la boca. – Aunque darte una paliza y tirarte en una cuneta entraba dentro de mis planes.

— Veo que tu humor español vuelve a California.

— Vuelvo en unos días. Te aseguro que llegaré al concierto. Así que señor Ricardito, pase de mi unos

días. Me voy a meditar y a disfrutar de India por un instante. Buenas tardes señor Ortega. – le colgué sin darle tiempo a replicarme y me quedé de lo más a gusto.

Embarcamos y después de la hora de vuelo, junto con el retraso tuve que salir corriendo de la terminal 4 s del aeropuerto de Madrid, para poder pillar un tren que me llevase a la 4 para poder pasar por pasaportes y tener que rogarles cuando mi bolso pasó por el escáner y vieron la pequeña urna con las cenizas. Les mostré los papeles y aunque me miraron muy extrañados tras explicarles a dónde iba y para qué, me dejaron pasar mientras por megafonía

decían la puerta de embarque. Corrí lo más rápido que pude y al entrar en el avión me desplomé en mi asiento de primera clase. Hans y su forma de mimarme. Revisé el móvil por si tenía alguna llamada. Estaba tan ensimismada en él, que no me fije que el resto de pasajeros estaban ocupando sus asientos, pero el de al lado mío seguía libre.

— Perdone señorita, pero está en mi asiento. — estaba tan atontada que ni levanté la mirada. Simplemente busqué el billete para comprobar mi asiento..

— Disculpa, ni siquiera he mirado sí...

Y al levantar la vista allí estaban sus ojos verdes, su sonrisa encantadora y aquellas adorables arruguitas que se le formaban en la mejilla. Tuve que cerrar varias veces los ojos y volver a abrirlos.

— Sigue estando en mi sitio.

Me lancé a sus brazos y acabamos empotrados en el asiento de delante, golpeando a un señor que estaba allí sentado.

— Disculpe, lo siento muchísimo.

— No se preocupe. Con una sonrisa así, se le perdona cualquier cosa. — nos sentamos en los asientos.

— ¿Qué demonios haces aquí?

— Prometí no volver a dejarte sola, se lo prometí a tu tía. — me puso el cinturón de seguridad, apretándolo bien, metiendo su mano por debajo de la hebilla, rozando mi entrepierna. Aquel simple gesto me excitó.

— ¿No dejarme sola o ponerme como una jodida moto haciendo esto? — no había apartado su mano.

— Creo que es un vuelo bastante largo, creo que podremos encontrar un hueco para relajarnos un poco. — le di un manotazo en su mano y negué con la cabeza.

— Me alegro que estés aquí, ¿pero por qué no has volado conmigo a Madrid? — se llevó la mano a la cara,

ocultándome sus ojos y se mordió el labio inferior.

— Sabes que soy un desastre y tuve que volver a recoger mi pasaporte. Y al volver se me había olvidado mi maleta. Pero ya no tenía más tiempo que perder, cogí el siguiente vuelo, que iba en hora y llegué creo que antes que tú y todo. Me parece que nuestro vuelo se coló. — no podía parar de reír. Era como una serie de pequeñas catástrofes que le querían impedir llegar. — Si no llega a haber vuelo, me cojo un coche y en dos horas me planto aquí.

— Y acabas en comisaria.

— Bueno, me estoy acostumbrando a acabar con mi culo allí

desde que te conozco.

— Ahora será mi culpa que te lées a puñetazos por ahí en bares de mala muerte. — se sentó e hice exactamente lo que había hecho conmigo y el cinturón, pero fui bastante más descarada, metiendo mi mano por debajo de la camiseta y la cinturilla del pantalón.

— Lucía, no seas mala.

— Es que me alegro de verte y... - metí la mano en el pantalón directamente y puse una de las revistas sobre mi mano. — Veo que tú también te alegras de verme. Más de nueve horas de vuelo, será de noche enseguida y seguro que todo el mundo se duerme.

— ¿Qué desean para cuando hayamos despegado? — la azafata se acercó a nosotros y nos miró sonriendo.

— Creo que lo que quiere ella no está en la carta y yo quiero una copa de whisky. — la azafata me miró extrañada.

— Asqueroso. — susurré muy bajito. — Yo vino blanco por favor. Del resto ya me encargo yo a lo largo del vuelo.

— Bicho.

— De los malos. — tener aquellas peleas verbales a nuestro modo era capaz de hacerme olvidar lo malo. - Gracias por estar aquí conmigo.

— ¿Aunque no quisieras que

estuviese? – me apoyé en su hombro.

— Siempre quiero que estés, pero al principio quería hacerlo sola, aunque me arrepentí en el momento que pasé la seguridad.

— Pero como eres tan cabezota – me despeinó – no te gusta pedir ayuda.

— Pero ahora estás aquí. Será aún más especial. Aunque sin tu ropa, tu colonia, tus cremitas y demás creo que lo vas a pasar un poco mal en India. – le miré con la lengua fuera.

— Algo habrá para comprar allí. – empecé a reírme.

— Por unas pocas rupias en un mercadillo, unos pantalones, una camiseta y unas chancletas y listo. – su

cara era un puro poema. — Sal de la zona de confort por una vez y verás cómo es una de las experiencias más grandes de tu vida.

— Imposible. La mayor y mejor experiencia de mi vida ha sido conocerte. La más increíble, así que no puede haber nada que lo supere.

Después de despegar y que se estabilizase el avión la azafata nos dejó las bebidas. Estuvimos hablando un rato sobre la razón de que me apasionase tanto la India.

Mientras me iba contando las historias que su tía le mostraba después de sus viajes a India, estaba bostezando. Llevábamos más de

cuarenta horas despiertos, y ella llevaba casi tres días durmiendo en total unas tres horas. Apoyó la cabeza mientras musitaba palabras que ya no podía entender. Se quedó dormida y quite el apoyabrazos que nos separaba para que se pudiera poner más cómoda. Dejó caer su cuerpo sobre mis piernas y la tapé con una pequeña manta que me pasó una de las azafatas. Y me quedé dormido también. Cuando abrí el ojo la azafata estaba recogiendo las bandejas de la comida que ni siquiera habíamos probado. Estábamos a punto de aterrizar en Dubai.

— *Lu, vamos a aterrizar.*

— Cinco minutitos más, por favor. – remoloneaba en el asiento.

— Vamos a aterrizar, te tienes que sentar bien. – se movió sin abrir los ojos y al hacerlo, los tenía hinchados. Estaba preciosa.

En el aeropuerto de Dubai nos tomamos un café y de seguido nos montamos en el tercer avión. No sentía casi ni las piernas, pero aunque tuviese que meterme en diez aviones más, lo haría solo por estar a su lado.

A las dos de la tarde hora local, después de un millón de horas de vuelo y tres millones de kilómetros llegamos al aeropuerto de Bombay. El fagonazo del calor que nos pegó nada más salir

del avión fue matador. Estábamos a treinta grados pero la humedad era horrorosa. Parecía que la piel se pegaba al cuerpo y costaba muchísimo más hacer cualquier cosa. Tras pasar el control de pasaportes y tener que explicar de nuevo lo que Lucía llevaba en aquella pequeña urna llegamos a la zona de salidas.

— *Voy a ver cómo podemos llegar al Taj Mahal. – Lucía revisaba todos los mostradores buscando alguno en el que nos pudiesen entender.*

— *¿No será mejor descansar un poco hoy y mañana vamos por la mañana?*

— *Voy a preguntar. – se fue a*

uno de los mostradores y diez minutos después vino con los vuelos para el día siguiente y la dirección de un hotel cercano al aeropuerto. — El primer vuelo es mañana a las ocho y media. ¿Nos vamos a descansar algo?

*— ¿Todo eso en diez minutos?
— me afirmó con la cabeza.*

Salir del aeropuerto y ver aquello me impactó. No era ni parecido a lo que estaba acostumbrado. Los edificios, las carreteras, las personas caminando por los arcenes. La imagen que tenía de India, iba a cambiar drásticamente en aquel viaje.

41. COME, REZA, AMA

Iba observando por la ventanilla del taxi. Aquellas imágenes no eran exactamente como me las imaginaba.

Había grandes carreteras, íbamos en un autobús y el ambiente no era para nada como yo había imaginado en mi mente. Al llegar al hotel y registrarnos subimos a la habitación y todo estaba genial. Creo que Hans se dio cuenta de mi cara al instante de cerrar la puerta. Nos quitamos la ropa empapada de sudor y nos pegamos una ducha. Tenía tanta energía acumulada, sin saber muy bien de dónde provenía, que necesitaba salir de allí. Caminar, poder respirar y entender un poco mejor una cultura que me fascinaba.

— Ahora mismo vengo. Voy a bajar a comprar algo de beber y comer. Descansa un poco.

— Voy contigo. — me agarró por la cintura y me lanzó a la cama, tumbándose encima de mí.

— ¿Te voy a tener que atar a la cama para que no te muevas? — subí mi cadera pegándome a la suya.

— Depende de lo que me vayas a hacer después. — cerró los ojos.

— Quédate quieta. Van a ser veinte minutos a lo mucho. — exactamente veinte minutos después volvió a la habitación dejando una bolsa en la cama. Cuando la abrí esperando comida, me encontré con un vestido y unas chancletas. — Vístete que nos vamos.

— ¿A dónde? — seguía tumbada

en la cama muy extrañada.

— Confía en mí.- me quité la toalla quedándome completamente desnuda y me coloqué el vestido. - ¿Vas a ir sin ropa interior?

— No tengo nada, ¿recuerdas que no tenemos maletas? Aunque creo que en mi bolso tengo algo. – rebusqué en los bolsillos y encontré unas bragas en una bolsita.

— ¿Llevas unas bragas en el bolso? ¿Siempre? – afirmé riéndome.

— Las bragas de emergencia. Nunca sabes que te pasará y donde perderás tus bragas.

— ¿Habrá algún día que dejes de sorprenderme? – me agarró de la

mano pegándome a su cuerpo.

— Espero que no. El día que no te sorprenda se habrá roto la magia.

— Te aseguro que nunca se romperá la magia.

Y en aquel pequeño hotel, con el calor abrasándonos el cuerpo, me besó de nuevo como la primera vez, volviéndonos a redescubrir, como si no hubiéramos pasado por nada de todo aquello. Como si fuera exactamente nuestro primer beso. Nuestras manos buscaban nuestros cuerpos, y la pasión se apoderó de nosotros por un buen, buen, buen rato. Sus dedos se deslizaban por mis hombros para quitarme el vestido que acababa de ponerme, los

míos arrancaron su camiseta y sus bermudas. Mi boca se posó sobre la suya y mis piernas en su cintura. Le necesitaba, necesitaba que todo su cuerpo me cubriese y que me hiciera olvidar por unos segundos todo lo que había pasado.

Lo hizo. Como siempre a su lado, entre sus brazos, me olvidaba del mundo, de los problemas y de los malos momentos por los que habíamos atravesado. Pero seguía allí, seguía a mi lado, en un hotel a miles de kilómetros de casa, de su zona de seguridad.

Se levantó de la cama y comenzó a vestirse. No sabía si me gustaba más cuando se la ponía o se la quitaba.

— Vamos princesa, tengo una sorpresa para ti. — me tiró el vestido a la cara.

— Ya voy. Que energía por dios.

Cuando bajamos un taxi nos estaba esperando. Llamarle taxi, tal vez era demasiado. Estaba lleno de colores, cosas colgando de las ventanas y música hindú. El amable conductor nos metió de lleno en una de las carreteras que llevaban a Bombay. Al llegar a la ciudad, los edificios modernos se combinaban con edificio antiguos. Iba observando por la ventanilla sonriendo. Un gran sentimiento de felicidad comenzó a invadirme por completo.

Aquello era exactamente lo que necesitaba. Comprobar con mis propios ojos, la magia que mi tía me contó tantas veces de India. Media hora después, embutidos en un atasco de narices, el taxista nos dijo que podríamos acceder al mercado andando desde allí. No entendía dónde estábamos.

Lucía bajó del taxi perdida, no sabía dónde estábamos. La agarré de la mano y nos adentramos entre las personas que caminaban por la calle, las motos que pasaban a nuestro lado, las bicicletas que teníamos que esquivar, hasta que llegamos al Crawford Market. Se soltó de mi mano y comenzó a caminar sola, observando

todo. Se dibujó una gran sonrisa en su cara y sus ojos comenzaron a brillar, de una manera completamente nueva, diferente y muy especial. Se dio la vuelta y negando con la cabeza saltó a mis brazos, giré con ella unos segundos.

— Vi en tu cara decepción. — ladeó un poco la cabeza. — Sí señorita Medina, empiezo a conocer todas tus caras, todos tus gestos y sabía que lo que veías te estaba decepcionando. Así que bajé a recepción y nuestro amable Navil me dio esta dirección y se encargó del taxi y demás. — comenzó a hacer ruiditos, como cuando veía un cachorrito. - ¿Soy un perro para que

hagas esos ruidos?

— *No, no eres un perrete. Eres la cosa más adorable del mundo. — aun no le había dejado en el suelo y comencé a hacerle cosquillas.*

— *¿Cosa? Ese mismo ruido lo hiciste cuando conociste a Rufus.*

— *Es el ruido que hago cuando algo me encanta. Ya lo deberías saber. — la dejé en el suelo y me besó. — Y si fueras un perrete, me enamoraría de ti.*

— *Tú eres muy de enamorarte. — soltó el aire por la nariz y se quedó en silencio unos segundos.*

— *¿Te cuento un secreto? — agarró mi cara para poder mirarme*

fijamente. – Eres la primera persona de la que me he enamorado, por completo.

— Espero ser la última.

— La primera y la última. – me besó.

Agarró mi mano y corrió por el mercado. Se paraba en cada puesto, observaba, olía y sacaba fotos con su móvil.

Las personas, los olores, colores y sabores me invadieron. Ya estábamos inmersos en las historias de la tía. Todo era exactamente como ella me contaba. La amabilidad de las personas, como te ofrecían algo para probar, flores para oler. Nos sentamos en el suelo de un pequeño puesto para comer en la parte

traseira del mercado. Hans miraba extrañado la comida, pero al verme comer hizo lo mismo. Casi se muere cuando cogió algo muy picante.

— Bebé para que se te pase.

— ¿Cómo puedes comer esto?

— Ya sabes que adoro el picante y cuanto más pique, más me gusta.

Estábamos sentados en el suelo y noté que alguien nos estaba observando. Al girarme un Sadhu se acercó a nosotros arrodillándose a nuestro lado. Llevaba una túnica naranja e iba descalzo. De su cuello colgaban varios collares. Su largo pelo estaba lleno de rastas. Una gran barba blanca cubría su

cara y tenía la frente pintada con seis rayas blancas y un bindi rojo en el centro de la frente. Me observaba con mucho detenimiento, poniendo sus manos sobre mis hombros sin tocarme y girando a nuestro alrededor sin decir nada. Hans le miraba con una ceja levantada y con el modo de protección más alerta que nunca. Nos dio un pequeño papel blanco con algo escrito en él, sin saber lo que decía. Estaba escrito en Hindi.

“हमारे अच्छे और बुरे कर्मों के लगभग एक छाया रहेगा हम”

— Perdón, pero no lo entendemos. — le mostré el papel con un gesto de desconocimiento. Nos observó a los dos y salió de su garganta una voz ronca y tranquilizadora.

— Nuestras buenas y malas acciones nos siguen casi como una sombra. — lo dijo en un perfecto inglés.

— No, no tenemos sombras. — Hans respondió rápidamente.

— Noto cómo entre vosotros ha habido problemas, que habéis solucionado y solo las buenas acciones os acompañarán el resto de vuestras vidas. — llevaba un pequeño saco colgado de la cintura y metió su mano

dentro de él. – Dejad que lo bueno de este mundo os cubra siempre, y lo malo no entre en vuestra casa. – comprobé que su mano se teñía de rojo y puso su pulgar sobre mi frente dibujándome un círculo rojo justo en medio. Hans nos miraba sorprendido. – Un viaje al centro de nuestro corazón, es el más complicado de la vida. – volvió a meter su mano en el saco para dibujarle a Hans el mismo círculo en su frente. – Haz que tu alma sea la más sincera el resto de vuestras vidas. – cogió nuestras manos uniéndolas con las suyas. - No ocupéis la mente con necedades y no malgastéis el tiempo en cosas vanas. Cerrad vuestros ojos y observad todo

con el corazón. India se meterá en vuestros corazones para siempre.

Tal y como el Sadhu apareció, simplemente desapareció. Había unido nuestras muñecas con uno de sus múltiples collares que llevaba colgados del cuello. Al mirarlo vi que era un Japa Mala, un rosario hindú. Quise darle las gracias, pero ya no estaba. Simplemente había desaparecido.

No entendí nada de lo que pasó los quince minutos anteriores. Aquel extraño hombre que parecía querer bendecir a Lucía y cómo sus palabras, exactas, descubrieron nuestra vida. Todos aquellos meses se vieron reflejados en nuestros ojos al parecer, o

en nuestras almas. Si hacía un año me hubieran dicho que estaría comiendo en Bombay, tirado en el suelo, comida realmente extraña y creyendo a un señor con una túnica naranja, que nos había limpiado los chakras, me hubiese partido de risa. Pero desde que conocí a Lucía, supe que cualquier cosa con ella, era posible.

Dimos un paseo y volvimos al hotel a descansar. Teníamos el vuelo muy temprano y necesitábamos dormir algo. Aunque fue tarea imposible con el calor que hizo durante toda la noche. Al día siguiente cogimos el vuelo y en tres horas y media estábamos entrando en el Taj Mahal. Me quedé sin habla al

pasear por aquellos jardines y ver al fondo el monumento. Dejaba sin respiración. Nos quedamos más de diez minutos observándolo.

Aquello era simplemente increíble. Aquellos jardines con el agua a lo largo de ellos donde se reflejaba el Taj Mahal. Era demasiado abrumador. Pensar que aquello se construyó por amor, para demostrar el mayor de los amores. ¿Ostentoso? Mucho. ¿Precioso? Imposible de describir. Los tonos blancos del edificio bañado por la luz del sol, fueron cambiando durante las horas que estuvimos allí sentados mirándolo. Ninguno de los dos nos movimos. Cerré los ojos y comencé a

pensar. Mi tía quería descansar allí pero como me pillasen esparciendo las cenizas por la fuente, nos íbamos a meter en un problema.

— ¿Ahora?

— Sí, es el momento. Mi tía es lo que quería y lo voy a hacer. — me acerqué al agua. — Tía, ahora sé porque querías que una parte de ti descansase aquí. Es un sitio lleno de amor y de magia. Un país tan rico, que no se necesita nada para ser feliz. Es un viaje que tenía pendiente y me hubiera gustado hacerlo contigo de alguna otra manera. — contuve la respiración unos segundos sin querer deshacerme de las cenizas. — Pero ahora es el momento de decir hasta

luego. Hasta luego tía. Te quiero muchísimo. Descansa aquí para siempre. – las esparcí en el agua y se disolvieron rápidamente, depositándose en el fondo de la larga piscina. – Gracias por haberme enseñado todo, por haberme querido y por haberme protegido durante toda tu vida. – tenía un gran nudo en la garganta. – No es un adiós, porque siempre hablaré contigo cuando te necesite, aunque viajar hasta aquí se me hará más difícil y volver a Langre más duro. Puede que tarde en volver, pero lo haré. Te lo prometo. Siempre estarás conmigo. No habrá día que no te recuerde y te quiera.– me quedé acariciando la pequeña urna unos

minutos y Hans supo darme ese pequeño espacio que necesitaba para decir adiós, aunque no tuviera la fuerza suficiente para hacerlo. Escuché el sonido del móvil de Hans que se apartó para cogerlo. Al escuchar su dulce tono de voz supe que estaba hablando con Hannah.

— Si cariño. — me acerqué a él y me abracé. — Sí, en unos días nos vemos. Lu está bien, aquí a mi lado con unas ganas terribles de verte. Yo se los doy, los tuyos y los míos. Ya sé que es raro volver allí, pero es tu casa. Sí, bueno. Hacemos una cosa. Cuando volvamos, hablamos los tres. ¿Te parece? Vale cariño. Sí. — de repente se

quedó blanco y se le escurrió el teléfono de la mano, que yo pillé al vuelo.

— ¿Qué ocurre?

— Antes de colgar, me ha dicho, te quiero.

— Ay dios, que gran sacrilegio ha hecho la pequeña. Llamemos a un exorcista y que saque de Hannah al demonio. — empecé a reírme. - ¿Sigues teniendo problemas con los te quiero?

— No, pero me ha sorprendido y ha sido el punto. — comenzamos a pasear por los jardines.

— ¿Qué punto? — resopló bajándose las gafas de sol.

— Quiero que Hannah sea parte de nuestras vidas, quiero que formemos

una familia. – me quedé quieta al lado de una de las fuentes. – No te asustes. No será hoy, ni mañana, será un largo camino para conseguirlo, pero quiero formar una familia contigo. Estos días todos juntos han sido increíbles, dejando de lado el motivo. – agarró mis manos. Me costaba respirar. – Quiero seguir teniendo momentos así, despertándome a tu lado y desayunar los tres juntos. Ver como os tumbáis en el sofá y me mandáis fotos tontas si estoy en la otra punta del país. – sonreí recordando aquella noche. – Que cuando salga del colegio corra a mis brazos y algún día me acabe llamando – respiró profundamente con miedo a decir la

palabra.

— Papá.

— Quiero protegerla, protegeros y cuidaros. – se puso frente a mí y se quitó las gafas de sol para mirarme a los ojos directamente. – Lucía Medina, quiero formar una familia contigo.

— Hans. – buscó algo en su bolsillo y se me paralizó el corazón.

— Déjame terminar. Creo que no hay lugar más mágico para ello. – sacó una pequeña cajita y vi un par de pulseras de cristal en ella. – Son unas pulseras que simbolizan la fuerza y el compromiso. Me aconsejaron muy bien en el mercado cuando te separaste de

mí. – no me podía creer que se hubiera molestado en buscar aquellas pulseras con todo el significado que tenían. –
Lucía, cuando tú no puedas más yo seré tu fortaleza. Cuando creas que no puedes levantarte seré yo quien lo haga por ti. Ya es hora de que seas completamente feliz y dejes que alguien te cambie la vida. Déjame cambiarte la vida princesa. Déjame vivir a tu lado. Déjame ser parte de tu vida. – me colocó las dos pequeñas pulseras. - Para siempre. Déjame ser tu vida, porque tú – se levantó poniéndose a mi altura – eres la mía. – no podía hablar. Mis sentimientos se estaban agolpando en mi garganta y querían salir a

borbotones, pero no podía casi reaccionar. - ¿Me dejarás?

— S... sí Hans. ¿Sí quiero? —
sonreímos los dos. — No sé cómo se responde a algo así. Sí quiero. Quiero ser parte de tu vida para siempre.

En aquel momento Hans pudo volver a respirar. Nos abrazamos fuertemente y nos besamos a los pies del edificio del amor eterno. No podía haber un lugar mejor en el mundo para comenzar lo nuestro, de nuevo. Podría ser un camino difícil, podríamos encontrar muchas piedras con las que tropezaríamos, pero juntos de la mano seríamos capaces de sobrevivir a todo, pero sobretodo, podríamos empezar a

ser felices para siempre.

**42. QUÉ ESPERAR
CUANDO ESTÁS
ESPERANDO**

Cuatro semanas después me estaba poniendo las medias para salir a bailar al concierto de Ed. Nos habían metido en un pequeño camerino dentro de una especie de roulotte improvisada cerca del escenario. Nico se estaba peinando, algo que hacía antes, durante y después de sus clases y de cada vez que bailaba. Tenía más cremas y potingues encima de la pequeña mesa que yo.

— ¿Quieres apartar tus mierdas para que pueda maquillarme? — saqué un pequeño neceser.

— Si tú no necesitas nada. Dos brochazos y estás lista como siempre.

— Pues hoy me voy a pintar los labios de rojo putón. Es una noche

especial. – me miró a través del espejo.
– Vienen todos a ver el concierto, pero no hemos podido traer a Hannah.

— ¿Habéis empezado los trámites? – negué con la cabeza mientras me pintaba los ojos.

— No, no hemos hablado aún con ella. Primero de todo queremos saber lo que piensa. Han sido semanas difíciles para ella. El funeral de sus padres fue muy duro para Hannah. Hemos decidido esperar para hablarlo.
– me pasó las planchas del pelo.

— ¿Esparcisteis las cenizas en casa? – afirmé con la cabeza.

— Plantamos unos rosales en la Fundación y allí ella misma las echó.

Estas semanas no se ha separado de ellos. — me peiné el flequillo.

— Bien sabes que lleva su tiempo. Así que tú tranquila. Maquíllate esos labios que tenemos que salir antes de que empiece él a cantar.

Nos sentamos todos en los asientos que teníamos reservados y comenzaron a encenderse unas luces en el escenario, sabía que iba a empezar el concierto. Desde que habíamos vuelto había pasado todos sus ratos libres ensayando con Nico y su actuación seguro que era impecable, aunque tuviera los nervios destrozados.

Comenzó a sonar la música y salieron ellos dos a bailar. Era tan

bonito verles, parecía que volaban por el escenario. Ed salió y todo fue precioso, simplemente precioso. Nuestros aplausos eran los que más se oían, claro, parecíamos una horda salvaje de fans. Cuando llegó el momento, Lucía salió con un precioso vestido blanco vaporoso y voló sobre el escenario de nuevo, pero esa vez, ella sola. Se lo comió, se metió a todo el mundo en el bolsillo. Era increíble, como ella tan solo podía ser el centro de nuestra atención. Antes de que finalizase me levanté aplaudiendo fuertemente y mi madre me tuvo que sentar, porque varias personas me mandaron callar.

Cuando acabó el concierto pasamos al backstage y la vimos con Ricardo hablando.

— Lucía, has estado increíble. Tú Nico también. Tenéis un gran futuro en los escenarios. – Lucía agachaba la cabeza agarrándose del vestido. - ¿Qué pasa Lucía?

— Mira Ricardo, me lo he pasado en grande, me ha encantado la experiencia, pero no soy carne de conciertos ni de giras ni de nada por el estilo. – nos quedamos lo suficientemente cerca para escuchar su conversación. Todos estábamos muy pendientes de ella.

— Pero...

— *No Ricardo, mi vida está aquí, mi familia está aquí y ya no tengo veinte años. Tengo que ser realista. Si me hubieras conocido hace diez años, no me lo hubiera pensado. La academia, la Fundación... - empecé a pensar que podía perder más de lo que ganaba por mi culpa.*

— *¿No te arrepentirías si no aceptases la oferta que tengo para ti? — no dudó ni un segundo en contestar.*

— *No Ricardo, no me arrepentiré nunca. Soy feliz, soy mucho más feliz de lo que jamás me hubiese imaginado en toda mi vida. Tengo un hombre a mi lado que me quiere, que me respeta y que...*

— *Que te adora. – no pude evitar acercarme a ellos. – Hola Ricardo. – le estreché la mano. – ¿No quieres escuchar su oferta?*

— *No. Éste es mi sitio, no quiero estar en ningún otro. Está tu familia, mi hermano, estás tú y está Hannah.*

— *Hablando de Hannah.- llamé a Pablo y Hannah salió corriendo de detrás de él. – Sorpresa.*

— *Hola Lu.*

— *Hola mi amor. – se abrazaron como si hiciese años que no se veían.*

— *Ha sido muy bonito. Me gusta verte bailar. Ojalá te viera todos*

los días hacerlo y me enseñaras. – la cogió en brazos.

— *Yo os dejo solos.*

— *Ricardo, muchas gracias por pensar en mí. – se acercó a ellas y acarició el pelo de Hannah.*

— *No me las des, me acabas de mostrar el mejor de los motivos para no aceptarlo. Pero no te librarás de mí para trabajos por aquí.*

— *Gracias Ricardo. No eres tan capullo como pareces. – nos reímos y se marchó.*

— *¿Nos vamos a casa? – Hannah jugueteaba con el vestido de Lucía.*

— *¿A casa? – la niña me miró.*

— Sí, puedo pasar todo el fin de semana con vosotros.

— Nosotros nos vamos a cenar. Disfrutad del fin de semana y descansa. Te lo has ganado.

Al llegar a casa, la mesa ya estaba preparada en el jardín. Había organizado todo para que Hannah estuviese a gusto. Nos sentamos y Lucía estaba nerviosa.

— Hannah, tenemos que hablar contigo.

— ¿He hecho algo malo? — dejó el tenedor sobre el plato.

— No mi amor, claro que no.

— ¿Entonces de qué queréis hablar conmigo? — nos miraba curiosa

a los dos.

— *Como ya sabes, la psicóloga ha hablado contigo sobre lo que es una adopción y el proceso que ello conlleva.*

— *Sí, ya sé cómo va. He visto muchos niños en la Fundación que han pasado por ello. Viene gente, les mira y eligen al que más les guste. Pero los niños enfermos al final no son elegidos por nadie. – se me partía el corazón escuchándola decir todo aquello. Era triste, pero era la verdad. Llevaba muchos años viéndolo. – No quiero ser como uno de esos juguetes que se rompen y los devuelven a la tienda.*

— *No cariño. Eso no va a*

pasar.

— *¿Quién me va a adoptar? — levantó sus pequeños hombros dándose por vencida.*

— *Nosotros. — Lucía no preguntó, no pidió la opinión de Hannah, simplemente afirmó rotundamente.*

— *¿Vosotros? — comenzaron a brillarle los ojos.*

— *Sí Hannah, nosotros te adoptaremos, si tú quieres claro. — nos observó a los dos, con lágrimas en sus preciosos ojos azules.*

— *¿Vosotros queréis adoptarme? ¿Aunque siga enferma?*

— *No estás enferma cariño.*

Estás curándote. – se levantó de la silla y se alejó unos metros de nosotros.

— *¿Qué demonios está pasando? – Lucía me miraba preocupada.*

— *No lo sé.*

La dejamos unos minutos sola, sin saber lo que se le estaba pasando por la cabeza. Tal vez no éramos la familia que ella quería tener. No éramos normales, no teníamos unas vidas demasiado normales, no éramos ni siquiera una familia tradicional. Lucía se levantó para recoger la mesa. Estaba triste y preocupada. Me levanté para ayudarla y Hannah se acercó jugueteando con sus dedos a la mesa.

— *¿No me devolveréis? – nos dimos la vuelta.*

— *Claro que no. Nunca haríamos eso. Hans a mí no me ha devuelto y yo vine con tara. – sabía que estaba tratando de que Hannah se riese.*

— *Lo que Lu quiere decir es que te queremos tal y como eres. Queremos que seas parte de nuestra vida, que seamos una familia. Sabemos que es algo difícil de decidir. Ya eres mayor y podrías decidirlo por ti misma, si quisieras*

— *¿Y si ya lo he decidido? – Lucía se tambaleó agarrándose a la mesa y tirando la mitad de los platos.*

Notaba cómo le costaba respirar y como la camiseta se le pegaba al pecho al tratar de hacerlo.

— *Siempre respetaremos tus decisiones. Siempre.*

— ¿Aunque haya veces que no sean buenas o iguales que las vuestras? — cerré por un segundo los ojos e inhalé aire por la nariz para soltarla lentamente por la boca.

— En la vida no se toman siempre las decisiones que a todos nos gustan, pero eso es lo bueno de las personas. Cada uno puede elegir lo que quiere, siempre que lo haga con el corazón. — por primera vez en mucho tiempo las palabras no podían salir de

mi boca. Hans me miraba extrañado por estar tan callada. Hannah se acercó más a nosotros y yo me tuve que sentar en una silla.

— Sí quiero. — se dio la vuelta con las manos en los bolsillos de su pantalón, con la cabeza agachada. — Sí quiero estar siempre con vosotros. — yo no podía reaccionar. Hans fue a por ella y levantándola en brazos comenzaron a reír los dos. - ¿Lu no está contenta?

— Sí cariño, pero creo que aún está asimilando tu respuesta. Cuando veas que pone esa cara que tiene, que se le abren los ojos que parece que se le van a salir, hincha los labios y su boca parece más grande de lo normal, es que

está alucinando, alucinando de verdad.

— ¿Y es bueno? — yo seguía con la mirada fija en ellos.

— Más bueno de lo que puedes imaginar.

Cuando pude enfocar de nuevo mi vista Hannah y Hans estaban justo delante de mí, con cara de querer saber lo que se me estaba pasando por la cabeza. Me levanté de la silla, les miré y cogí a Hannah en brazos y empecé a girar con ella. Se reía a carcajada limpia y sabía que aquella era la risa que quería escuchar cada día.

— Gracias cariño, gracias por decir que sí. — le empecé a dar besos por toda la cara y seguía riéndose.

— ¿Entonces me puedo quedar ya para siempre aquí? – la dejé en el suelo y nos sentamos en el jardín. Hans se unió a nosotras.

— No cariño. Puede ser un proceso bastante largo, con muchas personas que te hagan muchas preguntas, tendremos que pasar por el psicólogo y unas cuantas cosas más.

— Pero merecerá la pena, si el resultado es que puedo estar con vosotros siempre. No es que ya no quiera a mis padres. – jugueteó con mis pulseras. – Pero vosotros habéis sido siempre muy buenos conmigo y no podría tener una mejor familia que vosotros.

Y después de que Hannah dijera que sí, comenzamos el proceso de adopción. Ese mismo lunes hablamos con el departamento que llevaba las adopciones en la Fundación. Era un departamento especializado con abogados, psicólogos y demás profesionales. Completamente externo a la Fundación. Supe que al ser nosotros los que queríamos comenzar el proceso, podría ser más complicado, ya que tendríamos que pasar por más trámites al ser Hans el director de esa misma Fundación en la que Hannah estaba. El estado de California podría echarse encima de nosotros si había alguna prueba de que algo no fuera por el

camino legal y correcto.

Y no me equivoqué. Desde el día que habíamos presentado la petición de adopción, había transcurrido un mes sin noticias.

— ¿Cómo lo llevas Rose? ¿Se te han pasado ya las ganas de echar hasta los higadillos? — estábamos recogiendo la sala de aero yoga. Rose me pidió que le enseñase algunos ejercicios para relajarse.

— Mucho mejor. La verdad es que Victoria me trajo un día unas cosas de esas de homeopatía y menos mal. — se le notaba la tripa. Ya estaba de cuatro meses. - ¿Ya sabemos si es una nueva Rose o un gran Glen?

— No, hemos decidido no saberlo. – cerró la puerta.

— Joder, yo me moriría de curiosidad. Ay dios, veo la cara de Glen buscándole al bebé algo entre las piernas para saber qué es. Le veo levantándole en plan mono loco del rey León. – alcé una toalla recreándolo. - Diciendo, es un niño, un niñooooooooooooo. – canté. – Naaaachigüenya babaichibaba. – estaba dando pequeñas vueltas con la toalla y Rose se estaban meando de la risa mientras cantaba a mi modo la canción.

— ¿Qué demonios estás haciendo? – al mirar a la puerta me encontré con Glen, Rachel y Hans

mirándome boquiabiertos.

— Haciendo el idiota, como siempre. — Hans me quitó la toalla.

— ¿Nos vamos a casa? Mañana tenemos una reunión a primera hora de la mañana con los psicólogos. — le miré extrañada. — He recibido un papel del juzgado. Pasa a trámite nuestro expediente. — salté a sus brazos y caímos al suelo.

— ¿De verdad? — afirmó con la cabeza sonriendo. — Así que ahora empieza lo peor no. — me puse de rodillas sobre él. — Que nos diseccionen las vidas, que pregunten a nuestros familiares y conocidos. Antecedentes... — me quedé en silencio unos segundos.

— Sí cariño. Pero he hablado con Charlie. — me levanté muy extrañada. — Sí, no me mires así. Pablo no tiene expediente delictivo, pero sí que habrá constancia de la condena.

— Ya lidiaremos con eso. Cuando llegue el momento. Que empecemos con el proceso no significa que tardemos solo unas semanas.

— Chicos, ¿vamos a cenar? Queremos hablaros de algo. — Glen miró a Rose y negó con la cabeza.

— ¿Algo? Ya sabemos que estáis embarazados.

— Hablamos cenando. ¿En vuestra casa? Ya he pedido la comida en el italiano de aquí al lado.

— Sí, cerramos y nos vamos. —
Nico apareció bailando. — Nico ¿te
vienes a casa a cenar?

— He quedado. — giró varias
veces sobre sus pies a nuestro lado.

— ¿Huele a cita? — Rose arrugó
la nariz.

— No. Huele a me he pasado
con la colonia. — le olisqueé.

— Deja de olisquearme. He
quedado con Sam. — di pequeños saltitos
acompañados de palmas.

— Veníos los dos. — Rose y sus
ganas de meter las narices. — Estarás
nervioso y qué mejor que cenar con
amigos para romper el hielo. Además
vienen también Pablo y Sharon.

— Genial. ¿Alguien más?

Menos mal que no teníamos planes.

— Ya follaréis después, que tenéis el resto de la noche. – miré a Rachel pero estaba con los cascos.

— No te preocupes Lu, cada vez que entra aquí le digo que escuche música, no sois capaces de mantener un mínimo de compostura. – las dos agachamos la cabeza. – No, no hagáis eso. Dejad de hacerlo. – nos acercamos poniéndole morritos como si estuviéramos realmente tristes y comenzamos a hacerle cosquillas.

— Has perdido tío. – Nico y Hans lo dijeron al unísono.

Llegamos todos a casa y

empezamos a preparar la mesa. Rose olía las botellas de vino, según ella, engordar o no poder comer ciertas cosas no era lo peor. No poder probar una gota de vino era el peor suplicio del embarazo, y no poder ir a ninguna fiesta.

— Vamos a aplazar la boda. — les miré a los dos.

— ¿Cómo?

— Sí, no quiero ir por la playa con un barrigón enorme y que no pueda disfrutar del día con todos. Quiero que sea un momento especial y me he imaginado a la pequeña o pequeño llevando los anillos por el camino de flores. — mientras hablaba movía sus manos abarcando todo. — Que no pueda

romper aguas y estropear la celebración. Ya sabes que nunca me he querido casar, pero imaginarme caminando hacia Glen — suspiró — es más de lo que he querido nunca. Así que he hablado con Mariola, y le he pedido que lo aplacemos un tiempo. Nos vamos a casar, pero que sea muy especial. Y que quien llevo dentro pueda ser parte de todo, es lo que más deseo.

— Si me lo hubieras dicho hace unos meses, te juro que me hubiera meado de la risa, pero ver cómo te brillan los ojos al pensar en ese día... Es increíble.

— Gracias por entenderlo.

— Nadie tiene que entender

nada. Es vuestro día y solo vosotros sois los que tenéis que elegir el momento perfecto.

— Además con todo el proceso de Rachel y Hannah, queremos estar al cien por cien con vosotros. — la abracé.

— Si es que no te puedo querer más.

— ¿Nos podemos unir al abrazo? — Glen y Hans estaban a nuestro lado.

— Siempre. — nos abrazamos y ellos empezaron a apretar más de lo normal. — Dios, que se me va a salir el bebé.

— Además hay algo más. — nos

separamos y les miramos a los dos fijamente. - Hemos estado valorando cambiarnos de casa. La familia está creciendo y mi casa, no es demasiado familiar. Para mí solo era perfecta, pero hemos mirado y este barrio está muy bien. Es seguro, bien comunicado y estáis vosotros.

— ¿Seremos vecinos? Dios, que cierren puertas y ventanas. Una loca más para el vecindario.

Cenamos y nos pusimos al día con todo. Glen estaba enfrascado con juicios con Mercedes por la custodia total de Rachel. Mercedes no se lo estaba poniendo demasiado fácil ya que había contratado a los abogados más

despiadados de la ciudad. No quería a la niña, pero por encima de eso, estaban sus ganas de joder a Glen, no soportaba que fuera feliz junto a Rose. Menos mal que no sabía que estaba embarazada o sería peor.

Rose comenzó a sentir náuseas y la acompañé al baño. Cuando se sintió mejor se tumbó en nuestra cama quedándose dormida.

— Rose está descansando. Creo que se ha pasado con la cena.

— Muchísimas gracias por la cena. Nosotros nos vamos. — Sam no había hablado en toda la cena.

— Te acompaño a por la chaqueta. — fui con ella. — Siento si te ha

parecido una encerrona.

— No, me ha encantado. Así he podido a ver a Nico más tranquilo. La otra cita que tuvimos no paró de temblar. — le di su chaqueta. — No sé qué le pasaba, pero de eso hace un mes.

— Las primeras citas siempre son difíciles.

— Lo sé, pero ni siquiera me dio un beso. Puede parecer una tontería, pero es que para mí un beso es muy importante.

— Solo puedo decirte una cosa. Dale tiempo. Vete despacio con él y te llevarás una gran sorpresa. Tiene el corazón herido y necesita a alguien que le cure esas cicatrices, que siempre va a

tener. – me miró sin saber a qué me refería.

— No te entiendo.

— Lo sé. Él se irá abriendo a ti.

Ha tenido un camino bastante difícil, así que no le hagas daño. Es lo único que te pido. Sé buena con él. – escuchamos unos pasos y vimos a Nico acercarse.

— Te lo prometo. – y pude ver en su sonrisa algo muy especial y noté que era de esas personas que te ganan con un simple gesto.

— ¿Nos vamos Sam? – le tendió la mano y ella la agarró.

— Buenas noches Lucía.

— Adiós chicos. – me quedé mirándoles y justo antes de irse Nico

vino a donde mí.

— Gracias Lu. — me besó. —
Gracias por el consejo que le has dado.
— nos había escuchado.

— Espero que tu corazón
vuelva a latir con mucha ilusión y creo
que ella será buena para hacerlo. — puse
mi mano en su pecho. — Pero déjala
entrar y si te equivocas, una experiencia
más. Pero no te cierres.

— Te lo prometo.

Rachel se quedó dormida en
brazos de su padre y cuando la acostó
nos quedamos los tres en el jardín con
un par de botellas de vino. Podríamos
haber solucionado el mundo con
aquellas botellas.

— Tranquilos chicos, mañana lo haréis genial. — yo resoplé y noté como se me movieron hasta los labios.

— Me voy a poner demasiado nerviosa. Nos van a diseccionar, nos van a mirar hasta los granos del culo. Y no tenemos unos pasados demasiado buenos a los ojos de ciertas personas. — me eché otra copa de vino.

— Tenéis unos pasados normales. — solté una carcajada. Tan adorable Glen como siempre. — Bueno, normales no. Pero habéis sobrevivido a mucho y eso dice mucho sobre vosotros. — hizo hincapié en el último mucho. — Así que tranquilos. No les ocultéis nada, porque lo van a descubrir.

— ¿Y Úrsula dando mucho por culo? Mándale un gigolo, que folle y seguro que se desestresa. — me miró levantando una ceja.

— Seguro que si le mando a tu gigolo particular se le quita la cara de bruja que tiene. — le lancé el corcho de la botella de vino.

— Asqueroso. Que luego le tengo que meter en alcohol para desinfectar.

— Estoy aquí. — agitó sus brazos.

— Van a ser unos meses largos y difíciles.

— Pero merecerá la pena llegar a meta y romper ese lazo gritando,

jódete destino que lo hemos conseguido.

- Hans me tapó la boca porque estaba hablando más alto de lo normal.

Y no, no arreglamos el mundo, ni nuestras vidas, pero al menos hicimos de aquella conversación, una terapia entre vino y puros habanos, que nos salvó el día.

43. PROCESO DE ADMISIÓN

Corría nerviosa por la

habitación. Mi pelo se había revelado contra mí el peor día, no encontraba ningún vestido decente para ponerme y el maquillaje decidió correrse de mis ojos. Estaba completamente desquiciada. No había podido llevar toda mi ropa a casa de Hans aún, y apartaba la poca que tenía en el vestidor con desdén, mejor dicho, con mala ostia.

— Mierda. – escuché como se abría la puerta y el olor a café llegó hasta mí. Estaba en ropa interior dando golpecitos con las uñas en el marco.

— ¿No sabes que ponerte? – me di la vuelta y tuve que controlar la mirada que le lancé.

— No. No sé qué esperan, qué

quieren ver, cómo quieren que seamos. — cogí una de las tazas y le pegué un sorbo.

— A nosotros. Solamente a nosotros. — Hans ya estaba vestido impecablemente con una camisa blanca, unos vaqueros y una americana azul marino.

— ¿Por qué estás tan jodidamente perfecto y yo parezco el desastre en persona? — resoplé apoyándome con mi espalda en el marco.

— Estás preciosa, con poca ropa, pero preciosa. No hace falta que vayas como una abogada, vete como eres tú.

— ¿Y si no les gusto? ¿Y si encuentran algo que odian? Tengo mucho pasado. Demasiado.

— No nena, tienes el tuyo. Seguro que nos diseccionan, que encontramos carpetas más grandes que las del caso Watergate. Van a sacar todo, es lo que deben hacer. Es su trabajo. — cerré momentáneamente los ojos.

— Lo sé, pero me aterra. Me aterra pensar que nos digan que no. — pasó lentamente sus dedos por mi brazo, por el cuello, hasta llegar a mi barbilla.

— Lucharemos juntos y todo saldrá bien. Te lo prometo. — abrí los ojos y los suyos me estaba mirando fijamente, sin pestañear.

— No prometas cosas que no puedes cumplir.

— Todo lo que prometo lo cumplo. Antes o después. – respiré profundamente y le devolví la taza.

— Voy a terminar o empezar a vestirme. Ahora mismo bajo. – me besó en la nuca.

— Tranquila. Seguro que dentro del vestidor hay algo con lo que estés cómoda y seas tú.

Cerró la puerta dejándome unos minutos a solas. Al final del vestidor vi un vestido blanco, veraniego, por encima de la rodilla y el escote caído por los hombros. Me coloqué unas sandalias romanas marrones y fui al

baño a terminar de peinarme. Me desmaquillé y simplemente me di un poco de brillo reparador en los labios. Estaba tan nerviosa, que mis labios agrietados me delataban.

Al bajar las escaleras y echarle un vistazo a la casa, gruñí. Teníamos que hacer algo con ella antes de que pasase alguien a evaluarla como futuro hogar de Hannah. Sí, era preciosa, amplia, diáfana y completamente masculina. Necesitábamos hacer de aquella casa un hogar, pero estábamos tan saturados de trabajo que cuando queríamos hacer algo, nos quedábamos dormidos en el sofá.

Lucía bajó por las escaleras y

estaba perfecta. Natural, tal y como era ella. Se puso un café en un termo que le había customizado Hannah. Estaba lleno de purpurina, al igual que mi coche, que el sofá y que la encimera de la cocina. Un día hasta llegué con el cuello lleno de purpurina rosa y morada a una reunión en la Fundación. Estuve así toda la mañana porque a los demás les pareció divertido. No es que me estuviesen sacando de mi zona de confort, es que ellas estaban invadiéndola. Pero me encantaba.

— *¿Listo? – la agarré de la mano.*

— *Estás preciosa. Es el vestido que llevabas la primera vez que te vi en*

la fiesta. – se quedó unos segundos pensando y sonrió.

— No me había dado cuenta.

— Fue el inicio de nuestra aventura, seguro que es un buen presagio para todo lo que está por venir.

Conduje hasta Los Ángeles. Teníamos la reunión a las doce de la mañana y nos tuvieron esperando más de media hora. Sabía perfectamente que lo hacían para ver nuestro comportamiento. Era algo muy normal. Pero a Lucía se le estaban agotando los pensamientos positivos y las vidas en un juego del móvil que le había instalado Hannah.

— Señor Berg, señorita Medina, pueden pasar. – al entrar en aquel despacho vimos unas carpetas encima de la mesa, llenas de separadores y con muchas, muchas hojas.

— Buenos días. – nos sentamos en unas sillas.

— Buenos días. Somos el equipo que se encargará de la evaluación y del certificado de idoneidad para que el proceso de adopción pueda continuar. Lamentamos el retraso en recibirles. – Lucía se agarró el bajo del vestido nerviosa.

— No se preocupe, sabemos todo el trabajo que tienen. – lo dijo

tranquila y con una gran sonrisa.

— *¿No se han puesto nerviosos por la media hora de espera? – nos estaban poniendo a prueba.*

— *Si hay que esperar para algo bueno, da igual que sean dos horas o dos años. No hay problema. – apretaba su puño con el vestido dentro.*

— *De acuerdo. – se miraron entre ellos y cogieron la carpeta de Lucía. – Vamos a explicarles el proceso por el que van a pasar hoy y los diferentes puntos que vamos a tocar. Hemos recabado mucha información sobre ustedes, muchísima y queremos hablar de todo ello. – tuve que contener el aire unos segundos en mis*

pulmones. Las carpetas eran demasiado grandes.

— *Vamos a evaluar su actitud y comportamiento durante la entrevista. Les haremos un perfil psicológico por separado de cada uno de ustedes. Su historia de pareja, las capacidades económicas y educativas, su estilo de vida, su salud, situación económica y laboral y las características de su vivienda y del entorno que les rodea. — creo que dejé de escuchar en capacidades económicas.*

— *¿Análisis de sangre? — escuché a Lucía y la vi resoplando.*

— *En eso se basan los estudios*

sobre su salud. Esto no es un juego, no es una entrevista de trabajo. Es un certificado de idoneidad que nos hará saber si Hannah estará bien con ustedes.

— *Tengo una duda. ¿Hablarán con ella? ¿Pasará una entrevista como esta? – afirmaron si decir nada y uno de ellos no hacía más que tomar notas en un cuaderno.*

— *¿Estará sola?*

— *Sí. Necesitamos ver su comportamiento y como responde a todo, sin estar coaccionada por nadie. – Lucía ahogó una carcajada en su boca y la trató de disimular tosiendo.*

— *Perdón. El caramelo se me*

ha ido por otro lado.

Nos separaron en dos salas y comenzaron a hacernos miles de preguntas, repitiendo varias de ellas para ver si nuestras respuestas eran las mismas. Creo que fueron las tres peores horas de mi vida. No dejaron ni una sola pregunta al azar, eran directas y muy concisas. Me preguntaron por mis problemas con las drogas, por cómo me recuperé, cómo empezó nuestra relación, las peleas, las crisis, y sus caras no se movieron. Solamente apuntaban, preguntaban y volvían a apuntar. Mis manos temblaban, las tenía sudorosas y cuando terminamos, tuve que pasármelos por el pantalón

para no pringar las manos de los dos hombres.

Cuando salí me encontré a Lucía sentada en una silla con cara de pocos amigos.

— *¿Lu? – me contestó sin mirarme.*

— *¿Has acabado? – se levantó muy nerviosa de la silla.*

— *Sí. Creo que sí. Ya se encargarán de seguir rebuscando. – se abrieron las puertas del ascensor y de él salieron Pablo y Sharon. - ¿Qué demonios?*

— *Hola. – levantaron sus manos. – Tenemos cita en media hora. Quieren entrevistarnos a toda la*

familia. No sabía que esto iba a ser así. No nos han dado opción de cambiar a otro día la cita.

— *Me imagino. – Lucía se acercó a ellos. – Os aviso. Es duro. Son directos y sacan los trapos sucios. Os van a preguntar todo. Solo os pido una cosa, no mintáis. No ocultéis nada. – emitió un pequeño gemido de alivio. – Lo saben todo y huelen las mentiras. Yo creo que son de la CIA. – se empezó a reír.*

— *¿Cómo puedes reírte después de lo que ha pasado ahí dentro? A mi les ha faltado meterme un dedo por el culo. – levantó las cejas y sonrió de nuevo.*

— *Lo harán, no te preocupes, que lo harán. ¿Nos vamos a comer?*

— *¿Cómo puedes estar tan tranquila?*

— *Porque sé que saldrá bien. Sé que todo lo malo que nos digan o nos hagan, será para conseguir que Hannah esté con nosotros. Llegará el día en que suene el teléfono y nos digan que sí, que somos aptos, que somos perfectos para ella. — podía ver como le brillaban los ojos y como gesticulaba, tan positiva, tan feliz.*

— *¿No ha sido duro lo de ahí dentro? — Pablo señaló una de las salas.*

— *Sí, lo más duro por lo que*

he pasado. En tres horas me han hecho ver mi vida desde fuera. Papá, mamá, Antonio, la tía... - cerró por unos instantes los ojos. – Nuestra crisis, la gran crisis. Pero valdrá la pena. Si hemos sobrevivido a todo lo malo ¿por qué no ser positivos y pensar que siempre lo mejor está por llegar? – se quedó mirando su muñeca. - Debería tatuármelo.

Siempre había sido positiva, pero tanto, con tantas ganas, me seguía sorprendiendo.

Hans estaba aterrado. Supuse todo lo que le habían preguntado, a todo lo que tuvo que responder pero al final comprendió que pasar por aquello, era

un mero trámite. Ellos nos lo tenían que poner difícil para ver cómo reaccionábamos, cómo éramos y hasta qué punto teníamos el corazón puesto en Hannah. Pero el camino iba a ser más difícil de lo que queríamos y mucho más largo de lo que deseábamos.

44. MADRES E HIJAS

Transcurrió otro mes. Otro largo, tedioso y horrible mes más sin tener noticias de aquel equipo de “detectives

de la CIA”. Habían entrevistado a todas y cada una de las personas de nuestro entorno. Incluso habían pasado por la academia un par de veces para ver dónde trabajaba y cómo trabajaba. Habían hablado con todas las personas de la Fundación y con los niños que me conocían. Habían pedido mis análisis a mi médico. Al menos si me encontraban alguna enfermedad, seguro que eran los primeros en decírmelo.

Empezamos a redecorar la casa, poco a poco tratando de convertirla en algo más que una cueva de hombres. Pintamos las paredes de un tono tierra, cálido y muy reconfortante. Teníamos tantas cosas en la cabeza, tanto que

hacer que no habíamos tenido ni un solo segundo para nosotros. Entre semana trabajábamos muchísimo y los fines de semana nos dedicábamos a pintar y a montar algunos muebles.

— Podemos contratar a alguien para hacer esto. — Hans tiró una de las brochas al cubo al terminar de pintar una esquina de la habitación de Hannah.

— Pero es más gratificante hacerlo nosotros. Además así nos divertimos.

— Claro, es tan divertido estar manchado de pintura y tener colocones por las mañanas. — abrí la boca y al segundo la cerré.

— Lo siento. Estoy

acostumbrada a hacer las cosas así. — llamaron a la puerta.- Seguro que son nuestros nuevos vecinos.

— Aún no se han mudado.

— Espérate a que Rose abra una puerta en medio del jardín. — fui hacia la puerta y me paré en seco. — No. No será una puerta, será un acceso directo al jardín, lo estoy viendo. — Hans se empezó a reír. — Ríete pero será verdad. — al abrir Lorel y Steve estaban en la puerta con un par de botellas de vino. — Hola.

— Hola chicos. ¿Mal momento? — nos miraron porque estábamos un poco cubiertos de pintura.

— No. Nunca es un mal

momento. – pasamos al salón. - No es que no me encante que estéis en casa, pero ¿ha pasado algo?

— No cariño. No ha pasado nada. – Lorel no sabía mentir.

— Lorel, si nos vas a mentir vas a tener que aprender a no fruncir la nariz cada vez. Te delatas. – se llevó la mano a la nariz.

— ¿Por eso siempre me ganáis al póker? – Steve y Hans ladearon varias veces la cabeza. – Me debéis un montón de dinero. – les señaló y se empezaron a reír.

— Ayer estuvimos de nuevo con uno de los que nos interrogaron. – nos sentamos en el jardín.

— Que coñazo son de verdad. Llevan un mes detrás de nuestros culos y de los de nuestros conocidos. — Hans sacó unas copas.

— Que diferente fue cuando adoptamos nosotros a tu hermana. En aquella época no había tantos trámites.

— ¿Fue duro? - eché un trago al vino.

— Sí. Pero no fue nada en comparación a lo vuestro. En aquella época era mucho más fácil, mucho más sencillo. Hannah llegó siendo un bebé a la Fundación. Su madre, alcohólica y con problemas de drogas, llegó embarazada. Pero cuando dio a luz, al salir del hospital se escapó. — cómo

podía alguien abandonar a su hija. No lo podía entender. — Tratamos de encontrarla, pero desapareció de la faz de la tierra. Años después supimos que había muerto de una sobredosis. — comencé a notarme el estómago raro, me daba más vueltas de lo normal. La pintura y el aguarrás de limpiar seguramente me estaban dando guerra.

— ¿Nunca trató de volver a buscarla? — Steve negó con la cabeza.

— No. Nunca.

— Es que no puedo entender cómo puedes abandonar a tu hija. Dejar a una niña de días en manos de desconocidos. — Hans se levantó enfadado. — No es normal.

— Cariño, gracias a ello nosotros pudimos adoptarla. No lo justifico ni lo celebro, pero Sharon tiene una familia. Fue duro, largo y difícil, pero en cuanto la tuvimos en casa... - Lorel sonrió recordando aquel momento y poniendo sus brazos como si la llevase encima. — Aquella pequeña que trajo una inmensa alegría a casa. Cariño, recuerdo cómo la mirabas y la tocabas pensando que se iba a romper.

— Era muy pequeña. Pero era tan bonita. Esa sensación de tener un bebé en los brazos, es una gran sensación, es indescriptible. — sonreí tristemente y Hans se dio cuenta. — El momento que podamos abrazar a Hannah

y no tener que despedirnos de ella en la Fundación será igual o mucho mejor.

— ¿Ya no podéis pasar con ella fines de semana?

— Nos lo han prohibido, para que no coaccionemos a la niña. – volvió a darme una vuelta el estómago y tuve que salir corriendo al baño.

Lucía salió corriendo con la mano en la boca. Fui detrás de ella pero se encerró en el baño durante diez minutos. Al salir tenía los ojos rojos y se pasaba la mano por el estómago. Lo achacaba a sus nervios, a todo el proceso tan largo por el que estábamos pasando. Me sonrió y trató de volver abajo sin decirme nada más.

— *¿Estás bien?*

— *Sí, creo que ha sido culpa de tanta pintura. Me duele un poco el estómago.*

— *¿El estómago? – agachó la cabeza y sonrió.*

— *Sí Hans, el estómago. No te preocupes. Se me pasará mañana. Solo necesito descansar un poco y dejar de oler pintura.*

Bajamos de nuevo con mis padres y comenzamos a cenar. Lucía se disculpó a media cena. Seguía con el estómago revuelto y estuvo más de media noche vomitando. Al igual que el resto del fin de semana. Quise llevarla al médico, pero me dijo que con unos

remedios caseros se le pasaría. ¿Remedios caseros? A base de manzanilla y tumbada en la cama pretendía que se le pasase. Pero como era tan sumamente cabezota y terca, tuve que obligarla a prometerme que si el lunes seguía así, iría al médico.

Joder, mi estómago no paró en todo el fin de semana. En varias clases el lunes tuve que salirme de ellas e ir corriendo al baño. Aquello era peor que una jodida resaca asquerosa.

Terminé las clases del día y subí a descansar un rato. Me tumbé en el pequeño sofá que habíamos comprado y llamé a Rose. Habían tenido cita médica.

— ¿Cómo ha ido?

— Emocionada, llorando como una tonta. Ya se le ven cosas y se está formando. Es como un pequeño alien, pero es mi aliencito. ¿Tú cómo estás? ¿Has dejado de recorrer los cien metros lisos?

— No hija. Este virus va a acabar conmigo al final.

— Virus. – noté un tono diferente en su voz. – Como el mío.

— No Rose. Te aseguro que no es como el tuyo.

— ¿Hace cuánto que no te viene la regla? – me quedé mirando el techo de la sala y comencé a contar con los dedos de la mano.

— Estábamos con la obra de la academia, no. — dudé con la fecha. — Antes. No me acuerdo Rose.

— Pues tendrás que hacerte un test. Así sales de dudas.

— No estoy embarazada. — mientras le contestaba hasta yo misma dude.

— Háztelo. Ya. Glen me deja enseguida en la academia. Te dejo que viene. Si quieres esperarme, estaré a tu lado.

Colgué el teléfono y busqué en la agenda. Apuntaba todos los meses cuando me venía la regla. Cuando pasé exactamente dos meses y no vi ninguna nota, mi cuerpo comenzó a temblar. Era

imposible. Me levanté de un salto del sofá y bajé corriendo las escaleras, para llegar a la farmacia y comprar un par de pruebas de embarazo. Subí de nuevo las escaleras corriendo y llegué al último piso jadeando. Solté las cajas en la encimera del baño y empezó a faltarme la respiración. Una arcada amenazó a mi cuerpo con volver a vomitar el último zumo que me había tomado minutos antes. Al ir a coger uno de los test las manos comenzaron a temblarme de una manera incontrolable. Tuve que agarrármelas para tranquilizarme.

Solamente era un mero trámite para decirme que no, que no podía estar embarazada. Los milagros no existían en

casos como el mío. Un 90% de posibilidades de no tener hijos. Era casi imposible. Pero ¿y si sí lo estaba? ¿Sí estaba embarazada de Hans? Me quedé unos segundos mirándome en el espejo y me perdí en un mundo paralelo. Me imaginé lo que sería tener a un pequeño bebé en mis brazos. Un bebé nuestro, con los ojos de Hans, con su nariz y su pelo. Cómo sería jugar con él, cómo me agarraría de la mano... pude ver a través de mi reflejo cómo se me había dibujado una estúpida sonrisa en la cara.

Inspiré y espiré un par de veces, bueno más que un par de veces, fueron más de una docena. Tuve que agarrarme a la encimera del lavabo porque había

conseguido marearme de tanto hiperventilar. Agarré con fuerza la caja e hice lo que tenía que hacer. Dejé la prueba de nuevo en la encimera y me quedé mirándola un par de minutos. Joder, cuando se la hizo Rose fue muchísimo más rápido en salir el resultado. Tic tac, tic tac. Podía escuchar los latidos de mi corazón desbocado en aquel momento.

Oí unos pasos acercándose al baño y supuse que era Rose. Cuando me di la vuelta Hans entró y me quedé paralizada. Lo único que pude hacer fue meterme el test en el pantalón para que no lo viese.

— *Parece que no soy quien*

esperabas. – vi cómo escondía algo detrás de ella y se lo metía en el pantalón. - ¿Lucía?

— Espe... esperaba a Rose. – su sonrisa era demasiado rara, mostraba demasiado los dientes. La conocía, sabía que me estaba ocultando algo.

— ¿Qué pasa Lucía? ¿Qué me estás ocultando? – pegó su cuerpo a la encimera interponiéndose entre yo y lo que escondía. – Lucía por favor. – la agarré de la cintura y saqué lo que escondía. Era un plástico blanco y con una pequeña... ventana. Un test de embarazo. No me salían las palabras. No me creía que tuviera aquello en la

mano y me lo estuviese ocultando. - ¿Estás embarazada Lucía? – tardó unos segundos en cerrar la boca y poder reaccionar.

— Deberíamos saberlo en unos minutos. – dejé de nuevo la prueba en la encimera.

— ¿Podría ser?

— N... s... e... - era incapaz de soltar una palabra coherente. – Sí y no. Hace un par de meses que no me viene la regla, pero ni me había dado cuenta. Tomo anticonceptivos y seguramente sea por el estrés, los sustos y las malas noticias.

— Pero con los anticonceptivos, eso no debería influir.

— *ladeaba la cabeza sin negar ni asentir. Sonreí pensando que tal vez si lo estuviese, que estuviéramos embarazados. Aunque fuera una pequeña posibilidad por unos segundos me sentí feliz, acojonado pero muy feliz.*

— *En principio no. — carraspeó dándose la vuelta para ver el resultado. Cogió la caja para ver el significado de la ventanilla. — No. Falsa alarma. — allí estaba de nuevo su sonrisa más falsa del catálogo. Quería parecer tranquila pero pude reconocer la decepción en sus ojos.*

— *¿Falsa alarma? ¿Pero puede ser un falso negativo no?*

— ¿Cuántos de estos se han hecho tus churris, monito?

— Coño, es lo que siempre he oído. – negó un poco con la cabeza. – ¿Decepcionada?

— Estaba asustada porque hubiera la posibilidad de que sí lo estuviese, pero luego comencé a imaginarme lo que sería tenerle entre los brazos, que tuviera tus ojos... – sonrió de una manera demasiado triste. – Pero bueno, lo que no puede ser, no puede ser y además es imposible.

— No hay nada imposible. – tuve que agarrar su barbilla que le temblaba constantemente para que me mirase. – Pero ahora mismo nos vamos

al médico. Si no estás embarazada, algo debe pasarte para que no te baje la regla. - Dejé que se lavase la cara y nos fuimos al hospital.

Allí estaba yo, con una bata de tela azul con el culo al aire, tumbada en una camilla con las piernas en unos estribos y la cabeza del ginecólogo entre mis piernas. Deberían poner televisiones en el techo de aquellas salas para poder distraernos con algo mientras tanto. No era la postura más cómoda del mundo.

— No se mueva. Enseguida vuelvo. — me quedé con los brazos debajo de la cabeza tratando de pensar en cualquier otra cosa. Pero lo único

que me recordaba aquella habitación era a bebés. Bebés en tres dimensiones, en fotos, ecografías gigantes. Estaba rodeada. Como para pensar en cualquier otra cosa. Escuché la puerta. – Doctor, ¿puedo bajar las piernas? Tengo los muslos que me van a estallar y con su el culo más adelante, más, más, voy a acabar cayéndome de la camilla. – puse una de mis manos en la bata para taparme un poco.

— No soy el médico. –levanté la cabeza y vi a Hans. - ¿Ya estás cómoda?

— Prefiero estar colgada de una tela a diez metros del suelo solo por un tobillo. – me subí un poco en la camilla.

- ¿Y el médico?

— Ha salido diciendo que llevaba unas pruebas al laboratorio. Que puedes vestirte y que podemos irnos a casa.

— ¿Te ha dicho algo más?

— No. — noté como se le cerraba un poco el ojo derecho.

— Mentiroso.

— Es verdad.

— Te tiembla un ojo. Eso te pasa cuando mientes. — traté de bajarme de la camilla pero se me engancharon los pies con los estribos. — Joder, maldito potro de tortura. — se oían los golpes metálicos que le estaba pegando.

— Espera. — me ayudó a bajar.

— Me ha pedido que volvamos mañana por la mañana.

— Joder, cómo se nota que es sanidad privada. En España un domingo no te atiende un médico sino es en urgencias.

— Mañana a las once tenemos que venir. — me pasó mi ropa y noté algo de preocupación en su mirada.

— ¿Aterrorizado por si el resultado es positivo?

— No. Me aterra más pensar que te puede suceder algo.

— ¿Qué me va a pasar? — saqué la cabeza del baño donde me estaba vistiendo, con un tono de voz más cómico, tratando de que a Hans se le

quitase la cara de susto.

— No lo sé. Pero van a hacerte las pruebas de urgencia. – genial, la que se acojonaba era yo.

— Pero porque les pagamos una pasta al salir por recepción. Verás cómo mañana me dice que el estrés es el causante de todo. – salí ya vestida y aún con dolores, pero los oculté. - ¿Nos vamos?

Salimos de aquella sala y le continué ocultando el dolor que sentía durante el resto de la noche. No pude dormir pensando en lo que nos diría el médico al día siguiente. Pero cada vez que notaba que Hans me miraba, cerraba los ojos haciéndome la dormida. Con

uno que no pegase ojo, sería suficiente.

Al día siguiente volvimos y esperamos en la consulta, con todos aquellos inquietantes bebés en 3D observándonos, esperando a que el ginecólogo apareciese por aquella puerta para darnos noticias. Ni buenas ni malas. Simplemente alguna noticia de qué es lo que me estaba pasando. Llamó a la puerta y traía consigo una carpeta en la que pude leer mi nombre. Allí estaba la respuesta a mi dolor de estómago y mis noches sin poder pegar ojo.

45. HIJOS DE LOS HOMBRES

Sentada en aquella silla una

mezcla de sentimientos se apoderaron de mí. Nunca me había planteado quedarme embarazada, es más, siempre lo había dado por perdido. Nunca había conocido a nadie con quien pudiera llegar a pensarlo. Mis uñas tamborileaban nerviosas encima de la mesa y Hans tuvo que agarrarme de la mano. Él estaba igual de nervioso que yo. Aquella mañana en vez de echarse gomina en el pelo, había usado una de mis cremas rizadoras. Fue divertido verle tan perdido, tan asustado. Menos mal que no era la única.

— Todo saldrá bien. Ya lo verás. — el teléfono de Hans comenzó a sonar. — Es la asistente social.

— ¿Tendrá noticias o es que se les ha olvidado hacernos una prueba de ADN?

— Sí. Sí, soy yo. Hola señora Hubert. Sí. — entró el doctor y Hans se disculpó saliendo fuera para hablar por teléfono.

— Bueno, diga ya las noticias porque no aguanto con más estrés.

— ¿No esperamos a que entre su marido?

— No es mi... - me quedé callada y sonreí. — Sí, vamos a esperarle. — diez minutos después Hans entró en la sala pasándose la mano por el pelo preocupado.

— ¿Podemos empezar? Mi

estómago se tranquilizará si usted me dice algo.

— Claro. A ver. No está embarazada. – una mezcla entre alivio y decepción me invadió. – Hay un problema en los ovarios. ¿Alguna operación anterior?

— Sí, tuvieron que practicarme un aborto cuando era adolescente. – noté cómo Hans agachaba la cabeza. No entendía por qué lo hacía en aquel momento.

— Aquella operación... - no le dejé continuar.

— Sí, lo sé. Hubo complicaciones y ya me avisaron de que no podría quedarme embarazada, que

solo podría haber un 10% de posibilidades. Me he hecho revisiones anuales desde entonces y todo parecía estar bien.

— Entonces conoces que tus ovarios poliquísticos...

— ¿Poliqué? – Hans se había perdido.

— Poliquísticos. – le agarré la mano fuertemente.

El ginecólogo le explicó a Hans qué era aquello. Y que era el mayor problema para poder quedarme embarazada. Hans asentía con la cabeza, parecía que cuando yo se lo conté no terminó de asimilarlo, pero que un médico con un diploma en la pared se lo

explicase, se lo dejó demasiado claro.

La verdad es que no entendía muy bien lo que me estaba diciendo. La cara de Lucía era tranquila, era como si ella ya hubiera asimilado hace años todo aquello.

— *¿No hay ninguna posibilidad?*

— *Podría haber alguna posibilidad con fecundación in vitro, por diferentes métodos, pero es muy difícil y su cuerpo podría rechazarlo. No es viable. – Lucía agachó la cabeza.*

— *¿Ninguna?*

— *Podríamos hacer un estudio, ver los óvulos fértiles que podría llegar a tener, pero sería*

costoso y largo. Y seguramente no se quedaría embarazada. Con estas pruebas, siento ser tan claro, pero la posibilidad es mínima. – Lucía tenía perdida la vista en la mesa, encima de todos aquellos informes.

— De acuerdo.

— Hay otra opción, en caso de que ustedes quisieran tener hijos.

— La adopción, lo sabemos. – contestó sin mirarle.

— No. Vientre de alquiler. Hay una clínica en San Diego dedicada a ello. Se pueden hacer más pruebas en caso de que quieran tener hijos. Con óvulos y espermatozoides de los donantes, en este caso ustedes, una

madre de alquiler, que es la que gesta el bebé, para los futuros padres.

— *¿Necesito algún tratamiento para lo que tengo ahora mismo? — cambió radicalmente de tema. Quería salir de allí lo antes posible y su tono de voz serio nos lo dejó muy claro.*

— *Revisiones tal como estaba haciendo hasta ahora y estas pastillas para regular. Nada más. Con las visitas periódicas los tendremos controlados. Pero no, ningún tratamiento adicional. — se levantó tendiendo la mano al ginecólogo.*

— *Genial. Muchas gracias. Ya pediré cita para la próxima revisión. — salió de la sala sin esperarme y fue a*

coger el ascensor.

— *Lu, Lucía, espérame.*

No dijo nada en todo el trayecto de vuelta a casa. Glen y Rose estaban haciendo la mudanza a la casa de al lado pero Lucía ni siquiera se paró, entró en casa dejándonos a los tres con la palabra en la boca.

— *¿Qué ocurre Hans? – les conté lo que el médico nos había dicho y Rose entró en casa.*

— *No sabía que lo estabais buscando. – ayudé a Glen a meter cajas dentro de su nueva casa.*

— *No, no lo hacíamos. Pero que nos lo hayan dejado tan claro. – en la mesa de la entrada había uno de los*

chupetes que Lucía les había comprado. Lo cogí y sonreí. – No sé qué se me ha pasado por la cabeza cuando he creído que estaba embarazada. Se me ha pasado un bebé por la cabeza, correteando por el jardín y saltando a mis brazos.

— Creí que con todo lo que estáis sufriendo con la adopción de Hannah no pensaríais en tener un bebé.

— No, no es eso. Pero tener casi la certeza que no podemos tener hijos, que Lucía no puede tener un hijo, creo que la acaba de destrozar. Aunque nos haga ver que no es así.

— ¿Puede haber más opciones?

— ¿Qué pasa Lu? – me senté en una silla de la terraza.

— Nada Rose. Que soy idiota. Que por un segundo he pensado que los milagros existen y podría estar embarazada. – se sentó a mi lado y le acaricié su incipiente barriga. – Pero los milagros no existen.

— Cariño. Lo siento mucho. – me abrazó.

— No pasa nada, de verdad. Estoy bien. – sonreí negando con la cabeza. – Tan solo quiero que todo el proceso termine y Hannah pueda estar en casa.

— ¿Sin noticias aún? – nos fuimos a la cocina y saqué unas uvas de

la nevera. Empezamos a comérnoslas.

— La asistente le ha llamado a Hans antes, pero no le he preguntado. Soy lo peor. Por estar decepcionada con mi no embarazo, ni siquiera le he preguntado.

— No eres lo peor. Simplemente tienes que cerrar cada puerta antes de abrir una ventana. — los chicos entraron en casa.

— ¿Qué te ha dicho la asistente?

— Tienen una pregunta más y se va a pasar esta tarde por casa. — se sacaba las tabas de los nudillos.

— ¿Qué pregunta?

— El... - carraspeó antes de

decirlo. – El aborto. Quieren saber que si abortaste aquella vez, porqué ahora quieres ser madre en adopción.

— Genial. Van a conseguir después de todo que mi genio salga de la lamparita y empiece a dar ostias a diestro y siniestro. – saqué una botella de vino blanco y me serví una copa. – Me he callado, me he comportado con todas su preguntas indiscretas, pero te juro que como me digan algo, no me voy a controlar. – movía tanto la copa que el vino estuvo a punto de caerse.

— Cariño. – Hans se acercó y me aparté de todos.

— No. JODER. Estoy cansada, cansada de luchar por cosas que no sé ni

si están en mi mano ganar. Por mucho que hagamos bien las cosas, de una u otra manera se acaban jodiendo. ¿Qué aborté? Sí. Sí. Y lo volvería a hacer ahora mismo. JODER. Un maldito asesino abusó de mí cuando tenía dieciséis años. Me tumbó en el suelo para hacer conmigo lo que él quería. — estaba de espaldas al salón y todos me miraban. — Mató a mi madre, pegó a mi hermano y ¿qué iba a hacer? ¿Tener un bebé que me recordase toda la vida aquel dolor? ¿Aquella presión en el cuello que me ha estado acompañando estos años? ¿Aquellas lágrimas tan amargas que me convirtieron en una apestada? Mi madre no me creyó y

murió pensando que era una zorra que trataba de quitarle al cabrón de su marido. – ninguno de ellos decían nada. Simplemente me miraban fijamente. Solté todo el aire que tenían en los pulmones y escuché detrás de mí una respiración. Al darme la vuelta tenía la mirada de la asistente social clavada en mí. Estaba boquiabierta quieta en medio del salón.

— La puerta estaba abierta. Llamé, pero nadie contestó y entré.

— Genial. – salí a la terraza. – De cojones. Ya la he jodido, de la peor manera que lo podía hacer. ¿No se supone que venía a la tarde?

— Sí, pero estaba por la zona y

me he pasado antes. – ella estaba otra vez detrás de mí. Joder parecía una puta sombra.

— Pues podía haber llamado a la puerta con más ganas y no... - respiré profundamente controlándome, filtrando.

— ¿Y no escuchar lo que has dicho? No tienes pelos en la lengua. Me había dado cuenta de ello en las entrevistas, pero has sabido controlarte. – me di la vuelta para mirarla bien.

— Mira soy así. No puedo controlar todo lo que sale de mi boca, pero lo traté de hacer, porque no quería que nada de lo que yo dijese perjudicara a Hannah. – abrió su carpeta. – Empiece a apuntar, no se deje nada.

— Solamente voy a apuntar una cosa. — lo hizo y volvió a cerrar la carpeta. — Venía con una idea muy fija. Una persona que aborta, siendo consciente de ello, a mí al menos me deja claro que no quiere ser madre, que le venía mal en aquel momento , y abortó por simple capricho. — me mordí la lengua varias veces. — Pero no es tu caso. No sabía el motivo. Un abuso nunca se puede consentir y en tu caso, me has dejado muy claro las cosas.

— ¿Así que la he cagado?
Genial. Voy a por la botella de vino.

— No, no la has cagado. Esperaba una explicación, pero no me esperaba en ningún momento escuchar lo

que has dicho. Me alegro que lo hayas dicho sin ningún filtro, tal y como pasó. – se acercó a mí, poniéndome la mano en el brazo. – Ha sido muy esclarecedor y espero que dentro de poco tengáis noticias nuestras. El proceso es largo y puede sacar de quicio, pero te aseguro que de una u otra manera, pronto tendréis noticias.

Se marchó sin decirme nada, sin hacerme ninguna otra pregunta, sin añadir nada más. Me quedé en la terraza sin saber qué hacer, ni qué decir, ni qué explicación darle a Hans. Tal vez me había cargado el proceso de adopción, mandándolo todo a la mierda.

46. CENA DE AMIGOS

No tuvimos noticias de la asistente en varias semanas. No volvieron a llamar a ninguno de nuestros

familiares o amigos, no pasaron por la Fundación ni por la Academia. Hans se dedicó en alma y cuerpo a la redecoración de la casa, aunque cuando terminó la habitación de Hannah se quedó sentado en el centro de ella durante un par de horas. Sabía que se le estaba pasando por la cabeza que sucedería si no pudiésemos tenerla con nosotros.

Sus padres estuvieron pendientes de nosotros y la abuela todos los días pasaba por la academia para sacarnos a comer cuando Hans estaba reunido. Mi hermano buscaba cada hueco que tenía para venir a casa. Hasta se había estado quedando en casa cuando Hans viajaba a

Miami. No había podido hablar ningún día con Hannah. Hans me ponía al día con las pruebas médicas, pero no nos habían levantado el voto de silencio con ella.

Estaba sentada en el banco de la terraza de la academia viendo las fotos de Hannah en el móvil.

— ¿Un café? – Glen apareció con dos Frapuchinos enormes.

— Siempre. ¿Qué tal está mi gordi?

— Creciéndole la barriga. – se sentó a mi lado.

— Son seis meses ya.

— Me está sacando de quicio con sus “antojos”. – hizo el gesto de

comillas. – Dice que está gorda, que las tetas son como las de una actriz porno mal operadas y que su gran culo va a ser lo que tape el agujero de la capa de ozono. – me empecé a reír.

— Cariño, siento decírtelo, pero es lo que le toca al padre. Aguantar a la madre de su futuro hijo. No hay más. Y llevarle batidos o lo que te pida a las cinco de la mañana. – resoplé.

— Que ganas de que nazca. Poder verle la cara. – tapé con una sonrisa mi pequeña decepción. Sentía mucha envidia por ellos. – Que Rose vuelva a ser ella.

— Sí. – bebí un poco de café.

— Lo siento. – se pasó la mano

por la cara. – No debería hablar contigo de todo esto.

— No Glen. Puedes contarme siempre lo que quieras. No tenemos secretos. ¿De acuerdo? - apoyó la cabeza en la pared.

— ¿Sabes lo que echo de menos? Es una tontería, pero nuestra vida ha cambiado sin esperarlo. El cambio ha sido increíble y estoy encantado con ello. Pero aquellas fiestas, nuestros primeros encuentros, nuestras primeras citas, lo echo de menos.

— Antes de conocernos nuestras vidas no eran más fáciles. Simplemente no teníamos de quien

cuidar.

— Eso no es verdad. — se llevó el café a la boca. — Creo que siempre hemos cuidado de quienes teníamos a nuestro alrededor. Y me encanta cuidar de Rose, pero me gustaría poder recuperar aunque fuera un poco esas citas por sorpresa, pasear por la playa, ver los atardeceres... - Más bonitos de la ciudad. — dijimos a la vez. — Recuerdo aquella tarde. Fue divertido. — apoyé mi cabeza en su hombro.

— Verás cómo lo volvemos a hacer. ¿Dónde está Rose?

— En casa descansando. Lleva unos días sin querer salir de casa. Dice que se ve gorda, fea y más gorda. No

quiere salir a cenar, ni a dar un paseo, ni siquiera a comprar cosas para el bebé.

— No te preocupes, yo me encargo de ella. Reserva en el Lobster.- me miró boquiabierto.

— ¿El Lobster? ¿En el muelle?

— Sí. Creo que sé lo que le está pasando. Encárgate de tener una mesa para los cuatro esta noche. Yo le doy un repaso a doña Rose. — me levanté del banco.

— No sé si te va a hacer caso.

— Te aseguro que viene conmigo de la mano hasta allí. Cuando se quedó en mi casa aquella temporada, siempre pasábamos por allí a tomar una copa al salir de trabajar, antes de ir a

casa. Es un lugar que le traerá buenos recuerdos, que le hará ver las cosas de otra manera. Hazme caso, sé lo que digo.

Hans seguía en una reunión en la universidad con su hermana. Era el día de puertas abiertas y habían ido todos a conocer dónde estudiaría psicología. Le dejé un mensaje en el móvil quedando con él en el Lobster. Al llegar a casa de Glen y Rose, llamé a la puerta y ella apareció despeinada, con restos de galletas en la boca y con una camiseta muy vieja.

— Hola, estoy buscando a mi amiga. Es así como tú, pero menos dejada. — se sentó en el sofá y se puso un

bol de helado en la tripa.

— Soy lo que queda de ella. Obsérvame bien, porque seré así el resto de mi vida. – pude ver cómo le chorreaba chocolate por la boca. – Nunca volveré a ser yo. Nunca. – cogió una bolsa de patatas y se la puso en la boca.

— ¿En serio? ¿Pero qué crees que te va a pasar? Estás embarazada no has sido desterrada a Mordor el resto de tu vida. – le quité el helado y la bolsa. – Mueve ese culo porque vamos a salir de casa.

— No quiero, no quiero que me vean así. Mírame la cara. Tengo manchas y me han salido granos. – trató

de volver a coger el helado. – Y estoy goooooordaaaaaaaaa. – tenía que contenerme para no empezar a reírme de ella.

— Coño es que te estás saturando a hidratos y es normal. Me da igual cómo te pongas, pero vas a salir conmigo de casa y si no quieres que te saque tal como estás, vamos moviendo ese culo. ¿Llamo a una grúa? – me levanté sabiendo que me iba a pegar. - ¿O tengo que llamar a dos? Porque con ese tamaño que está cogiendo... - se levantó y vino hasta donde yo estaba, pero me fui alejando. – Me han dicho que te iban a llamar de la Nasa para un tema de la capa de ozono. ¿Sabes algo?

– fui dirigiéndome hasta su habitación.
Sabía que caería en el juego.

— Eres una zorra.

— Una zorra que ha conseguido que levantes ese precioso culo del sofá.

— ¿No vas a parar hasta que salga de casa? – negué con la cabeza.

— No. Además para que no me digas que no tienes nada que ponerte, te he traído esto. – le di una bolsa y miró dentro. – A la ducha pero ya.

Entró en la ducha refunfuñando y salió de ella haciendo lo mismo. Sabía que zorra era lo mejor que me había llamado. Entré en el baño y estaba sentada en una silla delante del lavabo sin hacer nada.

— Cariño, ¿qué te pasa?

— No queda nada de lo que yo era.

— Que boba eres. Vamos a ver. Sí, te ha salido alguna mancha, pero eso es normal. Son los efectos de un embarazo. — le acaricié la cara. — Además, vamos a ir a un sitio que te encanta. No te llevaré de compras que ya es tarde, pero hazlo por mí. Necesito salir un rato con mi hermana y despejarme, olvidarme un poco de todo.

— Dios. — se llevó las manos a la cara. — Soy la peor amiga del mundo. Soy un jodido orco mordoriano que solo ha pensado en sí misma. Con lo que estás pasando, ni te he preguntado.

¿Cómo llevas no poder estar con Hannah? – cogí el maquillaje y empecé a pintarla.

— Bien. – me miró fijamente. – Mal, jodidamente mal. No he podido pasar por la Fundación estos meses. Ya no es solo no poder estar con Hannah, no puedo poner un pie allí sin que me digan algo. Necesito verla. Necesito que me digan algo. - terminé de maquillarla y le sequé un poco el pelo.

— Ya verás cómo pronto os dirán algo.

— Estamos ya en octubre, a este paso para Navidades, aparecerá la asistenta con carbón en un saco, diciéndome se te caerán los dientes,

pero no tendrás a la niña. — levanté los hombros. — Por eso necesito salir contigo y emborracharme por las dos. Ahora vístete y nos vamos. — comenzó a hacerlo y al ponerse el vestido que le había comprado, sus tetas, se desbordaban.

— Las tengo enormes. — no hacía más que intentar meterlas dentro del vestido. — Mira, se podían quedar así después de dar a luz. Nunca he tenido unas tetas así. Y están duras y firmes. Mira toca. — me puso mi mano sobre sus tetas.

— Están muy bien. Perfectas. Tersas, suaves, como dos melocotones enormes. Dios, Glen estará encantado

con ellas. – vi cómo agachaba la cabeza.

- ¿No me jodas Rose?

— ¿Qué? ¿Tú me has visto? Me ha crecido el culo, la cadera, todo. – se levantó el vestido.

— ¿Y crees que Glen no tiene ganas de meterte un meneo y ponerte mirando a Japón? ¿Hace cuánto que no folláis?

— Un mes.

— ¿Un mes? Joder. ¿Y no se te ha cerrado? – me dio un empujón con el culo.

— Ya lo sé. Ya lo sé, pero estoy pasando por un momento raro. No me veo ni guapa, ni sexy en este momento.

— Tonterías. Sigues siendo una

de las tías más sexys que conozco. Ya sabes que me encantan los rabos, si no fuese así... - le pegué contra mí y comenzó a reírse. – Te pegaba un viaje que se te quitaban las gilipolleces de esa cabecita.

Nos montamos en el coche y cuando aparcamos, caminamos un poco por el paseo. Rose respiró, metiendo dentro de ella cada olor que nos acompañaba. El puesto de perritos, el de los pretzels, el de los granizados. Cuando supo a dónde nos dirigíamos se empezó a reír. Al entrar en el Lobster, nos sentamos en la barra y unos chicos se nos quedaron mirando.

— Qué recuerdos me trae todo

esto.

— Dios, ¿recuerdas la primera noche que vinimos?

— Sí, conocimos a aquellos dos surfistas. Joder, qué noche. — gimió y los chicos que nos miraban se rieron.

— Sí. — el camarero nos dejó unos cócteles.

— Les invitan aquellos caballeros. — nos dimos la vuelta y vi cómo a Rose se le dibujaba una sonrisa en la cara.

— ¿Esos no me han visto?

— Creo que han visto tus tetas y no se han fijado en nada más.

— Pues se van a dar un susto, porque se están acercando. ¿Qué

hacemos? - justo vi como Hans y Glen entraban por una de las puertas.

Allí estaban las dos y unos tíos se les acababan de acercar. Recibí un mensaje de Lucía. Quería que Glen apareciese como el salvador de Rose. Cuando se lo dije, sonrió, se estiró la camisa por las mangas y se encaminó hacia ella.

— *Hola. Me encanta que los hombres te miren, pero ser yo quien se va contigo a casa y recorre todo tu cuerpo con mis dedos. – le dio un beso en el cuello y hasta en el comedor de la playa escucharon el gemido que soltó Rose.*

— *Perdón, pensábamos que... -*

los tíos no sabían dónde meterse.

— *Habéis visto dos tetas y habéis querido ponerles nombres. Pero lo siento, están más que reclamados. Gracias por las copas. — se fueron. — Qué básicos podéis ser los hombres de verdad.*

— *Hombre, con ese pedazo de escote que lleva Rose, lo que no sé es cómo no están todos babeando a su alrededor. — besé a Lucía.*

Nos sentamos a cenar y por primera vez en mucho tiempo, nos relajamos. Comimos, bebimos y reímos hasta que nos echaron del local porque cerraban. Nos olvidamos de todo aquella noche y pudimos recuperar

aquellas charlas en la piscina hasta altas horas de la madrugada. Teníamos tantas cosas en la cabeza, que ninguno de los cuatros nos habíamos parado a pensar en cómo se habían transformado nuestras vidas aquel último año.

Antes de subir a la habitación escuchamos unos gemidos que podían haber despertado a todos los animales de las colinas. Lucía cerró la puerta de la terraza y empezó a reírse.

— *Solo era cuestión de que ella recuperase lo que había perdido. — subimos a nuestro cuarto. — El embarazo la está volviendo loca.*

— *¿Y a ti, qué te vuelve loca?*

– *tiré de la cinturilla de sus vaqueros.*

— *Me vuelve loca el hombre que tengo delante. Sus ojos, sus brazos, su cuerpo. Cómo me mira, cómo me toca, pero sobre todas esas cosas, lo que más me vuelve loca, ¿sabes lo que es? – metió sus suaves manos debajo de mi camiseta y empezó a dibujar pequeños círculos en mi abdomen.*

— *¿El qué?*

— *Cómo me quieres por encima de todo. Siempre te lo he dicho. Cualquiera otro hubiera salido corriendo.*

— *Solo correré en tu dirección, el resto de mi vida Lu. Pase lo que pase. – nos tumbamos en la*

cama. - ¿Estás preocupada?

— *¿Por qué?*

— *No sé. Llevamos tanto tiempo sin noticias de la adopción... - se apoyó en el codo para mirarme.*

— *Hans, pase lo que pase, nos digan lo que nos digan, le he dado vueltas a lo que dijo el ginecólogo.*

— *¿Lo del vientre de alquiler?*
- afirmó mordiéndose el labio.

— *Sí, no sé si sería posible, si tú quieres o si es una locura.*

— *No habría nada en este mundo que me gustaría más que tener un hijo tuyo. Con tus ojos, tu boca y tu genio. Una pequeña Lu correteando por casa y sacando de quicio a su*

padre. – se apoyó en mi pecho.

— *He estado mirando la clínica que me dijo y es una pasta, y ni siquiera nos dan la seguridad de que salga bien. – le levanté la barbilla para que me mirase.*

— *Lucía, me da igual el dinero. ¿Para qué está si no es para hacer que nuestra vida merezca la pena? Quiero que seas feliz. Que seamos una familia. – el olor de su pelo me relajaba siempre.*

— *Ya somos una familia. Solo espero que los asistentes lo vean. Y nos digan de una puta vez la resolución. ¿Siempre tardan tanto? – se sentó encima de mí.*

— Somos una familia diferente. Sé de lo que hablo. Nosotros cuando hacemos las entrevistas. Somos lo que se llama y “caso de alto riesgo”.

— ¿Así que somos de alto riesgo? Y eso que no nos conocen realmente. — de su cuerpo comenzó a salir calor. Eso de caso de alto riesgo le había excitado.

Comenzaron a dibujarse en la camiseta sus pezones erectos. Parecían tan jugosos, tan exquisitos que no pude contenerme en mordisquearlos por encima de aquella camiseta. Su pelvis se removió encima de mi polla, cosa que hizo que mi erección creciese en segundos. Aquella camiseta blanca

semitransparente se pegaba a su cuerpo con cada movimiento que hacía y mis dedos jugueteaban con sus tetas por encima. Su cadera comenzó a moverse sobre mí, con un suave vaivén que me estaba enloqueciendo. Me senté en la cama con ella encima y recorrí sus labios con mis dedos, tirando de ellos. Su boca se abría y cerraba al igual que sus ojos. Podía escuchar como su respiración se iba agitando a cada caricia, a cada lametazo en el cuello, a cada dedo por su espalda

— *Me matan tus caricias. No puedo vivir sin ellas.*

— *No tendrás que hacerlo porque el resto de tu vida te dará el*

placer que deseas, los besos que mereces y te haré el amor hasta que no puedas más. — mi lengua comenzó a explorar su boca, buscándola desesperado. — Y también follaremos como animales.

— Como animales.

Como un animal atacé su cuerpo, sin dejar un rincón sin acariciar, sin lamer, sin recorrer con mis dedos. Aproveché mi ventaja sobre ella y la tumbé sobre la cama. En una de las mesillas vi uno de sus pañuelos, así que lo cogí atando sus manos a la cabecera de la cama. Su cuerpo se retorció de placer, cerrando las piernas y frotándolas entre ellas.

— *¿Esto es la venganza por dejarte atado en el club? – no pude evitar sonreír.*

— *Mi venganza me la cobré aquella noche en la academia.*

— *Sí señor, me pusiste tan cachonda que al llegar a casa cogí mi vibrador predilecto que por un jodido mensaje tuyo acabó contra la pared. Maldito mamonazo. – tiró de sus muñecas pero el pañuelo se apretó más a ellas.*

— *Cuanto más tires, más se apretaran. Palabra de boyscout. – su pecho seguía subiendo y bajando y su cadera hacía lo mismo. Aquellas pequeñas bragas negras de encaje, se*

ajustaban a su cuerpo, como si fueran una segundo piel.

Me levanté para deshacerme de los pantalones y una caja llamó mi atención. Sí señor, aquella era la caja que mandé a su piso junto con el Curve. Al abrirla me encontré con el arsenal de juguetes que compré. No sabía cuál sería su preferido, pero sí que sabía con cuales quería jugar con ella. Saqué el Tiani, un vibrador que estimulaba el clítoris con mando a distancia. Lucía levantó la cabeza, curiosa de ver que estaba haciendo y al comprobar lo que tenía entre las manos, emitió un sonido gutural y muy sexy.

— ¿Sabes lo que voy a hacer con esto? – gateé por la cama hasta llegar a su preciosa cara.

— Pues espero que hagas que me corra y me dejes destrozada en la cama hasta mañana.

— Sus deseos son órdenes para mí señorita Medina. Todo lo que usted desee, le complaceré. – lamí sus labios mientras con una de mis manos levantaba su camiseta. – Por las mañanas, por las tardes y - tiré de uno de sus pezones y su cuerpo se elevó de la cama pegándose al mío. – por las noches. Por el resto de su vida.

— ¿Una vida de polvos épicos? – levanté su camiseta,

sacándosela por la cabeza y dejándosela en las muñecas.

— *Si señorita Medina. – pasé el pequeño vibrador rosa por el medio de su cuerpo hasta dejarlo sobre sus pequeñas bragas y pulsando el botón, empezando a vibrar.*

— *Joder. – su cuerpo comenzó a moverse. – Joder.*

— *No nena, aún no. Todavía tengo que recorrer todo tu cuerpo con mi lengua. Esta noche eres mía.*

— *Tuya en cuerpo y alma. Haz conmigo lo que quieras Hans.*

Él jugaba con aquel pequeño aparato del gran placer por mi cuerpo. Su boca se introdujo entre mis piernas,

jugueteando por encima de mis bragas, pero sin tocar ni un centímetro de la piel que estaba debajo. Pero aquel maldito vibrador me estaba matando. Lo pasaba entre mis piernas, lo quitaba, me rozaba el interior de mis muslos y paraba. A cada paso que él daba yo tiraba de mis manos, atándome más al pañuelo, tal y como me había advertido.

— Me estás matando Hans. — pegué mi cadera a su erección. Estaba ya desnudo, con su polla erecta y lista para mí.

— No he empezado contigo. Esta noche será muy larga. — sus dedos se metieron por el interior de las bragas y escuché que se rasgaban. — Se han

roto. – su cara de “soy el niño más bueno de la guardería” hizo que soltase una carcajada.

Con la maña que le caracterizaba antes de que pudiese terminar de reírme, la parte inferior del vibrador estaba dentro de mí y acto seguido su ancha, larga y dura polla le acompañó.

— Joder Hans.

Entre aquella vibración tan precisa sobre mi clítoris y sus movimientos de cadera para meterse hasta dentro de mí, de mi boca comenzaron a salir gemidos. No me podía controlar. Era como si hubiese perdido cualquier tipo de control de mi cuerpo para cedérselo a él. A sus manos,

a sus dedos, a sus envites y a sus juegos.

Estaba haciendo conmigo exactamente lo que él me había prometido. Hacerme gemir, hacerme sentir y hacer que me volviese loca durante toda la noche. Aquella caja que me envió meses atrás fue como su caja de los deseos. Como si se fuese a acabar el mundo y fuéramos los probadores oficiales de aquellos juguetes. Pero cuando sacó el anillo vibrador Pino, pensé que simplemente me daría la risa, como ya me había pasado alguna vez con alguna de mis ex parejas, pero aquello fue el culmen a una noche de intenso placer.

Estaba desnuda en la cama,

tratando de recuperar mi aliento. Un aliento que había perdido unas horas antes. Se puso de rodillas sobre mí para desatarme las muñecas. Al hacerlo pude relajar el cuerpo apoyándome sobre su pecho mientras le acariciaba cuando nos tumbamos.

— Cariño, he estado pensando.

— Dios, que miedo que pienses. — le di un mordisco en un pezón. — Joder. — se llevó una mano a él.

— Se acerca Acción de Gracias. Los últimos años Rose y yo lo celebrábamos en un buffet libre en Las Vegas. — noté su mirada clavada en mí. — Sí. De jueves a domingo era un mundo paralelo. Pero este año quiero

celebrarlo de una manera diferente. — apoyé mis manos y barbilla en su pecho para poder mirarle.

— Y han pensado en... - me mordí el labio inferior levantando las cejas.

— Este año tenemos muchas cosas por las que dar las gracias. Nos hemos conocido, Glen y Rose se van a casar y están embarazados, tu hermana se está recuperando, mi hermano está empezando a vivir su propia vida. Tenemos muchas cosas por las que dar las gracias este año. — me quedé unos segundos callada.

— También hemos pasado por malos momentos.

— Lo sé, pero también sé que mi tía estará con nosotros esa noche, al igual que mi padre y mi madre. De una forma o de otra.

— Seguro que están con nosotros. — me abrazó fuertemente y noté algo raro en su tono de voz, pero al momento bostezó.

— Había pensado en preparar una gran cena aquí en casa. Invitar a todos. — comencé a notar como me pesaban los ojos.

— Tal vez tengamos sorpresas para ese día. — su voz se alejaba a cada parpadeo que yo daba. — Descansa maitia. Descansa.

Pude darle un último beso en los

labios antes de quedarme dormida sobre su pecho.

47. UN LUGAR DONDE REFUGIARSE

Rose comenzó a recuperarse de

aquel pequeño bajón que le había dado. Ya que habían pospuesto la boda, decidimos que su despedida de soltera se haría más adelante. Lo que tenía en mente no incluía una Rose embarazada que pudiera ponerse de parto mientras trataba de trepar por alguna barra o por algún maromo medio en pelotas. Sí, deberíamos comportarnos, pero ella seguía pensando que iba a ser su última gran juerga.

La academia funcionaba a pleno rendimiento, estábamos siendo un boom, pero un pedazo de boom que no nos habíamos imaginado.

— ¿De verdad que tenemos que doblar clases de pole dance? —

estábamos sentadas en el despacho cuadrando las clases del siguiente mes. Rose ya no podía dar las suyas con aquella barriga.

— Si Lu. Las de los viernes están llenas y siguen pidiendo apuntarse. Creo que deberíamos hacer una especie de jornada de puertas abiertas. — se frotaba la barriga mientras hablaba.

— ¿Quieres que vengan más alumnos? Creo que no tenemos demasiados huecos. Deberíamos contratar a algún profesor más mientras tú descansas. — su cara comenzó a cambiar y noté que se le dibujaba un signo de dolor en ella. — ¿Qué ocurre Rose?

— No sé. Creo que ese último bocadillo que me he comido no me ha sentado demasiado bien. JODER. — se dobló de dolor en la silla y me acojoné.

— Vamos, nos vamos al hospital ya.

Veinte minutos después estábamos entrando en el hospital y pasando a un box en el que comenzaron a hacerle pruebas de todo tipo. Ella decía que se le salía el bebé. Me destrozó la muñeca de tanto apretar del dolor. Contracciones, dijo que estaba teniendo muchas contracciones. Con esos gritos tenía que lidiar en el box. Estaba tendida en una camilla con estribos y me obligó a mirar.

— ¿Qué coño quieres que mire Rose? – me agarró del brazo y salió un sonido infernal de su garganta.

— Está saliendo. Te juro que noto como su cabeza me está destrozando. Miraaaaaaa. – me pegó un empujón y me metió la cabeza entre sus piernas.

— Joder Rose. – al abrir los ojos me encontré con la Rose más abierta que nunca. – Mierda. ¿Por qué he abierto los ojos? Dios. – volví a mirar. - ¿Cuándo te has hecho la brasileña?

— ¿Le ves?

— Rose, te aseguro que no te está saliendo nada del toto, en serio. Seguro que no son contracciones. - su

voz infernal seguía sonando aterradora.

— ¿Por qué me duele tanto?

— Voy a llamar al médico. – me agarró del pelo y no me soltaba. – Mierda Rose, me vas a dejar calva.

Se abrió la puerta y la escena era puramente teatral. Rose me tenía agarrada del pelo, yo medio doblada encima de la camilla y Glen junto con Hans mirándonos desde la puerta boquiabiertos.

— ¿Qué cojones está pasando aquí? – Rose no me soltaba el pelo, había hecho una maldita maraña con él y su mano. - ¿Rose estás bien? – al ver a Glen parece que se tranquilizó pero no me soltaba el pelo.

— No. Solo estoy de unos siete meses. No puede nacer.

— Suéltale el pelo a Lu. Rose.
— Glen trató de quitar su mano.

— Por dios. — me aparté frotándome la cabeza. — El médico vendrá ahora. No entiendo mucho de embarazos, pero creo que ese bocadillo que te has comido, te has pasado con el picante. Te dije que no te lo comieras. — se abrió la puerta y el médico nos miró a los cuatro.

— Rose, todo está bien. No son contracciones, son gases, indigestión. — la cara de Rose era un poema. — Te aseguro que cuando lleguen las contracciones las sabrás distinguir.

— ¿Cómo las voy a distinguir si cuando me enteré que estaba embarazada ya estaba de tres meses?

— Hay embarazos que no tienen ningún tipo de síntoma. Te despistaste de tu regla por lo que me dijiste, tenías mucho estrés y no eran regulares. — el médico agarró la mano de Rose tratando de tranquilizarla. — Pero te aseguro que cuando el bebé esté listo, notarás las contracciones. Seguro. — al fin pudo respirar tranquila.

— Gracias doctor y siento los gritos que he pegado en la entrada.

— Si bueno, has asustado a todos. Esas voces del infierno que salen de tu garganta, no son muy normales. —

yo me eché a reír.

— Perra del infierno, deja de reírte de mí.

— Te lo perdono porque las hormonas te están volviendo loca. Y ahora me voy a ir de aquí a tomarme un café, y dejar de escuchar esa voz infernal. – salí de allí.

— *La he mosqueado. Lo siento.*
– *Rose comenzó a llorar desconsoladamente y miramos Glen y yo al médico.*

— *Hormonas. Se le pasa enseguida.*

— *Voy a buscar a Lu. Creo que está también estresada con lo de Acción de Gracias.*

— *¿Ya estamos en noviembre?*

— *afirmé con la cabeza. — Mierda.*

¿Cómo pasa el tiempo tan rápido?

— *Lo sé. Aunque a veces no lo suficiente. Voy a por Lu.*

— *Yo me voy a vestir, esperadme fuera. Por favor. — dejamos a Rose vistiéndose y encontramos a Lucía en la máquina de café pegándole patas.*

— *Maldita zorra. Dame el café.*

— *¿Qué te ha hecho? — la agarré de la mano.*

— *No darme el café. — vi que estaba con el móvil en la mano.*

— *¿Y qué más?*

— Hans lo siento, sé que no tenía que llamar a la asistente, pero no he podido aguantarme. Llevamos meses sin saber nada, sin saber cómo va el proceso y al ver vuestro bebé – señaló a Glen – se me ha revuelto todo por dentro. Quiero tener esa sensación. Esa sensación de que hay alguien que va a estar a mi lado el resto de su vida y al que voy a querer más de lo que nunca me había imaginado. – se dejó caer al suelo. – Sé que no debería haberla llamado. Lo siento. – nos agachamos a su lado.

— No lo sientas. Es normal que quieras saber más. No sé cómo aún no te has vuelto loca.

— ¿No te parece lo suficiente haber comprado todas las películas de Disney y de Pixar? ¿Haber buscado las recetas de galletas de todas las clases y sabores y que me pase las noches leyendo cuentos infantiles? – me quedé observándola unos segundos.

— Cariño, sé que está siendo muy duro, demasiado, pero te aseguro que el final del camino está más cerca de lo que pensamos. Tengo un presentimiento. Además tengo una pequeña sorpresa en casa. – me miró con sus ojazos marrones sonriendo.

— ¿Qué es?

— Cuando lleguemos a casa, lo sabrás. – le besé.

— *Siento ser una bruja gorda y con verrugas. – miramos hacia arriba.*

— *¿Vas a hacerme caso cuando te diga no te comas más bocadillo? – Lucía se levantó.*

— *Prometido. Siento lo del pelo.*

— *¿Y no sientes haberme obligado a mirarte entre las piernas? Joder, que voy a tener pesadillas. – miramos a las dos varias veces.*

— *Venga que no es la primera vez. – le dio un golpecito en el brazo.*

— *Sí, pero no tan de cerca. Que poco más y le doy la mano a vuestro bebé.*

El susto pasó de largo. Glen

cambió su cara de terror cuando el médico les dijo que todo iba bien, que aún no era la hora de verle la cara al bebé. Lucía no dijo nada en el trayecto a casa. No sabía que había hablado con la asistente, pero al menos quería que la sorpresa le sacase una gran sonrisa.

Al entrar en casa, le tapé los ojos para llevarla hasta el jardín. Cuando estuvimos justo en medio, la ciudad estaba anocheciendo a nuestros pies. Me temblaban las manos mientras le descubría los ojos. Me situé delante de ella y vi cómo observaba todo buscando la sorpresa. Empezó a andar por el jardín buscando lo que era, pero

no se había dado cuenta todavía. Hasta que vi cómo se paralizaba en un lateral y se llevaba las manos a la boca. Se dio la vuelta temblorosa para mirarme boquiabierta.

— *¿Es... - no podía articular las palabras y yo simplemente afirmé metiéndome las manos en los bolsillo, esperando ver su reacción. – No me lo puedo creer.*

Se separó de mí y encaminó su cuerpo con pequeños pasos hasta el árbol. Sí, era su árbol. Había costado más tiempo del que hubiese querido, pero Hernando se había encargado de que llegase sano y salvo a casa. Se paró delante de él y lo observó como si

llevase años sin hacerlo. Comenzó a pasar su mano por la corteza y se paró en una pequeña rama. La acarició con muchísima suavidad. Era pequeña y frágil. Tal y como la vi a ella en Barcelona meses antes cuando la tía murió. Me acerqué muy despacio y se dio la vuelta para mirarme.

— *¿Cómo has... - ladeó la cabeza y no vi ninguna sonrisa en su cara y estaba empezando a pensar que no había sido una buena idea. Tal vez ella quería haberlo dejado en el acantilado de Langre. - ¿Cómo... no me puedo creer que esté aquí. - ni rastro de sonrisa.*

— *Lo siento Lu, pensé que te*

gustaría que... - negué pasándome las manos por el pelo. – Dijiste que sería muy duro volver allí con aquellos amargos recuerdos y no quería que estuvieras separada de ellos. – sus manos trataron de calmar las mías.

— No digas lo siento. Es... - abría la boca, la cerraba, volvía su mirada al árbol y me miraba. – Es lo más bonito que nadie ha hecho por mí. ¿Qué coño? Es lo más increíble que nadie ha hecho por mí en la vida. – entonces apareció aquella impresionante sonrisa. Saltó a mis brazos.

— Quería que te sintieses en casa, que cada rincón sea tu casa, que

*cuando necesites hablar con ellos
puedas sentarte aquí tal y como hacías
en el acantilado. Sé que no es lo
mismo, que las estrellas no brillan
como allí, que el mar no mecerá tus
pensamientos, pero siempre estarán
aquí. — se mordió los labios
escuchando cada una de mis palabras.*

*— Hans, es mejor. Estoy en
casa. Están en casa. Es nuestra casa y
no me podría imaginar un lugar mejor
en el mundo en el que estar. Gracias
por traerlos, gracias por quererme de
la manera que lo haces. No, no es como
Langre, pero un trozo de mi corazón se
quedó allí para siempre y sabía con
certeza que no sería capaz de volver*

allí. – su tono de voz en lugar de ser triste era optimista. Sonreía cuando me lo decía. – Allí se quedaron mis pesadillas, mis amargos recuerdos, aquellos que me golpeaban y no me dejaban respirar. Allí se quedó todo lo malo, enterrado muy profundo. – respiró profundamente. – Es un nuevo comienzo.

— *Tenía miedo de que pensases que te quería arrebatat los recuerdos que tenías allí. La tierra de alrededor es la del acantilado. – señalé unas piedras que formaban un circulo alrededor del árbol. – Las piedras son de la casa. Estaban en el jardín. – se le iluminaron los ojos.*

— Son unas piedras que recogimos en la playa mi padre, Pablo y... - tragó saliva y meneó la cabeza. — y mi madre. La primera vez que fuimos cuando Pablo nació. — empezaron a temblarle los labios. — Ni si quiera las recordaba. - se agachó para acariciarlas. — Las pintamos años después con nuestros colores favoritos. Azul de Pablo, rosa de mi madre, verde de mi padre y rojo el mío. — se levantó con lágrimas en los ojos, pero sabía que eran lágrimas de felicidad, de que los recuerdos que le estaban pasando por la cabeza, eran buenos. Muy buenos. — Gracias cariño, gracias por conseguir que me sienta de nuevo en

casa.

— *Te quiero Lucía y siempre haré lo que esté en mi mano para que te sientas bien, para que seas feliz. — sus labios se posaron sobre los míos, cálidos, dulces y suaves.*

— *Te quiero Hans. Te quiero más de lo que nunca llegué a creer que haría. Más de lo que tuve que esconder cuando empecé a quererte. Me daba pánico. Pánico abrir mi corazón y que acabase destrozado. Pero tú señor Berg, has sido el único que ha podido curar mis heridas, que ha podido hacer que mis cicatrices sean menos profundas y que mis recuerdos, solo sean buenos. Gracias por aparecer en*

mi vida. Gracias por obligarme a dejarte viajar conmigo a Langre y gracias por hacer que tu casa, se convierta en mi hogar. Que a tu lado sea el lugar en el que siempre quiera estar. — era lo mejor que podía oír de sus labios. Escuchar su corazón. Sin miedos, sin mentiras, solamente su corazón.

— Gracias por dejarme ir, gracias por dejarme entrar en tu vida y gracias por entregarme tu corazón. Te quiero Lucía, te quiero más que a nada en este mundo y quiero vivir el resto de mi vida a tu lado.

Sin duda alguna aquel era mi lugar en el mundo, en el que me sentía

feliz y protegida. Entramos en la cocina para empezar a preparar la cena. Mientras yo cortaba cosas para la ensalada él colocaba algo de queso en un plato. Le miraba y sonreía como una auténtica idiota.

— Voy a llamar a Rose a ver como se encuentra. – al coger el teléfono y empezar a hablar con ella sonó el de Hans. - ¿Qué tal estás maitia?

— Mejor, creo que el zumo de naranja me ha relajado el estómago. Prometo hacerte caso cuando me digas que deje de comer. – negaba con la cabeza y trataba de escuchar con quién hablaba Hans.

— Mentira. No me vas a hacer

caso en tu vida.

— ¿Ya has visto la sorpresa?

— Sí. — miré por la ventana de la cocina que daba al jardín, observando el árbol. - ¿Ya lo sabías?

— Claro, me preguntó a ver que me parecía.

— Gracias cariño. Creo que no te lo digo muy a menudo. Gracias por estar a mi lado, por dejarme formar parte de tu vida.

— La de las hormonas alteradas soy yo. — Hans daba vueltas por el salón.

— ¿Cuánto más vas a seguir tirando de esa excusa?

— ¿Qué estás haciendo de

cenar?

— Pues voy a hacer una pizza que tenía masa que hice esta mañana antes de ir a la academia y... - me di cuenta de que no tendrían nada en casa. - ¿Queréis venir los tres? Por la hora que es Rachel ya habrá salido de clase de danza.

— Ahora mismo vamos. — colgué el teléfono y Hans se acercó a la cocina.

— ¿Quién era?

— La asistente social.

— Mierda joder, la he cagado con la llamada ¿no? Creo que no debí gritarle. — tiré el trapo que tenía en las manos.

— Me ha dicho lo que la has gritado por teléfono y también me ha dicho que a primeros de diciembre, saldrá la resolución definitiva. – dejó el teléfono en la mesa. – Un mes y lo sabremos.

— Un mes. – me quedé sin saber cómo reaccionar. Me costó un par de segundos poder decir algo.

— ¿Cariño? – sonó el timbre.

— Sí, voy a abrir. – me agarró de la mano antes de salir de la cocina.

— ¿Estás bien? Creo que estás empezando a flipar.

— Sí, mi estado de ansiedad por no saber nada, ha pasado a ser el de voy a flipar durante el próximo mes.

Mucho. No me creo que lo vayamos a saber. — mi cuerpo empezó a experimentar una mezcla de sentimientos. Era como una coctelera demasiado llena de bebidas y que iba a acabar explotando por alguna parte.

— Ya fliparemos en diciembre.
— colocó sus manos sobre mis mejillas.
— Vamos a olvidarnos de todo este mes. Vamos a disfrutar, vamos a salir a cenar por ahí, a alguna fiesta y sobre todo vamos a recordar cómo éramos hace unos meses. Vamos a redescubrirnos.

Iba a ser un mes largo, demasiado largo, pero sabía que Hans iba a poner todo de su parte para que nos relajásemos, solo como él sabía

hacer.

48. AMERICAN PLAYBOY

Quedaba exactamente una semana

para Acción de Gracias. Estaba en casa haciendo la lista de lo que íbamos a preparar para aquella noche. Pablo estaba en el salón montando la nueva página web de la Fundación. Sus prácticas le estaban quitando mucho tiempo pero estaba feliz. Siempre tenía una sonrisa en la cara. Me quedé mirándole unos segundos sonriendo y se dio cuenta.

— Deja de mirarme hermanita. Me pones demasiado nervioso.

— Lo siento enano. Pero es que me fascina verte trabajar de esa manera.

— Deja esas listas un momento y ven aquí. – me senté a su lado en el sofá. – Quiero dejar así la página web

nueva. Que se vea realmente todo lo que se consigue con esas personas en la Fundación. - resoplé. - ¿Echas de menos estar por allí?

— Muchísimo.

— Hannah me ha mandado cada día besos y abrazos. Te echa mucho de menos. Lo está pasando muy mal sin poder verte.- me acarició el brazo.

— Dentro de unos días sabremos cuál es la resolución. De una u otra manera, al menos podré volver a verla.

— Seguro que todo sale bien. — me quedé mirando la pantalla.

— Es increíble Pablo. Me encanta la página.

— Aún hay que terminar muchas cosas pero bueno.

— ¿Qué tal van las prácticas? ¿Has podido hacer alguna sesión de fotos fuera?

— Sí. El otro día fuimos a Malibu a hacer una sesión de surf. Para una revista nueva. Me dejaron ser el que se encargase de las fotos. Sin supervisión. – al decir la última palabra abrió mucho los ojos.

— ¿Tú solo? Zorionak maitia. Vas a llegar muy lejos. – le abracé.

— Gracias Lu. – empezó a sonar mi móvil. - ¿Por qué no cambias esa canción del móvil?

— Lo siento pero me encanta.

Me levanté sin descolgar el teléfono y sonó la canción completa de Call Me Baby de Carly Rae Jepsen.

Ey, acabo de conocerte, y es una locura, pero aquí está mi número, así que si quieres llámame. Es difícil mirarte directamente a ti, nene, pero aquí está mi número, así que si quieres llámame.

Mientras sonaba le hacía gestos a mi hermano y bailaba por el salón.

— Cada día estás peor. Háztelo mirar antes de que sea demasiado tarde.

— Ya lo es hermanito. Ya es muy tarde. – descolgué. - ¿Sí?

— Una hora. The Vault. – Hans lo soltó y me colgó. Me quedé mirando

el teléfono unos segundos.

— ¿Qué pasa hermanita?

— Nada. – salí corriendo para prepararme. – Cuando te vayas de casa cierra la puerta o quédate a dormir lo que quieras.

— ¿A dónde vas?

— Tengo una cita. – grité justo antes de meterme en la ducha.

Me di una ducha rápida y me revisé todas las zonas del cuerpo. Depilación perfecta. Gracias a dios que la semana anterior había pasado por la esteticista y no dejó ningún pelo, arrasó con la cera en todos los rincones. Me puse un vestido rojo largo con aberturas laterales y tirantes finos, con unas

sandalias de tacón alto doradas, con un bolso a juego. Me miré al espejo y me alboroté un poco el pelo. Sonreí al saber que Hans había comenzado un juego excitante. Sabía cómo hacerme olvidar del mundo.

Salí corriendo de casa y aparqué enfrente del The Vault cuando justo iba a dar la hora. Entré en el local y me sorprendió la luminosidad. La última vez que estuve allí fue de noche y con Charlie. Pero aquella vez estaba todo oscuro y con tonos azulados. Caminé entre las personas que estaban allí y unos camareros pasaban entre nosotros con copas de vino. Busqué a Hans, pero no le vi por ningún lado. Así que me

senté en la barra y pedí un mojito y observé el bar.

Al entrar en el Vault la vi sentada en la barra, con un precioso vestido rojo con unas largas aberturas laterales, que dejaban ver sus increíbles piernas en aquella silla. Estaba siendo el espectáculo de la barra. Su forma de jugar con la pajita justo antes de introducírsela en la boca, la manera que tenía de quitar aquel azúcar que le habían puesto alrededor del vaso, pasando el dedo y llevándoselo a los labios. Quería jugar con ella toda la noche. Un chico de unos treinta años se acercó a ella de la peor manera que podía hacer,

comiéndose sus piernas con los ojos y subiéndose los cuellos de su camisa. Lucía le iba a destrozar.

— *Buenas tardes cariño. – error de manual con Lucía. Aproveché para sentarme en la otra esquina y Lucía me vio.*

— *Hola. – desvió su mirada de mí para fijarla en el chico.*

— *¿Cómo puede ser que una mujer como tú esté tan sola?*

— *¿En serio quieres ligar conmigo así? – podía escuchar su conversación y no pude evitar sonreír.*

— *Probaré otra vez. Me encantaría ser la tela de ese vestido para rozar todo tu cuerpo. – levantó*

una ceja y se mordió el labio inferior.

— *La jodes más cuanto más hablas. — el tío comenzó a ponerse nervioso.*

— *¿Puedo invitarte a una copa de lo que estás tomando? — se quedó mirándole fijamente de arriba abajo.*

— *No, ahora en serio. ¿Has venido aquí a ligar o a qué? Porque se te da de culo. — vi como él se erguía poniendo una fachada de tipo duro.*

— *¿Qué eres como la gurú del ligue? — me removí en la silla pero ella solita se bastaba para salvar su precioso culo.*

— *Te voy a dar unas pautas muy básicas para que no te manden a*

tomar el fresco a la calle en dos minutos. Uno, nunca jamás te subas los cuellos de la camisa. No estamos en los noventa. – solté una carcajada y las personas que estaban cerca de mí me miraron. – Dos, por mucho que te echas el pelo para atrás tratando de taparte el cartón, se sigue viendo. Rápatelo, sé un calvo con dignidad. Tres, las frases de película porno, no funcionan. En serio. – su cara era un poema.

— ¿Crees que serías capaz de ligarte a cualquiera de los que están aquí en dos segundos? – sus ojos se fijaron en mí.

— Trato hecho. – llamó al camarero. – Póngame un – vi cómo le

echaba un vistazo a mi copa – un whisky de malta. – el camarero comenzó a servirla. – Nunca se le dice si se le puede invitar a una copa. Se le lleva la copa. Es como si pides que te den un beso, no es sexy. Dos segundos.

Se bajó de la silla y contoneando su precioso cuerpo caminó hasta donde yo estaba. El tío en cuestión se sentó en la silla para poder ver todo.

— Un whisky. – lo dejó justo delante de mí.

— Ya tengo una copa. – agarró mi vaso y se lo bebió.

— Nunca se rechaza una copa.

— Menos viniendo de alguien

como tú. Perdón por mis modales, me llamó... - puso sus dedos en mi boca silenciándome.

— *Sin nombres. Es mucho más excitante. – dejó el bolso en la barra.*

— *De acuerdo. Sin nombres.*

— *Te he estado observando y me encantaría conocer mucho más de ti. – aquel juego de desconocidos me estaba poniendo muy cachondo. Pude ver como no nos quitaban ojo los que teníamos cerca en la barra. Era inevitable fijarse en ella. La parte de arriba de su vestido se pegaba a sus tetas y un tirante se le deslizó por el hombro.*

— *No hay mucho que conocer.*

Solamente soy alguien que toma una copa en un bar. – me separé de la barra un poco sin bajarme del taburete.

— *Creo que hay mucho que conocer y si me dejas, quiero llegar hasta el final y conocer todo.*

Sin verlo venir, se agarró el vestido y pasó sus largas piernas por encima de mí, subiéndose a horcajas sobre mí en el taburete. Cogió el whisky de la barra, le pegó un trago y atacó sin ningún tipo de piedad mi boca. Sabía a una mezcla de ella misma y whisky. Puse mis manos sobre su culo y la pegué a mi erección. Ronroneó dentro de mi boca y su sonrisa provocó la mía.

— *Eres un maldito bicho. — escuchamos el ruido de dos copas en la barra.*

— *Increíble. Dos segundos. — Lucía se bajó de mis piernas. — Enhorabuena tío, has sido el afortunado.*

— *Sí, eso parece. — tuve que contener la carcajada.*

— *Eres muy buena señorita. Muy buena. Y ahora voy a seguir tus consejos y me iré a hacer lo que me has dicho. — hizo un gesto con sus dedos chasqueándolos y se fue.*

— *¿Ese no folla nada esta noche verdad? — negué con la cabeza.*

— *No se va a comer ni el hielo*

de la copa. — cogimos las copas.

— ¿A qué ha venido lo de intentar seducirme?

— ¿A que ha venido la llamada? Una hora. Vault. Pensé que es lo que querías. — puso su mano en mi culo apretando lo justo para sentir placer.

— Lo que quiero es quitarme el recuerdo de tu cuerpo en manos de Charlie en aquella esquina.

— ¿Vas a querer quitarte muchas cosas de la cabeza?

— Todas. Meter en su lugar, mejores recuerdos. — pasé la mano por su bragueta.

— Meterlos mejores y más

grandes monito. — me separé de él y caminé por la discoteca hasta un punto más oscuro de la sala.

— ¿Me acompañas? — no tardó ni dos segundos en venir detrás de mí.

— Siempre.

Lo que comenzó como un juego excitante, terminó siendo una de las noches más increíbles. Continuamos con nuestro juego de desconocidos en un par de bares más y nos divertimos muchísimo. Éramos exactamente de lo que nos ocultábamos y mostrábamos en aquellas fiestas años atrás. Habíamos aprendido a complementarnos a la perfección.

49. ADIVINA QUIÉN VIENE ESTA NOCHE

El Farmer's Market el día

anterior a Acción de Gracias era una jodida locura. Gente corriendo entre los puestos, arrancándose los productos de las manos. Rose se había empeñado en venir conmigo y cuando en algún puesto no nos hacían caso, sacaba más barriga y adoptaba la postura de embarazadísima y comenzaba a resoplar. Dos segundos después nos estaban poniendo lo que pedíamos.

— Gran truco nena.

— Como el tuyo en el Vault.

Tengo que probar eso cuando nazca el bebé. — se empezó a reír. — Porque ahora con la barriga a lo mejor tiro abajo la barra de cualquier bar.

— O de un empotramiento

mortal de Glen. – metimos las bolsas en el Mini.

— ¿Qué nos queda?

— Pues tengo que ir a por el pavo que tengo encargado.

— ¿Tan americana la vas a hacer? – se metió como pudo en el coche. No era una tarea demasiado fácil para su avanzado estado.

— Será una mezcla. Voy a hacer una receta de cordero de mi tía también. – aún me costaba decir su nombre y que no me recorriesen escalofrío por el cuerpo. – Estarán con nosotros todos los que no pueden estar. He comprado unas velas. Por todos los que no pueden compartir con nosotros esta noche. –

cerré unos segundos los ojos y me coloqué las gafas de sol.

— Es precioso Lu.

— Tengo que pasar por una tienda del paseo a recoger unos porta velas que vi un día que fui donde Pablo. ¿Quieres que te lleve a casa? Te noto cansada.

— No. Quiero ayudarte con la cena y sentirme útil.

— Tranquila cariño, de verdad. Desde hoy tengo la casa asediada. – giré un par de calles y aparqué en un parking subterráneo. – Steve, Lorel, Victoria, Sharon y Pablo.

— Menos mal que ya no vivimos en nuestros pequeños pisos.

— Si no tendríamos que dormir apilados. – nos echamos a reír.

— Echaba de menos estos momentos. Desde que no voy a la academia a dar mis clases, casi no te veo. – puso morritos.

— Sigo estando aquí cariño. Ya sabes que siempre estaré. – le di un beso.

Hicimos una parada estratégica para coger un par de cafés y nos fuimos directas a por el pavo. Entramos en el supermercado y la carnicería estaba a tope. Parecía que los regalaban.

— Vamos a coger el vino, que lo recogemos a la salida que lo tenía reservado.

Por los pasillos que pasábamos Rose seguía cogiendo cosas. La dejé en la zona de frutos secos y cuando giré en uno de los pasillos casi se me cayeron de las manos los zumos que llevaba. Giré mi cuerpo y recogí a Rose de su pasillo llevándola lejos del foco de nuestros futuros problemas.

— ¿No habíamos comprado ya toda la fruta en el mercado?

— Se me han olvidado las grosellas. — yo seguía mirando por dónde iba a explotar la bomba.

— ¿Eso son esas cosas pequeñas y rojas en racimo?

— Sí.

— Menuda sorpresa. Yo

pensaba que vosotras hacíais la compra en la cola de la iglesia.

Rose soltó lo que tenía entre las manos, dejando que se desparramasen por el suelo dos cestas de grosellas. Me miró negando con la cabeza.

— Dime que lo que se oye no es la asquerosa voz de Mercedes porque te juro que no respondo.

— No hagas caso Rose. Vamos. — cogí el carro y Mercedes se interpuso delante de él.

— ¿Creéis que os voy a dejar ir tan tranquilas? Me habéis jodido la vida zorras. — nos empujó con el carro y me puse en medio para que no le diera a Rose en la tripa. Me despellejó medio

tobillo.

— ¿Zorras? Perdona bonita. — Rose me apartó y se puso delante de Mercedes con las manos alrededor de su cintura, ajustándose más la camiseta que llevaba, para que Mercedes viera bien que estaba súper embarazada. — Aquí la única zorra eres tú. La zorra mayor del reino de las zorras. — la mirada de Mercedes se fijó en la tripa de Rose. — Eres una puta arpía que lo único que quiere es que todo el mundo tenga la mierda de vida que tienes tú. — aparté el carro cojeando.

— ¿Estás... emba... - no le salían casi ni las palabras.

— Sí Mercedes. Estoy

embarazada.

— ¿Cómo... - la cara de Mercedes pasó por varios colores hasta quedarse más blanca que la leche que llevábamos en el carro.

— Pues mira mujer, yo te explico. - Rose puso su mano en el hombro de ella. - Mi fabuloso marido, puso su semillita en mí y la empujó con su gran polla hasta dentro. - hizo un gesto con su cadera y de mi comenzó a salir una risa absolutamente maligna. - No sé si fue del primer pollazo o del cuarto de aquella noche.

— No eres más que una barriobajera asquerosa. - vi cómo agarraba algo de fruta para terminar

espachurrándolo en la camiseta de Rose.

— ¿Esto es lo único que sabes hacer? – Rose agarró un puñado de moras y se las restregó por su perfecto peinado de peluquería de Beverly Hills, aderezándolo con una botella de leche.

— A tomar por culo. Ya la hemos liado.

— Sois un par de zorras, que me habéis robado lo que era mío. – ellas estaban lanzándose lo primero que pillaban hasta que vi como Rose levantaba una piña.

— Rose, ya. – le quité la piña. – Mira Mercedes, vete de aquí antes de que me arrepienta de dejarte marchar sin arrancarte nada. – la aparté de Rose y

me arreó un manotazo en el brazo que me pico como si fuera una quemadura.

— Maldita niñata. – me agarró del pelo y comenzó a pegarme golpes en la espalda con su mano, y algo comenzó a recorrerme desde la cabeza goteándome por la espalda.

— Suéltala.

Lucía me mandó un mensaje de que estaba en el supermercado de cerca de la academia. Cuando llegamos nos encontramos con el espectáculo. Alguien agarraba del pelo a Lucía y Rose golpeaba a ese alguien con un manojo de ¿puerros? Glen y yo fuimos corriendo hasta ellas y cuando agarré a la culpable... no sé cómo no me

imaginé que sería ella.

— *¿Qué demonios crees que haces Mercedes?*

— *¿Por qué? ¿Por qué habéis elegido a estas zorras? – tuve que agarrar a Lucía.*

— *Como sigas llamándome zorra te voy a dar lo tuyo y lo de tu prima. – se pasó la mano por el pelo para quitarse los restos de huevo.*

— *¿Por qué? Me habéis destrozado la vida. Mario me ha quitado las tarjetas, el dinero, mi trabajo y mi casa. – tenía los ojos idos, su mirada estaba muy lejos de nosotros. – Me he quedado sin nada.*

— *Venga ya. Si has perdido*

todo eso es porque tu corazón está podrido. No has sabido querer y eso en esta vida viene de vuelta. Se llama karma. – Rose se acercó a ella llena de manchas por toda la camiseta. – Recoges lo que siembras. Y si has sembrado odio y dolor, no esperes recoger sol y arco iris. – se dio la vuelta para ayudar a Lucía a quitarse las cascaras de huevo.

— No por favor. Por favor. Por favor. Me he quedado sin nada. – se puso de rodillas agarrándole de las manos a su ex marido.

— Mercedes levántate, no hagas más el ridículo.

Al mirarla, me acabó dando

pena. Cómo una mujer que lo tenía todo, absolutamente todo, solo por querer abarcar y coger algo que no era suyo, lo había perdido y estaba en un supermercado de rodillas rogándole a su ex marido. Continué escuchando sus ruegos y sus preguntas a Glen, a Hans e incluso a mí. Mercedes había acabado completamente desquiciada y mintiendo a cada palabra que decía. Que si habíamos empezado nosotras, que si le habíamos mandado mensajes amenazantes, que si por favor abandonase a Rose porque ella seguía queriendo a Glen. Se arrastraba por el suelo y simplemente no quise seguir peleando con ella. No merecía la pena.

No estaba bien y no quería hacer leña de un árbol podrido.

— Voy a por el pavo. — con toda la dignidad que me dejaba el huevo por mi pelo y los restos de puerros entre mis tetas, fui a la carnicería a por él. — Muchísimas gracias. — notaba como todos me miraban.

Fui con el pavo de ocho kilos en brazos entre mi regazo hasta el carro. Lo deposité dentro de él y miré por última vez a Mercedes.

— Ten un poco de dignidad Mercedes. Ningún hombre, por ningún motivo merece que una mujer se arrastre y le ruegue de rodillas. A no ser que le vayas comer la polla, que entonces

mejor ponte rodilleras.

— Cállate. — se levantó y alzó una mano para abofetearme, pero paré su brazo.

— Me das pena Mercedes. Podrías haber sido feliz, haber llegado a formar parte de una familia, a tener a tu preciosa hija a tu lado, pero me das pena. Has perdido todo y aún no te has dado cuenta de lo sola que te sentirás mañana y el resto de tu vida. — negué con la cabeza dando la vuelta al carro para marcharme. — Te has ganado un futuro muy solitario y te arrepentirás cuando nadie quiera estar a tu lado. Ojalá algún día descubras y te des cuenta de todo lo que has hecho, y no

sea demasiado tarde para ti. Vámonos Rose, tenemos que irnos a casa.

— No me vas a dejar con la palabra en la boca. – me di la vuelta y Mercedes se patinó con la mezcla que había en el suelo y comenzó a gritar.

Llegaron los de seguridad para ver qué demonios estaba sucediendo. Levanté las manos pidiéndoles unos segundos. Le tendí mi mano a Mercedes para que se levantase del suelo ante la atenta mirada de Glen, Hans y Rose.

— Ni se te ocurra ser condescendiente conmigo. – le dio un manotazo a mi mano.

— De acuerdo. Está loca ha comenzado a tirarnos los productos.

Los de seguridad la levantaron del suelo y se la llevaron entre sus gritos de zorras, habéis acabado con mi vida y unas cuantas palabras más que no llegamos a entender. Aquella fue la última imagen que tendríamos de Mercedes. En el fondo me dio pena ver como perdía todo lo que tenía. Sabía que se iba a arrepentir el resto de su vida de como la había vivido.

Con toda nuestra dignidad salimos del supermercado y cuando nosotras nos montamos en el Mini estallamos en carcajadas. Había sido una escena de tal surrealismo que aún no nos creíamos lo que había pasado. Cuando llegamos a casa el resto de la

familia ya estaba allí. Nos miraron mientras dejamos las bolsas en la cocina sin preguntarnos nada.

No dijeron nada cuando entramos en casa pero cuando salieron a la terraza no pudimos evitar empezarnos a reír. Cada día con ellas había sido una sorpresa tras otra, pero encontrárnoslas a cebollazo limpio como si aquello fuera una película de enredo superó nuestras expectativas. Se lo contaron a mis padres con pelos y señales, y todos acabamos riéndonos de la situación.

Aquella noche terminamos con media compra de vino. Algunas familias superaban los momentos con

comida pero nosotros éramos más de acabar con botellas de vino desperdigadas por la mesa.

Llegó el día de Acción de Gracias. Iba a ser el más especial de nuestra vida. Era la primera vez que lo celebrábamos completamente en familia. Cuando bajé a la cocina mi abuela, mi madre, mi hermana y Lu ya se habían hecho con la cocina y habían empezado a preparar la cena.

— Buenos días.

— A eso le añades cien gramos de azúcar con un poco de agua y te queda un almíbar increíble. – ninguna me dijo nada.

— No insistas. Yo llevo diez

minutos aquí sentado con el café y creo que aún ni me han visto. – Pablo estaba sentado delante de ellas.

— ¿Hay café?

— Sí, algo queda.

— Mierda. – Lucía se nos quedó mirando. - ¿Podéis ir a esta dirección a recoger unas cajas que tengo encargadas? Al final ayer se me fue.

— Claro que sí. – cogí la tarjeta. - ¿Qué es?

— Una sorpresa para la noche. Quiero que estemos todos, absolutamente todos en la cena de hoy.

— De acuerdo. – me acerqué a ella y me besó.

El día corrió demasiado rápido, cuando quisimos darnos cuenta estaba anocheciendo y Sharon con ayuda de Pablo montaron la mesa en la terraza. Encendieron los calentadores para que no pasásemos frío y dejaron una mesa preciosa. Toda la comida estaba ya lista y subí a prepararme. Hans aún no había vuelto a casa. Tuvo que salir a última hora a la Fundación. Habían tenido un problema en la cocina y fue a tratar de solucionarlo. Estaban ya todos abajo pero Hans no daba señales de vida. Eran más de las ocho de la tarde y no había llegado a casa. Bajé a la terraza y le pregunté a Glen. No tenía ni idea de dónde había metido Hans el culo.

— Como el señor salvador del mundo no llegue a la cena, me lo cargo.

— Llegará hermanita. – me dio la caja.

— Gracias cariño.

— ¿Qué demonios es? – salí con la caja al jardín y coloqué los porta velas a lo largo de toda la mesa.

— Es la primera noche que pasamos en familia, todos. Y he querido que todos estén esta noche aquí. – salieron todos al jardín con copas de vino. – Una por cada familiar que nos ha dejado. Por el abuelo de Hans, por la madre de Glen, por papá, por mamá y por la tía. – metí dentro las velas y las encendí.

Cuando me di la vuelta todos estaban mirando la mesa, observando cada vela encendida y uno a uno se acercaron a mí para besarme.

— Gracias, muchísimas gracias por el detalle cariño. — la abuela fue la última en abrazarme.

— Ojalá pudiéramos estar todos, todos. — miré la mesa acordándome de Hannah, de lo que habríamos disfrutado preparando el postre y sonreí. — Tal vez más adelante. — escuché unos cuchicheos.

— Estamos todos cariño.

Escuché la voz de Hans y al darme la vuelta comencé a temblar. Hannah estaba de su mano, parados

delante de mí los dos, mirándome fijamente. Esboqué una pequeña sonrisa sin creérmelo. Cerré los ojos y noté la pequeña mano de Hannah agarrando la mía. Noté cómo al acariciarme el brazo, mi cuerpo temblaba ante su tacto. Habían sido demasiado meses sin verla, sin poder abrazarla, sin poder pasar unos minutos con ella.

— Per... co... yo... - no era capaz de pensar con claridad, pero no quise hacerme ningún tipo de ilusiones. Tal vez Hans sabía ya la resolución y la había sacado de la Fundación para que pasase una última noche con nosotros.

— Hans está poniendo la cara. Está flipando ¿no?

— Sí cariño, lo último que se esperaba era verte hoy aquí. — no era capaz de reaccionar.

— Lu. — me agaché a su altura y comencé a acariciar su cara, recordando cómo se reía, como me abrazaba y se lanzó a mis brazos.

— Te he echado muchísimo de menos princesita.

— Y yo a ti, pero no me dejaban verte. Me decían que más tarde, pero ese más tarde nunca llegaba. Pensé que no te volvería a ver más. — comenzó a llorar y yo con ella. — Que no querías verme.

— No quería separarme de ti, pero me obligaron Hannah, no me

dejaban verte. — acaricié su cara, pasando mis pulgares por debajo de sus ojos limpiándole las lágrimas. — Siempre quiero verte. No ha pasado ningún día que no haya deseado llamarte o ir a verte.

— No quiero que pase otra vez. No quiero. — me levanté con ella en los brazos y no sabía que responderle a aquello. Tal vez sería la última noche con ella.

— No tendréis que pasar nunca más por eso princesas. — las dos nos quedamos mirándole. — Esta tarde ha salido nuestra resolución. Somos más que aptos para adoptar a Hannah y desde hoy a las seis y media de la tarde, a falta

de la firma de un juez en un papel – dejó de hablar mirándome como si tuviera la respuesta ante mis narices, pero yo no entendía nada.

— Hans no juegues conmigo. No entiendo nada de lo que me estás diciendo. – se acercó a nosotras. Primero acarició la cabeza de Hannah y acto seguido puso su mano sobre mi cintura.

— Hannah es legalmente nuestra hija. – aquellas cinco palabras comenzaron a revolotear por mi cerebro como si tuviera que repetirlas cien veces para comprender que era real lo que Hans había dicho.

— ¿De verdad? – casi no podía

hablar con el nudo que se me había formado en la garganta. Casi no me dejaba respirar pero cuando Hans afirmó con la cabeza y Hannah se pegó a mi pecho, simplemente se esfumó

— Puedo quedarme para siempre ya aquí Lu.

Aquella preocupación, aquel dolor por no poder estar con ella que me había perseguido todos los días, por no poder formar con ella nuestra familia, se desvaneció.

Toda la familia nos estaba observando. Todos sabían la gran noticia, me había encargado de que aquella mañana en la que Lucía había estado metida en la cocina, todos se

enterasen. Yo quería haber organizado algo mucho más especial, pero me di cuenta de que lo único que hacía falta, era llegar a casa de la mano de Hannah. Simple, sencillo y eficaz. Lucía dejó a la niña en el suelo, se separó un poco de Hannah y de mí levantando las manos.

— *Un segundo, necesito unos segundos. — atravesó el pequeño camino que formaba la familia para desaparecer al fondo del jardín.*

— *¿Está bien?*

— *Sí cariño. Voy a hablar un momento con ella. Glen, puedes ir con Hannah a traer a Rufus. Está en el despacho.*

— *Vamos cariño. – Glen le dio la mano y se fueron. Me acerqué lentamente a Lucía y pude escuchar como estaba respirando con dificultad y se llevó la mano al pecho.*

— *¿Lucía? – se dio la vuelta cerrando los ojos y negaba con la cabeza. Durante unos segundos continuó haciendo lo mismo sin quitarse la mano en el pecho. - ¿Qué pasa cariño? Estás empezando a asustarme.*

— *Estoy bien. Estoy bien. – abrió los ojos que brillaban de una forma muy especial. - ¿Ya está? – parecía que aún no terminaba de creérselo.*

— *Si cariño. Es el final del camino. – escuchamos los ladridos de Rufus saludando a todos y correteando alrededor de ellos. Le agarré la cintura. - ¿Lo ves?*

— *¿El qué? – sus ojos estaban fijos en Hannah.*

— *Ahora la familia está completa. No es una fotografía, no es un anuncio de Acción de Gracias. Es nuestra familia y por fin, después de muchos meses, está completa. – soltó el aire que había guardado dentro de sus pulmones y sonrió.*

— *Por fin. Después de todos estos meses, de mi última llamada a la asistente, de que me escuchase hablar*

como hablé de mi padrastro, pensé que la habíamos perdido.

— *No mi amor. — me situé delante de ella para que pudiera verme bien. — Si no fuera por la pasión que le pones a todo lo que haces, y todo lo que te escuchó decir aquel día. — pasé mis manos por sus brazos. — Sus palabras han sido, “no tengo ninguna duda. No puede haber un mejor hogar para Hannah.” — vi cómo giraba su cabeza para mirarla. Hannah estaba de pie entre todos sin quitarnos la vista.*

— *¿Sin más preguntas? ¿Sin volver a sentirnos juzgados? — negué con la cabeza.*

— *Se ha acabado cariño.*

— *Gracias Hans. Gracias por la sorpresa y por traerla a casa.*

— *¿Podemos cenar? El bebé está empezando a revolverse dentro de mí.- nos reímos y Rose se sentó en la mesa sin esperar a nadie.*

— *Rose te juro que como toques la ensalada te corto las manos. – nos acercamos a ellos y cogí a Hannah en brazos.*

— *Bienvenida a casa maitia. Bienvenida a casa. – nos abrazamos los tres.*

— *Por fin. – Hannah lo dijo de la misma manera que había hecho Lucía y no pudimos evitar reírnos. Abracé a mis dos chicas. A las dos*

mujeres que más quebraderos de cabeza me habían provocado el último año, pero las responsables de que me sintiese el hombre más afortunado del planeta.

— *¿Me ayudas a traer el pavo y poner algo de música?*

— *Claro que sí Lu.*

Hannah salió detrás de Lu y las dos reían. Simplemente resplandecían. Era como si fueran las dos estrellas que necesitaba en mi vida para poder guiarme por el camino. Comencé a escuchar la música y las dos volvieron con el pavo y una pequeña bandeja con salsa. Se abrazaron entre todos y observé cada gesto, cada sonrisa,

escuché cada palabra y supe que era precisamente aquello, lo que había estado esperando tanto tiempo.

No quería amar, no quería volver a confiar, pero Lucía llegó derribando mis barreras y echando abajo mi coraza consiguiendo que pudiera tener lo que en aquella mesa había. Una familia, tal vez no perfecta, tal vez no ideal, pero mi familia. Una gran familia.

— *¿En qué piensas monito? — me entregó una copa de vino.*

— *Que he conseguido tener lo que nunca jamás imaginé. — levantó una ceja intrigada. — Una gran familia, loca, tarada, disfuncional y*

completamente adorable. Una preciosa mujer – levantó más la ceja sonriendo. – lo has oído bien, mujer. No necesito firmar un papel para saberlo. Además esas pulseras que llevas – acaricié las dos que le entregué en el Taj – son de compromiso. Una preciosa familia, una preciosa mujer y una hija increíble. – miramos a Hannah que estaba hablando con Rachel.

— ¿Crees que seremos buenos padres? – empezamos a escuchar el álbum de Birdy en los altavoces.

— No lo sé, pero sé que va a ser muy divertido aprender a serlo.

Me quedé unos segundos viendo cómo todos se sentaban a la mesa. Cómo

las velas nos iluminaban y cómo, después de todo lo que habíamos sufrido, todo, encajaba a la perfección como un gran puzle de diez mil piezas.

Tal vez, sé que es sólo tal vez. Sólo estamos soñando. Para saber cómo irá esto. Pero tal vez, un día este sueño se convierta en realidad. Por todo lo que sabemos, podríamos hacer cualquier cosa que amamos. Podrías hacer cualquier cosa que sueñas. Algún día, nos encontraremos en la calle, nos reiremos acerca de cuando estábamos preocupados por lo que podríamos ser. Siempre serás una parte de mí.

No, no era un sueño. Era la realidad, nuestra realidad que había

puesto el contador a cero aquella noche para hacernos emprender el gran viaje de nuestras vidas. Habría malos momentos, momentos que nos tocaría sufrir para salir adelante, pero juntos lo conseguiríamos.

Me senté en la mesa y Hans me agarró dulcemente la mano, prometiéndome que siempre estaríamos juntos. Tal y como decía la canción, siempre serían una parte de mí.

— Gracias por estar todos aquí. La familia crece y siempre habrá sitio para todos aquí. — me temblaba la voz, estaba emocionada y feliz de por fin poder decir que tenía una familia. — Muchísimas gracias por los que estáis

aquí y por los que nos cuidan desde arriba. Muchísimas gracias por haber aparecido en mi vida y obligarme a adoraros. Bueno, que me estoy poniendo demasiado moñas. A comer y beber.

Miré al cielo antes de comenzar a cenar y tal y como siempre me había dicho mi padre, un grupo de estrellas brillaban por encima de las demás. Todos estábamos allí aquella noche. La mano de Hans no se separó de la mía el resto de la noche. La noche fue ¿mágica? ¿especial? Solo se podía definir como única.

Cuando sacamos los postres me alejé un poco de todos para cobijarme bajo el árbol. Lo acaricié muy despacio,

recordando a nuestros padres y a nuestra tía. Aquella pequeña rama nueva crecía fuerte.

— Es increíble que esté aquí. — mi hermano me abrazó por la espalda, y apoyó su barbilla sobre mi hombro. — Te quiere muchísimo.

— Lo sé.

— Y tú a él. No lo puedes negar hermanita. — nuestros ojos estaban fijos en el árbol. — Me alegro mucho de que estén con nosotros, de una manera más física.

— Sabes que siempre podrás venir a casa a hablar con ellos, como yo hacía en Langre. Esas charlas... — suspiré durante unos segundos. — Esas

charlas son necesarias.

— Te quiero Lu. – me di la vuelta.

— Yo también te quiero Pablo. – me abracé fuertemente a él y con la música que sonaba de fondo nos pusimos a bailar. - ¿Recuerdas cuando lo hacían la tía y Hernando?

— Sí. Me gustaría poder recordar cuando lo hacían papá y mamá. – le acaricié la cara.

— ¿Cambio de pareja? – mi hermano se apartó de mí y le estrechó la mano a Hans.

— Gracias tío, muchísimas gracias por todo. – se alejó de nosotros sonriendo.

— ¿Estás contenta?

— Soy muy feliz monito. Muy feliz. — él sonrió mordiéndose el labio.

— ¿Algún día me explicarás porqué me llamas monito? — ladeé la cabeza unos segundos y levanté los hombros sonriendo.

— Algún día monito. — comenzamos a acercar nuestros labios, quedándome a unos centímetros. — Algún día.

— Bésame princesa.

Bajo la luz de las estrellas meses atrás comenzó nuestra historia y bajo el manto de aquel cielo, el viaje no había hecho más que empezar.

Podía parecer poco tiempo para

que en ocho o nueve meses hubiéramos pasado por tantas situaciones. Algunas divertidas, otras dolorosas y otras simplemente inolvidables. Pero sabía que aún teníamos mucho que vivir, mucho que sentir y mucho que amar.

EPÍLOGO Y

La vida nos cambió aquella noche. Al principio tuvimos que acostúmbra-nos todos a todos. El perro,

Hannah, el nuevo colegio, las visitas al hospital para seguir con sus pruebas, la Fundación en Miami... Fueron meses difíciles pero que con la llegada del bebé de Rose y Glen, nos trajo una de las mayores alegrías. Aquella noche de enero, mientras esperábamos en la sala de espera, volví a pensar en lo del vientre de alquiler, pero cuando Glen vino a presentarnos el bebé, realmente supe que eso era lo que quería.

*

— *Vamos a la habitación, que Rose quiere hablar con vosotros. – al entrar nos encontramos con una Rose*

agotada.

— *Hola mami. – Lucía se sentó en la cama abrazándola. – Es preciosa. Tenéis una hija preciosa. – Glen se la dejó en los brazos a Lucía. - ¿Le habéis contado los dedos y comprobado que todo está en su sitio? – ella le acariciaba la cara y la niña agarró uno de sus dedos con su pequeña mano. No pudo evitar comenzar a derramar unas pequeñas lágrimas. – Juro que no quería llorar pero es que es preciosa, tan pequeña, tan suave – le dio un beso en la nariz – dios, que bien huele. Te la devuelvo que si no me la termino comiendo. – la dejó en brazos de Rose y se levantó a mi lado.*

— Queremos comentaros una cosa. — agarré de la cintura a Lucía y le di un beso en la frente. — Ya sabéis que no teníamos ni idea de si saldría con raja o con huevos. Pero teníamos dos nombres elegidos. Si hubiera sido niño, se habría llamado Andrew y si era niña — Rose se quedó observando a Lucía.

— Nos gustaría que se llamase Ana. — noté como la piel que estaba debajo de mi mano sobre Lucía se erizaba. Se llevó la mano a la boca y comenzó a sonreír. — Si a ti te parece bien.

— Me parece perfecto. Gracias. — se abrazó a Glen y besó a

Rose. – Gracias cariño.

— Además queremos que seáis vosotros sus padrinos.

*

Hacia ya dos años de aquella noche y Ana estaba para comérsela. Tenía el pelo negro y unos enormes ojos azules. Correteaba junto con Hannah y Rachel por aquel gran jardín que habíamos reformado. Unimos las dos casa y hasta podíamos jugar partidos de fútbol americano, cosa que empezamos a hacer todos los domingos. Hicimos nuestras propias tradiciones.

Entré en el salón y al sentarme en el sofá, se me clavaron las manos puntiagudas de una muñeca en la espalda. Eché un vistazo al salón y me encantaba. Las paredes estaban llenas de dibujos de Hannah, la mesa estaba llena de rotuladores y pinturas con sus cuadernos, en la mesa de mi despacho había purpurina y todo parecía un gran caso. Pero estaba feliz, era nuestro maravilloso y adorado caos.

— *Papi, ¿podemos ir a la academia a recoger a mamá? Es que me ha mandado un mensaje y dice que tiene que quedarse un poco más. Luego nos podíamos ir al cine.*

Me quedé mirando a Hannah. Ya

tenía ocho años y me tenía enamorado. No había día que no nos sorprendiera con algo nuevo. Como cuando se acercó a nuestra cama con una bandeja con el desayuno hecho y unas tarjetitas encima de cada plato que decía: “papá y mamá”. Fue la primera vez que nos lo dijo y desde aquella mañana no había dejado de hacerlo.

Al llegar a la academia Lu estaba dando una de sus últimas clases de pole dance. Allí estaba, girando sobre aquella barra con el alma en cada paso. Sonaba Melanie Fiona por los altavoces y les mostraba a las chicas la rutina que tenían que hacer para una fiesta en la que bailarían la

semana siguiente. Una fiesta a la que habíamos esperado mucho tiempo para ir. Sí, nos centramos en Hannah, para que se sintiera bien, para que nada fuera raro para ella y no habíamos vuelto a ninguna fiesta.

No lo quiero todo el tiempo, pero cuando lo consiga, será mejor que me satisfaga. Así que dámelo bien o no me des nada.

Aquello tendría que reproducírmelo entero, practicarlo delante de mí y no iba a responder. Quería arrancar aquellos pequeños pantalones, aquella camiseta blanca que al agacharse me dejaba ver sus te...

— ¿Papá? ¿Qué te pasa?

Miras a mamá muy raro, vamos, como siempre, pero con cara más de salido.

— Perdón cariño. – me quedé mirándola. - ¿Has dicho salido?

— ¿Puedo aprender yo a hacer eso cuando crezca un poco?

— Ni de coña, tú eso no lo vas a aprender, que luego los tíos están muy salidos y pensarán en... - no pude reprimirme en decirlo.

— ¿En sexo?

— Sí. No. ¿Por qué me haces estas cosas?

— Porque me gusta ver las caras que pones. – había aprendido mucho de Lucía.

— Cuando seas mayor tendremos una conversación, pero prométeme una cosa. — me agaché a su lado deseando para el tiempo.

— Lo que quieras.

— Que por muy mayor que te hagas, siempre serás mi princesita. — me dio un beso en la nariz.

— Siempre papi. Siempre.

EPÍLOGO X

Quién me iba a decir a mí que mi vida daría un giro tan brutal. Nuestra familia había crecido sin parar. Hannah llegó de la mano de Hans aquella noche de Acción de Gracias hacía ya cuatro años y desde entonces no habíamos estado separados ningún día. Nos fuimos acostumbrando a todo lo nuevo que se nos venía encima.

Pablo y Sharon se fueron a vivir a Miami. Cómo me costó despedirme de ellos. La abuela les puso al mando de la dirección de la Fundación allí y estaban haciendo un trabajo mejor del que nos podíamos haber imaginado nunca. Mi hermano se volcó en ayudar a todas las personas que pasaban por allí, con la ayuda de Sharon que se convirtió en la mejor psicóloga para la Fundación. Con su experiencia mostraba que se podía sobrevivir a cualquier mal momento.

Estaba en casa revisando unos papeles en el jardín cuando entraron Hannah y Hans que venían del colegio.

— Hola mami. — aún se me ponían los pelos de punta cada vez que

la escuchaba llamarme así.

— Hola mi amor. – me besó y se sentó a mi lado. - ¿Qué haces?

— Mirando estos papeles. – Hannah vio que eran de la clínica de San Diego.

— ¿Qué son?

— Hola cariño. – Hans me besó sentándose al lado.

— Son las pruebas que nos tendrían que hacer para tener un bebé. ¿Recuerdas que te contamos que queríamos darte un hermanito?

— O hermanita. – Hans, el que siempre quiso tener un hijo para enseñarle a jugar a fútbol, se había enamorado tanto de Hannah, que ya solo

quería niñas en casa.

— Sí. ¿Vamos a hacerlo? – me miró con sus grandes ojos azules muy abiertos, con un brillo muy especial en ellos.

— ¿Te parece bien?

— ¿Qué si me parece bien? – se levantó de la silla. – Estoy deseando tener un hermanito. Quiero que tenga tanta suerte como yo de encontrar una familia así. – se abrazó a Hans. – Enseñarle la casa, presentarle a papá y mamá, a la tía y a los abuelos. – se fue hasta el árbol. Nuestro árbol donde habíamos plantado unas rosas que trajimos años atrás de la Fundación. – Cuidarle y darle besos.

— ¿Seguro? — afirmó sonriendo con la cabeza. — Puede que no salga bien, que no podamos.

— Bueno, siempre podemos adoptar a un niño, tal y como hicisteis conmigo. No tiene que tener vuestra sangre para ser mi hermano. — se acercó de nuevo a nosotros. — Además, yo le dejaría sitio en mi habitación para que no estuviese solo al llegar a casa.

— Eres increíble princesita. — Hans la cogió en brazos.

— Papi, que ya tengo diez años. — vimos como Hans ponía cara de decepción y Hannah me miró haciendo una divertida mueca con la boca y se lanzó a sus brazos. — Siempre seré tu

princesita papi. – le dio tantos besos en la cara que Hans tuvo que apoyarse en el respaldo de la silla.

— Cómo te gusta hacerme rabiar. Algún día me lo voy a creer y me daré cuenta de que serás demasiado mayor para que haga ciertas cosas. – me empecé a reír.

— Ese día será cuando tengas que comprarle un vestido para un baile y un sujetador sin tirantes. – nos reímos las dos.

— No, en serio. Cómo os gusta picarme a las dos. – se levantó con la niña en brazos y se me tiraron encima.

— Nos vamos a...

No pude terminar de decir la

frase y acabamos los tres en el suelo. Rufus se unió a nosotros y respiré al saber que todo iba bien. Podríamos tener momentos más difíciles, pero sabía que con una familia así, nada podría salir mal.

Comenzamos con el tratamiento y fueron meses difíciles. Muchas visitas al ginecólogo y tras algunas pruebas negativas, por fin pudimos salir de la consulta con una sonrisa en la cara. Visitamos la clínica de San Diego y conocimos a varias madres de alquiler, que nos ofrecían su cuerpo para que realizásemos nuestro sueño. La elección no fue difícil, ya que los médicos nos guiaron durante todo el proceso.

Teníamos tan solo tres óvulos viables para la fecundación y los dos primeros no salieron bien. Pasaron muchos meses desde la última vez que lo intentamos y ya empecé a perder la esperanza.

— Muchas gracias chicas. Hemos terminado por hoy. — comencé a recoger las cosas y la pequeña Ana entró corriendo por la puerta.

— Titaaaaaaa. — saltó a mis piernas.

— Hola mi amor. Cada día estás más guapa. — me la comí a besos.

— Como su padre. — Glen estaba apoyado en la puerta. - ¿Nos vamos a comer preciosa?

— ¿Te ha mandado Hans?

— Sí. El avión de Miami viene con retraso y no te ha localizado. — miré mi móvil y tenía varias llamadas perdidas. — Vámonos los tres a comer. Rose está en el colegio reunida con la directora.

— ¿Y eso? — recogí mis cosas y me puse una chaqueta.

— Quieren hacer un espectáculo con los niños y quiere que se encargue ella de todo.

— Con lo que le gusta a ella una fiesta infantil.

Fuimos a la playa a una pequeña terraza a comer los tres. Me encantaba pasar el tiempo con Ana. Estaba en una edad muy divertida y volvía loco a su

padre. Correteaba entre las mesas y él iba detrás de ella. Verla con la pequeña en brazos, hacía que a todas las mujeres que estaban allí comiendo les saliera un suspiro acompañado de un gemido. Siempre un hombre con una niña en los brazos era sexy, pero ver a Glen con Ana en los brazos era excitante directamente.

— Por dios, que le saquen ya la comida. Me tiene muerto. No para quieta. — se sentó en la mesa y le dí a la niña unas pinturas y unos papeles que llevaba en el bolso.

— Está en esa edad. Y querrás que se quede así siempre, verás cuando empiece con salir con chicos y los veas

y te imagines cosas que no hacen, pero tu creas que sí. – levanté las cejas.

— Ah no, mi hija va a estar en casa encerrada hasta que tenga treinta años. No va a conocer a ningún chico. – me empecé a reír.

— Será duro, pero sí que los va a conocer y tendrás que... - justo llegó la camarera que se comió con los ojos a Glen.

— Déjalo, cuando llegue el momento ya veré como lo hago. Mientras tanto disfrutaré de mi preciosa niña .- la besó y se quedó mirándome. - ¿Hoy os decían los resultados de la última fecundación no?

— Sí. Se la hicieron hace una

semana y pensaron que debería reposar allí en la clínica estos días.

— Seguro que esta es la vez. Te llamarán y os dirán que vais a tener un precioso bebé. — suspiré nerviosa. — ¿Cómo le llamaríais?

— Si fuese niña como mi madre y si fuese niño como mi padre. Pero bueno, no puedo pensar en eso ahora o sufriré en caso de que esta última vez, tampoco funcione.

Tras comer me fui al colegio a recoger a Rachel y Hannah. Las dejé en clases de danza en la academia. Subí al despacho para mirar unas cosas en internet y al subir la última escalera me encontré a Hans sentado en mi silla.

— Hans, ¿por qué no me has dicho que fuera a buscarte? – me besó con una gran sonrisa.

— Porque quería darte una sorpresa. Nada más aterrizar he recibido una llamada de teléfono. – se quedó en silencio unos segundos.

— ¿Qué ha pasado?

— ¿Nos sentamos?

— No. No me voy a sentar porque eso significad que son malas noticias, así que no señor Berg, no me voy a sentar y ya puedes empezar a soltar por esa boquita lo que tengas que contarme. – no respiré hasta que terminé de hablar.

— Me han llamado de la clínica

de San Diego. — me llevé la mano al corazón, se había parado y solamente reaccionaría si terminaba de contarme lo que le habían dicho.

— ¿Y qué... que te han dicho?

Me agarró dulcemente de las manos y con la otra libre cogió mi barbilla para que pudiera mirarle a los ojos mientras me lo contaba. Era nuestra última oportunidad y estaba completamente perdida con lo que me contó. Mi mirada se perdió en aquella gran sala y dejé caer mi cuerpo al suelo. Me quedé sentada y en silencio unos minutos, mientras Hans me observaba y no decía nada. No dijo nada más y mi corazón comenzó a latir de nuevo, pude

volver a respirar.

HANNAH Y SUS HERMANAS

¿Pero bueno? ¿Es que

nadie me va a escuchar a mí? Todo el mundo ha contado algo de esta historia, y yo tengo mucho que decir aún. No sé por dónde empezar. Bueno, pues supongo que por el principio.

Cuando por fin papá y mamá consiguieron mi custodia, fue el día más feliz de mi vida. Después de haber perdido a mis padres tan pequeña, me sentí sola,

absolutamente perdida. Pero ellos me dieron su cariño, su tiempo y su amor incondicional. Todos los días que pasaba con ellos, sabía que aunque el camino fuese difícil, conseguirían lo que se habían propuesto. Aún recuerdo el día que entre papá y yo le hicimos la sorpresa a mamá para decírselo. Su cara no tenía precio.

Sí, soy muy feliz. Han

pasado ya cinco años de
aquello. Ahora como dice
mamá, ya soy una princesa
convirtiéndome en reina.
Aunque me quedo con
princesa. Me encanta cuando
papá le dice bésame princesa.
Son tan monos los dos juntos.
Hasta cuando discuten. Mamá
es capaz de sacar de quicio a
papá en dos segundos. Y la
mayoría de las veces, sé que
lo hace aposta. Porque

comienza a levantar la ceja, y papá siempre cae. Siempre.

Ana, la prima, tiene ya cinco años y Rachel tiene un mes menos que yo, así que soy la mayor de las tres. Me encanta ser la mayor, porque puedo protegerlas, aunque Ana sabe protegerse ella solita para lo pequeña que es. Como dice mamá, somos hermanas, más que primas.

Tenemos un jardín

enorme que va de nuestra casa a la de los tíos y por él corremos las tres con Rufus. Al final papá aceptó que nos lo quedásemos. No nos podía negar nada, ni a mamá ni a mí. Y a Rufus se le unió Olaf, otro cachorro que nos encontramos vagando un día las primas cerca de casa. El tío Glen y papá pusieron el grito en el cielo, pero como siempre decían, estaban

rodeados de mujeres y estaban jodidos. Ups, perdón. Como me oiga mamá me hace meter un billete de un dólar en el bote. Aunque el de ella está siempre lleno. Con lo que había dentro la última vez nos fuimos todos a Disneyworld. Los siete.

Bueno, os tengo que dejar. Papá y mamá llegan con Jaime, mi hermanito. Ha nacido hace tan solo tres días

y por fin viene a casa. Es muy pequeño, rechoncho y tiene los ojos de papá o de mamá, no lo sé. Son muy grandes y creo que son verdes, pero me han dicho que eso puede cambiar cuando vaya creciendo.

Así que la familia ha crecido y seguro que seguirá haciéndolo. Porque como dicen los dos, lo único que mueve el mundo es el amor y

la pasión. Hacer todo con el corazón, solamente trae cosas buenas y sé que es verdad. Sus corazones me llevaron a ellos y a los vuestros. Disfrutad de la vida de una forma intensa, porque cuando menos te lo esperas aparece alguien para cambiártela.

— Hannah cariño, ya estamos en casa.

Me tengo que despedir. Esa es mamá. Voy a conocer a

mi hermanito. Se me olvidaba, amad mucho, porque como dice mamá, amar también puede ser excitante.

No entiendo lo de excitante, ¿será porque no sabemos lo que nos espera y nos excitamos? ¿Se referirá a lo que me pasa a mi cada vez que abro un cuaderno para hacer mis dibujos o cuando vamos al Pacific Park y nos subimos a la noria? No sé,

tendremos que seguir viviendo
para comprobarlo.

Hasta luego príncipes y
princesas.

SOBRE LA AUTORA

Marta Lobo, nació en Vitoria-Gasteiz y desde pequeña mostró interés por la escritura. Siempre ha tenido la mente en mil y una cosas, consiguiendo ser multitarea sin quererlo. Siempre tiene una historia nueva en la cabeza y ahora está trabajando en varias novelas que verán la luz a lo largo de 2015 y 2016.

En septiembre de 2014 se decidió a autopublicar su primera novela Bésame Princesa y en junio de 2015 pone punto y... final a la historia con su esperado y deseado desenlace Bésame Princesa y Quédate Conmigo.

Para contactar con ella podéis hacerlo a través de sus redes sociales.

[@martaloboescritora](#)

[@MartaLobo82](#)

[@martalobo_82](#)

martaloboescritora.blogspot.com.es